



UNIVERSITAT DE  
BARCELONA

## **Crítica de la despolitización del neoliberalismo**

**Análisis de la teoría posmarxista  
a partir de las experiencias populistas recientes**

Cristian Ruiz Martínez



Aquesta tesi doctoral està subjecta a la llicència **Reconeixement 4.0. Espanya de Creative Commons.**

Esta tesis doctoral está sujeta a la licencia **Reconocimiento 4.0. España de Creative Commons.**

This doctoral thesis is licensed under the **Creative Commons Attribution 4.0. Spain License.**



UNIVERSITAT DE  
BARCELONA

Tesis doctoral

# Crítica de la despolitización del neoliberalismo

Análisis de la teoría posmarxista a partir de las  
experiencias populistas recientes

Autor: D. Cristian Ruiz Martínez

Director y tutor: Dr. Gonçal Mayos Solsona

Programa de Doctorado: Ciudadanía y Derechos Humanos

Facultad de Filosofía

Diciembre de 2022

*A mis padres José y Carmen, por toda una vida consagrada a que pudiera lograr lo conseguido.*

*A mi hermana Eva, con quien crecí respirando el espíritu de lo político.*

*A mis abuelos Antonio, Rosa, Carmen y Antonio, cuyas vidas dieron testimonio de una conciencia de clase que sigue viva en sus nietos.*

*A Gonçal, por la oportunidad tan valiosa que ha sabido darme al colaborar con él, por sus brillantes apreciaciones y consejos en el desarrollo de la tesis y, por supuesto, por su denodado esfuerzo en mantenerme con los pies en la tierra.*

*A Alejandro, Nicolás, Sebastián y David, por aquellos interminables debates que apuntalaron mi conocimiento sobre el contenido de este trabajo.*

*Y por supuesto, a Ana, inconsciente inspiradora de muchos de los capítulos aquí escritos, por su paciencia y apoyo incluso en los momentos más difíciles.*



## Resumen

La presente tesis doctoral propone un análisis crítico acerca de las potencialidades y deficiencias, tanto teóricas como prácticas, que el populismo planteado por los autores posmarxistas Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, con el objeto de detectar sus posibilidades para cuestionar de manera eficaz el neoliberalismo hegemónico.

Para ello en primer lugar se ha procedido a realizar un esbozo conceptual acerca del concepto de lo político, la politización, la despolitización con el fin de delimitar posteriormente si el populismo logra su propósito de politización en la esfera discursiva.

A continuación se ha realizado un análisis acerca de las características del neoliberalismo, de cómo logró ocupar su lugar hegemónico, así como de sus efectos sociales y políticos. Ello permitirá, en primer lugar, definir con precisión cuáles son sus fundamentos para poder detectar ulteriormente si el populismo logra truncarlos o, por el contrario, profundizar en ellos. Éste aspecto será esencial a la hora de poder detectar las capacidades del populismo como fórmula politizadora. En segundo lugar, sus consecuencias a nivel sociológico, económico y político permitirán comprender cuáles son las posibilidades desde las que partir a la hora de construir un nuevo discurso capaz de desafiar las lógicas del neoliberalismo.

Ello ha llevado al siguiente punto, el del análisis teórico del populismo de Laclau y Mouffe, con el fin de explorar sus limitaciones como fórmula politizadora. Para ello se han analizado sus deficiencias a partir de las críticas y debates sostenidos con otros autores, especialmente a lo largo de la vida y obra de Ernesto Laclau. Asimismo, las experiencias populistas vividas en las últimas décadas, tanto a izquierda como a derecha dentro del espectro ideológico, han servido para observar más detalladamente no solo acerca de sus errores y debilidades, sino también de sus grandes aciertos y victorias

político-discursivas. Entre algunas de las conclusiones que se han extraído caben destacar: el rechazo a toda tradición filosófica que pudiera ser útil como sustentadora de un discurso más estable, en especial del marxismo, lo cual le llevará a experimentar grandes desequilibrios intradiscursivos; una tendencia hacia la ambigüedad ideológica ante el temor a caer en fórmulas esencialistas, lo cual le lleva a ser excesivamente permeable ante las demandas políticas influenciadas por el discurso hegemónico; un excesivo papel del líder como eje articulador del discurso; un sustancial abandono del discurso de clase por su carácter limitante desde el punto de vista simbólico; la falta de atención hacia aquellos elementos que escapan al control de la propia articulación del discurso, y que sin embargo afectan de manera determinante a su éxito y propagación, entre otros. Como contraparte, se ha analizado cómo ha actuado el populismo en otros marcos ideológicos, como la extrema derecha. Ello no solo ha permitido detectar mejor qué aspectos han beneficiado su propagación, sino también qué elementos contribuyen a un fortalecimiento de valores y creencias ya predominantes.

Finalmente, una vez extraídas las conclusiones que se han recogido de este análisis exploratorio, se ha procedido a una propuesta de politización del discurso mediante la recogida de aquellos elementos que sí se han observado útiles y beneficiosos, tales como la pertinencia de un discurso cuyo universal esté definido por un horizonte político concreto que constituya a su vez un significativo compartido basado en un ideal concreto de sociedad; la construcción de una nueva racionalidad mediante la implementación de medidas políticas que contribuyan a cambiar la manera de observar el mundo –y no a limitarse a implementar políticas cortoplacistas sin un alcance más trascendental-. De este modo se propone la politización de la esfera del discurso mediante la articulación de un discurso que sea asimismo politizador, en la medida en que sea capaz de ampliar las esferas de participación ciudadana en todos los ámbitos sociales posibles, la multiplicación de los tipos de culturas, creencias y concepciones sobre la existencia que vayan más allá de la lógica de mercado. Para ello es esencial politizar asimismo la esfera de la economía, clave central de la tendencia despolitizadora del neoliberalismo y sin la cual no es posible politizar el resto de esferas.

## Índice

Resumen .....	3
Introducción.....	9
Bloque I: Lo político .....	13
Capítulo 1. Definición de lo político .....	16
Lo político como polémico .....	16
Lo político como público .....	18
La inevitabilidad de lo político: prejuicios, emociones y sentido común .....	23
Capítulo 2. Hegemonía, politización y despolitización del discurso .....	32
Despolitización: del centro de gravedad a la hegemonía del discurso .....	32
Dinámicas de politización y despolitización del discurso.....	41
Capítulo 3. Conclusiones .....	45
Bloque II: Despolitización del discurso .....	48
Capítulo 4. La era de las despolitizaciones.....	51
Capítulo 5. El neoliberalismo como racionalidad discursiva.....	67
Acotaciones conceptuales .....	69
Bases teóricas de una concepción neoliberal de la sociedad.....	71
El relato neoliberal .....	75
Dos concepciones del neoliberalismo: el ordoliberalismo y la Escuela de Chicago .....	82
La concepción austroamericana o Escuela de Chicago .....	83
El ordoliberalismo alemán.....	86
Neoliberalismo, democracia y religión .....	89
Capítulo 6. Hegemonía y despolitización del neoliberalismo. Efectos políticos, sociales e ideológicos.....	92
1. Crisis del colectivismo como discurso dominante.....	93
a. La crisis del marxismo como discurso politizador.....	98

b. La crisis del keynesianismo como doctrina económica dominante y su progresivo desmantelamiento .....	103
2. La hegemonía del discurso neoliberal: el thatcherismo y las <i>reaganomics</i> ...	107
3. El supuesto fin de la Historia: el cierre ideológico del neoliberalismo y su despolitización.....	112
La despolitización neoliberal. Efectos ideológicos y sociales .....	115
Efectos ideológicos.....	115
Efectos sociales.....	119
Los excluidos de la sociedad.....	123
Capítulo 7. Conclusiones .....	127
Bloque III: Politización del discurso .....	129
Capítulo 8. La propuesta populista. Un análisis de sus fundamentos I:	
La superación de la tradición racionalista de la Ilustración.....	133
El marxismo: ¿Un «discurso cerrado»? .....	143
El marxismo de la Segunda Internacional .....	159
Bernstein y Sorel .....	166
Luxemburgo y Lenin .....	168
Labriola y Gramsci .....	174
¿Otro marxismo es posible? .....	179
Capítulo 9. La propuesta populista. Un análisis de sus fundamentos II:	
Discurso y articulación .....	189
El concepto de discurso en Ernesto Laclau y Chantal Mouffe .....	189
Articulación del discurso.....	194
Articulación y mediación.....	194
Equivalencia y diferencia.....	195
Significantes y significados .....	197
El complejo equilibrio: El papel de la retórica, los afectos y el liderazgo.....	199
Problemas de la articulación.....	206
Problema 1. La inestabilidad del discurso populista.....	207
Problema 2. Conflictos internos por la visibilidad .....	213
Problema 3. La potencial incompatibilidad de ejes antagónicos que constituyen el discurso .....	214
Problema 4: La necesidad de un horizonte discursivo.....	217
Problema 5: La figura del líder como motor cohesionador del discurso... ¿O como encarnación del mismo?.....	231
Capítulo 10. La propuesta populista. Un análisis de sus fundamentos III:	



El sujeto político .....	239
El sujeto político de clase.....	239
La clase obrera ante las transformaciones sociales .....	240
La correspondencia entre identidad discursiva y clase social .....	247
Potenciales consecuencias de la superación de la clase obrera como sujeto político.....	254
Precedentes de la superación del sujeto de clase: la nación.....	260
El concepto de pueblo como nuevo sujeto político.....	264
La crisis de la clase media. El surgimiento de potenciales nuevos sujetos políticos. Multitud, precariado, cognitariado. ....	265
Hacia la búsqueda permanente de un nuevo sujeto político.....	271
Capítulo 11. La propuesta populista. Un análisis de sus fundamentos IV:	
El campo de la discursividad .....	276
El campo de la discursividad: ¿Un «cajón de sastre» de las determinaciones del discurso?.....	276
Las instituciones públicas como actores discursivos.....	282
El Estado como legislador y canalizador de discursos .....	282
El discurso dentro del Estado.....	284
Sistemas de elección representativa .....	285
El poder judicial como arma político-mediática .....	288
Geopolítica e instituciones supranacionales .....	290
Las estructuras de partido .....	297
Poderes fácticos del Estado y grupos de presión .....	300
Los medios de comunicación del discurso .....	306
El medio es el mensaje: los medios de comunicación como constructores, transmisores y amplificadores del discurso.....	306
Los medios de comunicación como constructores del «sentido común»... ..	309
El papel de los medios de comunicación para visibilizar demandas y situar el objeto de debate.....	314
El papel que ejercen los medios de comunicación en nuestro modo de interactuar con el mundo .....	317
La tecnología .....	330
El campo de la discursividad: más allá de lo contingente.....	335
Capítulo 12. La derecha radical populista.....	341
Causas concretas .....	341
Articulación del discurso.....	344

La derecha radical populista como extensión autoritaria de la racionalidad neoliberal.....	361
Capítulo 13. El populismo: un «recipiente vacío».....	368
Capítulo 14. Conclusiones.....	376
Bloque IV: ¿«Re-politización» del discurso?.....	379
Capítulo 15 Recuperar lo político: La construcción de un nuevo horizonte discursivo.....	383
Capítulo 16. Desempolvando viejos debates: Redistribución vs. Reconocimiento..	392
Capítulo 17. ¿Un nuevo «ethos igualitario» como significante vacío? .....	397
Capítulo 18. ¿Un «populismo marxista»?.....	410
«Salir del barro» de la ideología hegemónica .....	412
Capítulo 19. Conclusiones.....	427
Conclusiones generales.....	430
Bibliografía.....	433

## Introducción

Uno de los propósitos fundamentales que movieron a Ernesto Laclau y Chantal Mouffe a escribir su célebre obra *Hegemonía y Estrategia Socialista* fue para poder fin a una crisis ideológica que se estaba sufriendo en el campo de la izquierda, cada vez más evidente no solo por la creciente desmovilización y fragmentación de sus tradiciones de pensamiento, sino también ante la triunfal implantación del neoliberalismo como discurso hegemónico. Uno de los fragmentos de los que este trabajo se sirve como punto de partida es aquél en el que se proponen como objetivo principal la «vuelta a la lucha hegemónica» (LACLAU & MOUFFE, 2001, pág. 24) mediante la politización del campo de la discursividad, es decir, mediante la articulación de un nuevo discurso de izquierda. ¿Pero realmente su propuesta ha logrado su propósito? ¿Qué experiencias se han obtenido a raíz de su influencia teórica? ¿Qué fortalezas y debilidades pueden encontrarse en su propuesta teórica? ¿Qué lecciones pueden extraerse después de casi cuarenta años desde su publicación?

El presente trabajo pretende dar respuesta a estas preguntas mediante una exposición de cuatro bloques, en el que en el primero se establecerá una definición del concepto de lo político desde un punto de vista discursivo a partir del cual se desarrollarán los otros tres bloques.

Los dos bloques siguientes constituirán dos estadios, uno previo y otro actual: el de politización del discurso y el de despolitización del mismo, respectivamente. Con el primero, se analizará el neoliberalismo como constructo discursivo de referencia, así como se observarán los condicionantes que bien han posibilitado su auge o bien contruyen a su reforzamiento hegemónico. Este análisis será esencial para poder proseguir con el tercer bloque, ya que servirá de punto de partida para comprender las particularidades

sociales desde las que partir a la hora de formular una alternativa politizadora con el fin de evitar formulaciones esencialistas o distanciadas de la realidad social predominante.

En el tercer bloque se procederá a realizar un análisis del populismo de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe como potencial propuesta teórico-política a la hora de articular un nuevo discurso, realizando para ello una valoración de sus fortalezas, así como una crítica de sus debilidades y de cómo pueden afrontarse, en especial en lo relativo a su crítica al marxismo que, como se indicará, castrará en cierta medida parte del potencial politizador de la propuesta populista de Laclau y Mouffe.

El cuarto bloque constituiría a modo de conclusión la propuesta teórica de este trabajo a partir de las conclusiones elaboradas en los tres bloques previos, concretando a su vez muchas de las cuestiones ya planteadas en capítulos precedentes. Para evitar confusiones y malentendidos teóricos, se incidirá en viejos puntos considerados polémicos, tales como la relación entre redistribución y reconocimiento, o entre moral y marxismo, que permitirá ir avanzando hacia una elaboración lo más definida posible –aunque no acabada– de lo que podría constituir un discurso politizador para el futuro. Es precisamente el último capítulo el que se presenta más árido al respecto, ya que es el que se presta más a la especulación acerca de cómo debe concretarse este nuevo discurso politizador. Por ello la finalización de este trabajo, si bien en principio logra responder a las preguntas que aquí se formulan, lo cierto es que genera aún más preguntas por resolver: ¿Es inevitable la tendencia al autoritarismo iliberal ante los desequilibrios sociales que genera la racionalidad de mercado? ¿En qué grado sigue siendo válido el influjo de las religiones como instrumento de persuasión ideológica en beneficio del neoliberalismo? ¿Cómo se sustancia esta relación? ¿Son compatibles las fórmulas comunitaristas con el populismo o éste solo puede serlo con el liberalismo político? Todas estas preguntas sin duda abren una enorme pluralidad de líneas de investigación para el futuro como podrían ser las siguientes:

- Las posibilidades politizadoras del discurso marxista a través de una perspectiva hegeliana.
- Posibles afinidades entre el populismo de Laclau y Mouffe y el marxismo hegeliano.
- El populismo como práctica despolitizadora de las lógicas de mercado en tiempos de crisis y sus potenciales consecuencias autoritarias e iliberales a través de fórmulas ultraconservadoras de corte populista.

- La emancipación en tiempos de hegemonía del pensamiento neoliberal: (im)posibilidades para su ruptura mediante una exploración de sus barreras materiales y supraestructurales.
- Liberalismo rawlsiano, comunitarismo, republicanismo cívico, *ethos* igualitario: una exploración de fórmulas éticas para la construcción de un nuevo relato de carácter normativo como punto de partida para un discurso politizador y alternativo.
- Investigación y profundización de propuestas políticas concretas que impliquen la ampliación de derechos civiles, políticos, económicos, sociales y culturales entendidas como «reformas no reformistas», es decir, que contribuyan eficazmente a la transformación de la sociedad en un sentido emancipatorio y politizador.



**BLOQUE I**  
**Lo político**

Dado que el propósito principal de este trabajo consiste en analizar acerca de las potencialidades politizadoras del discurso populista, en el presente bloque se hará una exposición acerca de los conceptos clave en torno a los que girará todo el trabajo: lo político, politización y despolitización, hegemonía, discurso, etcétera. Con el asentamiento de sus definiciones, será posible establecer una delimitación acerca de las posibilidades que ofrece la articulación del discurso.

Asimismo, mediante el análisis exploratorio de éstos, nos permitirá conocer mejor cuáles son las motivaciones para una reivindicación de lo político como vía para la garantía de la vida democrática. De entre todas ellas cabrá destacar el aspecto emocional, un factor muy reivindicado por los autores posfundacionalistas y que ha sido confrontado con aquellas lecturas que encumbran a la razón como fórmula legitimadora del relato. De esta manera, este bloque se constituye a su vez como la antesala de lo que se verá, con más detalle, en los bloques siguientes, en especial en los Bloques II y III, sobre todo en cuanto al papel que juegan las emociones a la hora de cautivar la opinión pública con nuevas narrativas como el neoliberalismo, así como en los conflictos –o no- que pudiera generar esta reivindicación de las emociones frente a metarrelatos como el marxismo.





## Capítulo 1

### Definición de lo político

#### Lo político como polémico

Cuando Schmitt define que «la distinción política específica, aquella a la que pueden reconducirse todas las acciones y motivos políticos, es la distinción de amigo y enemigo» (SCHMITT, 2014, pág. 59), está señalando que lo político implica asumir una lógica de oposición, es decir, de confrontación de posiciones. Según Schmitt, toda oposición adquiere el rango de político «en cuanto gana la fuerza suficiente como para agrupar de un modo efectivo a los hombres en amigos y enemigos» (SCHMITT, 2014, pág. 68). Es decir, lo político posee un carácter intrínsecamente polarizado, ya que se da en el momento en el que las posturas que adoptan las partes se vuelven tan opuestas que las posiciones intermedias no tienen cabida, o sencillamente, no adquieren ninguna relevancia. Es por ello que, para Schmitt, el momento de lo político sería el estadio en el que se alcanza un determinado grado de intensidad del antagonismo, donde el acto de dominación radical del contrario se vuelve decisivo. Esto quiere decir varias cosas: No son los posicionamientos al margen del antagonismo quienes deciden el futuro de la comunidad, sino las partes en liza (SCHMITT, 2014, pág. 70). Por este motivo, para Schmitt, la mera presencia de partidos políticos no supone automáticamente la existencia de lo político. Lo político solo tiene lugar cuando emerge una confrontación *radical* entre las partes. Es decir, cuando lo que está en juego es el marco mismo donde tiene lugar la divergencia.

En segundo lugar, para Schmitt, establecer una equivalencia entre democracia y el sistema de partidos sin embargo supone una amenaza tanto para la democracia como para el sentido de lo político, ya que los partidos políticos, junto al Estado, pueden convertirse en meros órganos de gestión de intereses. Por tanto, lo político se define por su carácter

*polémico y confrontacional*. Lo político tiene lugar en tanto que existe el antagonismo, y éste existe precisamente a partir del objeto de la disputa y la discusión, no en el reparto consensual ni en el acuerdo racional (SCHMITT, 2014, pág. 63).

Sin embargo, Schmitt especifica que la distinción amigo-enemigo solo es la representación extrema de toda una escala de oposiciones (SCHMITT, 2014, pág. 59) en cuya esencia reside su carácter polémico y confrontacional. Si atendiéramos a este sistema de gradaciones, la lógica amigo-enemigo, en tanto como punto de referencia más extremo, solo es dada cuando es cuestionada la existencia del otro, en una oposición combativa (SCHMITT, 2014, pág. 61); es aquí donde emerge el antagonismo. El antagonismo, por tanto, es lucha descarnada (LACLAU & MOUFFE, 2001, pág. 104). Así pues, el campo donde se desarrollaría dicho antagonismo no sería otro que la guerra –civil o entre Estados-. Tomando este punto como referencia, las oposiciones que definen lo político pueden ser de menor intensidad de acuerdo a una serie de condiciones dadas, en las que tienen lugar en el marco acordado o consensuado por ambas partes, implícita o explícitamente. Mouffe partirá de esta conceptualización para poder adaptar su definición particular de lo político estableciendo ciertas gradaciones o distinciones en la calificación máxima y extrema que establece de amigo-enemigo. En la obra que Mouffe escribe junto con Ernesto Laclau *Hegemonía y Estrategia Socialista*, establecen esta distinción entre antagonismo y mera contradicción –o agonismo- (LACLAU & MOUFFE, 2001, pág. 168), en el que con la segunda acepción existe una mera relación de oposición de intereses dentro de *un marco común*, y en el que con la primera tiene lugar una pugna real que pone en cuestión la existencia del otro y la relación misma de oposición que les constituye. Frente a la lucha descarnada de lo político, encontramos la contradicción entre adversarios dentro de un marco reglado.

La cuestión reside en la posibilidad de existencia de una confrontación irreductible, que se da dentro de un marco determinado que posibilite dicho antagonismo, sin necesidad de alcanzar el grado máximo que señala Schmitt. Para ello Mouffe sugerirá una diferenciación entre *la política* -entre adversarios- y *lo político* -entre enemigos- (RAMOS, 2014). Para Mouffe, el adversario es aquel que se opone a la identidad del otro, pero no lo excluye ni anula. Sin embargo, el enemigo pone en amenaza no solo la existencia del otro, sino el marco que garantiza la existencia de ambos en pos de la victoria de uno sobre otro. De este modo, la viabilidad de la política está condicionada por el grado de consenso existente entre adversarios en lo que respecta al marco común. Así

pues, dado que para Schmitt lo está en juego es el marco común, solo puede resolverse la confrontación mediante la imposición y la fuerza. En cambio, para Mouffe el marco es construido mediante el propio juego democrático, el cual a su vez determina el marco mismo. Esta oposición de concepciones implica aceptar su rasgo común: su carácter intrínsecamente público.

#### Lo político como público

La concepción aristotélica de política está indisociablemente unida a la de comunidad. Es decir, lo político está atravesado por su carácter comunitario. Sin comunidad no hay política. Esta concepción, entendida como *unidad común*, no se limita a ser una mera agregación de individuos con intereses particulares, sino que ésta trasciende más allá de ellos hacia un interés compartido entre todos ellos (ARISTÓTELES, 1974, pág. 55).

En este mismo sentido, para Schmitt lo político posee una significación pública, de manera que desdeña los enfrentamientos insignificantes o pertenecientes a la esfera de lo puramente privado. Dado que lo político cuenta con una cierta relevancia numérica, *solo es enemigo el enemigo público* (SCHMITT, 2014, págs. 61-62)<sup>1</sup>, lo cual significa que lo político no se da entre las meras animadversiones de carácter personal, o entre aquellas oposiciones poco numéricas, superfluas o anecdóticas. Muy al contrario, lo político tiene lugar cuando adquiere una relevancia tal que adquiere interés público. Es aquí donde Schmitt fundamenta el papel del Estado como representación de lo público, como encarnación trascendental de la unidad, estableciendo una equivalencia entre lo político, lo público y el Estado, concibiendo de esta manera a la comunidad como una totalidad cerrada: En tanto que tiene interés público, lo político tiene lugar tanto en lo concerniente al Estado como en aquello que lo desafía. Por ello, existen tanto oposiciones internas al Estado como mediadas por él, las cuales continúan siendo políticas de forma subsidiaria (SCHMITT, 2014, págs. 61-62).

Por este motivo, si el Estado representa la unidad común, para Schmitt lo político está definido por su carácter unitario: existe lo político en tanto que tiene lugar una disociación, ya que no existe oposición sin la contrariedad de dos partes enfrentadas. Pero

---

<sup>1</sup> Otra cita similar correspondiente puede ser «El concepto del Estado supone lo político» (SCHMITT, El Concepto de lo Político, 2014, pág. 53)

esta contrariedad se produce en el seno de un marco, una *unidad* que deberá ser preservada de su aniquilación a toda costa, en la que el Estado se erige como institución *decisiva* del antagonismo, donde está en juego su propia existencia. Es decir, si el antagonismo sobrepasase las propias capacidades del Estado, significaría su propia falta de sentido: las partes antagónicas se regirían por sus propias reglas y su espacio propio, donde tiene lugar el conflicto violento y descarnado, la guerra civil (SCHMITT, 2014, pág. 71). Tengamos en cuenta que, para Schmitt, el Estado se erige como una institución por encima de cualquier otra asociación individual, un Leviatán que se yergue en constante pugna contra el Behemoth –que, a su juicio, representa a la anarquía– (SCHMITT, 2008, pág. 77), la frontera última de lo político. Por ello, es tan política la confrontación que tiene lugar en su seno como que su existencia pueda poner en riesgo al Estado mismo. Siguiendo con la estela de Hobbes, Schmitt compartirá el hecho de que el Estado se concibe intrínsecamente político en tanto que se erige por encima de la sociedad, y no como su contraposición, de acuerdo con la concepción liberal (SCHMITT, 2008, pág. 142). Por tanto, cualquier desafío a su autoridad, cualquier fuerza que pudiera suponer una amenaza para la existencia misma del Estado, supondría un antagonismo en su máximo exponente. Por ello es tan importante para Schmitt tanto la unidad del Estado como la soberanía del mismo, y por ende, la posición predominante fundamental que para él constituye el Estado. Aquí pues encontramos la emersión automática de un antagonismo permanente: la del Estado contra las tendencias disgregadoras que pretenden debilitar su unidad. Schmitt enfatiza la importancia del papel determinante de la unidad del Estado en la pugna antagónica, y a su vez, como garante de la soberanía –en tanto que también existen enemigos externos que amenazan la existencia del Estado, como por ejemplo, otros Estados–. La garantía de la soberanía del Estado, para Schmitt, solamente es posible a través de la garantía de la unidad, la cual a su juicio solo puede estar representada a su vez por el Estado. Dicho de otra manera, la comunidad se constituye en tanto que existen amenazas externas a su destrucción: es el exterior constitutivo de toda identidad de la comunidad política. Es por ello que, llegado a este punto, Schmitt deduzca que lo político solo puede existir en tanto que exista el Estado (SCHMITT, 2014, págs. 73-75). Sin embargo, cabe resaltar cómo el poder del Estado se justifica a través de su existencia misma. Lo relevante para Schmitt no es quien ostenta el poder estatal, sino cómo, de manera que el poder del Estado debe tener un carácter positivo y pleno, de manera que el Estado ya posee propiamente una ideología clara y homogénea.

La respuesta de Schmitt es clara al respecto: *no hay sitio para el pluralismo en una comunidad política democrática* (SCHMITT, 2014, págs. 73-75), en tanto que, a su juicio, la homogeneidad es requisito imprescindible para garantizar la democracia, ya que la pluralidad genera diversidad, y por tanto, desigualdades incompatibles con la concepción homogénea de sociedad que implica garantizar la unidad del Estado. A su juicio, es partiendo de una concepción homogénea y totalizadora del Estado por cómo puede garantizarse una «verdadera democracia entre iguales» (SCHMITT, 2002, pág. 12).

Por contraste, las tesis pluralistas, que defienden una relación de interdependencia entre Estado y sociedad, supondrían para Schmitt la fragmentación de la unidad del Estado (SCHMITT, 2014, pág. 64), ya que entonces el Estado no se posiciona por encima de éstos órganos como elemento decisivo, sino como mero intermediario o gestor de las relaciones sociales. Volviendo a Hobbes, para Schmitt el Estado ya no representaría el instrumento supremo de Dios en la Tierra –el Leviatán- cuyo poder se justificaba al evitar la anarquía. No cabe llevarse a confusión: Schmitt no se opone al pluralismo por la mera existencia de una pluralidad de organizaciones políticas, sociales, comerciales, etcétera; sino por lo que supone dicha existencia respecto a la posición preeminente que goza el Estado. Tal y como critica a defensores del pluralismo como GDH Cole y Laski, el pluralismo implica una *descentralización* de las funciones del Estado, lo cual implicaría, a juicio de Schmitt, su debilitamiento. Por tanto, no es tanto una amenaza para el Estado por la existencia de una variedad de los elementos sociales, sino de lo que supone su aceptación: fragmentación y división de la comunidad. Además, para Schmitt, el pluralismo supone no solo la fragmentación del Estado en sí, si no que en tanto que asume el carácter plural de la sociedad, el Estado deja de ser parte activa o parcial respecto a una determinada posición política, religiosa, espiritual o moral para convertirse en una institución carente de centro de gravedad. Dicho de otra manera, el Estado pasa a ser una instancia *neutral* que «toma sus motivos e ideas de los más diversos dominios conceptuales -religión, economía, liberalismo, socialismo, etc.-» (SCHMITT, 2014, pág. 74). En otras palabras, para Schmitt la única garantía del Estado es la garantía de lo político a costa de la represión del pluralismo. El marco solo es posible garantizarlo mediante la represión de las voces divergentes.

A juicio de Mouffe, esto supone una paradoja conceptual. En tanto que el propio Schmitt *contrapone lo político y la democracia con el pluralismo*, para Mouffe la concepción es necesariamente la contraria: solo es posible la existencia de comunidad en tanto se

garantiza dicha pluralidad (MOUFFE, 2016, págs. 69-70). Es precisamente a través de la represión, el autoritarismo, el predominio homogeneizador de una ideología que aspira a ser despolitizada, cómo tiene lugar la muerte de la democracia, el quiebre social y la guerra civil.

Si Schmitt defiende lo político a través de la unidad decisiva representada por el Estado, Mouffe rechaza esta idea afirmando que la defensa de la unidad implicaría precisamente la anulación de cualquier posibilidad de oposición, y por tanto, el fin de la política (MOUFFE, 2016, págs. 69-70). De acuerdo con esta lógica, lo político no desaparecería con el Estado pluralista; más bien desaparecería con la concepción de Estado que defiende Schmitt. Mouffe sin embargo señala que el concepto de unidad que defiende Schmitt, constituye una unidad muy específica: una unidad del Estado que debe ser concreta, basada en algo ya dado (MOUFFE, 2016, pág. 69). Situándolo en el contexto propio del autor, cabe presumir que la concepción de unidad de Schmitt procede de un anhelo de cohesión interna en la Alemania de Weimar. Es por ello que ante cualquier propuesta de pluralismo político se opondrá fuertemente en defensa del fortalecimiento de una unidad ante la amenaza de su propia destrucción. No debe extrañar entonces las ciertas afinidades existentes entre Schmitt y el nacionalsocialismo, el cual prefijaba su unidad de acuerdo a la identificación del enemigo: los judíos, los comunistas, los gitanos, los discapacitados, los homosexuales, etcétera. Por tanto, las consideraciones al respecto resultan muy alejadas de la realidad política si las ubicamos en el contexto actual. Ante esta situación, se hace muy difícil conjugar la concepción de lo político desde una óptica genuinamente schmittiana si se tiene en cuenta que ésta es incompatible con la pluralidad política. De acuerdo con Laclau y Mouffe, la unidad se convierte en identidad en tanto que se construye un exterior constitutivo que motive la unidad del Estado: el Estado es la institución que lucha contra su antítesis; contra aquello que le pone en amenaza (SCHMITT, 2008, pág. 77). Como oposición a ello, el pluralismo que critica Schmitt es similar a la lógica de la diferencia: en tanto que no existe un elemento de comunidad que motive su unidad en la lucha contra algo, ésta se desintegraría y no tendría razón de ser. Sin embargo, tal y como Mouffe argumenta, Schmitt, al justificar lo político a través de la persecución de sus enemigos, aspira a un cierre o a una sutura definitiva de la sociedad (MOUFFE, 2016, págs. 69-70). Si Schmitt se escuda en el concepto de lo político mediante el afán de dominio del Estado, en realidad está defendiendo un poder estatal despolitizado. En otras palabras, combatir la lógica de la diferencia a través de su cierre

definitivo supone igualmente una lógica de la diferencia en su reverso positivo: no habría nada *por* lo que luchar porque el sentido de su existencia es que haya algo *contra* lo que combatir. Si la existencia del enemigo es definitivamente reprimida, no hay sentido para mantener la unidad. De todos modos, esta concepción no deja de representar una reducción al absurdo del sentido schmittiano de la existencia del Estado. La razón de ser de la existencia de los Estados va –debería ir– más allá de la mera liquidación de sus enemigos. Sin embargo podemos profundizar yéndonos a la superficie de lo que supone esta paradoja: las consecuencias de la concepción de Schmitt no son otras sino la implantación de un sistema totalitario, por lo que ya no tendría sentido hablar de democracia. Para que Schmitt fuera coherente con su concepto de lo político, como señala Mouffe, si lo político es el hecho existente del antagonismo, deben garantizarse las condiciones para que dichas divergencias tengan lugar (MOUFFE, 2016, págs. 69-70). Es por ello que lo político es inescindible del pluralismo.

Sin embargo, el concepto posfundacional de lo político sí mantiene una cierta correlación con la de Schmitt en la medida en que su concepto de lo político emerge a partir de la división *fundada en una distorsión* [de lo que se entiende por comunidad], *que escapa a la aritmética de los intercambios y las reparaciones*, es decir, a los procesos de negociación racional despolitizadores típicos del liberalismo (RANCIÈRE, 1996, pág. 26). Para Rancière, lo político no es solo la institucionalización del disenso, lo polémico y confrontacional que reivindica Schmitt, sino la interrupción de la institucionalización misma (RANCIÈRE, 1996, págs. 32-33). Según Rancière, «la política existe cuando el orden natural de la dominación es interrumpido por la institución de una parte de los que no tienen parte» (RANCIÈRE, 1996, pág. 25). Irónicamente, esta definición de lo político encierra una paradoja si se hace una lectura desde Schmitt: lo político se define por la existencia de polémica y confrontación, pero a fin de garantizar la unidad del Estado, lo político llega a su fin tan pronto como pretende reprimirse o neutralizar a quienes ponen en amenaza al Estado mismo. Es por este motivo que Mouffe remarca que la única defensa coherente de lo político puede hacerse a través del reconocimiento de una continua pugna por la redefinición de la comunidad política.



La inevitabilidad de lo político: prejuicios, emociones y sentido común

Para Aristóteles, los motivos que llevan a justificar la inevitabilidad de lo político son por el carácter de *zoon politikon* del hombre, es decir, es por naturaleza un animal social que tiende a la convivencia (ARISTÓTELES, 1974, pág. 132). En este contexto de convivencia social necesaria, donde un conjunto de personas interactúan entre ellas, comparten espacio y asuntos cotidianos, donde terminan también por compartir intereses y preocupaciones que se convierten en *comunes*. En este sentido, la vida de la polis es la vida política, una comunidad constituida a partir de una confluencia de intereses que, sin embargo, se dirigen hacia uno superior, el de la *comunidad política* (ARISTÓTELES, 1974, pág. 55). En este marco, Aristóteles es consciente de la amplia pluralidad de virtudes a los que sus ciudadanos suelen atenerse, y que de algún modo pretenden imponer al resto de la comunidad. En otras palabras, tiene lugar una inevitable confrontación de intereses que tiene por objeto común el destino de la comunidad.

Será precisamente Schmitt quien justificará la inevitabilidad de lo político, tan específicamente ligado al disenso, rescatando el aristotélico *deseo de dominación*, el cual se trataría de un espíritu irreprimible, irracional, inherente a todo ser humano, quien siempre alberga en su seno un anhelo de imponer su criterio, valores y principios sobre los demás. Con ello, Schmitt asumirá la imposibilidad de pretender resolver el conflicto mediante la mera negociación racional, propia del influjo racionalista decimonónico, ya que al final acaba imponiéndose un criterio concreto sobre el otro (SCHMITT, 2014, pág. 109).

Además, para Rancière la irreductibilidad de lo político se explica porque siempre habrá excluidos de la comunidad que reivindiquen su integración (1996, pág. 25). La política emerge cuando algo no cuadra en los cálculos de reparto establecidos en dicha comunidad, cuando las bases de la dominación y el orden son cuestionadas por un grupo de iguales que se pregunta «¿Por qué x es el soberano y no nosotros?» y en base a qué criterios. Es por ello que, para Rancière, la política nace de una inconmensurabilidad entre las partes que no puede ser nunca reparada a través de un criterio compartido, pues entonces lo que estaría en discusión sería el criterio mismo de reparto.

Honneth señala algo similar cuando afirma que tras las luchas políticas se esconde un error de reconocimiento que no es compartido por igual entre los miembros de la comunidad política. Esta aspiración al reconocimiento emana de un sentimiento de

injusticia por parte del individuo, pero al mismo tiempo este antagonismo surge precisamente cuando dicho sentimiento se pone en un contexto social, en relación con otros miembros (2018, pág. 103). Para comprender esta imposibilidad en el acuerdo, Arendt alegaba que, en tanto que seres humanos, estamos impregnados de prejuicios que en todo momento nos molestamos en reafirmar a través del debate político:

[...]los prejuicios, que todos compartimos, que son obvios para nosotros, que podemos intercambiarlos en la conversación sin tener que explicarlos detalladamente, representan algo político en el sentido más amplio de la palabra –es decir, algo que constituye un componente integral de los asuntos humanos entre los que nos movemos todos los días. [¡!] Que los prejuicios tengan un papel tan extraordinariamente grande en la vida cotidiana y por lo tanto en la política es algo de lo que en sí no cabe lamentarse y que, en ningún caso, se debería intentar cambiar. Pues el hombre no puede vivir sin prejuicios y no solo porque su buen sentido o su discernimiento no serían suficientes para juzgar de nuevo todo aquello sobre lo que se le pidiera algún juicio a lo largo de su vida sino porque una ausencia tal de prejuicios exigiría una alerta sobrehumana. Por eso la política siempre ha tenido que ver con la aclaración y disipación de prejuicios [como ocurre cuando el prejuicio lo siembran los medios de comunicación], lo que no quiere decir que consista en educarnos para eliminarlos, ni que los que se esfuerzan en dilucidarlos estén en sí mismos libres de ellos. (ARENDR, 1997, págs. 52-53)

Detrás de las bambalinas de todo proceso racional se esconden lo que Arendt denomina *prejuicios*, percepciones de realidad formadas antes del juicio mismo, que aún no ha sido dotado de forma, pero que precede a cualquier proceso deductivo. De la misma manera, Arendt distinguirá éstos de las *idiosincrasias personales*, las cuales son fruto de la experiencia de cada individuo y que puede encontrarse una motivación justificada (1997, págs. 52-53). El prejuicio representa un gran papel en lo puramente social, ya que como tal no se reduce a aquello que pertenece estrictamente a la esfera de lo psicológico, en la significación más pura de irracionalidad, sino también como aquello que es enseñado, transmitido, compartido, respirado en el seno de la vida política. Como afirmaba Burke, los prejuicios parten de esta misma premisa: son fruto de la experiencia transmitida por las generaciones precedentes, la cultura compartida, o como lo denominaría Gramsci, el «*sentido común general*».

A este respecto, resulta llamativa la seguridad con la que Schmitt afirma la inevitabilidad de lo político (2014, pág. 126). Aunque es comprensible al aceptar que lo político es inherente al ser humano en la medida en que el deseo de dominación es irreprimible. Para justificar esta inevitabilidad, Schmitt recurre al carácter intrínsecamente espiritual del ser

humano. Es decir, a su tendencia a elevar a nivel metafísico aquello en lo que deposita su centralidad. Es por este motivo que Schmitt considera necesario reivindicar lo espiritual como un centro de gravedad que garantice la existencia de lo político. Pero esta afirmación nos dice tantas cosas como dudas nos genera.

Más allá de una mera cuestión de fe en el carácter político que reside en la naturaleza humana, ¿Qué puede servir para apoyar esta suposición? Uno de los motivos que Laclau lo justifica como pertinente se encuentra en el carácter contingente de la realidad social. A diferencia de los procesos naturales, cuya cognoscibilidad apunta a que en el futuro puedan predecirse de nuevo dichos comportamientos, sin embargo en el plano de las ciencias sociales, sin embargo, en tanto que el objeto de estudio es el ser humano, su comportamiento es más impredecible y cambiante. El racionalismo, en una pretensión de asir, controlar y predecir la naturaleza humana, establece una definición universal que, como tal, aspira a ser inmanente en el tiempo y en el espacio, es decir, una concepción cerrada o suturada de sociedad. No obstante, dicha concepción se ve frustrada constantemente en la medida en que surge el disenso, el cuestionamiento de las propias reglas que se presentan como verdaderas y objetivas.

Para evidenciar esta imposibilidad, en mitad de un debate con Norman Geras, Laclau apunta a la imposibilidad de alcanzar a conocer la realidad en su más pura transparencia objetiva, en tanto que ésta es siempre interpretada, mediada por factores que escapan a nuestra consciencia (1993, pág. 121). Influído por Jacques Lacan y por Althusser, Laclau recoge el significado originario del concepto de sobredeterminación<sup>2</sup> para explicar que en la medida en que no podemos ni justificar ni anticipar las decisiones humanas de forma racional, el comportamiento social tampoco es predefinible, ya que no podemos conocer y definir cada una de las determinaciones e influencias que recibe el individuo a la hora de adoptar una postura política, o en otras palabras, una *posición de sujeto*. Es decir, el individuo adopta una determinada posición de sujeto en tanto que éste se halla sobredeterminado.

Para explicar las múltiples determinaciones que afectan al sujeto, de entre las que existen también motivaciones irracionales que imposibilitan la objetividad de una interpretación,

---

<sup>2</sup> Althusser empleará de una manera diferente el concepto de sobredeterminación. En lugar de observar las diferentes determinaciones a nivel individual y psicológico, hará extensible este concepto a nivel sociológico para explicar fenómenos políticos y sociales. Por este motivo, en el presente trabajo recurriré a referirme al concepto de Althusser como *Sobredeterminación (A)* y al de Laclau como *Sobredeterminación (L)* (ALTHUSSER L. , Contradicción y sobredeterminación (Notas para una investigación), 1967).

por muy justificadamente racional que sea. Con ello, para Laclau y Mouffe la realidad material nunca se presenta desnuda y aséptica, sino interpretada subjetivamente y sobredeterminada, mediada por las emociones, afectos y experiencias cotidianas.

De igual manera, los estudios realizados desde el ámbito de la neurobiología por investigadores como Sousa, Solomon o Damasio van en la misma dirección. Damasio expone la estrecha interrelación que existe entre el cuerpo y la mente, y demuestra cómo la denominada «razón elevada», propia de Platón, Kant o Descartes, exige de una atención y una memoria funcional que nuestro cerebro es incapaz de hacer frente (2006, págs. 202-203). Con el fin de evitar el excesivo trabajo que supondría tomar una decisión a partir de un desbordante abanico de opciones, nuestro cerebro actúa a través de marcadores somáticos, un protocolo basado en nuestro historial de vida cuyo fin es el de optimizar nuestras reacciones y decisiones en el margen más breve posible de tiempo; una señal de alarma no solo recuerda qué representa para nosotros lo que presenciamos, sino también cómo reaccionamos ante ello: inquietud, miedo, seguridad, satisfacción, aversión, etc:

¿Qué consigue el marcador somático? Fuerza la atención sobre el resultado negativo al que puede conducir una acción determinada, y funciona como una señal de alarma automática que dice: atención al peligro que se avecina si eliges la opción que conduce a este resultado (DAMASIO, 2006, pág. 205).

De este modo, el marcador somático actúa como un dispositivo que tiende a reforzar los aspectos positivos o negativos de cada posible situación a partir de experiencias previas similares, y de cómo nos ha afectado a través de emociones y sentimientos:

Los marcadores somáticos son un caso especial de sentimientos generados a partir de emociones secundarias. Estas emociones y sentimientos han sido conectados, mediante aprendizaje, a resultados futuros predecibles de determinados supuestos (DAMASIO, 2006, pág. 205).

Por tanto, los marcadores somáticos contribuyen a agilizar nuestro proceso de toma de decisiones a partir del descarte de aquellos elementos que sean considerados emocionalmente rechazables y del énfasis en aquellos que son atractivos. Del mismo modo, en tanto que estos marcadores son aprendidos, generalmente lo hacen a través de los primeros años en los procesos de educación y socialización. Damasio concibe dos fuentes que determinan y condicionan dichos marcadores y que contribuyen a la adaptabilidad de los individuos: por una parte, la propia experiencia personal recogida por el cerebro; por otra, la cultura en la que convive (2006, págs. 210-211). Como

resultado, la toma de decisiones procede, en primer lugar, de la interacción entre un conjunto de experiencias que el cuerpo ha sufrido y que ha generado en el individuo emociones concretas, en ocasiones incluso traumáticas; en segundo lugar, de las propias convenciones éticas y sociales, apoyadas en gran parte por las experiencias anteriormente mencionadas. Es aquí donde tiene lugar la noción de contingencia, en el que ante una misma situación, la experiencia puede ser sumamente diferente para cada individuo, dando lugar a emociones o reacciones diferenciadas (DAMASIO, 2006, pág. 214). Ante esto, cuando se sufre una buena o mala experiencia, con el tiempo acaba siendo asimilada y naturalizada por el individuo, de modo que ante la repetición de una experiencia similar se activa un marcador somático «como si» (sic). Es decir, la experiencia concreta que explica la percepción positiva o negativa respecto a una situación se acaba difuminando, quedando en su lugar un *símbolo* que representa la negatividad que genera el rechazo o positividad que genera el afecto. De este modo, Damasio deduce que gran parte de nuestras decisiones son tomadas sin la presencia de sentimientos. No nos llevemos a confusión: tal y como explica, el carácter positivo o negativo de un objeto se presenta de forma inconsciente, de modo que nuestras decisiones no están ya condicionadas por la presencia consciente de nuestros sentimientos al respecto:

[...] puede haberse activado una señal del estado corporal o su sustituto, pero sin haber sido el foco de atención. Sin atención, ninguno de ellos será parte de la consciencia, aunque u otro pueden formar parte de una acción encubierta sobre los mecanismos que rigen, sin control voluntario, nuestras actitudes apetitivas (de acercamiento) o aversivas (de rechazo) hacia el mundo. Aunque la maquinaria subyacente escondida haya sido activada, nuestra consciencia nunca lo sabrá (DAMASIO, 2006, págs. 218-221).

En esta «falta de atención» que existe a la hora de decidir, se despliega la imaginería o la conjunción de representaciones simbólicas que condicionan nuestra percepción. Es aquí donde se encuentra el relevante papel que Lacan atribuye al símbolo: una conjunción de elementos conscientes e inconscientes que atribuyen a un significante un significado concreto y subjetivo. Dicho de otra forma: un mismo concepto puede tener significados diferentes dependiendo del receptor. Laclau emplea frecuentemente el ejemplo de la idea de mesa, la cual inconscientemente cada individuo puede imaginarla con una forma, aspecto, material y características concretas (1993, pág. 121). Este hecho es extrapolable a otros conceptos mucho más complejos, como el de justicia, igualdad o libertad. Partiendo de esta premisa, entonces, podemos reconocer la relevancia del componente

emotivo dentro de las formulaciones políticas, y que aquellas determinan a éstas en la medida en que forman parte del subconsciente.

De aquí se desarrolla entonces una diferenciación conceptual que Laclau y Mouffe aclaran a autores como Geras ante las sospechas de idealismo. De acuerdo con Laclau-Mouffe, el materialismo supone el reconocimiento de una realidad externa al pensamiento, de una *materia* como la idea *particular* de un objeto, pero a su vez desgajable de una idea universalizable y reconocida por todos, es decir, de la *forma*. De este modo, para Laclau y Mouffe el conflicto no reside en la existencia o no de una realidad externa al pensamiento -pues ellos reconocen esta separación-, sino en la posibilidad de poder conocer una realidad objetiva en toda su desnudez, desprovista de toda interpretación -lo que ellos califican como *esse*-: «La verdadera línea divisoria entre idealismo y materialismo es, por consiguiente, la afirmación o negación de la reductibilidad en la última instancia de lo real al concepto» (LACLAU & MOUFFE, 1993, pág. 121). En este sentido, tal y como se ha visto, la capacidad de descubrir y describir asépticamente al *esse* es imposible en la medida en que ésta pasa por el filtro de la interpretación humana y todas las afecciones del inconsciente que a ella se incorporan.

Sin embargo, el dilema no reside en la oposición entre racionalidad e irracionalismo, ya que los efectos últimos de plantear la solución en términos absolutos se dirigen hacia una misma deriva de aspiración de sutura de lo social. Aquí puede detectarse una de las contradicciones de Schmitt. Al identificar lo espiritual como el único centro de gravedad legítimo para garantizar lo político, está propugnando por su despolitización frente a otras tendencias consideradas racionalistas. Más bien lo que proponen Laclau-Mouffe es superar la clásica dicotomía pensamiento-materia al reconocer y naturalizar la existencia de los afectos y de las emociones como parte de la vida humana. Laclau efectúa al respecto un ejercicio de pragmatismo: justifica racionalmente el papel de las emociones y los afectos en política como un instrumento de persuasión de las masas (1986, pág. 163). Otras ideologías como el fascismo, que reivindican el irracionalismo -o la espiritualidad, en términos de Schmitt- como parte fundamental de la esencia humana, por el contrario, lo asume y reivindica porque *crea en ella*.

Pero como se verá más adelante, el papel de las emociones en la labor de construcción del discurso es más común de lo que parece. No se trata solamente de una mera cuestión de fundamentación discursiva, sino de su plausibilidad y cohesión como discurso, algo que no necesariamente va ligado a la racionalidad. Políticamente, la espiritualidad o la

irracionalidad ha sido elevada ideológicamente en tanto que forma parte del acervo popular, de la sabiduría y cultura que ha perdurado durante siglos a través de la tradición. Es el caso de la *Ahnenerbe* alemana defensora de algunas teorías pseudocientíficas, o el conocido apego por el espiritismo de Julius Évola, uno de los principales ideólogos del neofascismo italiano. Y si bien es conocido el efecto ideológico de la propaganda soviética, hoy es fácil presenciar en el *marketing* electoral un fenómeno normalizado y generalizado dentro de un contexto presidido por la racionalidad, el *stablishment* y el tecnocratismo.

En este sentido, Máiz afirma que nos encontramos con teorías que se caracterizan por un «hiperracionalismo indiscutido y omnipresente» (2010, pág. 12), es decir, despolitizado, que ha olvidado el importante componente emocional que hay detrás de toda deliberación y juicio moral a través de todo proceso racional de toma de decisiones. La política, en consecuencia, acaba articulándose a partir de la consciente exclusión/represión de las emociones y afectos, que acaban identificándose como el Otro (MÁIZ, 2010, pág. 12). En consecuencia:

1) la exclusión fundacional de las emociones conduce a un indisimulado hiperracionalismo, que 2) se traduce en la sobrevaloración del consenso y la correlativa elisión del conflicto como dimensión inevitable de la política, 3) desatiende, de la mano de un individualismo racionalista, los procesos de construcción y movilización antagónica de las identidades colectivas; y 4) promueve, por último, el desplazamiento de la política por la moral, el derecho, la economía o la gestión pública (MÁIZ, 2010, pág. 12).

Desde este punto de vista, la hiperracionalización desplaza a la comunidad política, se sitúa al individuo racional en el centro de la vida política, y a la actividad mercantil como una extensión de la lógica racionalista medible, acotable y delimitable. Es decir, la exclusión de las emociones no solo implica la muerte de una parte de lo humano, sino que además genera la sospecha de que dicho desplazamiento de la política a la esfera de la individualidad y el cálculo racional puede poner en amenaza cualquier posibilidad de la existencia de comunidad en la medida en que no hay un elemento de comunidad en discusión:

Se sustancia así la idea de que resulta posible un conocimiento puro, «objetivo», consensual, desapasionado y carente de contradicciones, propietario en exclusiva de todas y cada una de las dimensiones cognitivas, evaluativas y motivacionales (MÁIZ, 2010, pág. 18).

Según este marco, las emociones son conceptualizadas como fuerzas irracionales que bloquean la acción y producen heteronomía (MÁIZ, 2010, pág. 18). Sin embargo, Máiz se limita a mostrar el carácter humanamente incompleto de la hiperracionalización de la política. Si la democracia deliberativa supone una corrección al modelo de democracia directa y representativa, él propone una corrección de las contradicciones de la democracia deliberativa a través del reconocimiento del papel de las emociones. Pero en ningún caso, Máiz indica cuáles son las consecuencias últimas de la hiperracionalización. Para Mouffe, ésta solo puede desembocar en la aspiración de un cierre que siempre daría lugar a la exclusión y a la represión política del excluido. La cuestión es cómo se afronta dicha exclusión: si a través de su represión o su despolitización. Y si es el caso, ello podría poner en riesgo el marco democrático. La hiperracionalización de la política solo puede suponer, en última instancia, la ausencia de política. Es sin embargo a través del reconocimiento de los afectos cómo podemos entender la existencia del «mundo entre» arendtiano; de la inevitabilidad de la divergencia política en la vida social.

Máiz engloba en cuatro los posicionamientos racionalistas principales, el utilitarismo, el marxismo, el liberalismo (pos)kantiano –Rawls- y el comunitarismo –MacIntyre- a los que cabría añadir el deliberativo (2010, pág. 21). Sin embargo, como afirma Mouffe, dichas concepciones racionalistas, dado su carácter normativo, solo son capaces de proporcionar una definición estática de sociedad a partir de una esencia, es decir, de un principio inmanente (1999, pág. 20). De este modo, su objetivo es la permanente búsqueda no ya del mero acuerdo, sino del consenso racional, y en consecuencia, la aspiración a una sutura de lo social se verá permanentemente frustrada.

Dicho de otra manera, la imposibilidad del racionalismo reside en el componente de irracionalidad que se encuentra en la fundamentación misma del argumento. De ahí la imposibilidad de alcanzar una conclusión que pueda ser aprendida o aceptada por todos, y de ahí la *inevitabilidad del conflicto*. Por ello, como deduce Arendt, los debates no giran solo en torno al mero intercambio argumental, sino además a la constante aclaración de la postura de cada una de las partes; a una pretensión de redefinir, cada vez de una forma más precisa, la posición de los adversarios (1997, pág. 52). Pero al mismo tiempo implica aceptar la permanente aparición e introducción de nuevas polémicas, divergencias y adversarios, puesto que lo político es la expresión misma de la vida en comunidad. «Sin negatividad, la vida se atrofia hasta el “ser muerto”» (HAN, 2014, pág. 49).



A modo de conclusión de este apartado, para Laclau y Mouffe, por tanto, la aspiración al consenso racional es imposible en la medida en que las diferencias políticas están respaldadas por una infinitud de sobredeterminaciones que acaban por definir posicionamientos, opiniones, definiciones, marcos mentales y procesos de deducción inconmensurables. El discurso no es más que el producto de una ordenación concreta, y cohesionada de elementos dispersos, el cual se apoyará en una amplia variedad de instrumentos emotivos y racionales, con el fin de fundamentar y dar credibilidad a dicha ordenación discursiva.

Por ende, el resultado de ese proceso de construcción será inevitablemente político, ya que siempre existirán reticencias a aceptar totalmente la completitud de dicha ordenación discursiva. En su lugar, cualquier pretensión de definir una sociedad cerrada o suturada será un ejercicio fútil, ya que el discurso se verá constantemente afectado por nuevas identidades, demandas y realidades sociales.

## Capítulo 2

### Hegemonía, politización y despolitización del discurso

Como se verá más adelante, la asunción de dicha inevitabilidad por parte de autores como Laclau o Mouffe supondrá, en consecuencia, el rechazo de todo discurso que aspirase a resolver, de una vez por todas, el disenso político. En su lugar, la inevitabilidad del conflicto político reside, como señalaba Schmitt, en el afán irreprimible de imponer una visión de la sociedad diferente a la vigente, o bien en el robustecimiento de los imaginarios predominantes, e inspirados por una conjunción de fundamentos racionales e irracionales. En definitiva, un *horizonte discursivo* que se marca como objetivo la instauración de un nuevo modelo de sociedad, y que sin embargo, ésta se ve así mismo imposibilitada alcanzar dicho objetivo, al menos en toda su plenitud, al entrar en conflicto con otros tantos discursos con las mismas aspiraciones hegemónicas.

Despolitización: del centro de gravedad a la hegemonía del discurso

En *La era de las neutralizaciones y las despolitizaciones*, Schmitt describe cómo la evolución histórica de los Estados europeos en los últimos siglos había dado paso a un desplazamiento de lo que denomina centro de gravedad. Mientras que en el siglo XVIII el centro de gravedad residiría en el aspecto teológico, en el siglo XIX predominaría la fe en el progreso científico para dar lugar a su vez a un centro de gravedad de carácter económico en el siglo XX (SCHMITT, 2014, pág. 120). De acuerdo con su punto de vista, tal desplazamiento se ve motivado por escapar del conflicto inherente a dicho centro de gravedad, y en su lugar encontrar una esfera de neutralidad que permitiera encontrar espacios para el entendimiento y la paz. De este modo, el proceso de neutralización es un

ejercicio de desactivación de lugares de pugna y dialéctica que pretenden ser evitados a través del desplazamiento del objeto de litigio a la esfera de lo privado, dando lugar a un nuevo centro de gravedad que pretende establecer unas nuevas reglas de juego en la manera de relacionarse políticamente, donde la voluntad colectiva –representada por el poder del Estado- es reemplazada por el acuerdo entre individuos y particularidades. Sin embargo, según Schmitt, la pretensión de abolir lo político en pos de la armonía social sufre, de manera inevitable y constante, un retorno hacia la confrontación y la polémica:

En Europa la humanidad está siempre saliendo de un campo de batalla para entrar en un terreno neutral, y una y otra vez el recién alcanzado terreno neutral se vuelve nuevamente campo de batalla y hace necesario buscar nuevas esferas de neutralidad (SCHMITT, 2014, pág. 122).

La neutralización, entendida como parte del proceso de despolitización, al desplazar el centro de gravedad a la esfera de lo privado, el objeto común en disputa deja de ser motivo de discordia para, en su lugar, hacer desaparecer la comunidad de dicho objeto y convertirlo en una cuestión privada. Tal vez el caso más paradigmático de este hecho sean las guerras de religión, cuyos objetos de disputa dejan de ser relevantes cuando el Estado se convierte en laico o aconfesional y la religión pasa a convertirse en una cuestión privada. Como señala Foucault, la razón gubernamental de los Estados sufre una transformación. La nueva razón gubernamental no presta atención ya al control y gestión de sus propios intereses, en el dominio en sí de las cosas, sino que centra sus esfuerzos en desarrollar políticas favorables a los intereses individuales o particulares de la sociedad (2016, pág. 55). Aquí nos encontramos entonces con dos elementos importantes. Por una parte, el papel del Estado como determinante de lo político. Por otra parte, que lo político se determina por su desplazamiento entre lo público y lo privado, entre lo colectivo y lo individual.

Como señalan tanto Schmitt como los autores posfundacionalistas de izquierda, las motivaciones que llevan a esta neutralización se deben al influjo racionalista. En tanto que aspira a someter las relaciones sociales a la lógica del cálculo y el mercado, pretende derrotar a su vez todo contenido que vaya más allá del racional. Para contraponer este esquema, Schmitt recurre a la espiritualidad, pero también a la cultura en general, como elementos que contribuyen a la inevitabilidad de lo político. El arte, la música, el teatro, la poesía, elevan el espíritu pero al mismo tiempo y por este mismo motivo fortalecen el afán de dominio de unas convicciones sobre otras. Por ello las guerras son de fe, por la

gloria de una nación o por una causa elevada que trasciende la propia existencia del individuo. Es entonces cuando Schmitt afirma que el centro de gravedad de la era de las neutralizaciones se ha desplazado a la técnica, en tanto que ésta se presupone siempre neutral. La neutralidad de la técnica reside en su carácter objetivo, ya que ésta se presenta carente del influjo de la cultura: se presenta tal cual es. A diferencia de la teología, o de la concepción nación-Estado, la técnica se presenta como objetiva ante los ojos de todos. Por esta razón, Schmitt concluye que la técnica está situada en el centro de gravedad de la vida política con el fin de neutralizarla (2014, pág. 122). Con ello, Schmitt llega a sospechar de cuáles son las consecuencias de su centralidad. En tanto que los elementos afectados por la cultura de un país han sido excluidos y reemplazados en su lugar por un centro objetivo y neutral, la espiritualidad se desvanecería en tanto que tiene lugar la muerte de la cultura (2014, pág. 125). Sin embargo, para Schmitt la muerte de la espiritualidad no le supone la muerte de lo político –aunque esa sea la pretensión racionalista-. Al contrario, augura que la centralidad de la técnica solo significa un nuevo desplazamiento del centro de gravedad donde tendrá lugar lo político. Es aquí donde la correlación conceptual entre antagonismo y relación amigo-enemigo vuelve a tener presencia. Con la ayuda de la tecnología, para Schmitt la principal amenaza que ofrece el liberalismo es su tendencia a pretender disolver el concepto de enemigo (2014, pág. 61).

Por ende, para Schmitt la despolitización comienza con la disolución del centro de gravedad del Estado. En tanto que la defensa activa de una postura política, religiosa, moral o espiritual implica el combate de quienes se oponen, la tendencia histórica de los Estados en los últimos siglos ha sido la de evitar el conflicto mediante la aceptación de posturas contrapuestas en su seno. Aunque para Schmitt el conflicto de lo político es inevitable en tanto que es inherente a la naturaleza del ser humano, la despolitización implica la pérdida de un centro de gravedad para el Estado que debilitaría su existencia. Como resultado, la pérdida de dicho centro da lugar a un individualismo estrechamente ligado al pensamiento liberal, en el que la fragmentación de la sociedad cada vez es mayor y la unidad no es posible. La lógica que emplea Schmitt para ello es la razonada con anterioridad. En tanto que se acepta una cierta pluralidad en el seno del Estado, éste tendería a disgregarse en la medida en que su posición privilegiada va desvaneciéndose entre el resto de organizaciones sociales, convirtiéndose en un mero órgano de administración, y no en un espacio de decisión desprovista de lo específicamente reglado:

[...] la negación de lo político que contiene todo individualismo consecuente conduce desde luego a una práctica política, la de la desconfianza contra todo poder político y forma de Estado imaginable, pero nunca a una teoría positiva propia del Estado y de la política (SCHMITT, 2014, págs. 99-100).

Por contra, Schmitt explica que lo apolítico se concibe como la pretensión de neutralidad, de la ausencia de polémica. Tal anhelo al consenso se traduce pues en la aspiración a la desaparición del adversario y el enemigo. De este modo, la despolitización se define como un proceso, una fase de transformación hacia lo apolítico:

La voluntad lógica y natural de rechazar al enemigo, dada dentro de la situación de lucha, se convierte en la construcción racional de un ideal o programa social, en una tendencia o un cálculo económico (SCHMITT, 2014, págs. 101-102).

Así pues, la despolitización implica la desactivación del conflicto que emerge más allá de la mera discusión racional, reemplazando el dominio de una voluntad colectiva sobre otra por la resolución racional de conflictos a través de la negociación y la competencia individual. Sin embargo, cabe hacer un apunte acerca del carácter despolitizador del centro de gravedad. En realidad, no se produce una disolución de éste, sino el reemplazo por otro cuyo núcleo aspira a la disolución del mismo; un esquema de pensamiento que desde luego no ha sido patrimonio exclusivo del liberalismo, sino del racionalismo en general. Así pues, la reacción de Schmitt ante el carácter despolitizador del liberalismo es aquella que se produce ante el destierro del espiritualismo cristiano del terreno de la política con la llegada de la Ilustración: en la Ilustración se ha sustituido la unicidad de Dios por la unicidad de la Razón, pero se continua sin naturalizar el disenso en el seno de lo social. En esta misma dirección apunta Arendt en el apartado siguiente:

Podría ser que la misión de la política fuera elaborar un mundo tan transparente para la verdad como la creación de Dios. En el sentido del mito judeo-cristiano esto significaría: el hombre, creado a imagen de Dios, ha recibido una fuerza generadora para organizar al hombre a semejanza de la creación divina (ARENDR, 1997, pág. 47).

Por otra parte, Schmitt destierra toda concepción de la unicidad como organismo vivo y por tanto cambiante y mutable, ya que comprende la unicidad como un organismo inmanente, que siempre ha funcionado de acuerdo a un orden concreto, el cual se está viendo amenazado. Por este mismo motivo, rechaza toda aspiración a una transformación radical de la sociedad, y de la misma manera, pretende la anulación de cualquier divergencia interna en el seno de dicha unicidad. Esta concepción arcaica de sociedad se verá con posterioridad reemplazada por una razón organizadora de la sociedad que, de

igual manera, no tendría en cuenta las consideraciones de las voces divergentes, como si de un mandato unívoco y legítimo se tratara. Un ejemplo sería el ideal jacobino de acabar con las lenguas particulares y la reorganización territorial de acuerdo a criterios racionalistas, sin tener en cuenta las consecuencias sociales de tales medidas. En definitiva, a la imposición de una «ley natural» que, en este caso, ya no se debe a Dios, sino a la Razón. Es por ello que Arendt reivindica a la libertad como el sentido de la política (1997, pág. 62), en tanto que ésta solo puede darse entre los hombres (1997, págs. 45-46), producto de una relación entre posiciones diversas. De esta manera, aunque Schmitt pudiera reivindicar lo político como una voluntad de dominio frente a la aceptación de consensos racionales, tan pronto como la aniquilación del enemigo pudiera hacerse efectiva, lo político desaparecería en tanto que deja de existir lo polémico. Ante el intento de cierre al cual aspira Schmitt, como máxima ejemplificación de la herencia cristiana de la Ilustración en busca de la unicidad o la reconciliación universal, Rancière proclama que detrás de dicha aspiración encierra la ausencia de la política, puesto que ya se han delimitado los confines de la comunidad de una manera definitiva y excluyente (1996, pág. 26). Es precisamente en ésta oposición a los procesos de racionalización -y no como defiende Schmitt, en la pérdida de un centro de gravedad espiritual- donde reside la esencia de lo político para Rancière. A diferencia de Schmitt, Rancière niega la esencialidad de unas leyes que rijan el comportamiento de las sociedades humanas por encima de su propia voluntad. En consecuencia, rechaza a su vez la inmutabilidad de tales principios o leyes que permitan un cierre definitivo de lo social:

Hay política simplemente porque ningún orden social se funda en la naturaleza, ninguna ley divina ordena las relaciones humanas (RANCIÈRE, 1996, pág. 31).

A diferencia de Schmitt, para Rancière la despolitización no se debe a una pérdida del centro de gravedad, sino por la pretensión de unidad y cierre, tan asimilable en los postulados antiliberales de Schmitt como en los propios del liberalismo. Así pues, para Rancière el problema no es solo el carácter disolvente de las relaciones de dominio que posee el liberalismo, sino la capacidad de institucionalizar un orden racionalizado. A lo que Schmitt se opone es a la racionalización del mundo, ya que a su juicio, es quien pone en amenaza el dominio *per se*, y por extensión, el del Estado. Pero Schmitt defiende igualmente un orden concreto, en este caso irracional, con un centro de gravedad concreto, que sea capaz de establecer según su criterio y, a la vez, que excluya a quienes no se someten a él. Pero es a través de la creencia en que ésta en efecto puede construirse

a través del consenso y el acuerdo de dónde aparece lo que él denomina *policía*, ya que para que haya un acuerdo entre las partes en liza debe haber previamente una uniformidad en el marco de la discusión. Por ejemplo, para que dos jugadores se enfrenten al ajedrez deben compartir unas mismas reglas de juego. La política, por tanto, está reservada para la división entre quienes permanecen a favor de ese consenso y quienes se atreven a cuestionarlo porque conciben pertinente redefinir los términos. En definitiva, la política para Rancière es la permanente redefinición de lo acordado, ya que la inconmensurabilidad de las partes impide el establecimiento de soluciones racionales. En la misma dirección Mouffe formula una crítica a Schmitt a partir de los propios postulados schmittianos. Así pues, en tanto que es irreductible el deseo irracional de pretender dominar al enemigo, y que nuestras preferencias políticas están estrechamente ligadas a nuestros afectos y emociones, es imposible alcanzar acuerdos racionales infinitamente perdurables en el tiempo. Precisamente por ello, por tanto, para Mouffe supone una amenaza tanto asumir lo político sin asumir la pluralidad –como postula Schmitt–, como asumir la pluralidad neutralizando lo político –como tendería el liberalismo–.

Por tanto, pueden entenderse dos formas de neutralidad: en el sentido positivo de la palabra, cuyo significado consiste precisamente en su ausencia de significado, y que niega la posibilidad de significado alguno; y otro en el sentido vacío del término, donde caben una multiplicidad de interpretaciones sin que sea reprimido ninguno de ellos. Tal y como sugieren autores como Lefort, Mouffe, Laclau o Rancière, la democracia constituye la neutralidad en un sentido vacío, es decir, en la medida en que se conforma como marco que admite en su seno una pluralidad de concepciones y significados, permitiendo así el continuo desplazamiento de discursos predominantes. Sin embargo, la concepción de neutralidad que parece exponer Schmitt se aproxima a un sentido absoluto del término: una neutralidad como la desprovisión real de significado, la negación absoluta de cualquier incursión ideológica: la tecnocracia. Paradójicamente, la concepción schmittiana de neutralidad es compartida por el liberalismo, en la medida en que éste no entiende su modelo económico como una fórmula propiamente ideológica, sino como la máxima expresión de la ausencia de ideología. Constituyen entonces dos caras de una misma moneda: la positividad plena de lo político, bien mediante un reconocimiento abierto de su naturaleza, bien mediante la apariencia de una ausencia absoluta, en nombre de la neutralidad. Como se verá más adelante, Laclau expone algo similar entre la plenitud absoluta del universal y su ausencia. En cualquiera de los dos casos, a su vez, comparten

pues la búsqueda de la ausencia de divergencia y de polémica interna, pero de formas diferentes. La confrontación solo puede tener lugar contra quienes ponen en riesgo dicho orden. Si bien desde la concepción schmittiana de lo político se hace más evidente el hecho de que la represión política está justificada por el sostenimiento de un determinado orden predominante frente a quienes lo cuestionan -los «enemigos del Estado»-, en el caso del liberalismo este hecho es más sutil, pero no menos inquietante. En nombre de la neutralidad, se reprimen o excluyen aquellos discursos que cuestionan los fundamentos del liberalismo, siendo calificados de «ideológicos». Como observó Tuñón de Lara,

[...]de todos es sabido que el poder llama siempre «neutralidad» a la defensa de su política y acusa de «politización» a toda manifestación del conocimiento que se enfrente con su repertorio ideológico [...] (TUÑÓN DE LARA, 1984, pág. 86)

A modo de anécdota, el Ministerio de Educación del gobierno británico elaboró en 2020 un manual donde se amenaza con «prohibir» mediante el retiro de financiación económica a los museos públicos en el caso de que albergaran exposiciones que invitasen a la reflexión crítica o al activismo político<sup>3</sup>, así como se exige a las escuelas públicas a no proporcionar contenidos críticos al ser calificados de «posturas políticas extremas» que podrían poner en riesgo el orden establecido<sup>4</sup>.

En consecuencia, si entendemos lo político como un fenómeno propio del pluralismo que se da en el seno de una comunidad, cabe entender que lo que pone en riesgo la existencia de lo político es la existencia de comunidad; en otras palabras, *la existencia de una puesta en común de posturas diferenciadas*. Implicaría entonces considerar también que la despolitización no consiste, como afirma Schmitt, en la pérdida de un centro de gravedad concreto, sino en cualquier caso en la desaparición de los mecanismos que posibilitan el continuo desplazamiento del centro de gravedad. En otras palabras, el reconocimiento de la hegemonía como fenómeno intrínsecamente social. En este sentido, el concepto schmittiano de lo político se vicia en el momento en que a través de él se pretende justificar que una postura reprima al resto en el seno de dicha comunidad, desembocando en experiencias totalitarias. Sin embargo, el motivo de esta confusión se debe,

---

<sup>3</sup> SALAZAR, I.; (20 de septiembre de 2020). *El Gobierno británico advierte a los museos públicos que retirará su financiación si hacen «activismo o partidismo»*. ABC. [https://www.abc.es/cultura/arte/abc-gobierno-britanico-advierte-museos-publicos-retirara-financiacion-si-hacen-activismo-o-partidismo-202009300021\\_noticia.html#vca=rrss&vmc=abc-es&vso=tw&vli=cm-general&\\_tcode=emQ5aTcz](https://www.abc.es/cultura/arte/abc-gobierno-britanico-advierte-museos-publicos-retirara-financiacion-si-hacen-activismo-o-partidismo-202009300021_noticia.html#vca=rrss&vmc=abc-es&vso=tw&vli=cm-general&_tcode=emQ5aTcz)

<sup>4</sup> BUSBY, M.; (27 de septiembre de 2020). *Schools in England told not to use material from anti-capitalist groups*. The Guardian. <https://www.theguardian.com/education/2020/sep/27/uk-schools-told-not-to-use-anti-capitalist-material-in-teaching>



precisamente, no al hecho de que Schmitt identifique lo político con el mantenimiento de la unidad de la comunidad atravesada por un centro de gravedad concreto, sino al hecho de que el centro de gravedad racionalista, al cual atribuye como característica intrínseca del liberalismo, no es otra cosa que una lógica de pensamiento propiamente despolitizadora. En otras palabras, cuando Schmitt siente la amenaza del desplazamiento del centro de gravedad espiritual por parte del racionalismo, no está sintiendo otra cosa que el reemplazo de un discurso hegemónico por otro, o mejor dicho, de una *lógica de pensamiento* por otra. Y dado que la lógica de pensamiento liberal es, a su juicio, disgregadora, individualista y plural, ello pone bajo amenaza la existencia misma de la comunidad, identificada a su juicio como unidad o totalidad. Por este motivo, Schmitt justifica la represión política no solo como una fórmula que permita garantizar la existencia misma de la comunidad política, sino también la existencia misma de lo político que, como ya se ha analizado, constituye una paradoja conceptual.

Pero además tienen lugar unos efectos muy similares a la desaparición de lo político aquellos discursos contestatarios que aspiran a transformar la sociedad desde fuera de ella, en el momento en que las posiciones contrarias no reconocen la comunidad misma: Uno de los problemas de este esquema de pensamiento es que se basa en transformar las condiciones de vida a partir de la iniciativa puramente individual. El célebre «actúa localmente, piensa globalmente», encierra una trampa en su estrategia de transformación social, al centrar sus esfuerzos no en cambiar los condicionantes que empujan a toda la sociedad a comportarse de una determinada manera en su conjunto, sino en ejecutar fórmulas alternativas en el seno de dicha sociedad. El activismo puede comenzar por cambiar los hábitos de comportamiento individualizados, pero corre el riesgo de ser también el lugar en donde termina, en la medida en que la acción política puede verse reducida a ser una particular forma de vida y de consumo minoritaria dentro de una sociedad que sigue su curso sin ningún tipo de alteración en su orden. La acción colectiva pierde su centralidad para el cambio social, para convertirse en una mera opción dentro de la individualidad. La consecuencia no es transformar la sociedad, sino seguir pautas alternativas a ella: la actitud del ermitaño que se retira a la soledad de la naturaleza como negación de la vida industrial y urbana, al uso de Henry David Thoreau o de Theodore Kaczynski, *Unabomber*; pero también la propia de quienes pretendían reinstaurar la comunidad política al margen de la originaria mediante la construcción de una nueva *Arcadia* en entornos naturales aislados, como los utopistas decimonónicos, o la de las

comunas contraculturales de los sesenta y setenta. Como señala Marx en referencia a los socialistas utópicos, este tipo de comportamientos no eran más que la expresión de pretender negar el conflicto –en su caso, a la lucha de clases- inherente a la convivencia en el seno de la comunidad política:

Repudian por eso, toda acción política, y en particular, toda acción revolucionaria; se proponen alcanzar su objetivo por medios pacíficos, intentando abrir camino al nuevo evangelio social valiéndose de la fuerza del ejemplo, por medio de pequeños experimentos, que, naturalmente, fracasan siempre (MARX & ENGELS, 2009, pág. 83).

Por tanto, las aspiraciones de transformación social mediante la negación de la comunidad política –bien alejándose de ella en soledad, bien pretendiendo construir una nueva apartándose de la originaria-, no constituye más que otra forma de privatización de lo político. En otras palabras, la despolitización tiene lugar en el momento en que se interrumpen los lazos que posibilitan el intercambio de diferencias políticas, bien mediante la represión, bien mediante la privatización de las preferencias, intereses y posturas a través de la fragmentación y la individualización. Es lo que Gramsci entiende por consenso: no se trata de un acuerdo libre entre iguales, sino el dominio mediante la disgregación –la sustanciación del celeberrimo *divide et impera*- (1981, págs. 233-234).

En definitiva, la despolitización, entendida como negación de la existencia de una puesta en común de posturas diferenciadas, no solo debe entenderse como la aniquilación de la pluralidad en el seno de una comunidad política mediante el dominio coercitivo como señala Schmitt, sino también mediante la hegemonía indiscutible de un discurso concreto, bien mediante la fragmentación del adversario, bien sea por su carácter incuestionado. Esto nos lleva a una inevitable conclusión: La hegemonía está estrechamente relacionada con la despolitización del discurso, en la medida en que su carácter indiscutido explica su posición predominante. Politizar el discurso, por tanto, supone lograr disputar la hegemonía del discurso dominante y sus bases ideológicas, lo cual significa «recodificar enormes cantidades de discurso preexistente [...] en el nuevo código» (JAMESON, 1996, pág. 317).

En la medida en que lo político supone la polarización de dos posiciones enfrentadas, también puede observarse la despolitización no solo mediante la fragmentación del adversario, sino también mediante la disolución de la comunidad política misma, a través de la instauración de lógicas disgregadoras e individualizadoras como las de mercado. Como se analizará con mayor profundidad en el siguiente bloque, la hegemonía de la

lógica de mercado supondrá el reemplazo de los lugares comunes de toda la sociedad por la proliferación de una amplia variedad de preferencias e intereses otrora públicos, y que ahora permanecen en la más absoluta esfera de lo privado. Pero ello no implica aceptar que la hegemonía sea equivalente a la despolitización. Admitir esta premisa supondría entonces proponerse reemplazar un discurso por otro con los mismos propósitos de acabar con la divergencia política, de manera que la defensa democrático-pluralista de lo político carecería de sentido. En cambio, si se acepta el concepto de hegemonía discursiva como el predominio de un discurso de entre una amplia y plural concurrencia de discursos, y que el grado de despolitización de un discurso expresa su carácter indiscutido como discurso hegemónico, las conclusiones son mucho más coherentes. A diferencia del discurso despolitizado, la hegemonía de un discurso cuya existencia esté condicionada por su propio cuestionamiento por parte del resto de discursos posibilita un mayor enriquecimiento de la vida participativa y democrática de la ciudadanía.

Por último cabe mencionar que la justificación del concepto de lo político empleado por Schmitt, como bien apunta Mouffe, solo podía estribar o bien en aceptar coherentemente las reglas de juego de lo político mediante la aceptación del pluralismo y la hegemonía de nuevos discursos, o bien poner fin a lo político en nombre de lo político (2016, pág. 60). En otras palabras, la hegemonía del discurso encuentra en lo político un lugar protagónico y esencial. Pero al mismo tiempo, Schmitt deja en evidencia los peligros de la hegemonía de un discurso que no solo aspira a ser un discurso despolitizado, sino también despolitizador: un racionalismo liberal en cuyo seno posee una lógica de mercado que tiende a disolver los lazos propios de la comunidad política. Nos encontramos entonces ante una problemática: ¿Es posible hegemonizar un nuevo discurso que, sin embargo, sea capaz de garantizar la existencia misma de lo político evitando tanto la tendencial disolución de la comunidad política como el fin del pluralismo político mediante la represión?

#### Dinámicas de politización y despolitización del discurso

Si se asume que el cuestionamiento de un objeto de debate que da lugar a una nueva lucha, polémica o antagonismo implica la aparición de dos posiciones contrapuestas o enfrentadas, puede inferirse que lo político opera en el proceso de cuestionamiento de lo incuestionado, en el momento en que los defensores de lo indiscutido se enfrentan a

quienes critican su prevalencia. En otras palabras, la polémica implica una pugna entre los defensores del discurso predominante y sus críticos. Ante esta concepción, puede intuirse cómo el concepto de politización puede ser tan amplio como ambiguo, e incluso en ocasiones contradictorio con el propio sentido del término. Mayos señala cómo el Mayo del 68 marcaría el inicio de toda una época de politización de nuevas esferas que habían permanecido hasta entonces indiscutidas, excluidas o invisibilizadas; recluidas tradicionalmente a la esfera de lo personal (2014, págs. 214-215). El feminismo, la libertad sexual, los movimientos contraculturales de la época, el ecologismo, el pacifismo, o los movimientos por los derechos civiles representaron la apertura a nuevos espacios de politización. Ello suponía cuestionar el discurso cultural predominante, pero al mismo tiempo, implicaba el debilitamiento de la legitimidad, así como la consecuente fractura, de los movimientos revolucionarios de clase predominantes, como el marxismo o el anarquismo, cuyos discursos en muchos casos no solo se veían limitados, sino también desbordados ante el surgimiento de nuevas demandas sociales y políticas. En este sentido, se observa pues un doble movimiento: por una parte, la politización de nuevas esferas; por otra, la despolitización a través de la fragmentación y el enfrentamiento de los movimientos transformadores hacia sus propias contradicciones.

En cualquier caso, el resultado de todo este proceso de politización-despolitización ha sido el del predominio sin precedentes de un discurso neoliberal que impregna tanto los procesos de politización como los de despolitización de las últimas décadas. En otras palabras, podemos observar cómo tales procesos de politización o despolitización han contribuido a la solidificación de un discurso que se ha vuelto predominante, de manera que podemos intuir dos esferas de politización-despolitización:

Por una parte, la politización-despolitización en el ámbito de las demandas particulares. Por ejemplo, la reivindicación del aborto como un derecho de la mujer a decidir sobre su propio cuerpo, la despenalización de la homosexualidad, o la abolición de la segregación por razas en los espacios públicos. Por otra parte, la politización-despolitización en el ámbito discursivo, en el que un discurso hegemónico se despolitiza, ya que se vuelve incuestionado o se cuestiona seriamente su legitimidad como discurso predominante –y por tanto se politiza, en la medida en que el discurso en cuestión se ha convertido en objeto de debate-. Como se verá más adelante, será el caso de la crisis del colectivismo como discurso hegemónico, como también lo había sido con anterioridad el liberalismo

clásico; del mismo modo el neoliberalismo se convertirá en el nuevo discurso hegemónico en proceso de despolitización.

El entrelazamiento de estas dos dinámicas contribuyen a reforzar o a debilitar la una respecto de la otra, dado que la hegemonía de un discurso puede suponer el perjuicio de ciertas demandas particulares concretas mediante su exclusión o invisibilización y, al mismo tiempo, la politización de ciertas demandas, no necesariamente concretadas en sus objetivos políticos, puede contribuir al debilitamiento de ciertos discursos. Es en el día a día donde se sustancian estos procesos de hegemonía a través de los *movimientos pendulares de la política*, es decir, en la continua tensión entre discursos opuestos que continuamente pugnan a través de diferentes antagonismos y luchas, a través de diversas vías –parlamentaria, jurídica, mediática, económica, etcétera- afirmándose y negándose continuamente. Pero lo más relevante de esta pugna dialéctica se encuentra en qué permanece al margen del debate público; qué no es cuestionado: en definitiva, qué permanece despolitizado y, por tanto, hegemónico. Y este también es uno de los riesgos de establecer fórmulas pluralistas que, sin embargo, se enmarcan en fórmulas cuasi-sagradas e intocables. A este respecto, la propuesta de democracia radical de Mouffe es sumamente interesante, en la medida en que solo puede garantizarse una plena libertad de movimientos discursivos si se asimila que no existen fundamentos intocables e incuestionables en el establecimiento de un marco democrático concreto (1999, pág. 20). Si bien la propuesta de construcción de un nuevo universal reside para Mouffe en una operación similar al consenso por superposición rawlsiano en la medida en que el marco democrático debe estar constituido por aquellos fundamentos centrales en los que, por motivos e interpretaciones diversas, son compartidos por un amplio espectro de discursos (1999, pág. 181), sin embargo no debe limitarse su constitución a una mera recolección de fundamentos compartidos, sino que además deben estar inscritos dentro de una lógica que motive la pertinencia de dichos puntos y no de otros mediante un libre juego de hegemonías discursivas. En otras palabras, un marco profundamente democrático y pluralista no solo debe basarse únicamente en sus fundamentos, sino que además debe generar el ambiente propicio para su garantía y desarrollo.

Muy al contrario, la pluralidad política de opciones que comparten unas mismas premisas pero que enfrentan tantas otras, garantizan un marco hegemónico predominante. Como señala Hall, la hegemonía neoliberal no comienza en el momento en que llega al poder una fuerza política concreta, sino en el momento en que su oposición alcanza el poder y

no rechaza el legado político de su predecesor, sino que más bien llega incluso a desarrollar algunos de sus postulados: «la cuestión de la hegemonía es siempre la cuestión de un nuevo orden cultural» (2018, pág. 270), una premisa que recuerda inevitablemente la diferenciación de Gramsci entre la toma del poder –lo coyuntural- y la hegemonía –lo orgánico- (1980, pág. 53). Pero a diferencia de éste, la hegemonía, entendida como el predominio de un discurso más allá de los vaivenes de la vida política, no debe confundirse con la despolitización. No es la transversalidad del discurso lo que convierte a éste en un discurso despolitizado, sino que se despolitiza aquél contenido discursivo que se vuelve transversal a todos los discursos e ideologías, permaneciendo al margen de la discusión y la polémica. Es precisamente este hecho lo que remarca Gramsci que puede suponer la mayor amenaza para el espíritu del liberalismo: la cristalización de una casta dirigente que imposibilita el «pasaje –molecular- de los grupos dirigidos al grupo dirigente» (1980, págs. 104, 193).

### Capítulo 3

## Conclusiones

De acuerdo con este esbozo conceptual que se ha realizado en este bloque, podría afirmarse que lo político implica:

En primer lugar, *la existencia de lo polémico entre dos partes inconciliables*, amigos y enemigos. Por tanto, la fragmentación de estas dos partes en una pluralidad disgregada e incluso individualizada supondría la despolitización.

En segundo lugar, *la existencia de una comunidad* donde tiene lugar lo polémico, del cual forman parte las partes antagónicas, y a la cual se elevan sus preocupaciones más allá del interés particular. En otras palabras, *lo polémico es político en tanto que adquiere relevancia pública*. Por tanto, aquellas cuestiones que se ubican en la esfera de lo privado, o que son reivindicadas como un asunto privado, tienden a su despolitización.

En tercer lugar, *la existencia de diferentes gradaciones de lo político*, atendiendo al nivel de reconocimiento del marco común que garantiza la existencia de la comunidad. Aquí puede distinguirse entre lo político y la política; la lógica amigo-enemigo y la lógica amigo-adversario. Por tanto, lo político mantiene un equilibrio permanente con la existencia de la comunidad, ya que la anulación o neutralización de uno de estos dos elementos implica a su vez la anulación o neutralización del otro y viceversa.

En cuarto lugar, *el reconocimiento de la inevitabilidad de la existencia de lo político*, cuya negación implica aspirar a la anulación del disenso, a la totalidad de lo social. Si se reconoce la inevitabilidad de la confrontación política, debe asumirse la imposibilidad de alcanzar el acuerdo o la armonía ideológica de manera definitiva y permanente. En su lugar, el reconocimiento de la inevitabilidad de lo político supone aceptar la ruptura con las lógicas totalizadoras y de resolución racional del disenso, siendo reemplazado por una

concepción de hegemonía discursiva en la que existe el predominio de una ideología – total o parcial, pero siempre temporal y precario- sobre otra. La irrefrenable lucha por el dominio y el pluralismo no necesariamente pone en amenaza la unidad en la que tiene lugar la divergencia política, sino que en todo caso, deben implementarse nuevos mecanismos que faciliten y posibiliten la polémica inherente a lo político con el fin de garantizar y facilitar los movimientos hegemónicos del discurso. Por tanto, lo político y lo apolítico no deben entenderse en términos absolutos ni definitivos, sino tendenciales y mutables, es decir, como destinos hacia los que se dirigen los diferentes procesos sociales e históricos: la politización entendida como un proceso que se dirige hacia lo político y la despolitización hacia lo contrario.

En quinto lugar, de este modo, *lo politizado es aquello que tiene lugar bajo el objeto de la polémica*, de la discusión o el debate público. En otras palabras, cuando un discurso, racionalidad, ideología, demanda o política permanecen cuestionados.

En sexto lugar, al mismo tiempo, *lo despolitizado es aquello que permanece al margen de la discusión*, incuestionado por las partes en liza, o que se encuentra en un punto «aceptable» en los términos de negociación. En palabras de Rancière, donde existe un cierto consenso en los criterios de reparto.

En séptimo lugar, la despolitización no solo implica situar algo al margen de lo disputado, sino también el despliegue de todo aquello que implique este proceso, como por ejemplo la disolución de las partes en pugna –bien mediante la fragmentación del adversario, bien mediante la neutralización del objeto de pugna como tal- o la conversión de una cuestión de carácter público en una cuestión reclusa al ámbito particular.

En octavo lugar, que *la politización del discurso* supone, por tanto, *reconocer las lógicas de la hegemonía*, lo cual significa aceptar el constante desplazamiento de los discursos predominantes de entre una amplia pluralidad de discursos que concurren a ello.

En noveno y último lugar, que la politización del discurso –y en coherencia con lo anterior- se produce en varios niveles que se entrelazan y que afectan a la hegemonía de uno u otro discurso. Estos niveles son:

- a. A nivel de demandas particulares
- b. A nivel propiamente de discurso
- c. A nivel de racionalidad o lógica de pensamiento

En otras palabras, asumir la inevitabilidad de lo político implica construir un marco aceptable donde tengan lugar las divergencias comunes, no donde se pretenda reprimir cualquier divergencia. Ello implica normalizar la política y extenderla lo máximo posible



a todos los niveles de participación pública. Pero ello no se limita ni se reduce a una solución que pase por una mera sustanciación institucional. También debe desarrollarse a nivel cultural o superestructural. La pervivencia de lo político no solo depende de sus canales de participación, sino también de su capacidad crítica para cuestionar el discurso hegemónico.

Una vez definidos los términos entre los que nos moveremos a la hora de analizar el concepto de politización del discurso, resulta tentador formular un análisis histórico desde esta perspectiva para poder distinguir cómo ha evolucionado todo el proceso de politización y despolitización de los diferentes discursos hegemónicos, atendiendo a sus diferentes especificidades y características. Sin embargo, ello desviaría demasiado el propósito de este trabajo. En su lugar, pasaremos a analizar las circunstancias concretas del caso que nos ocupa en el período actual, es decir, el de la despolitización del neoliberalismo como pensamiento dominante, con el fin ulterior de proceder a observar las posibilidades para su cuestionamiento a través de la propuesta populista.

BLOQUE II  
Despolitización del discurso



Si se observa el fenómeno de la despolitización en términos de discurso, es ineludible plantearlo hoy en día como una hegemonía del discurso neoliberal, el cual permanece incuestionado, a diferencia de períodos anteriores. Por este motivo, en el presente bloque se pasará en primer lugar a exponer cómo se produce la evolución de un período de politizaciones a despolitizaciones –Capítulo 4–, con el fin no solo de ejemplificar lo expuesto previamente en el análisis conceptual, sino también para comprender cuáles han sido los condicionantes que han posibilitado esta nueva fase. Posteriormente, en el Capítulo 5, se procederá a analizar las bases teóricas del neoliberalismo con el fin de conocer los elementos definatorios que permiten observar cómo han ido implementándose en la práctica. Este proceso de introducción de medidas neoliberales, así como su hegemonía, se expondrá en el Capítulo 6. Su análisis no solo nos permitirá detectar de qué manera se ha materializado el neoliberalismo, sino a partir de qué correlación de fuerzas ha partido para su implementación, ante qué debilidades y fortalezas se ha enfrentado y cómo ha funcionado hasta nuestros días. De igual manera, en este capítulo podrá observarse qué efectos económicos, políticos y sociales ha desplegado, lo cual permitirá comprender de qué manera es posible –o imposible– revertir y/o introducir medidas contrahegemónicas al neoliberalismo, así como entender mejor ante qué nuevas dificultades y problemas se enfrentan los discursos alternativos y anticapitalistas. Como se verá, los efectos despolitizadores que se despliegan no se deberán a una razón monocausal –el auge del neoliberalismo–, sino que sus efectos han sido favorecidos a su vez por otros procesos sociales que han tenido lugar durante este período, y que se han intersectado asimismo con el auge del neoliberalismo.

## Capítulo 4

### La era de las despolitizaciones

Si se atiende al mayor grado posible de politización, en el que no solo está en juego la hegemonía del discurso, sino también el marco instituido, entre amigos y enemigos, tal vez el mejor ejemplo de ello sea el de los procesos revolucionarios del siglo XIX. En la época de la irrupción del liberalismo, se habría experimentado una fase de politización en su fase revolucionaria o de confrontación abierta con los tradicionalistas, para posteriormente vivir un período de progresiva institucionalización y despolitización del liberalismo. El grueso de sus bases ideológicas y políticas iría siendo asimilado progresiva y parcialmente por los diferentes Estados del mundo occidental. La abolición de los residuos del Antiguo Régimen, como la eliminación de aranceles internos o las desamortizaciones de los bienes comunales y de la Iglesia, solían ir poco a poco acompañados de la introducción de reformas políticas como el constitucionalismo, la separación de poderes y el parlamentarismo. Sin embargo, a pesar de su auge y generalización de su doctrina en las instituciones públicas a lo largo del siglo XIX, su existencia ha sido condicionada por graves crisis ideológicas. Por una parte, las sucesivas tensiones reaccionarias que presionaban por un retorno al antiguo orden desestabilizaban la normalidad institucional, bien mediante guerras civiles, bien mediante golpes de Estado; y por otra, a la tensión revolucionaria propiciada por movimientos como los demócratas, los progresistas radicales o el movimiento obrero.

De este modo, el fin del Antiguo Régimen y la ulterior crisis del liberalismo clásico han propiciado en primer lugar el surgimiento de nuevas hegemonías y politizaciones, tales como el nacionalismo o el movimiento obrero.

En segundo lugar, el auge del fascismo, cuya doctrina ideológica pretendía reforzar el orden de clase mediante una toma de conciencia del papel central de la autoridad del Estado como organizador de la sociedad, cuestionaría seriamente al liberalismo por ser concebido como una ideología cuyo modelo parlamentario era institucionalmente débil e incapaz de hacer frente a la amenaza revolucionaria.

En tercer lugar, y como consecuencia de las dos anteriores, la denominada «hegemonía del colectivismo» en el que el *Welfare State* constituye el núcleo de este modelo. Si bien el proceso de implementación ya había comenzado en décadas anteriores, la fecha clave de su hegemonía suele enmarcarse en 1945. Como señala Hall, el proceso de hegemonización discursiva del colectivismo no ha sido fruto de un proceso revolucionario, ni de un poder absoluto o totalitario (2018, pág. 201). Más bien su implementación ha sido el resultado de la interacción entre aquellos sectores poblacionales que demandaban mejoras sustanciales en la esfera de los derechos sociales, como los marxistas, socialdemócratas y nuevos liberales; y de la creciente impregnación entre las élites de un pensamiento caracterizado por su pragmatismo, en el que preferían ceder amplias parcelas de poder económico a cambio de evitar un estallido revolucionario (MACÍAS VÁZQUEZ, 2017, pág. 76). Como afirma Hobsbawm,

[...] lo que empuja a la gente hacia un revolucionarismo consciente no es lo ambicioso de sus objetivos, sino el aparente fracaso de todas las vías alternativas para alcanzarlos, el cierre de todas las puertas que conducen a ellos. Si nos dejan fuera de nuestra casa con la puerta cerrada, hay normalmente varias maneras de volver a entrar en ella, aunque algunas supongan una esperanzada paciencia. Sólo cuando ninguna de ellas parece realista pensamos en derribar la puerta (HOBSBAWM, 2010, págs. 350-351).

Esto puede observarse en cómo aquellos regímenes más autoritarios o represivos, que se resistían a dar su brazo a torcer ante las demandas del movimiento obrero, precisamente estaban alimentando la llama revolucionaria que terminaba por reforzar el discurso de quienes aspiraban a tomar el poder político. Pero al mismo tiempo, la mitigación de tales tendencias no solo ha posibilitado la construcción de una cultura parlamentaria que ha reducido las tensiones sociales e institucionales, sino también a fraguar una hegemonía discursiva que, paradójicamente, cada vez es más difícil su cuestionamiento. En otras

palabras, la despolitización del marco institucional donde se desarrolla la política ha posibilitado asimismo una despolitización progresiva del discurso. Pasemos primeramente a analizar cómo se produce este proceso de despolitización.

Tal y como afirma Polanyi, las causas de las movilizaciones del incipiente movimiento obrero a finales del XVIII no se debían a una motivación exclusivamente económica, o a un deseo por el «reconocimiento» del amo –en terminología hegeliana -, sino a recuperar el tejido social perdido en el que ellos vivían, o una resistencia a la desintegración del entorno cultural:

La causa de la degradación no es, pues, como muchas veces se supone, la explotación económica, sino la desintegración del entorno cultural de las víctimas. El proceso económico puede, por supuesto, servir de vehículo a la destrucción y, casi siempre, la inferioridad económica hará ceder al más débil, pero la causa directa de su derrota no es tanto de naturaleza económica cuanto causada por una herida mortal infligida a las instituciones en las que se encarna su existencia social (POLANYI, 2007, págs. 253-257).

En este mismo sentido habla Lepsius cuando describe la magnitud de esta transformación de la siguiente manera:

La industrialización disolvió los órdenes laboral y social de carácter agrario y artesanal de la sociedad preindustrial dando lugar a la emergencia de la burguesía industrial y financiera, así como a la masa obrera. Estas dos nuevas clases de la temprana sociedad industrial entablaron uno de los grandes conflictos estructurales de la Modernidad. La masa obrera se hallaba en situación de dependencia respecto de la burguesía industrial. El formalmente libre contrato de trabajo dejaba a los obreros socialmente desamparados y en relación de subordinación tanto en lo referente a las condiciones laborales como con respecto a la distribución de la renta (LEPSIUS, 1978, pág. 49).

Así pues, como señalan Laclau y Mouffe –y como se analizará más detenidamente en capítulos posteriores-, las interacciones discursivas no se ven motivadas únicamente por un estricto economicismo, sino por una amplia, variada, compleja e impredecible interacción de factores que motivarán esta movilización (2001, págs. 138-142). Precisamente por ello, las demandas políticas que movieron a la clase obrera a resistir contra la burguesía no nacieron a partir de un «sentido común» predominantemente burgués, sino de una «cultura» diametralmente opuesta a ella que se resiste a perecer ante su avance. Es decir, las aspiraciones de las diferentes clases sociales pueden no ser precisamente las mismas, no ya en términos de interés de clase, sino en concepciones y mentalidades culturales, de modo que si existe una lucha por el reconocimiento, no debe

caerse rápidamente en la conclusión de que la denominada lucha de clases era la pugna por un reconocimiento *como igual*. La confrontación era ciertamente más compleja, en el que las circunstancias materiales se entrelazaban con las influencias culturales, que a su vez empujaban a la revuelta social. Una cultura burguesa que tenía como referencia principios positivos tales como el progreso, la prosperidad económica, la protección de la propiedad o el individualismo propios de las grandes ciudades industriales, y una cultura proletaria que reivindicaba una concepción de vida en riesgo de desaparición y que estaba estrechamente ligada con la vida preindustrial: los usos y costumbres, la calidad de vida propia del mundo artesanal y campesino, el recurso a la propiedad comunal como fuente de riqueza compartida y la vida en comunidad típica de las pequeñas poblaciones y medios rurales. Un ejemplo interesante de esta contraposición de «culturas» lo podemos encontrar en un caso que aporta Polanyi para reflejar esta incompatibilidad de percepciones de vida, en el que la estabilidad y el arraigo social y comunitario no conjugan con las exigencias del estilo de vida capitalista:

Los ‘*squires*’ fueron los primeros, por su repugnancia natural a inclinarse ante las necesidades de las ciudades manufactureras, en defender lo que sería luego el desgraciado combate de todo un siglo. Su resistencia no fue sin embargo inútil, ya que les evitó la ruina durante varias generaciones y les permitió readaptarse casi completamente. Durante un lapso de tiempo crítico de cuarenta años, su resistencia retrasó el progreso económico y cuando, en 1834, el Parlamento surgido del Reforma Bill abolió el sistema de Speenhamland los propietarios de tierras desplazaron su línea de resistencia hacia las leyes de la fábrica. La Iglesia y los nobles excitaban entre tanto al pueblo contra los propietarios de fábricas cuyo predominio convertía en irresistible la exigencia de alimentos baratos y amenazaba así directamente con arruinar las rentas y los diezmos (POLANYI, 2007, pág. 47).

En definitiva, estos actos constituían un ejercicio de resistencia al capitalismo como representación de un conjunto de transformaciones no solo económicas, sino también de estilos de vida, que generó grandes reticencias más allá de las condiciones materiales. Como puede intuirse, ello llevaría en muchos casos a la defensa de las estructuras tradicionales frente al inexorable proceso de industrialización, urbanización y modernización. Lepsius afirma que ante el desarrollo industrial se habían desplegado dos dinámicas antagónico-discursivas: la tradicional/progresista y la lucha de clases burguesa/proletariado. Ambas, a lo largo del siglo XIX, fueron interrelacionándose, dándose en muchas ocasiones dialécticas muy interesantes, como alianzas entre terratenientes y jornaleros contra la burguesía industrial (1978, págs. 50-51).



Por otra parte, este descontento social generalizado entre el proletariado industrial, a pesar de carecer de una articulación discursiva propia que les permitiera organizarse, era suficiente para desarrollar un «instinto revolucionario» impulsado por las condiciones materiales. No sabían qué era lo que querían, pero tenían muy claro lo que no deseaban. En este sentido, cabe destacar el carácter espontáneo de la Revolución de 1848, el cual estaba impulsado por «pequeños grupos, hombres aislados, [que] actúan siguiendo sus propios impulsos, sus reflejos, careciendo siempre de preparación» (RUBIO LARA, 1991, pág. 65). Tales condiciones materiales, a veces interrelacionadas o a consecuencia de otras previas, contribuirán a reforzar y disolver identidades, culturas políticas y discursos hegemónicos. Tal y como Hall se molesta en remarcar reiteradamente (2018, pág. 287), la hegemonía de un discurso concreto depende de la interrelación de elementos que inciden en la vida de los individuos, y que empujan a adoptar un «sentido común» específico que se convierte en hegemónico. Pero así mismo, tales elementos pueden impedir a su vez la hegemonía de otros discursos. La transformación de las relaciones sociales y culturales contribuirían a la disolución del «espíritu revolucionario» del movimiento obrero del siglo XIX. La cultura popular propia del campesinado y el proletariado industrial desaparecería con el desarrollo de las relaciones sociales capitalistas y a la expansión de una cultura de masas que superaría la brecha cultural entre clases sociales (JAMESON, 1996, pág. 94).

Cabe destacar cómo las causas de la politización pueden ser tan ambiguas como impredecibles, a veces directas e inmediatas, en otras ocasiones indirectas y estructurales. Un ejemplo paradigmático en el caso de Inglaterra fue la aprobación de las *Enclosure Acts*, consistente en el cercamiento de los terrenos de cultivo comunales, el cual acabaría por desintegrar las estructuras tradicionales que habían sido reproducidas durante siglos (POLANYI, 2007, págs. 257-261). Para muchas familias campesinas la vida en el campo se había vuelto económicamente insostenible, lo que daría lugar a un éxodo rural. Con el otorgamiento de una mayor independencia a las actividades mercantiles respecto de las restricciones legislativas y gremiales, tales como las desamortizaciones y el progresivo derribo de los aranceles interiores, arraiga la percepción liberal de una clásica oposición entre la autoridad del Estado y la sociedad civil. Esta relación antagónica parecía haberse resuelto –o al menos apaciguado– en la medida en que se impuso la tesis liberal que establecía una clara separación entre ambas esferas limitando la esfera de acción, sobre todo la del Estado. A juicio de Luhmann, ello tendría un alto coste, ya que la reclusión de

la economía al ámbito de la sociedad civil a la larga terminará por ampliar y reforzar la tensión Estado-sociedad hasta nuestros días (1993, pág. 41). El inicio del desarrollo del capitalismo en el seno de la sociedad preindustrial inglesa supondría la instauración de una ruptura entre lo orgánico –las relaciones tradicionales de institucionalización de lo social- y la economía, que a partir de entonces comenzará a depender de las lógicas de mercado. Esta ruptura, tal y como señala Zizek, supondrá una disolución de las certezas que proporciona la toma de decisiones de la vida colectiva y que se observa en cómo éstas quedan determinadas a partir de entonces por una lógica de incertidumbre propia de los vaivenes del proceso económico (2009, pág. 77). Por este motivo, las contradicciones que se desplegarían a partir de su desarrollo pondrían en peligro la propia existencia del Estado y de las bases del sistema económico capitalista, tal y como afirma Laski:

[El liberalismo] Buscó salida contra todas las trabas que la ley impone al derecho de acumular la propiedad, y tropezó con que este derecho llevaba en el seno, como agente autodestructor, el fomento de toda una clase proletaria (LASKI, 2005, pág. 26).

En un sentido contrario, los resultados que proporcionaron las políticas de intervención de la economía tendieron a reforzar la idea de que era compatible la igualdad social y las lógicas capitalistas de mercado. En la medida en que el discurso liberal dominante aspiraba a despolitizar la esfera de la economía, las condiciones sociales que había generado la convertirían en objeto de politización, puesto que su propia naturaleza ponía en peligro toda la estabilidad social, incluyendo al Estado. Como es sabido, la desigualdad económico-social se había convertido en una realidad tan palpable que constituía un tema central recurrente en los debates políticos de la época. Con la pretensión de poner fin a lo que dio a llamarse *la cuestión social*, el ideal liberal del *laissez faire* como principio autorregulador de la sociedad poco a poco iría quedando desacreditada para su propia supervivencia. El intervencionismo estatal comenzó a observarse como el precio que el capitalismo industrial incipiente debía pagar para el propio sostenimiento de la estructura política y económica que se había estado desarrollando a partir del proceso de industrialización. Fruto de este debate, el liberalismo sufriría una transformación teórica que le llevaría a evolucionar desde postulados más clásicos hacia posiciones más moderadas que toleraban un cierto grado de presencia estatal en la vida económica, pero solo como mecanismo de seguridad que garantizara la propia estabilidad del sistema (RUBIO LARA, 1991, págs. 28-29).

Marx exponía cómo el golpe de Estado de Luis Bonaparte supondrá todo un retroceso en materia de derechos y libertades para la clase trabajadora que, sin embargo, irá reactivando la capacidad de movilización del movimiento obrero (1985, págs. 84-88). Cabe resaltar el carácter espontáneo de la Comuna de París. Lejos de lo que pudiera parecer, su éxito se debió más a la debilidad del poder represivo de Napoleón III, que se ve obligado a abandonar el poder ante su derrota con Prusia, que al éxito revolucionario. La lucha había tenido lugar contra el fantasma de un aparato represivo ya de por sí debilitado y ahora ausente. Por el contrario, el desarrollo del parlamentarismo como mecanismo de canalización de las demandas sociales, en contraste con aquellos regímenes más autoritarios o represivos, no solo había logrado evitar un potencial estallido revolucionario, sino que además alimentaba la construcción de una nueva cultura política, ya que contribuiría a reforzar la confianza por las instituciones y a optar por la vía reformista en lugar de la revolución violenta (HALL, 2018, pág. 195). Por este motivo, Marx no consideraría viable la vía revolucionaria en países de profunda raigambre democrático-parlamentaria, como Estados Unidos o Países Bajos, y posteriormente Inglaterra (1980, pág. 174). En otros contextos como el británico, a lo largo del XIX, la tradición owenista había influido profundamente en el movimiento obrero. Aunque postulaba por la aceptación de las reglas y lógicas de mercado entre las clases más humildes mediante la intervención del Estado como mecanismo amortiguador de desigualdades sociales, apostaba por el papel moderador de las instituciones políticas para que las clases más desfavorecidas pudieran ir asimilando las lógicas parlamentarias. En este sentido, el owenismo adquiriría un notorio arraigo en la tradición sindical británica, a través del cartismo primero, el cual aspiraba a una reforma de las instituciones para que la clase obrera pudiera participar en ellas y ver sus intereses representados institucionalmente; y de la Sociedad Fabiana después, que defendía la posibilidad de alcanzar el socialismo de manera gradual, a través de pequeños avances sociales exigidos por las circunstancias, y no a través de un proceso revolucionario –lo que en palabras de Gramsci constituiría una «revolución pasiva» (HALL, 2018, págs. 190-191). Por otra parte, John Stuart Mill, a pesar de considerarse continuador del utilitarismo, compartía la opinión de revisar las capacidades del Estado como moderador de los desequilibrios sociales que pudieran producirse. De acuerdo con esta línea se situaría el denominado *idealismo de Oxford*, que concebiría como positiva la intervención del Estado siempre que contribuyese a la garantía de la libertad positiva. Es decir, si la reducción de las libertades producto de la regulación estatal suponía la abolición de una opresión mayor,

como podía ser la económica o social, ésta debía ser bienvenida (RUBIO LARA, 1991, págs. 29-30). Es aquí donde pueden encontrarse atisbos de la «doctrina del mal menor», en el que, con tal de evitar perjuicios mayores al desarrollo económico capitalista, como una revolución proletaria capaz de derrocar el poder de la burguesía, precisamente encontraban en el Estado el cortafuegos de emergencia que podía poner coto a tales sublevaciones si a cambio se le concedían ciertas parcelas de control y poder en la esfera económica. Por añadidura, el Estado democrático posee una función terapéutica frente a la frustración ciudadana, ya que mientras por una parte neutraliza los conflictos potenciales que pudieran desempeñarse a un nivel político para mantenerlos al nivel de la política, los dispositivos de control se vuelven más eficaces y sutiles (MARCUSE, 1986, pág. 7). En este sentido, cabe señalar cómo la progresiva satisfacción de ciertas políticas y garantías económico-materiales supondrá la desmovilización paulatina de todo el movimiento obrero. A juicio de Marx, procedentes de un conjunto de intelectuales a quienes denomina *socialistas burgueses*, no buscan más que una propuesta alternativa al proceso de organización económico-productivo vigente para evitar la politización de las masas sociales a través de una revolución social:

Una parte de la burguesía desea remediar los males sociales con el fin de consolidar la sociedad burguesa. A esta categoría pertenecen los economistas, los filántropos, los humanitarios, los que pretenden mejorar la suerte de las clases trabajadoras, los organizadores de la beneficencia, los protectores de animales, los fundadores de las sociedades de templanza, los reformadores domésticos de toda laya. [...] Los burgueses socialistas quieren perpetuar las condiciones de vida de la sociedad moderna sin las luchas y los peligros que surgen fatalmente de ellas. Quieren perpetuar la sociedad actual sin los elementos que la revolucionan y descomponen. Quieren la burguesía sin el proletariado. [...] Cuando invita al proletariado a llevar a la práctica su sistema y a entrar en la nueva Jerusalén, no hace otra cosa, en el fondo, que inducirle a continuar en la sociedad actual, pero despojándose de la concepción odiosa que se ha formado de ella. [...]

Otra forma de este socialismo, menos sistemática, pero más práctica, intenta apartar a los obreros de todo movimiento revolucionario, demostrándoles que no es tal o cual cambio político el que podrá beneficiarles, sino solamente una transformación de las condiciones materiales de vida, de las relaciones económicas. Pero, por transformación de las condiciones materiales de vida, este socialismo no entiende, en modo alguno, la abolición de las relaciones de producción burguesas –lo que no es posible más que por vía revolucionaria–, sino únicamente reformas administrativas realizadas sobre la base de las mismas relaciones de producción burguesas, y que, por tanto, no afectan a las relaciones entre el capital y el trabajo asalariado, sirviendo únicamente, en el mejor de los casos, para

reducirle a la burguesía los gastos que requiere su dominio y para simplificarle la administración de su Estado. [...] (MARX & ENGELS, 2009, págs. 79-80)

Además, Marx reconocería encontrarse ante una clase obrera que confiaba en la viabilidad de las lógicas parlamentarias para conseguir sus objetivos, así como del acomodamiento fruto de los logros alcanzados mediante tales vías, una «aristocracia obrera» (1990, pág. 612). Como puede intuirse, el apaciguamiento revolucionario del movimiento obrero no se deberá solamente a la efectividad en cuanto a la canalización de demandas sociales, sino también a los propios efectos económicos y sociales que desplegarán las demandas políticas una vez consumadas y sustanciadas en la ley.

En el caso de Francia, las experiencias revolucionarias de 1848 no se definirían por su carácter obrero. Más bien estaba liderado por las clases medias republicanas, con el apoyo adicional de la pequeña burguesía revolucionaria y el movimiento obrero. A pesar del carácter intrínsecamente social que poseían sus demandas, el fracaso de dichas exigencias se deberían, por una parte, a las resistencias de quienes tuvieron potestad para su reforma, es decir, los estratos más conservadores de la sociedad francesa, ya que se negaban a la abolición de los derechos de propiedad burgueses; y por otra, a la satisfacción de las demandas de carácter civil y político, suficientes para los intereses de los estratos sociales medios. Por tanto, reformas sociales tales como la mejora de las condiciones de vida, el derecho al trabajo, la instrucción de las masas, una nueva organización del trabajo o la nacionalización de algunos sectores estratégicos, permanecieron en un segundo plano (RUBIO LARA, 1991, págs. 62-63, 55). Algunos gestos remarcables, fruto de la correlación de fuerzas entre los detentadores del poder político y quienes ejercían presión desde las calles –entre los que cabe destacar a Louis Blanc–, fueron la consecución del reconocimiento de los derechos al trabajo y al de asociación. Si bien algunas peticiones como el establecimiento de los denominados «talleres sociales» no dieron los resultados esperados (RUBIO LARA, 1991, págs. 57-60), la mera existencia de ciertas intenciones del gobierno por apaciguar a la clase obrera era más que suficiente para comprender que se iniciaba un proceso de reivindicaciones no desde el derrocamiento del Estado, sino de su reforma. Además, con una función puramente corporativa, los talleres sociales sirvieron de barómetro social con el que las clases dominantes hacían valer para atender sus demandas. A juicio de Rubio Lara, a pesar de que se le desactivó todo su potencial sindical, fueron utilizados como instrumentos para canalizar los impulsos reivindicativos y realizar una política conservadora capaz de contrarrestar la fuerza del movimiento

obrero y sindical (1991, págs. 60-61). En una línea inversa, otros Estados, con el fin de evitar proporcionar cauces democráticos de representación política, aprobarán directamente algunas reformas sociales que permitieron reducir la presión popular. En el caso de España durante la Restauración, el establecimiento de una *Comisión de Reformas Sociales* respondía más a la necesidad de desplegar mecanismos para neutralizar o desacreditar el relato de clase del movimiento obrero –lo cual implicaba formular propuestas de carácter social- que a un noble compromiso por mejorar las condiciones de la clase trabajadora (RUBIO LARA, 1991, pág. 75). En esta misma línea se desarrollarían los acontecimientos en Alemania, el cual merece una mención particular. La aprobación de la Constitución de 1871 instauraba la legitimación de un Estado con un fuerte aparato represivo, pero con una sutil apariencia democrática, ya que contaba con un ejecutivo fuerte que solo rendía cuentas ante el Káiser y una cámara parlamentaria con grandes limitaciones competenciales, que combinaba el sufragio universal con un sistema de separación de clases sociales (RUBIO LARA, 1991, pág. 70). Con el despliegue de todo este complejo legislativo e institucional, mediado por el proceso de unificación nacional iniciado con la revolución de 1848, prácticamente se había fraguado con éxito un sistema político donde los diferentes sectores ideológicos de la sociedad quedaban integrados políticamente: la monarquía constitucional, el parlamentarismo y la separación de poderes complacía a los liberales de la misma manera que mantenía apaciguada a un aún potente sector conservador. Dadas tales condiciones, no es de extrañar que Engels concluyera que en Alemania no fuera posible una revolución burguesa, sino en todo caso una de carácter social-republicana (LÖWY, 2016), lo cual supondría un salto cualitativo en la comprensión del desarrollo de los hechos históricos en Europa y que asentaría un importante precedente en la formulación del *desarrollo desigual y combinado* de los procesos revolucionarios del próximo siglo. Sin embargo, las posibilidades de un estallido revolucionario eran complejas. Marx llegaría a la conclusión de que si los procesos revolucionarios surgen a partir de las contradicciones generadas por las transformaciones económico-sociales que tienen lugar a partir de la industrialización, tras la Revolución de 1848 las esperanzas de un potencial levantamiento popular de carácter socialista estaban puestas en Alemania (LÖWY, 2016). Sin embargo, como sucede con el principio de incertidumbre de Heisenberg, la influencia del marxismo en el proceso histórico afectaba a sus propios análisis y predicciones. En 1851, Engels describe un contexto similar al francés en las décadas adyacentes a 1789 en lo que respecta a la década de 1840 en

Alemania<sup>5</sup>: el desarrollo de una incipiente burguesía y el empuje de una amplia clase media que comienza a demandar transformaciones políticas de carácter liberal y nacionalista frente al absolutismo monárquico prusiano (MARX & ENGELS, 1980), con el fin de estimular el desarrollo económico industrial, el cual no llegará a florecer hasta la década de los setenta y ochenta del siglo XIX. Bismark, quien presta atención al auge del socialismo en toda Europa, es consciente de los riesgos que ello podría conllevar para Alemania. Es por ello que procederá a desplegar ciertas políticas sociales como la Ley de 15 de junio de 1883, que establecía un seguro obligatorio de enfermedad para los obreros de la industria con una renta anual inferior a los 2.000 marcos; la Ley de 1884, que obligaba a los empresarios a realizar una aportación periódica a las cajas para cubrir los gastos aparejados a accidentes laborales, así como el pago de una renta al trabajador declarado en incapacidad total con el 66,6% de su salario, así como una pensión de viudedad en caso de fallecimiento por motivos laborales; la Ley de 1889, que establece el primer sistema obligatorio de jubilación, financiado entre el Estado, el empresario y el obrero a través del pago de cotizaciones periódicas; la jornada laboral máxima establecida en 11 y 10 horas para mujeres y niños, la prohibición del trabajo nocturno para mujeres y niños; el descanso dominical obligatorio, o la creación de impuestos progresivos de acuerdo a la renta como base imponible (RUBIO LARA, 1991, pág. 71). De esta manera, en Alemania, a diferencia de otros países, la introducción de políticas sociales precederán al desarrollo del parlamentarismo y a la formalización de mecanismos de participación democráticos (RUBIO LARA, 1991, pág. 69), con el fin de satisfacer puntualmente las demandas del movimiento obrero con ciertas garantías normativas laborales y económicas, pero en ocasiones adelantadas a su tiempo, y desacreditar la narrativa revolucionaria de los socialdemócratas. Sin embargo, ello no será óbice para que la constitución orgánico-institucional del Estado alemán demostrara sus insuficiencias como canalizador mismo de demandas sociales. Aunque el sufragio universal contaba con un reconocimiento prácticamente simbólico, ante una creciente representación de los socialistas, Bismark dejó caer todo el peso de la represión sobre ellos<sup>6</sup>. Su potencial político y los recientes acontecimientos en París llevarían a Bismark a su ilegalización en

---

<sup>5</sup> Publicación en el *New York Daily Tribune* el 28 de Octubre de 1851, con la firma de Karl Marx.

<sup>6</sup> Cabe mencionar la Ley contra las tendencias de la socialdemocracia peligrosas para la comunidad, la cual fue aprobada a raíz de un atentado contra el Káiser en 1878, ilegalizando las asociaciones de carácter socialista. (RUBIO LARA, 1991, pág. 70)

1875<sup>7</sup>. De hecho, en un discurso que declaró el propio Bismark en el Reichstag en 1884 declaró<sup>8</sup>:

Si no hubiera un partido socialista ni muchas gentes asustadas por ese partido, no existirían los pocos avances que hemos realizado en el campo de las reformas sociales.

El doble papel que había adoptado el Estado alemán bajo Bismark como represor político y a la vez benefactor social, no había logrado los frutos que el canciller esperaba. A pesar de los avances sociales, el movimiento obrero se había radicalizado especialmente en los años de ilegalización, y en consecuencia, a una aproximación hacia postulados más próximos al marxismo, los cuales se vieron materializados en el Programa de Erfurt de 1891. Engels consideraba que dicho programa se había desprendido de los elementos *oportunistas* influidos por el pensamiento lassalleano<sup>9</sup>. No será hasta la llegada al trono de Guillermo II, quien optaría por medidas menos autoritarias –entre las que cabe destacar su actitud negociadora en la huelga de mineros en la Alta Silesia en 1889 y la relegalización del *Partido Socialdemócrata*, en 1890- que el movimiento obrero, y especialmente el SPD, comenzara a depositar su confianza en la reforma institucional como método de transformación de las condiciones de la clase trabajadora. La concreción del *Programa de Gotha* implicaba, por el mero hecho de optar a la posibilidad de fundar el *Partido Socialdemócrata Alemán*, la asunción del juego parlamentario establecido en el Reich -si bien precisamente las organizaciones previas que contribuyeron a su fundación ya participaban en el parlamento alemán-, cuyas aspiraciones ya no se traducían a la transformación radical de la sociedad, sino a la de la instauración de un *Estado Libre* (MARX, 1971, pág. 36). Después de todo, los fundamentos teóricos de corte lassalleano que dieron lugar al Partido socialdemócrata surgido del *Programa de Gotha* no podrían considerarse tanto de base revolucionaria o comunista, sino más bien de carácter democrático-social, cuyas reminiscencias seguirán retumbando posteriormente en el SPD alemán del siglo XX. En este sentido, más tarde Luxemburgo reflexionará acerca de cómo las causas de una potencial situación prerrevolucionaria en Alemania a

---

<sup>7</sup> Cabe destacar que Rubio Lara cita a otros autores para recalcar este hecho. Por ejemplo recurre a Ramos Oliveira para señalar que Bismark esperaba que *el poder político suplantara a los socialistas con una política social, que según esperaba, les restaría popularidad y adeptos.* (Sic) (RUBIO LARA, 1991, pág. 74)

<sup>8</sup> (RUBIO LARA, 1991, pág. 74), cita recogida de Ramos Oliveira.

<sup>9</sup> La influencia del pensamiento de Lasalle, muy próximo a las posiciones de otros movimientos sociales coetáneos, como la Sociedad Fabiana en Inglaterra, postulaba más por la reforma del modelo político-social alemán que por la revolución, lo cual ayudó al movimiento obrero a familiarizarse y a acomodarse al nuevo sistema económico-institucional, sobre todo en los tiempos de legalización de los socialdemócratas.



principios del siglo XX no eran solamente movidos por motivos económico-sociales, sino también por razones culturales y políticas (1974, pág. 15). Ante el crecimiento exponencial del SPD tanto parlamentaria como sindicalmente, el Reich recurrió hacia una mayor tendencia autoritaria. En tanto que las instituciones políticas experimentaban un retroceso en cuanto a la calidad democrática del sufragio universal, por muy paupérrima que esta fuese ya de por sí, conminaba a las fuerzas sociales a un ejercicio *defensivo* de tales derechos (LUXEMBURGO, 1974, pág. 13). Aquí se observa una obviedad: mientras el sistema institucional vigente sea capaz de dar una respuesta eficaz a las demandas de la población, la base social experimentaría un progresivo debilitamiento y la revolución violenta será descartada del abanico de opciones políticas (MARCUSE, 1986, pág. 51). Tal vez por este motivo, en el mundo occidental actual, la mayoría de organizaciones que apelan a la revolución, solo pueden hacerlo en un sentido figurado o retórico. Su labor política termina o bien por situarse al margen del esquema institucional o bien se limita a la participación en elecciones parlamentarias. Lo que de acuerdo con la concepción clásica la revolución era representada como un estallido social *violento* y espontáneo contra los desmanes de la autoridad, como la toma de la Bastilla, el asalto al Palacio de Invierno o la toma del Cuartel de Moncada, ha sido transformada en una idealización del momento del cambio social, de la *llegada* de la utopía. Inspirados en la guerrilla urbana propia de contextos poscoloniales como Cuba, Bolivia, Vietnam o Mozambique, su exportación a contextos democrático-parlamentarios como Europa no han sido bien recibidos. Grupos armados como el comando *Baader-Meinhof*, las *Brigate Rosse*, el IRA o ETA, en la medida en que se encontraban en marcos parlamentarios donde sus demandas podían ser canalizadas a través de medios democráticos, el empleo de la violencia era interpretado por la opinión pública como excesivo y en absoluto justificado. Como señala Lipovetsky, «la violencia ya no tiene un sentido social», en la medida en que es el Estado quien se encarga ahora de crear las garantías para que el individuo pueda desarrollarse en su vida privada. El ciudadano ya no es belicoso porque deposita plenamente su confianza en el Estado para que se ocupe de su seguridad. Paradójicamente, el ciudadano tiene aversión a presenciar la violencia, pero precisamente por eso, exige al Estado violencia contra los violentos: «cuanto más se rechaza la brutalidad, más se requiere el incremento de las fuerzas de seguridad» (LIPOVETSKY, 1987, págs. 194-195). De acuerdo con esta lógica, el gran triunfo del neoliberalismo reside en su capacidad de neutralización frente a la represión abierta, ya que reemplaza el viejo sistema de coacción –que legitima y evidencia la subversión política- por otro

atravesado por la seducción y la explotación de emociones (HAN, 2014, págs. 29-30) – miedo, inseguridad, inestabilidad- a la sazón generados por sus propios efectos<sup>10</sup>, lo cual hace más sinuosa y difícil su crítica y, al mismo tiempo, legitima el progresivo incremento del control y el autoritarismo, que es justificado como seguridad y protección, contribuyendo a reforzar y profundizar en sus lógicas al generar una relación de dependencia.

El Estado democrático, a diferencia de la concepción schmittiana de Estado, no necesita de un enemigo interno declarado para legitimar su poder. En su lugar, es precisamente la apelación a los órganos democrático-institucionales –por muy paupérrimas que sean sus condiciones- lo que posibilita la desacreditación de quien rechaza aspirar al poder por vías pacíficas (LIPOVETSKY, 1987, pág. 129). Sin embargo, reemplazar la revolución violenta por la reforma implicaba correr el riesgo de perder de vista el horizonte marcado por los que exigían un cambio de base, algo que Rosa Luxemburgo (2009) ya advirtió en el revisionismo de Bernstein.

Será a partir de lo que se ha conocido como los *Treinta Gloriosos* donde el keynesianismo se convertiría en ideología predominante en el contexto capitalista. Durante este período, sus políticas económicas tendrán además un carácter ideológicamente transversal, prácticamente despolitizado. Tanto socialdemócratas como demócratacristianos, e incluso en algunos contextos fascistas como España o Portugal, la intervención estatal de la economía se convertiría en un hecho normalizado e ineludible. De igual forma, bajo el pretexto del constructo ideológico de la Gran Sociedad, en la que el Estado de Bienestar se preocupaba de sus ciudadanos «desde la cuna hasta la tumba», la absorción de los elementos subversivos por parte de las instituciones daría lugar a la despolitización del marco institucional mismo. La conveniencia de su integración, sin embargo, obedece al mantenimiento de un equilibrio interesado entre la introducción de medidas neoliberales

---

<sup>10</sup> Véase el

y el máximo consenso posible entre las diferentes esferas de la sociedad, de manera que las voces divergentes sean siempre minoritarias o al menos «desapercibidas», con el fin de evitar en la medida de lo posible cualquier atisbo de hundimiento económico o de revuelta social (HARVEY, 2020, pág. 179). Así pues, la integración en el Estado de Bienestar de los partidos y sindicatos de clase, otrora subversivos del sistema, ha permitido su neutralización al convertirse en componentes orgánicos del orden institucional. Ello tendría como efecto que sus demandas de transformación política ya no pasasen por el derribo del marco del que ellos forman parte, sino *desde* el mismo marco: la institucionalización de los sindicatos que había convertido en un eficaz mecanismo de control social (TOMLINSON, 1985, pág. 106). Más allá, en muchos casos, el sindicalismo de clase integrado en las instituciones, ha posibilitado la interiorización del neoliberalismo entre la clase trabajadora a partir de sus propios representantes. Por ejemplo, sindicalistas católicos como Theodor Blank apostarían por el neoliberalismo por considerarlo como un supuesto término medio entre el *laissez faire* y la planificación centralizada (FOUCAULT, 2016, pág. 97).

Pero al mismo tiempo, para que el orden institucional no se vea cuestionado, debe probar continuamente su legitimidad garantizando la existencia de las vías que canalicen dichas demandas políticas. Es fruto de la frustración popular surgida de la ineficacia de dichos cauces cuando emerge el descontento social generalizado, que se manifiesta a través de la acumulación de demandas no satisfechas, cuando comienza a tener lugar un cuestionamiento de sus bases de legitimación. Será a mediados de los años sesenta donde tendrá lugar un progresivo cuestionamiento del predominio de la doctrina keynesiana, en especial desde sectores conservadores, que observarían una progresiva reducción de su masa de beneficio. El neoliberalismo entraría con diferentes intensidades y resistencias en determinados contextos económicos clave, hasta su progresiva implantación y generalización en prácticamente todo el mundo. Su avance inexorable no solo lo ha convertido en una ideología predominante y hegemónica, sino prácticamente indiscutida, tanto por su intensa penetración en todos los ámbitos de nuestras vidas, como por la inexistencia de un discurso capaz de desafiar mínimamente sus lógicas y esquemas de pensamiento.



## Capítulo 5

### El neoliberalismo como racionalidad discursiva

A pesar de que las medidas políticas del neoliberalismo son realmente variadas y heterogéneas, dado que todas ellas persiguen un mismo horizonte discursivo, suelen compartir un mismo núcleo de objetivos. A finales de los años ochenta, el economista John Williamson reuniría en un decálogo de puntos cuáles serían las políticas económicas que suelen aplicarse con el fin de estimular la actividad del mercado y garantizar que este se desarrolle con las menores interferencias posibles. Este listado, conocido como el *Consenso de Washington*, no se trata de un pacto o acuerdo, ni fruto de ningún plan premeditado, sino más bien de una «recolección» de medidas y prácticas de carácter económico y político que han sido recomendadas y aplicadas repetidamente por economistas de todo el bloque occidental, reflejando una transformación en las tendencias de la economía internacional. Por tanto, el Consenso de Washington representa más bien la constatación de una práctica que ha sido generalizada en todos los países capitalistas de las últimas décadas, el cual viene a reflejar una nueva *hegemonía*. Laval y Dardot consideran que la culminación del neoliberalismo como discurso dominante no es fruto de ninguna teoría de la conspiración, sino de toda una compleja interacción de prácticas, a veces experimentales, a veces intencionales y a veces accidentales, inspiradas en teorías de diferentes disciplinas que navegaban en una misma dirección (2013, pág. 194). En este sentido confluían el monetarismo de Friedman, las expectativas racionales de Robert Lucas, la elección pública de James Buchanan y Gordon Tullock, o las teorías en materia fiscal de Arthur Laffer (HARVEY, 2020, pág. 63).

Aunque Williamson (2004) remarca que el Consenso de Washington no constituye una imposición marcada por ninguna agenda concreta, sí que reconoce que estas medidas se

corresponden con unos ciertos hábitos económicos compartidos por la gran mayoría de los Estados, lo que vendría a suponer el reconocimiento implícito de la hegemonía neoliberal como conjunto de prácticas y medidas económico-políticas, las cuales suelen concretarse en las siguientes<sup>11</sup>:

- Reforma fiscal tendente a reducir impuestos.
- Adelgazamiento del Estado mediante la reducción del gasto público, limitación del acceso a los sistemas de protección social solo a las clases más desfavorecidas, privatización de las empresas y venta de activos públicos.
- Control de la inflación mediante la vigilancia exhaustiva de una moneda fuerte y estable y un tipo de cambio competitivo en el mercado internacional.
- Instauración y desregulación de mercados de libre competencia, en especial el laboral, así como liberalización del comercio internacional, mediante la supresión de aranceles y barreras aduaneras que permitieran la inversión extranjera directa.
- Incremento de la inversión pública en cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado y el Ejército.
- Implementación generalizada de las lógicas de mercado en esferas cada vez más amplias, incentivando la «responsabilidad individual» y la competitividad.
- Protección de los derechos de propiedad, en especial los de carácter intelectual.

Sin embargo, detrás de todo este conjunto de medidas económicas y políticas se encuentra todo un discurso mucho más complejo y rico de lo que a simple vista puede representar. Por ello es necesario, en primer lugar, formular una serie de aclaraciones terminológicas para evitar equívocos y confusiones. Además, su definición será sumamente útil como punto de partida para reconocer las afinidades y divergencias de los nuevos discursos emergentes, y de este modo poder detectar con más facilidad qué rasgos coinciden y, por tanto, permanecen despolitizados, y cuáles divergen, dando lugar a una politización de sus fundamentos. En segundo lugar, una profundización acerca de sus bases teórico-filosóficas, así como las diferencias y afinidades internas entre sus diferentes teóricos con el fin de comprender mejor no solo el contenido del discurso neoliberal, sino además sus lógicas de pensamiento. En tercer lugar, sus fórmulas de implementación en las últimas décadas, lo cual permitirá conocer tanto el proceso de hegemonía y despolitización de su

---

<sup>11</sup>La lista ha sido elaborada a partir de MORETON (2021, pág. 89), LAVAL & DARDOT (2013, pág. 191) y WILLIAMSON (2004).

discurso como los efectos políticos, sociales e ideológicos que ha desplegado en las últimas décadas. Ello será sumamente útil para saber en qué situación se encuentra el panorama discursivo actual y qué posibilidades existen de una nueva politización del discurso.

#### Acotaciones conceptuales

El acotamiento del neoliberalismo es ciertamente confuso, incluso desde su misma definición como discurso. En primer lugar, debe tenerse en cuenta la diferenciación entre neoliberalismo y el nuevo liberalismo (LAVAL & DARDOT, 2013, págs. 68-69). En muchas ocasiones suele emplearse de forma análoga y, sin embargo, al menos desde la más estricta calificación académica, mantienen ciertas diferencias de base. Mientras que el nuevo liberalismo responde al abandono de las doctrinas del liberalismo clásico para acabar naturalizando el hecho de que el Estado interviniese activamente en la economía<sup>12</sup>, el neoliberalismo aspira a un *retorno* a los posicionamientos clásicos, rechazando cualquier tipo de regulación estatal en las actividades de mercado que pueda suponer una distorsión de su normal funcionamiento. En este sentido, las diferencias entre ambos estribarán en el papel y el grado de intervención del Estado en la economía, así como en la concepción del mercado y en su relación con el Estado. De este modo, si el keynesianismo fue determinante en cuanto a la construcción del nuevo liberalismo como concepción económico-política, el neoliberalismo parte de teorías económico-políticas totalmente opuestas al keynesianismo, como el monetarismo o la escuela austríaca. La implantación de medidas como el *New Deal* o el *Beveridge Report* asentarían la percepción central del Estado como institución suavizadora de las desigualdades sociales que, al mismo tiempo, a la larga contribuirían a deslegitimar el relato de la lucha de clases, en la medida en que demostraba cómo el bienestar social podía coexistir con el mercado. En cambio, el neoliberalismo aspira a preservar los mecanismos de mercado mediante el Estado, aunque ello comporte el incremento de las desigualdades sociales. En definitiva,

---

<sup>12</sup> Resultado del abandono de la concepción liberal manchesteriana del *laissez faire*, el Nuevo liberalismo se caracterizaría por la necesaria aceptación del intervencionismo estatal como mecanismo regulador de la economía y armonizador de las desigualdades sociales. El *New Deal* impulsado por Roosevelt, las políticas de intervención derivadas del *Beveridge Report* que aseguraban una protección social «de la cuna hasta la tumba», así como el antecedente del modelo bismarkiano en políticas sociales, representan algunos ejemplos de cómo el liberalismo había asimilado el papel del intervencionismo estatal. Fruto de esta nueva concepción tendría lugar el surgimiento de los discursos cristianodemócratas, y socialdemócratas, si bien éstos irán poco a poco interiorizando el neoliberalismo.

a diferencia del liberalismo clásico, tanto el nuevo liberalismo como el neoliberalismo introducirán, como veremos más adelante con éste último, un reconocimiento debido al papel central del Estado como determinante de un discurso legitimador del mercado y, al mismo tiempo, a su despolitización.

En segundo lugar, el carácter «desigual y combinado» del neoliberalismo generará algunas diferencias entre algunos autores sobre qué se entiende por neoliberalismo. Mientras que Laval y Dardot conciben al neoliberalismo como una racionalidad que defiende la implementación de las lógicas de mercado recurriendo para ello al Estado de manera pragmática (2013, págs. 82, 245), mientras que Harvey define el neoliberalismo como un choque permanente entre su ideología y la realidad, lo cual les lleva irremediabilmente al pragmatismo (2020, pág. 28). En cualquier caso, el neoliberalismo, como se verá a través de la lectura de algunos de sus padres ideológicos, se caracteriza precisamente por su carácter flexible y pragmático a la hora de implementar las lógicas de mercado en la economía.

En tercer lugar, la amplia variedad de posturas internas a esta concepción ha tentado a muchos autores de establecer una diferenciación entre, por ejemplo, neoliberales y *ultraliberales*, próximos a posicionamientos minarquistas e incluso anarcocapitalistas. Sin embargo, Laval y Dardot conciben esta diferenciación como errónea, ya que a su juicio el propio neoliberalismo *ya* postula como horizonte final una progresiva reducción del papel del Estado en la sociedad y su reemplazo por una ampliación de la economía de libre mercado como sistema de intercambio (2013, pág. 297). Además, el concepto «ultraliberalismo» conduciría a confusión, ya que presupone que hay un modelo de liberalismo más moderado, cuando en realidad el neoliberalismo se trataría más bien del resultado de un proceso evolutivo del liberalismo en el contexto actual que de una mera opción ideológica (LAVAL & DARDOT, 2013, pág. 297). En otras palabras, la defensa del liberalismo económico en el siglo XXI, en plena época de capitalismo turboglobalizado, implicaría necesariamente la defensa del neoliberalismo.

Por último, cabe señalar si cuando hablamos de neoliberalismo estamos hablando de un discurso o de una racionalidad. Aunque genéricamente suele ser calificado como «discurso» o «ideología» (HARVEY, 2020, pág. 28), lo cierto es que sus prácticas y concepciones sobre la economía son transversales o compartidas por un amplio número de discursos, que van desde la denominada «socialdemocracia de tercera vía» (GIDDENS, 1999) al populismo de extrema derecha. El neoliberalismo no se limita a



ofrecer un relato que se traduzca a un listado de propuestas o de consignas políticas concretas, claras y definidas, sino que constituye toda una «forma de pensar» a partir de una *metodología* que da como resultado un amplio espectro de formulaciones discursivas y aplicaciones económico-políticas (AHEDO & TELLERÍA, 2020, pág. 386), a veces contradictorias entre sí, tal y como insisten con vehemencia autores como Williamson (2004); de una *lógica de pensamiento* que permite adaptarse a diferentes contextos históricos, geográficos, sociales y culturales. Es por ello que parece más apropiado hablar de lo que, para autores como Brown (2021, págs. 46-47) o Laval y Dardot (2013, pág. 402), constituye una racionalidad o «un arte de gobernar», en palabras de Foucault (2016, págs. 183-184). Por otra parte, si bien es cierto que autoras como Wendy Brown consideran un error calificar al neoliberalismo como tal, dado que ampara aspectos tanto afectivos como de reconocimiento -jerarquía, estatus, etcétera- (2021, pág. 241), la objeción que lanza se refiere más a una cuestión estrictamente terminológica que reduce la racionalidad a los confines racionales relativos a la economía, que no de una racionalidad entendida como «esquema de pensamiento», donde también confluyen los aspectos emocionales e irracionales, tanto económicos como culturales, sociológicos, ideológicos, etcétera.

En este sentido, podría concebirse la racionalidad neoliberal como un «macrodiscurso», ya que ampara un amplio abanico de discursos que comparten un mismo esquema de pensamiento a nivel económico, manteniéndolo de esta forma indiscutido y despolitizado, mientras tiene lugar una interacción dialéctica entre éstos a partir de sus diferencias en otros niveles –en materia de justicia social, el respeto a las tradiciones, posicionamientos en materia de geopolítica, etcétera-, la cual constituye la tónica dominante del contexto sociopolítico actual.

Bases teóricas de una concepción neoliberal de la sociedad

Como señala Foucault en una de sus clases en el *Collège de France* (2016, pág. 238), el propósito central de los neoliberales era apostar por la implementación de una política de sociedad concreta –la *Gesellschaftspolitik*-, la cual implicaba replantear cuáles iban a ser los límites del mercado y cuáles los del Estado, así como toda la narrativa que fundamentaría dicha interrelación.

Como punto de partida, el *Coloquio Walter Lippmann* reuniría a teóricos políticos y economistas de la talla de Raymond Aaron, Jacques Rueff, Wilhelm Röpke, Alexander von Rüstow y von Hayek (LAVAL & DARDOT, 2013, pág. 67), así como el propio Walter Lippmann, con el fin de consensuar esta concepción. Aunque originariamente no había ningún propósito formal de construir una ideología propiamente neoliberal, sí que existía una voluntad común de encontrar una alternativa a la «tendencia colectivista» que a su juicio se estaba implantando en los últimos años con el auge del socialismo y del intervencionismo estatal propio del nuevo liberalismo, y al fracaso de la doctrina liberal clásica del *laissez faire* a raíz de las tensiones sociales derivadas de su propio modelo económico. Rougier reivindicaría este nuevo modelo como un «retorno al liberalismo» a partir de la refundación de sus bases teóricas desde una perspectiva fundamentalmente flexible y pragmática frente a la «fobia al Estado» propia de la doctrina liberal clásica, mediante la reelaboración de una concepción del Estado desde un punto de vista *activamente* liberal (LAVAL & DARDOT, 2013, pág. 76).

Ello implica recuperar la concepción del Estado como elemento distorsionador del normal funcionamiento del mercado, y por ende, postula por la reducción progresiva de su papel en la vida económica de la sociedad. En este sentido, Laval y Dardot señalan que el objeto del Estado neoliberal no es garantizar el *intercambio* de bienes y servicios, ya que en este caso el Estado podría asegurar este propósito a través de las empresas públicas, sino de procurar la *competencia*. En palabras de Rougier, «un liberalismo activo dirigido a la creación consciente de un orden legal en cuyo interior la iniciativa privada, sometida a la competencia, pueda desarrollarse con toda libertad» (LAVAL & DARDOT, 2013, pág. 76).

De acuerdo con esta última premisa, el Estado no debería participar en el mercado como un actor más, ya que podría «pervertirlo» al establecer unos precios con los que el sector privado no sería competitivo. Del mismo modo, aquellas regulaciones que supongan un impedimento al desarrollo de la «libre empresa», deben ser igualmente liquidadas o, en todo caso, revertidas en beneficio del propio desarrollo del mercado. De este modo, el mercado deja de estar sometido a los controles del Estado para, en su lugar, ser el Estado el que esté sometido a las lógicas del mercado.

Sin embargo, su principal aspecto diferenciador respecto del liberalismo clásico, y en especial de la concepción manchesteriana, reside en su rechazo a la doctrina del *laissez faire*. Es decir, el neoliberalismo no concibe al Estado como una institución que debe

permanecer ajena a la vida económica, sino como un instrumento que debe garantizar su funcionamiento. De la misma manera que el Estado actúa como organismo mediador de las relaciones económicas a través del desarrollo legislativo y jurisprudencial en materia mercantil, así como en cuestiones de protección de la propiedad intelectual -patentes, secretos industriales, copyright, derechos de autor, etcétera-, también debe actuar como vigilante y protector del correcto funcionamiento del mercado.

Ello implica asumir una visión pragmática y, por tanto, flexible del Estado. Por ejemplo, tanto en el Chile de Pinochet como en Irak bajo administración estadounidense, fueron privatizados todos los sectores salvo el cobre y el petróleo, respectivamente, dada su importancia estratégica (HARVEY, 2020, págs. 12-15). Así pues, si el Estado actúa como garante del mercado y contribuye al afianzamiento de sus lógicas, el mercado debe adaptarse a las peculiaridades culturales y sociales de cada país, de manera que la implantación de las políticas neoliberales no suelen ser aplicadas de forma homogénea en cada lugar, sino a diferentes velocidades y con diferentes grados de intervención e impacto. En este sentido, Jessop establece una escala de distintos modelos de implementación del neoliberalismo (1997, págs. 13-16), donde se expone cómo el impacto de las políticas neoliberales no ha sido el mismo en países como Estados Unidos, Reino Unido o España que en países con un mayor arraigo del Estado de Bienestar, como Suecia, Dinamarca o Francia.

Al mismo tiempo, el Estado neoliberal no permanece ajeno a las crisis económicas o sociales. A diferencia de la concepción clásica, que confiaba en la labor autorreguladora de la mano invisible del mercado, el neoliberalismo propugna por la promoción del mercado (2013, pág. 83), así como apuesta por la intervención en los momentos críticos con el fin de evitar potenciales colapsos del mercado y sus consecuentes estallidos sociales, mediante políticas que van desde la nacionalización temporal de sectores estratégicos de la economía hasta la implementación de ayudas sociales dirigidas a las clases más desfavorecidas con el fin de incorporarlas en la denominada ampliamente clase media y reintroducirlas en el juego del mercado. En lo que respecta a las políticas económicas financieras, un par de ejemplos que ilustran el intervencionismo estatal de corte neoliberal lo podemos encontrar en Estados Unidos con la *Emergency Economic Stabilization Act* de 2008, que supondría la inyección de capital público a un importante sector de la banca, las finanzas y la industria estadounidense, así como la *American Recovery and Reinvestment Act* de 2009, con el que se pretendían introducir políticas de

estímulo a la economía nacional. De hecho, los créditos derivados de la crisis de las hipotecas *subprime* habían sido garantizados por las empresas públicas *Fannie Mae* y *Freddie Mac*, mientras que en Reino Unido, el gobierno de Gordon Brown había nacionalizado casi la mitad del sistema bancario (LAVAL & DARDOT, 2013, pág. 209). En Alemania, con el fin de salvaguardar la estabilidad financiera, Angela Merkel se vería obligada a promover la aprobación de una ley que permitiera la nacionalización de *Hypo Real Estate* en 2009<sup>13</sup>. En España, el caso más destacado sería la nacionalización de *Bankia* a través del Fondo para la Reestructuración y Ordenación Bancaria<sup>14</sup>. Pero esta «ola de nacionalizaciones» no supone una contradicción teórica al neoliberalismo, sino precisamente su elemento más característico. El Estado, al igual que las entidades financieras e instituciones supranacionales hacen con él, actúa como el garante en última instancia de la economía con el fin de evitar una crisis del modelo neoliberal. Una vez las aguas vuelvan a apaciguarse, el Estado emprende de nuevo el proceso de privatización. A modo de ejemplo, en el caso de España, con el fin de garantizar esta «vuelta al mercado», la Ley 9/2012 obliga al Estado a vender en un plazo de cinco años las acciones compradas a la banca<sup>15</sup>.

En definitiva, aunque el neoliberalismo recupera el espíritu del liberalismo clásico al propugnar por un libre mercado sin restricciones ni interferencias estatales, se caracteriza principalmente por su peculiar concepción del Estado como «un mal necesario», útil para proteger al mercado de amenazas potenciales que pongan en riesgo su hegemonía a través de múltiples medios y facilidades, incluida una eventual intervención estatal como mecanismo corrector de los desajustes producidos en el mercado. Una consigna que resume a la perfección el espíritu neoliberal es la de Konrad Adenauer: «Tanto mercado como sea posible, tanto Estado como sea necesario»<sup>16</sup>.

Así pues, la percepción clásica del intervencionismo estatal como una cuestión antagónica al relato neoliberal podría generar cierta confusión a la hora de identificar realmente en

---

<sup>13</sup> AGENCIA AP. (3 de abril de 2009). *Alemania aprueba la ley que permite nacionalizar bancos*. Cinco Días. [https://cincodias.elpais.com/cincodias/2009/04/03/empresas/1238925553\\_850215.html](https://cincodias.elpais.com/cincodias/2009/04/03/empresas/1238925553_850215.html)

<sup>14</sup> DE BARRÓN, I. (9 de mayo de 2012). *El Estado nacionaliza el grupo Bankia*. El País. [https://elpais.com/economia/2012/05/09/actualidad/1336559567\\_240280.html](https://elpais.com/economia/2012/05/09/actualidad/1336559567_240280.html)

<sup>15</sup> «La entidad deberá comprometerse a comprar o amortizar los instrumentos suscritos o adquiridos por el FROB tan pronto como esté en condiciones de hacerlo en los términos previstos, y en todo caso en un plazo no superior a cinco años» (Art. 32.2 de la Ley 9/2012, de 14 de noviembre, de Reestructuración y resolución de entidades de crédito).

<sup>16</sup> Programa de Godesberg de 1959, del Partido Socialdemócrata Alemán, por el que abandonaba el marxismo y la nacionalización estatal de sus tesis políticas.

qué dirección se dirigen tales políticas. La errónea identificación del neoliberalismo como un retorno al *laissez faire* suele generar la falsa ilusión de que cualquier tipo de intervención estatal supone un triunfo contra la hegemonía neoliberal. Dado que el neoliberalismo aspira a someter el Estado a los criterios y lógicas de mercado, a la hora de analizar el avance de las políticas neoliberales, no se trata de identificar si el Estado interviene o no en la economía, sino hacia qué dirección se dirigen tales políticas económicas y con arreglo a qué fines.

El relato neoliberal

Para justificar la reinstauración de la lógica de mercado, los neoliberales definen la naturaleza del ser humano a través de la libertad y la dignidad. Con estos dos conceptos fundamentales comienza la declaración inaugural de la *Mont Pelerin Society*, y que asentarán las bases ideológicas en torno a los cuales girará todo el relato neoliberal. En este sentido, pues, cabe concretar a qué se refieren por ambos y cómo se desarrollan.

De acuerdo con dicha declaración, la libertad se encuentra en peligro en la medida en que el «colectivismo» se ha impuesto en las sociedades capitalistas a través del intervencionismo estatal, ya que limita al individuo en su capacidad para emprender, intercambiar y competir libremente, sin restricciones y regulaciones estatales. Es aquí donde, según sus teóricos, la libertad se encuentra amenazada y es necesario protegerla. Según von Mises, la libertad individual se define por la libertad de tomar decisiones – «Todas las decisiones del hombre presuponen efectiva elección» (1986, pág. 21) -, pero también de asumir las responsabilidades que ello implica, tanto beneficiosas como perjudiciales. El éxito profesional y el fracaso representan las dos caras de la libertad que, según el liberalismo, conviene asumir en la medida en que el destino está en las manos del individuo. Rechazar este hecho supondría poner en riesgo la libertad a cambio de otros aspectos, como una mayor estabilidad laboral o una mayor accesibilidad a los servicios públicos. Los condicionamientos ajenos a la voluntad del individuo, como la pertenencia a una determinada clase social o la cultura, representarían circunstancias accesorias sin mayor relevancia a las que bajo ningún concepto se justificaría su limitación, ya que ello atentaría en consecuencia con la libertad del individuo. Por tanto, lo que se observa según esta concepción, es que las decisiones son siempre percibidas como independientes de las circunstancias que pudieran condicionarlas. Un acuerdo libre de coacciones físicas o

amenazas entre dos individuos siempre será un acuerdo legítimo, independientemente del grado de necesidad de cada uno, de la presión social, de las condiciones del pacto acordado. Por ende, el mercado nace de la voluntad individual: es el individuo el que elige con quién relacionarse, pero también qué consumir y con quién comerciar (LAVAL & DARDOT, 2013, pág. 105), de manera que el mercado se erige como alternativa «emancipadora» a la coerción y condicionamientos del Estado.

A su vez, la dignidad del ser humano es identificada con la capacidad para emprender, intercambiar y competir, aspectos que formarían parte de su naturaleza como especie ya que, según los neoliberales, ésta se define por su carácter emprendedor. De este modo, el Estado representaría una amenaza a la dignidad del ser humano, ya que podría limitar estas capacidades. Cabe detenerse un momento en esta definición. La definición del individuo como emprendedor implica, por tanto, que su existencia se define por su trabajo, reproduciendo así la idea del *homo œconomicus*. La consecuencia de esto es que todo aquello que permanezca ajeno al trabajo, y por extensión, a la labor económica, no es representativo de la dignidad humana. La capacidad de realizarse del individuo empieza y termina en su capacidad emprendedora, de manera que aquello que no proporcione lucro ni productividad, y en definitiva, que escape de la lucrativa lógica del mercado, no es digna de su realización. El mercado no es un obstáculo para la realización personal... siempre y cuando dicha realización consista exclusivamente en ganar dinero. En otras palabras, para el neoliberalismo el lucro económico no es un medio para la realización personal, sino un fin en sí mismo. De acuerdo con esta lógica, el mercado se presenta como un mecanismo que contribuiría, supuestamente, a la extensión de la dignidad humana y que estaría mediado por una irrestricta libertad individual.

Así pues, con el fin de salvaguardar la libertad y dignidad del ser humano, Röpke argumenta que el individuo debe ser capaz de decidir y gestionar su propia existencia de la manera que mejor considere en cada esfera de su vida –desde las decisiones más cotidianas y personales hasta cómo gestionar su patrimonio, educación o jubilación, como si de «una especie de empresa permanente y múltiple» se tratase (LAVAL & DARDOT, 2013, pág. 131)-, una concepción empresarial de la existencia que comparten otros autores como Rustow, Röpke (LAVAL & DARDOT, 2013, pág. 126), o más contemporáneamente, coaches de *entrepreneurship* como Bob Aubrey. Von Mises o Kirzner también harán de este espíritu algo extensible al ámbito más allá de los negocios, como «tener olfato para las buenas oportunidades» (LAVAL & DARDOT, 2013, pág.

146). En este sentido, la atención por la naturaleza del ser humano no se centra solo en su capacidad de producir, sino que esta es una parte constitutiva de una concepción mucho más amplia, en su capacidad para gestionar –empresarialmente- su propia existencia. Por tanto, de acuerdo con esta concepción, la esencia del ser humano radicaría en su carácter como «emprendedor creativo»<sup>17</sup>, es decir, por su preocupación por mejorar continuamente sus condiciones materiales.

De este modo, la concepción neoliberal de los términos «libertad» y «dignidad» se traduciría en «responsabilidad individual y espíritu emprendedor», con el mercado como el mecanismo idóneo para el desarrollo de ambos, ya que por una parte, actúa como un sistema intersubjetivo de intercambio, en el que dos agentes llegan a acuerdos conforme a los criterios de cada uno –puesto que solo el individuo sabe lo que es bueno o conveniente para sí mismo-, sin intermediaciones ni imperativos; y por otra, el mercado actúa como transmisor del emprendimiento, en la medida en que el individuo se desenvuelve a través de la competencia, en un permanente mejoramiento de su existencia. Al mismo tiempo, von Mises defenderá que la competitividad genera una «virtud contagiosa», ya que la proximidad de los individuos con los mejores anima al resto a mejorarse, sea bien por temor a verse superados por sus competidores, bien por tener como referencia de éxito a quien se encuentra en la cumbre, con el único afán de superarle algún día. De esta manera, al «espíritu de empresa», al «emprendimiento creativo» y a la «responsabilidad individual» se añade un cuarto valor, el de la competitividad, en el que solo los mejores y «los más aptos» alcanzan el éxito, lo cual redundaría a su vez en el beneficio colectivo<sup>18</sup>. Así, si el sistema de precios actúa como medidor de escasez e indicador del grado de exclusividad del bien o servicio ofertado, a nivel individual son los mejores los que saldrían más beneficiados, actuando al mismo tiempo como elemento justificativo de las desigualdades sociales, pero también como aliciente y reproductor de la competencia y la mejora individual (LAVAL & DARDOT, 2013, págs. 82, 100). En este sentido, la garantía de la igualdad de oportunidades es, para el neoliberalismo, fundamental, ya que la igualdad en la aplicación de las reglas de mercado estimula la competitividad. Cabe destacar cómo el relato neoliberal identifica el éxito con el rendimiento económico, de manera que el nivel de esfuerzo invertido no es

---

<sup>17</sup> Concepto de von Mises (LAVAL & DARDOT, 2013, pág. 138)

<sup>18</sup> Una referencia bien extendida sobre esta creencia se encuentra en lo relativo a la «Teoría del Goteo», o «del Derrame», según el cual la garantía de unas mejores condiciones para los más ricos acabaría revirtiendo en los estratos sociales inferiores.

proporcional al éxito alcanzado. Como señala von Mises, lo importante no son las intenciones, sino los actos y los resultados obtenidos (1986, págs. 37, 1217). En cualquier caso, para los neoliberales, el Estado se convierte en un enemigo de la libertad individual en la medida en que lo limita en su capacidad de decidir –mediante restricciones, regulaciones, leyes, etcétera- al tiempo que anula su dignidad como sujeto emprendedor, en tanto que lo desincentiva en su capacidad de asumir responsabilidades, bien porque las condiciones económicas no son favorables al emprendimiento, bien porque la financiación pública de servicios y subsidios haría menos proactivos a los individuos a la hora de emprender.

Aunque la teoría neoliberal defiende que el mercado es un sistema de intercambio que tiende al equilibrio, tiene asumido que es inestable y cambiante, por lo que el individuo debe ser capaz de interiorizar estas dinámicas y adaptarse permanentemente y sin descanso a sus nuevos condicionamientos, algo que para Lippmann es fundamental (LAVAL & DARDOT, 2013, pág. 86). Es por ello que sus defensores suelen interpretar como una cuestión clave la implementación de políticas neoliberales a la hora de educar al individuo, en el que el mercado debe crear un *homo agens*, un hombre de acción, de acuerdo con von Mises (1986, págs. 35-39). No es casualidad que el neoliberalismo austroamericano haya sido definido por algunos autores como un sistema de gubernamentalidad, o de extensión del poder en todo el campo de lo social con el fin de producir un nuevo tipo de sujeto económico (MORETON, 2021, pág. 89). A este respecto, Laval y Dardot concluirán que «la política neoliberal debía cambiar al hombre mismo» (2013, pág. 84). Margaret Thatcher había interiorizado muy bien esta idea al pretender instaurar una nueva cultura de pensamiento: «Tenemos que mover este país en una nueva dirección, cambiar nuestra manera de mirar las cosas, crear una mentalidad completamente nueva» (JONES, 2013, pág. 64).

Para Lippmann, este proceso formativo operaría por dos vías, la educación y la eugenesia. Es decir, mediante la adaptación del hombre empujado por las condiciones materiales, en el que el individuo deberá asumir, naturalizar e interiorizar la lógica de mercado si quiere sobrevivir (1938, págs. 211-212).

Por tanto, deberá asimilar el hecho de que constantemente deberá invertir en nuevos negocios, cambiar de empleo, formarse, reciclarse, adaptarse a las nuevas tecnologías e innovaciones, etcétera, para poder mantener o mejorar sus condiciones de vida. Por otra parte, cabe destacar la «praxeología» de von Mises. El economista austroamericano



argumenta que, en tanto que el mercado constituye un sistema de intercambio de información comercial, y que los individuos cuentan con información fragmentada y parcial, la actividad mercantil representa un continuo proceso de formación para el individuo, en un permanente «*learning by discovery*» (LAVAL & DARDOT, 2013, pág. 149) . De esta manera, si el cliente ha sido estafado, la experiencia se convertirá en una lección el cliente por su falta de cautela a la hora de realizar la compra y de no haber valorado apropiadamente la situación del mercado como para calificar esa oferta de sospechosa. Al mismo tiempo, esta enseñanza será una advertencia para una correcta toma de decisiones en el futuro. Dado que según los neoliberales no hay un actor omnisciente que pueda erigirse como poseedor de la totalidad de la información del mercado –argumento que a su vez serviría para cuestionar la eficacia de los sistemas económicos de planificación centralizada-, este proceso de aprendizaje recae exclusivamente en el individuo, ya que se trata de un proceso autoformativo en el que, mediante ensayo y error, el individuo va *aprendiendo a emprender emprendiendo*.

Esta cuestión es clave para comprender los efectos ideológicos de la racionalidad de mercado, ya que las circunstancias económicas obligan a los ciudadanos a comportarse de acuerdo con dichas reglas, a adaptarse forzados por las circunstancias materiales. Ello conduce a otro de los términos clave del neoliberalismo, *la flexibilidad*. El neoliberalismo asume la inestabilidad económica propia del mercado no como un perjuicio social que debe ser erradicado o controlado mediante la regulación, sino que lo asume como un hecho inevitable e inherente al propio sistema. En tanto que el mercado es un mecanismo fruto de las relaciones emanadas de la libertad individual, sus efectos positivos y negativos forman parte de la responsabilidad aludida anteriormente. Es por ello que, para los autores neoliberales, sus inestabilidades y desequilibrios no conducen a señalar a responsables concretos, sino a asumir individualmente cómo sobrevivir y adaptarse a dicho contexto de crisis o de transformación. Esta concepción despliega una serie de efectos políticos. A pesar tratarse de una actividad intrínsecamente humana, y dado que siempre el intercambio es visto como una acción entre dos personas –jurídicas o físicas-, la concepción del mercado desde una perspectiva macroeconómica siempre es percibida como un conjunto de intercambios comerciales agregados donde nadie se erige como responsable colectivo de sus efectos. Todos son elementos participantes/constitutivos del mercado, víctimas y verdugos de su funcionamiento. Al mismo tiempo, y en consecuencia, el mercado es visto como un sistema enajenado, con voluntad propia,

donde las propias dinámicas de su funcionamiento exigen que sus participantes se acomoden a sus exigencias. En otras palabras, la concepción del mercado incorpora en su seno la necesidad de observarla como un fenómeno despolitizado e incuestionado. Como si de un fenómeno meteorológico se tratase, el individuo se hace responsable de cómo comportarse cuando vienen los malos tiempos.

Pero de igual forma, el neoliberalismo sostiene la creencia de que el propio mercado tiene la capacidad de reconducirse si no se distorsiona el intercambio de información que se produce en el mercado, es decir, el sistema de precios. De esta manera, las crisis económicas, aunque son presentadas como un efecto inherente al mercado, no son interpretadas para el neoliberalismo como una anomalía, sino como una señal de que algo no marcha bien en la transmisión de información comercial. Es decir, el mercado no es concebido como un sistema con problemas intrínsecos a su carácter y lógicas, sino como un mero dispositivo de intercambio de información comercial que informa de los aspectos positivos y negativos que circulan a través de él. Este flujo de información que circula en torno al mercado condiciona el correcto funcionamiento del mismo, ya que ella afecta a su vez a la ley de la oferta y la demanda. Un simple rumor puede comprometer seriamente el futuro de una empresa. Sin ir más lejos, a principios de 2021 la empresa *Gamestop* había sido protagonista de una de las noticias más rocambolescas vividas en *Wall Street* en los últimos tiempos. Los rumores acerca de la plataforma de venta de videojuegos no auguraban nada positivo, por lo que en la bolsa de Wall Street se estaba apostando por la compra en corto<sup>19</sup> de sus acciones. Sin embargo, los usuarios de redes como *Reddit* o *Four Chan* habían coordinado una compra de acciones masiva con el fin de revalorizar los activos de *Gamestop*. El resultado fue de pérdidas millonarias para numerosos fondos de inversión.

Por este motivo, a juicio de los neoliberales, las distorsiones en el mercado deben evitarse a toda costa para garantizar que la información fluya correctamente, por lo que el intervencionismo estatal es percibido como una intromisión en la vida económica y como un generador de más problemas de los que pretende resolver.

---

<sup>19</sup> Modalidad de compra de acciones consistente en solicitar un préstamo de valores para venderlos a un valor determinado sabiendo que van a devaluarse en el futuro, con el fin de poder recomprarlos a un precio más barato y devolvérselos al prestamista con intereses. En cierta medida, se trata de una «apuesta contra el caballo perdedor».

Pero esta concepción de mercado es a su vez trasladable más allá del intercambio de bienes y servicios. Por ejemplo, en materia de desempleo, la doctrina neoliberal siempre ha interpretado esta problemática en términos de mercado. En este mismo sentido, Rueff afirmaría que ante la inseguridad social generada por las crisis económicas del mercado solo cabe la resignación, depositando la fe en un ulterior retorno al equilibrio si no se distorsiona el normal funcionamiento del mercado (LAVAL & DARDOT, 2013, pág. 74).

Sin embargo, nos encontramos con un problema añadido. A diferencia de otros materiales o servicios, la contratación de personas de acuerdo a la lógica de mercado supone la mercantilización del empleado como «capital humano», y que es al mismo tiempo agente de mercado, puesto que es consumidor y productor. Es decir, el empleado es al mismo tiempo vendedor y objeto de venta de su propia fuerza de trabajo, como diría Marx, por lo que el intercambio comercial no consiste solo en emprender, sino en naturalizar e interiorizar la idea de ver al ser humano como una «mercancía con conciencia propia». Este hecho se traduce en una operación discursiva que va más allá del mero intercambio comercial. Así pues, el desempleo es concebido siempre como un hecho voluntario, en la medida en que se acepta la premisa de que todas las operaciones de mercado son fruto de un *proceso racional de toma de decisiones*. Según Harvey, la lógica neoliberal defiende que el alto nivel de desempleo es debido a un elevado precio mínimo por el que se «decide» optar por no trabajar (2020, pág. 62). Al mismo tiempo, el fenómeno del desempleo informaría vía mercado de la incapacidad de las empresas de contratar más empleados, en la medida en que sus sueldos son excesivamente altos como para poder producir competitivamente. En estos términos habla von Mises cuando señala que

el paro, como fenómeno masivo y duradero, es la consecuencia de una política que apunta a mantener los salarios a un nivel más elevado de lo que resultaría del estado de mercado. El abandono de esta política conduciría muy rápidamente a una disminución considerable del número de parados (LAVAL & DARDOT, 2013, págs. 74-75).

Es por este hecho que el neoliberalismo suele oponerse a políticas públicas y regulaciones que contribuyen al incremento de los costes de producción, incluidos los de personal, como el salario mínimo. Por otra parte, el relato de la deseabilidad de mejorar el estatus social va estrechamente ligado a todo un complejo narrativo que parte de un mismo principio moral: la *competitividad*; ser mejores que el resto. Al igual que las empresas, esta concepción se hace extensible al propio mercado de trabajo, mediante la interiorización de la ambición, la «agresividad», la autoconfianza, el márketing personal

-*personal branding*-, el *coaching*, etcétera. De acuerdo con el esquema weberiano, la laboriosidad de quien deposita su fe en este modelo es premiado con las ganancias y beneficios materiales; una suerte de bendición a través del esfuerzo. Este esquema de pensamiento se hace extensible a otras esferas no necesariamente fundadas en el trabajo material. El esfuerzo depositado en los estudios, o el espíritu de sacrificio invertido en el mundo laboral y de los negocios, son premiados por el destino, en una especie de «karma económico». Como Adorno señala, en el relato liberal no existe la tragedia: la desgracia, toda desventura o injusticia que el individuo pueda sufrir, no vienen por sí mismas, sino como castigo por el mal comportamiento del creyente (2016, págs. 166-169).

De este modo, se responsabiliza al individuo de su propio destino, el cual está escrito a través de sus «buenas» o «malas acciones» en el mundo del mercado. Pero de la misma manera que la dicha significa una señal de los frutos de la laboriosidad del emprendedor, la desgracia muestra la insuficiencia de su desempeño, en un alarde de reproducir el weberiano mito protestante. De acuerdo con este relato, si el individuo está siendo de algún modo perjudicado por las reglas de juego que establece el neoliberalismo, es porque el individuo no ha jugado bien sus cartas –formación insuficiente que redundará en beneficio de su *learning by discovery*-, o porque «no se ha esforzado lo suficiente». En otras palabras, no ha depositado su fe lo suficiente en la «lógica equilibradora» del neoliberalismo. Es aquí donde radica la responsabilidad individual del agravio capitalista: el sistema neoliberal no es injusto, es el individuo el que no sabe actuar apropiadamente de acuerdo a sus reglas, o bien no desea asumirlas y beneficiarse de sus potenciales resultados positivos. De acuerdo con este relato, la pobreza y la miseria aparejadas recaen en la responsabilidad del individuo, ignorando otras determinaciones del sistema de mercado.

Dos concepciones del neoliberalismo: el ordoliberalismo y la Escuela de Chicago

La dispar procedencia de los autores y tradiciones teóricas enriquecería la variedad teórica en el seno del mismo corpus del neoliberalismo. Según Foucault, existirían dos tendencias o concepciones (2016, pág. 85): por una parte, el neoliberalismo alemán u ordoliberalismo, de entre los que cabe mencionar a Walter Eucken, Wilhelm Röpke, Alexander von Rüstow, Alfred Müller-Armack, y en Francia, a Louis Rougier; por otra parte, el neoliberalismo americano o libertarismo austro-americano de la Escuela de

Chicago, entre los que cabe destacar a Ludwig von Mises, Friedrich von Hayek, Milton Friedman y George Stigler.

Las diferencias entre ambas tendencias estribarán fundamentalmente en la extensión de las funciones del papel del Estado en lo que respecta a la economía, así como su interpretación de la sociedad. Pasemos a analizar ambos posicionamientos.

*La concepción austroamericana o Escuela de Chicago*

La bibliografía de los austroamericanos se caracteriza por su énfasis en el individuo frente a la sociedad. Si bien no niegan la existencia de ésta última, la conciben como una interrelación de individualidades que interactúan de acuerdo a sus intereses particulares. Bajo esta concepción, por tanto, no tiene sentido hablar de comunidad en mayúsculas, sino en todo caso como la comunidad a la que se pertenece libremente y por interés propio, como puede ser el vecindario, una asociación o un club deportivo. De acuerdo con esta lógica, por tanto, no tiene sentido hablar de una concepción homogénea de sociedad, ni mucho menos, de una ética social. Cualquier apelación a la moral, o a unos valores comunes implicaría, según los austroamericanos como von Mises, una pretensión de secuestro de la individualidad. Conceptos como «interés general», «Gran Sociedad» o «comunidad» no constituyen más que ficciones sociales que no aspiran a representar más que a la suma de particularidades intermediadas por el mercado. Hayek llegó a afirmar que «los únicos vínculos que mantienen unida a una Gran Sociedad son puramente económicos» (LAVAL & DARDOT, 2013, pág. 163). Es por ello que sitúan en el centro de su interés al mercado como mecanismo de interacción de subjetividades. En este sentido, el mercado como dispositivo de intercambio carece de moral o ética *per se* que señale un uso *correcto* de su funcionamiento, puesto que ésta corresponderá a los criterios particulares de cada agente participante. En cualquier caso, lo que en efecto señalan es que existe una lógica de comportamiento marcada por y para el propio funcionamiento del mercado sin obstáculos.

Al mismo tiempo, para economistas como von Mises, el mercado es interpretado como un mecanismo de flujos de información comercial entre productores y consumidores. De esta manera, cualquier intromisión estatal podría constituir una amenaza para su estabilidad en la medida en que actúa como elemento distorsionador de dichos flujos de información. Del mismo modo, los flujos de información que son emitidos y transmitidos,

convierten a los consumidores y productores en individuos con información parcial y fragmentada, de manera que la actividad económica genera una experiencia puramente subjetiva en el individuo. Pero a su vez, esta puesta en conexión de subjetividades con información parcial y fragmentada implica, para los austroamericanos, una serie de desajustes permanentes en el mercado, que en su proceso de reequilibrio crea nuevos desajustes. Ello daría lugar a un sistema económico en permanente transformación, en los que el Estado deberá permanecer vigilante no solo para garantizar su buena marcha y dirimir posibles conflictos comerciales, sino también a la hora de evitar desequilibrios sociales que pudieran generar colapsos potenciales del mercado y futuribles retornos del colectivismo. Para ello, y de acuerdo con esta interpretación intersubjetiva de la sociedad, Hayek atribuirá al Estado la capacidad de recoger las normas mercantiles que, según la tradición liberal, ya habrían sido instauradas mediante la costumbre, pero que para asegurar su existencia necesitarán de la coacción estatal. Estas normas mercantiles serán redactadas de acuerdo a una «regla general de conducta justa», lo cual no deja de ser una pretensión de establecer un código ético, como se ha visto previamente, era rechazado rotundamente por sus defensores<sup>20</sup>. Estas reglas eran de carácter *nomocrático*, es decir, «de aplicación general y uniforme, no retroactivas, conocidas y ciertas» (LAVAL & DARDOT, 2013, pág. 176), y que se concretarían en torno a tres leyes fundamentales: libertad de contrato, inviolabilidad de la propiedad privada y el deber de indemnizar a quien se le generaren perjuicios. En definitiva, para Hayek, de lo que se trata es de garantizar la libertad de comercio con el único límite puesto en que tal libertad no suponga el fin de la libertad de comercio de otro individuo:

Por coerción entendemos el hecho de que una persona sea tributaria de un entorno y de circunstancia tan controlados por otro, que está obligada, para evitar un mayor daño, a no actuar en conformidad a su propio plan y a hacerlo en cambio al servicio de los fines de la otra persona (LAVAL & DARDOT, 2013, pág. 169).

Con ello no se definen solamente los límites entre individuos, sino también los del Estado, ya que los propios límites, de carácter procedimental –y no con arreglo a fines concretos–, establecen las reglas de juego para su funcionamiento, situando el foco de atención en la protección de la libertad individual. De este modo, cualquier pretensión por parte del Estado de regular el mercado o intervenir en él mediante empresas públicas, supondría

---

<sup>20</sup> Como se verá más adelante en este mismo bloque, la aparente neutralidad y asepticidad moral de las reglas de mercado se convertirá en un arma sumamente eficaz en favor de la despolitización del neoliberalismo. En el bloque IV volveremos a abordar esta cuestión con el fin de elaborar una nueva propuesta de articulación discursiva.

un atentado a estos principios, ya que viciaría la libertad individual y la igualdad de oportunidades del mercado<sup>21</sup>.

Como señalan Laval-Dardot (2013, pág. 171), para Hayek lo relevante de tales normas se encuentra en su carácter legitimador, no en que sean eficaces. Esto despliega una serie de efectos en el plano práctico. Por ejemplo, la igualdad de oportunidades, el cual es un derecho legítimo, pero de acuerdo con las reglas de mercado, es ineficaz. Sin embargo, el carácter procedimental de estas leyes, inspiradas en la «regla general de conducta justa», supone no solo la mera implementación de un conjunto de leyes que favorezcan y blinden al mercado frente al poder del Estado, sino también de la introducción de un principio rector que condicione qué leyes pueden ser aprobadas y cuáles no. De esta manera, con la asunción por parte del ordenamiento jurídico de esta «regla general de conducta justa», se pasaría del «Estado de Derecho formal» -cuya coerción del Estado se justifica mediante su legislación- al «Estado de Derecho material» que, según Hayek, dicha coerción se limitaría a dicha regla general (LAVAL & DARDOT, 2013, pág. 175). En definitiva, un Estado está condicionado a «la preservación de la eficiencia del orden de mercado» (LAVAL & DARDOT, 2013, pág. 178), y por ende, al sometimiento del Estado a las reglas del mercado -y no a la inversa-, en el que las instituciones públicas estén al servicio del mercado y dispuestas a mejorar su funcionamiento:

la instauración y el mantenimiento de un sistema monetario eficaz, la definición de los pesos y las medidas, la puesta a disposición de informaciones para la elaboración de estadísticas, la organización de la educación de una forma u otra, etcétera. [...] todos los servicios que son claramente deseables, pero no los proporciona la empresa en un marco de competencia, bien sea porque resulta imposible o difícil de costear por parte de los beneficiarios [...] lo esencial de los servicios sanitarios y de salud pública, la construcción y el mantenimiento de las carreteras y la mayoría de equipamientos urbanos creados por las municipalidades para sus administrados [...] (LAVAL & DARDOT, citando a Hayek, 2013, págs. 179-180)

A partir de este fragmento podemos observar además la función despolitizadora del Estado. Si la eficacia del mercado se justifica por sí misma, los desajustes e ineficacias que por sí misma no puedan ser corregidas, merecerán la intervención del Estado con el fin de salvaguardar su legitimidad como mecanismo de distribución. De esta manera, Hayek no reniega de los servicios públicos si ello contribuye a un fortalecimiento de la legitimación del sistema de mercado, y dentro de esta esfera se contempla incluso la

---

<sup>21</sup> En lo que respecta a este último punto, cabe aclarar que atentaría a la igualdad de oportunidades, siempre según Hayek, en la medida en que las condiciones de mercado entre los diferentes agentes no es la misma, actuando unos con más ventaja que otros (bien porque reciban subvenciones públicas, porque el Estado compita mediante empresas públicas con precios más económicos, etcétera).

posibilidad de introducir una renta mínima a los excluidos sociales con el fin de reintroducirlos en la vida económica del mercado. Igualmente, el problema que sugiere Hayek en lo que respecta a los servicios públicos no se encuentra en que estos sean de propiedad pública, sino que estos no sean partícipes de la lógica de mercado al ser la autoridad quien fije los precios y remuneraciones de dichos servicios (LAVAL & DARDOT, 2013, pág. 181).

*El ordoliberalismo alemán*

Por otra parte, el ordoliberalismo alemán, a diferencia de la concepción austroamericana, se caracteriza por una concepción del capitalismo integrado socialmente. La economía de mercado forma parte de una sociedad estructurada y estructuradora, en el que al Estado se le otorga un papel *activo* en su objetivo de protegerla y promoverla, ya que ésta es concebida por parte de los ordoliberales como parte intrínseca de la naturaleza humana, como lo son otras instituciones sociales, como la familia o la comunidad.

Pero el Estado es visto también como una potencial intromisión no solo del normal funcionamiento del mercado, sino también de las estructuras tradicionales de la sociedad. De acuerdo con los ordoliberales, el nazismo los había desintegrado por la excesiva presencia del Estado en la vida de la sociedad, destruyendo los lazos «naturales» de los individuos (FOUCAULT, 2016, pág. 117). Por este motivo, los ordoliberales atribuyen vital importancia a la delimitación de sus funciones, no solo en cuanto a los aspectos económicos, sino también en los sociales. Mientras que autores como Rougier o Lippmann señalan que el intervencionismo estatal debe circunscribirse a sus competencias estrictamente jurídicas (LAVAL & DARDOT, 2013, págs. 83, 93), autores como Röpke añaden que la delimitación de las funciones del Estado no solo deben ser de carácter negativo –hasta dónde puede llegar y sobre qué asuntos no debe tratar- sino también de carácter positivo (LAVAL & DARDOT, 2013, pág. 123). La función del Estado no solo debe ser vigilante del buen funcionamiento del mercado, sino también garante de su desarrollo. Para ello, remarca la pertinencia de la introducción de una «política de sociedad», cuya intervención implique una profunda transformación de la sociedad en el que el Estado actuaría como motor de cohesión de estas dos estructuras sociales: mercado y comunidad (LAVAL & DARDOT, 2013, pág. 109). Fruto del entrelazamiento de estos dos pilares, ordoliberales como Rougier sugieren que de ella



tiene lugar una «armonía social» que poco tendría que ver con el capitalismo salvaje, la atomización social y el individualismo (LAVAL & DARDOT, 2013, pág. 85). De acuerdo con Röpke, el Estado debe respetar la jerarquía de «comunidades naturales», entre las que se encuentra el mercado, con el fin de evitar un quiebre social –lo que Rüstow denomina *vitalpolitik*- (FOUCAULT, 2016, pág. 240). Debe insistirse en la relevancia de esta interrelación entre esferas sociales. No se trata solo de aspirar a la preservación de un orden por mero tradicionalismo, sino también como soportes sociales que se ayudan recíprocamente. Cuando los ordoliberales afirman que son instituciones como la familia o el vecindario las que contribuyen a reforzar el mercado, y al mismo tiempo, el mercado tiende a su vez a reforzar estos lazos, se está señalando a su vez cómo las instituciones sociales pueden dar apoyo a las víctimas de las fallas del mercado, como el apoyo familiar a los miembros que se encuentran en situaciones económicamente vulnerables, los eventos caritativos como colectas o donaciones a través de la comunidad de vecinos o la parroquia, las ONG, etcétera. Este apoyo mutuo redunda igualmente en un mayor reforzamiento ideológico de las lógicas de mercado. Como señalan Laval y Dardot,

esta integración en la familia, en el vecindario, en el pueblo o en el barrio, o en la región, es lo que dará al individuo el sentido de sus responsabilidades, el sentimiento de sus obligaciones hacia los demás, el gusto por cumplir con sus deberes, sin los cuales no hay ni vínculo social ni verdadera felicidad (LAVAL & DARDOT, 2013, pág. 108).<sup>22</sup>

Por tanto, el contenido ético y moral del capitalismo quedaría regulado por el condicionamiento sociológico en el que se encuentra la comunidad, y que un Estado fuerte vigila y actúa como «policía del mercado». En definitiva, Böhm lo resume en una «sociedad de Derecho privado» en el que se tiene en consideración que los individuos viven en sociedad, de acuerdo a una serie de convenciones sociales y tradiciones, y sometidos a un orden jurídico superior –*Rechtsordnung*- (LAVAL & DARDOT, 2013, pág. 117). De ahí se deberá la característica aspiración de los ordoliberales a introducir en el ordenamiento jurídico una serie de *regulierende Prinzipien*, o principios reguladores, que garanticen el buen funcionamiento del mercado y la competencia –como el establecimiento de organismos de control antimonopolio-, así como el mantenimiento de la paz social que asegure su sostenimiento e implantación –como el establecimiento de

---

<sup>22</sup> Como veremos, el fracaso de este proceso de cohesión social tras la crisis de 2007, será señalado por algunos autores como uno de los motivos del crecimiento del voto a la extrema derecha.

medidas fiscales progresivas o la observancia de la regulación laboral-, al tiempo que se tiene como aspiración acabar con todo rastro de planificación económica (LAVAL & DARDOT, 2013, pág. 114). Un ejemplo muy clarividente de esta cuestión puede encontrarse en la función que ejerce la existencia de una «constitución económica» en el ordenamiento jurídico de los Estados miembros de la Unión Europea, el cual representa el marco ideal del modelo ordoliberal, donde tiene lugar un gobierno tecnocrático no sometido directamente al control democrático, y cuya normativa tiene fuerza de ley sobre los estados miembros<sup>23</sup>. Cabe destacar la reforma del art. 135 de la Constitución Española de 1978 y la introducción del «principio de estabilidad presupuestaria», con el fin de reforzar los criterios monetaristas de reducción de la deuda pública. Así, el compromiso de los Estados a someter toda su legislación a los criterios de mercado se hace evidente a la hora de firmar tratados y convenios internacionales de carácter vinculante.

De esta manera, en la medida en que el mercado, junto a la comunidad, son productos naturales de las relaciones humanas que para su sostenimiento deben ser protegidos y promovidos por el Estado, éste se hace al mismo tiempo dependiente de ellos<sup>24</sup>, produciéndose, según Walter Eucken, una «interdependencia de órdenes» (LAVAL & DARDOT, 2013, pág. 102). De esta misión que se le concede al Estado se desprende que, al tener como cometido el fomento de la sociedad civil –entendida ésta en su concepción liberal clásica-, debe someterse por tanto a los criterios que emanan de ella, y *por extensión, del mercado*. De acuerdo con este propósito, Müller-Armack acuñará el célebre término «economía social de mercado» para referirse a una «democracia de consumidores y productores» que «comprende la política cultural, la educación y la política científica» (LAVAL & DARDOT, 2013, pág. 120). Como puede observarse, esta relación equivalencial ha legitimado un discurso que identifica cualquier pretensión de control de la economía con el totalitarismo y, por oposición, al capitalismo con la democracia (HUNTINGTON, 1994). De hecho, éste ha sido el relato fundacional de la República Federal Alemana, que no solo acababa de salir del totalitarismo nazi, sino que además rivalizaba con la República Democrática Alemana del bloque comunista. Sin embargo,

---

<sup>23</sup> Esto es especialmente destacable en el caso de los Reglamentos y Decisiones, los cuales son de aplicación obligatoria en todo su contenido. Por otra parte, en el caso de las Directivas los Estados miembros están obligados a integrarlas en su legislación nacional en un período de 2 años. En cualquier caso, estas tres figuras jurídicas poseen una aplicabilidad prácticamente automática sobre la normativa interna de los Estados. (art. 288 del Tratado de Funcionamiento de la Unión Europea). Por otra parte, cabe destacar dentro del marco normativo comunitario de la aplicabilidad del Principio de Primacía de la normativa comunitaria sobre la nacional, inaugurada con la *sentencia Costa contra Enel* del TJUE del 15 de julio de 1964.

<sup>24</sup> Nos vuelve a recordar a la relación base-superestructura marxista.

como se verá a continuación, la relación entre neoliberalismo y democracia es mucho más controvertido de lo que parece, dando pistas acerca del carácter antidemocrático y despolitizador que podría portar el neoliberalismo en su seno.

#### Neoliberalismo, democracia y religión

La concepción neoliberal de la democracia es ciertamente controvertida. A pesar de que el neoliberalismo postula por el adelgazamiento presupuestario del Estado en materias como la sanidad, educación y servicios sociales en general, así como por el desmantelamiento de las empresas públicas en el ámbito económico, de acuerdo con autores como Lippmann, ello no se traduce en un Estado débil (LAVAL & DARDOT, 2013, pág. 95). La crisis de los modelos liberales de Estado en el período de entreguerras les llevó a deducir que, muy al contrario, la reducción de competencias del Estado implica, al mismo tiempo, reinvertir todos los recursos en las esferas en las que sí debe ser competente. Ámbitos tales como el ejército, los cuerpos y fuerzas de seguridad, la justicia y las infraestructuras no rentables para el sector privado, actuarían como garantía para la creación de «un ambiente propicio para los negocios». No obstante, la conjunción de un Estado fuerte y un mercado libre les ha llevado en numerosas ocasiones a la conclusión de que ciertos modelos democráticos podrían generar problemas para garantizar esta combinación, ya que con el fin de satisfacer ciertas demandas populares, podrían introducirse «elementos distorsionadores del mercado» mediante regulaciones, leyes, mecanismos limitantes, o incluso, la nacionalización de sectores estratégicos. Dado que el Estado se erige como institución representativa de un interés general que, según la concepción austroamericana, es prácticamente inexistente, el poder estatal es interpretado como la imposición de un criterio legitimado por una supuesta mayoría sobre la minoría, en lugar de garantizar un sistema de reparto subjetivo e individualizado, como es el mercado. En otras palabras, tiene lugar una oposición entre dos mecanismos de poder, el de lo político, representado por el Estado, y el de lo «apolítico», representado por el mercado<sup>25</sup>. En otras palabras, la contraposición se encuentra entre un sistema que impone la decisión de lo común sobre las decisiones individualizadas. El neoliberalismo, en tanto que aspira a anteponer un sistema de reparto individualizado a los intereses comunes, ve

---

<sup>25</sup> Para evitar confusiones, cabe aclarar que el mercado no representa un mecanismo de por sí apolítico, ya que la mera defensa del mercado constituye una posición política, sino a los efectos despolitizadores que éste desarrolla.

como amenaza por tanto cualquier decisión legislativa tomada por la mayoría popular; un temor muy similar al transmitido por Madison en *El Federalista* ante el potencial poder de «los más» -*the most*- sobre «los menos» -*the few*-. En este sentido, y a juicio de Hayek, la democracia representa un grave peligro para la sostenibilidad del mercado.

Por este motivo, autores como Hayek, Rougier o Lippmann han defendido una combinación de elecciones democráticas y la conformación de élites especializadas –o tecnocráticas- que garantizaran la buena marcha del mercado, en lo que ha venido denominándose «demarquía» (LAVAL & DARDOT, 2013, pág. 95). Sin embargo, esta concepción de «democracia limitada» no es sorprendente, teniendo en cuenta los antecedentes de algunos de sus propulsores. Rougier había apoyado el régimen de Vichy durante la Segunda Guerra Mundial (DENORD, 2001, pág. 10); Von Mises había militado *Frente Patriótico*, un partido austríaco de corte fascista, así como en el *Werk Neues Leben*, el club social de la organización (LEESON, 2018, pág. 12). Por otra parte, Hayek había sido clarividente al respecto cuando, en una entrevista realizada en 1981 por el diario chileno *El Mercurio*, llegaría a afirmar: «Mi preferencia personal se inclina a una dictadura liberal y no a un gobierno democrático donde todo liberalismo esté ausente» (LAVAL & DARDOT, 2013, págs. 184-185). En el Informe de 1975 dirigido a la Comisión Trilateral se señala cómo la crisis de gobernabilidad de las democracias estaba determinada por las limitaciones generadas por el keynesianismo, y cuya solución pasaba por la implementación de medidas económicas de corte neoliberal bajo un Estado con competencias reducidas, pero con dispositivos capaces de limitar y suspender derechos civiles, políticos y sociales, e incluso amparar golpes de Estado, con el fin de garantizar el orden social capitalista de manera efectiva (MONEDERO, 2012, págs. 294-296).

A pesar de ello, lo cierto es que la introducción de la lógica de mercado en los esquemas de comportamiento sociales han sido sumamente eficaces en contextos antidemocráticos, tales como Brasil bajo la dictadura militar<sup>26</sup>, la dictadura de Jorge Videla en Argentina, el Uruguay de Juan María Bordaberry o Indonesia bajo Suharto y, por supuesto, Chile bajo la dictadura de Augusto Pinochet (AHEDO & TELLERÍA, 2020, pág. 393).

---

<sup>26</sup> Especialmente en el período bajo presidencia del general Medici (1969-1974), conocido como el período de mayor crecimiento económico, pero también como el de mayor represión política, los denominados “años de chumbo” (*Años de plomo*).

En el caso de España, la influencia de von Stackelberg<sup>27</sup> llevó a muchos economistas franquistas a encontrar en el ordoliberalismo una doctrina que lograra conjugar la desregulación de la economía con la presencia de un Estado fuerte, nacionalista y conservador que protegiera la buena marcha del mercado de perturbaciones tales como prácticas oligopolísticas, monopolios y tensiones sociales (BAN, 2016, págs. 108-110). Como resultado, la política económica del desarrollismo franquista se caracterizaría por una concepción conservadora del keynesianismo que mantenía distancias tanto del neokeynesianismo predominante como de la escuela austríaca (BAN, 2016, pág. 113), en lo que algunos autores han denominado «neoliberalismo embridado» (BAN, 2016, págs. 33-65).

De acuerdo con esta línea, si el orden de mercado debe ser garantizado por el Estado, cualquier amenaza a su estabilidad debe ser minimizada. Sin embargo, bajo la despolitización neoliberal, donde el orden económico no está en cuestión, cuando la inestabilidad política y social tiene lugar en contextos de crisis económica, las causas de sus fallos suelen explorarse en otros frentes, como es el cultural. Es en este punto donde la extrema derecha avanza contra los movimientos sociales como causantes del desequilibrio económico, desconfiando de fórmulas directas de participación democrática y depositando su confianza en figuras tecnocráticas, en expertos que saben cómo generar beneficios económicos. Dentro de esta narrativa caben líderes políticos tan dispares como Donald Trump, Silvio Berlusconi o Mario Draghi, pero también modelos de democracia autoritaria e iliberal, como el reivindicado por Viktor Orbán en Hungría (FORTI, 2021, págs. 121-128).

---

<sup>27</sup> Heinrich Freiherr von Stackelberg (1901-1946) fue un destacado microeconomista perteneciente al Círculo de Freiburg. Con estrechas relaciones con el nazismo (militante del NSDAP desde 1931 y miembro de las Waffen SS), acabaría por instalarse en España como profesor en la Complutense, puesto que le permitiría la difusión de la economía neoclásica en general, así como de los trabajos de Eucken, Röpke y Hayek en particular. Su influencia fue decisiva en una generación de economistas que serán clave a partir de los años sesenta con el Plan de Estabilización de 1959, tales como Alberto Ullastres, Miguel Paredes, José Antonio Píera, Valentín Andrés Álvarez, José Castañeda y José Vergara. (MORETON, 2021)

## Capítulo 6

# Hegemonía y despolitización del neoliberalismo. Efectos políticos, sociales e ideológicos

Antes de avanzar en este apartado cabe realizar un matiz. El neoliberalismo, como ya se ha señalado previamente, representa todo un fenómeno ideológico condicionado por las transformaciones sociales y económicas de las últimas décadas, como ha sido el proceso de globalización, así como sus consecuencias sociales –el paso de una «economía de la escasez» hacia una «economía de la abundancia», la ruptura generacional, las transformaciones tecnológicas y de producción- y culturales, en lo que se ha venido denominando posmodernidad, especialmente a partir del fracaso del nuevo impulso de los viejos relatos en la década de los sesenta, y del final de los procesos de liberación nacional de los territorios coloniales (JAMESON, 1996, págs. 16-21). Estos tres fenómenos –neoliberalismo, posmodernidad, globalización-, se han desarrollado de manera entrelazada y a la vez han contribuido a generar una serie de efectos que resultan difíciles de determinar como producto exclusivo de uno de ellos.

A lo largo de las décadas, puede observarse cómo el neoliberalismo experimentará tres momentos clave en el proceso de culminación de su proceso de hegemonía y despolitización:

1. La crisis del colectivismo como discurso dominante
2. El proceso de implementación del neoliberalismo. El *thatcherismo* y los *reaganomics*
3. El supuesto «fin de la historia», que daría lugar a un cierre ideológico neoliberal.

1. Crisis del colectivismo como discurso dominante

Cabe realizar, en primer lugar, una aclaración acerca del uso del término «colectivismo». Stuart Hall suele recurrir a esta expresión en sus escritos para referirse al fenómeno ideológico que se va articulando a finales del siglo XIX y principios del XX en el Reino Unido, entre diferentes tendencias políticas, aparentemente opuestas, que lograrían alcanzar lugares comunes en momentos históricos concretos. Por una parte, los social-imperialistas de la coalición unionista, que aspiraban a la recuperación de un Estado fuerte e intervencionista; por otra, los nuevos liberales del *Whig Party*, quienes estaban dispuestos a defender e implementar nuevas medidas sociales al precio de alcanzar una mayor legitimidad institucional del liberalismo con el fin de no ponerlo en peligro (HALL, 2018, págs. 200-201). En tercer lugar, los fabianos –divididos entre liberales y socialistas-, cuya máxima aspiración era la instauración de una sociedad «completamente regulada y administrada en la que la vigilancia del Estado sería una condición esencial de la conducta cívica» (HALL, 2018, págs. 185-188). Este ejemplo constituye un ejemplo peculiar, pero a la vez útil a la hora de elaborar una extrapolación, más o menos homogénea, que ha sido mimetizada en otras latitudes y contextos. Si bien el discurso predominante ha sido por lo general de corte socialdemócrata en los Estados capitalistas, el gran influjo del marxismo a lo largo del siglo XX ha condicionado a su vez su hegemonía, bien en los círculos académicos e intelectuales, bien mediante la influencia geopolítica del bloque socialista. Así mismo, otras ideologías como la democracia cristiana o los nuevos liberales, habrían tendido a reforzarla. En otras palabras, *se había articulado un nuevo discurso* a partir de una superposición de intereses y demandas políticas dispares, procedentes de una pluralidad de organizaciones políticas procedentes no solo del movimiento obrero o de sectores excluidos de la sociedad, sino también de segmentos *ya* dominantes que exigían un mayor intervencionismo estatal en un contexto de tensión social primero -a finales del siglo XIX-, crisis económica después -1929-, y finalmente de posguerra -1945-; un recorrido que constituiría el proceso de construcción del Estado de Bienestar.

Sin embargo la instauración de este modelo iría acompañado de una serie de procesos de transformación económica, social, política, tecnológica y cultural que se irían produciendo a partir del capitalismo de posguerra, dando lugar a una nueva realidad social que afectará a los fundamentos tradicionalmente que habían arraigado en el ámbito

ideológico y cultural. La crisis de la modernidad contrastaría con el creciente predominio de la vida administrada, el anhelo permanente de estabilidad y seguridad bajo el fantasma de la posguerra, y en consecuencia, la creciente burocratización del Estado. Además, el Estado de Bienestar, lejos de convertirse en un modelo económico de transición al socialismo que algunos teóricos como Rudolf Meidner habían defendido, había contribuido favorablemente a la integración de las diferentes clases sociales en el modo de producción capitalista (SENNETT, 2003, pág. 26). Como señala Capella, «La apoteosis de la “ayuda del Estado” en que consistió el «Estado del Bienestar» paralizó político-socialmente a grandes masas de trabajadores» (2005, pág. 94).

De esta manera, la armonización social de las desigualdades de clase, las transformaciones de los sistemas de producción y el crecimiento económico generalizado habría propiciado lo que ha terminado por denominarse los *Treinta Gloriosos* años del capitalismo, con una creciente clase media y una fecunda sociedad de consumo en el que la compra, entendida hasta entonces como un mero intercambio comercial sometido a una lógica racional y calculadora, es reemplazada por el estímulo permanente, el ocio y el entretenimiento, y que contribuiría a reemplazar al trabajador por el consumidor como centro de gravedad de la sociedad (LYON, 2009, pág. 155). La homogenización y «democratización» del consumo de bienes y servicios (MARCUSE, 1986, pág. 38), ahora accesibles para todo el mundo, de la cultura –la cual se homogeneiza y supera la clásica separación entre alta cultura y cultura popular (JAMESON, 1996) -, y la intermediación de los medios de comunicación como transmisores y reproductores de los hábitos generales de la sociedad, posibilitan una uniformización de los comportamientos al tiempo que se diluyen las diferencias sociales (LIPOVETSKY, 1987, págs. 107-108). Como apunta Marcuse, «el desarrollo capitalista ha alterado la estructura y la función de estas dos clases de tal modo que ya no parecen ser agentes de la transformación histórica» (1986, pág. 23).

En su lugar, dichos agentes sociales se desintegran en la medida en que sus miembros dejan de sentirse parte de un colectivo dado para, en su lugar, buscar la especificidad y la particularidad en el seno de una amplia masa social. Como anticipaba Gramsci, la mejora de las condiciones materiales de la clase trabajadora en el contexto capitalista apagaba las posibilidades revolucionarias y animaba a su fragmentación:

La burguesía italiana promueve la] disgregación interna del movimiento obrero, mostrando a los jefes oportunistas la posibilidad de que una aristocracia obrera colabore con el



gobierno en una tentativa de solución "reformista" de los problemas del Estado (GRAMSCI, 1981).

Ello daría lugar a un creciente anhelo de atomización radical y de búsqueda de la individualidad como representación de la independencia y la libertad frente a los esquemas culturales tradicionales dominantes, impulsando a sus miembros a remarcar sus diferencias y liquidando en consecuencia todos los lazos colectivos (LIPOVETSKY, 1987, págs. 107-108). Asimismo, las transformaciones tecnológicas y sociales posibilitaron la superación de la concepción clásica del capitalismo, propia del siglo XIX, como una experiencia propia de otros tiempos. Ello haría más digerible admitir que el capitalismo mediado por un boyante Estado de Bienestar era viable, lo cual facilitaría la aceptación de sus lógicas de producción. En un contexto de creciente bienestar social y económico, donde los derechos sociales estaban garantizados y existían mayores posibilidades de ascenso en la escala social, el relato marxista de la lucha de clases y la revolución social había quedado progresivamente desacreditada. Teniendo presente la clásica pirámide de Maslow<sup>28</sup>, en este contexto, las demandas políticas y sociales, hasta entonces capitalizadas por las organizaciones obreras y partidos de clase, irán viéndose desplazadas por aquellas a las que Inglehart denominaría «preocupaciones posmateriales». En este sentido, la experiencia de mayo del 68, entendida como la culminación de todo un proceso de efervescencia del contraculturalismo iniciado en la década de los cincuenta que desafiará los esquemas del orden cultural establecido, representará sin embargo el punto de partida del que adquirirán potencia nuevas demandas políticas al margen de los grandes constructos teóricos, políticos y filosóficos que habían marcado la vida política hasta entonces (MAYOS, 2014, págs. 195-215). Los movimientos por la defensa de los derechos civiles, entre los que cabe destacar especialmente el movimiento negro en Estados Unidos, así como los denominados Nuevos Movimientos Sociales, entre los que se encaja el antiautoritarismo, la segunda ola del feminismo, los movimientos alternativos urbanos, el ecologismo, el pacifismo y el movimiento antinuclear (RIECHMANN, Hacia un nuevo marco teórico para el estudio de los nuevos movimientos sociales, 1994, pág. 57), serán los exponentes más destacados. Sin embargo, a diferencia de lo que se suele creer, el mayo del 68 no representa *per se* una época de nuevas luchas, sino la constatación de las contradicciones que estaban

---

<sup>28</sup> De acuerdo con la pirámide de las necesidades humanas de Maslow, la base de ésta estaría constituida esencialmente por necesidades de carácter económico. Una vez satisfechas éstas, las necesidades del ser humano tienden a desplazarse hacia una progresiva mejora de su reconocimiento.

sufriendo las «luchas clásicas» en un contexto de transformaciones propias de la modernización capitalista en Occidente (ROSS, 2002, págs. 177-179). Por ejemplo, Marina Subirats señala cómo será *después* del fracaso de dicha experiencia que el feminismo adoptará una nueva forma y consciencia que irá fraguándose en torno al Movimiento de Liberación de las Mujeres<sup>29</sup>.

Además, se produce una progresiva alteración de la concepción identitaria del sujeto político. Como Riechmann afirma, la lógica de los NMS no responde solo a la emersión de unas demandas en los márgenes de lo establecido como postulaba la teoría de la privación relativa (1994, págs. 19-20), es decir, no son necesariamente las víctimas de la exclusión quienes reivindican dichas demandas, sino que *se trata de reivindicaciones en su mayoría procedentes de la clase media*, «cuyos miembros son beneficiarios del orden sociopolítico existente» (RIECHMANN, Hacia un nuevo marco teórico para el estudio de los nuevos movimientos sociales, 1994, págs. 80-84). Riechmann resume que quienes formaban parte de los NMS no tenían una correspondencia precisamente económica, en muchos sentidos: por una parte, y por lo general, quienes se preocupaban por los NMS formaban parte de una clase media con absoluta libertad de decidir y tomar elecciones, no fruto de la frustración, sea personal o social. Ello implicaba que las preocupaciones políticas iban más allá de los meros intereses personales, y en su lugar, una creciente conciencia altruista, entendida como el abanderamiento de preocupaciones e intereses que afectan no necesariamente a quienes lo reivindican. Es por ello que Riechmann caracteriza a este tipo de movimientos sociales como *universalistas* (1994, págs. 80-84).

De este modo, a pesar de que las demandas propias de este tipo de movimientos era en muchos casos sobre cuestiones muy previas a este contexto –el racismo, el feminismo, el ecologismo, etcétera, son cuestiones que ya han sido previamente abordadas por algunos intelectuales en siglos anteriores-, el carácter protagónico de este tipo de demandas, así como su concienciación social, será mayor en este período, ya que la denominada «generación protesta», en tanto que es beneficiaria de los buenos tiempos del capitalismo de Bienestar y liberada de las dificultades económicas previas a la Segunda Guerra Mundial, había logrado permitirse politizar nuevas cuestiones desde una perspectiva no estrictamente económica.

---

<sup>29</sup> MARRÓN, N. (21 de abril de 2018). *Marina Subirats: "En el Mayo del 68 nadie hablaba de feminismo"*. El Periódico. <https://www.elperiodico.com/es/cuaderno/20180421/marina-subirats-mayo-68-nadie-hablaba-feminismo-6772812>

Al mismo tiempo, el surgimiento de este tipo de movimientos, dada su naturaleza y motivaciones, en muchos casos cuestionarán seriamente los fundamentos por los que hasta entonces se habían orientado el marxismo. Según Riechmann, los NMS se caracterizan por los siguientes puntos (1994, págs. 62-68):

1. Frente a las rigideces propias del marxismo ortodoxo, éstos *carecen de una ideología cerrada y definida*, con una amplia pluralidad de ramas y tendencias, en muchas ocasiones contradictorias entre ellas;
2. A diferencia de la concepción marxista de la toma del poder del Estado para impulsar la transformación de la sociedad, por lo general se trata de movimientos pro-sociedad civil que aspiran *más bien a influir, disolver e incluso destruir el Estado que a tomar su control*;
3. *Suelen rechazar el proyecto de modernidad* propio de los discursos herederos de la Ilustración como el marxismo, lo cual se traduciría en una permanente reformulación y cuestionamiento de los fundamentos sociales heredados;
4. Se trata de *movimientos socialmente transversales*, pero con predominio de la clase media;
5. No apuestan por la concepción marxista de la unidad de acción, sino que poseen *objetivos y estrategias muy diferenciados*;
6. A diferencia de la disciplina militante y el centralismo democrático propios de las organizaciones leninistas, suelen fomentar *estructuras organizativas descentralizadas y antijerárquicas*;
7. Frente a la clásica separación entre lo privado y lo público, en el que lo político se identifica con lo público, promueven la *politización del ámbito privado*, ya que el ámbito sociocultural y la mercantilización afecta tanto a la esfera pública como privada, a la existencia humana en toda su extensión –la denominada «colonización del mundo vital»-.
8. Frente a los métodos de acción colectiva institucionalizados, como la huelga o la manifestación, suelen recurrir a métodos de acción colectiva no convencionales, como la desobediencia civil, la resistencia pasiva, etc.

En este sentido, si se atiende a la definición que proporciona Mayos acerca de la politización como una ampliación hacia nuevas esferas de la discusión política (2014, pág. 211), nos encontramos ante un fecundo período de politizaciones, ya que da lugar a la apertura hacia nuevas temáticas e intereses que hasta entonces se habían limitado, o al

menos habían sido eclipsados, por la esfera económica. No obstante, por los motivos y características que acaban de observarse, la emersión de nuevos movimientos y demandas sociales también ha contribuido a la fragmentación discursiva interna, especialmente en el ámbito de la izquierda. La aparente discordancia del carácter de estos movimientos con los partidos marxistas y sindicatos de clase, generará ciertas fricciones y contradicciones. Demandas como el pacifismo, el ecologismo, el antiautoritarismo o la defensa de los derechos civiles y políticos resultaban en algunos puntos ciertamente incompatibles con la estrategia, programa y posturas de organizaciones y sindicatos alineados con el bloque socialista. Como problema añadido, la politización de estas nuevas esferas se irá complejizando a medida que éstos fueron desarrollándose a lo largo de los años, lo cual, dado su carácter fragmentario y esencialmente *transitorio* y *perecedero* dificultará sus posibilidades de integración en una ideología estable, coherente y cohesionada (RIECHMANN, Hacia un nuevo marco teórico para el estudio de los nuevos movimientos sociales, 1994, pág. 51). Muy al contrario, su carácter informal e intermitente ha dificultado sus posibilidades de institucionalizarse (MAYOS, 2014, págs. 200-201). Por otra parte, ante la dilución de la lucha de clases como marco antagónico sobre el que legitimar las políticas sociales y el Estado de Bienestar, sus defensores apostarían por la transversalidad de clase y la defensa del *statu quo* (HALL, 2018, pág. 364). El resultado, sin embargo, lejos de perjudicar al neoliberalismo, contribuirá a su reforzamiento. Además de contribuir a dotar de un aire «revolucionario» la reivindicación de una mayor libertad de mercado amparado por la liberación de las bridas del control estatal, la clase política defensora del Estado de Bienestar no podía profundizar en sus políticas sociales por temor a perder el apoyo de la clase empresarial (HARVEY, 2020, pág. 60). Este contexto de fragmentación y crisis de la izquierda favorecerá el auge del neoliberalismo<sup>30</sup>.

*a. La crisis del marxismo como discurso politizador*

Si bien en el contexto actual el marxismo ha dejado de poseer el protagonismo de décadas anteriores, es evidente que dicha crisis ha permanecido latente desde los años sesenta.

---

<sup>30</sup> Un ejemplo muy ilustrativo de este hecho lo podemos observar en cómo el thatcherismo, a pesar del trauma social provocado en su primer mandato, lograría ganar las elecciones de 1984

Esta crisis se hizo manifiesta en diferentes formas. De acuerdo con Cotarelo, se vio alimentada por dos carencias (1978, pág. 121):

- a) Una práctica; la insuficiencia del socialismo real como alternativa al capitalismo. Si la crítica marxista al capitalismo podía ser cierta, la alternativa a ella no era suficientemente convincente. Aunque los logros tecnológicos y sociales pudieran ser manifiestos, las críticas en cuanto a la garantía de los derechos civiles y políticos eran más que cuestionables, algo que los medios de comunicación occidentales, por otra parte, supieron explotar en su favor. En consecuencia, las reticencias del marxismo a las novedades teóricas y prácticas, sumadas al hecho de la creciente frustración de la URSS como referente práctico del marxismo, había contribuido a su progresivo distanciamiento de la base social. Para aquellos países que se proponían el establecimiento de un sistema institucional socialista, podría considerarse que el modelo soviético fue la principal referencia. Las directrices de Moscú eran determinantes para su desarrollo, ya que además de que la URSS contaba con la legitimidad moral de ser «el primer Estado socialista de la historia», también constituía la principal potencia contrahegemónica a nivel mundial. Sin embargo, esta relación de dependencia generaría dificultades en muchos casos a la hora de implantar el modelo respetando las peculiaridades culturales y geográficas de cada contexto. La exportación como fórmula genuinamente socialista del modelo de Estado de la Constitución estalinista de 1936, caracterizado por el predominio de un partido comunista como organización rectora de la sociedad; la ausencia de una auténtica soberanía política por parte de los Estados pertenecientes al bloque europeo oriental—como ya se evidenció en los casos de invasión soviética de Hungría en 1956 y Checoslovaquia en 1968—, la fragmentación ideológica derivada del polémico XX Congreso del PCUS así como del predominio de la *realpolitik* en las décadas subsiguientes, generaría un amplio conjunto de contradicciones y conflictos en el seno del movimiento comunista internacional.
- b) Una teórica; debido a la incapacidad de explicar de forma convincente desde una perspectiva marxista no sólo los motivos que justificaran el peculiar carácter político del socialismo real, sino también la evolución del capitalismo tardío y los positivos efectos sociales del Estado de Bienestar, los cuales se situaban lejos de los análisis de la sociedad que proporcionaban sus textos. Como señala Gorz, el

socialismo, que nunca había logrado con éxito imponerse hasta las últimas consecuencias en occidente, había perdido en los últimos años su *base natural* revolucionaria. El consumismo propio del capitalismo avanzado había aniquilado el espíritu por el que los revolucionarios, parafraseando a Luxemburgo, no tenían nada que perder, «salvo sus cadenas». Ahora este hecho no era tan evidente (2008, págs. 53-54). Jameson apunta al hecho de que el surgimiento de nuevas lecturas relacionadas con las transformaciones tecnológicas y sociales tales como la globalización, la sociedad de la información y de la abundancia, etcétera, se distanciaran del relato clásico de la lucha de clases y el capitalismo industrial, lo cual generaría el rechazo de gran parte de los teóricos marxistas más ortodoxos (1996, pág. 25).

Como alternativa teórico-práctica, el marxismo occidental, cuyos países cargaban ya con una asentada tradición parlamentaria que automáticamente descartaba la viabilidad de toda revolución violenta, no había sido capaz de proporcionar respuestas convincentes.

Perry Anderson resalta cómo en el período de entreguerras -en torno a las décadas de 1920 y 1930-, frente a la oficialidad de la URSS, irán adquiriendo protagonismo cuatro tradiciones teóricas en el marxismo europeo, a saber: la alemana, la italiana, la francesa y la anglosajona (2017, pág. 40).

La tradición teórica alemana fue una de las más destacadas, debido en parte al hecho de que Karl Kautsky era considerado como uno de los máximos exponentes del pensamiento marxista tras Marx y Engels, y al hecho de que Alemania era considerado a finales del XIX como un potencial foco revolucionario. Ello derivaría, por una parte, en la rama socialdemócrata de pensadores como Eduard Bernstein, y por otra, en la continuación de la tradición revolucionaria marxista a través del pensamiento de autores como Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht. Como peculiaridad cabe señalar cómo durante los años finales de la Primera Guerra Mundial el SPD alemán, influido por la primera rama de pensamiento, había logrado alcanzar el gobierno, mientras que la segunda rama había logrado alcanzar altas cotas de protagonismo como la *Liga Espartaquista* –véase la revolución de Baviera y, posteriormente, en Berlín, en 1918-. La tajante desactivación durante el nazismo, y la posterior absorción por parte del marxismo-leninismo soviético en la República Democrática Alemana, así como la ilegalización del KPD en la zona occidental, puso fin a cualquier posibilidad de desarrollar de nuevo una teoría marxista alternativa a la oficialidad.

La tradición italiana, fuertemente influenciada por el pensamiento de Antonio Labriola, y posteriormente por Antonio Gramsci, adquiriría una fuerza considerable tras la victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial. Mediante el desarrollo del concepto de «hegemonía», se trasladaba la atención al plano de la batalla discursiva y cultural en un marco parlamentario. En términos similares se desarrollaría el comunismo francés, y si bien ambos adquirieron un protagonismo decisivo en la política nacional, su inicial alineación prosoviética condicionó su éxito electoral a motivaciones geopolíticas en un contexto de Guerra Fría. A pesar del aislamiento mediático e institucional sufridos, tanto el PCI como el PCF lograron ser, inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, los partidos comunistas más votados de Europa occidental.

Por último, el marxismo anglosajón ha servido siempre como foco de análisis y debate al respecto, dando lugar a una concepción diferente del marxismo continental y de contextos poscoloniales. Anderson explica la peculiaridad del Reino Unido respecto de las tendencias a la burocratización del Estado como aparato represivo de otros contextos geográficos. Si bien el marxismo británico se hubo caracterizado en el pasado por influir sobre un movimiento obrero muy activo políticamente pero poco radicalizado, ha proporcionado una formulación teórica más enriquecedora, sobre todo a partir de los setenta (2004, pág. 26). En este sentido, Fernandez Buey resalta ciertas divergencias de método y focalización entre la teoría marxista anglosajona y la continental, al buscar la primera una mayor «base empírica y contextualizada» respecto a la «pasión especulativa» de la literatura francesa y alemana (1995, pág. 1098). De igual forma, debido a las diferentes experiencias y tradiciones sociohistóricas entre la cultura anglosajona y la europea continental, las concepciones teóricas al respecto divergerían en gran medida a ambos lados del canal de la Mancha, lo cual darían lugar a interpretaciones y reacciones muy diferenciadas acerca de los acontecimientos políticos posteriores<sup>31</sup>.

---

<sup>31</sup> Por este motivo, y a pesar de algunos infructuosos desarrollos académicos posteriores como el denominado marxismo analítico, el enfoque teórico del marxismo anglosajón parece ofrecer un punto de partida alternativo a las lecturas ortodoxas. Es relevante poner en valor las críticas dedicadas al marxismo desde el marxismo que autores tan destacados como Edward P. Thompson, Raymond Williams, Norman Geras, Eric Hobsbawm, Terry Eagleton o Perry Anderson, pero también autores como Herbert Marcuse, Nancy Fraser, Raya Dunayevskaya, Ellen Meiksins-Wood, Fredric Jameson o David Harvey, han dedicado en numerosas publicaciones y que, a su vez, han reivindicado su validez a partir de otras perspectivas diferentes a la oficialidad soviética u ortodoxa, lo cual podría ser útil para captar de una forma más enriquecedora tanto los elementos en disputa como los puntos comunes con aquellos enfoques que proponen su superación, muy polarizados y enquistados con el paso de los años.

Por otra parte, Perry Anderson (2017) señalaría una tendencia de los autores marxistas a una progresiva institucionalización, lo cual a su juicio supondría inevitablemente una desconexión entre el objeto de análisis del marxismo y las preocupaciones reales de la sociedad. Tal y como advierte, la atención que los ingentes desarrollos teóricos del marxismo prestaron a los ámbitos de la economía y la política virarían progresivamente hacia el estudio de otras ramas como la filosofía, la cultura, la ideología o la estética, aislándose de las preocupaciones concretas de la sociedad para centrarse en cuestiones más abstractas y teóricas. Anderson establecería una especie de correlación entre la variación del abordaje de dichas temáticas con el tendente academicismo que experimentarían el marxismo en los años siguientes (2004, págs. 13-14). De la misma manera, el academicismo marxista no se caracterizaría la producción teórica marxista posterior por un lenguaje sencillo y cercano a las clases trabajadoras, dando lugar a una escisión entre el ámbito teórico –académico, universitario- y el práctico –sindical, movimientos políticos y sociales-. Como Anderson concluiría tajantemente,

no es casual que la perentoria frase con la que Marx ajustó cuentas con sus antepasados intelectuales –los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo- haya encontrado poco eco en el marxismo occidental, cuyos filósofos quedaron legalmente desembarazados de la unidad revolucionaria entre teoría y práctica que exigía la onceava tesis sobre Feuerbach (ANDERSON P. , 2017, pág. 77).

Tal divorcio se vería materializado a través de una sucesión de acontecimientos. La declaración del XX Congreso del PCUS contra el estalinismo deslegitimaría en gran medida la credibilidad del proyecto del «socialismo real» como alternativa viable y deseable al capitalismo. Los procesos de descolonización de Argelia e Indochina, o la polémica intervención soviética en Hungría y Checoslovaquia, colocaron en una difícil tesitura a los partidos comunistas europeos, ya que les ponía frente a sus propias contradicciones. Además, vieron cómo comenzaban a aflorar movimientos políticos que pretendían superar de alguna manera las lógicas de la *realpolitik* propias de la dialéctica geopolítica de la Guerra Fría, que obligaban a los comunistas a defender en muchos casos posturas difíciles de justificar ideológicamente –la posición favorable aunque crítica del PCF al imperialismo francés respecto a la descolonización de Indochina o Argelia es ilustrativo-, pero que quedaban validadas por la amenaza del imperialismo estadounidense. El Mayo del 68 puede situarse como símbolo capital de esta problemática, cuyas demandas políticas y sociales, reunidos y apoyados por movimientos



y sectores críticos con ambos bloques, como el situacionismo, el trotskismo, el maoísmo, así como los Nuevos Movimientos Sociales, no fueron sin embargo acogidos con entusiasmo por el Partido Comunista Francés ni por la CGT (REVUELTAS, 1998, pág. 124). Es en esta época donde los movimientos antiimperialistas inspirados por el marxismo como la Revolución Cubana o la Guerra de Vietnam, pero también el maoísmo chino y el panarabismo, se convertirían en las nuevas referencias para la transformación social, al tiempo que en muchos casos se posicionarían geopolíticamente, al menos de manera oficial, en «terceros bloques», como el Movimiento de Países No Alineados.

Tales contradicciones llevarían a los grandes partidos comunistas europeos a seguir estrategias políticas similares a partir de la década de los setenta. Mientras que el PCF inicia un progresivo distanciamiento de las directrices de la URSS, a su vez lleva a cabo un programa común con el *Parti Socialiste*, con vistas a conseguir derribar a la derecha francesa (MEIKSINS-WOOD, 2013, pág. 108). Por otra parte, el PCI de Enrico Berlinguer pone en marcha el denominado *Compromesso Storico*, con el fin de elaborar un proyecto de gobierno entre fuerzas políticas de diverso signo político. La relación con el PCUS evidenció ser un lastre para su imagen pública, ya que en muchas ocasiones sus directrices no tenían en cuenta las circunstancias sociopolíticas de Francia o Italia, ni las preocupaciones e inquietudes propias del capitalismo tardío. En 1977, Althusser y Coletti ya hablaban de la existencia de una *crisis del marxismo* como constructo teórico capaz de transformar la sociedad (FERNÁNDEZ BUEY & MUNTANER, 1995).

*b. La crisis del keynesianismo como doctrina económica dominante y su progresivo desmantelamiento*

Cabe destacar cómo el impacto del neoliberalismo en las políticas públicas no tendría lugar sin un contexto de crisis económica que, primero, cuestionara seriamente la hegemonía del keynesianismo, y segundo, que diera lugar a un contexto propicio que observara la implantación de políticas neoliberales como «el único camino» (HARVEY, 2020). Como podrá intuirse a continuación, el método de introducción de estas medidas es el de una «implementación en espiral», es decir, pequeñas medidas de corte monetarista que, bajo la pretensión de resolver problemas económicos puntuales, terminan por agravar el problema con crisis económicas cada vez más profundas, obligando al mismo tiempo a introducir nuevas medidas neoliberales para corregir tales desequilibrios. Este planteamiento, similar al expuesto por Klein con su «doctrina del shock», aprovecha

momentos de inestabilidad económica, política y social para introducir correctivos económicos sumamente drásticos que serán bien acogidos con desesperación por parte de sus líderes políticos. Sin embargo, este modelo de implementación posee una doble cara. A corto plazo, las medidas económicas neoliberales pueden ser de carácter intervencionista, con el fin de evitar «males mayores» para la estabilidad del mercado. Pero a cambio, a fin de consolidar las nuevas lógicas económicas, suelen introducirse nuevas medidas de recorte presupuestario, desregulación fiscal y privatización.

A finales de los sesenta, ante la progresiva apertura a los mercados internacionales, los Estados tradicionalmente industrializados habían experimentado un descenso de la competitividad por el elevado coste de producción y la baja rentabilidad económica (LAVAL & DARDOT, 2013, pág. 196), lo que llevaría a países como Reino Unido a un doloroso abandono del modelo industrial y un consecuente desplazamiento hacia la terciarización de la economía. En países como Estados Unidos, el descenso de impuestos en los Estados sureños como Texas atraería al tejido empresarial de la antigua *Rust Belt* por su mayor margen de beneficio y desregulación sindical, lo que haría mucho más fácil una mayor precarización laboral y una reducción del coste de los productos (HARVEY, 2020, pág. 62). De este modo, el proceso de desindustrialización llevaría a sufrir frecuentes crisis en la balanza de pagos, y a la larga, un período estanflacionario agravado por las crisis del petróleo de 1973 y 1979.

Aunque previamente ya se habían realizado tímidos intentos de implementación de políticas tendentes a la desregulación de la economía, Harvey señala como el antecedente más destacado el de la reforma presupuestaria de la ciudad de Nueva York (2020, págs. 53-57). Fruto del proceso de desindustrialización y empobrecimiento de los sectores socialmente más vulnerables en los sesenta, la administración de Nixon había decidido reducir los presupuestos federales como vía para atajar el problema fiscal a la que se encontraba sometida la gran ciudad. Aunque dicha reducción no lograría resolver la crisis y la diferencia entre gastos e ingresos continuaba aumentando, las instituciones financieras dejaron de refinanciar la deuda para, en su lugar, ofrecer una inyección de capital a cambio de que el Ayuntamiento realizase una serie de modificaciones en la política presupuestaria de la ciudad. Ésta consistiría esencialmente en dar preferencia a la satisfacción de la deuda contraída con las entidades bancarias, lo cual se traduciría en una combinación de recortes presupuestarios, la precarización de las condiciones de los servicios públicos, y la introducción de nuevas tasas en los servicios públicos. Aunque es

difícil considerar que esta forma de proceder fuera fruto de una actuación premeditada desde el inicio, lo cierto es que la experiencia de Nueva York marcaría el camino hacia la progresiva implementación de las políticas económicas de corte monetarista (HARVEY, 2020, págs. 53-57). Es en este doble juego –políticas de reducción fiscal e inyecciones de capital condicionados a la introducción de más políticas monetaristas– donde tiene lugar el proceso de desmantelamiento del Estado de Bienestar.

La concepción de un modelo de economía regulado o de «liberalismo embridado» que había fundamentado los acuerdos de Bretton Woods, de los que a su vez se derivaría la creación del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, comenzó a verse seriamente cuestionado cuando la administración de Richard Nixon decidió abandonar el patrón oro en 1971 (HARVEY, 2020, pág. 155). Además de los problemas estructurales de los que ya adolecía, Estados Unidos contaba con el agravante del déficit presupuestario de las arcas públicas a causa, entre otros motivos, del elevado gasto derivado de la guerra de Vietnam. La sobreimpresión del dólar para su destino a gastos militares habrían elevado exponencialmente los tipos de interés, encareciendo su valor en los tipos de cambio con otras monedas, y en consecuencia, volviéndolo menos competitivo en las exportaciones, comprometiendo de esta manera su balanza comercial. Ante la inquietud generada entre los bancos europeos por un posible traslado del aumento de los tipos de interés a sus respectivas monedas, los Estados se vieron obligados a abandonar paulatinamente el patrón oro, convirtiéndose el dólar en la nueva moneda de referencia y dando lugar al mismo tiempo a un nuevo mercado especulativo de divisas (LAVAL & DARDOT, 2013, pág. 196). Como señalarán Laval y Dardot, este nuevo escenario acelerará el proceso de internacionalización del comercio, dinamitando cada vez más el «modelo de circuito autocentrado» sobre el que se basaba el keynesianismo<sup>32</sup>. Además, la creciente financiarización de la economía requería de una mayor flexibilización de las regulaciones, como acabar con las restricciones a los flujos de capital. Un ejemplo muy ilustrativo de esta cuestión puede encontrarse en la ley francesa 73-7 de 1973, por el que el Banco Nacional dejaba de conceder préstamos al Estado francés, lo cual implicaría que éste último comenzara a estar a la merced de la banca privada a la hora de pedir préstamos.

---

<sup>32</sup> La clásica concepción de la economía desde una economía nacional: se entendía que una mayor inversión pública nacional en servicios sociales incrementaba el consumo nacional, y por tanto, la producción nacional, generando más empleos. Sin embargo, esta concepción se truncaría en el momento en que se internacionalizan los mercados. (LAVAL & DARDOT, 2013, págs. 195-196)

Como si de un efecto mariposa se tratase, todas estas medidas favorecieron el incremento de los tipos de interés, lo que llevaría a una profunda crisis de la deuda a países dependientes del dólar como Bolivia a finales de los setenta, y en especial México en 1982. A cambio de refinanciaciones de la deuda, sus respectivos gobiernos se verían obligados a introducir políticas neoliberales. Pero el caso más paradigmático es el de Chile a partir de 1973. Con una creciente inflación arrastrada desde 1969, y tras el golpe de Estado encabezado por el general Augusto Pinochet, la implementación de las políticas bajo las recomendaciones de una serie de economistas influidos por la *Escuela de Chicago*, harían del país un verdadero laboratorio de experimentación del neoliberalismo. La privatización de todos los sectores estratégicos, así como de servicios públicos esenciales tales como pensiones, sanidad y educación, representarían la instauración simbólica de un nuevo paradigma económico. Su ejemplo animaría a otros Estados a plantearse seriamente la posibilidad de iniciar reformas económicas en la misma dirección, alentados a su vez por un contexto de crisis energética y estanflacionaria que tentaba a muchos gobiernos a «agilizar» el peso económico y presupuestario de la administración pública.

Además, Aquellos problemas otrora centrales como la denominada «cuestión social», la permanente amenaza de la revolución bolchevique, el trauma económico que habían propiciado experiencias tales como el *crack* del 29 o las bases económicas heredadas de la fase posbélica a la Segunda Guerra Mundial, habían contribuido al desarrollo de políticas económicas, sociales y políticas que pretendían evitar no solo un más que plausible quiebre social, sino también la generación de aquellos condicionantes que podrían llevar a tales experiencias. Sin embargo, con la mejora de las condiciones económicas y sociales, sobre todo para las clases populares, las sociedades del bloque occidental acabarían sufriendo una progresiva amnesia de la «memoria de causas» que había llevado a la construcción del Estado de Bienestar. Con ello, a medida que iban difuminando cada uno de aquellos fundamentos que legitimaban su existencia, el modelo del *Welfare State* no solo cada vez era más expuesto como carente de sentido, sino también como una limitación al avance y desarrollo de la economía y la sociedad. Frente a la clásica concepción de lucha de clases, la concepción individualista y competitiva de la sociedad del emprendimiento neoliberal resultaba cada vez más seductora para la clase media y para una «aristocracia obrera» que aspiraba a ser clase media, paradójicamente favorecida por un ascensor social bien engrasado por el Estado de Bienestar. En su lugar,

el neoliberalismo había logrado introducir poco a poco una nueva racionalidad económica que resultaría convincente tanto para las rentas más altas como para una clase media cada vez más amplia<sup>33</sup>.

## 2. La hegemonía del discurso neoliberal: el thatcherismo y las *reaganomics*

Como se ha podido intuir con anterioridad, las políticas neoliberales llevaban implementándose paulatinamente desde finales de los sesenta, a veces de manera puntual, otras más sistemáticamente. Pero la victoria de Margaret Thatcher en 1979 y de Ronald Reagan en 1981 representarían la consolidación del discurso neoliberal en sus respectivos países que, a la postre, adquirirá una mayor proyección geopolítica. Ya no se trataba de introducir, a modo de experimento, políticas económicas concretas en países en vías de desarrollo. Se trataba sino de implementar, de manera abierta y deliberada, todo un paquete de medidas económicas y políticas. Cabe destacar además que ambos equipos de gobierno contribuyeron a dotar de un relato ideológico a los fundamentos económicos del neoliberalismo. Sería precisamente Thatcher quien advertiría de esta necesidad en 1975 al sentenciar «Debemos tener una ideología... *el otro bando*<sup>34</sup> tiene una ideología con la que contrastar su política. Nosotros también debemos tener una» (FERNÁNDEZ SÁNCHEZ, 1999, pág. 21). El thatcherismo lograría explotar el deseo de diferenciarse de la uniformidad social, propia del espíritu contracultural de la última década, mediante la reivindicación del individuo como centro de la sociedad. La celeberrima cita atribuida a Thatcher, «*There's no society*» es un buen reflejo de esta idea frente a la hasta entonces predominante concepción de Gran Sociedad, propia de la época del *New Deal*, donde preocuparse por los más vulnerables significaba preocuparse por el bien de todos. La concepción neoliberal –y especialmente la de influencia austroamericana– obligaba a aceptar la idea de que el individuo solo debe mirar por sí mismo y sus intereses.

Para ello, lograron materializar la idea de que «romper con la hegemonía colectivista» era posible a través de los cauces democráticos. En Reino Unido, al igual que en Estados Unidos, la brecha por la que se propondría la intensificación de la introducción de medidas monetaristas pasaría por elaborar una estrategia para hacer frente a la crisis financiera de principios de los ochenta, si bien con un cierto «pragmatismo neoliberal». Si en 1980 la prioridad era bajar los impuestos para reducir la inflación y el valor

---

<sup>33</sup> Según Foucault, en realidad, forma parte de una misma racionalidad –el liberalismo– en un estado renovado.

<sup>34</sup> La cursiva es mía

monetario, tras la superación de la crisis financiera de principios de los ochenta, Thatcher subiría de nuevo los impuestos con el fin de equilibrar la balanza presupuestaria, contando con la oposición de sus asesores económicos más radicales. Sin embargo, a finales de su tercer mandato impulsaría políticas fiscales de carácter regresivo, como el polémico *poll tax*, que fijaba un mismo tipo sobre la propiedad de todas las rentas, así como el incremento de los impuestos sobre el consumo. Además, la política económica thatcherista, con el fin de reducir la inflación, quedaría marcada por una agresiva política de privatizaciones, así como de unas políticas de austeridad en el gasto público. En este sentido, a lo largo de la década de los ochenta se llegó a privatizar hasta dos tercios del sector público, entre los que se encontraban la electricidad, el agua, el gas y las aerolíneas *British Airways*. Aunque se intentó de forma fallida privatizar el *National Health Service*, lograron someterlo a un estricto control presupuestario. Además, se aplicaron una serie de recortes presupuestarios en materia social. Por ejemplo, las pensiones fueron condicionadas a los niveles de inflación, reduciendo su capacidad adquisitiva, a la par que se fomentó el recurso al sistema de pensiones privado. Además, se congelaron algunas ayudas sociales como las prestaciones al cuidado infantil y se limitaron múltiples prestaciones de la seguridad social, tales como las ayudas sociales a la vivienda y a los más desamparados (FERNÁNDEZ SÁNCHEZ, 1999, págs. 111-112).

Como resultado, la reducción de los tipos impositivos y el proceso de privatización no contribuirían necesariamente a una mejora de la economía nacional británica, sino a una reducción de los ingresos por parte del erario público y a un progresivo encarecimiento de los precios de la electricidad, el alquiler y el transporte público. En consecuencia, las desigualdades sociales se habían ampliado. Aunque dichas políticas lograron una mayor competitividad del mercado británico, no supondrían necesariamente un milagro económico ni lograría resolver algunos de los problemas que se proponía superar. A finales de los ochenta la inflación había aumentado, así como el gasto público, debido al aumento de las prestaciones por desempleo fruto de los efectos de la reconversión industrial. Aunque la economía británica había conseguido remontar, el crecimiento económico no lograría volver a los niveles de los años sesenta (FERNÁNDEZ SÁNCHEZ, 1999, págs. 108-110). Los únicos beneficiados del thatcherismo serían las clases medias-altas, que tendrían un mayor margen de ahorro respecto a los años previos a la crisis, permitiéndoles un mayor margen de inversión. Mientras, las clases populares se verían abocadas a la pauperización y la precarización de sus condiciones de vida, «animándoles» a la lógica de la competitividad y la flexibilización permanentes.

Asimismo, la prioridad de las políticas de la era Thatcher fue disolver la conciencia de clase que tan bien había funcionado entre las organizaciones obreras mediante el despliegue de un conjunto de medidas con vistas a dinamitar el espíritu colectivista y dar lugar a una dispersión de emprendedores que compitieran entre sí, movidos por el interés económico personal (JONES, 2013, pág. 66). Para ello, la serie de reformas económicas que tuvieron lugar implicaban una profunda reestructuración del Estado tanto en materia presupuestaria como fiscal, cuyos efectos no solo eran justificados mediante el discurso neoliberal, sino que además contribuían a reforzar dicho relato. Por ejemplo, la introducción del derecho a compra de las viviendas sociales empujaría a la clase obrera británica a desarrollar una cultura de la propiedad privada. El Estado no debía ser visto como una institución que cubriera necesidades cotidianas, sino como un obstáculo, y en cualquier caso como un garante, al libre emprendimiento. Con ello, la pretensión del thatcherismo no era solo que los obreros observaran cómo sus vidas mejoraban ostensiblemente, sino que además fueran asimilando los deseos y aspiraciones de clase media a partir de una nueva racionalidad. Con el tiempo, el sentimiento de pertenencia de clase, que tantos derechos sociales y mejoras materiales había generado en el pasado a la clase trabajadora, iría debilitándose en pos de un sentimiento de individualidad que aspirase a la resolución y consecución de intereses particulares. En definitiva, al fomento de una progresiva interiorización de las lógicas de mercado mediante la democratización del espíritu empresarial (CAPELLA, 2005, pág. 75), o como suele denominarse, de un «capitalismo popular» (FERNÁNDEZ SÁNCHEZ, 1999, pág. 108). Además, con la recentralización de la gestión de servicios públicos esenciales, la presencia de servicios básicos como la vivienda se vería reducida a la mitad en un plazo de veinte años (JONES, 2013, pág. 49). De esta manera, la función de los servicios sociales iría limitándose cada vez más a las clases más excluidas de la sociedad, contribuyendo a reforzar la propuesta hayekiana de unos servicios públicos limitados y orientados a la reincorporación de los excluidos sociales al mundo del mercado. Algo similar sucedería en EEUU con el deterioro de servicios públicos como *medicare* y *medicaid* tras el efecto de los *reaganomics*

Por otra parte, la introducción de medidas legislativas como el reconocimiento del voto secreto en las asambleas sindicales dinamitarían la acción colectiva del movimiento obrero británico, ya que favorecería las divisiones internas, reduciendo su capacidad de presión y facilitando la implementación de políticas económicas y leyes laborales más

favorables al mercado. Al mismo tiempo, la introducción de leyes que limitaban las competencias a nivel local dificultaba la viabilidad de la ejecución de las propuestas y demandas de la población, reduciendo de esta manera los ámbitos de participación política y convirtiendo a los ayuntamientos en meros gestores formales (FERNÁNDEZ SÁNCHEZ, 1999, pág. 114).

Sin embargo, el ejemplo más destacado de este efecto en espiral puede encontrarse en la huelga de los mineros de 1984. Desde finales de los sesenta, el sector de la minería británica estaba sufriendo pérdidas y la patronal recomendaba el cierre de los pozos menos rentables. La *National Union of Mineworkers* ya había demostrado su poder de resistencia a tales medidas anteriormente, con la huelga de 1972, logrando la dimisión del primer ministro conservador Howard Heath. Sin embargo, en 1984 Thatcher lograría doblegar su poder mediante un pulso sostenido durante casi un año de huelga (HARVEY, 2020, pág. 68).

Un efecto similar se generaría en Estados Unidos con la huelga de controladores aéreos de 1981. La *Professional Air Traffic Controllers Organization* exigía un incremento de los sueldos de sus empleados para reequilibrar el poder adquisitivo perdido por la inflación del dólar en la última década, así como un aumento de las pensiones y una reducción de la jornada laboral a 32 horas semanales. En plena temporada alta, miles de vuelos serían cancelados. Escudándose en su carácter de servicio público, Reagan logró recuperar hasta el 80% de la actividad con un exitoso plan de contingencia, así como ordenó el cese de 12.172 controladores aéreos que se habían negado a abandonar la huelga en cinco días prohibiendo su recontractación, mientras que la justicia sancionó con cantidades millonarias al sindicato aéreo. Finalmente, a la organización se le acabarían retirando los certificados como sindicato<sup>35</sup>.

Cabe destacar la implementación de las *reaganomics*, las políticas económicas que definirían la era Reagan, las cuales se caracterizaron por impulsar una profunda reforma fiscal y presupuestaria. El asesor económico de Ronald Reagan, Arthur Laffer, sostenía la idea de que una bajada de los impuestos sobre la renta no solo estimularía el crecimiento económico, sino también el ahorro. En un alarde de reproducción de la «teoría del goteo», en el caso de los grandes ingresos, este ahorro animaría a la inversión, generando nuevos

---

<sup>35</sup> EDICIONES. (9 de agosto de 1981). *La Administración Reagan despidió a miles de controladores aéreos*. El País. [https://elpais.com/diario/1981/08/08/economia/366069610\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1981/08/08/economia/366069610_850215.html)



puestos de trabajo, mientras que a los salarios más bajos, el ingreso neto sería mayor, animando a consumir y trabajar más, lo cual redundaría en un incremento de recaudación presupuestaria por parte del Estado a la par que se cultivaba la cultura neoliberal (KOMLOS, 2018, pág. 50). El *Balanced Budget and Deficit Reduction Act* de 1985 y el *Balanced Budget and Emergency Deficit Control Reaffirmation Act* de 1987 representarían algunas de las medidas más destacadas por la administración Reagan para dar un respaldo legal a los límites presupuestarios establecidos con el fin de reducir el déficit fiscal, obligando al Estado a aplicar políticas de recorte presupuestario. Al mismo tiempo, se levantaron las restricciones al préstamo hipotecario, creados en los tiempos del *New Deal* para evitar caer en una nueva Gran Depresión. Pudo observarse un anticipo inmediato de los efectos de aquellas medidas en menos de cuatro años, con algunas de las nuevas leyes de desregularización bancaria. La *Depository Institutions Act* de 1982, que ya contaba con el precedente de la *Depository Institutions Deregulation and Monetary Control Act* de la era Carter, sería aprobada para la liberalización del sector bancario. La entrada en vigor de esta ley permitiría que las cajas de ahorro pudieran especular con los depósitos, hasta entonces respaldados por la Reserva Federal, con el fin de mitigar la contracción de ingresos sufridos por los altos niveles de inflación del dólar. Los resultados fueron desastrosos: entre 1986 y 1995, un tercio de estas entidades habían entrado en quiebra, ya que había alentado a las instituciones bancarias a asumir mayores riesgos con menor precaución. Como se podrá intuir, todas estas medidas tendrán su impronta en la crisis financiera de 2008 (KRUGMAN, 2009), teniendo en cuenta que la reducción sustancial de impuestos contribuiría a la larga a un serio deterioro de los servicios públicos, un incremento de la desigualdad económica, a la progresiva depauperación de las clases media y baja, y a un Estado con pocos recursos sociales ante una economía de mercado cada vez más inestable (KOMLOS, 2018, pág. 51).

Tanto en el caso británico como en el estadounidense, a partir de aquél momento, los sindicatos comenzaron a experimentar su declive mediante el progresivo debilitamiento de su poder y un descenso paulatino de sus afiliados. La consecuencia directa sería la práctica ausencia de resistencia a la introducción de políticas económicas que acabarían contribuyendo a una mayor precariedad laboral y social e incrementando los niveles de desempleo y criminalidad. Paradójicamente, serían ellos mismos quienes se ofrecerían como adalides del mantenimiento del orden público reforzando los sistemas de seguridad y defensa. Sin embargo, lo más destacable de este hecho es cómo la derrota de los huelguistas representaría un momento clave en la historia del sindicalismo británico y

estadounidense, no solo desde el punto de vista laboral, sino también ideológico, ya que tanto Reagan como Thatcher demostraron que se podía vencer a la «dictadura de los sindicatos». Además, al erigirse como luchadores contra el burocratismo y la rigidez económica, frecuentemente relacionados con el Estado de Bienestar, solía ser identificado como propio de Estados del «socialismo real» y, por extensión, del totalitarismo, al tiempo que se postulaban como defensores del dinamismo y la flexibilidad, ideas que eran presentadas como frescas y nuevas, y que solían asociarlas con la libertad y la democracia.

3. El supuesto fin de la Historia: el cierre ideológico del neoliberalismo y su despolitización

La disolución de la URSS, así como de toda su área de influencia ideológica, en los últimos años de la década de los ochenta y principios de los noventa, supondría no solo la derrota del principal rival geopolítico de Estados Unidos, sino también el fin de una alternativa ideológica palpable al modelo capitalista occidental. Las imágenes de la caída del Muro de Berlín que suelen aparecer en los documentales a la hora de hacer referencia al fin del bloque soviético representa muy bien esta idea desde el punto de vista simbólico.

Además, el hecho diferencial respecto del mentado «fin de las ideologías» de Daniel Bell, o el «cierre de los opuestos» de Herbert Marcuse para referirse a la existencia de una cierta homogeneidad ideológica entre los partidos políticos que se alternaban el poder en el seno de los Estados del bloque occidental, es que estaban condicionados por un «gran Otro» soviético, una amenaza potencial que posibilitaba la dilución de las diferencias frente a un exterior constitutivo, un *enemigo* común (1986, pág. 49). En su lugar, la situación ante el fin de la Guerra Fría es el de un verdadero cierre ideológico; la homogeneidad ideológica ya no está condicionado por una amenaza externa, sino por la ausencia misma de ella. El cierre ideológico existe porque –ahora sí– nos hallamos sin una alternativa ideológica.

Por último, la caída del país de referencia del *socialismo real* supondrá también la desaparición del principal respaldo financiero de muchos gobiernos y formaciones políticas. En Italia, la disolución del PCI representaría el momento fundacional de una «nueva izquierda» que, despojado de todo contenido revolucionario, ya llevaba implícito en su nuevo discurso el neoliberalismo, como ha sido el caso del *Partito Democratico*. En los mismos términos, aquellos países del bloque otrora afines al marxismo-leninismo como Mozambique acabarían sometiéndose a los préstamos bajo condición del FMI, el

Banco Mundial y la Secretaría del Tesoro estadounidense en 1994. Países como China ya habían comenzado a interiorizar parte de las premisas monetaristas a principios de los ochenta con Deng Xiaoping, y otros países como Vietnam emularían su trayecto. El «fin de la Historia» que sentenciaba Fukuyama (2015) no solo hacía alusión al fin de los conflictos ideológicos, sino también al *fin del cuestionamiento* del capitalismo como modelo económico de producción, y por extensión, a la hegemonía indiscutible del neoliberalismo como su último estadio ideológico. Pero también representaba la inauguración del fin de todo orden trascendental, cuyos fundamentos ideológicos serían reemplazados por la lógica palpable del capital. Como ya apuntaba Lyotard, y en línea con los peores temores de Schmitt, aquellas motivaciones que legitimaban el crecimiento y avance de las sociedades como la gloria de una majestad, la expansión de una fe, la grandeza de una nación o el avance de la ciencia y el progreso, son reemplazados por el lucro económico y el afán de dominio (1987, pág. 37). Este desplazamiento reproduce la creencia de que el neoliberalismo no está movido por ninguna motivación elevada, y en consecuencia, el «fin de la Historia» representaría la definitiva investidura del neoliberalismo como «no-ideología», aséptico a la parcialidad, y por tanto, como lo «verdaderamente» objetivo y neutral. La tecnocracia cumple aquí un papel determinante. Con el afán de convertir la economía neoliberal en prácticamente una ciencia natural al margen de lo político, sus medidas suelen ser presentadas bajo una apariencia ideológicamente inocua, respaldada por informes de organismos supuestamente especializados y proporcionado por «expertos» que se presentan como científicos de las relaciones económicas.

Sin embargo, será la llegada a la presidencia de Bill Clinton en 1992 y de Tony Blair en 1996 lo que representará una nueva era de despolitización del neoliberalismo. Si durante los años setenta y ochenta había sido la derecha política quien había abanderado la «revolución neoliberal», será en la década de los noventa el momento en que la izquierda política asume sus fundamentos económicos con el fin de salir de su crisis ideológica. Autores del entorno del *New Labour*<sup>36</sup> como Anthony Giddens propondrían una refundación de las bases ideológicas del laborismo, y por extensión, de toda la socialdemocracia, justificando teóricamente la eliminación definitiva de la nacionalización de los sectores estratégicos como parte de su programa político en pos de, una nueva «sinergia entre el sector privado y el público» y un Estado de bienestar

---

<sup>36</sup> Tendencia ideológica dentro del Partido Laborista británico, conocido por su carácter neoliberal.

positivo basado en la mera mitigación de las desigualdades sociales que le economía de mercado comporta con el fin de preservar y fomentar la iniciativa individual (1999, págs. 109, 139). Todo ello bajo el argumento de la llegada de una «nueva realidad económica», a la que había que adaptarse para sobrevivir políticamente. Esta hegemonía indiscutible se materializaría en el momento en que el laborismo británico claudica ante los dictámenes del neoliberalismo. En Alemania, el *Neues Zentrum* impulsado por Gerhard Schröder se convertirá en la adaptación germana de la «tercera vía» británica. Este proceso de homogeneización ideológica culminaría con los tiempos de la *Grosse Koalition* liderado por Angela Merkel a partir de 2005 con la conformación de un bloque entre la CDU y el SPD, y sobre todo partir de 2013. En el *movimiento pendular de la política*, donde se produce una alternancia entre dos grandes fuerzas parlamentarias, había tenido lugar con el neoliberalismo al margen de la discusión. Pero como señala Harvey, este cierre no se produce solamente por la extensión de la hegemonía del neoliberalismo en el seno de partidos como el laborista británico, sino también por las grandes limitaciones que generaban la implementación de las regulaciones de corte neoliberal a la hora de promover algún atisbo de cambio de rumbo (2020, pág. 72). Es en este contexto donde autores como Zizek señalarán el surgimiento de la *pos-política*, en tanto que la divergencia no es entendida desde la polémica ni desde la confrontación intrínseca a la polarización propia de lo político, extremos que se consideran a evitar, sino como una mera contradicción de intereses que deben ser resueltos al estilo de negociación empresarial, desde planteamientos meramente transversalistas y sumamente pragmáticos, donde lo importante no son los principios ideológicos, sino la eficacia (2009, págs. 28-33). Esta es la tendencia del neoliberalismo dominante como ideología negadora de la confrontación propiamente política que defienden los teóricos de la *sociedad del riesgo*.

De este modo, el «*there's no alternative*» de Thatcher no es ya una mera consigna, sino una absoluta proclamación de la nueva realidad económica e ideológica: si el capitalismo no funciona, las causas se encuentran en su manera de gestionarlo, pero no se cuestionan las propias raíces del sistema. Esta percepción contrasta con la idea que se tienen de los países de carácter socialista que aún perviven, donde todos los males que padecen son atribuidos al propio modelo de producción, estrechamente asociado con el régimen político de carácter dictatorial. Como resultado, la percepción generalizada se encuentra en una espera a que tarde o temprano acabarán inevitablemente en la senda neoliberal, convirtiéndose en democracias liberales y capitalistas, pero este planteamiento no sucede

a la inversa (ZIZEK, 2004, pág. 12). Así mismo, con la difuminación del discurso de clase, clásicamente arrogado a los discursos de izquierda, se reducirían las diferencias en la esfera económica entre los discursos conservadores y progresistas, desplazando así la atención del debate político a la esfera cultural o de reconocimiento (HARVEY, 2020, pág. 94; FRASER & HONNETH, 2018, pág. 87), las cuales no constituyen una amenaza *per se* para las bases del neoliberalismo en la medida en que tales demandas pueden ser absorbidas por fuerzas institucionalizadas tanto conservadoras como progresistas (MEHTA, 2018).

La despolitización neoliberal. Efectos ideológicos y sociales

*Efectos ideológicos*

Las consecuencias políticas de ello serán, en primer lugar, la aceptación de lo vigente como la única opción posible ante la ausencia de utopías posibles e imaginables, lo cual refuerza su apariencia neutral. Como remarca Zizek,

La ideología predominante actual no es una visión positiva de algún futuro utópico, sino una cínica resignación, una aceptación de cómo es «el mundo en realidad», acompañada de la advertencia de que, si queremos cambiarlo (demasiado), lo único que nos espera es un horror totalitario. Cualquier idea de otro mundo se rechaza como ideología. Alain Badiou lo expresa de una manera maravillosa y precisa: la función principal de la censura ideológica actual no es aplastar la resistencia -pues de eso se ocupan los aparatos represivos del Estado-, sino aplastar la esperanza, denunciar de inmediato que el final de cualquier proyecto crítico es algo parecido al gulag (ZIZEK, 2018, págs. 25-26).

En segundo lugar, su ausencia, unida a los efectos generados por los avances técnico-científicos de las últimas décadas, propician una creciente fascinación por el corto plazo. El precio del progreso es la depauperación de la capacidad de ir más allá de lo inmediato (MARCUSE, 1986, pág. 172): lo que importa es el «aquí y ahora», donde los proyectos políticos han abandonado definitivamente el imaginario de «sociedad ideal» como el horizonte final que desafíe al discurso hegemónico. El éxito político se definirá, de ahora en adelante, por su capacidad de resolver problemas inmediatos, un modelo que marcha en sintonía con el cada vez más acelerado desarrollo económico y tecnológico, en lo que autores como Mayos (2012) denominan «turboglobalización». Pero las consecuencias del predominio de lemas neoliberales como «nada a corto plazo» (SENNETT, 2003, pág. 22) tiene su transposición política, no solo a nivel de proyecto, sino también a nivel de compromiso. La creciente desigualdad económica, la centralidad del trabajo y el

enriquecimiento personal propios del *homo œconomicus* dificulta la preocupación por los asuntos comunes (PATEMAN, 2014, pág. 88). Al mismo tiempo, la aceleración de la vida y la falta de tiempo para el libre desarrollo provocan una especial preocupación por lo inmediato, imposibilitando todo intento de fijarse «grandes objetivos y grandes empresas por las que la vida merece sacrificarse» (LIPOVETSKY, 1987, pág. 57).

En tercer lugar, y en consecuencia, la ausencia de un Otro gran discurso queda suplido por un conglomerado de demandas concretas y microdiscursos contingentes que pugnan por su resolución y satisfacción política, generando en su lugar un cruel cinismo y una deprimente apatía a la hora de proporcionar nuevas alternativas ideológicas (MAYOS, 2008, pág. 18). Toda gran propuesta ideológica, vieja o nueva, es recibida con escepticismo. El reemplazo de los grandes imaginarios por pequeñas demandas, en un contexto mediado por la sociedad de consumo, obliga a observar la política desde una óptica desagregada y falta de compromiso: «El hombre relajado está desarmado» (LIPOVETSKY, 1987, pág. 47). El resultado es una mayor apatía política (LIPOVETSKY, 1987, pág. 36).

La lucha política movida por la férrea convicción de un ideal o causa elevada ha sido relegada a un segundo plano. La apatía solo desaparece con la interacción política puntual, movida por la búsqueda de la satisfacción de intereses personales concretos. En consecuencia, ello da una menor estabilidad de los discursos y, al mismo tiempo, a un mayor dinamismo de los proyectos políticos. El objetivo entonces *ya no consiste en convencer ideológicamente al ciudadano, sino en seducirlo* mediante la adaptación del proyecto político de los partidos a los gustos y tendencias de cada momento.

Asimismo, al descompromiso emocional (LIPOVETSKY, 1987, pág. 37) lleva a un mayor grado de flexibilidad ideológica respecto de las formaciones fuertemente ideologizadas del pasado, en lo que Vattimo definiría como una tendencia hacia el «pensamiento débil». Un mayor sincretismo individualista, donde se es «un poco de todo»: «conservador en lo económico, progresista en lo social», racionalista y a la vez espiritual, nacionalista y a la vez europeísta o globalista (LIPOVETSKY, 1987, pág. 41). Se produce pues una mayor fragmentación y complejización de las identidades políticas, así como de sus demandas. A modo de ejemplo, cabe señalar cómo en la década del 2000 proliferó un gran número de partidos políticos definidos «sin ideología» y que se formaban con el fin de reivindicar aspectos muy concretos y transversales. Es aquí donde puede observarse el paso siguiente hacia la despolitización neoliberal: desmovilización e

indiferencia por una parte, fragmentación política por otra. El triunfo de la metapolítica supone pues el triunfo de todo un sistema de creencias hegemónico (LIPOVETSKY, 1987, págs. 42-43).

En cuarto lugar, tiene lugar un replanteamiento del imaginario político. Bauman señala cómo vivir el presente sin ser capaces de imaginar nuevos futuros nos permite observar el porvenir mirando hacia constructos idealizados del pasado: la utopía es reemplazada por la «retrotopía» (2017, págs. 12-17). En este sentido, el giro de la atención hacia el pasado no es percibido como una moda intelectual, sino como la única alternativa de construir un imaginario nuevo para el futuro mediante la imitación, reproducción y representación del pasado (JAMESON, 1996, pág. 39). En definitiva, y utilizando términos de Beaudrillard, una nueva política del simulacro. Huyssen afirma, en términos similares, cómo en un contexto turboglobalizado, donde la aceleración de todos los ámbitos de nuestra vida posibilita a su vez la precipitación de la obsolescencia, incluida la de nuestra memoria; una amnesia que reacciona contra el presente mediante la nostalgia:

Ya se trate de una paradoja o de una dialéctica, la propagación de la amnesia en nuestra cultura se corresponde con una inexorable fascinación por la memoria y el pasado (HUYSEN, 2002, pág. 146).

Las consecuencias políticas de este fenómeno radican en la construcción de nuevos discursos cuyo horizonte se encuentra en experiencias que ya han tenido lugar, pero mediadas por su interpretación a ojos del presente, a constructos idealizados del pasado que son instrumentalizados políticamente; el equivalente ideológico a la interpretación que Jameson realizaba sobre la novela histórica, la cual es incapaz de representar el pasado histórico; en cualquier caso solo representa sus estereotipos e idealizaciones (1996, pág. 46).

Por último, en quinto lugar es necesario mencionar el surgimiento de una radical reacción política a la asepticidad ideológica. En consonancia con la anteriormente mencionada búsqueda de la identidad individual de entre la masa, ésta tiene a su vez una traducción política. Tal y como Marshall Berman apunta, la identidad política –ya- no viene dada, sino que precisamente el sentido actual de la política es la permanente búsqueda de una identidad que nos motive y nos haga sentir plenos (1988, pág. 15). Es en este estado de vacío donde la identidad se vuelve más auténtica y reforzada, pero no por ello más nítida y absoluta, puesto que siempre estamos «contaminados» de las influencias de otras

identidades y discursos. A su vez, la sensación de inestabilidad generalizada genera y amplifica el sentimiento de asociedad y de desconexión de los lazos comunitarios, donde la falta de certezas universales ha dado lugar a lo que autores como Mayos (2020) han denominado una «política del desconcierto», en la que la ciudadanía busca nuevas respuestas que logren explicar los nuevos acontecimientos, preocupaciones y frustraciones. En definitiva, que sean capaces de volver a dar sentido a la realidad. Zizek explica esta reacción a partir de la vaciedad de certezas propiciada por la ausencia de grandes relatos. Ello puede llevarnos a sentir un «exceso de libertad» que nos empuje a reivindicar fórmulas más autoritarias con el fin de autoimponernos límites con tal de dotar sentido a una existencia desordenada (2009, pág. 102). Pero también esta necesidad de respuestas, condicionada por la indiscutibilidad del consenso ideológico imperante, conlleva a su vez a una búsqueda a la desesperada de nuevas totalidades discursivas, de alternativas anti-institucionales, sin ser capaces de salir al mismo tiempo de este marco ideológico. Es aquí donde la teoría de la conspiración experimenta un nuevo auge. Jameson señala:

Ante la general parálisis de lo imaginario colectivo o social, para el que “no pasa nada” (Karl Kraus) cuando se enfrenta al ambicioso programa de imaginar un sistema económico a escala mundial, el viejo tema de la conspiración adquiere una nueva vitalidad en cuanto estructura narrativa capaz de reunir los elementos básicos mínimos: una red potencialmente infinita, junto a una explicación plausible de su invisibilidad; o, en otros términos, lo colectivo y lo epistemológico. [...] Por otra parte, la inversión cognitiva y alegórica en esta representación será casi por completo una inversión inconsciente, pues, aunque no hacemos más que pensar en el sistema social, lo haremos sólo al nivel más profundo de nuestra fantasía colectiva, un nivel que permite asimismo que nuestros pensamientos políticos pasen por una censura liberal y antipolítica (JAMESON, 1995, págs. 29-30).

Por otra parte, Fukuyama previó en el contexto de un supuesto «fin de la historia» la inexistencia de un rival teórico de carácter racionalista se verá suplido por el auge de nuevas ideologías que no cuestionan la base del sistema capitalista, sino *su manera de gestionarlo*, bien introduciendo fórmulas moralistas de gestión del capitalismo, como el fundamentalismo, el paleoconservadurismo y/o bien propuestas de redefinición del papel del Estado con el fin de adaptarlo a una época de capitalismo turboglobalizado, como el nacionalismo y el proteccionismo (2015, pág. 50). En todos estos casos, podrían comprometer de alguna manera la estabilidad del marco político, pero no desafiarían las bases del predominio hegemónico del neoliberalismo.



*Efectos sociales*

Como ha podido observarse, el auge del neoliberalismo ha ido acompañado, por una parte, de un profundo proceso de transformación económica, principalmente motivado por el desarrollo tecnológico y la internacionalización de los mercados, que ha favorecido su proceso de hegemonización como racionalidad económica; y por otra, de un proceso de transformación social fruto del desarrollo del capitalismo tardío, la posmodernidad, así como su lógica cultural, el posmodernismo (LYON, 2009, pág. 152).

Las consecuencias de la hegemonía del sistema de creencias neoliberal son inquietantes. La interiorización de la lógica de mercado ha permitido, en primer lugar, una mayor tendencia hacia la preocupación por los asuntos privados que por los públicos. La democratización del consumo ha posibilitado el desarrollo de un mayor sentido de la propiedad privada por parte del individuo, lo cual le permite empatizar con mayor facilidad con el empresario multimillonario que ve sus propiedades amenazadas que con el sin-techo que okupa una vivienda abandonada. Como apunta Lipovetsky, existe una mayor tolerancia hacia las desigualdades sociales que a las limitaciones sobre la propiedad privada (1987, pág. 116).

En segundo lugar, la obligada y continua competitividad entre empleados, en el que la supervivencia, estrechamente ligada a las lógicas de mercado, obliga a anteponerse sobre otro tipo de valores sociales, como el compañerismo, la solidaridad, la amistad e incluso, los lazos familiares. Ello ha proporcionado en consecuencia una ruptura generacional en cuanto a mentalidades (SENNETT, 2003, pág. 16). Por una parte, entre quienes percibían la separación entre lo laboral y lo personal de una manera mucho más evidente, en contextos laborales más estables, que permitían al individuo construir su identidad en torno a su profesión y a desarrollar «un orgullo por su trabajo» y una cierta lealtad por la empresa, al tiempo que es parte de una comunidad de la que es tributario y beneficiario al mismo tiempo (SENNETT, 2003, pág. 14). De hecho esta interrelación lo describe Owen Jones de una forma muy clarividente. En ciertas zonas de Inglaterra, era sumamente común que los obreros de una fábrica vivieran en barrios próximos a ella, en muchos casos contruidos específicamente para ellos. Dado que sus trabajadores eran además vecinos, sus hijos iban al mismo colegio, iban todos a la misma iglesia y participaban en los mismos actos sindicales –por poner solo unos pocos ejemplos- los lazos comunitarios

se construían con suma facilidad. Además, dada la estabilidad de los puestos de trabajo, no solo se construían unos lazos de amistad y compañerismo más estrechos entre sus empleados, sino que además se daba por hecho que tales puestos podían ser heredados por sus hijos (JONES, 2013, pág. 117).

Por otra, una nueva generación que acepta más llanamente las premisas de la racionalidad neoliberal, que percibe el trabajo no ya como una identidad de la que sentirse orgulloso, sino como un instrumento de enriquecimiento, el cual se convierte en la nueva verdadera «razón de ser». Como afirma Jones, «ser de clase trabajadora ya no era algo de lo que estar orgulloso: era algo de lo que escapar» (2013, pág. 58). Ello implica aceptar de forma irremisible la inestabilidad, la precariedad y la competitividad como aspectos inherentes e inevitables de la realidad laboral actual, a pesar de la ansiedad permanente a la que sus víctimas reconocen estar sometidas (SENNETT, 2003, págs. 18, 90). Además, la adaptación a los caprichosos cambios del mercado laboral exige una alta predisposición a la movilidad geográfica, haciendo cada vez más difíciles las posibilidades de encontrar estabilidad en un entorno que favorezca el desarrollo de lazos comunitarios (SENNETT, 2003, págs. 17-19). A su vez, desde que se inició el proceso de industrialización, la movilidad geográfica ha tendido a proceder de las zonas rurales hacia las grandes ciudades, «vaciando» geográficamente poco a poco los territorios del interior, antaño con más peso económico; y al mismo tiempo, y de manera más reciente, otro desplazamiento procedente del centro de las ciudades hacia los suburbios (GUILLUY, 2019, pág. 145). Por supuesto, el fin de la rutina como parte de la vida cotidiana y la normalización de la flexibilidad dificulta asimismo la instauración de lazos sociales suficientes que permitan reivindicar mejoras colectivas y un mayor interés por los asuntos cívicos. El vecindario y el entorno de trabajo son cada vez más lugares donde comparten espacio un grupo de desconocidos que se limitan a ocuparse de sus propios asuntos. En su lugar, la comunidad es buscada en el mundo espiritual –religión, sectas, etc.– y el *coaching*. Las respuestas colectivas a los problemas sociales han sido reemplazadas por el consuelo individualizado (SENNETT, 2003, págs. 43; 136-137), de manera que, según la premisa neoliberal, el problema no es la sociedad, sino el individuo que «no funciona adecuadamente». La racionalidad neoliberal genera más neoliberalismo.

En tercer lugar, tal interiorización de creencias ha permitido que la vigilancia del rendimiento de los empleados recaiga por fin en los propios empleados, en un continuo proceso de «autoexplotación» que les obliga a incrementar su rendimiento con el fin de

sobrevivir en un creciente pero inexorable mercado competitivo (HAN, 2014, pág. 18). Como Han sugiere al respecto: «¿No es el capital un nuevo Dios que nos hace otra vez culpables?» (2014, pág. 20). El neoliberalismo ha logrado instalar la carga de la culpa calvinista sobre los hombros de sus trabajadores, en el que se reproduce, cada vez con fórmulas más sofisticadas, la vieja afirmación de Polanyi de que «el miedo al hambre del obrero y el afán de lucro del empleador mantendrían el inmenso sistema en funcionamiento» (2018, pág. 14). En los primeros años del tardocapitalismo, Marcuse ya señalaba cómo la obediencia social estaba instalada sobre la base del terror, al que habían contribuido el ideal permanente de la eficiencia y la mejora de las condiciones de vida (1986, pág. 20). Muy al contrario, actualmente la tensión social ha aumentado. Según un estudio reciente, la política de recortes presupuestarios aplicada como medida para paliar la crisis ha contribuido a una mayor polarización social a largo plazo, en la medida en que se han ido haciendo evidentes las carencias institucionales a la hora de satisfacer las necesidades sociales a las que los gobiernos respectivos debían hacer respuesta (HÜBSHER, SATTNER, & WAGNER, 2021). Sin embargo, como remarca Zizek, la clase media supone un problema añadido al ser tendencialmente contrario a la politización en tanto que solo aspira a mantener su bienestar, así como una estabilidad económico-material vigente, lo cual es más probable que en los momentos críticos tienda a defender a movimientos autoritarios de carácter conservador que a apoyar movilizaciones que aspiren a una profunda transformación económica y social (2006, pág. 198). En este sentido, una de las ventajas para la derecha populista es su transversalidad, pero no es la única. La clase media también ha sido utilizada por el neoliberalismo como la esfera de neutralización de la lucha de clases. Sin embargo la precarización ha limitado estas posibilidades.

En cambio, Zizek señala al jefe posmoderno, en una lógica muy similar a la del padre contemporáneo, como el eje de transmisión de las nuevas dinámicas de explotación neoliberales (1999, págs. 3-6). Diluyendo cada vez más la esfera laboral de la personal, el jefe aspira a abandonar una nítida impronta de autoridad para convertirse en su lugar en un amigo del empleado, el cual pertenece a un equipo de trabajo que suele definirse como «una familia». La creación de un ambiente de trabajo confortable que permita al trabajador recrearse en zonas de ocio con el fin de incrementar su rendimiento, sin embargo está amparado por un clima de incertidumbre y precariedad permanentes.

Las fórmulas posmodernas de organización empresarial son muy ilustrativas en este sentido. El desplazamiento del modelo jerárquico empresarial por un sistema de redes flexibles no solo favorece una mayor idea de «horizontalidad» entre empleados y directivos –los cuales no actúan como jefes, sino como «facilitadores»-, sino que también prepara el terreno para una continua y permanente adaptación a los cambios (SENNETT, 2003, págs. 51-53). Las actividades organizadas por el comité de organización de la empresa, tales como eventos deportivos, fiestas, excursiones, y actividades de *team building* en general, pretenden estrechar estos lazos grupales a la par que se incrementan las expectativas de producción a un coste más reducido. Esta especie de «chantaje emocional» permite transgredir las tradicionales relaciones laborales puramente formales, en las que el jefe exigía al empleado que rindiera lo máximo posible de acuerdo al salario acordado. Además, el *team building* contribuye a diluir la separación jefe-trabajador, y por ende, a reforzar los lazos frente a amenazas externas al grupo, como los sindicatos (SENNETT, 2003, págs. 119-121). De este modo, cualquier pretensión por parte del empleado de reducir las relaciones personales a una mera formalidad laboral –como puede ser no participar de estos eventos, exigir mejoras en las condiciones de trabajo, son interpretadas como una «traición» a la familia empresarial, al espíritu de equipo y su compromiso. La relación laboral ya no es solo una mera relación laboral, sino también sentimental. Como indica Zizek, «el jefe posmoderno no te dice qué tienes que hacer, sino que te enseña cómo y qué tienes que pensar» (1999, págs. 3-6). Este esquema proporciona una paradójica relación entre una mayor autonomía flexible y, al mismo tiempo, un mayor control sobre el trabajador mediante mecanismos psicológicos, como el *coaching*, o tecnológicos –aplicativos de registro del rendimiento, sistemas de vigilancia, dispositivos de control de entrada y salida del centro de trabajo, etc.-, donde el jefe es «invisible» (SENNETT, 2003, pág. 60). En este sentido, Han afirma que el panóptico foucaultiano ha quedado obsoleto: los dispositivos de control ideológico trascienden las fronteras de lo psicológico, cada vez más refinados y discretos, en el que los sujetos asumen su «responsabilidad individual» para sentirse satisfechos consigo mismos en un entorno económico exigente y hostil (2014, pág. 45). Las consecuencias de la autoexplotación no conllevan pues a la creación de un nuevo sujeto revolucionario como advertirían Negri y Hardt, sino a la de individuos depresivos (HAN, 2014, pág. 47). Los efectos ideológicos que genera son tan interesantes como lógicos: el éxito individual, logrado tras superar las arduas pruebas impuestas por la lógica de mercado, genera en quien los consigue superar un efecto de acérrima defensa de este modelo. Proponer su

alteración podría suponer un agravio contra quienes han sufrido tales sacrificios, imponiéndose la lógica del «si yo pasé por eso, los demás también pueden -deben- hacerlo». Una vez sumergidos en las lodosas lógicas del neoliberalismo, se extiende la creencia de que comprometerse con el mercado asegura el éxito, y el éxito asegura el compromiso con sus reglas de juego. El sujeto neoliberal asume el sometimiento forzado y condicionado por las circunstancias materiales como los salarios bajos, las altas tasas de paro, la precariedad laboral, la tendencial escasez de derechos y garantías sindicales, la creciente competitividad, etcétera, estableciendo desde el principio la presunción de un sistema económico y político absolutamente despolitizado, en el que las malas condiciones sufridas son fruto de la responsabilidad exclusiva del individuo, en cuya mano está su suerte. Fisher alega que el individuo sufre un «estado de ansiedad permanente» por mantenerse a la altura de las circunstancias que el mercado exige (2018, pág. 182). Irónicamente, el mercado tiene la capacidad de ser generador de infelicidad y frustración y, al mismo tiempo, provee las herramientas para su adaptación y satisfacción: desde el *coaching* a las pastillas para dormir y los antidepresivos, pasando por la industria del entretenimiento y los títulos académicos como instrumento de validación de la competitividad. El sentido de la despolitización parte de la ausencia o evitación de toda confrontación mediante la neutralización de insatisfacciones vía mercado. Han afirma:

El poder inteligente, amable, no opera de frente contra la voluntad de los sujetos sometidos, sino que dirige esa voluntad a su favor. [...] No se enfrenta al sujeto, le da facilidades (2014, pág. 29).

Los excluidos de la sociedad

La imagen del *chav* representa el reverso de este modelo aspiracional. Si la lógica de mercado «exige» una constante adaptación, una inexorable competitividad, el ascenso permanente en la escala social y la continua mejora de las condiciones materiales, no asumir estas aspiraciones implica sufrir la pobreza material como «tragedia merecida». Sin embargo, la interpretación del empleo mal remunerado posee un contenido «liberador». Si para la concepción neoliberal el éxito mantiene una estrecha relación con la responsabilidad individual, ya que alcanzar el éxito implica asumir riesgos. Por este motivo, y según este relato, el asalariado de baja cualificación no asume ninguna responsabilidad, por lo que su baja remuneración en el mercado de trabajo está justificado. De este modo, la percepción de subsidios del Estado, el establecimiento legal de un salario

mínimo o la exigencia de sueldos más altos suponen un desequilibrio para este orden social. De acuerdo con este discurso, el sacrificio que supone un mayor esfuerzo y la asunción de mayores responsabilidades justifica un mayor nivel de ingresos. Un fragmento de Desportes resume muy bien esta idea:

¡La suerte que tienen los empleados! De entrada, porque tienen menos responsabilidades. Mi suegro no ha currado en su vida, pero todos los parados son unos vagos que no quieren dar el callo. Lo dicen en serio –están convencidos de que todo depende del mérito. Lógicamente, los que tienen menos es porque han merecido menos. Creen que si mañana estuvieran en el paro, con su pelito limpio y su buena voluntad encontrarían trabajo enseguida, y como se aplicarían y harían méritos, irían subiendo peldaños. Los ricos todavía están con lo del mérito. Es increíble. (2016, págs. 71-72)

Pero de acuerdo con este relato, en el que la competitividad, la responsabilidad individual y la adaptación juegan un rol muy importante en la vida del individuo, la pobreza o el bajo nivel de ingresos son vistos como una situación tan justamente merecida como poco deseable, ya que entra en contradicción con el «espíritu emprendedor» tan inherente a su concepción de dignidad humana. El neoliberalismo no ignora esta realidad; de hecho la tiene muy presente: La labor del Estado, que actúa como gestor regulador de los excluidos –y al mismo tiempo como institución represiva para mantenimiento del orden de mercado y la protección de la propiedad privada- con el fin de incorporarlos al juego del mercado mediante subsidios, asistencia social, ayudas caritativas, etcétera, queda limitada a los más pobres, con el fin de evitar una *anomia* social que pudiera empujar a un serio cuestionamiento del mercado mientras que reimpulsan a los más desfavorecidos hacia el éxito profesional.

La falta de interiorización de los valores exigidos por el orden neoliberal por parte de tales colectivos, como la ambición, la aspiración a la mejora social, la competitividad, la adaptación continua, etcétera, son destinados al sufrimiento de la condena social. Su situación es siempre duramente criticada, interpretada como poco deseable. Suele reproducirse el estigma social relacionado con la drogadicción, la delincuencia, el racismo o el analfabetismo como intrínsecos al carácter propio de quienes no quieren o no pueden aceptar las reglas de mercado, pero nunca suelen analizarse estos perfiles como productos de unos condicionantes sociales externos al propio individuo, como la pertenencia a entornos familiares desestructurados, la falta de recursos económicos, la exclusión social por motivos raciales o de género, o la ausencia de oportunidades formativas y laborales (JONES, 2013). Cabe destacar el estereotipo ampliamente

reproducido en torno a que constituye un sector poblacional que «solo vive de las subvenciones», una idea que reproduce la concepción neoliberal del carácter puntual y exclusivo que deberían tener las ayudas sociales para una posterior reintegración en el mercado. De esta manera, se va reproduciendo cada vez más la idea de que los servicios públicos están destinados a los más desfavorecidos. Al mismo tiempo esta crítica refuerza la idea de que solo deben recibir subvenciones «quienes de verdad lo necesiten», limitando y estrechando cada vez más la capacidad de los servicios sociales públicos a grupos más reducidos de población, dando lugar a una especie de profecía autocumplida: al reducirse cada vez más, empeora su calidad, por lo que termina reproduciéndose la narrativa de que los servicios públicos son peores que los privados. Finalmente acaba por plasmarse socialmente la idea que postula el propio neoliberalismo, es decir, la de la aspiración de la clase media por tener una vivienda en propiedad, un vehículo propio, y una cartera de servicios privados -plan de pensiones, educación, sanidad, etcétera.-. La falta de aspiraciones profesionales o de las pretensiones de ascender socialmente contrastan con esta visión del «fracaso social», que debilita todo el relato neoliberal de ser «continuos emprendedores». La clase media, lejos de construir una mera categorización sociológica, constituye el sujeto político que todos quieren y consideran pertenecer: tanto el asalariado que apenas supera el salario mínimo como el alto ejecutivo con una segunda residencia vacacional en un *resort*. Además, la imagen del millonario ha ido vulgarizándose, democratizándose. La apariencia de los «nuevos millonarios» como Bill Gates, Elon Musk o Mark Zuckerberg, con ropa sencilla –aunque probablemente muy costosa-, les proporciona una imagen más próxima, pero también más accesible a los estratos sociales más humildes. Transmiten una precisa idea de sencillez<sup>37</sup> que, al mismo tiempo, refuerza el relato neoliberal del ascenso social: «ey, mírame, visto y hablo como tú y –por tanto- soy como tú; tú también puedes llegar hasta aquí como yo». Como contraparte, se erige la imagen del excluido social. Aunque se ha generalizado la del inmigrante irregular como la figura del «Otro», cabe añadirse una figura que ha adquirido relevancia en las últimas décadas, la profundamente denostada imagen del *chav*, ampliamente reproducida en el mundo anglosajón también como *white trash* o *redneck*, y que refleja la idea neoliberal de un grupo social que no ha sabido o no ha querido

---

<sup>37</sup> Al mismo tiempo, en un alarde de llevar hasta el extremo el relato neoliberal de interiorizar la vida económica en la personal, en el caso de millonarios como Zuckerberg han llegado a afirmar que llevan siempre la misma ropa porque les ahorra tiempo y energía en su capacidad de tomar decisiones con el fin de invertirlo todo en su vida profesional.

adaptarse a las lógicas del capitalismo posindustrial, bien porque continúan recurriendo a los diferentes servicios sociales públicos –sobre todo en el caso europeo–, bien porque su precariedad pretende explicarse por su falta de ambición por mejorar sus condiciones sociales. No son solamente excluidos sociales, sino también excluidos ideológicos de una sociedad que no les reconoce como dignos miembros de ella. Y lo que es peor: el inmigrante, en condiciones mucho más precarias, son vistos como los nuevos merecedores de unos servicios sociales limitados, algo que para este colectivo podría ser visto como una amenaza (GUILLUY, 2019, págs. 138-139). Como veremos en capítulos posteriores, esto generará una serie de efectos políticos que podrían poner en riesgo los derechos sociales, civiles y políticos. El resultado es inevitablemente la progresiva disgregación de los lazos comunitarios, y en consecuencia, un creciente individualismo obligado al desarraigo permanente por las circunstancias económicas, laborales, y sociales. En este contexto, y en la misma línea en la que Sennett habla precisamente de una «corrosión del carácter» (2003), Fisher habla del desarrollo de un «yo» endurecido, en el que en mitad de la inestabilidad permanente emerge un cierto orgullo por sobrevivir sin necesitar de los demás, de quien, en cualquier caso, debe desconfiarse (2018, pág. 129).

Esta realidad dista mucho del ideal de sociedad cohesionada que algunos ordoliberales como Röpke imaginaban en sus cabezas, quienes confiaban en la desproletarización de la sociedad y la construcción de «una pequeña comunidad de libres productores» mediante el eje conductor del mercado. La consigna thatcherista «*There's no society*» no es baladí: es la constatación de una premisa que posibilita el normal funcionamiento del mercado, pero al mismo tiempo, es generado por él, lo que nos conduce a una lógica competitiva imposibilitando la construcción de un *nosotros* político (HAN, 2014, págs. 13-18). Ante este contexto, ¿Es posible salir de esta dinámica?



## Capítulo 7

### Conclusiones

Como se ha podido intuir, la hegemonía del neoliberalismo no constituye el predominio indiscutido de un discurso concreto, sino de una forma de pensamiento que es compartida por una pluralidad de discursos que alternan su predominio político en las instituciones políticas, posibilitando así sin embargo la despolitización de la racionalidad neoliberal. Es precisamente en el juego dialéctico de las diferentes variedades discursivas donde tiene lugar el disenso dentro de un marco instituido del que los fundamentos ideológicos del neoliberalismo son parte constitutiva. Esto abre un reto mucho mayor del que inicialmente el presente trabajo se propone, ya que no se trata solo de desplazar un constructo discursivo concreto, sino de una amplia variedad de discursos cuyo predominio depende actualmente única y exclusivamente de su propia eficacia a la hora de satisfacer y canalizar las demandas sociales.

Como se ha analizado, el neoliberalismo se ha nutrido tanto del éxito como de las debilidades del keynesianismo económico predominante, ya que por una parte había logrado neutralizar el espíritu revolucionario del marxismo mediante la suavización de las diferencias sociales y la generalización de los estratos sociales intermedios en un contexto capitalista, lo cual posibilitó al mismo tiempo que las doctrinas clásicas del liberalismo fueran discursivamente más fácilmente asumidas por una capa social lo suficientemente amplia como para poder alcanzar de nuevo del poder político como ya había hecho previamente en organizaciones internacionales y *think tanks* clave. Pero lejos de que sus efectos ideológicos y sociales hayan conseguido debilitar su posición hegemónica, más bien están consiguiendo reforzar aún más su sistema de creencias. En un contexto de orfandad para quienes aún depositan su fe en proyectos políticos

alternativos, el individualismo, la fragmentación de las organizaciones de izquierda, la tendente desmovilización política, el creciente espíritu cortoplacista de los votantes, la dilución de la conciencia ideológica en pensamiento débil, etcétera, propicia un mayor predominio del orden hegemónico en momentos de crisis política. El momento clave que supusieron los acontecimientos de 2011 con el *movimiento 15M* u *Occupy Wall Street*, con la salvedad de la Primavera Árabe, no tuvieron, al menos de manera inmediata, una traducción política eficaz<sup>38</sup>. En su lugar, los años subsiguientes supusieron el afianzamiento de los partidos políticos que apostaban por políticas de austeridad presupuestaria que implicaban una mayor profundización en las doctrinas de corte monetarista.

En este contexto, la pregunta salta a la vista: ¿Cómo cuestionar el orden neoliberal cuando en sus períodos de crisis ideológica las respuestas que suelen ofrecerse suelen ser protestas sociales de corto recorrido o nuevas fórmulas discursivas para proseguir con su profundización? Como se ha indicado antes, una de las lecciones más valiosas que puede extraerse del proceso de hegemonización del neoliberalismo se encuentra en cómo logró aprovechar el contexto ideológico y social predominante con las debilidades que padecía el keynesianismo para situarse como una alternativa viable. Pasemos a analizar en el siguiente bloque cuáles son estas posibilidades.

---

<sup>38</sup> Y en el caso de la Primavera árabe, las revueltas tuvieron más bien una traducción política en términos de derechos civiles y políticos –Túnez, Marruecos, Siria-, más que en términos de derechos sociales que supusieran un cuestionamiento del neoliberalismo. De hecho, en casos como Egipto, el derrocamiento de Hosni Mubarak daría lugar a un gobierno fundamentalista presidido por Mohamed Morsi.

**BLOQUE III**  
**Politización del discurso**



Una vez analizado el contexto de despolitización en el que el neoliberalismo se encuentra, en el presente bloque se procederá a exponer acerca de las posibilidades discursivas que pudieran permitir una nueva politización del discurso y, tal vez, una nueva hegemonía discursiva. Es por ello que en los capítulos 8, 9, 10 y 11 se expondrán las potencialidades del populismo –en concreto, el de Laclau y Mouffe- como producto político genuinamente propio –y potencialmente beneficiario- del contexto político y social actual. Sin embargo, como se observará, su análisis no será acrítico. Aunque en el bloque anterior se ha expuesto cómo la crisis de la izquierda y del marxismo ha posibilitado un fortalecimiento de la ideología neoliberal, en primer lugar se analizarán los motivos que llevarán al populismo laclausiano a la superación teórica del marxismo para, en segundo lugar, explorar las potencialidades del marxismo que, sin embargo, Ernesto Laclau y Chantal Mouffe prefieren rechazar -Capítulo 8-. Como se verá, ello dará pie a la posibilidad de una alternativa diferente a la clásica y aparente lógica inconmensurable entre marxismo y populismo, en la que sea posible una conciliación entre ambas posturas. Posteriormente se procederá al análisis de la propuesta populista de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe con el fin de detectar sus potencialidades teóricas y sus debilidades prácticas a partir de la experiencia vivida en las últimas décadas en diferentes contextos políticos. Para ello, se analizará su concepto de discurso<sup>39</sup> y su propuesta de articulación –Capítulo 9-, el sujeto político populista -Capítulo 10-, así como las consecuencias de las carencias limitativas de su concepción del campo de la discursividad -Capítulo 11-. Por último, se procederá a analizar la contracara del populismo en los Capítulos 12 y 13. Si Laclau y Mouffe pretendían una nueva configuración del discurso de izquierda a través de su proyecto, se observará cómo ha funcionado su propuesta en beneficio de otro tipo de ideologías, lo cual puede redundar paradójicamente en un reforzamiento del neoliberalismo más que en su cuestionamiento. De igual modo, el análisis de otras fórmulas populistas, especialmente las de extrema derecha, permitirá conocer de qué manera se alimenta de las circunstancias ideológicas, políticas, económicas y sociales del momento para articular su discurso, así como la manera en que éste es articulado. Ello permitirá profundizar acerca de cómo se beneficia de las fortalezas del populismo y de qué modo está sorteando sus debilidades, lo cual posibilitará posteriormente reflexionar si el populismo de izquierda es capaz de beneficiarse de estas experiencias.

---

<sup>39</sup> El motivo que ha llevado a la exposición del concepto de discurso aquí y no en el Bloque I se debe al hecho de que es necesario analizar la concepción particular de Laclau y Mouffe como punto de partida para su propuesta de articulación.

Por tanto, pueden advertirse en este bloque de dos partes que acaban entrelazándose: el análisis de su parte teórica, la cual acabará contraponiéndose con su puesta en práctica por parte de la izquierda populista, y el análisis de la experiencia populista de otras vertientes ideológicas. A través de esta exposición, la necesidad de una alternativa en la que sea posible una conjunción de marxismo y populismo se hará latente y palpable para una eficaz politización del discurso.

## Capítulo 8

### La propuesta populista. Un análisis de sus fundamentos I: La superación de la tradición racionalista de la Ilustración

Ante el contexto anteriormente expuesto, cabe preguntarse entonces cómo es posible politizar de nuevo el panorama discursivo. Jameson oponía dos maneras de entender el fenómeno cultural posmoderno en el que se estaba desarrollando la hegemonía neoliberal globalizada y el nuevo capitalismo: o bien desde un punto de vista moralizante, o bien a partir de «un intento auténticamente dialéctico de pensar dentro de la historia de nuestro tiempo presente» (1996, págs. 64-65). El autor desecha la primera opción, precisamente por lo fútil que supone reducir toda una estrategia de transformación política a la mera crítica moralizante del desarrollo de un proceso histórico actual. Rechazar el juicio moralizante no significa rechazar todo contenido moral de un juicio, sino reducir la crítica de los procesos sociales al comportamiento individual. Significa no comprender precisamente el carácter social de dicho proceso: somos nosotros quienes formamos parte de él y del cual participamos, alimentamos y contribuimos, de una forma u otra, independientemente de nuestras convicciones e intereses.

En su lugar, Jameson propone recuperar el análisis dialéctico en un momento de acuciante necesidad. Partiendo del análisis de las condiciones de la sociedad, de sus fortalezas y debilidades, observar cuáles son las precondiciones para construir un «nuevo socialismo» (1996, pág. 68). Es a partir del análisis de los determinantes que nos condicionan por cómo podemos desarrollar un verdadero programa de transformación social. Pero este programa debe coincidir, a su vez, con los anhelos, aspiraciones y frustraciones de la población. Esta propuesta, de inicio interesante, llega sin embargo al punto de partida: la propuesta de un discurso que ya es conocido, pero que ha sufrido una importante derrota

simbólica. Para Jameson, la derrota del marxismo se ha debido centralmente a un deterioro de los criterios de análisis ante la rápida transformación que ha sufrido la sociedad. Pero el imaginario izquierdista adolece de un lastre adicional, a partir de su derrota misma en las últimas décadas del siglo XX. La caída de la URSS ha servido de demostración empírica, sobre todo para sus detractores más conservadores, de la falta de viabilidad del socialismo; argumento, por otra parte, que ha adquirido un considerable peso mediático.

Como se ha observado en el bloque anterior, la crisis de los antiguos relatos revolucionarios no solo se ha debido a una transformación de su entorno descriptivo, sino también a la actitud insistencia en reproducir un relato que cada vez correspondía menos a los intereses e identificaciones de la población. Pero si el propósito es construir un discurso politizador a partir del análisis de los nuevos condicionantes sociales, ¿Es posible entonces desafiar la hegemonía del discurso neoliberal cuando parece que éste está logrando llegar no solo a las mentes de los ciudadanos, sino también a su alma como expresaba Thatcher? Pasemos a analizar una de las propuestas políticas más interesantes de este tiempo al respecto: el populismo.

A finales de los años sesenta, en un destacado informe redactado por Ernest Gellner y Ghita Ionescu como introducción a un estudio realizado por la *London School of Economics* se llegaría a parafrasear la celeberrima cita del *Manifiesto Comunista*: «un fantasma recorre el mundo - el populismo» (ARIAS MALDONADO, 2020, pág. 339). Con ello se pretendía constatar, por una parte, la pervivencia de la práctica populista, tan destacada ya en el siglo XIX, y que desde entonces había aparecido de forma intermitente en distintas épocas y períodos; por otra, se desprende de ella la idea de un supuesto relevo en el plano de los discursos contrahegemónicos ante la crisis del marxismo y de la socialdemocracia clásica. Cincuenta años más tarde, puede constatarse cómo pervive esta realidad. Como señala Villacañas, el auge del populismo es el resultado de los tiempos actuales, donde la hegemonía neoliberal y la falta de alternativas ideológicas, la inseguridad y los desequilibrios propios de este contexto son incapaces de producir certezas (2017, pág. 15). El populismo se erige pues como un *mecanismo* capaz de construir un nuevo relato capaz de dotar de sentido a la realidad y de construir un «nosotros» de manera eficaz a partir del presente contexto social mediante la recolección



del descontento social y erigiéndose como principal representante del pueblo contra el poder instituido (VILLACANA, 2017, págs. 56-57)<sup>40</sup>.

Sin embargo, cabe entonces realizar una apreciación en cuanto a la definición del populismo. *A priori* el populismo genera más preguntas que respuestas como posible fórmula de politización discursiva. Aunque no existe una calificación consensuada de qué podemos entender por populismo, lo cierto es que la mayoría de autores especializados no concluyen que éste sea concebido como una ideología, sino más bien como «un conjunto abigarrado de manifestaciones», una «dimensión de la cultura política en general», un «estilo político», e incluso una «combinación entre ideología y estrategia», lo cual les proporciona una extremada flexibilidad que les permite adaptarse a una gran amplitud de circunstancias (ARIAS MALDONADO, 2020, págs. 348-350). Otros autores como Mudde y Rovira Kaltwasser lo han calificado como «ideología delgada» a la cual suelen adscribirse otras «ideologías delgadas y gruesas» (2019, pág. 52). Arditi, en cambio, aunque dibuja algunos elementos centrales en torno a lo que suele asociarse al populismo –el papel central del líder, o la representación del pueblo frente a la élite- suele definirlo como una ideología «anexacta», cuya falta de concreción en cada una de sus definiciones es precisamente lo que hace definitorio al populismo, al estar permanentemente conectado con la realidad política vigente (2010, págs. 124-125). El problema central de su definición, como Arditi o Hermet exponen, es que todos o gran parte de los rasgos que delimitan los contornos del populismo son compartidos en gran medida con otras ideologías (HERMET, 2003; ARDITI, 2010, págs. 122-123). De hecho, Hermet a este respecto es más concreto: «el populismo se define en primera instancia por la temporalidad anti-política de su respuesta presuntamente instantánea frente a problemas o aspiraciones que ninguna acción gubernamental tiene en realidad la facultad de resolver o de colmar de manera súbita», de manera que suele caracterizarse por su temporalidad y por la adopción de rasgos muy flexibles, cambiantes y contradictorios, cuyo estilo discursivo se dirige a explotar emociones y afectos (2003, págs. 11-12). En otras palabras, el populismo no se define por su contenido, sino por su forma.

Para Hermet, tal y como señala también Ernesto Laclau, el populismo no se adscribe a una vertiente ideológica concreta, sino que ésta se define de acuerdo con las propias

---

<sup>40</sup> De hecho, el antiinstitucionalismo con el que suele caracterizarse el populismo suele recoger insatisfacciones que van más allá de político. Es por ello que suelen encontrarse colectivos que desconfían de otro tipo de instituciones –científicas, universitarias, económicas, etcétera- que suelen identificarse con los discursos populistas, y que especialmente de extrema derecha han sabido explotar.

demandas que incluye en su discurso y que se dispone a satisfacer (2003, págs. 6-8). De esta manera, el populismo responde no tanto a un contenido ideológico positivo y definido, sino a una *práctica política* concreta, ambigua y contextual (LACLAU, 2018, pág. 31). Bustamante definirá esta práctica propuesta por Laclau como la instauración de unos principios rectores a partir de los cuales puedan regir el comportamiento de la práctica política (BUSTAMANTE KUSCHEL, 2012). Por este motivo, y con el fin de evitar lo máximo posible las contradicciones que su caracterización pudiera presentar, en el presente trabajo se tomará como referencia inicial a Ernesto Laclau como uno de los más destacados teóricos del populismo. Será a partir de aquí de su propuesta teórica donde podrán detectarse con más precisión tanto sus características como sus deficiencias con el fin de poder elaborar una conclusión acerca de sus posibilidades como discurso politizador.

Una vez fijados los parámetros de lo político, y tras haber analizado el contexto ideológico y social anteriormente expuesto, Laclau y Mouffe proponen una ruptura con las tradiciones teóricas precedentes con el fin de politizar de nuevo el campo de la discursividad. Tal y como sugieren, la fase histórica ante la que nos encontramos precisa de la conformación de un sujeto político a partir de la articulación de un nuevo discurso (2001, pág. 8) mediante la recogida de aquellas demandas políticas y sociales que no estén siendo satisfechas por los discursos institucionalizados.

Ello supondría, a su juicio, el abandono de las fórmulas racionalistas y esencialistas clásicas, las cuales son incapaces de adecuarse a los nuevos antagonismos emergentes. Es evidente que la crítica posfundacionalista se dirige especialmente hacia el marxismo, ya que constituye un ejemplo recurrente de un corpus teórico que ha sido dirigido a dar respuesta a un antagonismo concreto, el de la lucha de clases, pero que una vez esta ha sido disuelta a través de su neutralización, ha sido incapaz de abordar eficazmente las demandas sociales emergentes.

En *Hegemonía y Estrategia Socialista*, Laclau y Mouffe perciben una gran desconexión entre la teoría a partir de la cual se construye el discurso marxista y las transformaciones sociales, así como las nuevas demandas de la población. Para ambos autores, el error del marxismo reside en el establecimiento de una descripción concreta de la realidad social que sin embargo aspira a ser elevada a una epistemología universal e inmanente basada en un esencialismo económico. Señalarán Laclau y Mouffe (2001, pág. 27):

[...] frente al racionalismo del marxismo clásico, que presentaba a la Historia y a la sociedad como totalidades inteligibles, constituidas en torno a «leyes» conceptualmente explicitables, la lógica de la hegemonía se presentó desde el comienzo como una operación suplementaria y contingente, requerida por los desajustes coyunturales de un paradigma evolutivo cuya validez esencial o morfológica no se cuestionaba en ningún momento [...]

De esta manera, a su juicio, asumir que la historia está definida por la lucha de clases solo podría dar lugar a la generación de supuestos y esencias de carácter apriorístico. En consecuencia, para Laclau el marxismo no solo pretende definir la historia a través del establecimiento de un solo principio rector, la economía, sino que además se aventuraría a definir cuál será el futuro comportamiento social. Partiendo de esta concepción, en la medida en que el marxismo se habría construido a partir de unas circunstancias concretas, tan pronto como dichas circunstancias han mutado, su relato cada vez queda más desconectado de la realidad que pretende definir. Para Laclau y Mouffe, las tesis de Marx y Engels solo tendrían sentido en la época en la que se desarrollaron, con el fin de satisfacer las demandas propias de la sociedad industrial europea del siglo XIX. Siguiendo con esta argumentación, la obsolescencia del discurso marxista se haría evidente a partir del período posterior a Marx y Engels, en los tiempos de la Segunda Internacional, ante la frustración de sus teorías frente a las transformaciones sociales y políticas derivadas del capitalismo industrial. Ante esta situación, Laclau y Mouffe observan una contradicción entre dos lógicas que tienen lugar en el seno del marxismo y que se ve evidenciado en su momento de crisis:

Por una parte, una *lógica de la necesidad*, es decir, el mecanismo de funcionamiento que actúa de acuerdo a la hipótesis central de las relaciones económicas. Al centrar la economía como *único* determinante de las relaciones sociales, los acontecimientos políticos pasados, presentes y futuros serán formulados a través de premisas apriorísticas. Por otra, la *lógica de lo contingente* tiene lugar al margen de tales premisas, y que en muchas ocasiones no pueden ser explicadas por las dinámicas propias del materialismo histórico, por lo que los autores al respecto tienen que recurrir a elementos exógenos o externos a la teoría marxista –en el dualismo-. De acuerdo con Laclau y Mouffe (2001, pág. 31), la lógica de lo contingente se deriva de

[...] la quiebra y retracción al horizonte explicativo de lo social de esa categoría de necesidad histórica que había constituido la piedra angular del marxismo de la Segunda Internacional.

Lo contingente, por tanto, representaría para Laclau y Mouffe el acontecimiento que escapa a lo predefinido por la teoría marxista. En consecuencia, los acontecimientos contingentes no solo comprometerían permanentemente las predicciones del marxismo, sino también sus tesis teóricas, dada una supuesta insuficiencia de la teoría marxista para explicar determinados procesos históricos, evidenciando constantemente su ineficacia como teoría autónoma y cerrada para explicar la totalidad de lo social. En consecuencia, Laclau y Mouffe definirían al período de crisis del marxismo como un *impasse* intelectual, evidenciado por la insuficiencia teórica que representaban la influencia del althusserianismo, un renovado interés por Gramsci y la teoría de la *Escuela de Frankfurt*. De este modo, resumirían las respuestas a la crisis del marxismo acabaron en, o bien en «negar los cambios y retirarse con escasa convicción a un búnker ortodoxo», o bien, en una reformulación teórica que incorporaría *ad hoc* las nuevas preocupaciones sociales, las cuales se encontrarían yuxtapuestas y sin verse integradas en un núcleo teórico cohesionado (2001, pág. 12). Por este motivo, para Laclau y Mouffe la única solución pasaría entonces por la superación de la tradición racionalista de la Ilustración, tal y como expresan al afirmar que «[...] solo por medio de una crítica al racionalismo y al esencialismo podremos dar cuenta adecuadamente de la multiplicidad y diversidad de las luchas políticas contemporáneas» (2001, pág. 9). De acuerdo con esta tesis, este tipo de discursos fundamentan sus lógicas de aquella tradición propia del racionalismo de la Ilustración del que comparten una serie de características que son reducidas al esencialismo filosófico, a la configuración de un sujeto trascendente, un determinismo estructural y al universalismo. Así pues, la denominada «tradición racionalista de la Ilustración» es concebida como propia de los intentos despolitizadores por someter todo comportamiento social a las lógicas de la razón y el cálculo. No obstante, Laclau y Mouffe concebirán a la filosofía hegeliana y marxista como hijas de un proceso en evolución, cuya última ruptura la propondrán ellos mismos: Hegel, en un primer momento pretende unificar en un mismo corpus un orden absoluto a partir de un principio universal que dota a dicho orden de una lógica concreta, y a su vez, acepta su permanente mutabilidad a través de la dialéctica. Sin embargo, dicha dialéctica está dotada de sentido a partir de un principio universal determinado, del cual se construye toda la realidad:

Es aquí, precisamente, donde reside la modernidad de Hegel: ninguna identidad es, para él, positiva y cerrada en sí misma, porque se constituyen como transición, relación, diferencia. Pero si las relaciones lógicas de Hegel se convierten en transiciones contingentes, no cabe

fixar la conexión entre ellas como momentos de una totalidad subyacente o suturada.  
(LACLAU & MOUFFE, 2001, pág. 131)

Es decir, a juicio de Laclau y Mouffe, las transiciones dialécticas solo tienen sentido en la medida en que se le otorga preeminencia a un determinado principio orientador que da sentido a dichas transiciones, pero deja de tenerlo tan pronto como sus lógicas son trastocadas por la realidad social; es decir, en el momento en el que el relato construido deja de tener cierta correspondencia con el sentir general de la población. Como resultado, la lógica debe ser redefinida de nuevo, lo cual significaría elaborar un nuevo discurso. En la medida en que no existe un principio rector subyacente que rijan de forma inmanente y definitiva la lógica de los procesos dialécticos, no se estaría produciendo en realidad un proceso de mediaciones, sino de articulaciones hegemónicas. En otras palabras, para Laclau y Mouffe, lo que tiene lugar es una sucesión de diferentes relatos que pretenden explicar dichas relaciones y que concurren entre ellas para ser predominantes sobre el resto. Esto lleva a Laclau y Mouffe a la conclusión de que es pertinente rechazar la validez de las epistemologías normativas como vía para la construcción de discursos, lo cual negaría en consecuencia cualquier afán por establecer determinaciones o causalidades, ya que de lo contrario se correría el riesgo de reinaugurar una nueva epistemología con pretensiones de establecer una sociedad suturada:

Al deconstruir las categorías marxistas no pretendemos estar escribiendo la «historia universal», ni creemos estar inscribiendo nuestro discurso en algún momento de un proceso cognitivo lineal y único. La era de las epistemologías normativas ha concluido y también la de los discursos universales. (2001, pág. 27)

Sin embargo, esta interpretación genera varios obstáculos teóricos. En primer lugar, el hecho mismo de establecer una relación excluyente entre ambas lógicas. En su lugar, al interpretar el esquema de pensamiento hegeliano y marxista desde una óptica principalmente totalizadora, atribuyen a la lógica de la necesidad un predominio exclusivo y excluyente, lo que les lleva automáticamente a concluir que en los autores alemanes prima una lógica absorbida por un determinismo prácticamente mecanicista que se camufla bajo la dialéctica pero que es del todo compatible con ella si lo que se pretende es establecer «leyes universales». Bajo esta lógica, es previsible la conclusión de Laclau y Mouffe: que la única vía coherente y posible es apostar por la lógica de la contingencia y abandonar toda necesidad, lo cual les llevará a abandonar todo discurso fundamentado en análisis de fundamentación epistemológica que aspire a reconocer cuáles son las determinaciones que permitan delimitar la causalidad de lo contingente. A

este respecto, si Laclau y Mouffe señalan que el marxismo se limitaba a señalar las determinaciones sin observar *cómo* éstos se relacionaban con sus diferentes elementos (2001, pág. 140), su propuesta populista tendría como objetivo la reunión de un programa político en base a las preocupaciones sociales inmediatas. Esta negativa a reconocer las determinaciones lo describe Han como un fenómeno alimentado por la psicopolítica neoliberal. El *esto es así* reemplaza a la búsqueda del *por qué* (HAN, 2014, pág. 102), lo cual facilita la hegemonización de un nuevo discurso a costa de la pérdida de una razón que justifique la reversión del orden instituido y la búsqueda de un nuevo horizonte. En otras palabras, lo relevante no es la búsqueda de una explicación que fundamente el sentido de un relato, sino la construcción de un relato cuya validez resida en su propio éxito –de nuevo nos encontramos con la pospolítica–, lo cual no necesariamente implicaría la construcción de un discurso fundamentado en el estudio científico de la realidad, que es la gran novedad del marxismo en su época. Este temor a las determinaciones genera sospechas acerca de cuáles son las bases sobre las que se asienta la propuesta populista de Laclau y Mouffe, así como su grado de radicalidad y capacidad de politización. Apostar por la mera contingencia implicaría obviar el análisis de todos aquellos determinantes que permiten especificar de manera fundamentada la raíz de los problemas que el discurso señala, así como la elaboración de un nuevo imaginario, pero también las limitaciones, contradicciones y obstáculos a los que el discurso debe enfrentarse. En cambio, el discurso entendido como una mera articulación de demandas políticas inmediatas, al obviar este aspecto, ignora en primer lugar cuál es el margen de libertad que le proporcionan los determinantes, lo cual le llevaría, en segundo lugar, a proporcionar un relato cargado de reivindicaciones políticas que no aspiran a la alteración de la naturaleza del orden hegemónico vigente, sino a la corrección de sus deficiencias dentro de dichos márgenes. La aspiración a la radicalidad del discurso –a ser verdaderamente político– exige una crítica concienzuda del orden vigente, pero también una propuesta elaborada y *necesariamente normativa* de cuál es la alternativa.

Podría afirmarse que Laclau y Mouffe, al igual que la mayoría de autores de su época, propone la ruptura de toda una tradición filosófica que, sin embargo, podría ayudar a una nueva comprensión del orden ontológico en el que nos encontramos. De esta lectura, Žižek señala, citando la lógica de mundos de Badiou, cómo el relativismo posmoderno representa la idea irreductible de una «multitud de mundos» carente de terreno específico compartido, sin un lenguaje común, que acabaría desembocando en mundos paralelos

cuyos habitantes hablan en su lenguaje específico de sí mismos (2006, pág. 196). En su lugar, la ruptura con las tradiciones discursivas precedentes da paso a una pluralidad de *filosofías ex novo*, cada una con un lenguaje propio, que facilita el malentendido y las interpretaciones erróneas de cada autor, y al mismo tiempo, dificulta la comprensión de las restantes, entrando en una dinámica autorreferencial: sólo es posible comprender qué se está diciendo si se entra en su lenguaje y lógicas. Las consecuencias son evidentemente despolitizadoras, en la medida en que favorece una fragmentación de lugares comunes que dificultaría la construcción de un «nosotros» político. En este sentido han podido intuirse estas divergencias «lingüísticas» en el debate entre Geras y Laclau, y algo similar reconoce Laclau en un debate con Balibar, al afirmar que «siempre hay un problema de traducción» (BALIBAR & LACLAU, 2010, pág. 87). En este sentido Zizek, en varias de sus críticas a Laclau, suele realizar una especie de traducción con el fin de lograr comprender –y detectar sus debilidades– la estructura de pensamiento de Laclau-Mouffe a través de sus propias coordenadas teóricas para llegar a la conclusión de que Laclau, a pesar de su radical rechazo a Hegel, su concepto de hegemonía, así como la relación entre particularidad y universalidad, guarda estrechas relaciones con la dialéctica hegeliana.

En segundo lugar, otro problema que suscita la ruptura radical de las tradiciones discursivas como el marxismo es el potencial efecto nocivo que podría suponer a la hora de construir hegemonía. Como afirma García Linera, los gobiernos son construidos «sobre el recuerdo de la excepcionalidad», es decir, a partir de un «trauma» o un acto fundacional que justifica y asienta la nueva realidad hegemónica, el nuevo universal, y al mismo tiempo, a justificar y reforzar el predominio de las viejas élites. En resumen, «siempre hay una tradición [...] un pedazo de lo antiguo que se mantiene inerte» (GARCÍA LINERA & ERREJÓN, 2019, págs. 26, 32-33). Con ello se refuerza la idea laclausiana de la imposibilidad de la plenitud, pero al mismo tiempo, no puede construirse hegemonía a partir de un discurso que no sea capaz de mantener una relación causal con un pasado de luchas, con sus tradiciones narrativas y su *folklore* ideológico. Marcuse (1986, pág. 130) señala que

La mediación del pasado en el presente descubre los factores que hacen los hechos, que determinan la forma de vida, que establecen los amos y servidores; proyecta los límites y las alternativas.

En definitiva, la mediación del pasado contribuye a construir el relato discursivo. No obstante, ¿Acaso no es algo a lo que obedece la dialéctica hegeliana? ¿Acaso no guarda

similitudes con el concepto mismo de «superación» como un salto hacia lo nuevo que, sin embargo, alberga algo de lo viejo aún en su seno? En el impulso de la articulación de un nuevo discurso siempre existe un elemento de novedad, de ruptura, respecto de la continuidad precedente, pero en tanto que ésta nace *a partir de* ella, su fortaleza reside en la base social que ya tiene construida, a partir de un antagonismo previamente conformado. Un rechazo absoluto a toda esta tradición podría generar nuevos adeptos que no se sienten identificados con los símbolos y representaciones de los discursos clásicos, pero a su vez podría perder el apoyo y la conexión de todo un pasado de luchas con un poso discursivo sumamente estable.

Así pues, mientras que el chavismo se había construido a partir de tradiciones políticas previas, al igual que el MAS en Bolivia, el correísmo en Ecuador o el kirchnerismo en Argentina, *Podemos* en cambio había articulado su discurso en base al rechazo explícito de la tradición comunista heredada de *Izquierda Unida*, generando una profunda aversión entre un importante sector del PCE (PICAZO & DE DELÀS, Pablo Iglesias: "Que se queden con la bandera roja y nos dejen en paz. Yo quiero ganar.", 2015). Además, había dado la espalda a las fuerzas sindicales hegemónicas al intentar construir un nuevo sindicato, *Somos*, cuyo proyecto acabaría fracasando (RIVEIRO, 2014). Manolo Monereo (2010), uno de los teóricos de *Podemos*, achaca esta falta de solidez de proyecto a la falta de arraigo histórico que otras fuerzas políticas precedentes que no habían roto con dicho legado sí contaban, dando lugar a formaciones políticas de limitado apoyo electoral, pero con una base electoral relativamente estable. Un fenómeno similar ha sucedido con el *Movimento 5 Stelle* en Italia (FORMENTI, 2020). La ausencia de un hilo histórico convierte al discurso en una formación excesivamente volátil, inestable y cambiante<sup>41</sup>, lo cual podría generar nuevas aversiones por parte de antiguos simpatizantes que ven «traicionadas» algunas de sus bases ideológicas en un afán por ampliar la esfera de votantes.

Al mismo tiempo, el voto tradicional a *Izquierda Unida* ha ido perdiendo músculo a medida que había ido perdiendo protagonismo dentro de la coalición *Unidas Podemos*, mientras que por otra parte, *Podemos* no había logrado asentar una base electoral sólida en aquellas localidades donde en años anteriores había logrado mayorías abrumadoras, ya que no hubo logrado solidificar una masa de votantes que lograra fundir el voto

---

<sup>41</sup> Hágase un matiz: el problema no radica en su mutabilidad, sino precisamente en el exceso de ésta en un período de tiempo tan corto -cinco años-.



tradicional con las nuevas inquietudes sociales e identidades políticas emergentes. Como Antoni Domènech llegaría a afirmar alguna ocasión, «no se puede improvisar un electorado y una militancia de la nada» (CASTRO, 2017).

Tal propensión a la ahistoricidad es, como señala Jameson, un fenómeno propiamente posmoderno del que el posestructuralismo se habría convertido en uno de sus principales abanderados teóricos (1996, págs. 149-150). La superación del estructuralismo daría paso al acontecimiento, desechando toda aspiración a establecer un mínimo orden teórico (JAMESON, 1996, pág. 164), fruto de la aversión generada hacia la fundamentación y a la búsqueda de determinaciones bajo el pretexto de esencialismo (JAMESON, 1996, pág. 148). En consecuencia, Laclau y Mouffe apuestan por lo que, en palabras de Jameson, se trata de un discurso sincrónico (1996, pág. 155), centrado en el presente vivo, frente al diacrónico –con trasfondo histórico–, lo cual podría constituir en tales términos una contradicción, ya que el pensamiento no es posible sin una reflexión mirando «hacia atrás». En otras palabras, el discurso sin un trasfondo histórico podría proporcionar precisamente lo que Laclau pretende rechazar, es decir, un discurso sin una mínima cohesión interna. De esta influencia se derivaría una cierta amnesia a las experiencias revolucionarias pasadas que tendrían como consecuencia andar por caminos ya pasados; una suerte de reivindicación de la amnesia justificada en los errores del pasado al precio del adanismo político que traería como consecuencia una cierta «ingenuidad» inicial que acabaría colapsando con la realidad política cotidiana. Dos ejemplos de dos épocas diferentes que podemos tomar como referencia es el de *los verdes* alemanes y el *movimiento 15M*, quienes experimentarían en sus carnes las contradicciones entre la vida activista y la política institucional, algo que el leninismo ya había vivido en sus carnes a partir de las experiencias espontaneístas de principios del siglo XX. Por otra parte, el «miedo a la determinación» ya sugiere negar la posibilidad de construir un relato que permita señalar las causas que motiven una profunda transformación social.

El marxismo: ¿Un «discurso cerrado»?

En su lugar, Laclau y Mouffe propondrán el empleo de una serie de coordenadas que les servirán de indicadores para facilitar la comprensión de las limitaciones teóricas que plantea el marxismo (2001, págs. 32-40). Estas coordenadas pueden fijarse en tres:

1. La percepción del marxismo como un discurso cerrado, regido por un esencialismo economicista
2. La continua contradicción entre el discurso marxista y la realidad contingente
3. La existencia de dobles vacíos teóricos

Con ellos Laclau y Mouffe concluirán que una supuesta interpretación estática y esencialista de la historia por parte del marxismo quedaría invalidada como método de interpretación de una realidad que es cambiante y determinada por los acontecimientos políticos contingentes. En su lugar, prefieren asumir la impredecibilidad de los acontecimientos sin una búsqueda de la causalidad que pretenda, a la postre, explicar los procesos sociales ni anticiparse a acontecimientos futuros que, a su juicio, lastraría su potencial revolucionario. De esta lectura surgen una serie de preguntas: ¿Es precisa la lectura del marxismo que plantean Laclau y Mouffe? ¿Es pertinente por tanto una superación del marxismo? Pasemos a analizar las tres coordenadas para responder a estas preguntas.

Para Laclau y Mouffe, la dialéctica dotada de sentido a través de una lógica concreta adolece a su vez de su propia destrucción, al presuponer que la dialéctica misma continúa desarrollándose a través de la negación misma de lo instituido. Es decir, en la medida en que el orden social que establecen la filosofía hegeliana y marxista es resultado de la dialéctica, igualmente está amenazado por ella. De acuerdo con ello, Laclau y Mouffe han intentado evidenciar cómo el marxismo ha recurrido a lo largo de su historia a mecanismos articularios «bajo un disfraz dialéctico» con el fin de dotar de flexibilidad a la rigidez de unos principios sobre los que se asentaba el marxismo, que en ocasiones chocaban frontalmente al ponerse en contacto con la realidad de cada época y localización. Con ello, Laclau y Mouffe pretenden dar solución a un debate propio de su época: cómo las transformaciones de los modos de producción capitalistas han comprometido la narrativa marxista clásica.

De acuerdo con la interpretación que proporcionan Laclau y Mouffe, el marxismo posee un núcleo inalterable que dota de sentido a todo su carácter metanarrativo; en este caso, el denominado «determinismo economicista», ya que, a su juicio, las relaciones económicas determinarán todo el proceso histórico-social. De igual forma, al ubicar a la economía como la tesis central que dota de sentido no solo a la realidad vigente, sino a toda la historia universal, el marxismo se convierte en un discurso cerrado y

autosuficiente. Por ello, los procesos históricos y los antagonismos políticos siempre serán leídos, a su juicio, desde una perspectiva estrictamente económica.

Para dar respaldo a esta tesis cabe advertir que Laclau y Mouffe pretenden lanzar «una crítica a la teoría marxista sin Marx» (MEIKSINS-WOOD, 2013, pág. 125; GERAS, 1987, págs. 44-46), ya que de forma incomprensible no recurren a sus textos originales, sino a sus intérpretes posteriores para formular una crítica al marxismo, especialmente cuando afirman «evitemos la tentación de volver a los orígenes» (2001, pág. 32). No obstante, en obras posteriores –y en defensa de las críticas al respecto– sí especificarán dos momentos centrales que darán apoyo a su crítica al esencialismo economicista del marxismo como núcleo del deterioro teórico que sufriría en años posteriores. En primer lugar, el prólogo de la *Contribución a la Crítica de la Economía Política* (1980), donde Marx afirma lo siguiente:

El resultado general a que llegué y que, una vez obtenido, sirvió de hilo conductor a mis estudios, puede resumirse así: en la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una fase determinada de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia.

A juicio de Laclau y Mouffe, Marx «presupone» que las contradicciones de clase y su colapso posterior impulsaría automáticamente el estallido revolucionario, y no que éste fuera fruto de una labor previa de interpelación discursiva (LACLAU, 1993, pág. 23). Con ello, y a colación de este fragmento, para el marxismo, la conciencia del hombre estaría *determinada* por sus circunstancias materiales:

[...] el modelo base/superestructura afirma que la base no sólo limita sino que determina la superestructura, del mismo modo que los movimientos de una mano determinan los de su sombra en una pared. (LACLAU, 1993, pág. 128)

Por tanto, para Laclau y Mouffe «la reproducción de la vida material» implica aceptar que el marxismo centraría toda su atención en definir la realidad social de acuerdo a sus relaciones económicas, asentando la base de los acontecimientos históricos y políticos en la lucha de clases, identificando que la famosa cita, «el ser social determina la

conciencia», vendría a resumir una falaz identificación de que la economía es el determinante central en la percepción subjetiva de la realidad del individuo, en el que la pertenencia a una determinada clase social determina la ideología y los intereses subjetivos. De esta manera, la existencia de una falta de correspondencia entre lo político y lo económico habría sido comprobada en, por ejemplo, las diferentes estadísticas electorales, al observar cómo el voto conservador no solo procede de los altos estratos sociales, sino también de las clases trabajadoras y populares. De igual modo, tal correspondencia habría sido, en cierta medida, mitificada a partir de una cierta correlación entre los intereses materiales de la clase obrera por mejorar sus condiciones y el hecho de apoyar la causa socialista, correspondencia que solo se habría dado en un período y circunstancias muy cortas y concretas (MEIKSINS-WOOD, 2013, págs. 178-183). Es evidente, por tanto, que la pertenencia de clase no determinaría la ideología, aunque sí puede constituir un elemento *más* en la determinación de sus preferencias políticas. El voto no se explica únicamente por la posición en las relaciones económicas de producción, sino además por otros elementos determinantes, como la cultura, la religión, creencias, tradiciones, valores, sensibilidades. De este modo, a juicio de Laclau y Mouffe, en la medida en que el marxismo pretende dotar de sentido a través de un Absoluto materialista, encarnado por la Economía, cualquier explicación que escape a ella solo puede suponer un fracaso de las propias tesis del marxismo. El sometimiento a la economía del resto de instancias es un factor que Laclau y Mouffe aspirarían a superar. La cuestión es que el marxismo –al menos, cierto marxismo–, ya había superado esta relación.

En primer lugar, cabe señalar la confusión de Laclau y Mouffe en lo respectivo a las interpretaciones de Marx y Engels. Si bien estos últimos atribuyen sus análisis a un nivel sociológico, Laclau y Mouffe focalizan su atención a un nivel individual. En otras palabras, existe un «problema en la traducción» al pretender extrapolar la relación base-superestructura desde la completitud y complejidad de las relaciones sociales en una correspondencia inmediata a un nivel individual y aislado. La lectura que ofrecen Marx y Engels no alcanza el grado determinista que observan Laclau y Mouffe, sino que se trata de una descripción de cómo se construye la sociedad: la economía representa la base sobre la que se asientan el resto de instituciones en la medida en que son las relaciones económicas no solo las que posibilitan la supervivencia del ser humano, sino las que condicionan la existencia del resto de instituciones sociales, así como *su manera de*

*relacionarse*, en tanto que las relaciones económicas condicionan la existencia misma del ser humano y de sus instituciones sociales. Un ejemplo de este hecho puede encontrarse en el análisis anteriormente realizado sobre el neoliberalismo. Esta concepción no desdeña en absoluto el papel que ejerce el Estado a la hora de garantizar el modelo de mercado que permite perpetuar las relaciones de clase; ni tampoco el papel de la propaganda, la religión, los medios de comunicación y de entretenimiento a la hora de afianzar o deteriorar el sistema de creencias neoliberal. Pero el aspecto esencial del papel de la economía se encuentra en su propia capacidad de generar ideología: asimilar las reglas del juego capitalistas para poder sobrevivir. De aquí se desprende el sentido de la reivindicación de Marx y Engels por acabar con las relaciones de clase mediante la abolición del capitalismo, y no el hecho de que las relaciones de clase capitalistas posibiliten automáticamente el surgimiento de una conciencia de clase. En definitiva, cuando Laclau y Mouffe afirman que ha fracasado la supuesta hipótesis de que la economía determina la conciencia de clase, en realidad están señalando el triunfo de la hipótesis *real* del marxismo: el desarrollo y asentamiento de las relaciones económicas capitalistas posibilitan la asimilación y normalización de sus dinámicas desde un punto de vista ideológico.

Sin embargo, ello no implica que esta interpretación no sea viable a nivel individual. Engels ya habría intentado exponer su preocupación por ese tema, algo que autores como Althusser reprocharían por pretender caer en una especie de «vacío epistemológico» (1967, págs. 100-105). Pero justamente son Laclau y Mouffe quienes parten del concepto original de sobredeterminación para reemprender este propósito de conocer y comprender las diferentes posiciones de sujeto, si bien lo hace al precio de excluir el propósito de conocer *a nivel sociológico* los movimientos de la sociedad. En *La Ideología Alemana*, por ejemplo, se hace una reivindicación al análisis complejo, más allá de la extrema especificidad desde la que se pretenden buscar causas y efectos a las relaciones sociales:

[...] la sustantivación de los pensamientos y de las ideas es una consecuencia de la sustantivación de las condiciones y las relaciones sociales de los individuos. Y hemos visto, asimismo, que el hecho de que los ideólogos y los filósofos se ocupen sistemáticamente y de un modo exclusivo de estos pensamientos es una consecuencia de la división del trabajo [...] (MARX & ENGELS, 1974, pág. 535)

Siendo justos con la defensa de Geras, en otra parte precisamente considera las críticas de Laclau y Mouffe como una simplificación de algo mucho más complejo: si bien

podiera ser válido para Geras que las relaciones económicas es *uno* de los determinantes sociales, considera que no es el único, sino que existen otros campos que los fundadores del marxismo evidentemente cubrieron para sustentar sus teorías: filosofía, derecho, sociología, etcétera (1988, pág. 59). El hecho de que en los últimos años de producción literaria Marx se dedicara exclusivamente al estudio de la economía ejercería gran influencia en la concepción *última* del marxismo por parte de sus seguidores, quienes infravalorarían el contenido de sus primeras publicaciones y se centrarían en *El Capital* como culminación de todo un pensamiento en continuo proceso de mejora, complejización y superación de su obra previa. De hecho, éste fue un temor ciertamente fundado por Engels años más tarde:

[...] Según la concepción materialista de la historia, el factor que *en última instancia* determina la historia es la producción y la reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más que esto. Si alguien lo tergiversa diciendo que el factor económico es el único determinante, convertirá aquella tesis en una frase vacua, abstracta, absurda [...]. El que los discípulos hagan más hincapié del debido en el aspecto económico, es cosa de la que, en parte, tenemos la culpa Marx y yo mismo. Frente a los adversarios, teníamos que subrayar este principio cardinal que se negaba, y no siempre disponíamos de tiempo, espacio y ocasión para dar la debida importancia a los demás factores que intervienen en el juego de las acciones y reacciones. Pero, tan pronto como se trataba de exponer una época histórica y, por tanto, de aplicar prácticamente el principio, cambiaba la cosa, y ya no había posibilidad de error. Desgraciadamente, ocurre con harta frecuencia que se cree haber entendido totalmente y que se puede manejar sin más una nueva teoría por el mero hecho de haberse asimilado, y no siempre exactamente, sus tesis fundamentales. De este reproche no se hallan exentos muchos de los nuevos “marxistas” y así se explican muchas de las cosas peregrinas que han aportado... [...] (Carta de Engels de Joseph Block en Königsberg, 21 de septiembre de 1890, 1980)

A pesar de que el grueso del fragmento pudiera sugerir una idea mucho más flexible y general del papel que posee la economía en las relaciones sociales, desgraciadamente la expresión *en última instancia* eclipsará muchas de las estrictas y limitadas interpretaciones de sus seguidores en el futuro, motivo por el cual será el objeto de las críticas de Laclau y Mouffe. Sería un error considerar que los teóricos posteriores a Marx y Engels atribuyeron todo el protagonismo a la cuestión económica, ya que eran plenamente conscientes de que el grado de complejidad del estudio de lo social versaba mucho más allá de la simpleza de atribuir todas las causas a una única cuestión. Pero toda esa complejidad acababa inconmensurablemente asentada sobre la base de *un*

*determinante último*. Un ejemplo ilustrativo de ello lo podemos encontrar cuando Plejánov señala lo siguiente:

[...]Cada faceta de la vida ejerce influencia sobre todas las restantes, estando estas, a su vez, sometidas a la influencia también de todas las restantes. Solamente un punto de vista así es digno de un “sociólogo” razonante, y quienes, como los marxistas, siguen inquiriendo algunas causas más profundas de la evolución social, ven hasta qué grado la vida social es compleja. [...]

Curiosamente, al final del escrito, Plejánov aludía a Helvecio insinuando la posibilidad, al menos como legado, de indagar en las *necesidades materiales* (1975, págs. 126-128), recolocando de esta manera el papel de la economía en un lugar preeminente respecto al resto de influencias y determinaciones. Laclau y Mouffe precisamente asientan su crítica hacia aquél marxismo cuya lectura teme Engels que realizaran sus discípulos, y que constituiría la base del denominado determinismo económico propia del marxismo de la Segunda Internacional. De este modo, para Laclau y Mouffe, la consideración de que la economía como base determina –al menos *en última instancia*- la superestructura, conlleva a un callejón sin salida: o es determinante en términos absolutos, y por tanto se concibe a la sociedad como un sistema cerrado, en el que se está definiendo a la sociedad de acuerdo a unos términos que, de no cumplirse, quedarían invalidados; o no lo es, y por tanto las tesis marxistas «no tendrían sentido». Por este motivo, deducen finalmente que tal dilema solamente puede desembocar en desechar al marxismo para poder apostar por una concepción de sociedad no suturada.

Como señala Geras, es bastante evidente la influencia de Althusser en Laclau y Mouffe, tanto en sus interpretaciones del marxismo como en los motivos de su ruptura (1987, págs. 44-46). Por una parte, cabe señalar cómo la interpretación del marxismo por parte de Laclau y Mouffe comparte similitudes con la interpretación estructuralista y antihumanista de Althusser. En pleno debate entre el humanismo frankfurtiano que, junto al existencialismo, se enfrentaban al estructuralismo acerca de la capacidad de acción del individuo, el autor francés explica cómo el marxismo «dejó de ser humanista» en el momento en que Marx y Engels, a partir de *La Ideología Alemana*, se despojarían de una concepción esencialista del ser humano, en la que el individuo es el centro del análisis, para asumir en su lugar que «el ser» del ser humano es un producto intrínsecamente social (1967, págs. 182-206). De esta manera, para Althusser, la libertad de acción del individuo es una quimera; sus acciones son producto de la interacción de una pluralidad de

determinantes, recurriendo así al concepto freudiano de sobredeterminación para explicar este fenómeno desde un plano social. En su lugar, Laclau y Mouffe intentan resolver el debate, por una parte, desentendiéndose del «antihumanismo» de Althusser (GERAS, 1987, págs. 46-48) para recalcar que el centro de la acción se concentra en el individuo y que, por tanto, su comportamiento será siempre impredecible; por otra, aceptan la tesis de Althusser que reconoce al ser humano como un producto social, y no un ente aislado, reemplazando la concepción estructuralista de la sociedad por una ontología basada en la lucha por la hegemonía del discurso, y reatribuyendo asimismo dicho esencialismo al economicismo marxista. De esta manera, Laclau y Mouffe pretenden reafirmar la postura humanista del individuo como centro de la acción política al tiempo que recoloca las tesis antihumanistas de Althusser a través del concepto de hegemonía, entendido éste como el producto de una agregación de voluntades, pero desechando toda cuestión relativa a las determinaciones por identificarlas con el estructuralismo y oponerse a esta lógica de la acción individual.

Como último recurso, proceden a analizar la posibilidad que abre Althusser al pretender deconstruir las relaciones y determinaciones en las relaciones sociales que el marxismo sostiene, con el fin de redefinirlas y adecuarlas a las nuevas condiciones sociales, las cuales han mutado y ya no se adecúan a ciertos preceptos clásicos, como la célebre expresión de Engels de la *determinación en última instancia de la economía*. Para ello, Laclau y Mouffe pretenden agotar todas las posibilidades que ofrece la lectura marxista de Althusser. En primer lugar, exponen la supuesta incompatibilidad entre el término psicoanalítico de sobredeterminación<sup>42</sup> con el determinismo económico. Si la economía solo puede comprenderse por cómo se relaciona con otras esferas, y no de forma autónoma e independiente a todo tipo de sociedad, por lo que la definición de ésta como *determinante último* es contradictoria. No pueden convivir conjuntamente las sobredeterminaciones con una determinación última, ya que en realidad las primeras, por definición, están sometidas en definitiva a una determinación concreta que, dado su

---

<sup>42</sup> Cabe aclarar que este concepto no tiene que ver con el que emplea Althusser, aunque parten de la misma influencia freudiana. Geras argumenta que la sobredeterminación que emplea Laclau se entiende como una pluralidad indiferenciada de significados, lo cual es simplemente incompatible con dar algún tipo de prioridad explicativa o causal a una estructura económica objetiva. Es decir, asumir la pluralidad de identidades supone aceptar entonces el contexto económico en el que se desarrollan. Por el contrario, Althusser señala que la sobredeterminación no es ni una causa omnipotente, ni una mera pluralidad de significados, sino una jerarquía de causalidades de pesos desiguales con igual significado sobre una realidad concreta, lo cual corresponde a una incoherencia casi tautológica, ya que si existen causas desiguales, los significados deben ser correspondientemente digitales, lo cual podemos asumir que influirá definitivamente en el pensamiento laclausiano a la hora de establecer la pluralidad de antagonismos.



carácter último, es unidireccional. Por tanto, ello se traduciría a la misma lógica contradictoria que, a juicio de Laclau y Mouffe, lleva cometiendo el marxismo desde sus orígenes: una totalidad cerrada guiada por una lógica racionalista determinada por la economía que, adicionalmente y en momentos puntuales en los que falle dicha lógica, despliegue una dualidad guiada por las sobredeterminaciones, y siendo así, la lógica del predominio de la economía quedaría invalidada.

En segundo lugar, Laclau y Mouffe se preguntan entonces acerca de la validez de la garantía de las condiciones de existencia como fórmula que sirva de nexo entre sujetos y elementos. Como ellos mismos afirman,

no podemos deducir, a partir de las condiciones de existencia de cierto tipo de relación especificada conceptualmente, la necesidad de que esas condiciones se cumplan o adopten formas específicas. (2001, págs. 138-139)

Es decir, si a partir de una realidad concreta se ha establecido una relación conceptual determinada, ello no significa que ésta vaya a cumplirse en el futuro y en cualquier localización, ya que la realidad que describe podría cambiar en cualquier momento. En consecuencia, si sucediera, ello exigiría una redefinición de la relación conceptual, poniendo en peligro no solo dicha relación, sino que estaría comprometiendo el criterio lógico que se había establecido originariamente. A su vez, Laclau y Mouffe desechan la posibilidad de concebir la garantía de las condiciones de existencia de determinados objetos como una forma de articular elementos diferenciales, ya que dicho término solo establece las condiciones que garantizan la existencia de los objetos, pero no la relación existente entre ellos (2001, pág. 140).

De este modo, Laclau y Mouffe extraen dos interesantes conclusiones. En primer lugar, cuando niegan la posibilidad de existencia de un discurso con elementos dados apriorísticamente, lo que quieren demostrar es la imposibilidad de construir un discurso no solo con aspiraciones de inmutabilidad, sino también que sea capaz de anticiparse o predecir los comportamientos sociales futuros, ya que el carácter contingente de la vida social nunca tiene encaje definitivo dentro de las coordenadas de un discurso. El significado de lo contingente, en tanto que suceso no previsto por el discurso dado *a priori*, rompe con la lógica descriptiva de una realidad definitivamente cerrada, es decir, ya acabada y cuya descripción aspira a ser inalterable. Es por ello que, el rechazo del establecimiento de un principio o discurso *a priori* invierte la posición que posee el

discurso respecto a la realidad: si en su lugar se acepta el hecho de que la realidad es cambiante, y se observa a ésta siempre sujeta a lo contingente, el discurso nunca puede preceder a la realidad: el discurso es una descripción *concreta* de la realidad, y por tanto que emerge a partir de ella. Y en tanto que esta siempre es cambiante, y nunca cerrada, la posición del discurso hegemónico que reafirma dicha realidad siempre permanecerá bajo amenaza de desconectarse de la realidad si no se adapta permanentemente a ella. Pero como señala Jameson, esta imposibilidad de acceder de forma transparente a los objetos no implica rechazar planamente el conocimiento del mundo –la realidad es cognoscible, pero irrepresentable- (1996, pág. 71), lo que nos permite ir extrayendo juicios a medida que vamos ampliando nuestros conocimientos acerca de una cuestión, que a su vez servirá para reforzar o debilitar un relato determinado. Por otra parte, y en línea con la premisa anterior, las predicciones y definiciones del marxismo que observan Laclau y Mouffe se ven frustradas en la medida en que los denominados intereses de la clase obrera no son predecibles, ni determinables *a priori*, ya que las preferencias individuales no necesariamente son iguales, ni homogéneos, ni están condicionados directamente por su extracción social. En su lugar, Laclau y Mouffe deducen que las preferencias individuales no son producto de un proceso racional de toma de decisiones, ni mucho menos fruto de un mecanicismo economicista, en el que la pertenencia a una determinada clase social condicione las preferencias e intereses de la clase obrera, sino que éstas siempre se verán condicionadas por otros elementos como el subconsciente, las emociones y los afectos. Pero es precisamente por este motivo, que la necesidad de supervivencia –el cual también condiciona nuestro proceso racional de toma de decisiones-, posibilita tener en consideración la economía como factor fundamental. Como señala Engels a continuación, tanto él como Marx también eran conscientes de esta inaccesibilidad transparente a los objetos:

[...] no se puede en modo alguno evitar que todo cuanto mueve al hombre tenga que pasar necesariamente por su cabeza: hasta el comer y el beber, procesos que comienzan con la sensación de hambre y sed, sentida con la cabeza, y terminan en la sensación de saciedad, sentida también con la cabeza. Las impresiones que el mundo exterior produce sobre el hombre se expresan en su cabeza, se reflejan en ella bajo la forma de sentimientos, de pensamientos, de impulsos, de actos de voluntad; en una palabra, de «corrientes ideales», convirtiéndose en «factores ideales» bajo esta forma. Y si el hecho de que un hombre se deje llevar por estas «corrientes ideales» y permita que los «factores ideales» influyan en él, si este hecho le convierte en idealista, todo hombre de desarrollo relativamente normal

será un idealista innato y ¿de dónde van a salir, entonces, los materialistas? (ENGELS, 1980, pág. 195)

En otras palabras, en el ámbito del marxismo pueden diferenciarse dos esferas. Por una parte, su operatividad novedosa, el análisis científico de la realidad frente al idealismo. Por otra parte, la construcción del discurso a partir de dicho análisis supuestamente científico. El problema, sin embargo, es la malinterpretación que emerge al identificar el primer punto con el segundo, y su pretensión de convertir el discurso marxista en una verdad epistemológica. A consecuencia de ello, para los marxistas, la interpretación del marxismo que proporcionan Laclau y Mouffe está repleta de imprecisiones. Como señala Geras, Laclau y Mouffe establecen una definición tan limitada del marxismo que les permite tenderse su propia trampa y llegar a la conclusión de que es necesaria su superación. En primer lugar, toman en consideración una interpretación sumamente estricta del concepto «determinación». De las críticas de Laclau y Mouffe se desprende que la interpretación del significado de la palabra «determinar» implica una estricta relación causa-efecto, es decir, posee un carácter unidireccional y preeminente. Para Geras, es ineludible considerar que la economía influye en nuestra concepción de la sociedad, pero ni es exclusiva, ni mucho menos, el único elemento –tal y como señala precisamente Engels-. De este modo, la lectura de la Historia trasciende cualquier consideración simplificadora de carácter económico, y por tanto supone abrir todo un amplio abanico de posibilidades de interpretación de la realidad, más allá de las relaciones de producción. De hecho, tal y como advierte Anderson acerca de *El Capital*, la obra referencial de la Segunda Internacional y de autores como Althusser, no solo mantiene grandes diferencias entre la edición original de 1867 –de apariencia mucho más determinista- respecto a escritos posteriores acerca de la situación en Rusia, donde es más abierto y multilineal, sino que además, en ediciones posteriores se reescribirán algunos fragmentos con el fin de acabar con esta interpretación esencialista (2020, pág. 22)<sup>43</sup>. Una manera más clarificadora de comprender tales fragmentos es atendiendo a su traducción original. Tal y como afirma Borón, el concepto «determinación», tal y como se menciona en el *Prólogo de la Contribución* del cual el posmarxismo toma como referencia, es

---

<sup>43</sup> El que Anderson señala es interesante. Mientras que en la edición de 1867 Marx escribe «El país más desarrollado industrialmente sólo muestra a los menos avanzados la imagen de su propio futuro», en ediciones posteriores reescribirá este apartado como «El país más desarrollado industrialmente sólo muestra, a quienes le siguen en la escala industrial [*le suivent sur l'échelle industrielle*], la imagen de su propio futuro, con el fin de evitar interpretaciones deterministas del mismo, atendiendo a acontecimientos recientes.

desafortunada, producto de una mala traducción. El término original que emplea Marx en dicha cita es *bedingen* –y no *bestimmen*, que en efecto significa «determinar»-, el cual se traduce del alemán como «condicionar, requerir, presuponer o implicar» (2006, pág. 48). A partir de aquí, según Borón, la lectura del *Prólogo* cambia todo su significado: supone una interpretación más relajada del papel que la economía supone en la superestructura, tal y como Geras propuso interpretar, y se le atribuye un mayor protagonismo a otro tipo de determinaciones que Laclau y Mouffe insisten en remarcar. Es aquí donde puede encontrarse que la percepción primaria de la relación entre base y superestructura se altera hacia una más flexible e interrelacionada, y pueden concebirse otras posibilidades de interpretación de la realidad desde una perspectiva marxista, también en otros aspectos, como el grado en que se concretan dichas determinaciones. Por ejemplo, Laclau y Mouffe critican el carácter ambiguo de la expresión «autonomía relativa», en lo respectivo a la relación establecida entre el Estado y la sociedad. Paradójicamente, Laclau y Mouffe vuelven a tenderse una trampa conceptual: exigen tal grado de concreción que solo cabe concluir que esta relación no es posible y, por tanto, sugieren abandonar toda posibilidad de definir ningún tipo de determinación social externa al individuo. La metáfora a la que recurre Geras de sí mismo atado a un poste es útil a la hora de explicar que la autonomía relativa se define como la capacidad para actuar libremente dentro de las limitaciones en las que uno se encuentra. Dentro de estos parámetros, el marxismo no se ve comprometido ni se sitúa en una tesitura difícil de contemplar que implique su superación o deconstrucción, tal y como Laclau y Mouffe sugieren (2001, págs. 183-184).

Tal y como señala Engels, son precisamente quienes se empeñan en buscar «causas acá y determinaciones allá», o establecer una relación unidireccional de determinación de la economía sobre la superestructura, quienes contribuyen a una rígida concepción del marxismo (1980, págs. 278-279). En su lugar, cabe señalar que, para ambos autores, si bien ayudaba a comprender las motivaciones y causalidades de los procesos sociales que estaban teniendo lugar, el propósito no era garantizar sus predicciones del futuro, sino más bien comprender las causas y determinaciones que posibilitaran la transformación de la sociedad a través de la acción política misma. Un fragmento muy ilustrativo de Marx al respecto es el siguiente:

Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado. La tradición de

todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. (1985, pág. 31)

De este modo, el margen de libertad de decisión de un individuo está limitado por sus condicionantes. Una persona puede decidir libremente acerca de su religión, pero solo podrá elegir la religión en la medida en que conozca otras religiones. Un individuo puede elegir libremente si comete un acto delictivo o no, pero solo en la medida en que es disuadido a hacerlo al ser consciente de sus consecuencias legales, o bien que otros factores como el hambre, la coacción, la drogodependencia, etcétera, le empujen a cometerlo. Un individuo puede libremente acordar con otra persona sus condiciones de trabajo, pero su poder de negociación quedará condicionado por su temor a perder el empleo, a sus oportunidades laborales o a su situación de necesidad. Todos estos factores constituyen condicionantes que limitan la libertad de los individuos, pero ellos no determinan su comportamiento futuro; en cualquier caso podrían convertirse en la razón misma de su superación mediante una rebelión contra tales determinantes.

Por este motivo, tal vez, desprecien asimismo el concepto althusseriano, sociológico, de sobredeterminación, para reemplazarlo por su significado originalmente psicológico: si hay un centro que está sobredeterminado no es otra cosa que el individuo, dado que no hay ninguna determinación -sobredeterminada- predominante al resto. Sin embargo, a este respecto, tal vez sea más clarificador un apunte que realiza Zizek al respecto, cuando concluye que la concepción althusseriana de sobredeterminación obedece a la intención de reemplazar la concepción hegeliana del «fundamento completo»:

En el marxismo tradicional, por ejemplo, la llamada «base económica», la estructura del proceso de producción, es el momento que, a pesar de los inconvenientes de la notable «última instancia», determina todos los otros momentos (la superestructura política e ideológica). Aquí, por supuesto, enseguida surge una pregunta: ¿por qué *este* momento y no otro? Es decir, en cuanto aislamos un momento del todo y lo concebimos como su «fundamento», también debemos tener en cuenta cómo el fundamento mismo es determinado por la totalidad de las relaciones en que opera como fundamento: el «fundamento» solo puede ejercer su función elemental dentro de una red de condiciones definida con precisión. [...] Es crucial entender la naturaleza precisa del logro de Hegel: no presenta otro *supraGround* más «profundo» que fundaría el fundamento mismo; simplemente fundamenta el fundamento en la totalidad de sus relaciones con el contenido fundamentado. En este sentido preciso, el fundamento completo es la unidad de fundamento formal y real: es el fundamento real cuyas relaciones elementales con el contenido restante nuevamente está fundamentado... ¿en qué? *En sí mismo, es decir, en la*

*totalidad de sus relaciones con lo fundamentado. [...] En Para leer El capital, Louis Althusser se esforzó por articular el quiebre epistemológico del marxismo mediante un nuevo concepto de causalidad, «sobredeterminación». [...] ¿Qué es el «fundamento completo» sino el nombre de una «estructura compleja» en la cual la instancia determinante misma está (sobre)determinada por la red de relaciones dentro de las cuales ejerce su papel determinante? (1993, págs. 145-147)*

Esta lectura de las determinaciones posibilita no solo una mayor «horizontalidad» de las relaciones de causalidad, sino también entender que lo determinado es, a su vez, determinante del resto de identidades, una característica compartida por Laclau y Mouffe cuando éstos reivindican el carácter relacional de las identidades. Pero es precisamente Marx quien señala la existencia de dicha relacionalidad cuando afirma que la asociación de trabajadores no está fundamentada en sí misma, sino que existe a causa de un fenómeno externo a ellos, el capital:

*[...] la asociación de obreros, tal como se presenta en la fábrica, tampoco es puesta por ellos, sino por el capital. Su asociación no es su existencia, sino la existencia del capital. Ante el obrero individual esa asociación se presenta como accidental. Aquél se vincula a su propia asociación con los demás obreros y a su cooperación con ellos como algo ajeno, como a un modo de operar del capital. (2007, pág. 86)*

Dicho de otro modo, expone cómo la existencia de la asociación de trabajadores posee su razón de ser a partir de la existencia del capital, y como si ella ésta no tendría sentido, del mismo modo que el capital tampoco lo tendría sin los trabajadores. No en vano llegó a señalar Marx en los *Grundrisse* lo siguiente:

*Lo concreto es concreto porque es la síntesis de muchas determinaciones; es por consiguiente, la unidad de lo diverso. Es por eso que en el pensamiento actúa como proceso de síntesis, como resultado y no como punto de partida; aunque de hecho constituye el punto de partida real y por eso mismo también el punto de partida de la contemplación y la representación. (2007, pág. 21)*

Teniendo presente el fundamento completo hegeliano a través de la lectura de este fragmento, no es tan difícil sospechar que la economía, a pesar de constituir una determinación a su vez determinada de una totalidad, se había convertido en el punto de partida del análisis marxista, pero no por ello en un determinante preeminente sobre el resto, ni mucho menos, en el único determinante. Por supuesto, su crítica también estaba orientada hacia el hecho de que tal perspectiva economicista, entendida como totalidad cerrada, era lo suficientemente estrecha como para ser capaz de integrar a aquellas nuevas

preocupaciones sociales emergentes, que trascendían la pura lógica de las relaciones económicas, como el anticolonialismo, el feminismo, el ecologismo o la libertad sexual. Sin embargo, esta creencia común contrasta con algunas de las afirmaciones de Marx y Engels. En lo referente al ecologismo, Marx mostraba su preocupación acerca de cómo el capitalismo no solo domina «el arte de despojar al obrero, sino simultáneamente el de agotar el suelo», el cual lo califica de estar sometido a «un proceso de destrucción» (1990, pág. 463). En el texto introductorio de 1876 *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*, Engels explicita:

Cuando en Cuba los plantadores españoles quemaban los bosques en las laderas de las montañas para obtener con la ceniza un abono que sólo les alcanzaba para fertilizar una generación de cafetos de alto rendimiento, ¡poco les importaba que las lluvias torrenciales de los trópicos barriesen la capa vegetal del suelo, privada de la protección de los árboles, y no dejasen tras sí más que rocas desnudas! (1980, pág. 39)

Asimismo, la amplitud de dichos análisis, tal y como expone Kevin B. Anderson, se extiende a otros ámbitos como el colonialismo, el feminismo o el racismo. Como se ha visto con anterioridad, la aspiración de remover los determinantes que condicionan la libertad del individuo van más allá de los antagonismos de clase, y al mismo tiempo, los antagonismos sociales no son reducidos a un único determinante, sea éste economicista o de cualquier otro tipo (2020, pág. 7). Además, las posibilidades de concebir al marxismo como una totalidad cerrada –en el sentido de que posee una esencia inalterable–, se vienen abajo cuando encontramos en muchos de los fragmentos de sus autores, su permanente proclividad a la refutación de sus propias teorías. Como señala Hobsbawm, Marx reconocería frustradas sus propias previsiones de un potencial estallido revolucionario ante la crisis de 1857 en Inglaterra (2010, págs. 141-142). Asimismo, Balibar (1974) ya expondría las continuas autocorrecciones que tanto Marx como Engels realizarían en el *Manifiesto Comunista*, atendiendo a los diferentes cambios históricos y sociales que estaban teniendo lugar con el paso de los años. Además, Engels insistiría repetidamente, a través de cartas y escritos aclaratorios, afirmaciones como la siguiente:

[...] en el curso del desarrollo ulterior de la filosofía, el idealismo también se hizo insostenible y fue negado por el materialismo moderno. [...] Además, ya no es tampoco una filosofía como tal, sino una simple intuición del mundo que debe probarse y realizarse, no en una ciencia de las ciencias que tiene una existencia aislada, sino en las diversas ciencias positivas. (1968, pág. 57)

Además, con posterioridad, las conclusiones a las que llegaría el pensador alemán fueron que, dadas las circunstancias económicas, sociales y políticas de Inglaterra, no sería posible la transformación de una revolución en un contexto industrialmente desarrollado, sino donde las contradicciones entre el viejo y el nuevo mundo industrial fueran más acentuadas:

Todos los sectores de la sociedad rusa están en completa desintegración económica, moral e intelectual. Esta vez la revolución empezará en Oriente, que ha sido hasta ahora fortaleza inexpugnable y ejército de reserva de la contrarrevolución. (MARX, 1973, pág. 286)

La atención prestada por Marx hacia Asia, Sudamérica, África o Rusia en sus últimos años obedecían precisamente a esta nueva hipótesis: eran en aquellas comunidades aún sin industrializar donde los rasgos comunitarios eran más intensos y proclives a sufrir contradicciones más violentas ante las transformaciones sociales propias del capitalismo industrial (ANDERSON K. B., 2020, págs. 7, 18-21). Asimismo, tal y como Geras advierte, no puede observarse al marxismo desde las lentes de una formulación teórica de carácter estático que sea válido en todo contexto histórico y geográfico, pues dicho comportamiento iría contra la propia lógica de la dialéctica, tal y como Engels toma en consideración:

[...] que el concepto de tiempo se transforme en la idea más general del ser, eso no nos hace adelantar un paso en la cuestión, porque las formas esenciales de todo ser son el espacio y el tiempo, y un ser fuera del tiempo es un absurdo tan grande como fuera del espacio. (1968, págs. 19-20)

Ello obligaría entonces a defender más bien una tesis contextualista, donde las circunstancias sociales vienen dadas de forma diferente según la localización y el contexto temporal. De hecho, Karl Marx identifica tales diferencias cuando considera incluso la posibilidad de vías pacíficas a la revolución en Estados Unidos y Reino Unido, si bien por motivos diferentes –aún no eran Estados burocratizados ni militaristas-:

Sabemos que hay que tener en cuenta las instituciones, las costumbres y las tradiciones de los diferentes países; y nosotros no negamos que existan países como América, Inglaterra y, si yo conociera mejor vuestras instituciones, agregaría Holanda en los que los trabajadores pueden llegar a su objetivo por medios pacíficos. Si bien esto es cierto, debemos reconocer también que en la mayoría de los países del continente será la fuerza la que deberá servir de palanca de nuestras revoluciones. (1980, págs. 174-175)

Como se verá más adelante con el concepto laclausiano de discurso, ¿acaso no se reconoce en este fragmento que el marxismo no es más que un discurso, cuya novedad



respecto a otras concepciones e ideologías de la época radicaba en el reconocimiento de que sus fundamentos se basan precisamente en el análisis científico de la realidad y no en constructos y presupuestos idealistas? En definitiva, los marcos entre los que Laclau y Mouffe pretenden encajar el marxismo original como una totalidad cerrada, no parecen cuadrar del todo. Como señala Ludovico Silva,

[...] el marxismo —al menos el de Marx— nunca se quiso imponer como un «sistema filosófico» en el sentido de sus predecesores: sistema que requeriría una legión de discípulos o «ideólogos» con espíritu escolástico, dedicados a corregir pequeñas fallas del gran aparato y a apretar sus tuercas, al modo como los agustinos comentan a San Agustín. Que haya quienes han interpretado así la misión de ser «marxista», es otra cosa. Marx no nos dejó ningún sistema a la antigua, sino un conjunto de observaciones fundamentales sobre la sociedad y un método para estudiar, sin engañarnos, el carácter de las verdaderas relaciones que existen entre los hombres en cada tipo de sociedad. (2017, pág. 87)

Pero entonces ¿A qué se debe esta concepción cerrada del marxismo por parte de Laclau y Mouffe? Pasemos a analizar los textos que toman de referencia.

#### *El marxismo de la Segunda Internacional*

Laclau y Mouffe parten de *La Lucha de Clases*, de Karl Kautsky, el cual considerarán como un «texto precrisis», para señalar los vicios de los que adolecería el marxismo de manera intrínseca. En este texto, se asientan los puntos centrales que pondrían en evidencia algunos de los defectos que la lectura marxista de la realidad social y política ha implicado a lo largo del siglo XX. Entre estas valoraciones se encuentran la pauperización progresiva de las condiciones materiales de la clase obrera y la tendencial simplificación de la estructura social capitalista, lo cual se derivaría en una mayor evidencia de los antagonismos entre la clase obrera y la clase burguesa, lo cual acabaría desembocando de forma ineludible en una revolución social. Esta tesis, conocida como la *teoría del colapso*, estaría dominado, a juicio de Laclau y Mouffe, por la lógica de la necesidad: se encuentra bajo una dinámica autosuficiente y endógena propia del «discurso cerrado» -mencionado en el apartado anterior-, ya que está subordinada a las condiciones del capitalismo, reflatando de nuevo una concepción estructuralista de la revolución. La acción política debía emerger por sí sola, a lo que irónicamente Laclau y Mouffe llamarán el «advenimiento proletario».

De acuerdo con los autores posmarxistas, a pesar de que tales previsiones se daban en un contexto geográfico y temporal concreto –en Alemania, donde la burguesía liberal no había acabado de asentarse como en Inglaterra o Francia, a medida que fue desarrollándose el capitalismo bajo el Segundo Reich, sobre todo tras el fin de la crisis de 1870, las relaciones sociales fueron complejizándose y las expectativas del colapso fueron difuminándose. Es aquí donde comienzan a tener lugar los primeros elementos de la crisis del marxismo, y que para Laclau y Mouffe será relevante al observar que el problema fundamental del marxismo de finales del siglo XIX consistía en «cómo reconstituir la unidad de elementos heterogéneos y dispersos» (2001, pág. 46). Es decir, en cómo dar respuesta a una situación coyuntural que, de acuerdo con la «teoría del colapso» y por extensión, de todo el marxismo de la época, no se estaba cumpliendo.

Tal y como afirma Geras, la crítica a la crisis del marxismo que formulan Laclau y Mouffe no procede de su corpus teórico *original*, sino más bien de los intérpretes inmediatamente posteriores a Marx y Engels<sup>44</sup>. A pesar de que Marx, como ya se ha mencionado anteriormente, ya señalaba cómo la tendencial simplificación de las clases sociales no se estaba produciendo, sino que más bien estaba posibilitando el surgimiento de una gran masa de clase media (1980, págs. 527-528), la «teoría del colapso», cuyo término será acuñado por Eduard Bernstein a modo de crítica y respuesta a las tesis de Kautsky en *Problemas del Socialismo*, será acogida por la Segunda Internacional como prácticamente indiscutible. De hecho, Luxemburgo señalará la aceptación de esta teoría como *conditio sine qua non* para poder ser calificado como socialista científico (2009, pág. 17). Sin embargo, tal y como critica Geras, aquí se evidencia que, para Laclau y Mouffe, no se concibe otra concepción del marxismo más que la ortodoxa, la cual da lugar a una comprensión cerrada del materialismo histórico (1987, págs. 44-46, 57-58). No dan lugar a la posibilidad de una comprensión alternativa de la dialéctica desde una óptica abierta y proclive a acoger elementos externos a los ya analizados.

Según Anderson, existe un hiato importante entre el universo teórico producido por Marx y Engels y sus intérpretes posteriores, principalmente por dos motivos. Por una parte, a una deficiente comprensión de las dinámicas propias de la dialéctica materialista, ya que el sentido de la obra de sus herederos intelectuales «fue el de completar, más que

---

<sup>44</sup> Evitemos en primer lugar cualquier juicio de valor respecto a interpretaciones correctas e incorrectas acerca del marxismo. Precisamente es una práctica muy común en los círculos marxistas y que es precisamente lo que Laclau y Mouffe pretenden superar.

desarrollar» el marxismo. Por otra, y en consecuencia, a una atribución de protagonismo excesivo a la economía, sobre todo por parte del academicismo (2017, págs. 13-16). En consecuencia, los marxistas posteriores a Marx, que habían recibido un corpus teórico contextualizado en un período de relativa estabilidad económica, deberá hacer frente a un gran cúmulo de contradicciones a partir de un nuevo período de profundas transformaciones económicas y sociales (ANDERSON P. , 2017, pág. 16). En lo referente al primer aspecto, cabe atribuir cierta responsabilidad al propio Marx el hecho de Hegel fuera denostado por su idealismo, si bien no por ello reivindicaría su relevancia e influencia en la propia comprensión de su pensamiento, tal y como Marx reconoce:

La mistificación que sufre la dialéctica en las manos de Hegel no impide de modo alguno que fuese el primero en exponer de modo completo y consciente sus formas generales de movimiento. La dialéctica aparece en él puesta de cabeza. Hay que ponerla sobre los pies para descubrir en la envoltura mística la semilla racional. (1990, pág. 22)

A pesar de ello, el hecho de que el idealismo hegeliano fuera considerado en la segunda mitad del siglo XIX como una filosofía superada por el materialismo marxista no suscitaría, en consecuencia, el más mínimo interés por Hegel para comprender el funcionamiento de su dialéctica. Anderson afirma que Marx en ningún momento llegaría a publicar una obra que explicara de forma pormenorizada el funcionamiento de la dialéctica materialista, sino que más bien era comprendido de forma fragmentaria y dispersa a través de sus obras (2017, págs. 10-11). En su lugar, sería Engels quien, a través de correspondencia y de algunas obras como el *Anti-Dühring* y la *Dialéctica de la Naturaleza*, se ocuparía de explicarlo sucintamente, y en consecuencia, daría lugar a numerosos malentendidos en cuanto a su comprensión (DUNAYEVSKAYA, 2017). Marcuse sitúa la disputa conceptual a partir de esta última obra. La confusión emerge cuando de su lectura se desprenden interpretaciones naturalistas de la dialéctica de la historia:

Debemos mencionar al menos la cuestión de si la dialéctica marxista es o no aplicable a la naturaleza, ya que la insistencia en la dialéctica de la Naturaleza constituye –en contraposición con Marx, e incluso, con Lenin- un rasgo distintivo del marxismo soviético. Si la dialéctica marxista es en su estructura conceptual una dialéctica de la realidad histórica, incluirá entonces a la Naturaleza sólo en la medida en que esta última sea parte de la realidad histórica [...]. Pero en la medida en que la Naturaleza sea estudiada prescindiendo de tales relaciones históricas, como es el caso de las ciencias naturales, parece encontrarse fuera del dominio de la dialéctica. (1975, pág. 147)

Sería a partir de tales «problemas de comprensión» de donde se iría fraguando una concepción del marxismo como sistema teórico cerrado y autosuficiente que será asumido por los autores intelectuales inmediatamente posteriores a Marx y Engels; y en consecuencia, Anderson afirma que los autores posteriores a Marx no lograrían captar con suficiente profundidad las influencias filosóficas sobre las que se asentaba el marxismo (2017, pág. 11). Dunayevskaya, quien se refiere a esta generación de autores como «autores post-Marx»<sup>45</sup> (2017, pág. 249), resalta esta carencia como elemento sustancial para una completa comprensión de la dialéctica marxista, y que sospechaba que ni siquiera Engels había logrado expresar con claridad.

Cabe señalar que, además, muchos de los escritos de Marx, a pesar de su relevancia posterior, fueron publicados póstumamente, lo cual podría haber afectado decisivamente a la concepción original del marxismo. Véase el caso de los *Grundrisse*, cuyas notas asentarían un precedente para el desarrollo posterior de *El Capital*, y sin embargo los cuales no se verían publicados hasta 1939; los tomos II y III de *El Capital* serían recopilados por Engels y publicados en 1885 y 1894, respectivamente. La *Crítica al Programa de Gotha*, donde especifica el carácter de la dictadura del proletariado y su famoso *a cada cual según su necesidad, a cada cual según sus capacidades*, no se publicaría hasta 1891. La *Ideología Alemana* y los *Manuscritos de 1844* no fueron publicados íntegramente hasta 1932 en ruso, de modo que no pudieron ser leídos por teóricos como Lenin, Rosa Luxemburgo o Antonio Gramsci. De acuerdo con Anderson, la publicación de los *Manuscritos de 1844* daría lugar a una nueva forma de comprensión del marxismo a través del redescubrimiento de Hegel como piedra angular para la comprensión de la dialéctica desde una perspectiva mucho más amplia del planteado por los autores post-Marx. La reacción no fue muy entusiasta en el marxismo oficial. La presencia de Hegel en el pensamiento de Marx fue interpretada como una influencia teórica fruto de su juventud, el cual posteriormente implicaría una ruptura y superación a través de la lectura de Feuerbach, y un progresivo perfeccionamiento intelectual que culminaría en su redacción de *El Capital*. Sin embargo, los *Manuscritos* fueron recibidos con entusiasmo en el mundo anglosajón y posteriormente en Latinoamérica, así como a través de autores marxistas situados tanto en los márgenes de la ortodoxia del PCUS, como Georg Lukács, quien tras haber formado parte del equipo de recuperación de los

---

<sup>45</sup> No debe confundirse con el denominado posmarxismo, en el cual suelen agruparse a autores como Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, al ser considerados no como autores posteriores a Marx, sino como «superadores» del marxismo.

*Manuscritos* publicó *Historia y Conciencia de Clase* -lo que le llevaría a la tésitura de verse en una peculiar y permanente autocensura dentro de las filas del PCUS hasta su expulsión en 1957-, como aquellos autores que residieron gran parte de su vida fuera de Europa, como Korsch y su *Marxismo y filosofía*, o Marcuse, con *Razón y revolución*, o *El Marxismo Soviético*.

El redescubrimiento de una lectura hegeliana de Marx desplegaría una serie de efectos que alteraría positivamente la comprensión de la dialéctica materialista. Para Kohan, al leer a Marx desde Hegel, se entiende que cuando Marx afirma en *El Capital* que «la verdad es la totalidad», no puede leerse desde una perspectiva aislada, cerrada e inmutable, como lo conciben los ortodoxos, o como lo interpretan Laclau y Mouffe para criticarlo, sino como una afirmación última pero no definitiva. Dicho de otra manera: la totalidad de elementos que constituyen la realidad forman parte de la verdad...de forma transitoria y precaria. De esta manera, Kohan deducirá que Marx concibe la noción de verdad como intersubjetividad, en una relación objeto-sujeto que se construye como un todo que no deja de redefinirse (2013, págs. 77-88). En otras palabras, la verdad es entendida como el predominio o hegemonía de una interpretación de la realidad que siempre es relacional, tesis que tanto Laclau como Mouffe defienden.

La influencia progresista en el campo de la filosofía decimonónica concebía al idealismo hegeliano como una ontología superada por el materialismo mecanicista, y éste a su vez por la dialéctica materialista<sup>46</sup>. Según Anderson, Hegel había sido prácticamente desechado como teórico filosófico válido en torno a la década de los cuarenta del siglo XIX, e incluso Feuerbach fue considerado más relevante en su aportación materialista por autores como Plejánov. A pesar de que se tendrá en consideración la influencia previa de Hegel y Feuerbach en Marx, la teoría marxista era estudiada más bien como un sistema filosófico autónomo –Anderson hablaría de la creación de una especie de «Discurso del Método» propio-, y por tanto entendería la dialéctica tan sólo dentro de los términos y límites interpretativos contemplados en la obra de Marx. De igual forma, y de acuerdo con esta concepción, *El Capital* sería concebido como el culmen de este proceso de superación de influencias previas, tal y como señalarían autores como Althusser.

---

<sup>46</sup> Una cuestión que evidencia tal percepción progresista se encuentra en la respuesta que formula Kautsky a Bernstein al proponer este último una recuperación de Kant, cuando a juicio de Kautsky, la filosofía kantiana era una fórmula ampliamente superada.

Como resultado, todo ello daría lugar a una concepción del marxismo mucho más monolítica por parte de sus seguidores intelectuales, que entrelazaba una perspectiva esencialmente economicista con un intenso determinismo socio-histórico, lo que supondría que los procesos sociales fueran interpretados de acuerdo a unas leyes ineluctables de la Historia. Esta rígida y limitada interpretación de la dialéctica – igualmente criticada por sus contemporáneos no marxistas- sería aclarada por Engels (1980) en una carta escrita a Schmidt en 1890, donde afirma lo siguiente respecto de sus críticos:

De lo que adolecen todos estos señores es de falta de dialéctica. No ven más que causas aquí y efectos allí. Que esto es una abstracción vacía, que en el mundo real estas antítesis polares metafísicas no existen más que en momentos de crisis y que la gran trayectoria de las cosas discurre toda ella bajo formas de acciones y reacciones –aunque de fuerzas muy desiguales, la más fuerte, más primaria y más decisiva de las cuales es el movimiento económico–, que aquí no hay nada absoluto y todo es relativo, es cosa que ellos no ven; *para ellos, no ha existido Hegel.*

De este texto podemos extraer que, para Engels, el papel que ejerce la explicación de las determinaciones no puede tomarse más en serio de lo resulta de un ejercicio meramente articulador del discurso: *una abstracción vacía*. Nótese al final del fragmento –«que aquí no hay nada absoluto y todo es relativo, es cosa que ellos no ven; para ellos, no ha existido Hegel»- una cuestión fundamental: toda afirmación que tanto Marx como Engels pudieran realizar, no obedece más que a un ámbito meramente provisional, que en cualquier momento puede devaluarse o perder vigencia para ser sustituido por otra premisa más válida o actualizada. En su lugar, el análisis de tales acciones o reacciones en una realidad en permanente cambio no sirven más que para fundamentar de manera científica –en contraste con relatos mitificados-, precisamente, un cierto discurso que busca desplegar una serie de efectos políticos en las masas interpeladas.

De esta guisa, los autores post-Marx, al prescindir de la capacidad creadora de la dialéctica hegeliana –la cual siempre da lugar a nuevas contradicciones- como teoría válida por parte de sus intérpretes posteriores, y sustituirla por una «dialéctica» acotada a unas circunstancias sociales e históricas concretas y específicas, se cercenan las potencialidades que ésta ofrece hacia ámbitos mucho más extensos que los exclusivamente analizados por Marx y Engels, y aprovechando a su vez las innovaciones teóricas que el marxismo pudo aportar. Más bien la pretensión de convertir el materialismo histórico en ciencia generaría el efecto contrario: en lugar de regirse por

criterios de falsabilidad y corrección continua, el marxismo de la Segunda Internacional acabaría por convertirse en palabra sacra.

Este determinismo se intrinca pues con un universalismo que atraviesa, precisamente, el espacio y el tiempo. Si bien autores como Plejánov serán conscientes de que existen diferencias culturales, económicas e históricas entre Estados, conciben sin embargo que todos se encuentran insertos en una misma línea de desarrollo histórico ya prevista y predeterminada, en el que cada país se sitúa en una fase diferente que, antes o después, irá superando (1975, págs. 100-102). Es esta interpretación, y no la que se ha analizado previamente con Marx, la que emplearán Laclau y Mouffe como crítica al determinismo marxista.

De acuerdo con Kouvelakis, Plejánov, que se erigía como el máximo intérprete filosófico del marxismo, basó la doctrina oficial de la Segunda Internacional

en una variante de evolucionismo científico y determinismo con pretensiones materialistas, combinada con un quietismo político que, con la excepción de Labriola, solamente se veía desafiado dentro de la Internacional por los revisionistas. (2010, pág. 166)

Por otra parte, y como critican Laclau y Mouffe, en consecuencia, Kautsky basaría su estrategia de acción política en limitarse a la propaganda política mientras permanecía a la espera de una crisis social en la que el proletariado estuviera bien provisto de conciencia de clase. Sin embargo, no concibe que tales tendencias pudieran verse frustradas, sino que cualquier variación de los acontecimientos era interpretado como una reconducción hacia el propósito inicial. Tal y como afirman Laclau y Mouffe:

el capitalismo cambia, pero ese cambio no es sino el despliegue de sus tendencias y contradicciones endógenas. Aquí nada limita la lógica de la necesidad: es lo que convierte al texto de Kautsky –en referencia a *Las Clases Sociales*- en un texto precrisis. (2001, pág. 42)

Esta tesis contrasta con lo expresado en Marx y Engels en *La Miseria de la Filosofía* al indicar que dicha interrelación condiciona la realidad y naturaleza de la clase obrera. De este modo, la percepción de Laclau y Mouffe respecto del marxismo ha sido el predominio de una línea interpretativa de carácter ortodoxo que procede de las exiguas interpretaciones de la dialéctica hegeliana y que había acabado desembocando en el estalinismo y sus formas totalitarias. De acuerdo con esta percepción, la línea de Kautsky y Plejánov como teoría cerrada habría devenido en una concepción de sociedad cerrada como la soviética, donde no cabría posibilidad para el disenso. Sin embargo, precisamente

el triunfo de la Revolución Rusa tuvo lugar al haber desafiado los postulados oficiales de la Segunda Internacional. En los mismos términos, Lenin calificará en repetidas ocasiones de «escolásticos» y de «idealistas» a quienes realizan una interpretación esencialista del marxismo (1981, pág. 519).

A pesar de los esfuerzos depositados por autores como Labriola, Luxemburgo, Lenin, o Gramsci para revertir las rígidas interpretaciones del marxismo de la Segunda Internacional, la instauración del bloque soviético y la Tercera Internacional dará lugar a una nueva oficialidad que se remitirá de nuevo a las interpretaciones naturalistas, a un retorno a la «dialéctica petrificada» de la Segunda Internacional (MARCUSE, 1975, págs. 139-152). Como Marcuse afirma, éstas se convertirán en la referencia típica que dirigentes como Stalin emplearán para explicar la dialéctica en obras como *Sobre el materialismo dialéctico y el materialismo histórico* (1975, págs. 139-152). De aquí podría desprenderse la idea de que, tal vez por ello, la experiencia del socialismo real, adquiriera –de nuevo– un rígido carácter interpretativo que aspirara a la sociedad suturada.

Como se ha podido observar, aunque entonces es lógica la deducción de Laclau y Mouffe al interpretar la aspiración de la sociedad suturada del socialismo real como un resultado de las fórmulas cerradas del marxismo ortodoxo, es sin embargo, un análisis superficial y limitante al observar la existencia de *otro* marxismo, más abierto y flexible. Por tanto, tal y como argumenta Geras, ciertamente Laclau y Mouffe plantean un problema inexistente que consideran virtualmente irresoluble desde el punto de vista teórico (1987, págs. 47-48). Sin embargo ello no es óbice para prestar atención a las motivaciones de Laclau y Mouffe para superar al marxismo. El análisis que realizan partiendo de autores como Kautsky, Bernstein y Sorel, ejemplifican a la perfección la lectura exclusivamente economicista que significaría el fracaso de cualquier propósito revolucionario en el marxismo occidental.

#### *Bernstein y Sorel*

Laclau y Mouffe clasifican en tres las respuestas a este «callejón sin salida». Una ortodoxa, en la que se situarían generacionalmente Kautsky, Plejánov y Labriola, así como la «ortodoxia abierta» del austromarxismo; una revisionista, en la que destaca Bernstein; y por último, el sindicalismo de Sorel, el cual reflejaría una posición más crítica con la totalidad del marxismo en sí, y en concreto con el marxismo de *El Capital*



(2001, págs. 46-75). De igual manera, a juicio de Laclau y Mouffe, las respuestas que autores como Rosa Luxemburgo, Lenin o Antonio Gramsci pretenden dar no son considerados al mismo nivel que los mencionados previamente, sino que constituirían «excepciones» ante las deficiencias existenciales del marxismo (2001, págs. 77-109).

En el caso de Bernstein –así como de Hilferding, aunque con matices-, en sus célebres y polémicos artículos publicados en la *Neue Zeit* comenzó a advertir que el aumento de la concentración de capital tendía a estabilizar la sociedad. Con ello llegaría a la conclusión de que ante un contexto social en fase de fragmentación y despolitización del capitalismo, la transformación revolucionaria no tenía cabida por sí sola de forma natural. Como solución, Bernstein consideraría más oportuno asumir la fragmentación social y apostar por la reforma de las condiciones sociales sin alterar los pilares del sistema económico capitalista. De este modo, Bernstein parte de una hipótesis marcada por el marxismo ortodoxo para constatar su falsabilidad, y en consecuencia, revisar no solo la hipótesis, sino toda la teoría marxista. Un ejemplo ilustrativo de este hecho se encuentra en el abandono de la concepción de la lucha de clases a cambio de apostar por la «paz social».

Sorel se encontraría en el punto medio entre Bernstein y Kautsky, reconociendo las tendencias del capitalismo que tanto revisionistas como austromarxistas iban apuntando pero, a su vez, reivindicando una reorganización revolucionaria de la clase obrera en el nuevo contexto (LACLAU, 1993, pág. 135). Sin embargo, Geras alega que la lectura que Laclau y Mouffe realizan a través de autores como Bernstein o Sorel no ayuda a hacer una crítica constructiva del marxismo, ya que ambos se distancian de él al dar la espalda a sus fundamentos más esenciales (1987, págs. 55-58). Mientras que Bernstein rechaza la lucha de clases, Sorel abandona toda lectura de la sociedad en términos dialécticos para convertir la acción política en un fin en sí mismo.

Precisamente al aislar el concepto de clase del materialismo histórico como lo hicieron Bernstein y Sorel, tendrá una serie de efectos que acaban por desvirtuar los fundamentos del marxismo. En el caso de Sorel, al situar a la clase a un nivel de relevancia central, pero desproveyéndose de todo su contenido progresista, refugiándose en la nostalgia y el mito, terminará por refugiarse en un sindicalismo revolucionario de corte protofascista. En el caso de Bernstein, al depositar su confianza en una concepción de progreso que prescinde de la lucha de clases, terminará asentando las bases teóricas de la socialdemocracia actual. Sin embargo, observemos todas las posibilidades dentro del campo de la teoría marxista.

*Luxemburgo y Lenin*

El primer dualismo que señalan Laclau y Mouffe se encuentra en Rosa Luxemburgo, que buscaba lograr la conjugación de la relación contradictoria entre las demandas contingentes y la necesidad histórica que planteaba la «teoría del colapso». Tal resultado desembocaría, a juicio de Laclau y Mouffe, en un doble vacío que supuestamente desbarataba cualquier posibilidad de éxito del monismo economicista del marxismo. De este modo, Luxemburgo recurriría a elementos *externos* al marxismo para proporcionar una respuesta ante las limitaciones que planteaba la lectura endógena del marxismo ortodoxo. Este doble vacío, sin embargo, puede interpretarse no solo como un dispositivo de excepción ante la «normalidad monista» del marxismo, tal y como insinúan Laclau y Mouffe, sino como una lectura alternativa de todo el marxismo. Desde luego, los textos de Luxemburgo serán el mayor reflejo de las contradicciones que experimentaba la ortodoxia: ante la fragmentación de intereses sociales producto de los efectos del capitalismo desarrollado, es a través del proceso de lucha por las reivindicaciones de clase cómo se construye la tan ansiada unidad obrera –algo que Geras comparte, pero también Laclau y Mouffe-. Tal y como señalan, ante una situación de progresiva fragmentación social donde se multiplican las demandas y preocupaciones sociales, el determinismo histórico de la revolución carece de todo sentido: la clase obrera, a diferencia de lo que plantea Kautsky, no debe «prepararse» para cuando «llegue» la revolución, sino que debe construirse. Geras pondrá en valor, precisamente, esta labor por parte de Luxemburgo, al demostrar que es posible construir un sujeto político desde las coordenadas del marxismo (1987, pág. 60). A partir de aquí las concepciones divergen entre Luxemburgo y otros teóricos como Lenin. Mientras que la primera observaba el potencial revolucionario de una clase obrera alemana que era capaz de reivindicar por sí misma ciertas demandas sociales de carácter parcial, el segundo concebía tal situación como un estado primigenio de los trabajadores, quienes aspiran a una satisfacción de sus demandas sin pretender dar un paso más allá. Es por ello que en *Qué Hacer*, Lenin señalaría que las organizaciones de masas, si se limitan a dar respuesta a las demandas a corto plazo sin una previa formación teórica por parte de la *intelligentsia* solo podría desembocar en «tradeunionismo», como había sucedido en Inglaterra. Pero ello no supone para el autor ruso una interferencia a las tesis marxistas, sino un fenómeno natural fruto de los

cambiantes condicionantes sociales. De hecho Broué destaca una cita de Lenin acerca de su postura sobre el surgimiento de nuevas luchas sociales:

Que los sentimentales se lamenten y giman: ¡Más conflictos! ¡Más diferencias internas!  
¡Aún más polémicas! Nosotros respondemos: jamás se ha formado una socialdemocracia revolucionaria sin un continuo surgimiento de nuevas luchas. (1973, pág. 41)

De esta manera, Lenin no desdeña el papel del espontaneísmo como suele decirse, sino que considera a la espontaneidad producto de un estado previo al de la conciencia de clase, la cual no constituiría un fenómeno automático, sino que debía ser construida por la vanguardia teórica. Por tanto, tanto Luxemburgo como Lenin eran conscientes de la operación de unificación –o de articulación, como diría Laclau– como un objetivo primordial –lo cual implica comprender que previamente existía una dispersión– de la clase obrera partiendo del carácter parcial de las demandas y luchas que tienen lugar en Alemania y Rusia. Este complejo proceso significará para Laclau y Mouffe un proceso de *articulación discursiva* que aspirará a reconstituirse en una unidad simbólica que a su juicio ya estaba en crisis, la clase obrera. La articulación representa precisamente una de las bases definitorias de lo que Laclau y Mouffe pretenden exponer: Tanto Luxemburgo como Lenin harían uso de un elemento simbólico –la clase obrera–, para unificar una diversidad de intereses frente a un adversario común. Esta interpretación puede ayudar a reflexionar acerca de lo que Laclau y Mouffe pretenden transmitir, ya que con ello aspiran desproveer mediante el proceso de articulación discursiva el carácter exclusivo de del sujeto de clase para ampliarla como símbolo hacia un ámbito más extenso.

De igual forma, Luxemburgo desarrollará uno de los elementos que desafiarán la concepción lineal del determinismo historicista de los ortodoxos, el contextualismo, el cual concibe que los procesos históricos pueden ser definidos de forma diferente según el contexto geográfico y temporal. Luxemburgo llegará a la conclusión de que los métodos aplicables a Rusia para lograr alcanzar una profunda transformación social no pueden ser los mismos que los aplicables en Alemania con un capitalismo completamente desarrollado (1974, págs. 48-49), puesto que los elementos condicionantes, la cultura política y el carácter represivo del Estado son diferentes, y por tanto su forma de dar respuesta a sus problemas también lo son; mientras, en el caso de Rusia, dado su duro carácter represivo y las extremas condiciones de vida de la clase obrera, las posibilidades de una revolución violenta eran mayores que las dadas en una Alemania completamente industrializada. En lo que respecta a Lenin, el revolucionario ruso percibiría ciertas

posibilidades de una más profunda comprensión de la dialéctica respecto de sus contemporáneos a través de la lectura de Hegel, en 1915. Lowy se preguntaba si

[...] el regreso a Hegel ¿era «un simple deseo de volver a las fuentes del pensamiento marxista o una lúcida intuición de que el talón de Aquiles metodológico del marxismo de la Segunda Internacional estaba en su incompreensión de la dialéctica»? (1973, pág. 137)

Cabe resaltar algunas de las observaciones que escribirá al respecto en el *Resumen de la Ciencia de la Lógica*, enfatizando la relevancia que posee su comprensión en la elaboración de la estrategia revolucionaria:

Así, en *cualquier* proposición podemos (y debemos) descubrir como en una “célula” los gérmenes de *todos* los elementos de la dialéctica es una propiedad de todo conocimiento humano en general. Y las ciencias naturales nos muestran (y aquí, una vez más, es preciso demostrarlo en *cualquier* ejemplo simple) la naturaleza objetiva con las mismas cualidades, la transformación de lo individual en lo universal, de lo contingente en lo necesario, transiciones, modulaciones y la vinculación recíproca de los contrarios. La dialéctica *es precisamente* la teoría del conocimiento (de Hegel y) del marxismo. Este es el “aspecto” del asunto (no es un “aspecto”, sino la *esencia* del asunto) al que Plejánov, por no hablar de otros marxistas, no prestó atención. (LENIN V. Í., Sobre el problema de la dialéctica, 1986, pág. 324)

De esta lectura se desprenden varias cuestiones. Una vez más, la crítica que realiza a Plejánov –y a Kautsky, de forma indirecta<sup>47</sup>- ilustra a la perfección la infravaloración de Hegel por parte de los autores de la Segunda Internacional. Además, cabe resaltar que concibe a la dialéctica no como una dinámica propiamente circunscrita a la lucha de clases –como se ha tratado anteriormente-, sino como toda una ley del conocimiento. En el siguiente fragmento, Lenin desvela, precisamente, su consciencia del carácter relacional de las identidades:

La unidad (coincidencia, identidad, acción igual) de los contrarios es condicional, temporal, transitoria, relativa. La lucha de los contrarios que se excluyen mutuamente es absoluta, como son absolutos el desarrollo y el movimiento. (1986, pág. 322)

En otras palabras, el propósito de los escritos de Lenin de este período no eran más que el reflejo del redescubrimiento de una lógica de pensamiento enterrada por los autores post-Marx, así como la severa crítica de éstos últimos. Y más específicamente en este punto:

---

<sup>47</sup> Aunque luego será frontal con su obra «La revolución proletaria y el renegado Kautsky».

Plejanov critica el kantismo (y el agnosticismo en general) más desde un punto de vista materialista vulgar que desde un punto de vista materialista dialéctico (...) Los marxistas criticaron (a principios del siglo XX) a los kantianos y a los discípulos de Hume más a la manera de Feuerbach (y de Büchner) que de Hegel. (...) No se puede entender *El Capital* de Marx, y en especial su primer capítulo, sin haber estudiado y entendido *toda* la Lógica de Hegel. ¡Por consiguiente, ninguno de los marxistas ha entendido a Marx pasado medio siglo! (1987, págs. 158-159)

A partir de aquí podemos extraer una serie de ideas que derribarían pues toda concepción determinista a raíz de la lectura del marxismo y que Lenin intuía ya con anterioridad. En primer lugar, que existe una absoluta conexión de interdependencias que condicionan la dialéctica social, en este caso, de la lucha de clases —«la relación mutua de los contrarios»—, de modo que un antagonismo no puede configurarse sin su opuesto, y sin su relación con el entorno en el que se conjugan: es aquí donde Lenin valida el contextualismo de Luxemburgo, y por ello a pesar de que Luxemburgo o Bauer apoyaran la Revolución de Octubre, no compartían sus métodos. En segundo lugar, en cómo dan lugar las transformaciones sociales, consideradas éstas como verdaderas fuerzas vivas en permanente mutación. «La transformación de lo particular en general, de lo casual en necesario». De acuerdo con esta idea, y volviendo también con Luxemburgo, es donde se hace evidente la construcción de un sujeto político que supere a las luchas parciales, y que Laclau y Mouffe perciben como apropiables para otras luchas más allá del de clases. Ello se traducirá en dos hechos muy característicos de la Revolución Rusa: la alianza de clases y el imperialismo. Si bien en lo respectivo a la política de alianza de clases Laclau y Mouffe volverán a criticar el apriorismo que emplea Lenin para pretender agrupar de forma racional y conveniente a dos grupos sociales con intereses divergentes, será precisamente con el desarrollo de las tesis imperialistas donde acabará creando un sujeto político absolutamente nuevo. Pero este sujeto político, para los posmarxistas, no se deriva del desarrollo exitoso de una conciencia de clase, sino más bien de una lucha contra un enemigo común que representa una conjunción de contradicciones, de una *unidad de ruptura* (LACLAU & MOUFFE, 2001, pág. 92). No les une una identidad *per se* ya constituida, sino aquello que les amenaza o genera descontento: la pobreza y la explotación de clase, pero también la represión política, el imperialismo, la guerra, etcétera. De aquí se deriva por tanto la lectura que realizan Laclau y Mouffe de Lenin:

los puntos de ruptura no se producen en los eslabones más avanzados desde el punto de vista de la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción, sino en

aquellos en los que se han acumulado un mayor número de contradicciones, de tendencias y antagonismos. (2001, pág. 92)

Se infiere entonces que, a juicio de los posmarxistas, la unicidad del sujeto político no se deriva exclusivamente de las determinaciones económicas, sino además, de otros antagonismos. En este sentido, un buen resumen de cómo la concepción leninista del sujeto político de clase desafiaba las lógicas de la Segunda Internacional podemos encontrarlo en Lukács:

Por una parte, la socialdemocracia redujo el marxismo a una especie de sociología, reconociendo la prioridad de la vida económica por sobre las clases que derivan de ésta y, por otra, consideró a las clases como una cosa inevitable, totalmente objetiva y sociológicamente general. Lenin rechazó ambas hipótesis y fue el primero –partiendo de Marx– en tomar seriamente en consideración el factor subjetivo en la revolución. (KOVACS, 1973, pág. 60)

En tercer lugar, otra de las cuestiones que Laclau y Mouffe evidenciarán como un defecto del determinismo historicista del marxismo de Kautsky y Plejánov se desprende del denominado «desarrollo desigual y combinado», que se plantearía en la teoría leninista allá por 1905, y el cual no solo acaba verificando la propuesta contextualista de Luxemburgo, sino que además considera que pueden darse «saltos» históricos en los países industrialmente menos desarrollados. Dadas las singulares circunstancias políticas y sociales de la Rusia zarista, las posibilidades de una revolución socialista eran nulas mientras no existiera la preeminencia de una burguesía fuerte que liderara una revolución de carácter nacional-burguesa y posibilitara el desarrollo del proceso de industrialización capitalista.

Sin embargo, Lenin y Trotski desafiaron la concepción lineal de la historia tal y como lo planteaban autores como Plejánov, asumiendo que la concepción del desarrollo desigual y combinado daba la posibilidad de realizar un salto en el proceso histórico al recibir conocimiento de los avances políticos de otras latitudes. Laclau y Mouffe no interpretarían este hecho como algo que Marx ya contemplaba como una posibilidad, sino más bien como una apropiación *excepcional* del papel de la burguesía por parte de la clase obrera para forzar el establecimiento de un Estado socialista, lo cual evidenciaría de nuevo un dualismo propio de las deficiencias del marxismo, así como un desafío a las tesis de la Segunda Internacional, cuya relación con los bolcheviques estaba ya muy deteriorada en 1915. Sin embargo, en realidad Lenin tuvo en consideración la sujeción de

los acontecimientos sociales al contexto histórico en tanto que era consciente de que no es posible someter al comportamiento social a unas supuestas leyes de la Historia, sino que es más bien al contrario. En este sentido cabe resaltar del *Resumen* lo siguiente:

El conocimiento del hombre no es (respectivamente, no sigue) una línea recta, sino una línea curva, que se aproxima infinitamente a una serie de círculos, a una espiral. Cualquier segmento, trozo, fragmento de esta línea curva puede ser transformado (transformado unilateralmente) en una línea recta, independiente, íntegra, que conduce (si tras los árboles no se ve el bosque) en tal caso al pantano, al oscurantismo clerical (donde *los sujeta*<sup>48</sup> el interés de clase de las clases dominantes). El pensamiento rectilíneo y unilateral, la rigidez y la fosilización, el subjetivismo y la ceguera subjetiva, voila las raíces gnoseológicas del idealismo. Y el oscurantismo clerical (= idealismo filosófico), naturalmente, tiene sus raíces gnoseológicas, no carece de terreno, es una flor estéril, indiscutiblemente, pero una flor estéril que crece en el árbol vivo, fértil, auténtico, poderoso, omnipotente, objetivo, absoluto del conocimiento humano. (1986, pág. 327)

Con ello, Lenin derriba toda concepción lineal y estática de la Historia, tal y como critican Laclau y Mouffe, y de igual forma, reafirma la tesis del desarrollo desigual y combinado que había planteado años antes, no como una reformulación del marxismo, ni siquiera como un desvío puntual de las tesis marxistas, sino como parte intrínseca de una concepción genuina del mismo. Aquí es donde se reafirman las cavilaciones que tanto Lenin como Trotski habían formulado años antes: los acontecimientos sociales y políticos cambian, y por tanto la aplicabilidad de fórmulas teóricas previas basadas en otros contextos sociales y políticos ya no tienen validez, o necesitan ser reformuladas (LACLAU & MOUFFE, 2001, pág. 93). Un ejemplo genuino de este hecho lo podemos encontrar en el análisis que realiza Lukács sobre el pensamiento de Lenin, especialmente en lo referente a la relación entre universalidad y particularidad. La frase de Lenin «toda verdad abstracta se convierte en una palabra vacía si es aplicada a una situación concreta», para el autor húngaro, despliega efectos muy interesantes en tanto que la construcción de toda verdad abstracta parte de su correlación con la realidad particular:

El sentimiento más elevado, la devoción más desinteresada se convierten en mera fraseología si la esencia teórica de la situación (su especificidad) no permite auténtica praxis revolucionaria alguna. [...] Toda fácil analogía, toda confusión de lo abstracto con lo concreto, de lo histórico-universal con lo actual, lleva a la fraseología; así, por ejemplo,

---

<sup>48</sup> La cursiva es del autor.

la comparación de la Francia de 1792-93 con la Rusia de 1918 tantas veces hecha en el curso de los debates sobre la paz de Brest. (LUKÁCS, 2013, pág. 167)

En otras palabras, para Lenin no es posible la aplicación de leyes universales sobre los contextos particulares, sino que a la inversa, son los contextos particulares los que permiten definir las abstracciones. Es precisamente aquí donde puede encontrarse de nuevo la inversión hegeliana de Marx que se ha analizado con anterioridad.

#### *Labriola y Gramsci*

Donde también estará presente la influencia de Hegel será en otro de los autores alternativos que Laclau y Mouffe mencionan, Antonio Labriola. Antes de profundizar en su análisis, llama poderosamente la atención la mención prácticamente testimonial que Laclau y Mouffe realizan de este autor en *Hegemonía y Estrategia Socialista*, al cual lo agrupan junto con el resto de autores post-Marx –Kautsky, Plejánov-. Si bien es cierto que se encuentra en la misma franja generacional, tal y como Anderson le clasifica (2017, pág. 13), sin embargo sus interpretaciones acerca del materialismo histórico divergen en cierta medida de las posiciones oficiales de la Segunda Internacional. Tal y como señalan Laclau y Mouffe, Antonio Labriola se postula como defensor de una interpretación *abierta* del marxismo, el cual concibe que tales «leyes de la historia» poseen un carácter morfológico, es decir, solo pueden darse si prosiguen determinadas tendencias, de manera que no tiene en cuenta los factores contingentes. De este modo, tal y como indican Laclau y Mouffe, para Labriola, «la única consecuencia posible es la creciente irrelevancia de la teoría en tanto que herramienta explicativa de procesos sociales concretos» (2001, pág. 56), y en conclusión, el dualismo entre necesidad y contingencia da así paso a un pluralismo de legitimidades estructurales cuyas lógicas internas y relaciones mutuas deben determinar. Por tanto, para Labriola, lo contingente no se opone a la teoría, sino que se incorpora a ella como innovación. Sin embargo, esta apertura significaría dejar de conceder una excesiva relevancia a la teoría. Sin embargo, la interpretación que realizan aquí Laclau y Mouffe es problemática en dos sentidos:

Por una parte, recurren a los análisis de Badaloni para considerar la posibilidad de que Labriola debería haber tomado la senda de una mayor profundización de la dialéctica. Como ya se ha observado, la lógica de la dialéctica hegeliana, en tanto que concepción naturalista, diverge en gran medida de la concepción historicista. Tal vez sea este el



motivo por el que Labriola decidiera apartarse por completo de las tesis oficiales de la dialéctica según la Segunda Internacional, e iniciar una comprensión del materialismo histórico desde un enfoque morfológico y abierto a elementos exteriores a la teoría del marxismo ortodoxo. Cabe resaltar que Labriola había sido influenciado por el hegelianismo de Bertrando Spaventa, de modo que la interacción entre lo particular y lo general encajaría más de acuerdo a una lectura de la dialéctica más próxima a la de Marx que a la ortodoxa. Por otra parte, en la medida en que Laclau y Mouffe consideran al marxismo como teoría cerrada, toda concepción abierta, como la de Labriola, recae en un dualismo, y por tanto, en la invalidación de su propuesta:

[...] si se rechaza la solución dialéctica no hay forma de pasar lógicamente del análisis morfológico a la legitimidad propia de las totalidades parciales. De ahí que esta transición tenga carácter externo, lo que equivale a decir que la conceptualización de esa legitimidad es externa a la teoría marxista. La teoría marxista no puede, por consiguiente, defender ese sistema mundial completo y armonioso que presentaba Plejánov, ya que solo es pensable en un modelo cerrado. (2001, págs. 56-57)

En cambio, si se parte de esta tercera vía, en el que se concibe otra forma de dialéctica, se abre un amplio abanico de posibilidades. En tanto que el marxismo se concibe como construcción teórica abierta, flexible y no terminada, el discurso marxista se construye como una fórmula siempre precaria y condicional a los nuevos acontecimientos: es aquí donde tiene lugar la filosofía de la praxis, y más en concreto la lógica de la hegemonía que Laclau y Mouffe pretenden llevar a cabo a partir de Gramsci. No es descabellado considerar que la tradición teórica de la que bebe el autor de Turín proceda de la influencia de Labriola en su pensamiento. Tal y como señala Friedemann, la concepción gramsciana del marxismo adquiriría ciertos tintes labriolanos al renegar de «una definición cerrada de su filosofía como “marxista”» (2013, pág. 121), así como al desafiar las bases de la concepción ortodoxa con numerosas declaraciones en el periódico *Avanti*, entre las que cabe resaltar su crítica al excesivo énfasis prestado en *El Capital* por parte de los ortodoxos, a su juicio «libro de los burgueses más que de los proletarios» (GRAMSCI, 2013, pág. 39). Es precisamente en sus reflexiones acerca de los bolcheviques donde podemos encontrar más claramente su posición divergente de las lecturas ortodoxas del marxismo, de la misma manera que habían sido desafiadas frontalmente por el marxismo revolucionario de Lenin –¿tal vez por su lectura alternativa de la dialéctica hegeliana?-. Por ello, al situar *El Capital* como el epicentro de todo el pensamiento ortodoxo, y del cual se desarrollarán las tesis economicistas y deterministas, considerará Gramsci, un mes

después de la revolución de octubre, que «la revolución rusa es la revolución contra *El Capital* de Marx» (FRIEDEMANN, 2013, pág. 121). El influjo de Labriola también se extenderá a otras cuestiones, como su negación a reconocer al marxismo como filosofía cerrada: «Marx es “maestro de vida espiritual y moral, no pastor con báculo» (GRAMSCI, 2013, pág. 45). De acuerdo con esta concepción abierta del marxismo, mantiene una estrecha afinidad con los bolcheviques cuando señala que «no han levantado sobre las obras del Maestro una exterior doctrina de afirmaciones dogmáticas e indiscutibles. Viven el pensamiento marxista, el que nunca muere» (GRAMSCI, 2013, pág. 40). Es digno señalar otro fragmento que rescata Friedemann:

El pensamiento de Marx sigue vivo en los bolcheviques” porque cada filosofía se construye sobre las anteriores, y la obra de Marx es “un ejemplo de trabajo intenso y tenaz para conseguir la clara honradez de las ideas” [...]. La filosofía debe seguir educando y educándose luego de la desaparición del “maestro”. Matar a Marx es, por el contrario, idealizarlo, hacer de su pensamiento una realidad objetiva e inmutable. La lectura mecanicista del marxismo, no tiene su explicación en tal o cual aspecto de la obra de Marx, sino, justamente, en no haber realizado una interpretación de la totalidad de su obra en sentido crítico. Es no haber sabido leer al marxismo como “la continuación del pensamiento idealista italiano y alemán, que en Marx se había contaminado con incrustaciones positivistas y naturalistas” [...]. Se trata, en todo caso, de distinguir esas “contaminaciones” de aquellos elementos que sí constituyen avances novedosos en la historia de la filosofía. (2013, pág. 121)

Así pues, la concepción del marxismo para Gramsci pasa de convertirse en palabra sacra a convertirse en una fuerza viva, cambiante, mutable: forma parte de su propia dialéctica. De forma coherente, el marxismo nunca llega a convertirse en concepción cerrada y terminada, del mismo modo que tampoco lo es la ciencia. En consecuencia, continuamente se corrige a sí mismo; las hipótesis lanzadas puntualmente pueden verse rápidamente refutadas con el avance y transformación de la sociedad. Desarrollada en los términos de la filosofía de la praxis, núcleo del materialismo histórico de ambos autores, se concibe de acuerdo a una constante incorporación de *las cosas nuevas* objeto de análisis, así como la superación del objetivismo absoluto en pos de la incorporación a éste del subjetivismo, causa compartida por Laclau y Mouffe. De hecho, pueden vislumbrarse en Gramsci algunos elementos análogos al concepto de articulación propios de Laclau y Mouffe cuando señala lo siguiente:

El Estado socialista existe ya potencialmente en las instituciones de vida social características de la clase obrera explotada. Relacionar esos institutos entre ellos,

coordinarlos y subordinarlos en una jerarquía de competencias y de poderes, concentrarlos intensamente, aun respetando las necesarias autonomías y articulaciones<sup>49</sup>, significa crear ya desde ahora una verdadera y propia democracia obrera en contraposición eficiente y activa con el Estado burgués [...] (GRAMSCI, 1981)

Por este mismo motivo, Gramsci tendrá grandes diferencias con el estalinismo, sobre todo a partir de 1929, por su tendencia centralista, homogeneizadora y esquemática, lo cual no significaba para él más que la ruina del Komintern (VACCA, 2020)<sup>50</sup>. Sin embargo, si para autores como Joan Tafalla (2018) consideran fundamental la influencia de Lenin en el pensamiento de Gramsci, la lectura realizada de Gramsci por parte del posmarxismo no sigue la interpretación de que se encontrara contextualizada en una comunidad de autores de ideas compartidas frente a la ortodoxia. En primer lugar, contrapone la propuesta hegemónica gramsciana con la política de alianza de clases leninista. Tal y como Laclau y Mouffe señalan respecto a la teoría gramsciana, la articulación hegemónica va más allá de una alianza meramente política: también es moral e ideológica (2001, pág. 100). De ello se deriva, a su juicio, la construcción de una cultura nacional-popular que se yerga como alternativa al discurso predominante, de modo que infieren en que el objetivo no consistiría tanto en derribar al Estado –como propone Marx–, sino en devenir Estado. Al realizar esta contraposición, se acaba desarrollando una exclusión artificial entre la concepción leninista del sujeto político y la gramsciana. En realidad, como ellos mismos reconocen páginas atrás, las tesis leninistas, al igual que las luxemburguianas aunque con ciertas peculiaridades, acaban haciendo una defensa de la articulación hegemónica del discurso a través de puntos nodales como el imperialismo, la represión y la precariedad. Es cierto que quizás Lenin no fuera consciente de la construcción de una unidad simbólica a través de un proceso de articulación discursiva, pero ello no excluye que sus conclusiones fueran similares a las de Gramsci, ni mucho menos cabría representar la hegemonía del discurso como una estrategia opuesta a la seguida en Rusia por los bolcheviques. Más bien al contrario, al hacer mención de la estrategia leninista, terminan precisamente por señalar que acaban empleándose métodos articulatorios del discurso en el que acaban concentrándose un conjunto de contradicciones comunes. Es en este punto donde reside el elemento común entre Luxemburgo, Lenin y Gramsci: parten de la conciencia de la inexistencia de una unidad obrera, que debe ser construida de acuerdo a unos parámetros sociales, geográficos,

---

<sup>49</sup> La cursiva es mía.

<sup>50</sup> Nota al pie 15 del Capítulo 11.

políticos y culturales concretos, para acabar construyendo una unidad simbólica. Es esta la gran diferencia respecto al marxismo ortodoxo, así como la intención de Laclau y Mouffe, y sin embargo, la desechan al no suscitar una ruptura con las tesis marxistas. En definitiva, no debe concebirse a Gramsci como un punto de ruptura tajante e inmediato con la ortodoxia sino como el fruto de un continuo teórico alternativo que procedería de Labriola, de quien se encargaría de sistematizar sus ideas, las cuales acabarían fraguando en torno al concepto de hegemonía (PIÑÓN GAYTÁN, 1992).

A pesar de recordar las posibilidades y alternativas que aún pudiera ofrecer el marxismo, no cabe limitarse a realizar una mera defensa teórica de éste. La realidad, tal y como ya se ha señalado, es que el marxismo lleva décadas sufriendo una profunda crisis, en la medida en que no solo no ha sido capaz de hegemonizar su discurso, sino que prácticamente ha desaparecido del debate social. A este respecto, es inevitable señalar el peligro permanente que posee en tender a convertirse en un dogma y a desnaturalizarse. En unos términos similares se expresa Lukács al preguntarse cuál es el límite que debe establecerse para definir cuándo se deja de ser un marxista ortodoxo:

[...] Así pues, marxismo ortodoxo no significa reconocimiento acrítico de los resultados de la investigación marxiana, ni «fe» en tal o cual tesis, ni interpretación de una escritura «sagrada». En cuestiones de marxismo la ortodoxia se refiere exclusivamente al método. Esa ortodoxia es la convicción científica de que en el marxismo dialéctico se ha descubierto el método de investigación correcto, que ese método no puede continuarse, ampliarse ni profundizarse más que en el sentido de sus fundadores. Y que, en cambio, todos los intentos de «superarlo» o «corregirlo» han conducido y conducen necesariamente a su deformación superficial, a la trivialidad, al eclecticismo. [...] (1985, pág. 45)

Sin embargo, esta bienintencionada premisa ya parte de una base errónea, ya que aspirar por delimitar el marxismo a partir de una manera «correcta» de llevar a cabo un método de investigación supone de nuevo un punto de partida para poder desacreditar mediante el calificativo de «deformación superficial», de «trivialidad», o de «eclecticismo», cualquier interpretación del marxismo que no encaje con determinados parámetros y, en última instancia, lleva de nuevo hacia una tendencia dogmática o petrificada. Además, como se habrá podido intuir a lo largo de este análisis, la comprensión de la dialéctica desde el plano teórico ha ayudado a aclarar algunos aspectos del marxismo, pero no cómo puede sustanciarse en la práctica. A modo de alternativa, pasemos a continuación a analizar qué aporta el posmarxismo como propuesta politizadora para observar sus potencialidades y debilidades.

¿Otro marxismo es posible?

Laclau y Mouffe llegarían a la conclusión de que cualquier propuesta teórica derivada de la tradición marxista, y en especial del leninismo, no tendría futuro dada su *intrínseca* incapacidad de recoger de manera *cohesionada* las nuevas demandas sociales que emergerían de la propia sociedad civil en las últimas décadas. No obstante, como se ha observado, la crisis del marxismo, queda circunscrita no solo al ámbito del marxismo europeo continental, sino también al de aquellos contextos donde era hegemónico – Europa oriental, China, Unión Soviética-, ignorando completamente otras fórmulas teóricas emergentes del marxismo.

En segundo lugar, el hecho de que el análisis de Laclau y Mouffe a las deficiencias del marxismo partan de una interpretación inmediatamente posterior, y no de los propios textos originales, supone fundamentar sus críticas a partir de premisas diferentes a las del marxismo original. La ya vieja narrativa de que el marxismo alberga en su núcleo una racionalidad presidida por el mecanicismo economicista, del todo incompatible con la incorporación de nuevas preocupaciones sociales y luchas de corte posmaterial, contrasta con las referencias que los propios Karl Marx y Friedrich Engels ya reflejaban en sus últimos escritos sus preocupaciones no solo en lo referente al impacto del desarrollo económico e industrial sobre la naturaleza, sino también a problemáticas sociales como el racismo, el feminismo, o sus últimos análisis sobre otros modelos de sociedad que escapaban del eurocentrismo decimonónico. De igual forma, puede intuirse cómo tanto Marx como Engels, al igual que otros teóricos posteriores como Luxemburgo, Lenin o Gramsci, comparten la idea de que el sujeto político no es algo dado, sino que debe construirse discursivamente. Teniendo presentes las nuevas circunstancias ideológicas ya analizadas, no parecen útiles aquellas versiones y tendencias del marxismo propias de contextos antidemocráticos –bien totalitarios, bien preparlamentarios-, donde la vía de la revolución violenta continuaba siendo una opción.

Si se observa con atención las conclusiones del célebre debate sostenido entre Geras y Laclau a finales de los años ochenta, a pesar de las diferencias de lenguaje teórico, el núcleo del debate residió no en las diferencias de principio, sino en si el marxismo tiene encaje en tales valores compartidos –como la democracia liberal, los derechos civiles y políticos, los nuevos movimientos sociales, etcétera-, los cuales iban desprendiéndose en el transcurso de la discusión. Pero además, la crítica de Laclau versa sobre el rechazo de una hipótesis apriorística –la abolición de la lucha de clases-, una tesis que marca como

horizonte todo un proyecto político. En su lugar, lo que proponen Laclau y Mouffe es el abandono de toda identificación de determinaciones, ya que son asociadas a la lógica de la necesidad y a la aspiración de su cierre social, y la puesta en atención hacia lo contingente, dando respuestas inmediatas a los problemas sociales emergentes. Pero al prescindir de este núcleo de hipótesis, a su juicio esencialista, desaparece el horizonte político para ser reemplazado por un discurso sin proyecto de transformación social. Sin embargo, la construcción de un nuevo discurso implicaría desarrollar un relato que pretendiera *dotar de sentido* a la realidad en torno a una serie de principios, criterios, causas, etcétera, destinado hacia un horizonte político concreto. Es por ello que la novedad del marxismo en su época era construir un discurso no desde un planteamiento idealista, sino materialista, es decir, un relato político apoyado en el análisis científico de la realidad, en datos, cifras y estudios frente a los dogmas de fe. El problema, por tanto, no se encuentra en la fundamentación científica del discurso marxista, sino en la aspiración de convertirse en una ciencia. Es aquí donde reside el afán de los autores post-Marx, del *diamat* soviético o de Althusser por defender el marxismo como constructo epistemológico, y no como discurso.

De este modo, el problema de la propuesta de Laclau no reside en la superación de todo principio inmanente ordenador de la Historia, sino en utilizarlo de pretexto para obviar las determinaciones que explora el marxismo, especialmente la económica. En otras palabras, al interpretar las relaciones económicas como la base de un esencialismo del que hay que prescindir, Laclau reivindica la superación de la lucha de clases, la cual solo puede existir mientras existan las relaciones económicas de producción capitalista, al menos potencialmente, por muy mitigadas y suavizadas que éstas fueran mediante políticas socialdemócratas. Es evidente entonces que la pretensión del posmarxismo no es concebir una teoría social que logre explicar con mayor precisión todas las dinámicas de interacción social; sino más bien una propuesta *discursiva* que aspire a recoger las luchas sociales a partir de un cierto grado de autonomización de las demandas políticas.

Por tanto, no parece que observen ninguna alternativa al marxismo oficial donde tenga lugar una lectura del materialismo histórico desde Hegel. De acuerdo con los análisis que reflejan en su obra, solamente conciben la dialéctica hegeliana desde el idealismo, de modo que no caben formulaciones híbridas donde tuviera lugar una propuesta eminentemente materialista que, sin embargo, mantuviera la capacidad creadora de la dialéctica hegeliana. Muy al contrario, de la misma manera que hacen los autores post-

Marx con el marxismo, Laclau y Mouffe conciben la dialéctica hegeliana con un cierto carácter endógeno y monista. No se lee la herencia hegeliana del marxismo en términos de superación del mismo, sino como una herencia directa y plena. Con ello deducen que el marxismo, al considerarse heredero intelectual de Hegel, también, hereda los mismos vicios intelectuales de su antecesor:

una serie de transiciones contingentes y no lógicas [...] ninguna identidad es, para él, positiva y cerrada en sí misma, sino que se constituye como transición, relación, diferencia. Pero si dichas relaciones han dejado de ser relaciones lógicas; si, por el contrario, son transiciones contingentes, en ese caso la conexión entre las mismas no puede ser fijada como momento de una totalidad subyacente o suturada. [...] Por otro lado, la «dialéctica» ejerce un efecto de cierre en aquellos casos en que se acuerda dar más peso al carácter necesario de una transición apriorísticamente fijada, que al momento discontinuo de una articulación abierta. No hay que reprochar excesivamente a los marxistas estas ambigüedades e imprecisiones si, como Trendelenburg ya lo señalara, están presentes... en el mismo Hegel.

Así pues, la identificación naturalista de ambas teorías filosóficas se convierte para el posmarxismo en algo absolutamente lógico y coherente (LACLAU & MOUFFE, 2001, pág. 39), pero por ello incompatible, y por tanto, objeto de crítica por Laclau y Mouffe. En cierta medida, lo que Laclau y Mouffe insinúan es que los marxistas, de igual manera que Hegel, se encuentran en un punto de contradicción al asumir, por una parte, la dialéctica de una permanente mutabilidad contingente, y a la vez, concebir que ésta se desarrolla dentro de un universo cerrado y, en definitiva, predeterminado. Desde esta perspectiva, no sería posible aceptar al mismo tiempo la totalidad y la contingencia. Como resultado de esta lectura, Laclau y Mouffe identificarán al marxismo como una continuación de Hegel, entendido éste último como un autor que sufre del lastre teórico del racionalismo que impide una construcción discursiva más dinámica. Retamozo señalará sin embargo que esta identificación entre Hegel y Marx es conveniente para Laclau y Mouffe, con el fin de proponer una superación del marxismo, pero no por ello precisa (2017, pág. 281). Si bien es cierto que el marxismo bebe de la dialéctica hegeliana, cabe recordar qué produce la inversión de Marx al colocar «la dialéctica hegeliana sobre sus pies»: por una parte, la importancia de la dialéctica hegeliana en el marxismo como corpus teórico que contempla el carácter cambiante, dinámico, contradictorio y relacional de la realidad; por otra parte, la relevancia del carácter materialista del marxismo como concepción superadora del idealismo hegeliano. En la medida en que la tesis materialista abandona la idea de que la Historia no está movida por el Espíritu, ya estaría dando el

primer paso a desmitificar visiones racionalizadoras del mundo que pretendiesen dotar de sentido a la realidad de acuerdo a un «principio rector universal». Será en *El Capital* donde Marx reconocería abiertamente la influencia de Hegel en su pensamiento, pero renunciando rotundamente a su legitimidad filosófica:

Mi método dialéctico no sólo es en su base distinto del método de Hegel, sino que es directamente su reverso. Para Hegel, el proceso del pensamiento, al que él convierte incluso, bajo el nombre de idea, en sujeto con vida propia, es el *demiurgo* de lo real, y lo real su simple apariencia. Para mí, por el contrario, lo ideal no es más que lo material transpuesto y traducido en la cabeza del hombre. (Prólogo a la edición alemana de 1872, 1990)

En otra parte, Marx incluso es más claro al respecto:

Mi método de exposición no es el de Hegel, puesto que yo soy materialista y Hegel idealista. La dialéctica de Hegel es la forma fundamental de toda dialéctica, pero sólo cuando es despojada de su forma mística, y eso es precisamente lo que distingue mi método [...] (Carta de Marx a Kugelmann, 6 de marzo de 1868, 1975, págs. 87-88)

Sin embargo, como señala Marcello Musto, la interpretación que realiza Marx de Hegel –y del cual Laclau y Mouffe identifican como propio del racionalismo- a este respecto es un tanto injusta, en la medida en que Hegel es consciente de la separación entre objeto y pensamiento (2008, pág. 17), distanciándose así del idealismo propio de otros contemporáneos suyos:

La filosofía puede determinarse, para empezar y en general, como contemplación pensante de los objetos. [...] el haber humano de la conciencia, fundado por el pensar, no aparece en primer término *bajo la forma del pensamiento*, sino como sentimiento, intuición o representación, *formas* que hay que distinguir del pensamiento *en cuanto forma*. (HEGEL, 1997, pág. 100)

En la misma dirección, Kevin B. Anderson destaca cómo el propio Hegel rechaza tanto el universal abstracto como el mero empirismo, al igual que el propio Marx (2020, págs. 7-8), en la medida en que

Contraponer este saber único de que en lo absoluto todo es igual al conocimiento diferenciador y lleno, o que busca y exige ser colmado –o bien, hacer pasar su absoluto por la noche en la que, como se suele decir, todos los gatos son pardos- es la ingenuidad del vacío del conocimiento. (HEGEL, 2014, pág. 14)

En su lugar, como sugiere Anderson, la relación de ambos autores respecto a la validez del universal concreto pasa precisamente por una relación recíproca entre el «poder de la



abstracción» y lo concreto: «Lo abstracto descansa sobre lo concreto, pero al mismo tiempo, el concepto abstracto tiene que concretarse a sí mismo para convertirse en determinado» (2020, págs. 7-8). De igual manera, tal y como señala Mayos, ante el fracaso final del portador del «espíritu universal» –en referencia a Napoleón–, el espíritu del mundo nunca acaba por vincularse permanentemente a nada en particular, de modo que este espíritu nunca acaba por asentarse definitivamente (2014, pág. 38). En otras palabras, no es posible concebir la dialéctica de Hegel desde una óptica cerrada, definitiva, apriorística, sino como una continua sucesión de contradicciones que nunca ve su *fin de la Historia*. Es precisamente Hegel quien, en su *Filosofía del Derecho*, llega a afirmar que «el futuro no es absoluto y permanece sometido a la accidentalidad» (2000, pág. 195). Pero es en ese maremágnum de elementos contingentes y dispersos donde a través de un discurso puede establecerse una relación entre todos ellos, estableciendo nexos de causalidad, de determinación y de relación. En otras palabras, el influjo de Hegel en el marxismo es mucho mayor de lo que el propio Marx podía imaginar, pero no en el sentido en el que Laclau y Mouffe sugieren. Como ya se ha analizado, es precisamente a partir de quienes aspiran a distanciarse de la influencia del hegelianismo de donde emergerán lógicas mucho más rígidas acerca de la interpretación de la realidad, las cuales se verán comprometidas ante las transformaciones sociales.

De alguna manera, Laclau y Mouffe pretenden señalar que la crisis del marxismo es intrínseca a su propia naturaleza, dado que apuntan a su herencia ilustrada en el corazón de su teoría. Es partiendo de la presunción de que el marxismo es una teoría cerrada como pueden advertirse sus deficiencias y debilidades. Sin embargo, con ello no contemplan en absoluto cualquier fórmula alternativa que el marxismo pudiera aportar más allá de la visión cerrada que ellos critican. En primer lugar, contemplan como una interesante posibilidad la visión neokantiana que aportan los austromarxistas –a quienes califican de «ortodoxia abierta»–, para determinar que se encuentran «con un intento más radical y sistemático que el de Labriola de diversificar los puntos de partida, multiplicar las categorías teóricas y autonomizar áreas sociales en sus determinaciones específicas» (LACLAU & MOUFFE, 2001, pág. 57). A pesar de que la propuesta austromarxista de un retorno a Kant supondrá una aproximación, casual o no, al retorno hegeliano del marxismo abierto –como puede ilustrarse en la aspiración a encontrar nuevas interconexiones que expliquen la lógica de lo social mucho más allá de las dinámicas endógenas del marxismo ortodoxo–, sin embargo los autores posmarxistas intentan buscar

en los textos de Adler, Bauer y Renner una ruptura con todo esquema básico o morfológico del marxismo que no logran encontrar: «Los austromarxistas no llegan, sin embargo, al punto de romper con el dualismo eliminando el momento de la necesidad morfológica» (2001, pág. 60).

En cierta medida, la posición de Laclau y Mouffe se encuentra entre dos posiciones absolutamente radicales y opuestas: parafraseando a Geras, o bien se ofrece una «teoría cerrada» universalizante capaz de explicarlo todo, o bien se opta por una propuesta discursiva que abandone todo intento de explicación causal que pueda comprender las diferentes luchas sociales desde la interrelación. Esta inconmensurabilidad de posiciones comprende que no es posible optar por ninguna de las alternativas que proporciona el marxismo. Ni por la vía ortodoxa ni, sobre todo, por la vía de la absorción de nuevas demandas sociales. En su lugar, más bien consideran que lo contingente se sitúa frente a la teoría marxista, es la excepción que cuestiona la teoría en su totalidad: «dado que la vida de la sociedad es más compleja que las categorías morfológicas del discurso marxista [...], la única consecuencia posible es la creciente irrelevancia de la teoría en tanto que herramienta explicativa de procesos sociales concretos» (LACLAU & MOUFFE, 2001, pág. 56). Por tanto, para Laclau y Mouffe no es posible la realización de una lectura marxista aplicada al contexto histórico y geográfico actual sin la previa desconstrucción de una serie de categorías centrales que, a su juicio, son intrínsecas al marxismo (LACLAU & MOUFFE, 2001, pág. 13). Pero como apunta Anderson, es precisamente esa solución la que Marx pretende evitar. Disociar lo abstracto de lo concreto supondría caer en elaborar un relato a partir de lo que Kosik calificaría como «pseudoconcreto», es decir, enfocarse en las preocupaciones inmediatas sin lograr entrar a lo más profundo de sus causas (ANDERSON K. B., 2020, pág. 8). Es en este punto donde juega la epistemología un papel central en la elaboración de un discurso radical y politizador, pero no con ello con pretensiones, ni mucho menos, de elevar el discurso mismo a epistemología. En términos similares, recalca Jameson lo siguiente:

En Marx, sin embargo, la cuestión no es ya comprender cómo un árbol se puede yuxtaponer con otro muy distinto para que emerjan así el «nombre» y el «concepto» árbol; más bien, se trata de comprender *cómo*<sup>51</sup> objetos completamente distintos –sal, martillos, lienzo, levita- pueden de algún modo considerarse equivalencias. El más apasionante trabajo epistemológico marxiano sigue entonces la lección metodológica anticartesiana y dialéctica

---

<sup>51</sup> La cursiva es mía.

de Marx; a saber, que no construimos ideas complejas a partir de ideas simples, sino que, a la inversa, es la intuición de la forma compleja la que nos ofrece la clave para aprehender la más simple. (1996, pág. 171)

En otras palabras, el «poder de la abstracción» se asienta sobre toda una construcción epistemológica que es la que contribuye a desarrollar un discurso verdaderamente radical, lo que de lo contrario, prescindir de ella solo podría dar como resultado un constructo discursivo superficial y de escaso alcance politizador (JAMESON, 1996, pág. 31). Por tanto, es comprensible el temor de Laclau a la epistemologización del discurso o, dicho de otra de manera, a la conversión de un discurso precario, vivo y en permanente adaptación a las circunstancias en un dogma inquebrantable y petrificado. Sin embargo, el problema de Laclau, como se verá, se encuentra en cómo la superación de todo constructo epistemológico impide la elaboración de un discurso honestamente capaz de cuestionar los fundamentos y lógicas del capitalismo en general y el neoliberalismo en particular. Es a partir del análisis de las determinaciones sociales como puede conocerse la raíz de los problemas que causan las insatisfacciones sociales. Y es a partir de su conocimiento a través del cual permite construirse una alternativa capaz de cuestionar dichos cimientos para reemplazarlos por otros. Como se señala en el libro *contra la izquierda conservadora*, se trata de mantener un equilibrio entre ambos extremos, los cuales se necesitan el uno del otro para un proyecto político que sea tan radical como amoldable a los diferentes contextos y demandas sociales. El discurso permite dotar de respuesta a las frustraciones de la población, los cuales son siempre diferentes. Es por ello que debe ser sensible a los cambios. Sin embargo, la epistemología permite conocer cuáles son las causas de dichas frustraciones.

Por otra parte, negar toda posibilidad de coexistencia entre ambas lógicas lleva a Laclau y Mouffe a la conclusión de que en la medida en que la sociedad no puede ser concebida como una totalidad suturada cuyas categorías sean inalterables e inmanentes –porque acabará enfrentándose a la realidad y entrará en crisis–, la realidad social es *absolutamente contingente*, y que las reivindicaciones políticas siempre son parciales e inconexas. Los motivos que les mueve a la renuncia de cualquier discurso universalista residen en su temor a la inmanencia y, por tanto, a no ser capaz de adaptarse a las circunstancias concretas de cada contexto. Por este motivo, en opinión de Laclau y Mouffe, las propuestas políticas que no cuestionen la sociedad como totalidad suturada no pueden sino estar abocadas al fracaso. Esto planteará una serie de problemas desde el punto de

vista de la autonomización de las luchas. De acuerdo con Eagleton, al negar la idea de totalidad como tal, corren el riesgo de asentar la idea de que ninguna totalidad pueda ser transformada, que cualquier propuesta de totalidad social solo puede ser vista como una quimera (1997, pág. 27). En términos similares se expresa Zizek cuando señala que negar la existencia de un universal implica negar la existencia de un todo que pueda ser revolucionariamente transformado o por el contrario, incuestionado. Como ejemplo, suele mencionar la democracia liberal, cada vez más extendida, que parte de una experiencia radical y revolucionaria que cuestiona todo un orden universal como el Antiguo Régimen, y que hoy en día permanece prácticamente incuestionado, a pesar de las luchas políticas internas (BUTLER, LACLAU, & ZIZEK, 2000, págs. 116-123). De este modo, la propuesta política de Laclau y Mouffe, en principio no puede plantearse desde una lógica *profundamente transformadora* si se asumen determinados juegos de autonomización política —o *micropolítica* como lo denomina Eagleton—. Sin embargo, esta radical lógica de oposiciones que establecen Laclau y Mouffe parte de una premisa poco acertada. Si se admite que el marxismo no posee categorías inmanentistas, sino acordes a las de cada época, una concepción abierta del marxismo, en el que a la vez que se analizan las diferentes interacciones sociales éstas son susceptibles de ser rectificadas, adaptadas, renovadas, podría abrir la posibilidad de una nueva concepción de sociedad en el que se reconozcan una serie de interrelaciones que nunca acaban de definirse de forma definitiva. Ello implica, por una parte, asumir la insuturabilidad de lo social que plantean Laclau y Mouffe, pero por otra, no acepta *in toto* la contingencia absoluta de las relaciones sociales. Ello supone pues el reconocimiento, siempre precario, provisional, de un conjunto de interrelaciones y sobredeterminaciones (A) en constante mutación. Es aquí donde Laclau y Mouffe lanzan la siguiente pregunta: si el marxismo está dispuesto a alterar sus categorías, incluida la lucha de clases, ¿Qué sentido tiene su existencia? (1993, págs. 103-106). Pero esta premisa podría responderse a partir de la misma lógica relacional de las categorías que propone Laclau. La lucha de clases y el capitalismo será el núcleo central del marxismo en la medida en que mientras exista el capitalismo, existirá, al menos de manera latente, un antagonismo de clase<sup>52</sup>.

Por otra parte, se hace evidente que el marxismo en el que específicamente están pensando Laclau y Mouffe se deba a las influencias intelectuales recibidas, especialmente de

---

<sup>52</sup> Sin embargo, obsérvese esta afirmación con delicadeza. No se trata de volver de nuevo al viejo análisis determinista, sino de evitar las peligrosas consecuencias de su evitación: obviar el factor de clase que el capitalismo genera por su propia naturaleza.

Althusser. En su pretensión por convertir al marxismo en una ciencia, Althusser continuaría, según esta hipótesis, la estela de la ortodoxia de la Segunda Internacional: al situar a *El Capital* como el culmen del desarrollo teórico de Marx, definiría su propuesta teórica en torno a la lectura que sus antecesores realizaron, reproduciendo la crisis intelectual de Kautsky y Plejánov a través de una reafirmación del determinismo histórico y el esencialismo economicista. Tal y como reflexiona Anderson, Althusser, al igual que otros pensadores como Della Volpe, pretendería aislar lo máximo posible la obra de Marx de la influencia de Hegel, separando de este modo el Marx joven del Marx maduro, dotando de validez teórica para su aplicabilidad en el campo ideológico únicamente a este último (2017, págs. 80-81). A su juicio, los escritos más tempranos del filósofo alemán eran calificados como «vicios de juventud» distanciados de cualquier tipo de cientificismo, tal y como refleja Althusser en sus análisis acerca de los *Manuscritos de 1844* (1967, pág. 42). Por todo ello, las interpretaciones que pudieran derivarse del marxismo desde Althusser solo podrían ser planteadas de nuevo en una lógica de fronteras, donde aquello que pudiera cuestionar las categorías tradicionales del marxismo solo podía ser descalificado.

Por otra parte, Geras reivindicará una comprensión más enriquecedora del marxismo desde la *completitud* de su obra, lo cual hace posible no solo observar la evolución del pensamiento de Marx y Engels, sino también detectar sus influencias y cómo repercuten en el desarrollo de su obra. Con ello es posible una lectura alternativa del marxismo, más allá de la ortodoxia de la Segunda Internacional y del oficialismo soviético. El denominado marxismo abierto, tal y como se ha podido observar, no solo despeja muchas de las críticas que los autores posmarxistas lanzan a toda la generalidad de la obra de Marx y Engels, sino que además demuestra compartir muchas de las reivindicaciones de Laclau y Mouffe. El debate sostenido entre ellos y Geras es el fiel reflejo de ello, ya que finalmente concluyen compartiendo los mismos principios: la defensa de la democracia, los derechos civiles y políticos, la fragmentación de una clase obrera que solo puede unirse en el transcurso de la acción política, el rechazo de fórmulas totalitarias y el reconocimiento de la sociedad plural. Teniendo en cuenta esto, cabría entonces preguntarse lo siguiente: Si el marxismo ya ofrecía las mismas propuestas de articulación discursiva que Laclau y Mouffe, ¿Por qué el marxismo ha sido incapaz de salir de su crisis ideológica? Si se acepta la tesis de que el marxismo ha sufrido un desbordamiento de significado tras haber sido hegemonizado durante todo un siglo por una concepción

concreta de éste, a saber, ortodoxa, determinista, esencialista, dialécticamente petrificada, lineal y con aspiraciones inmanentistas, cabe preguntarse si acaso ello es suficiente como para no reformular los esquemas de esta tradición hacia una concepción diferente y abierta. Con todo, con los casi cuarenta años de ventaja –treinta tras la caída del bloque soviético- que nos concede la lectura de *Hegemonía y Estrategia Socialista*, podríamos replantear las formulaciones teóricas del marxismo desde una perspectiva distanciada de las críticas que formulan Laclau y Mouffe. Como afirma Balibar,

Marx es el filósofo del eterno recommienzo, que deja tras de sí varias obras en construcción...

El contenido de su pensamiento no puede separarse de sus desplazamientos. Es por eso que, para estudiarlo, no se puede reconstruir abstractamente su sistema. Es preciso volver a trazar su evolución, con sus rupturas y sus bifurcaciones. (2000, pág. 10)

Capítulo 9  
La propuesta populista. Un análisis de sus fundamentos II:  
Discurso y articulación

El concepto de discurso en Ernesto Laclau y Chantal Mouffe

Si se acepta la premisa de que si toda realidad es interpretable, toda realidad es discursiva, Laclau y Mouffe sugieren la superación de la clásica separación entre materia e idea, lo cual implicaría aceptar que no existe una diferencia entre realidad discursiva y extradiscursiva como plantean autores como Foucault (2007, págs. 41-63), puesto que sería una absoluta contradicción, ya que vendría a señalar que hay un orden interpretable y otro que escapa a toda interpretación, el cual permanecería en un plano objetivo y transparente. Sin embargo ello no debe llevar a la rápida deducción de que *todo es discurso* y, en consecuencia, que exista una ausencia de empirismo o materialidad en dicha ontología (GERAS, 1987, págs. 72-75), ya que ello implicaría caer de nuevo en suposiciones idealistas.

Tal y como ejemplifican a través de la metáfora del muro, el discurso no es solo el cemento y el ladrillo, sino también el acto en sí de construirlo: la técnica, las herramientas empleadas, el propio constructor, la idea proyectada de su construcción. De este modo, en tanto que la realidad es inescindible de la percepción del sujeto, discurso no es solo *aquello meramente escrito, hablado o pensado*<sup>53</sup> acerca de los objetos y procesos, sino que es también el sentido o el significado de los mismos. En otras palabras, los objetos y

---

<sup>53</sup> Expresión, por cierto, que Laclau repetiría en todas y cada una de sus obras posteriores para despejar cualquier duda al respecto.

procesos no poseen un significado esencial y único, sino múltiple y variable. Un ejemplo al que suele recurrir Laclau para ejemplificar este hecho es lo que representa una roca para el ser humano: según su significado, ésta puede constituir un proyectil o un ornamento decorativo (1993, pág. 118).

Por ello, Laclau y Mouffe insisten en combatir el discurso como concepción puramente mental, ya que dicha esfera del discurso solo se construye a partir de la materialidad del mismo. Solo es posible imaginar un objeto si se sabe qué es y cómo es. Pero es el amplio abanico de posibilidades de imaginar un objeto, de interpretarlo, lo que genera una inevitable divergencia. Volvemos a Damasio: nuestro subconsciente, que contribuye a construir nuestra ideología y valores, se nutre a su vez de nuestra experiencia, de nuestro contacto con la vida material. Por tanto, Laclau y Mouffe acaban deduciendo que la idea de un objeto –la idea de losa, por ejemplo–, es insuficiente si no mantiene una relación de materialidad con el objeto al que se alude –como afirma Laclau y Mouffe, «hasta donde sabemos, la conexión con la idea de piedra no ha bastado nunca para construir un edificio» (2001, pág. 148)–. Es decir, es necesario poner en relación varias ideas aparentemente inconexas para construir una idea más grande, un discurso. Ello supone dos cosas. Por una parte, la amplia pluralidad de interpretaciones de lo que representa un objeto. Por ejemplo, una esvástica puede estar asociada a motivos espirituales o políticos. Por otra parte, también puede suceder que el objeto al que un concepto hace referencia mute de tal forma que el concepto no se adecúe al objeto. Esto sucede con el término «proletariado», el cual hace referencia a la clase social «que no posee más que la fuerza de su trabajo», y que tal vez no se adecúe a la realidad social actual. Por tanto, Laclau y Mouffe declaran la imposibilidad de fijar significados últimos, de modo que los discursos son siempre construcciones abiertas a lo contingente. Es cierto que tal vez muchos de estos desarrollos hayan sido motivados por el neoliberalismo o contribuyan a reforzarla como ideología dominante, pero para Laclau y Mouffe tales procesos sociales, en tanto que realidad objetiva, no poseen *per se* un contenido ideológico concreto, sino que dicha significación le es atribuida en el momento de ser interpretados discursivamente (1993, pág. 118).

Ya se ha visto que, para Laclau y Mouffe, un discurso mediado por un principio o esencia constituye una concepción suturada de la sociedad, y por tanto corre el riesgo de ser constantemente transgredido por sus propias transformaciones. De hecho, como ellos mismos especifican, esta construcción tampoco es capaz de sobrevivir solo por la



coherencia interna entre sus elementos constitutivos, ni por un sujeto que dote de sentido al discurso. En su lugar, proceden a replantear el discurso a partir del concepto de articulación:

[...] llamaremos articulación a toda práctica articuladora que establece una relación tal entre elementos que modifica la identidad de éstos. Llamaremos discurso a la totalidad estructurada resultante de la práctica articuladora y momentos a las posiciones diferenciales, en tanto que articuladas en el seno de un discurso. Llamaremos, por el contrario, elemento a toda diferencia no articulada discursivamente. (LACLAU & MOUFFE, 2001, pág. 143)

Mientras que la concepción clásica –¿metadiscursiva?– partiría de una esencia o abstracción para dotar de sentido a la realidad no solamente historizada, sino también la futura, todo ello bajo una apariencia de homogeneidad que salvaguarda la coherencia del discurso en sí, de una unidad que permanece inalterada, con la concepción de Laclau-Mouffe, en este sentido, es inversa, ya que plantean la construcción del discurso a partir de los elementos que surgen de la realidad contingente (2001, pág. 150). Si la concepción foucaultiana de discurso es la «regularidad en la dispersión», para Laclau y Mouffe dicha regularidad no es dada, sino construida, articulada (2001, pág. 143). En este sentido, en tanto que el discurso se construye a partir del establecimiento de una serie de reglas entre los elementos inicialmente inconexos, la identidad de los mismos es a su vez puramente *relacional*. Cada elemento constitutivo es, en la medida en que es respecto del resto de elementos constitutivos. Llegados a este punto, es dependiendo del tipo de relación que el discurso establece entre los elementos por cómo se define el tipo de discurso que Laclau y Mouffe pretenden superar. Así pues, en la concepción discursiva clásica, no existen elementos en el seno del discurso, sino *momentos*, ya que la identidad relacional es cerrada y, por tanto, inalterable en sus características (2001, pág. 144). En consecuencia, cualquier alteración o modificación que escape a dicha relación previamente establecida solo puede ser explicado al margen de las lógicas de la misma identidad relacional, y en consecuencia, la narración del discurso se desconecta de la realidad que pretende describir. En cambio, al construir el discurso a partir de los elementos diferenciales, es la existencia de éstos últimos la que condiciona en todo momento el carácter y existencia del primero. No es el discurso el que define los elementos, sino que son los elementos quienes definen –constituyen– el discurso. Por tanto, no solo se está prescindiendo de un principio esencial que secuestra las mutables características de los elementos a las propias lógicas de la mediación discursiva convirtiéndolos definitivamente en momentos, sino

que éstos mantienen su carácter diferencial en tanto que son la fuente constitutiva del discurso. Esta inversión del orden discursivo altera entonces la pretensión de inmanencia y universalidad que los grandes discursos fruto de la tradición racionalista de la Ilustración aspiraban a poseer. En su lugar, los discursos son contruidos de manera diferente atendiendo a las mutables características de cada cultura, geografía y momento histórico concretos. Pero además, estos discursos son a su vez alterados en la medida en que dichos elementos ven modificadas sus características y circunstancias, y al mismo tiempo, los elementos constitutivos sufren mutaciones a partir del contacto con otros elementos. Por tanto, Laclau y Mouffe concluyen que «el estatus de las identidades dispersas se constituye en alguna región intermedia entre los elementos y los momentos» (2001, pág. 146), en un equilibrio permanente entre los rasgos compartidos de los elementos que constituyen el discurso y los rasgos particulares de cada uno de ellos.

De este análisis se desprende entonces que de la permanente interrelación entre realidad concreta y discurso es necesario superar determinadas construcciones discursivas, no ya solo por su carácter esencialista, sino porque dicha esencia contiene un componente antagónico que puede ser superado, mitigado o neutralizado en cualquier momento. Dicho de otro modo: los antagonismos y demandas nacen de las contradicciones generadas por unas condiciones materiales concretas, de modo que los discursos que describen dicha realidad se construyen a partir de tales antagonismos y demandas, los cuales van mutando, diluyéndose o agravándose con el paso del tiempo. Por este motivo Laclau y Mouffe relativizan el sentido del significado de antagonismo: los antagonismos son relativos, no permanentes, emergen y desaparecen, atendiendo a las diferentes condiciones materiales en los que tienen lugar. Por ello Laclau y Mouffe asignan al antagonismo un componente subjetivo: solo existe dicho antagonismo si el sujeto como tal siente dicha opresión:

Todos participamos en numerosos sistemas de creencias, contradictorios entre sí, sin que surja antagonismo alguno de estas contradicciones. La contradicción no implica pues, necesariamente, una relación antagónica. [...] En el caso de la contradicción, es el hecho de A es *plenamente* A lo que convierte el ser a la vez no-A en una contradicción [...]. Pero en el caso del antagonismo nos encontramos en una situación diferente: la presencia del «otro» me impide ser totalmente yo mismo. (2001, págs. 167-168)

La respuesta de Laclau a ello es que el discurso debe adaptarse a esas nuevas circunstancias de predominio discursivo, y que el fracaso del marxismo se debe a «un fallo de lectura» en el que los ejes antagónicos predominantes son otros. Es aquí donde

puede intuirse la apuesta de Laclau por el carácter pasivo del discurso, ignorando que el campo de la discursividad está afectado precisamente por la influencia activa de otros discursos y determinantes condicionados a su vez por ellos. De hecho, la tesis de Laclau y Mouffe generará controversia entre los marxistas como Geras al considerar que Laclau y Mouffe estarían negando implícitamente la lucha de clases (GERAS, 1988, pág. 52). A juicio de Laclau y Mouffe, dado que el antagonismo de clase ya no es relevante en el debate político, las preocupaciones que deberían atenderse son otras. Son los antagonismos emergentes quienes deben definir el discurso, y no a la inversa, de modo que la lucha política, como puede ser de clase, de género, de raza, etcétera, son contruidos discursivamente a partir de las demandas sociales emergentes. Sin embargo esto llevará a una pregunta central: ¿Quién o qué define los antagonismos y contradicciones en el seno de la sociedad? ¿Acaso no son generados también discursivamente, condicionando de este modo cuáles podrían ser sus soluciones y, por tanto, limitando las posibilidades de subvertir la hegemonía del discurso hegemónico?

Teniendo en cuenta las consideraciones anteriores, no solo mutan los elementos que forman parte de la descripción del discurso, sino también el campo de la discursividad misma. Nacen y mueren nuevos discursos, otros evolucionan, otros permanecen en el ostracismo. Nos encontramos entonces con una reivindicación por parte de Laclau y Mouffe de una reactualización del discurso de la izquierda a partir de las reivindicaciones actuales, cuyos intereses, definiciones y conceptos propios del estructuralismo han sido trastocados y ya no obedecen a las demandas políticas actualmente vigentes.

Por ende, el discurso se convierte en el objeto mismo de definición, del mismo modo que el discurso es una definición concreta de la realidad. Y es aquí donde se reafirma la imposibilidad de determinar significados últimos tanto en el campo ontológico como en el discursivo. Por ello, para Laclau y Mouffe, las concepciones suturadas y, por tanto, las fijaciones absolutas, suponen no solo una desconexión del discurso con las nuevas demandas sociales, sino también la aspiración a la imposición del discurso *correcto*, una actitud no solo planteable en el plano ontológico –mediante el establecimiento de una dictadura que niegue la pluralidad, sino también en el plano discursivo, la exclusión de miembros con posiciones divergentes a «la línea oficial».

### Articulación del discurso

Como se verá en este apartado, la propuesta de articulación también puede suponer una serie de riesgos que, de mostrarse y desarrollarse, podrían dar lugar a un reforzamiento de la ideología hegemónica más que a su politización.

### *Articulación y mediación*

Laclau y Mouffe llegan a la conclusión de la necesidad de prescindir de cualquier mediación esencial, es decir, de cualquier principio presidido en el discurso como esencia que condiciona no solo la relación de los elementos recogidos en el discurso en su forma más petrificada. La articulación, por tanto, representa un mecanismo de constitución del discurso consciente de su propia mutabilidad, ya que su fortaleza capital reside en su carácter antiinstitucional, es decir, en recoger aquellas demandas políticas que las instituciones son incapaces de recoger. En otras palabras, el discurso populista depende de las circunstancias socio-políticas y económicas de cada momento. A su vez, con ello Laclau y Mouffe reconocen que dicho discurso está permanentemente afectado por la influencia del resto de discursos y de cómo operan en su lucha por la hegemonía<sup>54</sup>, de modo que con ello se reafirma la continua reciprocidad existente entre el discurso que describe la realidad material y la influencia de la realidad material sobre el discurso.

De este modo, si se destierra la posibilidad de cualquier fundamento esencial que condicione todo el devenir histórico como mediación necesaria, y se admite la permanente sujeción a una variabilidad contingente, la inestabilidad de la realidad discursiva estará presente en todo momento. Por tanto, Laclau y Mouffe asumen una ontología discursiva precaria, mutable y cambiante, que destierra cualquier pretensión de invariabilidad o permanencia. En consecuencia, la realidad discursiva versa entre dos extremos: la de su existencia y la de su ausencia, o en términos más propios de ambos autores, la lógica de la equivalencia y la lógica de la diferencia.

---

<sup>54</sup> «En la medida en que toda identidad es relacional, [...] y en la medida en que todo discurso es subvertido por un campo de discursividad que lo desborda, la transición de los “elementos” a “momentos” nunca puede completarse». (LACLAU & MOUFFE, 2001, pág. 153)

Equivalencia y diferencia

La lógica de la equivalencia y la de la diferencia constituyen dos procesos que acabarán por determinar todo el proceso de articulación del discurso. Es decir, ambos representan una misma esfera que amenaza la existencia del discurso: la ausencia de conexión discursiva constituye el reverso de la plenitud absoluta. En ambos casos no existe antagonismo, y por tanto, no existe el juego por dominar el significado. Ante la ausencia de esencias, es precisamente en el encuentro de las diferencias donde tiene lugar lo político. La articulación discursiva no consiste en establecer una conexión de significados comunes, ya que ello supondría una restauración de las esencias, sino en establecer una fijación de los significantes comunes. La importancia de este matiz reside en la propia existencia de comunidad de significantes como factor constitutivo del discurso.

La lógica de la diferencia representa la complejización y pluralización de identidades, mientras que la lógica de la equivalencia constituye la simplificación de los antagonismos (LACLAU & MOUFFE, 2001, pág. 174), pero no su anulación. Por ello, para Laclau lo político constituye la instauración de la situación radical entre amigos y enemigos, y por tanto lo político posee también un carácter no solo cualitativo, sino también numérico. Como ya se vio con anterioridad, la disgregación de lo común supone también la desaparición de lo político. De este modo, la articulación del discurso supone poner en marcha la lógica de la equivalencia, mientras que el fracaso del proceso articulatorio, o el momento en el que se acentúan o multiplican las divisiones internas del discurso, tiene lugar la lógica de la diferencia, cuyo momento culminante se da en el momento en el que los elementos diferenciales que constituyen el discurso se disuelven. Ello representa pues una tensión entre el éxito del proceso articulatorio, el cual nunca es definitivo, y por tanto es inestable, y su fracaso. Por tanto, el fracaso de dicho proceso articulatorio, es decir, de la lógica de la equivalencia, podría materializarse con la disolución del discurso. De modo que pueden distinguirse dos esferas:

- Por una parte, la esfera de las particularidades o las diferencias, las cuales representan las diferentes identidades, demandas, intereses u objetos que constituyen el discurso.
- Por otra parte, la esfera de la universalidad, el cual constituye el elemento de comunidad del discurso, a partir del cual se reúnen los elementos comunes o de equivalencia centrales.

Un posible malentendido que podría emerger a partir de esta lógica de dicotomías es que la crítica al esencialismo que realizan Laclau y Mouffe podría significar, por tanto, un rechazo a la esfera de la universalidad. A partir de los noventa, con *Emancipación y diferencia*, así como en obras posteriores (LACLAU, 2006; BUTLER, LACLAU, & ZIZEK, 2000), Laclau especificará con más precisión una necesaria relación dicotómica entre particularidad y universalidad, cuya relación de equilibrio va concretándose como un aspecto inescindible del discurso. Un discurso sin universalidad carecería absolutamente de cohesión, y el resultado sería «el discurso del psicótico» (1993, pág. 104).

Al constituirse el discurso, no a partir de una esencia inmutable, sino a partir de las propias demandas, la universalidad del discurso es el resultado de las particularidades que lo constituyen. Así pues, la existencia del discurso se desarrolla a partir del equilibrio entre ambas esferas, sin que una se vea desbordada por la otra -puesto que entonces se desataría la lógica de la diferencia-. Laclau expresa el funcionamiento de la lógica equivalencial a través del carácter *vacío* del universal: éste es el vacío no en un sentido absoluto, sino como entidad que puede ser llenada de cualquier particularidad en todo momento (2006, pág. 25). El símil que emplea con el concepto de Lefort es bastante ilustrativo a través de la figura del trono de un monarca: el trono representa la soberanía, el poder político, militar y, en ocasiones, religioso. Aunque la representación del trono es fija, sin embargo, está encarnado por diferentes soberanos. De esta manera, la clave de la crítica de Laclau no reside en su rechazo al universal *tout court*, sino al universal como significante desbordado de significado. Laclau no rechaza la figura del trono, sino que el trono acabe por identificarse de forma absoluta con la figura de un soberano concreto. Esta representación no es solo extrapolable al concepto de universal vacío, sino a toda la construcción del concepto de hegemonía discursiva que Laclau emplea a lo largo de su obra.

En consecuencia, las diferentes particularidades que ocupan el universal supone a su vez una reinterpretación permanente del discurso -ampliando, estrechando, reelaborando la relación entre sus objetos...-, dadas las diferentes significaciones que reciben los puntos nodales centrales. Tomemos como ejemplo un discurso cuyos puntos nodales centrales sean el libre mercado, los valores tradicionales y el patriotismo, cuyo discurso engloba diferentes elementos diferenciales que se encuentran interpelados por él, tales como los demócrata-cristianos, los neo-conservadores y la extrema derecha. Cada uno de los

elementos diferenciales comparten los puntos nodales centrales, pero su concepción particular de la cadena de equivalencias es diferente. De este modo, el universal vacío estaría ocupado siempre por una particularidad con una interpretación concreta del universal. Sin embargo, mientras que el predominio del universal por una particularidad nunca a llegue a ser absoluta, se asume que el significado de dicha particularidad siempre será parcial. Es decir, que en cualquier momento su significado podrá ser reemplazado por el de otra particularidad. Aquí es donde reside la continua tensión entre universalidad y particularidad inherente a la articulación, que explica a su vez su inestabilidad, así como su carácter precario y cambiante.

Ahora bien, si el significante universal alcanza una plenitud de significado, no se traduce en un reforzamiento de la lógica de la equivalencia, sino de la diferencia, en la medida en que el significado del universal pierde su parcialidad y adquiere un carácter absoluto. Lo absoluto supone la generalización de una interpretación particular del universal, y por tanto, la exclusión del resto de interpretaciones particulares del mismo. Ya no existe dicha tensión entre lo particular y lo universal, porque ambos extremos se presentan no ya equivalentes, sino idénticos<sup>55</sup>. Por tanto, no se admite divergencia alguna, porque ello no supondría siquiera una particularidad dentro del discurso, sino una entidad directamente ajena a él.

#### Significantes y significados

De igual forma, en esta pugna por la hegemonía del discurso, se extrapolan a su vez sus lógicas al seno de la propia configuración del discurso. Los elementos diferenciales que forman parte del mismo, al no estar sujetos a ningún criterio mediador de fijación, se encuentran en una pugna permanente por hegemonizar los significantes del discurso con significados concretos y particulares, es decir, se trata de «significantes flotantes».

Como expone Laclau, la relación dicotómica significante-significado se desarrolla en términos similares a los de hegemonía: mientras que el significante es el objeto de definición, el significado es la definición que se atribuye al objeto. De este modo, Laclau

---

<sup>55</sup> Esta diferenciación conceptual entre equivalencia e identidad la establecen Laclau y Mouffe en *Hegemonía y Estrategia Socialista*, de cuyo fragmento se desprende que la equivalencia supone rasgos de comunidad entre elementos diferentes (por ejemplo, 1 dólar equivale a 0,80 €); en cambio, dos elementos idénticos establece una relación de comunidad incapaz de diferenciar las capacidades intrínsecas de cada elemento (por ejemplo, dos billetes de 1 dólar cada uno).

diferencia entre significantes flotantes, desbordados de significado; y los significantes vacíos (2006, págs. 25-26). En torno a los significantes vacíos concurren una pluralidad de significados que aspiran a dotarlo de un sentido concreto, a hegemonizarse en su seno. Dadas las características anteriormente dadas -la de las influencias procedentes del propio campo discursivo-, la hegemonía de un significado determinado sobre un significante puede variar en cualquier momento. En estas condiciones de pugna, una vez más se desata la lucha, en este caso interna, de lo político. Para ello deben darse una serie de condiciones:

- En primer lugar, que el significante sea ambiguo, ya que dicha ambigüedad es lo que proporciona una pluralidad de significados que pugnan por dotar de plenitud al significante. Lo contrario sería un significante cuya correspondencia con el significado es transparente, y por tanto, no existiría pugna alguna. Como ya hemos visto, en el campo de lo político, la interacción de las emociones con los significados dan lugar a una inconmensurabilidad de posiciones que imposibilita dotar de un significado último a tales elementos discursivos.
- En segundo lugar, la concurrencia de una pluralidad de significados: es el reverso directo del anterior punto, ya que sin pluralidad de significados no existe ambigüedad en el sentido del significante y, por tanto, el significado es transparente.
- En tercer lugar, un marco en el que opera dicha disputa por el significante, es decir, el discurso. Sin ella la disputa por la hegemonía no tendría sentido, ya que no existe una comunidad donde puedan converger los diferentes significados para disputar el sentido del significante. De este modo, la ausencia de este espacio común, desata la lógica de la diferencia. Como afirman Laclau-Mouffe, «no es la pobreza de significados, sino la polisemia, la que desarticula una estructura discursiva» (2001, pág. 154). Así pues, la ausencia del marco supondría la conversión de los significantes flotantes en meros elementos. Es evidente que ello no evitaría la polisemia de significados, pero la disputa solo se produce cuando tiene lugar un encuentro de perspectivas contrapuestas que llegan al punto de poner en cuestión el marco donde concurren, disolviendo así la comunidad política.



Teniendo en cuenta estos tres aspectos, es posible percibir que se concibe la articulación como la construcción de un espacio común donde dichos significantes flotantes mantienen una relación determinada entre ellos; una articulación:

La práctica de la articulación consiste, por lo tanto, en la construcción de puntos nodales que fijan parcialmente el sentido; y el carácter parcial de esa fijación procede de la apertura de lo social, resultante, a su vez, del constante desbordamiento de todo discurso por la infinitud del campo de la discursividad. (LACLAU & MOUFFE, 2001, pág. 154)

Es decir, la articulación representa el proceso de constitución del discurso y no «un complejo relacional dado» (LACLAU & MOUFFE, 2001, pág. 129), en el que la base de dicha comunidad se asienta sobre dichos puntos nodales. Es decir, una serie de significantes compartidos cuyo significado sin embargo puede ser diverso y polisémico. Ello permite, bajo una misma identidad discursiva, una pluralidad de posiciones de sujeto que permite un permanente juego de mayorías en su interior, pero también de los propios puntos nodales que constituyen el discurso<sup>56</sup>. Estos puntos nodales, como señala Laclau, se concretan a través de demandas e identidades políticas, y que se mantienen unidos a través del establecimiento de cadenas de equivalencias.

El complejo equilibrio: El papel de la retórica, los afectos y el liderazgo

Para Laclau y Mouffe (2001, pág. 143), el discurso se define de acuerdo a los siguientes principios:

- En relación a la coherencia característica de una formación discursiva
- En relación a las dimensiones y extensión de lo discursivo
- En relación al grado de apertura o cierre de una formación discursiva

Estos tres principios se encuentran interrelacionados, ya que la calidad de cada una de las características afecta a las otras dos. Así pues, atendiendo a la segunda característica, Laclau se refiere a la longitud de la cadena equivalencial que el discurso posee, el cual puede ser, al menos aparentemente, infinito. Sin embargo, la longitud condiciona su grado de apertura o cierre -tercera característica- y compromete a su vez la fortaleza de su propia

---

<sup>56</sup> Un caso paradigmático del concepto de articulación fue, en el caso de España, de la constitución de la plataforma Coordinación Democrática por parte del jurista Antonio García-Trevijano, quien logró inscribir a organizaciones políticas tan dispares como comunistas, socialdemócratas, democristianos o carlistas en torno a una misma organización en base a una serie de puntos o principios compartidos por todos. La base de su variedad de apoyos residió precisamente en la pluralidad de significados atribuibles a dichos puntos, y cuya dotación de sentido concreto dependería de los procesos de negociaciones que irían evolucionando en los siguientes días.

lógica equivalencial, es decir, de su cohesión interna -primera característica-. Cuantos más puntos nodales posea, la amplitud del discurso puede ser mayor, es decir, puede atender a una mayor cantidad y diversidad de intereses y demandas. Pero al mismo tiempo, las posibilidades de que los nuevos puntos nodales sean incompatibles con los elementos diferenciales del discurso aumentan (LACLAU, 2006, pág. 54). Por tanto, las posibilidades de desarrollar la lógica de la diferencia serán mayores, ya que existirán mayores incompatibilidades entre los elementos diferenciales y éstos acabarían por desagregarse del discurso. Al mismo tiempo, un exceso de apertura del discurso, es decir, de una longitud equivalencial más corta, supondría una reducción del nivel de coherencia interna del discurso, de modo que igualmente aumentarían las posibilidades de desarrollo de la lógica de la diferencia. Por tanto, con una mayor amplitud de espectro discursivo, existen más posibilidades de integrar elementos antagónicos en el seno del mismo, lo cual aumentan las probabilidades de que se desate la lógica de la diferencia. Es aquí donde Laclau, al parecer, diferencia entre *eslabones centrales* y *nuevos puntos nodales* que se añaden a la cadena equivalencial, que permiten concretar el carácter del discurso.

En este proceso de articulación, donde un relato pone en relación los diferentes elementos discursivos es donde entra la retórica como instrumento central. El papel de las emociones en la construcción de afectos supone un aspecto fundamental que se ha de tener en cuenta no solo como fórmula de transmisión del discurso -a través del empleo de técnicas de márketing político, por ejemplo-, sino también a través de la construcción del mismo. El uso de ejercicios retóricos juega un papel común a la hora de solidificar un relato y de establecer interpelaciones en el sujeto. Para comprender esta dinámica es esencial recordar el punto de partida de Laclau y Mouffe: dado que es imposible alcanzar a percibir el objeto en toda su transparencia, éste siempre se presentará mediado. De este modo, la descripción del objeto partirá siempre de la percepción de cada sujeto que, recuérdese, está sobredeterminado (L). Por tanto, la descripción de la realidad, que no deja de ser un relato particular, estará conformado por simplificaciones, exageraciones, comparaciones, deformaciones, o énfasis hacia ciertos aspectos concretos del mismo. Por este motivo, Laclau se mostrará reacio a aceptar expresiones tales como «distorsión», «deformación», o «manipulación», ya que ello significa que la descripción que está siendo deformada poseía originalmente una apariencia absolutamente objetiva y transparente, libre de mediaciones subjetivas (2006, pág. 13).

Las luchas intestinas del cristianismo representan a la perfección este doble movimiento. De la misma manera que Laclau recurre a la letanía de Scholem (2006, pág. 40) en el que se realizaba una enumeración de fundamentos y narraciones de carácter místico, una comunidad de fieles puede sentirse identificada con ellos, pero en sus formas diferenciadas y particularizadas de comprenderlos. Sin embargo, la propia concreción de su interpretación a su vez puede convertirse en el objeto de antagonismo, tal como el que podría darse entre católicos y protestantes, sobre un mismo texto<sup>57</sup>. La cuestión determinante que inclina la balanza en favor del conflicto o la afinidad, o en otras palabras, entre la diferencia y la equivalencia, reside precisamente en ese carácter místico, o emotivo-afectivo, que empuje al receptor a *sentirse* identificado con él. En definitiva, a ser interpelado. Por ello, no es suficiente con el mero ejercicio sumatorio de demandas, sino que además a ello debe añadirse la operacionalización de dicho momento emotivo-afectivo o místico.

A lo largo de la bibliografía de Laclau se observa cómo recurre frecuentemente al ejemplo soreliano del mito de la huelga (2006, págs. 45-46), ya que su carácter indecible, y fundamentalmente emotivo, constituye una especie de cemento discursivo que explicitaba a través de experiencias lo que no podía explicarse mediante palabras. Como afirma Laclau, «el mito es un conjunto de imágenes equivalentes, capaces de galvanizar el imaginario de las masas y lanzarlas a la acción colectiva» (2006, pág. 49). Es decir, la experiencia unificadora del discurso es una experiencia *colectiva*, ya que es a partir de ella como se fijan los elementos de comunidad y universalidad del discurso. No es casualidad que el discurso que Pablo Iglesias lanzaba contra el denominado Régimen del 78 generara resquemor entre quienes vivieron de primera mano la Transición española, indiferentemente de sus inclinaciones políticas. Asimismo, *Podemos* apelaba a otro mito, el de la experiencia del 15M como referencia experiencial constitutiva de su propio discurso. Pero el mito no es solo una representación simbólica que se materializa a través de la experiencia. La huelga proletaria general –al igual que el mito y la violencia– constituía la experiencia que alimentaba el propio espíritu revolucionario; la acción que genera acción, en el que «lo particular es el medio de representación de algo que lo trasciende» (LACLAU, 2006, pág. 52). En estos mismos términos, Luxemburgo explica

---

<sup>57</sup> Este carácter relativo lo expone Laclau con la siguiente pregunta: *¿Es Dios como tal un significante vacío, o es este nombre ya una interpretación de lo sublime, de lo absolutamente pleno?* (LACLAU, 2006, pág. 114) Dependiendo de la respuesta, tendrá lugar una lógica favorable a lo equivalencial o a lo diferencial.

cómo acabaría teniendo lugar un clima prerrevolucionario en la Rusia zarista, dada por una sobredeterminación (A) encadenada de acontecimientos que favorecieron la tensión social, en el que la derrota de 1905 sin embargo constituiría el reflejo en el que se mirarían para la consecución de avances en el campo de la revolución en el futuro (LUXEMBURGO, 1974).

Con ello Laclau señala el destacado papel de las emociones que, sin embargo, el marxismo, a su juicio, se ha empeñado en reprimir en favor del *gris de la teoría* desembocando en una pérdida de todo valor analítico. Sin embargo, se apoya en el ejemplo marxista para fundamentar el funcionamiento del discurso articulado en base a significados parciales. Si para él el marxismo sigue el sendero de la tradición racionalista al desbordar de significado los significantes que le constituyen como discurso, éste quedaba constantemente invalidado tan pronto como evolucionaba la realidad que pretendía dominar a través de leyes generales de la historia. No obstante, para mantener la coherencia de su discurso, Laclau señala que el marxismo recurrirá constantemente a ciertos movimientos tropológicos –es decir, empleará ciertos giros retóricos- con el fin de flexibilizar la interpretación de la teoría. De este modo, el carácter ambiguo del término facilitaría la continua tensión entre las diferentes particularidades mediante el empleo de estos usos retóricos, como la analogía, la metáfora, la metonimia o la sinécdoque, a partir de unos significantes comunes sobre los que se articula el discurso. Debe tenerse en cuenta que, a través del empleo de la retórica, se facilita la construcción discursiva en la medida en que genera representaciones. Apelar al *15M*, al *mayo del 68* o a *1917* supone la evocación de diferentes imaginarios, símbolos y representaciones que evocan y concentran un conjunto de ideales, principios y reivindicaciones que generan un eficaz y rápido proceso de identificación –o rechazo- en el receptor. Pero el empleo de la retórica también es útil para descalificar al adversario político. En una entrevista Donald Trump afirmó lo siguiente: «pienso en comunismo cuando pienso en Bernie Sanders» (LEMON, 2020). La manifestación, por supuesto intencionada, de la relación que establece entre el excandidato demócrata y el comunismo supone un ejercicio metonímico que define peyorativamente el proyecto político de Sanders en el sentido más estrictamente lacaniano –similar al ejemplo del hijo que relaciona el tabaco con su padre porque su padre fumaba mucho-. Para la campaña electoral de las elecciones autonómicas de Madrid en 2021, el *Partido Popular* emplearía para la candidatura de Isabel Díaz Ayuso un *slogan* basado en una lógica de oposiciones similar sumamente efectiva: «Socialismo o libertad»

(GÓMEZ, 2022). En pleno contexto pospandemia de la COVID 19, y bajo las restricciones del Gobierno central presidido por el socialista Pedro Sánchez, el planteamiento de esta dicotomía formulaba una alternativa tan simple como sugerente, en el que se señalaba a la izquierda como totalitaria. Otro ejemplo manifiesto de ejercicio retórico es el recurso a la sinécdoque para referirse al contrincante: las constantes alusiones al chavismo o al terrorismo de ETA por parte de la derecha española para referirse a *Podemos*, o las continuas referencias al franquismo para señalar a *Vox*, constituyen algunos ejemplos de este tipo. Por otra parte, el recurso a la hipérbole es sumamente interesante como técnica para llamar la atención del votante a través de los medios. El resultado final es generar un impacto que vaya más allá de la mera motivación racional, en el que los afectos y las emociones constituyen un pilar fundamental a la hora de solidificar un proceso articulador. Es aquí donde nos encontramos con la transgresión como un arma sumamente útil que, en manos de la derecha radical populista, puede llegar a ser de doble filo. Si la «democracia de audiencia» (MANIN, 2008, págs. 267-286), unida al creciente protagonismo de políticas del reconocimiento de las últimas décadas, ha contribuido a fraguar una cultura de «lo políticamente correcto», la ruptura de sus reglas se ha convertido en el paso subsiguiente para lograr protagonismo con contenido morboso en la era de la visibilidad. Por una parte, la transgresión como ejercicio de ruptura de lo culturalmente imperante supone un nuevo atractivo electoral que ha sido ampliamente explotado por la extrema derecha. Como apunta Thomas Frank, «¡Si la política es espectáculo que al menos tenga algo de acción!» (2008, pág. Nota editorial).

El mero acto de transgresión ya es de por sí atractivo para los medios de comunicación y para su utilización como objeto de debate. Por otra, el acto en sí representa un gesto de rebeldía frente a la artificialidad de la política profesional. El principal atractivo en este caso es la propia humanidad del candidato, su autenticidad, que se hace evidente a través de su imperfección: declaraciones políticamente incorrectas, gestos controvertidos que acaban por convertirse en actos políticamente performativos (STANLEY, 2019, pág. 71). Además, tales gestos no son incompatibles con su discurso, ya que en tanto que ejerce la crítica contra la concepción concreta de la política, actúa en consecuencia y la hace suya como reivindicación. Sin embargo, la transgresión como arma política no es en absoluto nueva. Ya en los años ochenta, el candidato de extrema derecha Jean Marie Le Pen había creado un «registro de la provocación» mediante el empleo de chascarrillos, juegos de palabras y el doble sentido, que rompían con el aura formal de los candidatos del

*stablishment*. En 1984, protagonizó uno de los momentos más histriónicos de la televisión que lo acabarían catapultando a la fama mediática, tras interrumpir en pleno debate al candidato comunista para guardar un minuto de silencio por los caídos contra la URSS. Como señala Fernández-Vázquez, «a partir de entonces a Jean-Marie Le Pen le costará olvidar que logró más en una noche de exposición mediática que en diez años de discreta carrera política» (2019, pág. 41).

En los noventa, otros políticos de corte populista han seguido la misma senda. En Italia, sin duda el caso más destacado fue el de Silvio Berlusconi. Cara conocida por ser por entonces presidente del club de fútbol AC Milán, y uno de los grandes magnates de los medios de comunicación italianos, sería célebre por muchas de sus polémicas declaraciones, como las realizadas a favor de Mussolini - «Mussolini nunca mató a nadie. Mussolini envió gente de vacaciones al exilio» -, así como por sus polémicas fiestas de lujo, los cuales constituían, por otra parte, actos performativos que alimentaban su propio discurso fundamentado en el éxito (SÁNCHEZ E. , 2016).

En el caso de España, tal vez el primer ejemplo de este imaginario pueda encontrarse en el exalcalde de Marbella y antiguo presidente del Atlético de Madrid Jesús Gil. Su autenticidad y su carácter triunfalista representaron una conjugación de rebeldía y *antistablishment* que sedujo a la mayoría popular de la Costa del Sol. Su naturalidad a la hora de utilizar expresiones racistas –«al negro le corto la cabeza» (SANZ, 1995)-, homófobas –«voy a fichar a un jugador muy importante y me dicen que es maricón» (MALDONADO, 2019)- o sus apariciones en la televisión local de Marbella en un jacuzzi rodeado de mujeres en bikini mientras hacía gala de su nivel económico, le harían partícipe de la vida televisiva cotidiana por sus continuas polémicas. Paradójicamente, ambos casos reproducen el imaginario hedonista propio del ideal neoliberal de éxito – dinero, mujeres, lujo y negocios-, que sin embargo rompían con la lógica de lo políticamente correcto. No se trata por tanto de un cuestionamiento de las normas estéticas propias del neoliberalismo, sino de un desafío de las normas estéticas dominantes.

Más recientemente, nos encontramos con casos muy diversos que ejemplifican a la perfección esta imagen. Matteo Salvini, Donald Trump, Jair Bolsonaro o Nayib Bukele, son personalidades de tantos que encajan en este perfil. También en la izquierda. Tal vez Hugo Chávez sea el más representativo por sus frecuentes salidas de tono, pero también líderes como Nicolás Maduro, Evo Morales o Rafael Correa han protagonizado

momentos de rebeldía contra la formalidad política<sup>58</sup>. Nicolás Maduro describió a la perfección la esencia del funcionamiento de la transgresión política. En un momento de la entrevista realizada en 2017 por el periodista Jordi Évole, ante la pregunta relacionada sobre su polémico discurso del pajarito<sup>59</sup>, el presidente venezolano respondió:

La gente que venimos de los barrios, que venimos de la calle, sabemos silbar, sabemos correr, sabemos expresarnos... no le tenemos miedo a nada, no estamos calculando... yo no soy una elaboración del márketing, de cuatro expertos... yo soy verdad; esto que tú ves aquí es un ser humano de verdad.

Además, un factor determinante en el papel irreverente de este tipo de candidatos es el corte humorístico de su expresividad. Si bien en muchos casos los medios de comunicación buscan con ello la desacreditación del líder político en cuestión, no obstante, también elimina la seriedad del mensaje (LIPOVETSKY, 1987, pág. 156). Ello supone así una amenaza al discurso hegemónico en el ámbito cultural. Frente a la tolerancia y el respeto a las minorías, el mensaje racista, machista u homófobo es concebido como aberrante, pero si es transmitido en tono humorístico, su solemnidad se reduce. Este hecho, repetido muchas veces, posibilita su normalización. Ya no es un mensaje aberrante, es una creencia extendida que –ahora sí- adquiere un carácter solemne.

Como resultado de este análisis, Laclau concibe al aspecto emocional de la identidad política como el resultado de todo el proceso articulador, y no como un elemento que pueda evocarse apriorísticamente, como en efecto afirmaba Althusser a través de una cierta automaticidad que se produce en el proceso de interpelación (1988, pág. 63). En su lugar, para Laclau, la interpelación es sustituida por todo un largo proceso de identificación, que se solidifica y va materializándose mediante la práctica política, en términos similares a los de Sorel. Y es precisamente a través de dicho proceso, en el que se entrecruzan acciones, ejercicios retóricos, evocaciones míticas e interacciones afectivas, donde acaba teniendo lugar la construcción de un símbolo o momento populista. El símbolo, en tanto que representa a todo un conjunto de tradiciones, relaciones, narraciones, principios y valores, es a su vez lo que motiva a despojarse del marxismo: en el debate mantenido entre Geras y Laclau-Mouffe, puede concluirse cómo

---

<sup>58</sup> De hecho, en la entrevista realizada por Jordi Évole a Nicolás Maduro en 2017, él mismo hacía referencia a su autenticidad frente a las imposturas por las que solía ser criticado.

<sup>59</sup> En el contexto de las elecciones presidenciales de 2013 y tras el reciente fallecimiento de Hugo Chávez, Nicolás Maduro, como candidato presidencial del PSUV, desde la tribuna realizó un polémico discurso en el que expresaba cómo en sueños se había comunicado con un pajarillo mediante silbidos, concluyendo que en el sueño había experimentado la presencia de Hugo Chávez.

las acusaciones y críticas que los segundos lanzan al marxismo, son negadas –que no justificadas o defendidas- por el primero, precisamente porque la forma de concebir al marxismo son diferentes. Mientras que el marxismo de Geras es el propio de la tradición anglosajona, para Laclau y Mouffe *representa* el estalinismo soviético. ¿Acaso cuando Laclau y Mouffe proponen una superación del marxismo no están proponiendo la superación del símbolo que se ha construido en torno al marxismo, un marxismo desbordado de significado? Todo parece indicar que sí: la ineffectividad del discurso marxista reside, para Laclau, en la falta de flotabilidad del significante marxista en un significado desbordado por la experiencia de la URSS. En la medida en que éste se suele identificar –tanto por partidarios como por detractores- a una experiencia concreta de la historia, no es posible establecerlo como fijación parcial de una cadena de equivalencias si lo que se aspira es un discurso amplio:

[...] para que el flotamiento sea posible, la relación entre significante y significado tiene ya que ser indefinida –si el significante estuviera estrictamente adherido a un solo significado, ningún flotamiento tendría lugar-. (LACLAU, *Misticismo, retórica y política*, 2006, pág. 26)

#### *Problemas de la articulación*

Si para politizar el discurso la propuesta populista de Laclau consiste, hablando en términos básicos, de forzar una sobredeterminación (A) de contradicciones en el seno del sistema institucional mediante la recogida de demandas fácticamente existentes que no son satisfechas, ello supone recordar una serie de aspectos:

- En primer lugar, reconocer el carácter contingente de las demandas y necesidades sociales, así como de los antagonismos que nacen de ellas.
- En segundo lugar, que ello supone una relación permanente entre el discurso y la realidad que describe.
- En tercer lugar, que el discurso, por tanto, se convierte en un mero receptor de demandas e identidades políticas, cuya potencia hegemónica reside en la incapacidad por parte de las instituciones y discursos hegemónicos por dar



respuesta a dichas demandas. De ahí que el carácter del populismo sea, al menos en origen, *antiinstitucional*<sup>60</sup>.

- En cuarto lugar, que el discurso reúne a una pluralidad de particularidades en torno a tales demandas.

En resumen, la propuesta discursiva de Laclau consiste en dar respuesta a las demandas contingentes e insatisfechas de cada momento político. Pero si se presta atención al cuarto punto, cabe recordar que no solo se identifican en torno a los puntos nodales centrales aquellas particularidades que comparten un mismo significado de ellos, sino que la aspiración laclausiana radica en su extensión más allá del mismo significado para articular el discurso en torno a los significantes, asumiendo con ello las disputas internas por dotar de significados parciales a los mismos.

Sin embargo, esta propuesta podría conllevar a una serie de problemáticas que, como se han visto recientemente, podrían cumplirse de llevarse a cabo. Pasemos a analizarlas.

#### Problema 1. La inestabilidad del discurso populista

Cuando Butler pregunta a Laclau si acaso a través de la articulación del discurso no está definido ya de origen su potencial fracaso dado que las propias particularidades en cualquier momento pueden desarrollar una lógica de la diferencia, Laclau se limita a reconocerlo afirmativamente (BUTLER, LACLAU, & ZIZEK, 2000, págs. 274, 304). Pero precisamente la cuestión del proceso de articulación reside en el sostenimiento de dicha tensión. Cabe recordar cómo se llegó a esta misma conclusión con anterioridad: *la tensión entre particularidad y universalidad representa la articulación en sí*, ya que cualquier desequilibrio hacia uno de los dos extremos supondría su desaparición.

Pero el problema no se observa, al menos de entrada, en la articulación misma, sino en cómo se desarrolla ésta para su sostenimiento –lo cual constituye a su vez el sentido mismo de la articulación-. Como ya se analizó con anterioridad, a la hora de constituir el discurso, Laclau y Mouffe señalan como elementos esenciales para su articulación su carácter ciertamente coherente, sin alcanzar el límite final de que sus elementos constitutivos se conviertan en momentos, es decir, en conceptos acabados y definitivos cuyos significados se agoten en ellos mismos (2001, pág. 142). La aceptación de los

---

<sup>60</sup> Con el fin de evitar equívocos, por antiinstitucional no nos referimos a las instituciones *per se*, sino a los representantes de las mismas.

rasgos diferenciales que constituyen los diferentes elementos discursivos supone, al mismo tiempo, la natural aceptación de la inevitabilidad de los conflictos internos. Del mismo modo que el discurso toma parte en el campo de la discursividad como una parte en lucha por la hegemonía, esta misma lógica acaba desarrollándose en su seno a través de una pugna permanente entre particularidades que aspiran a ocupar el universal discursivo. Es por ello que, para Laclau (1996), la clave consiste en cómo posibilitar «la comunidad a pesar del disenso», suponiendo que ésta reside en la propia influencia entre los elementos divergentes. Es decir, tal y como tenemos asumido que la inevitabilidad de lo político reside en el carácter permanentemente parcial de los agentes debido a las experiencias e influencias externas y particulares, y de la misma manera, el campo de la discursividad afecta e influye a la propia realidad del discurso, esta misma «contaminación» se produce en el seno del discurso a través del propio desarrollo dialéctico de sus interacciones. Es decir, para Laclau y Mouffe, la construcción de identidades a partir del proceso de articulación se produce mediante el propio desarrollo de la acción político-discursiva (2001, pág. 208). Es en el día a día, a través de la amplia diversidad de acciones conjuntas emprendidas por el conjunto de las particularidades diferenciales que constituyen el discurso, donde acaban estrechándose una mayor multiplicidad de lazos y afinidades entre las diferentes particularidades. Pero no puede confiarse plenamente en el proceso mutuo de contaminación de sus particularidades como único motor de cohesión cuando éste depende a su vez de elementos «externos» al discurso.

En primer lugar, por la excesiva sujeción del universal discursivo a factores externos a sí mismo. Un aspecto que Laclau ha solido ejemplificar con frecuencia en su obra ha sido la construcción de un «discurso contra algo o alguien». Y aunque la plena sujeción a la realidad cambiante es un aspecto inescindible de la propuesta laclausiana, cabe preguntarse si acaso el motivo por el que se constituye el discurso, la clave de bóveda a partir de la cual se construye el universal discurso, tal vez se trate de un eje antagónico sumamente volátil. Los recurrentes casos de *Solidarność* o del segundo peronismo constituyen buenos ejemplos de articulación discursiva contra un exterior constitutivo, pero tan pronto como éstos habían sido superados o vencidos, su razón de ser como movimiento irá poco a diluyéndose o implosionando internamente. Las demandas, una vez satisfechas, dan lugar a la lógica de la diferencia: se disuelve el motivo de la unión;

un fenómeno que se hace más difícil cuando los ejes antagónicos sobre los que se fundamenta un universal son extremadamente cambiantes en un marco democrático.

Cabe exponer varios ejemplos al respecto. El primero de ellos tiene como punto de partida el *movimiento 15M*, así como los acontecimientos que se derivaron de aquellos días – manifestaciones, acampadas, asambleas, etcétera-, los cuales generaron una experiencia política previa de los indignados que acabaría por materializarse en mayor o menor medida en *Podemos*<sup>61</sup>. Sin embargo, tan pronto como han ido disolviéndose los motivos que llevaron al descontento social –bien porque se relajaron los condicionantes que motivaron el mismo como la crisis económica, bien por la absorción parcial de demandas por parte de las instituciones políticas o bien por la multiplicación de partidos que pretendían dar satisfacción a las emergentes demandas sociales-, los apoyos electorales fueron descendiendo sustancialmente, pero han logrado sostener una –mínima- masa electoral que ha ido solidificándose por el propio avance y desarrollo del proceso articulador. Sin embargo, cabe prestar atención a uno de los motivos del descenso de sus apoyos. *Podemos* había nacido como un partido que se declaraba al margen del clásico eje izquierda-derecha. En su lugar, y aprovechando la experiencia del descontento social generado por las medidas políticas y económicas aparejadas a la crisis de 2008, había logrado reunir en su propio discurso un conjunto de consignas y demandas ideológicamente asépticas, pero intensamente *antiinstitucionales*. El resultado inicial sería el del apoyo de un amplio espectro de la masa social, generalmente de izquierdas, disconforme con las duras políticas económicas de austeridad que se estaban aplicando de acuerdo a instrucciones de la Comisión Europea. El propio desarrollo y avance de la actividad política de *Podemos* exigiría una mayor concreción de sus principios ideológicos, lo que supondría una progresiva exclusión de los elementos ideológicamente más distanciados de la organización. De esta manera se frustra la aspiración de Laclau por articular un discurso populista capaz de aglutinar a toda la totalidad del espectro social desplazando hasta sus límites del campo de la discursividad a los elementos antagónicos. Asimismo, ello llevaría a la progresiva fragmentación de posturas ante la dilución de un exterior constitutivo que estaba mutando hacia una mayor estabilización.

El segundo ejemplo se encuentra en el auge prácticamente inmediato de otra formación política, *Ciudadanos*, con una cadena de equivalencias concreta. Sin embargo, su

---

<sup>61</sup> Otro ejemplo de un proceso similar lo podemos encontrar con la fundación de *Izquierda Unida*, formación que había nacido a la luz de la confluencia de una diversidad de movimientos sociales y partidos políticos a partir de las protestas contra la entrada de España en la OTAN.

momento de mayor auge fue en plena crisis política catalana del «*procés*». El eje antagónico dominante en ese momento estaba dividido entre los partidarios de la unidad de España y los defensores de la independencia de Cataluña. Las elecciones al *Parlament* de Cataluña celebradas ese mismo año, fueron interpretadas por gran parte del electorado en términos de referéndum, ya que el voto de los principales partidos partidarios de la unidad de España había sido capitalizado sobre todo por *Ciudadanos*, que era la formación que mejor había sabido rentabilizar su discurso en torno a este eje antagónico principal. En términos laclausianos, el universal vacío de la formación naranja había sido protagonizada por el significante «unidad de España», logrando aglutinar a una amplia esfera de votantes procedentes desde la extrema derecha hasta la izquierda más tradicional. Sin embargo, a pesar de contar con una cadena de significantes ciertamente extensa y variada, tan pronto como el eje antagónico se había desplazado hacia otros conflictos políticos, y a una estrategia política que no lograba diferenciarse respecto del *Partido Popular*, acabaría sufriendo un desplome electoral, pasando de 49 escaños a obtener solo 10 tras las elecciones generales de 2019 (PÉREZ, 2019). Su caso demuestra cómo a pesar de haber sido capaces de recoger las demandas políticas y antagonismos sociales de un momento dado, no había sido suficiente como para mantener una cierta estabilidad discursiva. No solo se trata, por tanto, de ser capaces de recoger el descontento social en unas circunstancias concretas, sino también de saber dominar el debate público mediante la introducción de nuevas demandas y antagonismos sociales, algo que otras formaciones políticas como *Vox* sí habían logrado.

En segundo lugar, cabe remarcar el contexto actual en el que se desarrollan tales dinámicas discursivas: el predominio de una tendencia hacia la particularización e individualización de las identidades políticas y culturales supone una gran dificultad para lograr una mayor cohesión interna en torno a un mismo discurso. Así pues, la progresiva tendencia a una mayor concreción de las identidades supone a su vez su mayor atomización y disgregación, puesto que se reconoce en primer lugar como identidad en tanto que diferenciada del resto, y en segundo lugar, ésta entra en *competición* con las demás, en una pugna por la visibilidad, la representación y la satisfacción de sus demandas. En consecuencia, la identidad particularizada parte precisamente de su identidad como diferente, no como igual, y por tanto, ello solo podría dificultar cualquier proceso de articulación discursiva. Un ejemplo que podría ilustrar muy bien el efecto disgregador de esta lógica la podemos encontrar en la huelga feminista del 8M del año

2019. En el contexto de dicha convocatoria, el colectivo *Afroféminas* lanzó un manifiesto donde comunicaba su rechazo a asistir a la huelga<sup>62</sup>. La decisión se debía principalmente al carácter eurocéntrico de la convocatoria, donde no se visibilizaba ni integraba la particularidad que supone el cruce de un doble eje antagónico de opresión, la raza y el género, que el discurso hegemónico dentro del feminismo, a su juicio, no logra comprender o asumir. El problema no se encuentra en el desbordamiento de significado de una particularidad concreta en el seno del movimiento feminista, sino precisamente en su carácter lo suficientemente ambiguo como para no reconocer la especificidad de un colectivo concreto que forma parte de él, ya que la insuficiencia que se percibe es la limitación intrínseca del movimiento feminista en tanto que sus reivindicaciones se ajustaban –a su juicio- a un único eje antagónico -el de género-. La necesidad de integrar o cruzar dicho eje con otro más que terminara por definir su propia identidad refleja por tanto una identidad castrada, ya que no cuenta con el otro eje antagónico -el racismo- que completa su identidad. A pesar del carácter anecdótico de este ejemplo, sin embargo representa una muestra de cómo el carácter flotante de los significantes no supone necesariamente una fórmula suficiente para la constitución de grandes mayorías, sino que siempre existe un «más allá» de las meras consignas discursivas, entre las que se unen un conjunto de prácticas, comportamientos y contextos que, en muchos casos, escapan a las propias lógicas del proceso articulador. De esta manera, si la cohesión del discurso se produce en el proceso mismo de desarrollo de la articulación mediante la acción política conjunta, así como del movimiento pendular de las discusiones y disensiones internas, cabe sospechar que a pesar de la existencia de una larga cadena de equivalencias que facilitase la cohesión del discurso, tuviera lugar una alta volatilidad, sobre todo en sus inicios, cuando las interrelaciones entre particularidades son menos estrechas.

Por otra parte, si se acepta la posibilidad de que las diferentes particularidades internas al discurso se influyen y afectan recíprocamente, ello no significa necesariamente que dicho proceso de «contaminación» redunde positivamente. Como el propio Laclau reconoce, la propia cohesión del discurso dependerá no solo de sus dinámicas internas, sino también del fracaso mismo de las expectativas depositadas en el discurso, lo cual podría potenciar ciertas lógicas disgregadoras. Por ejemplo, un conjunto de fracasos electorales por parte de una organización portadora del discurso podría generar cierta inquietud entre sus

---

<sup>62</sup> Afroféminas. (4 de marzo de 2019). *Manifiesto 8M Afroféminas*. <https://afrofeminas.com/2019/03/04/manifiesto-8m-afrofeminas/>

miembros, suscitando ciertas tensiones internas que podrían ir desde la deslegitimación de la gestión de la estrategia política hasta un cisma ideológico. Es evidente que la respuesta de Laclau a ello será que la responsabilidad recaerá en cómo se constituya el propio proceso articulador. Pero los motivos que llevan a su cuestionamiento se encuentran en que, para Laclau, el hecho de que el cemento de construcción del discurso resida en la forma en que se desarrollan sus dinámicas internas, lleva a considerar que se están obviando, desde el propio discurso, aquellos aspectos que, aunque le afecten, escapan a su control. Dicho de otra manera, la capacidad articuladora del discurso no solo depende de cómo se articula internamente, sino también de su capacidad para enfrentarse a los vaivenes del campo de la discursividad.

Ello implica comprender adecuadamente el contexto en el que se articula el discurso, cuáles son sus limitaciones, sus potencialidades, sus fortalezas, sus condicionantes, lo cual supone aceptar que el proceso es mucho más complejo de lo que *a priori* pudiera parecer. Si nos remitimos más bien a la estrecha relación entre el contenido discursivo y la realidad que describe, la construcción de un universal a partir de significantes vacíos no es suficiente si ésta no se asienta sobre una base previa de experiencias vividas conjuntamente, o de una cultura política compartida. La operatividad de la articulación del discurso solo es eficaz si ésta se desarrolla a partir de la acumulación de demandas insatisfechas, pero éstas vienen aparejadas por una *experiencia común* que acaba con el exceso de disparidades que podría poner en riesgo la cohesión interna. Al mismo tiempo, en un contexto democrático, el establecimiento de la cadena de equivalencias no puede ser tan reducido como para aspirar a aglutinar en su seno a una amplia variedad de intereses, ya que al mismo tiempo se estaría estableciendo un significativo amo del cual dependería totalmente la articulación del discurso. En cambio, el horizonte -el universal-, si posee un componente activo, no es la consecuencia, sino la causa: es el punto de fuga que no agota las causas que motivaron el nacimiento del universal discursivo, sino que, al contrario, constituye el punto de inicio desde donde se generan y multiplican nuevas demandas una vez satisfechas o superadas las anteriores. Asimismo, con el fin de mantener una cohesión y una estabilidad discursiva, será necesario entonces establecer más bien una cadena de equivalencias lo suficientemente larga como para poder hacer frente a los diferentes antagonismos sociales que emergen y se suceden con frecuencia en el campo de la discursividad.

Problema 2. Conflictos internos por la visibilidad

Con la propuesta de articulación, Laclau y Mouffe redefinen el papel de la lucha de clases en el nuevo panorama discursivo con el fin de adaptar *cohesionadamente* el discurso de izquierdas a las nuevas demandas sociales. La clave de dicha adaptación residiría en evitar las incompatibilidades y exclusiones construidas en torno al discurso de clase que el marxismo ortodoxo había ido desarrollando en las últimas décadas. Cabe recordar que la articulación supone no la preeminencia de una lucha o antagonismo sobre el resto – evitando, en consecuencia, órdenes de preferencia de lo económico sobre el resto de preocupaciones sociopolíticas- sino en su lugar, de una libre circulación en absoluta horizontalidad de microdiscursos o demandas que reivindican su espacio en el seno del discurso.

Sin embargo, ello genera una serie de efectos. En primer lugar, la amplia pluralidad de puntos de vista, sin duda signo del sano espíritu crítico y plural de cualquier espacio que pueda concebirse como democrático, entra inevitablemente en una lucha por la hegemonía interna del discurso, lo cual generará indudablemente conflictos internos, así como graves incoherencias discursivas. El carácter horizontal de las relaciones entre las diferentes particularidades en el seno de un discurso supone correr el riesgo de convertir a las diferentes particularidades en compartimentos que pugnan por la visibilidad y la hegemonía interna. Recurriendo de nuevo al ejemplo de *Podemos*, en múltiples ocasiones han sido frecuentes algunas declaraciones ciertamente contradictorias entre diversos miembros de la organización, que más allá de observarse como una expresión del carácter plural de las interpretaciones en torno a un conjunto de significantes vacíos, en muchos casos han llegado a comprometer las bases fundacionales de la organización. Tal ha sido el caso de la traumática fragmentación entre «pablistas» y «errejonistas», así como de los cismas surgidos en el ámbito autonómico, especialmente en Andalucía y Madrid, por las grandes diferencias de proyecto. Por otra parte, cabe señalar que, en cierto momento, algunos líderes y simpatizantes de extrema derecha llegarían a mostrar sus afinidades por la organización de Pablo Iglesias (GUZMÁN, 2014; GUZMÁN, 2014 b). A su vez, éstas han generado cierta confusión respecto a cuáles son realmente sus puntos programáticos, perjudicando sustancialmente su nivel de coherencia discursiva. En una época de mediatización de la política, donde la imagen de un discurso cohesionado y coherente es muy importante, este tipo de manifestaciones han sido sumamente perjudiciales. Las particularidades no constituirían pues diferentes ópticas sobre un mismo propósito

común, sino diferentes propósitos que pugnan por hegemonizarse en el seno de un discurso. Evidentemente, esta lógica no contribuye a reforzar la cohesión del discurso, sino que más bien lo debilita, ya que refuerza una tendencia centrífuga que podría desatar en cualquier momento la lógica de la diferencia. Tal problemática no es solo acuciante cuando concurren diferentes identidades internas del discurso en pugna por la visibilidad, sino también cuando lo hacen demandas diferentes e incluso contrapuestas, corriendo el riesgo de eclipsarse entre ellas. En este sentido, no debe caerse en la lógica que precisamente Laclau y Mouffe pretendieron evitar, es decir, que determinados antagonismos ocupen posiciones preeminentes que a la larga acaben bloqueando otras demandas o identidades.

Laclau afirma que la estabilidad del discurso se incrementa en la medida en que esta se institucionaliza y hegemoniza (2016, pág. 106), pero en realidad esto no soluciona el problema, sino que lo convierte más bien en una aporía: ¿Cómo hegemonizar un discurso que es inestable y escasamente cohesionado? ¿Cómo estabilizar un discurso que no es hegemónico? Esta operación no es rápida ni fácil. Es fruto de un laborioso proceso de construcción y articulación de demandas que supone exponerse, precisamente, a los períodos de estabilidad institucional, donde las demandas sociales son más susceptibles de ser absorbidas, fragmentadas, silenciadas. Por ello es clave para la articulación del discurso cómo se definirá el universal, ya que ello no solo condiciona las relaciones entre el universal y las diferentes particularidades, sino también las relaciones entre las diferentes particularidades como condicionante de la existencia del universal.

Problema 3. La potencial incompatibilidad de ejes antagónicos que constituyen el discurso

Uno de los aspectos destacables de la exposición de Laclau en lo respectivo a la construcción del universal es la motivación que lleva a identificar al mayor número posible de particularidades. Para ello, Laclau recurre a la figura del exterior constitutivo; la *razón, causa o culpable* que motiva el surgimiento de las demandas insatisfechas que aspira a recoger el discurso. De esta manera, la identidad del discurso se define a su vez a partir de aquello contra lo que lucha. El recurrente ejemplo de Laclau sobre el sindicato *Solidarność* es muy ilustrativo, ya que su éxito se encontraba en haber logrado recoger y representar los diversos motivos y demandas por los que la población se reunía contra el gobierno de Wojciech Jaruzelski. De esta manera, la construcción de una identidad implica a su vez establecer la línea que delimita con qué *no* se identifica. La cuestión es qué identidad. El universal construido a partir del enemigo común unifica las



particularidades y minimiza las diferencias entre ellas. Es decir, el establecimiento de un eje antagónico principal –«nosotros» contra «ellos»-, el cual está engarzado a una cadena de equivalencias, implica a su vez la negación de otro tipo de ejes antagónicos que pudiera poner en riesgo la existencia de dicho eje antagónico principal. Un ejemplo que expresa Owen Jones respecto de la Primera Internacional era que el principal motivo de su fundación era «evitar que se trajera a trabajadores extranjeros para romper las huelgas» (2013, pág. 285), ya que ello implicaba fragmentar el eje antagónico principal –obreros contra burguesía- abriendo una brecha interna entre los trabajadores –extranjeros contra autóctonos-. Pero como puede intuirse, si lo político implica posicionarse, el universal discursivo constituye el eje antagónico principal a partir de la definición concreta de cada uno de los ejes antagónicos que lo constituyen. En realidad, Laclau sugiere con la articulación un doble juego: por una parte, el poder aglutinador de la ambigüedad de los significantes empleados en la cadena de equivalencias; por otra, el carácter político que implica posicionarse ante los diferentes ejes antagónicos en los que se posiciona el universal discursivo. A modo de ejemplo, uno de los aspectos que más dinamitaron electoralmente el discurso de *Catalunya Sí Que Es Pot*, y posteriormente, *Catalunya En Comú-Podem*, fue su posicionamiento ambiguo y complejo frente a un antagonismo tan marcado políticamente como fue el *Procès* en 2017.

Cabe recordar que, para la instauración del universal discursivo, se requiere una cadena de equivalencias cuya ambigüedad permita ser identificado por una amplia variedad de particularidades, pero a su vez, como señala Laclau, esta cadena de equivalencias no es sólo una mera reunión de significantes, sino que, como su nombre indica, representan un conjunto de términos que están comprometidos con el resto de los señalados. Por tanto, no es solo una mera agregación dispar de elementos, sino que en la medida en que debe existir una relación de equivalencia entre todos ellos, cada uno de los elementos está *estrechamente relacionado* con el resto (LACLAU, 2006, pág. 26). Por ello, a medida que la cadena de equivalencias es más extensa, significa que existen más puntos nodales que se comprometen a su vez con el resto y la vaciedad del universal será menor, ya que cada vez se irá estrechando con mayor precisión la multiplicidad de significados particulares que se le podría dotar a dicha cadena.

Es por este motivo que entre los elementos que constituyen el universal discursivo debe existir una cierta coherencia en la cadena de equivalencias que, necesariamente, pase por limitar el grado de ambigüedad de los significantes que lo componen a través del

establecimiento de un *horizonte concreto* en su eje antagónico principal; una cuestión mucho más compleja de lo que en el plano teórico ya puede sugerir. Como el propio Laclau señala, la coherencia que debe requerirse para garantizar la cohesión de un discurso no debe ser absolutamente lógica, permitiendo ciertas incoherencias entre los diferentes puntos nodales (1986, pág. 115). Sin embargo, el establecimiento de un mínimo coherente que posibilite la equivalencia discursiva suficiente como para constituir una cohesión estable exige una definición mayor de los objetivos globales del discurso de los que Laclau se permite señalar. Con ello, se consiguen dos objetivos sumamente valiosos. En primer lugar, construir un discurso lo suficientemente cohesionado como para que sea perdurable y estable en el tiempo. Así pues, el disenso intradiscursivo, entendido como una pugna de particularidades que luchan por la hegemonía de la universalidad, solo es sostenible si los lazos que unen a las diferentes particularidades son lo suficientemente fuertes como para que éste no dé lugar a la disolución del universal, evitando a su vez perjuicios en su cohesión o en su coherencia. Ello no supone en absoluto una enmienda a la totalidad a la propuesta de articulación discursiva que realiza Laclau a tales efectos, pero cabe remarcar que no es suficiente con que dicho proceso articulador tenga cabida por la sola reunión de afinidades en torno a unos mismos significantes, ya que ello supone comprometer en exceso la estabilidad del universal; además deben establecerse equivalencias lo suficientemente sólidas y definidas –aunque no en exceso– que faciliten las afinidades entre las diversas particularidades. De lo contrario, podría darse el caso de reunir identidades contrapuestas que, si bien en esencia comparten objetivos por diferentes razones, no por ello garantizará la perdurabilidad del discurso en el tiempo. A modo de ejemplo, cabe señalar cómo el peronismo logró aglutinar entre sus filas a elementos tan distanciados ideológicamente como los izquierdistas John William Cooke y Carlos Astrada, o los moderados Raúl Apold y Vicente Solano. Los enfrentamientos internos fueron patentes a lo largo de sus intermitentes mandatos y que les acabaría portando hacia su implosión en los setenta, con las guerras fratricidas entre la *tendencia revolucionaria* y el peronismo derechista.

En segundo lugar, *la razón de ser* del discurso mismo. Es a través de la definición y limitación parcial de las significaciones de la cadena de equivalencias por cómo se materializa el alcance y la estabilidad del discurso. Así, cuanto más ambigua sea la cadena de equivalencias, más elementos antagónicos existirán en el seno del discurso. Ello permite que el potencial discursivo sea realmente amplio, aunque sumamente inestable,

no solo entre los elementos internos al discurso como ya se ha mencionado previamente, sino por el carácter mismo del discurso. La conversión del *M5S* es sumamente ilustrativo en este sentido. De ser un partido anti-*stablishment*, contrario al europeísmo neoliberal de Mario Draghi, ha pasado a apoyar su candidatura como Primer Ministro de Italia y a autodefinirse abiertamente como liberal y moderado (CUZZOCREA, 2021).

Al mismo tiempo, un discurso extremadamente ambiguo y flotante tendrá una capacidad de politización infinitamente más reducida, ya que deberá atender a una mayor pluralidad de intereses contrapuestos que limitarán y entorpecerán la satisfacción de otros, lo cual llevaría a perder así mismo su carácter antiinstitucional. Ello lleva de nuevo a preguntarse si, llegados a este punto, qué sentido tendría la formulación de un discurso populista más allá de la mera toma del poder político, y no de una sincera politización del discurso como tal.

Problema 4: La necesidad de un horizonte discursivo

Por los motivos anteriormente expuestos, el mero recurso al *significante vacío* -que es universal a las particularidades- como motor de cohesión para dotar al discurso de cierta estabilidad es insuficiente. Cabe aclarar que *estabilidad no significa estaticidad*, del mismo modo que el dinamismo no se traduce necesariamente en incoherencia o falta de cohesión. Tal y como se ha observado en las problemáticas anteriores, la cohesión del discurso permite soportar las dificultades que afronta, pero, paradójicamente, la cohesión se genera a partir de la estabilidad del universal discursivo. Foucault señala algo similar al afirmar que

[...] la disciplina es un mecanismo de control de la producción del discurso. Ella le fija sus límites por el juego de una identidad que tiene la forma de una reactualización permanente de las reglas. (FOUCAULT, 2020, pág. 38)

Partiendo de esta premisa, por tanto, la centralidad del universal como condicionante del complejo articulatorio supone que solo es a partir de su definición mediante el efectivo establecimiento de cadenas de equivalencias desde donde tendrán lugar las relaciones entre los diferentes elementos discursivos. Ahora bien, lo que motiva la articulación de un nuevo discurso es aquello que le excluye. De ahí que la práctica articulatoria entendida como la recepción de demandas no satisfechas por las instituciones sea tan relevante para Laclau. Cabe centrarse entonces en el tercer punto de los cuatro que se ha prefijado anteriormente, el aspecto *antiinstitucional*. Que el discurso nazca a partir de una conjunción de demandas sociales no satisfechas supone a su vez el establecimiento de un

exterior constitutivo que refuerce las relaciones de las diferentes particularidades. Es aquí donde se dota de una coherencia a la narración sobre la que se fundamenta el discurso, señalando las insuficiencias y a sus responsables. En definitiva, se traza una línea antagónica entre adversarios políticos –o entre amigos y enemigos, en el extremo schmittiano-, con el que el discurso pretende reunir todas aquellas dispersiones frente a un *enemigo común*. Esta función agregadora constituye una reminiscencia del *cultic milieu*: la capacidad agregadora de creyentes heterodoxos aparentemente dispersos frente a un enemigo superior, en este caso sus críticos (CAMPBELL, 2002). El resultado es la constitución de una unidad frente al exterior constitutivo. De este modo, la mera expresión de una cadena de equivalencias incapaz de señalar claramente quién es el adversario, no desembocaría más que en una infructuosa declaración de intenciones<sup>63</sup>.

Un ejemplo al que recurre Laclau para expresar esta práctica de cohesión interna frente al «exterior» del discurso se encuentra en las manifestaciones por la vuelta de Perón que se dieron en Argentina, las cuales fueron interpretadas como reunión de una pluralidad de sensibilidades, identidades y demandas que, por motivos diversos, encontraban en Perón el significante necesario para reivindicar el fin de la sucesión de dictaduras militares que dominaron el país desde 1966 (1996, págs. 99-103). Los motivos, como el propio autor argentino alega, estribaban entre el deterioro de las condiciones laborales, y la pauperización económica, pasando por la represión política y los episodios de extrema violencia contra la oposición. Sin embargo, tras las reivindicaciones peronistas no se escondía solamente un deseo de vuelta a la democracia, sino también de vuelta al bienestar social y a la redistribución de la riqueza que habían proporcionado los primeros años del peronismo. Es decir, la profundidad del eje antagónico, que se reducía a *dictadura sí o dictadura no*, representaba a su vez una oposición de elementos que iban más allá del tipo de régimen político y que se reunía en torno dicho eje. No obstante, el ejemplo al que recurre Laclau se da de acuerdo a unas condiciones extremas que habrían facilitado el establecimiento de dicho antagonismo. Algo similar habría tenido lugar en la Cuba de Batista o bajo el zarismo ruso, como una sobredeterminación (A) de contradicciones y demandas que serían articulados contra un mismo enemigo común. En la misma medida tendría lugar el despliegue de un eje antagónico, en este caso en lo tocante a la cuestión del racismo, en los últimos años del Apartheid en Sudáfrica, donde

---

<sup>63</sup> Tal y como señala Zizek (2006, pág. 562) la falta de designación de un enemigo claro supone que su propuesta sea un postulado puramente normativo carente de potencial movilizador.

su abolición estaba estrechamente ligada a una mejora de la calidad democrática así como de los derechos económicos y sociales.

En todos estos ejemplos se observa cómo la división antagónica es tan extremadamente profunda como relevantes son las consecuencias del establecimiento de un nuevo marco político. Sin embargo, desde un marco político democrático ya establecido, donde concurren una amplia pluralidad de discursos y demandas políticas, ¿Con qué fin puede el discurso constituir un nuevo eje antagónico, más allá de la mera acumulación sumatoria de demandas insatisfechas, en una época de desagregación de identidades? ¿Es alcanzar el poder político a través de la canalización del descontento social el único propósito del populismo laclausiano? ¿En qué medida la satisfacción de demandas inmediatas puede politizar el discurso, tal y como se proponían Laclau y Mouffe? A este respecto, Žižek señala lo siguiente refiriéndose, en este caso, al universal como marco político sobre el que se asienta el eje antagónico discursivo:

La cuestión última no es qué contenido particular hegemoniza la universalidad vacía (y por ende, en la lucha por la hegemonía, excluye otros contenidos particulares); la pregunta última es: ¿qué contenido específico debe ser excluido para que la forma vacía misma de la universalidad emerja como el “campo de batalla” por la hegemonía? (BUTLER, LACLAU, & ŽIZEK, 2000, pág. 119)

En términos similares, Butler ampliará esta pregunta:

¿de qué manera la forma vacía de la universalidad que surge en estas condiciones aporta pruebas de las exclusiones mismas mediante las cuales se forja? ¿De qué maneras emergen en el discurso político las incoherencias de la universalidad para ofrecer una visión refractada de lo que limita y a la vez moviliza dicho discurso? ¿Qué forma de hermenéutica política es necesaria para leer esos momentos en la articulación de la universalidad formal? (BUTLER, LACLAU, & ŽIZEK, 2000, pág. 142)

La articulación del discurso, en tanto que es un proceso de construcción de la universalidad que impregnará a diferentes particularidades, a su vez mantiene una relación respecto a la universalidad entendida como marco político donde tiene lugar la lucha por la hegemonía del discurso. Sin embargo, a diferencia del universal discursivo, el marco donde tiene lugar la lucha por la hegemonía del discurso, se erige no como un modelo a ser «derrocado» a través de la hegemonía discursiva, sino que, como afirma Žižek, constituye *el terreno mismo* de contienda política cuyo significante vacío es el propio sistema democrático. En consecuencia, esta perspectiva solo puede dar como resultado un discurso que se articule no como redefinitorio del universal como ejemplifica

Laclau –como pudo ser el paso de la dictadura al peronismo, o la superación del régimen del Apartheid-, sino que, una vez definido el marco propicio para reconocer la lucha discursiva, como puede ser un marco donde se garantice de manera efectiva la democracia y el pluralismo. Los nuevos discursos solo pueden encontrar su fuerza en las insuficiencias intrínsecas al marco hegemónico. Es decir, a diferencia de la lucha contra la dictadura o el *Apartheid*, el problema no se encuentra en el modelo instaurado, sino en su incapacidad para satisfacer de manera efectiva demandas dentro del marco de un orden democrático. Ello implica aceptar la posibilidad de que el grado de politización sea mucho menor que el dado en contextos antidemocráticos.

Para Žižek, la centralidad del universal reside precisamente en dónde se sitúa dicha negatividad, ya que no solamente traza la línea del antagonismo objeto de politización, sino que además define aquellos lugares que serán considerados comunes o indiscutidos; en definitiva, despolitizados. De este modo, Žižek extrapola el marco democrático a la ontología de Laclau. En la medida en que todo se circunscribe a una sucesión de luchas por la hegemonía del discurso, el historicismo de Laclau acaba recayendo en el mismo error que el ahistoricismo al establecer una realidad ahistórica de sucesiones discursivas puramente contingentes –«el tema historicista del juego de sustituciones abierto e interminable es la forma misma del cierre ideológico ahistórico» (BUTLER, LACLAU, & ŽIŽEK, 2000, pág. 121) -. En otras palabras, el antiesencialismo de Laclau inauguraría un nuevo esencialismo basado en la inexistencia de esencias, en un nuevo apriorismo que presupone la continua sucesión de discursos hegemónicos. En una línea similar se dirige Jameson al señalar que «una posmodernidad plenamente autónoma que se justifique a sí misma es imposible como ideología. [...] esto equivale a afirmar que la postura antifundacionalista siempre es susceptible de caer en un nuevo tipo de papel fundacional por derecho propio» (1996, págs. 193-194), lo cual vendría a señalar que la negación de las esencias y su reemplazo por la práctica populista tal vez evite retornos esencialistas, pero no por ello la evitación en cualquier caso de la construcción de nuevos relatos y totalizaciones, aunque estas sean precarias y mutables. Es por ello que Žižek sugiere una mayor complejidad de esta relación en la que va más allá de la diada esencialismo-contingencia que figura Laclau, donde ambos se entrelazan, dando como resultado una divergencia constante por una «institución cero» que se erige como aquello que persiste y a la vez evoluciona. El concepto, recogido de los estudios de Strauss, hace referencia al carácter -aparentemente- ahistórico de la tribu a pesar de sus divergencias internas. Es

evidente que dicho concepto no se aleja mucho de la definición laclausiana de universal vacío, que sin embargo todos ellos -tanto la institución cero, como las diferentes pugnas entre particularidades discursivas- son resultado de «(pre)supuestos -postulados retroactivamente- por el propio proceso cultural de simbolización» (BUTLER, LACLAU, & ZIZEK, 2000, pág. 124).

Sin embargo la lectura que aquí parece tener lugar es fruto de la confusión que comete Zizek al identificar la imposibilidad de plenitud con la (im)posibilidad de alterar el universal, ya que en su crítica prácticamente los emplea como conceptos análogos (BUTLER, LACLAU, & ZIZEK, 2000, pág. 98). Una muestra de ello se encuentra en cómo expresa la posibilidad de alcanzar la plenitud haciendo referencia al paso del Antiguo Régimen al parlamentarismo constitucional. Sin embargo, en realidad, dicha transformación supone el reconocimiento de dicha imposibilidad, que será cada vez más ampliada con la introducción del sufragio universal y, posteriormente, el femenino, así como la igualdad de derechos civiles a las minorías raciales. Es decir, con esta nueva «plenitud» que sugiere la instauración de un nuevo universal, lo que en realidad se está reconociendo con su figura es la vaciedad del mismo, la posibilidad de ser reemplazado en todo momento por una nueva hegemonía. Por ello Laclau recurre con frecuencia al ejemplo del cero de Pascal como símbolo de dicha vaciedad (2006, págs. 57-100). Una representación de la ausencia de lo positivo y de lo pleno, y que en la medida en que siempre habrá elementos de divergencia, nunca podrá alcanzarse idealmente una plenitud homogénea, sino en todo caso un universal compuesto de elementos heterogéneos, de los cuales el predominante es el hegemónico, pero no el único ni el definitivo. De esta manera, el ideal de plenitud de Zizek no sería posible salvo que fuera a costa de acabar con el resto de particularidades. Es lógico por ello que, ante las acusaciones de Zizek, Laclau acabe refiriéndose a él como un autor en busca de instaurar una nueva totalidad (BUTLER, LACLAU, & ZIZEK, 2000, pág. 205).

Sin embargo, la crítica de Zizek va en otro sentido. Si se acepta que su malograda alusión a la plenitud se refiere en realidad a la posibilidad de un cambio de universal, cuya imposibilidad de plenitud se da en la medida en que se asume que la hegemonía de un discurso siempre será impredecible, parcial, y nunca definitivo, los postulados de Laclau y Mouffe se asientan sobre una trampa teórica que ellos mismos se han formulado. En la medida en que es conveniente el sostenimiento de dicho marco en tanto que es el campo de juego donde tiene lugar la pugna por la hegemonía discursiva, se observan las

diferentes demandas políticas, aspiran no a transformar radicalmente el universal, sino a redefinirlo parcialmente (BUTLER, LACLAU, & ZIZEK, 2000, págs. 99; 109-110). La satisfacción de demandas supone, por tanto, la aceptación del corto plazo como fórmula política, que acaba con la posibilidad de cualquier planteamiento mucho más radical, como es el hecho de reformular los cimientos del marco democrático *in toto*.

Pero como Mouffe señala, la democracia radical implica aceptar que «no hay nada sagrado», y por tanto, todo, incluso el marco sobre el que se constituye el juego discursivo, puede verse sometido al cuestionamiento, al desacuerdo y al debate (1999, pág. 18). Por lo que reconocer la viabilidad del corto plazo no debe verse como un problema para los proyectos políticos que supongan grandes transformaciones sociales si la implantación de pequeñas reformas -aprobación de leyes, reformas políticas, implantación de nuevas medidas, etcétera- no se convierten en objetivos por sí mismos (BUTLER, LACLAU, & ZIZEK, 2000, pág. 201). Sin embargo, la inespecificidad de la propuesta teórica de Laclau y Mouffe les impide concretar las condiciones sobre las que se establece dicho horizonte. Además, si a la incapacidad de formular propuestas normativas se suma el factor limitante anteriormente aludido de la incapacidad de reformular las reglas de juego mediante la articulación del discurso, genera inmediatamente la sospecha de que la propuesta de Laclau y Mouffe posee un carácter meramente espontaneísta, ya que en ningún momento se especifican las posibilidades a largo plazo de la lógica populista. En definitiva, no se observa un *horizonte último* hacia el que estén orientadas todas las propuestas políticas del discurso, sino que más bien «el horizonte se construye conforme avanza el discurso».

Por ende no puede contemplarse desde la perspectiva que proporcionan Laclau y Mouffe la posibilidad de formular propuestas «revolucionarias» que supongan verdaderamente un desafío a lo ya está instituido. De hecho, Zizek alude a la noción kantiana de la imposibilidad de la plenitud, el cual a medida en que se satisfacen las demandas hacia una dirección concreta, las razones que motivarían su avance irían paulatinamente desapareciendo, perdiendo impulso, y por tanto, nunca se llegaría a alcanzar de manera definitiva el objetivo propuesto inicialmente (BUTLER, LACLAU, & ZIZEK, 2000, pág. 98). Pero esta concepción en la que los problemas sociales se reducen a demandas políticas que deben ser inmediatamente satisfechas o introducidas en el orden institucional, suponen la negación implícita de que lo que se pretende satisfacer son las bases mismas del universal vacío, del marco que permanece despolitizado. De esta manera, cuando Mouffe sugiere la pertinencia de articular un discurso capaz de recoger



las demandas insatisfechas por el orden institucional, lo hace con el fin de preservar la vida política evitando que el conflicto trascienda a lo político, es decir, para evitar crisis políticas del marco instituido (2016, pág. 117). Por tanto, la práctica populista, en la medida en que se concibe como un proceso de recogida de demandas excluidas de la institucionalidad, se convierte en un mecanismo no para debilitar las bases sobre las que se construye el universal vacío, sino para reforzarlas, evitando que las demandas no atendidas sean absorbidas por discursos que apuesten por una potencial ruptura con el universal vacío. Pero si se acepta que el universal vacío, así como la institución cero, son resultado de un proceso evolutivo e histórico de una sucesión de hegemonías discursivas, ¿Acaso el universal vacío no está definido –en parte o en su totalidad- por el discurso hegemónico?<sup>64</sup> Y si es así, ¿Acaso concebir la articulación del discurso como una mera agregación de demandas que deben ser atendidas a corto plazo, y no como el eje impulsor de todo un proyecto político que aspira a alcanzar la plenitud, no evita toda posibilidad de politizar el discurso, que es precisamente a lo que se aspira si lo que se pretende es politizar el discurso?

Según Laclau y Mouffe, «sin equivalencia y sin fronteras no puede estrictamente hablarse de hegemonía» (2001, pág. 179). La cuestión estriba en la capacidad de establecer dicha frontera: si las demandas insatisfechas que son recogidas son fácilmente absorbidas por la institucionalidad, ello significa que su articulación no supone un verdadero cuestionamiento del discurso hegemónico. En otras palabras, limitarse a atender las demandas a corto plazo implica formular propuestas a partir de aquellas preocupaciones que emergen desde las insuficiencias del discurso hegemónico para su reparación y reforzamiento, no para su cuestionamiento radical, de manera que la politización del discurso no podría hacerse efectiva.

Es por ello que Žizek identifica como lo verdaderamente político la ruptura con «el estado natural de cosas»; el más absoluto cuestionamiento del marco en donde tiene lugar una pugna discursiva normalizada<sup>65</sup>. Ello no significa que la propuesta de articulación discursiva de Laclau y Mouffe no pueda ser útil para la politización del discurso en tanto

---

<sup>64</sup> Recordemos que, en numerosos textos constitucionales, por ejemplo, se reconoce la economía libre de mercado, o el reconocimiento del derecho a la propiedad, como parte de los mismos.

<sup>65</sup> Žizek recurre a otro ilustrativo ejemplo en el que el nacionalismo anti-albanés supone entrar en el juego de Milosevic, que es quien determina la emersión de este antagonismo, convirtiéndolo en un significante flotante (BUTLER, LACLAU, & ŽIZEK, 2000, pág. 138). De este modo, atender este tipo de demandas supone entrar en el juego establecido por el propio discurso hegemónico, en lugar de introducir nuevas reglas de juego. Cómo funciona esta lógica lo veremos con más detenimiento en el apartado referente a medios de comunicación.

que la hegemonía supone la propia transformación del universal, sino que su estrategia discursiva, al menos aparentemente, es insuficiente para politizar el discurso.

En otras palabras, el discurso articulado no se constituye como un agente *activo* capaz de introducir nuevas demandas y antagonismos en el campo de la discursividad –como sí hacen el resto de discursos-. Aquí se evidencia un problema que emerge entre el plano ontológico laclausiano y el plano de la articulación del discurso: Al negar la posibilidad de prever las condiciones de posibilidad de que un antagonismo concreto emerja como hegemónico, implícitamente arrebatada toda capacidad del discurso por introducir antagonismos concretos en el campo de la discursividad. Es decir, Laclau intenta ser práctico y consecuente con la realidad ontológica que él mismo presenta: si no existe ningún principio apriorístico que motive la implantación de un antagonismo concreto – como puede ser la lucha de clases-, el discurso no es interpretado como un agente discursivo que sea capaz de introducir un eje antagónico en el espacio de lucha discursiva. Esto se hace evidente en el intercambio epistolar que mantiene con Aletta Norval, al preguntarle cómo articular un discurso para conseguir la hegemonía socialista en la Sudáfrica posapartheid, Laclau niega que exista la posibilidad de poder introducir propuestas y preocupaciones que sean capaces de determinar los acontecimientos sociales (LACLAU, 1993, págs. 140-184). Es decir, en la medida en que no es posible aventurarse a anticipar cuál será el próximo antagonismo social que dominará el espacio discursivo – en lugar de ser la punta de lanza que determine la introducción de antagonismos sociales en él-, sería a su juicio absurdo «proponer» instrucciones que aspiren a convertirse en principios apriorísticos que de alguna manera pretendiesen dominar el futuro. Sin embargo, al rechazar esta posibilidad, implícitamente niega a su vez el carácter *positivo* del discurso. El discurso se convierte, en consecuencia, en un mero recipiente vacío receptor de demandas y particularidades, las cuales jugarán entre ellas el juego hegemónico interno con el fin de dar respuesta a los ejes antagónicos de cada momento. Por tanto, para Laclau y Mouffe, la estrategia no consiste en introducir nuevos antagonismos, sino en limitarse a absorber los ya existentes para dar un nuevo impulso. El motivo que empuja a seguir esta estrategia se debe a la ontológica imposibilidad de alcanzar la plenitud. Pero no por los mismos términos que alude Žižek, sino por la falta de un horizonte político al castrar el «deseo de dominación» al reconocer dicha imposibilidad de plenitud. Al aceptar este imposible, el proyecto discursivo de Laclau y Mouffe no aspira a una radical transformación de la sociedad, sino en su lugar, a resolver los problemas cotidianos como fines en sí mismos en el seno de un universal indiscutido.

Como es evidente, Laclau advertiría de cuál sería la consecuencia inmediata de un discurso consciente de este imposible: ¿Cómo va un discurso a ejercer una lucha por la hegemonía dada la imposibilidad de alcanzar la plenitud? Al final del capítulo *La imposibilidad de la sociedad*, Laclau expone lo siguiente:

Podríamos mantener el concepto de ideología y la categoría de falsa representación en la medida en que invirtamos su contenido tradicional. Lo ideológico no consistiría en la falsa representación de una esencia positiva, sino exactamente en lo opuesto: consistiría en el no reconocimiento del carácter precario de toda positividad, en la imposibilidad de la sutura final. Lo ideológico consistiría en aquellas formas discursivas a través de las cuales la sociedad trata de instituirse a sí misma sobre la base del cierre, de la fijación del sentido, del no reconocimiento del juego infinito de las diferencias. Lo ideológico sería la voluntad de “totalidad” de todo discurso totalizante. Y en la medida en que lo social es imposible sin una cierta fijación de sentido, sin el discurso de cierre, lo ideológico debe ser visto como constitutivo de lo social. Lo social solo existe como el vano intento de instituir ese objeto imposible: la sociedad. La utopía es la esencia de toda comunicación y de toda práctica social. (LACLAU, 1993, pág. 106)

De este fragmento se desprenden varias cosas. En primer lugar, el reconocimiento de la pertinencia de la universalidad reconocida a través del concepto de ideología, como elemento constitutivo de todo discurso. En segundo lugar, que todo discurso precisa de una positividad, de un proyecto, de una «utopía», que le impulse a aspirar a la sutura de lo social, a «asaltar los cielos»<sup>66</sup>. Es decir, la respuesta será que el discurso deberá comportarse *como si* confiara en la posibilidad de alcanzar dicha plenitud, puesto que «la operación de cierre es imposible pero al mismo tiempo necesaria» (LACLAU, 2006, pág. 19), algo que Žižek le reprochará por su actitud cínica al respecto (BUTLER, LACLAU, & ŽIZEK, 2000, pág. 98).

En tercer lugar, por tanto, se produce un desdoblamiento en la teoría de Laclau. Del fragmento se desprende una diferenciación entre la lógica de funcionamiento de la ontología –la imposibilidad de la sociedad– y la del discurso –el reconocimiento de la necesidad del deseo de dominio para alcanzar la hegemonía– que a su vez se ve, al menos aparentemente, en principio incompatible con la estrategia de recogida de demandas planteado en *La Razón Populista*. Por ello mismo, se advierte de un error de base en la propuesta de articulación: al reconocer a nivel ontológico la imposibilidad de plenitud, involuntariamente dicha negación es extrapolada a la articulación discursiva, reduciendo

---

<sup>66</sup> Esta expresión fue empleada por los líderes de *Podemos* haciendo referencia a la toma del poder político.

su carácter positivo a ser un mero transmisor de demandas ya existentes. Es decir, a pesar de que se le reconoce al campo de la discursividad la capacidad de influir a la propia vida articuladora del discurso, no obstante se le niega implícitamente de esta misma capacidad al propio discurso articulado. En su lugar, para Laclau-Mouffe, el carácter activo del discurso se limita a dar impulso a tales demandas recogidas, sin cuestionar radicalmente las motivaciones de dichas demandas, sin ir *más allá* de la resolución inmediata de dichas cuestiones. Así pues, la definición del universal implica una exclusión que da lugar a la trazabilidad de un eje antagónico central. Tal y como señala Laclau,

[...] la “enumeración comunista”, por ejemplo, se basa en la relación de *equivalencia* entre diversos sectores de clase en el seno de una división del espacio social en dos campos antagónicos [en el que funciona el principio de analogía entre contenidos literalmente diversos]. (2001, pág. 149)

Por tanto, la articulación del discurso se constituye en torno a un universal vacío cuyo eje antagónico –esto es, la exclusión que motiva su reunión en torno a un conjunto de demandas concretas y no de otras- está determinado por circunstancias puramente contingentes salvo si se orienta por algún tipo de criterio que vaya más allá de lo inmediato, tal y como se pregunta Butler (BUTLER, LACLAU, & ZIZEK, 2000, pág. 142).

Así pues, el universal en torno al cual se constituye el discurso corre el riesgo de estar excesivamente sujeto a los vaivenes del campo de la discursividad si no posee un contenido ideológico más profundo. De aquí se desprenden varias preguntas: ¿Acaso no es esta una muestra de los efectos que genera ese exceso de historicismo que precisamente Zizek critica, como una interminable sucesión de discursos? ¿No es éste el reverso de los efectos de la mediación al promover la articulación de discursos «de usar y tirar» cuyo universal no trasciende más allá de la durabilidad del eje antagónico predominante? Y en consecuencia, ¿Cómo articular un discurso cuyo universal sea capaz de sobrevivir más allá de lo contingente pero que a su vez sea capaz de adaptarse a los continuos efectos del campo de la discursividad? ¿No hay acaso detrás de toda lucha un horizonte a alcanzar que marque el pulso de las luchas contingentes? ¿Omitir esa lucha no supondría quedarse en la más absoluta superficie de la política la cual impida una politización del discurso ya que se desprovee de la esfera de la economía al recluirse en la esfera de la política? En estos mismos términos se expresa Zizek cuando le pregunta a Laclau si acaso «la

alternativa entre alcanzar la “totalidad de la sociedad” y resolver «una variedad de problemas parciales» no es demasiado limitada» (BUTLER, LACLAU, & ZIZEK, 2000, págs. 98-109). Es evidente que el debate gira en torno a las potencialidades revolucionarias de la propuesta articuladora del discurso como fórmula para derrocar el capitalismo. En su lugar, lo que propone Laclau es que asumir la imposibilidad de la sociedad, algo por otra parte lógico, no equivale a la renuncia a una profunda transformación social (BUTLER, LACLAU, & ZIZEK, 2000, págs. 98-109).

Es evidente que la intención primordial de la imposibilidad de la sociedad laclausiana no era, al menos explícitamente, aceptar la imposibilidad de profundas transformaciones sociales, sino el reconocimiento de las instituciones liberal-democráticas como marco legítimo a través de cuyos cauces debe desarrollarse. Con ello se hace una renuncia explícita a toda fórmula totalitaria, como se evidenciará en *Hegemonía y Estrategia Socialista*, así como en *Nuevas Reflexiones sobre la Revolución de Nuestro Tiempo*.

No obstante, no parece que la postura, tanto de Laclau como de Mouffe, sea precisamente la de la superación del capitalismo como critica Zizek (BUTLER, LACLAU, & ZIZEK, 2000, pág. 101). Por una parte, el autor argentino, a la hora de preguntarse a qué se refiere Zizek por «superación del capitalismo», establece dos opciones, dando a elegir entre el socialismo real y la socialdemocracia clásica –y a la que se adscribe explícitamente-. De esta oposición, se desprende de Laclau la evidente deriva de la izquierda en la esfera económica, que carece de proyectos económicos alternativos al capitalismo dominante, más allá de un retorno a un modelo clásico de economía mixta que supusiera «la superación del modelo económico neoliberal actual mediante la introducción de una regulación estatal y el control democrático de la economía, de modo de evitar los peores efectos de la globalización» (BUTLER, LACLAU, & ZIZEK, 2000, pág. 208). Esta respuesta es muy significativa, por varios motivos.

Por un parte, se produce una perpetuación de la equivalencia de Novak democracia = pluralismo = capitalismo, lo cual se hace evidente al establecer una dicotomía entre dictadura del proletariado, en su carga más negativa, en el que se asocia socialismo con la restricción de derechos y libertades, o «superación del modelo económico neoliberal actual», en el que acaba conduciéndonos irremisiblemente a aceptar el hecho de que si estamos dispuestos a reconocer los cauces propios de la democracia liberal, la alternativa económica no irá más allá de la socialdemocracia clásica. Al final no deja de ser una muestra del desarme ideológico de la izquierda: en un período donde en el plano

económico la izquierda no tiene nada que hacer, se ve abocada a aceptar implícitamente los nuevos mandatos del discurso imperante si quiere sobrevivir electoralmente.

Por otra parte, al establecer tal diferenciación dicotómica –y a la vez una correlación de equivalencias, muy propia de la práctica discursiva que defiende– al identificar el denominado socialismo real con el totalitarismo, se acaba desprendiendo la idea de que la imposibilidad de plenitud opera mucho más allá del campo de la discursividad: también en cómo se desarrollan los antagonismos. Es decir, en la medida en que se acepta la imposibilidad de plenitud, no existe tampoco la posibilidad de erradicar de una vez por todas una opresión concreta –llámese machismo, homofobia, racismo, etcétera–, ya que su más absoluta desaparición supondría asumir que se ha alcanzado –al menos, parcialmente–, una plenitud en ese ámbito. Por ello Laclau critica el concepto «emancipación» como objetivo último de la resolución de los conflictos de clase en el seno del discurso marxista (BUTLER, LACLAU, & ZIZEK, 2000, págs. 208-214). Es en esta línea donde Zizek parece evocar que sí es posible la plenitud, pero cuya negación laclausiana de la imposibilidad de la plenitud castra cualquier anhelo de conformar realidades totalizantes (BUTLER, LACLAU, & ZIZEK, 2000, págs. 316-322). Por ejemplo, a través del *movimiento pendular* de las diferencias particulares en el seno de un universal común, podrían irse hegemonizando poco a poco espacios discursivos muy variados, lo que Gramsci (1980) denominaría la creación de un nuevo Estado mediante «partidos orgánicos». Como tal vez puede intuirse, tiene lugar una confusión entre hegemonía y despolitización. De igual manera, al asumir esta imposibilidad de plenitud, se desprende a su vez la imposibilidad de establecer un nuevo universal donde, por ejemplo, quede definido un sistema económico radicalmente opuesto –es decir, sin los elementos diferenciales que hacen que dicho sistema no encaje del todo en la definición neta del mismo–. En un principio este planteamiento no podría aspirar más allá de un proyecto político socialdemócrata clásico o «post-socialdemócrata» (sic) (MOUFFE, 2016, pág. 134), en la medida en que se aceptara la irreductibilidad de la lucha de clases.

En realidad, detrás de dicha dinámica, y en vista de los últimos años, nada parece haber subvertido la tendencia a la hegemonía neoliberal salvo quienes han sido capaces de desafiarla frontalmente mediante políticas que pretendieran ir más allá de lo inmediato, intentando escapar de las lógicas predominantes del neoliberalismo. Un ejemplo de ello fue la experiencia del chavismo venezolano y el *socialismo del siglo XXI*. En este sentido, el problema, tal y como se aludía al principio, no se encuentra en el fondo, sino en la

forma. La cuestión no está solamente en hegemonizar un discurso, sino *para qué*. Es el horizonte del discurso lo que marca el grado de politización al cuál se aspira alcanzar. Es por ello que cuando Žižek critica la aceptación implícita de las reglas de juego neoliberales a través de la recogida de una sucesión de demandas que deben ser atendidas inmediatamente (BUTLER, LACLAU, & ŽIZEK, 2000, págs. 322-323), lo que está afirmando es el carácter pasivo de la propuesta laclausiana. Es cierto que Laclau establece una diferenciación entre demandas y políticas, siendo estas segundas la propuesta que pretende satisfacer a las primeras, pero en ese caso habrá que formular normativamente una propuesta discursiva, algo a lo que Laclau y Mouffe no están dispuestos a proponer. Para subvertir el equilibrio hegemónico es necesario que el discurso deba precisar de una *positividad propia*, capaz de afectar precisamente al campo de la discursividad y de introducir nuevas demandas y políticas.

Si a ello debe añadirse que el objetivo que se persigue es la politización de la esfera del discurso, su formulación debe plantearse desde una perspectiva radicalmente opuesta al discurso hegemónico; el neoliberalismo en este caso. La cuestión primordial se encuentra en advertir cómo ciertas demandas adquieren absoluta relevancia respecto de otras en el campo de la discursividad, y como el conflicto ideológico actual está ubicado especialmente en la esfera de la cultura –algo que Laclau reconoce como propio de las luchas políticas posmodernas- mientras que la esfera de la economía queda en su mayor parte despolitizada. Sin embargo, tales demandas no suponen en realidad una verdadera amenaza para el discurso dominante, en tanto que no cuestiona en absoluto su propia lógica: las demandas feministas, antirracistas, LGTBI, medioambientales, etcétera, pueden ser absorbidas sin problema por discursos neoliberales. Es el caso del progresismo neoliberal, cuyo foco de atención se centra en atender este tipo de demandas en pos de nuevas propuestas tales como una economía de libre mercado «de rostro humano» o un «capitalismo verde». De esta manera, la articulación populista del discurso solo sería viable cuando estuviera en las condiciones de recoger las demandas que la institucionalidad no ha sido capaz de absorber en circunstancias puntuales, pero ello no significa necesariamente una politización del discurso. Deben recogerse más bien aquellas demandas que puedan ser enfocadas hacia políticas que atenten contra las propias bases del modelo neoliberal vigente, lo cual en este caso pasa necesariamente por cuestionar sus bases y fundamentos más esenciales, radicados, precisamente, en la esfera de la economía. Cuando Laclau reconoce y lamenta que las formaciones de izquierda no

le presten la suficiente atención a la economía (BUTLER, LACLAU, & ZIZEK, 2000, págs. 207-208, 291-293), no es más que el resultado evidente de la metodología laclausiana: no se le presta la suficiente atención porque, una vez descartada cualquier modelo económico que no esté asociado con episodios de totalitarismo, no hay alternativa posible. En su lugar podría plantearse la idea del movimiento pendular de las diferencias particulares mediante la propia lógica de Laclau. Del mismo modo que el neoliberalismo ha ido experimentando un avance en la lógica, mentalidad y esquemas de comportamiento de las políticas de las últimas décadas, paso a paso, mediante pequeñas medidas políticas de gran relevancia podría cambiarse de nuevo el paradigma discursivo.

Una alternativa a ello consistiría en separar la esfera ontológica de la articulario-discursiva. En primer lugar, si se logra diferenciar entre la imposibilidad de la plenitud y la posibilidad de modificar el universal, se abre una nueva lógica. Por una parte, se acepta la imposibilidad de alcanzar un todo armonioso donde todos compartan de manera transparente y homogénea una misma concepción de la totalidad de lo social. Por otra, se reconoce sin embargo la posibilidad de transformar el marco político que garantiza la lucha política en su seno, sin que por ello signifique el fin de la democracia o del pluralismo político. En segundo lugar, que el discurso, bajo la aspiración de alcanzar la plenitud, aspira a modificar el universal desafiando los postulados del discurso dominante, es decir, el neoliberalismo. Para ello, la articulación del discurso debe cuestionar la hegemonía discursiva *en toda su radicalidad*, tal y como afirma Zizek (BUTLER, LACLAU, & ZIZEK, 2000, págs. 326-327). Solamente cuestionando los efectos y antagonismos emergentes del neoliberalismo a partir de sus efectos económicos, entendidos no como una conjunción de demandas a corto plazo, sino como el desafío a todo el orden económico, supondría una verdadera politización. Eso no supone necesariamente rechazar la propuesta de Laclau, sino más bien propugnar por su profundización, ya que ésta se encuentra limitada en algunos aspectos. Establecer un universal cuyo eje antagónico sea múltiple y unívoco, pero a la vez perdurable y mutable en el tiempo. Para evitar un secuestro del discurso por parte de un significante amo, parece que lo más viable sea que éste se inscriba en torno a una serie de valores fundantes y mutuamente interrelacionados. Tal vez «la lucha contra el capitalismo» o «contra el neoliberalismo», que se sustancie a su vez en un proyecto político de emancipación y que se materialice en medidas concretas y a corto plazo sea lo más viable.



Problema 5: La figura del líder como motor cohesionador del discurso... ¿O como encarnación del mismo?

La construcción del símbolo como representación de unos ideales suelen ser atribuidos a encarnaciones concretas de dicha representación. Es decir, un objeto parcial –una experiencia, una persona, etcétera- constituyen la parte por el todo del discurso. La representación simbólica, a diferencia de la formal, va más allá de cualquier regulación normativa. No se trata de una mera delegación de funciones atribuida a un representante, basado en criterios puramente jurídicos. La representación simbólica constituye una encarnación de valores que genera un proceso de identificación que va más allá de cualquier circunscripción política; constituye la encarnación de un ideal que, en este caso, se concentra en la imagen del líder, y en la que sus adeptos se ven representados en él (ESTÉVEZ ARAUJO, 1989, págs. 213-216). Para Laclau, al igual que para Schmitt, no existe un mayor elemento de representación simbólica que la figura del líder carismático (2018, pág. 201). Esto se observa a través del papel esencial de líderes carismáticos como Boulanger, Berlusconi, Vargas, Mao o Kemal Attatürk en el cultivo de los afectos en torno al discurso populista (LACLAU, 2018, págs. 219-276). De acuerdo con esta línea, Laclau fundamenta el ideal de representación simbólica encarnada en el líder como un *más allá* de la mera representación pasiva. El líder no es un mero objeto o figura de representación; ni siquiera un mero «transmisor de la voluntad popular» en el sentido más formal del término. Es, además, el proveedor de «un punto de identificación que constituirá como actores históricos a los sectores que está conduciendo» (LACLAU, 2018, pág. 201). En otras palabras, la mera representación formal solo tendría sentido sobre una voluntad ya constituida, amparada a su vez por todo un orden jurídico que establece su legitimación como representante parlamentario, pero no en un panorama de demandas y antagonismos dispersos. De este modo, el papel del líder es fundamental a la hora de poner en marcha todo el proceso articulador, ya que será a través de la emisión de enunciados –oraciones, discursos orales, consignas, etcétera-, como irán estableciéndose los puntos nodales. Pero al hacerlo, el líder se convierte en un punto nodal en sí mismo, ya que como encarnación activa de una serie de principios, valores, mitos y representaciones, formará parte de la comunidad que constituye el universal del discurso. Es decir, el cemento que mantiene unidas las divergencias internas sin pretender borrarlas. Dicha encarnación es activa en la medida en que la figura del líder exige una serie de afinidades, lealtades y atracción emocional. Por ello Laclau cita a Pitkin cuando afirma que «la verdadera representación es el carisma» (LACLAU, 2018, pág. 202).

Sin embargo, Laclau va más allá del planteamiento de Pitkin. Mientras la autora se pregunta cuáles son los motivos que empujan a los representados a aceptar las órdenes de un líder, Laclau invierte la pregunta: «¿qué ocurre si tenemos identidades débilmente constituidas cuya constitución requiere, precisamente, representación en primer lugar?» (2018, pág. 203). De este modo, el líder no se erige como un mero actor formal que se encarga de trasladar las demandas que se efectúan en el seno del discurso, sino que forma parte del discurso mismo; *constituye* dicha identidad. Es por ello que su figura es fundamental en el proceso de articulación del discurso, puesto que actúa como motor y como dispositivo de representación simbólica, es decir, como un significante vacío que se genera a sí mismo. Sin embargo, a medida que Laclau analiza el papel del líder en la articulación del discurso, puede intuirse cómo su figura adquiere una centralidad que, en ocasiones, ha dado lugar a una perfecta identidad entre discurso y líder. No nos engañemos: Laclau se inspira en el papel místico que la figura carismática puede poseer en el seno de los movimientos fascistas o religiosos. No obstante, si tenemos en cuenta el papel constituyente –y no meramente formal- del líder carismático en la articulación de un discurso, se corre el riesgo de atribuir exclusivamente a su figura la centralidad del mismo, y no en el propio desarrollo autónomo del discurso. Dicho en otras palabras: si la articulación de un discurso depende exclusivamente de la figura del líder carismático, en tanto que personifica y encarna las demandas políticas que satisface, el discurso no será más que la expresión de su voluntad y sus acciones. La crítica no reside en el carácter democrático o antidemocrático que motiven sus actos<sup>67</sup>, ni tampoco en el hecho de que el discurso se personifique en un líder. El problema esencial se encuentra en que, en la medida en que éste sea el motor articulador de un discurso que carece de contenido ideológico, acabe convirtiéndose en el discurso mismo. Si el discurso es solo un complejo articulado a partir de un conjunto de demandas políticas insatisfechas, ¿Quién sino el líder podría constituir el principal elemento constitutivo de un nuevo universal vacío?

Laclau planteaba este problema al referirse a Juan Domingo Perón, no ya como uno de los principales significantes vacíos del discurso, sino como el único existente sobre una pluralidad de elementos diferenciales enfrentados entre sí –lo que en términos lacanianos se denominaría «significante amo»-. Como Laclau señala, el problema del peronismo residía en la centralidad del líder como *único* elemento de universalidad discursivo entre

---

<sup>67</sup> De hecho, como el propio Laclau afirma, ¿Acaso no hay acto más democrático que trasladar a la esfera pública aquellas demandas e identidades excluidas de la institucionalidad? (2018, págs. 201-203)

*montoneros* y ortodoxos, como si «el padre fuera lo único que uniera a sus hermanos» (2018, pág. 270). En este sentido, para Laclau el líder como único factor de unidad es perjudicial para la propia integridad del discurso si éste no se dota de cierta estabilidad institucional. La relevancia de esta cuestión se encuentra en cómo se solidifica el discurso a través de su propia materialización institucional: logros de alcance legislativo, medidas políticas, actos performativos y simbólicos. Sus actos y gestos materializan y concretan cada vez con más matices su carácter particular, pero a su vez continúa representando una universalidad mayor a sí misma, y que debe mantener para la propia pervivencia y estabilidad del discurso.

La cuestión estriba, por tanto, en la relación del líder respecto del discurso. En la medida en que éste no constituya *un instrumento al servicio* del discurso, sino que más bien *sea* el discurso mismo, la perdurabilidad y estabilidad del discurso estará destinada a perecer. Es decir, el problema potencial es que el único discurso existente sea el líder. Téngase en cuenta que el populismo que plantea Laclau se inspira en la acción política efectuada por diferentes personalidades políticas en unas circunstancias histórico-geográficas concretas. En la medida en que los líderes no se inspiren en principios ideológicos que orienten su actuación política, sino en la satisfacción de demandas que responden a unas circunstancias y criterios muy variados y concretos, el resultado es una suerte de sincretismo discursivo cuyos seguidores pueden interpretar de múltiples formas, a veces contradictorias entre ellas. Cabe recordar que su figura como significante vacío no es un mero objeto, sino que además posee un papel *activo* como unificador de las diferencias. Ello supone que, una vez desaparecido, podrían darse una diversidad de escenarios:

- Por una parte, que la excesiva dependencia del discurso respecto del líder, sin una interiorización de espíritu de comunidad discursivo que vaya más allá del amor a su persona, dé lugar a que la articulación del discurso se disuelva tan pronto como el líder desaparezca, ya que se disuelve el elemento activo más destacado que motiva la unificación –universalidad- de los elementos diferenciales intradiscursivos -véase el peronismo-.
- Por otra, que el único factor de perdurabilidad del discurso se inspire en la memoria y ejemplo del líder, aunque éste hubiera ya fallecido o se hubiera apartado de la política. En este caso, su persona se convierte en un significante vacío cuyos actos políticos institucionales, se elevan a idealizaciones del mito. Es decir, las acciones del líder han acabado por convertirse en los elementos centrales

de pervivencia del discurso -véase el kemalismo o el chavismo-, volviendo a un discurso *fundacional*.

El primer caso, constituye una representación *in extremis* de la excesiva dependencia del líder como único elemento de universalidad: su vaciedad como significante es tan ambigua que puede ser instrumentalizada por elementos diferenciales absolutamente antagónicos, o ser incluso el motivo de su implosión como discurso. Además, la multiplicidad de interpretaciones respecto de lo que representaba Perón llegaron a tal extremo que bajo la misma denominación se han producido gestiones de gobierno absolutamente opuestas, tales como la presidencia prácticamente neoliberal de Carlos Ménem y de los izquierdistas Kirchner. Incluso bajo la presidencia de Isabel Perón, su gestión político-económica consistió en revertir parte de la política emprendida por el peronista Héctor José Cámpora. En este caso, además, no solo se produce una disolución de la organización política que da soporte a dicho discurso, sino el discurso en sí, que acaba careciendo de sentido: el carácter vacío del significante es tan amplio que no es útil como elemento constitutivo del discurso.

Sin embargo nos encontramos con dos aspectos fundamentales: en primer lugar, la preeminencia del significante como único elemento de universalidad. Por otro, que este significante posee un exceso de vacío –o de ambigüedad-. Es por ello que Laclau sugiere una estabilidad en el discurso que vaya más allá del líder, aunque no logra concretar en sus conclusiones qué dirección tomar al respecto. Sin embargo, como observamos en el segundo caso, la imagen del líder no absorbe toda la universalidad del discurso. En su lugar, el líder se convierte en un símbolo que resume todo el contenido discursivo a través de las acciones políticas que había tomado. Es decir, sus actos se convierten en discurso. El ejemplo más evidente, no exento de críticas, es el de Kemal Atatürk. La labor política que desarrolló en Turquía bajo su gobierno ha constituido toda una declaración ideológica de principios sobre los que se asienta el Estado turco moderno para los defensores del laicismo y la occidentalización del país.

No obstante, el kemalismo no es el ejemplo más apropiado para lo que se expondrá a continuación. Que el líder se convierta en un símbolo del discurso a través de los logros alcanzados significa que existe una conjunción de hechos detrás, que a su vez se convierten en significantes vacíos, en elementos que se añaden a la cadena equivalencial como testigos que fundamentan el espíritu del discurso *más allá* del líder. Las acciones del líder constituyen el programa ideológico sobre el que se asientan sus seguidores para

los años venideros. Laclau establece una contraposición entre el funcionamiento del sindicato *Solidaridad* –de carácter puramente programático- y el peronismo –donde destaca el carácter «papal» del líder-. Sin embargo, la posibilidad que se desprende de su análisis es la de una perfecta compatibilidad entre el líder como mero motor articulador y el discurso constituido a través de una cadena de equivalencias que va solidificándose a medida que se satisfacen dichas demandas. Como Laclau afirma, en este sentido, el líder no debe constituirse como la universalidad *per se* del discurso, sino como una particularidad que ocupa dicha universalidad (2018, pág. 204).

Sin embargo, lo que no contempla Laclau entre los peligros que conlleva el significante amo como punto de partida de la articulación es la posibilidad no solo de que la vaciedad de éste sea tal que llegue a no significar nada como en el caso peronista, sino que siendo un significante amo, acabe desbordándose de significado y acabe convirtiéndose en una parcialidad que domine la universalidad del discurso. En otras palabras, que la conversión de la representación simbólica del líder constituya una *conditio sine qua non* de cualquier proceso articulador de carácter populista. Volviendo al caso ecuatoriano, el radical cambio de discurso que ha supuesto la llegada de Lenin Moreno al poder como representante de Alianza País, ha convertido a Correa en un significante desbordado de significado estrechamente ligado a su gestión presidencial –el denominado *correísmo*, la revolución ciudadana, su relación con el socialismo del siglo XXI, el bolivarianismo, etc.-. El referéndum que Moreno impulsaría consultando a la población la validez de las medidas que había tomado el anterior gobierno, suponía la negación de los métodos de gestión política de su antecesor. Es decir, Lenin Moreno no solo supone la ocupación de una nueva particularidad en la universalidad del discurso impulsado por *Alianza País*, sino la redefinición de la propia universalidad, en el que un significante amo ha sido reemplazado por otro. Las consecuencias son obvias: tan pronto como Correa desapareció de la centralidad del discurso como líder, comenzaría a desarrollarse la lógica de la diferencia<sup>68</sup>. No existe en definitiva un discurso cohesionado, sino que el líder constituye en este caso el único punto de fijación del discurso, de manera que una vez sea reemplazado por otro el discurso cambia. Pero esta problemática no ha sido patrimonio exclusivo del populismo de izquierda. Casos como la *Lega Nord* de Umberto Bossi en Italia, o el *Front National* de Jean Marie Le Pen en Francia, representan ejemplos notables

---

<sup>68</sup> Tras el fallido intento de expulsar a Lenin Moreno de Alianza País, los correístas abandonarían el partido. Actualmente se encuentran en *Movimiento Acuerdo Nacional* (MANA).

de cómo el líder constituía la encarnación misma del discurso. La sucesión de ambos liderazgos –Matteo Salvini y Marine Le Pen, respectivamente- supondría no solo un cambio de líder, sino también de símbolos, nomenclatura e incluso contenido ideológico<sup>69</sup>; con el fin de renovar el discurso *más allá* de los propios líderes (FORTI, La Liga de Salvini ¿Un objeto político aún no identificado?, 2019). En este sentido, los nuevos líderes no solo han logrado mantener los apoyos populares, sino que además han incrementado su apoyo electoral. La personalidad de los líderes precedentes no solo constituía el todo de su discurso, sino que al mismo tiempo, representaban un obstáculo a su propio crecimiento. Sin embargo, resulta llamativo cómo el reemplazo no logra «despersonalizar» el discurso, sino que *renueva* la personalidad de los mismos, siendo asociados a su vez con un nuevo proyecto político en muchos casos diferente al anterior. Tanto Marine Le Pen como Matteo Salvini de nuevo han construido un nuevo discurso personalista, esta vez en torno a ellos (FORTI, La Liga de Salvini ¿Un objeto político aún no identificado?, 2019, pág. 97). En muchos casos tales «renovaciones» han sido identificadas como una desviación del proyecto original, dando lugar a su vez a nuevas alternativas políticas con el fin de recuperar una cierta radicalidad. Ha sido el caso de la candidatura de Éric Zemmour en Francia, o del partido *Fratelli D'Italia* de Giorgia Meloni. Pero la oposición que establece Laclau entre programa y líder, no de una manera excluyente, sino como un equilibrio entre ambas, no resulta muy convincente si el programa supone la sustanciación de los ideales que representa el líder. Es decir, si Laclau lo que propone es que lo ideal fuera que el líder representara una parcialidad que ocupa el universal –y no el universal en sí-, el proceso de articulación no puede realizarse entonces en torno a su imagen. Tal vez el ejemplo más extremo de la instrumentalización del líder como resumen simbólico-discursivo sea cómo se ha efectuado en el caso español de *Podemos* y *Ahora Madrid*. Si bien es cierto que no deben ignorarse otros aspectos que han intervenido y que muestran una mayor complejidad de las causas de las luchas internas que motivaron la escisión entre *Podemos* y *Ahora Madrid* –reconvertido en *Más Madrid*-, bien es cierto que ambos líderes, Pablo Iglesias e Iñigo Errejón, han constituido literalmente la cara visible de sendas formaciones políticas. Cuando *Podemos* se presentó por primera vez a las elecciones europeas, la cara de Pablo Iglesias fue plasmada en la

---

<sup>69</sup> En el caso del *Front National*, el 1 de Junio de 2018 cambió su nombre a *Rassemblement National*. En el caso de la *Lega Norte*, en 2017 Matteo Salvini propuso la modificación de la nomenclatura y simbología del partido, que pasaría a denominarse *La Lega*, desproveyendo de su programa electoral todo contenido ideológico regionalista y federalista.

papeleta electoral como elemento identificativo del partido en lugar del logotipo. Este hecho resumía muy bien el papel del líder como motor discursivo, ya que Pablo Iglesias era conocido por su presencia en los medios de comunicación, y desde la fundación del partido, ha sido estrechamente asociado con él como «la formación de Pablo Iglesias». La práctica frecuente de asociar al candidato más que al partido ha sido generalizada en diferentes formaciones políticas españolas en la era post-15M. Tal vez los casos más ejemplares hayan sido el de Ada Colau en Barcelona, así como el de Manuela Carmena en Madrid, ambas representantes de candidaturas de convergencia.

No obstante, que la articulación discursiva desde sus orígenes fuera estrechamente asociada a la imagen de un líder, hizo correr el riesgo de que el discurso no fuera más que una identidad del candidato. Como afirma Errejón, entre las causas de la frustración de una ilusión creada –adviértase aquí la presencia del componente emotivo- estaba «signada por las lógicas televisivas y mercantiles: los portavoces de *Podemos* nos convertimos en una especie de iconos pop» (VÁZQUEZ & SANTUCHO, 2017). Cabe destacar el caso de la candidatura de Manuela Carmena. Su instrumentalización como líder de la formación política de confluencia de diversos partidos de izquierda había sido todo un éxito en las elecciones municipales de Madrid el 24 de mayo de 2015. Mientras que su fama como reputada jueza emérita le otorgaba una cierta imagen que favorecía el voto más moderado, su carrera como antigua abogada laboralista y su relación con el PCE le hizo ganar simpatías por parte de la izquierda más reivindicativa y activista. Sin embargo, al no estar estrechamente ligada a ninguna formación política, lo que en un principio supondría una ventaja electoral, en las elecciones de 2019 sería un obstáculo. Manuela Carmena decidiría presentarse por su cuenta sin compromiso alguno con las formaciones políticas que dado soporte a la plataforma *Ahora Madrid*, lo que supondría un grave problema de cohesión interna. En este sentido, existen ciertas similitudes con el caso ecuatoriano: En la medida en que *Ahora Madrid* y todo su proyecto político estaba estrechamente asociado a la imagen de Manuela Carmena, no acabaría representando meramente un significado concreto del discurso que pretendían articular –una simple particularidad de un universal más amplio y plural-, sino que su liderazgo constituiría el discurso en sí mismo. Las consecuencias fueron evidentes: en la medida en que el universal discursivo era la propia figura de Carmena, a pesar de su carácter vacío como significante, se había convertido en una limitación. Algunas fuerzas políticas –*Podemos*, IU, *Equo*, etcétera.- propondrían una candidatura municipal más amplia, lo cual supondría

reformular el universal discursivo más allá de su persona como líder, convirtiéndola en una particularidad. Sin embargo, las reticencias a la ampliación acabarían por desmembrar la formación y Carmena acabaría retirándose de la política.

Lo que puede observarse con estos ejemplos es que la instrumentalización del líder como motor cohesionador del discurso es relevante si el discurso no acaba siendo «secuestrado» por la imagen del líder en tanto que se concibe a éste como encarnación del mismo, y no como un emisor-transmisor discursivo parcial. Por tanto, cuando afirma Laclau que la parcialidad del líder se sustancia en su forma de proceder y actuar en las instituciones – ya que eso implica tomar decisiones, aceptar unas premisas y rechazar otras- (2018, pág. 201), esta argumentación es justa, pero insuficiente. En tanto que el discurso populista suele ser inaugurado a partir de un líder carismático que actúa como eje principal de su articulación, no solo podría constituir el punto de partida de la articulación de un nuevo discurso, sino también el fin sobre el que se asienta una nueva tradición política, estrechamente ligada a su figura (MUDDE & ROVIRA KALTWASSER, 2019, pág. 103).

El problema central que se aborda es, en resumidas cuentas, la inexistencia de una solución de continuidad discursiva *más allá* del líder, salvo que los significantes vacíos que constituyan el discurso sean lo suficiente sólidos como para que la centralidad no sea ocupada o secuestrada por él que podría suponer su declive político. A modo de alternativa, Zizek, en el marco de un debate con Laclau al respecto, establece una muy interesante diferenciación entre el líder primario y el secundario a partir de una lectura de Freud basada en la relación entre la idea y el líder como encarnación de ella (ZIZEK, 2006, pág. 557). En este caso, el líder primario constituiría el discurso mismo, mientras que el secundario adquiere un papel de «encarnación-instrumento» de la idea<sup>70</sup>. Pero para que tenga lugar este segundo modelo, es pertinente que el discurso no deba articularse *a partir* del líder, sino con él, restándole el excesivo protagonismo que las operaciones discursivas de corte populista han solido atribuirle.

---

<sup>70</sup> Como nota adicional, de aquí se desprenderá un debate entre Laclau y Zizek sobre el papel del líder estalinista –según Zizek, como líder secundario- frente al líder fascista –primario-. Si bien es cierto que el líder estalinista se encuentra encuadrado como encarnación de un corpus ideológico que le trasciende, también es cierto que su liderazgo ha llegado a alcanzar cotas constitutivas de un discurso propio. Un ejemplo ilustrativo de ello es la ilustración típicamente socialista en el que aparecen de perfil las imágenes de Karl Marx y Friedrich Engels, al que suele añadirse comúnmente la figura de Lenin y que posteriormente se añadiría la de Stalin para más adelante añadirse la de Mao, en una especie de colección de personalidades teóricas que cada vez se amplía más. (ZIZEK, 2006)



Capítulo 10  
La propuesta populista. Un análisis de sus fundamentos III:  
El sujeto político

Una de las principales problemáticas que Laclau y Mouffe intuyen de la crisis de la izquierda se debe a los aspectos limitativos que genera la clase obrera como el sujeto político clásico del marxismo. En tiempos del nuevo capitalismo, la clase obrera ha sufrido una radical transformación no solo en su papel capital en el antagonismo de clases, que se ha visto reemplazado progresivamente por el desarrollo del sector terciario, sino también en la medida en que las reivindicaciones de clase han sido parcialmente neutralizadas mediante la acción armonizadora del Estado de Bienestar, y a la aparición de nuevas demandas políticas no estrictamente económicas. La pretensión de renovar el sujeto político por parte de Laclau y Mouffe obedece al fin de superar las limitaciones simbólico-materiales que, en este nuevo contexto, representaría la interpelación a la clase obrera, con el fin de asimilar a su vez las nuevas identidades emergentes de las últimas décadas. Como factor agravante, la fragmentación de las identidades políticas propia de nuestra época no contribuye a constituir, ni mucho menos a recomponer, un nuevo sujeto político. Procedamos a analizar cómo el marxismo trató de integrar estos cambios en su discurso y qué posibilidades ofrece la propuesta populista.

El sujeto político de clase

El problema del antagonismo de clase en plena época tardocapitalista, para Laclau y Mouffe, se debe a la falta de conexión entre las demandas sociales y la propuesta discursiva que presenta el marxismo, condicionada por las limitaciones del sujeto político clásico de la clase obrera cuyos intereses se presentan positivamente definidos de acuerdo con su posición en las relaciones de producción. De este modo, la *necesaria* configuración

del elemento de clase como razón explicativa de cualquier problemática social, constituye a su juicio un factor más bien limitativo que potenciador a la hora de alcanzar objetivos de carácter político, por varios motivos.

En primer lugar, por las transformaciones sociales a las que el discurso marxista debía enfrentarse a la hora de interpelar a la clase obrera como sujeto político, lo cual constituiría un factor limitante a la hora de interpelar no solo a capas más amplias de la sociedad, sino también a nuevos estratos sociales emergentes debido al proceso de terciarización de la economía. En segundo lugar, se debe a la estrecha relación entre identidad política y posición social, lo cual genera a su vez una creciente falta de concordancia entre la pertenencia a una determinada clase social y la identidad política.

*La clase obrera ante las transformaciones sociales*

En lo que respecta al primer punto, ya el marxismo de los años sesenta y setenta se plantearía una redefinición del sujeto político con el fin de abordar las problemáticas conceptuales que suscitaban las transformaciones sociales respecto de la teoría clásica. Nicos Poulantzas daría cuenta de ello al remarcar la tesis señalada por Laclau y Mouffe: al contrario de lo presupuesto, la complejización y multiplicación de los sectores de clase, así como la creciente ampliación de los estratos de la pequeña burguesía, dificultaba la polarización social necesaria que, según las predicciones del marxismo ortodoxo, eran necesarias para la consecución de la revolución social. A su juicio, las transformaciones socioeconómicas del último siglo habrían dado lugar al surgimiento de una nueva pequeña burguesía (POULANTZAS, 1976, pág. 194), que había desplazado a la concepción clásica de clase obrera a una esfera muy limitada y reducida. Sería por ello que Poulantzas relativizaría acerca de una «falsa oposición» entre dos clases polarizadas y enfrentadas –burguesía y proletariado- (1976, pág. 185) y apostaría por la estrategia de alianza popular con el fin de aglutinar sectores de la pequeña burguesía junto con las de la clase obrera (POULANTZAS, 1973; POULANTZAS, 1976, págs. 111-112). Como indica Meiksins Wood, las definiciones de Poulantzas constituían la antesala de la estrategia eurocomunista, la cual se proponía ir más allá de una concepción limitada de la clase obrera para conquistar los estratos medios de la sociedad (2013, pág. 118). Althusser (1978) daba así por hecho este «asalto» a la clase media.

Sin embargo, para Meiksins-Wood, la propuesta de dicha estrategia ya viene condicionada desde el momento mismo en que se plantea una definición tan limitada y concreta de clase obrera como lo hace Poulantzas (MEIKSINS-WOOD, 2013, pág. 95). Para él, la figura de la clase obrera se circunscribía a las cadenas de montaje y producción de una fábrica industrial, de manera que los trabajadores del creciente sector servicios no estaban representados en esta esfera, ya que a su juicio respondían a otros intereses y aspiraciones sociales (POULANTZAS, 1976, págs. 194-207). En consecuencia, para Poulantzas –según Meiksins-Wood- los estratos intermedios se nutrían de una compleja mezcla en el que se fundirían intereses obreros y burgueses, ignorando sin embargo su posición en el orden de producción (2013, pág. 104). Para Meiksins Wood esta es una afirmación sumamente arriesgada, pero lógica si se parte de un análisis cuya determinación de las diferencias entre clase media y clase obrera se debe a la retribución salarial y la capacidad productiva del puesto de trabajo. Así pues, Poulantzas se ciñe estrictamente a la definición de asalariado que realiza Marx para establecer una división: «Todo trabajador productivo es un asalariado, pero no todo asalariado es un trabajador productivo» (MEIKSINS-WOOD, 2013, pág. 99). Sin embargo, Meiksins Wood advierte que Poulantzas, al establecer esta diferenciación, acaba estableciendo una relación de equivalencia entre trabajador y clase obrera, como criterio para establecer una definición muy restrictiva de clase que al final exija ampliar el sujeto discursivo más allá de ésta, con el fin de defender finalmente la teoría de la alianza popular (MEIKSINS-WOOD, 2013, pág. 106) y concluir que «las formaciones de clase son siempre un proceso ideológico, político y cultural, así como son un proceso económico» (MEIKSINS-WOOD, 2013, pág. 103). Pero continuando con esta lógica, si el sujeto político no se constituyese *solo* por motivaciones de carácter exclusivamente económicas, el establecimiento de una división de las diferencias entre clase obrera y burguesía no tendrían sentido a la hora de definir el sujeto político, más allá de establecer divisiones internas innecesarias.

En consecuencia, al anular la posición en las relaciones de producción como clave esencial de categorización marxista de las clases sociales, tiene lugar una aceptación implícita del fin de la lucha de clases al desplazar el antagonismo desde una esfera estrictamente económica a una esfera puramente ideológica. La aceptación de un reemplazo de la clase trabajadora por la clase media, y no al reconocimiento de la transformación de la primera a partir de la mejora de sus condiciones materiales, significa

reconocer la existencia de la clase media que neutralizaría la lucha de clases. Tal y como señala Žižek, la clase media se convierte en una especie de «no-clase» (2001, págs. 199-200), del mismo modo que el neoliberalismo se convierte en una especie de «no-ideología». Sin embargo, cabe observar una diferenciación. Mientras que la «no-ideología» es el producto de la ausencia de una ideología que lo diferencie, de un exterior constitutivo capaz de politizarlo, la clase media como ausencia de clase es fruto del bienestar material. Téngase en cuenta que el concepto de clase media surge como resultado de la despolitización de la lucha de clases, el cual se da, precisamente, tras el éxito del Estado de Bienestar. Con ello se da lugar, según Žižek, a una «doble exclusión»: por un lado, se deja fuera a las grandes corporaciones; por otro, al excluido social como el inmigrante (2001, págs. 199-200). Pero dentro del imaginario ideológico encajan en la definición de clase media estratos sociales de todo tipo, incluso antagónicos desde el discurso marxista. Por ello, adoptar la estrategia de alcanzar el socialismo mediante la interpelación de la clase media representaría un oxímoron, ya que la razón que motiva el cambio de sistema económico se encuentra en la relación antagónica de explotadores y explotados propia del capitalismo. Poulantzas pretendía dar respuesta a una nueva realidad social, en el que se hacía evidente que el problema no era que no se *interpelara* a la clase trabajadora en tiempos de mitigación de los antagonismos de clase, sino precisamente que el objeto por el cual era representado el símbolo de la clase obrera, estaba desapareciendo prácticamente en pos de una nueva forma de clase social explotada.

A diferencia de Poulantzas, Laclau y Mouffe advertirán de las limitaciones que ofrece la clase obrera como sujeto revolucionario a partir de una lectura economicista del marxismo. Si el marxismo atribuye al proletariado el papel central de la transformación de la sociedad, será a través de su mistificación como acabará por convertirse en un sujeto político homogéneo e idealizado. Partiendo de esta lectura, compartida por los autores post-Marx como Kautsky o Plejánov, se define a la clase obrera como un sujeto político homogéneo y natural, ya conformado y definido que progresivamente irá determinándose de forma más acabada, a medida que se fueran polarizando y recrudeciendo las luchas entre clases sociales, por lo que ya se presupone su unidad y uniformidad. Y si bien pudiera haber problemas de definición en algunos casos, como los denominados estratos intermedios, las futuras dinámicas del capitalismo irían definiendo sus necesidades e intereses. Al mismo tiempo, según Laclau y Mouffe, el afán de revolucionarios como Rosa Luxemburgo o Antonio Gramsci será el de su *recomposición*; la recuperación de

una clase revolucionaria en crisis. Con este *iter*, puede percibirse que lo que Laclau y Mouffe deducen, es que en la medida en que el marxismo rígidamente recluye el condicionamiento de las relaciones sociales a la economía de forma preponderante, ello acabará condicionando tanto el futuro de los procesos revolucionarios como supondría la pretensión de establecer sistemas cerrados o suturados. Al mismo tiempo, a su juicio, la idealización de la clase obrera como sujeto político revolucionario pendiente de recuperar y/o recomponer acabará suponiendo más bien una limitación que una ventaja. Sin embargo, la idea de recomposición de una clase obrera en crisis, como ya se ha indicado, forma parte de una mistificación que los propios Laclau y Mouffe tienden a reforzar. En realidad, la operación de recomposición de una clase obrera unida y homogénea ha formado parte de la tradición marxista desde prácticamente su nacimiento (ANDERSON K. B., 2020, pág. 9). En obras como *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, o *El 18 de Brumario de Luis Bonaparte*, Marx y Engels asumen precisamente que no existe tal homogeneidad de clases opuestas, sino más bien todo lo contrario:

Sobre las diversas formas de propiedad, sobre las condiciones sociales de existencia, se levanta toda una superestructura de sentimientos, ilusiones, modos de pensar y concepciones de vida diversos y plasmados de un modo peculiar. La clase entera los crea y los plasma sobre la base de sus condiciones materiales y de las relaciones sociales correspondientes. (1985, pág. 68)

Ello implica una mayor complejidad a la hora de comprender cómo interactúan las clases sociales –de la misma manera que podemos asumir dicha complejidad en cómo interactúan hoy-. Sin embargo, desde una perspectiva donde quede reconocida la multiplicidad de determinaciones que afectan a la realidad subjetiva de los individuos implicaría la asunción de que otros factores ajenos a la economía afectan a la identidad de los individuos y, por tanto, a asumir que la unidad de clase obrera no viene dada, sino que ésta es una construcción conformada a los parámetros definidos por la relación de un grupo social a los medios de producción. Pero para Laclau y Mouffe, además, ésta no sería la única manera de construcción del sujeto político como contempla el marxismo, sino que existe una amplia amalgama que va adecuándose a las circunstancias sociales y políticas de cada contexto –geográfico, cultural, político, económico, social...-, en una continua labor articuladora, donde al discurso de clase se ha ido agregando, en diferentes circunstancias, componentes y elementos antagónicos de otro tipo –de corte nacionalista, anticolonial, antirracista, agrarista, antibelicista, etcétera-.

No cabe duda que el propósito de la crítica por parte de Laclau y Mouffe al supuesto determinismo economicista obedecía no solo al hecho de que las relaciones sociales no solo no son predecibles y cambiantes, que van más allá de la mera lógica mecanicista de que la pertenencia de clase condicionara la ideología. Sin embargo, como remarca Anderson, en la *Crítica al Programa de Gotha*, Marx critica a Lassalle por etiquetar a los campesinos como «inherentemente conservadores», es decir, por atribuir a un estrato social una ideología concreta (2020, pág. 15). De hecho, ya en algunos escritos previos había remarcado el potencial revolucionario del campesinado en determinados contextos como la Rebelión de Münster (ANDERSON K. B., 2020, pág. 15), lo cual derribaría a su vez el mito dualista que Laclau y Mouffe habían elaborado, en el que supuestamente Lenin debería agarrarse para recurrir a los campesinos para establecer una «alianza de clase» con la supuestamente «verdadera» clase revolucionaria, la clase obrera industrial.

En una lógica similar Laclau y Mouffe recurren al caso expuesto por Rosa Luxemburgo, resaltando el problemático contexto en el que vivió<sup>71</sup> para señalar que sus actividades revolucionarias se daban en una sociedad de capitalismo avanzado, lo cual supondría la progresiva disgregación de demandas y la concurrencia de intereses diversos en el seno de una misma clase social<sup>72</sup>. Sin embargo, lo que Laclau y Mouffe pretenden con ello es ejemplificar las limitaciones prácticas de la teoría a través de las contradicciones en el campo de la revolución experimentadas por Rosa Luxemburgo. En otras palabras, la tendencia despolitizadora que estaba sufriendo la lucha de clases en una nueva fase del capitalismo. De esta manera, la sociedad en el último tercio del siglo XX, donde la percepción de las relaciones de producción se han difuminado, las preocupaciones sociales se han desplazado a otros ámbitos, multiplicándose y diversificándose en una amplia diversidad de posiciones de sujeto, las posibilidades de articular un discurso hegemónico se reducen si esta *sólo* se realiza en términos de clase, de modo que se excluye cualquier posibilidad de hacerlo bajo otros parámetros tal vez más amplios:

[...] o de acuerdo a las leyes del capitalismo se tiende a una progresiva proletarización y pauperización de las condiciones de trabajo que necesariamente unifique los intereses de la

---

<sup>71</sup> La obra en la que se basan y que constituyó un interesante debate con Geras acerca de su lectura es *Huelga de Masas, Partido y Sindicatos*.

<sup>72</sup> Haciendo una lectura precisa de *Huelga de Masas, Partido y Sindicatos*, cuando Luxemburgo hace referencia a las luchas parciales, éstas no son interpretadas en términos políticos, como son el ecologismo, el feminismo, el pacifismo, etcétera-, sino que se trataban de demandas intrínsecamente económicas que reivindicaban la mejora sustancial de las condiciones laborales de sectores concretos. De este modo, la parcialización de las luchas no era más que la multiplicación de las manifestaciones de injusticia social cuya motivación principal era la economía, que Luxemburgo pretendía reunir en un mismo frente de lucha antagónico de clase.

clase obrera, o sencillamente se (sobre) vivirá el capitalismo mediante pura fragmentación y heterogeneización de la clase obrera. [...] (LACLAU & MOUFFE, 2001, pág. 39)

Así, el sujeto de clase se erige para los autores posmarxistas como un «obstáculo» para la adaptación del discurso a los nuevos procesos de identificación política que surgen en los nuevos contextos sociales. Por este motivo, Laclau y Mouffe conciben la economía como la limitación barrada por una esencia que secuestra al discurso y que le niega las posibilidades de redefinirse. La configuración de un sujeto a partir de las demandas existentes, en su lugar, adopta para Laclau y Mouffe fórmulas mucho más interesantes, ya que emergen a partir de la frustración inmediata de diferentes esferas sociales y frentes antagónicos, no necesariamente con carácter de clase, escapando a su vez de identidades política concretas predefinidas. Por ello para Laclau y Mouffe, al proporcionar Rosa Luxemburgo la articulación de un discurso de clase como única salida para dar respuesta a la dispersión de tales luchas, se obligaba a introducirse en un potencial callejón sin salida donde, en caso de que ello no fuera posible la articulación en torno a un antagonismo de clase, no habría solución alguna, descartando otras formas de identidad política que pudieran dar éxito a un proceso revolucionario:

Aquí la alternativa es clara: o bien se tiene una teoría de la historia que elimine esa pluralidad contradictoria y dote de transparencia ante sí misma a una clase trabajadora perfectamente unida en el momento del ‘quiliasmo proletario’ (en cuyo caso sus intereses objetivos pueden determinarse desde el principio), o bien se abandona esa teoría y, con ella, todo fundamento para privilegiar ciertas posiciones de sujeto en la determinación de los intereses objetivos del agente en su conjunto (en este caso esta última noción pierde todo sentido). (LACLAU & MOUFFE, 2001, pág. 123)

Como puede observarse, la propuesta de Laclau y Mouffe muestra una estrecha relación entre articulación del discurso y construcción del sujeto, de modo que el desmontaje de algunos elementos clave de la teoría marxista supone entonces deconstruir toda la centralidad de la clase como sujeto político, en la medida en que las relaciones sociales han cambiado. Así pues, lo que proponen Laclau y Mouffe es situar a la lucha de clases no como el eje vertebrador de toda una lucha económico-política que subsuma al resto de antagonismos, sino acabar con todo su protagonismo esencial en un contexto de pluralidad de intereses. Ello implicaría que el antagonismo de clase no permaneciese de forma fija como señala el marxismo, sino que más bien fuera mutando de acuerdo a los acontecimientos políticos y sociales emergentes, los cuales no son predecibles. De igual forma, la lucha de clases se situaría no como el horizonte configurador de todo proyecto

político, sino como un antagonismo concreto, de carácter económico, que pugna en la arena política junto con otras luchas o antagonismos actuales, como puede ser el de género, el ecologismo, el pacifismo, el antirracismo, etcétera, y que se articularía en torno a un sujeto político cuya identidad se verá colmada de acuerdo con los antagonismos principales de cada época. Dicho de otra manera: el reconocimiento del valor de la sobredeterminación (A) de acontecimientos y sensibilidades es una oportunidad para un amplio abanico de articulaciones discursivas que van mucho más allá de la perspectiva de clase. De este modo, para Laclau y Mouffe, los efectos unificadores que se generan en esta pluralidad de procesos de lucha dan lugar a una *unidad* simbólica que, en el caso de Luxemburgo ve materializada a través de la unidad de la clase trabajadora, figurada y construida como articulación discursiva (2001, págs. 10-11). Ante esta situación, el discurso de clase solo podía ser útil en tiempos de antagonismo social donde las sobredeterminaciones (A) fructificaran en un antagonismo de clase. A juicio de Laclau, ese sería el caso de la Revolución Rusa, donde se dieron unas condiciones que favorecieron el discurso bolchevique, tales como el autoritarismo de un régimen autocrático con una burguesía débil y una masa obrera potente en un período de industrialización incipiente. Sin embargo, esta relación entre discurso de clase-realidad sobredeterminada solo sería posible mientras existieran las polarizaciones de clase, pero una vez superadas, el sujeto de clase ya no tendría sentido, para convertirse, en palabras de Laclau, en una mera relación de contradicción.

Aunque para Geras esta interpretación de las tesis de Luxemburgo no sea más que una «manifiesta simplificación» en el que parece que pretendan reducir toda la complejidad de relaciones de intereses sociales a una mera red de interacciones, dichas lógicas articuladoras que se generan en tal proceso revolucionario y que Geras reivindica no son incompatibles con los postulados de Laclau y Mouffe (1987, págs. 50-51). En este sentido, Geras alude a la unidad de la clase obrera como la consecución de toda una compleja *visión de conjunto* en el que Luxemburgo logra subsumir diferentes intereses dentro de una misma lucha común, mucho más allá de una mera oposición, a su juicio simplista, entre la lógica de la necesidad y la lógica de lo contingente (1987, pág. 61). Aunque Geras niega que exista dicha lógica, ya que afirma que la dicotomía que establecen en este caso Laclau y Mouffe es más bien una exageración de la naturaleza del marxismo como fórmula para anular o posponer otros intereses considerados de menor relevancia para la lucha socialista, sin embargo, la cuestión planteada es mucho más



sencilla: la lucha obrera se ha articulado en múltiples ocasiones en torno a unos intereses objetivos inherentes a la lucha de clases, pero también existen otros intereses en su seno que no se adjetivan como tal (GERAS, 1987, pág. 51), estableciendo de este modo una diferenciación entre intereses ligados a las necesidades materiales, que a su vez poseen carácter político y otros intereses netamente políticos o no necesariamente ligados al estrato social. En el fondo de esta discusión se observa cómo las divergencias entre marxismo y posmarxismo en este sentido serán terminológicas, pero no de fondo: lo que para Geras constituye toda una construcción estructural compuesta de una pluralidad de relaciones e intereses de carácter social en permanente conflicto, Laclau y Mouffe desmantelan dicha concepción para que en su lugar pueda construirse un nuevo sujeto relacional –es decir, respecto de los antagonismos vigentes de cada momento histórico- a partir de dicha pluralidad de conflictos mediante la *articulación discursiva*. Pero la diferencia fundamental entre ambos autores es que mientras que para Geras dicha complejidad de relaciones se asienta sobre una base *objetiva* en la que el eje central lo constituye la lucha de clases, para Laclau y Mouffe dicha construcción es el *resultado* de un complejo articulario *más* que, en este caso, se ha constituido en torno a la lucha de clases como eje antagónico central, pero que podría haber sido construido en otros términos o ejes.

*La correspondencia entre identidad discursiva y clase social*

Atendiendo al segundo punto expuesto al inicio de este capítulo, para Laclau y Mouffe el discurso marxista se agota en el momento en que los procesos de identificación discursivos no tienen sentido en un contexto donde no existe una necesaria identificación entre los intereses de clase –al haber sido diluidos y mitigados- y la identidad política.

De esta manera, si se acepta la premisa de Laclau de que «los agentes sociales tiene(n) intereses de los que no son conscientes» (1993, pág. 133), ello implica asumir que no puede atenderse exclusivamente a una correspondencia automática entre los intereses que el marxismo considera y que el obrero, por su propia condición de obrero, asuma como propios. Por este motivo, Laclau y Mouffe recluyen la explotación obrera al ámbito de lo subjetivo: solamente el obrero está explotado si el obrero es consciente de su propia opresión (2001, pág. 167). Para ello apelan al principio de no-correspondencia de Gareth Stedman Jones, quien mediante la investigación histórica del movimiento cartista

justificaría la inexistencia de una relación de correspondencia entre la pertenencia a una clase social concreta y la identidad política (MEIKSINS-WOOD, 2013, pág. 193). Sin embargo ello no implica que el principio de no-correspondencia de Stedman Jones exponga un espejismo que la teoría marxista hubiera planteado. Tal y como defiende Meiksins-Wood, en ningún momento el autor niega que la constitución del movimiento cartista se hubiera constituido a partir de sentimientos comunes de clase ante la existencia un agravio compartido generado por un modo de producción concreto; y del mismo modo, que sus demandas se expresaran en términos políticos y no económicos, no niega en absoluto que su razón de ser como sujeto político se debiera precisamente a la explotación económica y a la desigualdad social, lo cual no significa que diste en absoluto del marxismo (2013, págs. 197-199). Muy al contrario, aceptar este principio en unos términos concretos, los cuales permiten aislar al factor económico como contribuyente a la construcción de todo un proceso de identificación política, es lo que dificulta verdaderamente cualquier posibilidad de articulación de un discurso que desafíe las lógicas actuales del capitalismo. De hecho, Jameson defiende precisamente que es a través del discurso de clase cómo se logra una mayor cohesión y estabilidad a la hora de articular un discurso capaz de abordar *además* otros antagonismos y luchas que se intersectan con él en lugar de correr paralelos (1996, pág. 254). En este sentido, lo relevante no es cómo se articula el discurso y en qué términos o interpelaciones de sujeto hace referencia el mismo, sino a partir de qué antagonismo parte dicho discurso para construir un sujeto político capaz de aglutinar todas las demandas sociales emergentes.

[...] si la dispersión de posiciones es una condición de toda práctica articuladora, esa dispersión no tiene por qué adoptar “necesariamente” la forma de una separación entre la identidad política y la identidad económica de los agentes sociales. (LACLAU & MOUFFE, 2001, pág. 163)

Dicho en otras palabras, para Laclau-Mouffe la correspondencia entre identidad política-clase social es una de las tantas posibilidades combinatorias que puede articular el discurso. Para comprender los efectos que genera la superación del aspecto de clase como sujeto político es primordial comprender cómo se efectúa la articulación. Si la identidad económica y la identidad política *se disuelven* en el proceso de articulación discursiva en la medida en que también lo hace la lucha de clases, las demandas de carácter económico son concebidas como demandas socialmente transversales, del mismo modo que lo son el feminismo, el antirracismo, el pacifismo, la lucha LGTBI, el ecologismo, etcétera. Es por ello que la propuesta de articulación discursiva cobra sentido para Laclau y Mouffe,

ya que al ampliar el sujeto más allá del horizonte de las clases sociales, no solo aumentan las posibilidades de apoyo social, sino también las de articular con éxito un discurso nuevo capaz de disputar la hegemonía al neoliberalismo.

Al tener presente cómo se desarrolla la relación entre el discurso y los elementos que articula, Laclau y Mouffe concluyen que dicha relación se extiende por tanto al sujeto político en cuestión (2001, págs. 166-168). Como se ha observado con anterioridad, el universal se construye a partir de una serie de puntos nodales cuya fijación delimita a su vez el sujeto antagónico –por ejemplo, si un discurso se define como feminista, está excluyendo el machismo, etc-. De este modo, la construcción del sujeto parte a su vez de la idea de antagonismo. Dado que para Laclau la identidad es siempre relacional, el establecimiento de similitudes o diferencias entre dos objetos siempre dependerá de las conexiones lógicas que se establezcan entre ellas, del relato que se escriba entre ambos. Así pues, la persona más alta del mundo puede serlo mientras no haya alguien más alto que esa persona, de manera que ese calificativo siempre será relacional y por tanto no permanente. De igual forma, la relación entre dos gatos puede contemplarse de formas diversas: puede establecerse una analogía entre ambos –ambos son gatos- o puede establecerse una oposición a partir de sus aspectos diferenciales –que uno sea siamés y el otro persa, o uno macho y otro hembra, por ejemplo-. El carácter relativo de estas relaciones hace posible la multiplicidad de los discursos que dan lugar a la inevitabilidad de la confrontación política. Pero este proceso de identificación con un discurso, y no otro, para Laclau y Mouffe incide también en el aspecto emocional, y no solo el racional. El problema que observan aquí Laclau y Mouffe es que las coordenadas hegelianas someten las contradicciones dentro de un orden determinado que no solo determina las propias partes en contradicción, sino el antagonismo en sí, del que debe dar un resultado determinado, como si de un componente más del propio orden se tratase. Esto no tendría sentido: una vez tiene lugar el antagonismo, el propio orden de cosas está en cuestión y no puede predeterminarse su futuro ni condicionarse a un criterio apriorístico:

El antagonismo como negación de cierto orden no es más que el límite de dicho orden y no el momento de una totalidad más amplia respecto de la cual ambos polos del antagonismo constituirían instancias diferenciales (o sea objetivas) parciales. (LACLAU & MOUFFE, 2001, pág. 169)

Es decir, la identidad se definiría a su parecer no por el carácter positivo de la identidad, sino por lo que no se es: si Marx pudo identificar a la clase obrera, fue a partir de su

distinción respecto de la clase burguesa. Pero por sí sola su identidad no tiene sentido: solo tienen sentido a partir de su negación respecto a lo que no son. Para Laclau, ello da lugar a un matiz esencial respecto de Hegel y Marx. La positividad de la identidad supone un carácter propio, estático, ya que de lo contrario no sería positivo. Pero si se plantea la identidad como negativa, relacional, la identidad de la clase obrera solo existe en tanto que existe la clase burguesa, pero la trazabilidad de dicho antagonismo será en todo caso variable y a su vez subvertida. Es decir, a través de la articulación de otros discursos pueden construirse otros antagonismos que tracen la línea de oposición en un ámbito distinto al de la clase. Por tanto, la frontera del antagonismo nunca será estática y claramente dividida en dos, sino que siempre será variable. Por ello Laclau afirma la imposibilidad del carácter objetivo de los antagonismos. De este modo, la pugna de discursos supone a su vez la trazabilidad del antagonismo, de la definición de la identidad, de lo que no se es. Llegados a este punto, cabe preguntarse entonces si en el capitalismo actual ya no existen explotadores y explotados, ni conflicto de clase. En tanto que no es así, cabe entonces focalizarse al hecho de que el predominio de la clase media va más allá de la mera categorización económica; se trata de una identidad social autoimpuesta. Si Marx luchaba por dar al proletariado la conciencia de pertenencia a una clase concreta, el hecho de que hoy la mayoría social se sienta que es clase media no significa que ya no haya explotadores y explotados, sino que el sentimiento de pertenencia a una clase social concreta es diferente: el hegemonizado por aquellos discursos que niegan el antagonismo de clase. Se trata, pues, de una cuestión de interpelación.

El concepto de interpelación, tal y como lo señala Althusser, supone el establecimiento de una relación bidireccional entre el discurso y el individuo a quien se dirige (1988, pág. 55). Por una parte, el discurso establece una descripción concreta de la realidad. Dicha descripción generará en algunos individuos la más pura aversión hacia dicho discurso, mientras que otros se sentirán completa o parcialmente identificados con él. El condicionante que determina su aversión o identificación es de nuevo el carácter sobredeterminado del individuo. De este modo, así lo afirma Althusser cuando dice lo siguiente:

[...]Hay individuos que se pasean. En alguna parte (generalmente a sus espaldas) resuena la interpelación: "¡Eh, usted, oiga!". Un individuo (en el 90% de los casos aquel a quien va dirigida) se vuelve, creyendo-suponiendo-sabiendo que se trata de él, reconociendo pues que "es precisamente a él" a quien apunta la interpelación. En realidad las cosas ocurren

sin ninguna sucesión. La existencia de la ideología y la interpelación de los individuos como sujetos son una sola y misma cosa. [...] (1988, pág. 55)

Es decir, el discurso desarrolla en el individuo un proceso de identificación, generando de este modo un reconocimiento decidido «libremente» condicionado por las sobredeterminaciones (L) que inciden en el individuo. ¿Cómo conseguir pues que el individuo se sienta interpelado?

Observando esta cuestión, Laclau y Mouffe señalan entonces que el sujeto, en tanto que es una construcción que emerge a partir del discurso, no puede considerarse como «el origen de las relaciones sociales, ni siquiera en el sentido limitado de estar dotados de facultades que posibiliten una experiencia, ya que toda “experiencia” depende de precisas condiciones discursivas de posibilidad» (2001, pág. 156). Es decir, *el sujeto solo puede construirse en términos discursivos*, en tanto que su formulación se articula a partir del establecimiento de una relación concreta y parcial con el discurso. Así pues, la apelación al individuo, a los ciudadanos, al pueblo, a las mujeres, al pueblo hebreo o a la clase obrera son solo diferentes fórmulas que constituyen y establecen el grado de interpelación que establece el discurso. Pero por ello mismo, el establecimiento del discurso, mantiene una permanente relación con la realidad material y el sujeto al cual se interpela. Ello significa reconocer que las interpelaciones discursivas no afectarán de la misma manera a todos los individuos, y que para ello habrá que atender a la época y a la geografía concreta de cada territorio. Es decir, apelar a un sujeto concreto solo tiene sentido si mantiene una relación lógica y contextual con la realidad que describe, de manera que el proceso de interpelación solo tiene éxito –o sentido- si el sujeto al cual se interpela tiene una razón de ser que permita al individuo sobredeterminado (L) sentirse identificado.

De este modo, la definición del sujeto político en el marxismo fijaría en consecuencia un sujeto antagónico positivo e inalterable en el tiempo. Pero al ser establecido no desde el plano subjetivo, sino como una categoría objetiva, clara y transparente, es transgredida en el momento en que la identidad de los sujetos se disuelve en la definición: es lo que advierte Luxemburgo cuando afirma que las previsiones de una lucha de clases cada vez más clara y polarizada se ven frustradas por lo contrario, por la complejización y pluralidad de luchas antagónicas. Esta realidad se vuelve patente de nuevo para Laclau y Mouffe ante la realidad del capitalismo tardío. La mejora de los ingresos y la transformación de las relaciones de producción -que no su superación-, obligaría al marxismo a redefinir las condiciones objetivas de la clase obrera sin tener en cuenta su

carácter subjetivo, es decir, ignorando su identificación como sujeto político. Sin embargo, tal y como señala Laclau, nunca va a ser suficiente la concreción del sujeto político por parte de la teoría, por dos motivos. El primero es que su permanente flexibilización genera una pérdida de sentido de la fijación del carácter de clase. Si el objeto del discurso marxista va más allá del antagonismo económico en una época de suavización de las tensiones sociales, la razón de ser del marxismo, la lucha de clases, desaparece. Si se flexibiliza el carácter del sujeto, pierde ésta su fijación y por tanto los momentos que constituyen el discurso dejan de ser estáticos para ser elementos mutables, de modo que la teoría marxista ya no se presenta de forma objetiva y transparente. El segundo, es que la definición del sujeto no supone la adhesión automática del individuo al mismo, sino que éste se produce a través de un proceso de interpelación mediado por las emociones y afectos (1993, págs. 103-106). Atendiendo a este segundo punto, una problemática permanente en el seno del marxismo es por qué el obrero vota contra sus intereses objetivos, sin tener en cuenta de nuevo que su identidad política no se circunscribe solo a motivaciones racionales justificadas por sus intereses económico-materiales. Así pues, el capitalismo tardío evidencia cómo la política ha transversalizado la lucha de clases donde un obrero puede ser de extrema derecha y una persona de renta alta posea conciencia revolucionaria. La respuesta común dentro de la tradición marxista había sido la de la *falsa conciencia*, en la que el obrero, a pesar de sus intereses materiales, desconoce cómo afrontar la realidad política en su versión alienada, y en la que es a través del discurso marxista que el individuo es moldeado a través de su formación ideológica. Ante esta situación, Laclau y Mouffe pretenden evidenciar el problema que ello supone. Si el partido comunista se erige en representación de los intereses de la clase obrera, no solamente está interpelando al sujeto político a partir de la determinación de una clase social concreta y objetivizada, sino que también se yergue como portavoz de la misma en la medida en que dicho sujeto se objetiviza. Es decir, establece una representación idealizada de clase obrera, de conciencia de clase. En consecuencia, el partido se erige como representante de la clase obrera –habla por ella- y establece qué es lo mejor para sus intereses. En definitiva, la identidad del sujeto determina al sujeto en sí, a través del discurso. Esta relación, propia del intelectualismo marxista, que expresa esa dualidad entre la alienación, la falsa conciencia y la conciencia de clase, supone considerar al sujeto político como una masa homogénea exenta de contradicciones internas, de modo que el obrero que se adscribe al marxismo, que es interpelado y que adquiere conciencia de clase, asume una serie de compromisos

ideológicos que debe cumplir, ya que en caso contrario sus contradicciones serían consideradas como «pequeño burguesas», «contrarrevolucionarias», «contrarias al marxismo», etcétera. De este modo, la identidad del sujeto se desarrolla *a partir del discurso*, y no «a partir de la identidad de los sujetos» (LACLAU, 1993, pág. 105). Pero esta idealización del sujeto, obliga a que el sujeto político mismo sea imposible. La realidad de un complejo de sujetos con «*identidades caleidoscópicas*» (LACLAU, 1993, pág. 106) imposibilita la conformación de un sujeto homogéneo y transparente, y al mismo tiempo, la pretensión de un sujeto carente de identidades particularizadas, exige la exclusión de éstas. Una cuestión que aclaran Laclau y Mouffe es que, dado el carácter sobredeterminado del individuo, *toda posición de sujeto es una posición discursiva*, pero reconocer a éste en su dispersión no facilita en absoluto la construcción de un sujeto discursivo. Por ello, no es posible plantear como alternativa el reconocimiento absoluto de que toda idea de representación, de constitución del sujeto, sea «falsa». Los efectos serían equivalentes a la aceptación de la dispersión de los elementos, puesto que ello significaría la ausencia de discurso. Más bien al contrario, el discurso actúa como instrumento para señalar e incidir en las relaciones entre las diferentes posiciones de sujeto, aparcando sus diferencias, pero sin anularlas (LACLAU & MOUFFE, 2001, pág. 158), desarrollando así nuevas construcciones de sujeto a partir de la puesta en común de las afinidades de todos ellos. El establecimiento, por tanto, de un sujeto, dependerá no solo de la interpelación que ejerce el discurso hacia el individuo, sino que a su vez dependerá del proceso de identificación del individuo respecto del discurso.

La interpelación no consiste meramente en una mera descripción del antagonismo, sino que ésta tiene lugar en un proceso de identificación entre el individuo y el discurso, convirtiendo al primero en sujeto. La sobredeterminación, por tanto, implica suponer que el sujeto no es determinable objetivamente, sino que a efectos discursivos, es el resultado de un proceso de identificación. Una vez más, la propuesta de Laclau y Mouffe es realizar una inversión. Aceptar la condición sobredeterminada de los individuos implica aceptar la amplia diversidad de contradicciones internas que el individuo posee al identificarse con un discurso. Pero su encaje e identidad en el mismo dependerá precisamente de la propia flexibilidad del discurso. Por tanto, no es el discurso el que forma al individuo a través de un sujeto dado y fijado apriorísticamente por el cual se sentirá, de alguna manera, automáticamente identificado, sino que es la propia articulación del discurso lo que condiciona la conformación de un sujeto político capaz de interpelar al individuo. De

este modo, a la conclusión a la que llegan Laclau y Mouffe es que la amplitud del sujeto político dependerá de los elementos que articulan el discurso, es decir, de la cantidad de demandas que es capaz de recoger coherente y cohesionadamente. En definitiva, del universal discursivo.

*Potenciales consecuencias de la superación de la clase obrera como sujeto político*

Tal y como se ha analizado previamente, si el discurso se ve determinado por cómo se constituye su universal, el sujeto al que se interpela dependerá a su vez de la línea antagonica trazada por dicho discurso, lo cual significa a su vez definir cuál es el horizonte político del mismo. Tal y como señalan tanto Geras como Meiksins Wood, el problema que se esconde tras la disolución de la clase como parte fundamental de los constructos discursivos, es que se está obviando su papel determinante en el proceso de construcción de identidades políticas. Ello lleva en consecuencia al abandono de cualquier crítica al modelo económico vigente, y a su juicio, pone en peligro cualquier proyecto discursivo socialista.

Así pues, apelar a la clase es reconocer el antagonismo de clase, y por tanto, evidenciar la existencia de una confrontación de intereses de carácter económico que atraviesan cada uno de los demás antagonismos políticos. En este sentido Meiksins Wood plantea la siguiente cuestión:

La pregunta puede formularse así: si no es la abolición de las clases, ¿Entonces cuál es el objetivo? Si no es el interés de clase, ¿entonces cuál es la fuerza motivadora? Si no es la cohesión y la identidad de clase, ¿entonces cuál es la identidad colectiva o principio de unidad? [...] Si el objetivo del socialismo es la abolición de las clases, ¿para quién constituye un objetivo real, basándose en su propia situación, y no solo un bien abstracto? Si no son aquellos que están expuestos a la explotación capitalista, ¿entonces quiénes tendrán «interés» por abolir la explotación capitalista? ¿Quiénes tendrán la capacidad social para lograrlo, si no son aquellos que ocupan estratégicamente el núcleo de la producción y la explotación capitalistas? ¿Quiénes tendrán el potencial para conformar un agente colectivo en la lucha por el socialismo? (2013, págs. 176-177)

En los mismos términos, Geras es tajante al respecto: negar dicha confrontación de clase supondría negar el marxismo (1988, pág. 52). Como Jones señala, la negación o el reconocimiento de la existencia del sujeto de clase forman parte de la propia lucha de clases. Su negación implica asimilar y reconocer las normas y lógicas de mercado



capitalista, en lugar de mitigarlas y de luchas por otro imaginario posible (2013, pág. 298 y ss. ).

No obstante, cuando Laclau afirma que la paradoja del sujeto proletario es que su éxito significaría su desaparición, señalando el absurdo que supone la superación del modelo social hacia una sociedad sin clases (BUTLER, LACLAU, & ZIZEK, 2000, pág. 51). Ello conduce a pensar que Laclau defiende la irreductibilidad de la existencia de ambas clases -burguesía y proletariado- de la misma manera en que es irreductible el antagonismo e imposible la sutura de la sociedad, lo cual permite sospechar que, para Laclau, la coexistencia de la burguesía y proletariado es inevitable en tanto que rechaza la idea de emancipación como objetivo alcanzable (BUTLER, LACLAU, & ZIZEK, 2000, pág. 209). Si se confirma esta sospecha, es fácil dilucidar que la propuesta de Laclau pasa, o bien por la defensa de un discurso interclasista al uso, como la socialdemocracia o el populismo peronista; o bien que el socialismo es alcanzable articulando un discurso interclasista, en el que empresarios cederían parcelas de poder económico, político y social por mera voluntariedad moral, como indica Meiksins-Wood (2013, pág. 52). Por tanto, eliminar del discurso el aspecto de clase implicaría omitir el antagonismo mismo que motiva el horizonte socialista, lo cual da más motivos para sospechar que el proyecto populista de Laclau se reduciría a una mera reintroducción de demandas al margen de la normalidad institucional con el fin de acabar con cualquier potencial politizador.

Pero precisamente por este motivo, a juicio de Meiksins-Wood, abandonar la identidad de clase supone no tanto la disolución de la «estricta separación entre identidad política e identidad económica» que señalan Laclau y Mouffe, sino más bien contribuye a la profundización de dicha separación, en la medida en que las luchas permanecen en la esfera político-cultural mientras que permanecen despolitizadas las reglas de juego capitalistas. De este modo, la separación entre lo económico y lo político permanece viva en la medida en que no se concebirían sus antagonismos desde ambas perspectivas – económica y política-, sino solamente desde una perspectiva puramente política.

Es decir, el sujeto de clase ha afectado transversalmente al resto de antagonismos sociales mientras las diferencias sociales han sido acentuadas; una vez éstas desaparecen, el resto de antagonismos se dispersan, la lucha económica se convierte en una esfera de reivindicaciones *más* y es ahí cuando precisan de una nueva articulación discursiva, tal y como proponen Laclau y Mouffe.

En su lugar, la propuesta de Laclau y Mouffe consiste en construir un sujeto transversal a todas esas luchas y antagonismos, de modo que sea posible articular una nueva identidad política permeable a la realidad social, pero capaz de permanecer vigente a través de los vaivenes de la contingencia política. Pero ello podría desplegar a su vez efectos en el discurso y en los objetivos ideológicos que se propone. Si la superación de la clase como sujeto, así como la articulación, implica una sumatoria de luchas y no una transversalidad como los marxistas defienden, la crítica al sistema económico capitalista podría diluirse en medio de un maremágnum de demandas orientadas a una satisfacción más inmediata, y no necesariamente con vistas a una transformación social mucho más profunda y de mayor alcance. Por tanto, la efectividad de la amplitud del sujeto político que proponen Laclau y Mouffe estriba en la debilidad de su alcance ideológico. Si el objetivo es construir un sujeto lo suficientemente amplio como para englobar no solo a las demandas de clase, sino también a las ajenas a ella, se corre el riesgo de articular un discurso que ampara antagonismos contradictorios. Esto no tiene sentido si tenemos en cuenta que la articulación no es solo un mero ejercicio sumatorio de particularidades, sino que su universal constituye el entrelazamiento de todos los puntos nodales en torno al que se constituye el discurso. Ello significa, por tanto, que la transversalidad de clase del discurso supone no solo que la omisión del antagonismo de clase como sujeto político central, sino también el rechazo de la consecución del socialismo como horizonte político. Por esta misma razón, la autora concibe la propuesta de Laclau y Mouffe como una reproducción contemporánea de lo que Marx calificaba como *Nuevo Socialismo Verdadero* (MEIKSINS-WOOD, 2013, págs. 47-60); cuyos apologetas defendían la implantación del socialismo no por el reconocimiento de la existencia de una lucha de clases, cuyos intereses económicos están históricamente enfrentados, sino por una motivación puramente moral de cada individuo. Como es lógico –y como ya defendía Marx- este planteamiento parte de una premisa puramente idealista, al ignorar el hecho de que el proyecto socialista fracasaría en el mismo momento en tanto que la instauración de un nuevo modelo económico se basaría en criterios de pura deseabilidad en lugar de pura necesidad. Llegados a este punto, en realidad nos encontramos entonces en el punto inicial. ¿Cómo lograr politizar el discurso a través de una ampliación de la masa social sin llegar al punto de perder de vista el horizonte político planteado? Procedamos en su lugar por partir de los elementos comunes.

El problema que supone la superación del sujeto político de clase es que, como se ha hecho evidente a partir de la crítica marxista y, como se ha observado con anterioridad en la relación entre universalidad y particularidad, el establecimiento de la identidad del sujeto guarda una estrecha relación con el horizonte del discurso que se articula. Debe tenerse en cuenta que si la universalidad marca la línea que fija el antagonismo discursivo principal, el «nosotros» contra «ellos», ello a su vez condiciona los elementos que podrán constituir el discurso mismo. Por ello para Žizek le resulta tan relevante no solo aquello que define el «nosotros» del discurso, sino también aquello que queda excluido del mismo (BUTLER, LACLAU, & ŽIZEK, 2000, pág. 110). En estos términos, si se plantea un sujeto político que va más allá de las clases sociales, es evidente que la articulación discursiva será igualmente transversal a las clases, y por tanto no será posible formular la articulación discursiva en base a una propuesta económica diferente al neoliberalismo. En consecuencia, la consecución del socialismo, de acuerdo con los términos de Laclau y Mouffe, solo podría justificarse a motivaciones tan ingenuas como los referidos al *Nuevo Socialismo Verdadero*, o bien –como se ha demostrado a lo largo de su obra- a una mejora de las condiciones de la clase trabajadora en el seno del capitalismo, pero no sin una aspiración sincera a su desmantelamiento.

Sin embargo, el problema que plantean Laclau y Mouffe respecto al sujeto es otro. No se encuentra en la relación establecida entre el sujeto y el discurso, sino entre ambos y la realidad sobre la que se asientan. Es evidente que Laclau-Mouffe y Meiksins Wood hablan en lenguajes completamente distintos, pero un proceso de traducción podría resultar mucho más enriquecedor. El campo de la discursividad, la realidad contingente sobre la que se asientan los discursos, ha sido alterada en el mismo sentido en que el significante «clase social» ha sido desbordado por un significado concreto: la apelación al proletariado, o a la clase obrera, forman parte del imaginario «añejo»<sup>73</sup> que cada vez ha suscitado más problemas para los nuevos teóricos marxistas. El término proletariado, que significa «los que no tienen más que su prole», no refleja sin embargo el carácter actual de la clase social explotada, donde el grado de accesibilidad a los bienes de consumo y entretenimiento contrasta con la precariedad laboral. Pero este significado no solo se debe a motivaciones puramente materiales. Los medios de comunicación han desnaturalizado en gran medida el significado de clase obrera, por una parte,

---

<sup>73</sup> En referencia a Gareth Stedman Jones para referirse a cómo las demandas de clase del cartismo habían adquirido tal cariz con el paso de los años.

mitificándola en torno a unos estereotipos propios del siglo XIX -el obrero uniformado industrial de las grandes fábricas-.

Por otra, apuntalando a la conformación de clase media, que reúne en su seno tanto a estratos de rentas altas -en un ejercicio de humildad- como de clase baja -en un ejercicio de clase aspiracional-. De este modo, la clase popular se reduce a un mero constructo cultural que define los límites de deseabilidad de la clase media, y que suele asociarse con el analfabetismo, la delincuencia, la baja calidad de vida, el mal gusto y la falta de educación. Pero en tanto que constructo cultural, no forma parte de una definición estrictamente sociológica atribuida a una capa poblacional concreta como haría Poulantzas –aunque veremos que en efecto lo es-, sino que constituye un símbolo que representa el umbral inferior que constituye el límite de las reglas de juego establecidas por el capitalismo; aquello con lo que nadie quiere identificarse<sup>74</sup>.

De este modo, la clase media es el centro de deseabilidad que anula a su vez el antagonismo de clase, ya que no existe una línea divisible entre amigos y enemigos de clase, sino que todos forman parte de una misma esfera social donde sin embargo se reconocen las diferencias internas -clase media-baja, clase media, clase media-alta...-, asumiendo mucho más cómodamente las diferencias sociales dentro de unos parámetros sociales dados como «equitativos para todos», sino que además refuerza la lógica competitiva de mercado<sup>75</sup>, ya que las líneas de exclusión de la clase media se encuentran, por una parte, marcadas por lo excluido socialmente, donde se encuentran los grupos sociales más precarios de la sociedad. Por otra parte, se encuentra la línea de exclusión superior, la élite económica, que refleja sin embargo el factor de excelencia reservado a unos pocos, como el éxito, la fama o la belleza, y en la que se encuentran los actores de Hollywood o celebridades del mundo empresarial (ZIZEK, 2001, págs. 199-201).

Es aquí donde puede intuirse que la pertenencia de clase y la identidad no parece corresponderse, ya que si se sigue el criterio de Poulantzas de clase social como una mera categoría que mide el nivel de ingresos –o por quién posee los medios de producción,

---

<sup>74</sup> Jones expone cómo *Gymbox*, la cadena de gimnasios británica, alegó ante el recurso del Consejo Regulador de Publicidad (ASA) por publicidad agresiva contra los denominados chavs que *no era ofensivo porque "nadie en la sociedad admitiría ser un chav; no era un grupo al que la gente quisiera pertenecer"*. (JONES, 2013, pág. 12)

<sup>75</sup> Otro ejemplo que contribuye a reforzar esta lógica competitiva de mercado la podemos encontrar en el término «Looser» –El «perdedor», o «fracasado», en castellano-, atribuido a quien no se ajusta al marco ideal de deseabilidad establecido culturalmente –una buena casa, un buen coche, el éxito económico, laboral, social, etcétera-.

como sugiere Meiksins Wood- puede encontrarse que, de acuerdo con los parámetros marxistas, un trabajador con ingresos por debajo del salario mínimo interprofesional pueda considerarse a sí mismo sin embargo como «clase media». Por este motivo, a juicio de Laclau y Mouffe, apelar a una identidad de clase reduce las potencialidades de transmitir el discurso más allá del folclore político. La problemática no es solo una mera cuestión de conservar o no el carácter de clase en el discurso, sino que al calificar el concepto de clase como concepción objetiva, los autores marxistas olvidan implícitamente que no se trata solo de resolver el antagonismo de clase a través de un horizonte político concreto como es el socialismo, sino que además la interpelación debe hacerse efectiva.

Por tanto, nos encontramos ante dos extremos radicalmente opuestos. Por una parte, la concepción marxista, que tiene como base una circunstancia objetiva que se hace extensible a toda una identidad política; por otra, la de Laclau-Mouffe, que prescinde de esta circunstancia objetiva, incluyendo la pertenencia a una clase social concreta, para centrarse en el aspecto puramente subjetivo. En la medida en que la lucha de clases se ha difuminado, la clase social se ha convertido en una mera categoría sociológica basada en el nivel de ingresos, mientras que la clase media se identifica como un término aparentemente neutral, sin contenido político, cuya influencia obliga a reproducir los esquemas de comportamiento propios del neoliberalismo.

Actualmente, la subjetividad de la identidad de clase, al menos en términos clásicos –proletariado, clase obrera, etcétera.-, se convierte en una manifestación abiertamente ideológica, ya que se desafían los parámetros propios del neoliberalismo y de la denominada paz social, pero además dicha identificación suele estar asociada al anticapitalismo y especialmente al comunismo, ya que es una expresión que está desbordada de significado –la apelación al proletariado se asocia directamente con el marxismo- algo que de entrada suele generar rechazo en un amplio sector de la población. Por ello parece difícil que pueda ser útil a nivel interpelativo, ya que además, por el contexto histórico y social del capitalismo tardío de las últimas décadas, sugiere que la neutralización de la lucha de clases en las últimas décadas habría sido un éxito.

Por tanto, la problemática que exponen Laclau y Mouffe dan lugar a dos extremos. O bien adaptarse a las nuevas circunstancias socioculturales y crear un sujeto lo suficientemente amplio como para cubrir a gran parte de la población bajo un discurso interclasista, o bien que dicho sujeto incida en los esquemas tradicionales del marxismo al precio de limitar

las posibilidades de interpelación. Sin embargo, entrar en esta lógica de extremos genera la sospecha de que supone caer en la propia trampa lógica que suele tenderse el propio Laclau con frecuencia. Es cierto que ligar estrechamente una identidad política a una categoría social puede ser limitante, pero es posible que la propuesta populista corra el riesgo de anular toda posibilidad de crear un horizonte económico diferente, y por tanto de acabar con cualquier potencial politización del discurso.

Precedentes de la superación del sujeto de clase: la nación

Althusser señala que los actos cotidianos se encuentran encajados en prácticas que tienden a reforzar la ideología del individuo:

Las ideas en tanto tales han desaparecido (en tanto dotadas de una existencia ideal, espiritual), en la misma medida en que se demostró que su existencia estaba inscrita en los actos de las prácticas reguladas por los rituales definidos, en última instancia, por un aparato ideológico. Se ve así que el sujeto actúa en la medida en que es actuado por el siguiente sistema (enunciado en su orden de determinación real): ideología existente en un aparato ideológico material que prescribe prácticas materiales reguladas por un ritual material, prácticas éstas que existen en los actos materiales de un sujeto que actúa con toda conciencia según su creencia. (1988, págs. 51-53)

De esta manera, que Sorel fomentara la práctica de la huelga tenía el mismo efecto que el sacerdote que llama a asistir a misa: reforzar la fe, o en este caso, reforzar la identidad.

La ironía de esta fórmula era que el propósito era prácticamente autorreferencial: en lugar de que la teoría constituyera el resultado de un análisis de la realidad, Sorel recurría al mito de la huelga como objeto instrumental para cumplir lo que la teoría afirmaba. El discurso del sindicalismo revolucionario había pasado de ser el relato que recogía las demandas que motivaban la huelga como instrumento de lucha a convertirse en la causa por la que se estimulaba dicho discurso. De ahí que la construcción del mito se convirtiese en un elemento fundamental en la propuesta de Sorel, ya que no se concibe como un conjunto de principios o preceptos teóricos fruto de un sesudo análisis, sino como un conjunto de símbolos que representan un ideal fácilmente transmisible y amoldable a las singularidades de cada individuo (BUTLER, LACLAU, & ZIZEK, 2000, pág. 57).

No obstante, la correspondencia entre identidad y emociones se intuye mejor en *Política e ideología en la teoría marxista*, donde Laclau observa cómo se desarrollan las dinámicas de sujeto a través del mito en el fascismo italiano, en el nazismo alemán o en

la extrema derecha estadounidense (1986, pág. 160). De todos ellos, y a diferencia del marxismo, extrae como elemento común el amplio abanico de posibilidades que ofrece la reconfiguración del sujeto político más allá de su ligamen a unas condiciones materiales objetivas. Aparte del carácter transversal e interclasista de su condición, pues la nación como sujeto político se convierte en un instrumento sumamente eficaz a la hora de explotar identidades emocionales colectivas. Relatos tales como el mito de Parzival, las referencias a la Roma Imperial, o apelaciones al heroísmo del pueblo argentino suponen una fórmula muy eficaz de construir identidades políticas que sintetizan un sentimiento de pertenencia política, un «nosotros». En este sentido, el discurso no solo interpelaría a la nación como sujeto político, sino que se erige como representante de ella, al tiempo que señala quiénes son sus «enemigos», siguiendo la lógica schmittiana. Ello tiene una doble función que a Laclau le resulta muy atractiva: por una parte, logra ampliar lo máximo posible el sujeto político a través de un sujeto político transversal, de intensa carga simbólica y emocional, de manera que tiene más posibilidades de hegemonizar el discurso al pretender satisfacer una mayor pluralidad de demandas procedentes de una amplia diversidad de sectores sociales; por otra, excluye de la ecuación a quienes señala como enemigos, dando como resultado un nuevo universal discursivo.

Para Laclau, los motivos por los que el sujeto político de la nación reporta tantas ventajas, y no otros, como el de clase, es que evita una división doble: ideológica y de pertenencia social. Es precisamente por su carácter amplio, dado que engloba a todo un país, y por su carácter flotante, dado que el significante nación es explotado a través de mitos y símbolos por los que fácilmente pueden sentirse identificados gran parte de los ciudadanos, lo que posibilita un gran potencial discursivo a través de su interpelación. Sin embargo, en primer lugar, la interpelación a la nación implica, por una parte, que sea un sujeto fácilmente apropiable por otros discursos, lo cual dificulta su politización. En todo caso, si varios discursos apelaran a un mismo sujeto político, no se estaría apelando al sujeto político *per se*, sino a un significado concreto de la nación, lo cual reduciría su potencial interpelatorio. Ya no se estaría interpelando a una amplia masa de población, sino a aquellos que comparten –o se sienten identificados con– un concepto concreto de nación. En segundo lugar, que precisamente por el motivo anteriormente aludido, puede ser instrumentalizado para fines totalitarios, lo cual podría convertir en consecuencia a la nación en un sujeto desbordado de significado, y generando en consecuencia, el efecto contrario al que se pretende. Éste ha sido el caso en países como España, donde la

apelación a la nación no es, al menos actualmente, especialmente beneficiosa a la hora de interpelar a una masa amplia de interpelados, ya que popularmente, especialmente en ciertos sectores ideológicos de izquierda, su reivindicación suele identificarse con el franquismo. En tercer lugar, la nación puede constituir un elemento controvertido en muchos contextos políticos donde su configuración política sea especialmente problemática, por lo que su instrumentalización no es *universalizable* a todos los contextos. Volviendo al caso de España, en casos como País Vasco o Cataluña, la interpelación al pueblo español implica la exclusión de una amplia capa poblacional que identifica su existencia, en muchos casos, con un pueblo foráneo que oprime al propio. Algo similar sucede en otros contextos similares como Reino Unido, en lugares como Escocia o Irlanda del Norte. En cuarto lugar, que al apelar a un elemento que no está excluido de las instituciones, sino que éstas se fundamentan precisamente en la nación, no se trata de un sujeto *per se* politizador; solo es posible que lo sea si se pretende apelar a la nación con un significado opuesto al que representa la apelación de nación por parte de las instituciones, pero entonces se vuelve al primer punto: no se trata de la apelación de un sujeto político concreto, sino de la interpelación a un significado concreto de nación. En definitiva, el recurso a un sujeto nacional-popular, tal y como insinúa Laclau, no implicaría más que el rechazo de un sujeto limitante por sus características materiales para ser reemplazado por otro que es limitante por sus potenciales connotaciones discursivas.

Sin embargo, dicha propuesta no está exenta de unos peligros que Laclau parece olvidar. No debe olvidarse la centralidad que posee el universal vacío en el proceso de articulación, ni los motivos por los que el discurso se constituye como tal. Como ya se ha visto, la delimitación del universal, al igual que el del sujeto, implica establecer a su vez una exclusión; un exterior constitutivo que dote de sentido a la identidad del sujeto constituido. No puede existir un «nosotros» si no hay un «ellos», y ello implica establecer una línea antagónica, un *eje antagónico principal*. Ello devuelve a la pregunta anteriormente formulada. El hecho de que un discurso recurra a un sujeto político concreto para realizar la interpelación se debe a su estrecha relación con el propio contenido del discurso. Si el sujeto político más característico del fascismo y sus sucedáneos es el de nación, ha sido *por su carácter despolitizador de la lucha de clases*, ya que aspira a negarlo. En este sentido, la nación neutraliza el conflicto de clases antagónicas por un propósito «más elevado», el de la grandeza de la nación, pero al mismo



tiempo es instrumentalizado para señalar los «enemigos» de ésta, es decir, los judíos, los comunistas, los homosexuales, etc. Es decir, se produce un desplazamiento de la línea de trazabilidad de quién es el «nosotros» y quién es el «ellos» basado en el relato de nación y a partir del cual establece un proyecto político concreto.

Como el lector ya puede intuir, no puede obviarse qué significa el carácter vacío de un significante utilizado como sujeto político. Si la crítica de Meiksins Wood o Geras a la superación del sujeto político de clase se debe a que lo conciben como palabras plenas de significado que son sustituidas por otras con un significado distinto, más amplio, y por tanto, superador del antagonismo de clase. De este modo, su reemplazo por otro término como es el de nación o pueblo, de acuerdo con los esquemas de Geras y Meiksins Wood, supondría la negación de la clase en la medida en que se concibe igualmente como un significante pleno de significado: el pueblo va más allá de la clase, y por tanto, el discurso no será de clase, sino que pretenderá satisfacer a todos los estratos sociales, al uso del peronismo. Pero esta concepción sería, de partida, errónea.

Ello, por supuesto, no significa que el concepto nación esté estrechamente asociada al fascismo –aunque suela ser recurrente en estos idearios-. Así pues, en países como Francia o Italia, o en América en general, la identidad nacional está estrechamente ligada a los valores democráticos y al espíritu de independencia y revolución, como es el caso argentino. De hecho, Hobsbawm apunta al carácter populista del sujeto político de la nación. Para el autor británico, no cabe señalar los fundamentos sobre los que se asienta la nación, sino a la función que ésta posee en cuanto tal:

Si el término "nación" tenía algo de popular-revolucionario, no era en ningún sentido fundamental, la etnicidad, la lengua y cosas parecidas [...], sino el hecho de que representaba el interés común frente a los intereses particulares, el bien común frente al privilegio. (HOBSBAWM, 2018, pág. 29)

Sin embargo existe un elemento esencial que diferencia el sujeto de nación respecto del de pueblo. Tal y como ya se analizó en una publicación previa a este trabajo (RUIZ-MARTÍNEZ, 2020), la utilidad del sujeto pueblo reside en incidir en esta división social a partir de una mayoría contra una élite; un «nosotros» contra un «ellos» dentro de los márgenes de un marco democrático. En cambio, el concepto nación puede ser fácilmente apropiado por los fascismos, ya que elevan esta identificación a niveles políticos estrictamente schmittianos, expulsando al «ellos» de la totalidad (LACLAU, 1986, págs. 158, 222-223).

De este modo, lo verdaderamente importante reside en qué significado concreto se le atribuye al significante, y no al significante en sí. El concepto de *pueblo* puede recibir una amplia pluralidad de significados, desde la más amplia transversalidad política y social, como en el caso del peronismo, hasta una estrecha relación de clase –como en el cubano *Patria, socialismo o muerte*, pasando por un mero recurso formal como el *We the people* estadounidense.

El concepto de pueblo como nuevo sujeto político

Formular un nuevo sujeto político implica para Laclau (2018, págs. 122-130) aceptar una serie de premisas:

- En primer lugar, asumir que, de la misma manera que el discurso, la identidad política no es una identidad dada, sino que es construida a partir del proceso de articulación.
- En segundo lugar, que la identidad política no puede ni debe construirse sobre una identidad objetiva, en la medida en que ello supone limitar la identidad política a los confines de un significante muy delimitado y estrechamente ligado a una materialidad o circunstancias concretas. Si la aspiración del discurso es hegemonizar el campo de la discursividad, para Laclau es indispensable que dicha identidad política vaya más allá de dichas limitaciones. Por ello desecha la posibilidad de que particularidades concretas como la clase social, la raza o el género, aspiren a un sujeto político universal que atraviese a todas ellas.

A este respecto, Laclau parece proponer el sujeto de «pueblo», cuya amplitud incluso es mayor que la de la nación, en la medida en que mantiene una cierta identidad relacional de carácter abierto. Cabe remarcar que de la lectura de Laclau se desprende cómo el concepto de pueblo no se refiere a un sujeto político concreto. El concepto de «pueblo» representa más bien una concepción determinada del sujeto político. Parfraseando sus palabras, «pueblo» representa la nominación de lo inconcreto, como el vacío representa la nada, o el cero representa la ausencia de número (LACLAU, 2018, págs. 122-130). Por tanto, el sujeto político, en este sentido es entendido como el resultado inacabado del proceso de construcción de una identidad política inacabada. «Pueblo» puede significar las clases oprimidas, los excluidos, los perjudicados; pero también la gran mayoría de la población, las personas de a pie, el común de la gente. Es evidente que esta

representación, como ya se ha señalado, solo tiene sentido en la misma medida en que se excluye a un «ellos»; en este caso una minoría privilegiada, una élite económica o social, «la casta», etcétera. Por supuesto, esta relación es tan maleable como útil por un gran abanico de tendencias ideológicas que van desde la izquierda comunista hasta la extrema derecha.

Tal vez el peligro que podría conllevar dicha concepción de sujeto se encuentre en su carácter excesivamente flotante, ya que puede ser empleado por cualquier discurso. El resultado de este exceso de vacío podría ser la ausencia de significante, lo cual podría neutralizar cualquier operación hegemónica. Zizek, por el contrario, afirma que en este caso, la operación discursiva de los bolcheviques por poner un ejemplo, no podría identificarse como un proceso de construcción populista, en la medida en que el sujeto, la clase social, precedía a los bolcheviques (2006, pág. 197). Sin embargo, en un intento por excluir u oponer el populismo al marxismo, Zizek evidencia lo que pretende expresar Laclau: por una parte, que la operación populista, tal y como lo concibe Laclau, es absolutamente asimilable a la experiencia bolchevique. Cabe recordar que, para Laclau, su concepto de populismo es una operación de articulación hegemónica del discurso que una ideología concreta<sup>76</sup>. Por otra, que en realidad la experiencia bolchevique interpela a un sujeto concreto que es propio del período y circunstancias de la Rusia de 1917, pero que podría no haber sido efectivo unos años después de la revolución de febrero, después de la guerra, tras una posible asimilación del parlamentarismo y del desarrollo del capitalismo industrial<sup>77</sup>.

La crisis de la clase media. El surgimiento de potenciales nuevos sujetos políticos.  
Multitud, precariado, cognitariado.

En el contexto de la crisis económica de 2008, las diferencias entre clases sociales comenzó a aumentar, dando lugar, en consecuencia, a al declive del imaginario

---

<sup>76</sup> En su conclusión a esta crítica, Zizek afirma lo siguiente: *'Here's my proposal: every construction and action on behalf of a people as a political subject is not eo ipso populism.'* (ZIZEK, 2006, 197-198). Zizek rechaza que el concepto de populismo de Laclau pueda atribuirse a una mera construcción de identidad política porque lo concibe como un reemplazo del «verdadero» potencial revolucionario. De este modo, la intención del populismo –según Zizek– es prevenir cualquier potencial politización «real» mediante lo popular sin el pueblo. Sin embargo esta crítica se fundamenta en una concepción muy concreta de un posible populismo resultante de la práctica laclausiana, pero en realidad su propuesta es lo suficientemente amplia como para ser empleada –incluso– para fines «verdaderamente» revolucionarios.

<sup>77</sup> Y que de hecho Lenin no hizo, ya que recurrió a la alianza obrero-campesina, así como su ejercicio interpelatorio a los soldados y clases medias para ampliar su base social.

conciliador de clase de la clase media. Sin embargo, los profundos cambios sociales, económicos y tecnológicos de las últimas décadas a su vez han contribuido a una complejización de las relaciones económicas y sociales descritas por Marx y Engels en el siglo XIX. Como ya hemos analizado antes, las transformaciones económicas producidas por el desarrollo del capitalismo tardío, ha favorecido la desaparición del proletariado industrial, pero no por ello necesariamente el fin de la lucha de clases. Por ello, algunos autores han intentado definir y/o corregir los nuevos fenómenos sociales emergentes. Pero pretender construir un nuevo sujeto político a partir de una categorización sociológica podría contribuir, por una parte, a una mayor fragmentación de las identidades políticas, ya que se atienden a nuevas calificaciones que pretenden distinguirse de las categorías más clásicas. Pero por otra parte, significaría reincidir en la construcción de una identidad política a partir de categorizaciones basadas de nuevo en circunstancias objetivas, como es el caso de la clase social. Laclau destaca la relevancia que la nominación del sujeto ejerce en el individuo en la labor de interpelación, y no tanto por su calificación objetiva. Es decir, no puede limitarse a ser una mera definición categórica, sino que debe constituir una identidad con aspiraciones de universalidad, donde el papel de los afectos y emociones sea fundamental a la hora de construir identidades, como es el caso de la nación. Pero por ello mismo, a la hora de articular el sujeto, no se debe pasar por alto establecer un relato –un discurso- que señale quiénes son los culpables, es decir, quiénes son los adversarios de dicho sujeto.

En el contexto de la sociedad de la información, donde cada vez se exige una mayor formación y especialización con el fin de ser competitivos en un mercado laboral cada vez más precario e inestable, ha dado como resultado la aparición de lo que Bifo Berardi denomina *cognitariado*: personas sobrecualificadas que suelen optar a puestos de trabajo mal remunerados y en pobres condiciones laborales, como puestos de becario, colaboradores, asociados o *junior*. Por otra parte, el *precariado*, la nueva tipología que según Guy Standing ha ido formándose en el seno de la clase trabajadora, es víctima no solo de las propias lógicas del sistema económico capitalista, sino también de las limitaciones que presenta un Estado con fronteras cada vez más porosas en un contexto globalizado.

Para Hardt y Negri, en esta nueva época de globalización, de la economía de los servicios y de la era de la información, la clase obrera se ha transformado en *multitud*. Esta cuestión queda meridianamente clara cuando afirman que «éste es un nuevo proletariado y no una

nueva clase obrera industrial» (HARDT & NEGRI, 2005, pág. 422), en la medida en que obedece más bien a una definición concreta del sujeto político y de un colectivo social encajado en una fase delimitada de la historia. En su lugar, el «nuevo proletariado»<sup>78</sup> surge como consecuencia no solo de una mera transformación de la economía industrial hacia una financiera y de servicios, sino también al avance de los procesos económicos que empujan cada vez más hacia una mayor interrelación entre la esfera privada y la pública, la laboral y la del ocio, que contribuyen al surgimiento de nuevas demandas sociales que desafían precisamente las lógicas que han dado lugar a ellas.

Ello nos lleva a recordar que la construcción del sujeto político está estrechamente condicionada por las condiciones materiales del entorno, no solo económicas, sino también culturales, psicológicas, tecnológicas, etcétera. Es lo que Laval y Dardot señalan como dispositivos que alimentan el proceso de subjetivación del individuo, y que contribuyen a la interiorización de la racionalidad neoliberal. Por este motivo, señalarán que Negri y Hardt ignoran este aspecto, en la medida en que para ellos el nuevo proletariado «ya está ahí» (LAVAL & DARDOT, 2013, pág. 404).

Sin embargo, el protagonismo central que cobran dichas interacciones en el proceso de construcción de la multitud da pie a un determinismo similar al planteado por el marxismo ortodoxo, en la medida en que señalan a la multitud como una consecuencia, automática y espontánea, de los efectos de un modelo de producción que está abocado al fracaso:

Hoy, en la era de la hegemonía del trabajo inmaterial y cooperativo, la propiedad privada de los medios de producción es sólo una obsolescencia pútrida y tiránica [...] Ciertamente, llegará un momento en que la reapropiación y la autoorganización alcancen un umbral y configuren un acontecimiento real. Ése es el momento en que se afirma realmente lo político, cuando la génesis es completa y cuando la autovaloración, la convergencia cooperativa de los sujetos y el manejo proletario de la producción llegan a ser un poder constituyente. (HARDT & NEGRI, 2005, pág. 430)

Sin embargo, Hardt y Negri, al igual que los marxistas ortodoxos, subestiman la capacidad del capitalismo para reinventarse. Si ya en su momento supo adaptarse a las nuevas circunstancias sociales a través de las políticas de armonización de las desigualdades sociales como el *New Deal* y la implementación del Estado de Bienestar,

---

<sup>78</sup> Aunque es evidente que Hardt-Negri emplean el término «nuevo proletariado» como la nueva figura que ocupa el lugar que antes ocupaba el proletariado, para Han esta calificación es desafortunada, ya que afirma que la concepción burguesía-proletariado está anticuada y no tiene sentido. (HAN, 2014, pág. 17)

no debe olvidarse que tiene no solo la capacidad de adaptarse a las nuevas circunstancias, sino también de absorber el descontento social generado a consecuencia de sus propias problemáticas.

En esta misma línea, el espontáneo surgimiento de la multitud como producto del *Imperio* sugiere que éste es concebido como un sujeto político conformado homogéneamente, en tanto que se define por sus condiciones materiales de las cuales emerge. Así pues, Hardt y Negri establecen de nuevo una correlación entre la posición del sujeto y su lugar en las relaciones de producción, incidiendo de nuevo en los problemas a los que tuvo que enfrentar la ortodoxia marxista. En este sentido, la respuesta de Laclau será bastante similar, en tanto que señala que no existe la posibilidad de disputar la hegemonía si no existe una labor previa de articulación que sea capaz de transformar la identidad política de las particularidades involucradas:

Lo que falta por completo en *Imperio* es una teoría de la articulación, sin la cual la política es impensable. [...] Las multitudes nunca son espontáneamente multitudinarias; sólo pueden llegar a serlo a través de la acción política. (LACLAU, 2016, págs. 133-134, 140)

De este modo, si se parte del hecho de que vivimos en una «sociedad dividida internamente», hegemonizado además por un discurso que favorece y estimula la fragmentación, la idea del surgimiento espontáneo de un sujeto político universal y homogéneo se desvanece. Cabría preguntarse entonces, en un entorno de extrema competitividad e individualismo condicionados por las nuevas tendencias económicas y la tecnología, qué empujaría a los individuos a constituirse en un sujeto cooperativo homogéneo. Han afirma lo siguiente:

No es la ‘multitude’ cooperante que Antonio Negri eleva a sucesora posmarxista del «proletariado», sino la ‘solitude’ del empresario aislado, enfrentado consigo mismo, explotador voluntario de sí mismo, la que constituye el modo de producción presente. (2014, pág. 11)

El desarrollo de la tecnología no solo contribuye a la potenciación de la aparición de la *multitud*, sino también a su completa disolución. Además, si bien es cierto que la flexibilidad que nos proporcionan las nuevas tecnologías confirma la tesis de Hardt-Negri de que cada vez se confunde más el espacio personal con el laboral, también es cierto que contribuye a un mayor aislamiento social.

Como resultado, la supuesta emersión dispersa e inconexa de luchas que convergen espontáneamente solo puede ser una ilusión política si lo que se aspira es a un discurso amplio, estable y cohesionado. La experiencia de la Primavera Árabe, el movimiento 15M u Occupy Wall Street han tenido una mayor o menor relevancia en la política nacional de sus respectivos países, pero tales movimientos no han perdurado más que unos meses.

De este modo, solo será posible la construcción de un sujeto político a través de la articulación de las diferentes particularidades e identidades políticas diferenciales. A juicio de Laclau, el problema de la *multitud* surge al construirse desde la concepción inmanentista del sujeto histórico<sup>79</sup>; una versión renovada del materialismo histórico que por supuesto el autor argentino desecha en la medida en que concibe que la construcción del sujeto político nunca viene dada apriorísticamente, sino que ésta es articulada constantemente a través de nuevos sujetos. De hecho recurre a Rancière para apoyarse en la idea de que el aspecto diferencial de *pueblo* respecto del de *multitud* es que el primero es resultado de una operación articuladora de un largo proceso de identificación mediado por el discurso, mientras que el segundo surgiría como un producto cuasi-automático de las condiciones materiales (LACLAU, 2016, págs. 125-127).

En lo respectivo al carácter homogéneo que sugiere el concepto de *multitud*, Hardt y Negri ignoran, al menos aparentemente, que dicho sujeto es producto de una suma de particularidades, de modo que su concepción de sujeto es esencialmente homogénea, con todo lo que ello comporta: por ejemplo, que la emersión dispersa e inconexa de protestas en diferentes zonas del mundo no tiene por qué traducirse necesariamente en una coincidencia en cuanto a las reivindicaciones y demandas. De hecho, es bastante probable que exista una contradicción de intereses y luchas, tal y como apunta Laclau. Precisamente aquí es donde reside el valor de la propuesta de Laclau: el sujeto surge a partir de la articulación de un nuevo discurso que sea capaz de interpelar a partir de las nuevas circunstancias e inquietudes sociales.

Sin embargo, algo que pasa por alto la propuesta de Laclau y que ya se ha señalado con anterioridad se encuentra en el carácter del discurso mismo, carente de una positividad suficiente como para desarrollar un nuevo relato capaz de desafiar la hegemonía

---

<sup>79</sup> Sin embargo, el recurso al inmanentismo para criticar el sujeto de Hardt-Negri parece un tanto desafortunada. Laclau cae en una paradoja, y es que al aceptar los términos del concepto de *pueblo* de Rancière, implícitamente está aceptando un cierto relato inmanentista, dado que el autor francés así lo sugiere con la permanente *cuenta de los incontados* a lo largo de la historia. Tal vez recurra a dicho inmanentismo para atribuir al concepto de multitud de una cierta relación cuasirreligiosa con la herencia ilustrada de que el sujeto ya viene constituido, pero no parece que sea el recurso más apropiado para hacerlo.

dominante. Hardt y Negri sí reflejan dicha positividad, ya que su sujeto político se asienta sobre un relato basado en las condiciones materiales que genera el Imperio –un discurso–, y formula en consecuencia una propuesta política útil para desafiar al neoliberalismo. Como se puede observar, ambas propuestas adolecen de ciertas carencias teóricas. Si bien Hardt y Negri ponen de relieve los condicionamientos materiales a los que se ve sometido el sujeto, sin embargo ignora el carácter determinante del discurso como constructor del sujeto mediante la articulación. Cabe recordar que la fuerza del concepto de multitud reside en su relación con las condiciones materiales, de manera que su centralidad, para Hardt y Negri, se debe a que ellas le convierten en la principal fuerza revolucionaria; un argumento similar al empleado en el marxismo con el proletariado como sujeto revolucionario, y motivo por el que Meiksins-Wood justifica que el discurso de clase solo puede ser protagonizado por la clase trabajadora. Ahora bien, por condiciones materiales debemos tener en cuenta también el entorno en el que se construye dicho sujeto. Si la multitud emerge a partir de las condiciones y dinámicas que el propio Imperio genera, Hardt y Negri parecen olvidar que son dichas condiciones y dinámicas las que dificultan el surgimiento de dicho sujeto cooperante, en la medida en que están inmersos en una ideología dominante basada en la competitividad y el individualismo.

No obstante, la crítica de Laclau no enfoca la atención en tales condicionantes materiales a las que se ve sometido el sujeto. En su lugar, se centra exclusivamente en las posibilidades discursivas que potencialmente podrían emerger a partir de tales condicionantes materiales, pero no advierte de los efectos que dichos condicionantes pueden generar en el proceso de construcción del sujeto, convirtiendo así su discurso en un mero receptor pasivo de demandas condicionadas por los discursos hegemónicos. Los primeros ofrecen una positividad necesaria para desafiar las lógicas del neoliberalismo, pero repitiendo los errores de la lógica marxista ortodoxa; al segundo, los árboles le impiden ver el bosque: proporciona un mecanismo de construcción del sujeto a partir de los remanentes del orden hegemónico. Una vez más, se repite la oposición de la lógica de la necesidad frente a la lógica de lo contingente.

Llegados a este punto, cabe preguntarse lo siguiente: ¿Cómo desarrollar un sujeto político lo suficientemente amplio y capaz de desafiar las lógicas del neoliberalismo sin tener que pagar el precio de la transversalidad de clases? ¿Cómo construir una nueva identidad política a partir de las demandas insatisfechas que genera el discurso hegemónico sin limitarse a dar respuesta a ellas como un fin en sí mismo? ¿Es una cuadratura del círculo?



Es decir, apunta a la constitución de las condiciones objetivas de una clase social con unos intereses comunes como clase –la clase en sí-, pero no una masa unida, sino dispersa que requiere de una operación de construcción del sujeto político–clase para sí- en lo que, en palabras de Laclau y Mouffe, tendría lugar una articulación discursiva, en la medida en que ésta se conforma «en la lucha». ¿Acaso no encontramos en Marx una cierta cohesión que podría mitigar las tensiones entre Laclau-Mouffe y Hardt-Negri? ¿No deberíamos entonces plantearnos reanalizar, como se hizo en *Imperio*, las nuevas condiciones materiales de clase –clase en sí- con el fin de redefinir sus características – tal vez, más allá de conceptos como «proletariado»- y articular un discurso capaz de interpelarlo y convertirlo en una clase para sí?

Hacia la búsqueda permanente de un nuevo sujeto político

A partir de estas insuficiencias y de lo analizado hasta ahora puede comenzarse, como primer paso, a trazar un perfil concreto de un sujeto político interpelable:

1.- Que sea estable en el tiempo y amoldable a los diferentes períodos históricos y geográficos. El concepto de nación tiene efectos ambiguos y difícilmente universalizables a todos los contextos. Del mismo modo, el sujeto de clase, como ya se ha observado, genera ciertas problemáticas, al menos en el empleo de su nominación específica, mediante el uso de términos ciertamente anticuados, como «clase obrera» o «proletariado». Sin embargo, y del mismo modo existe una regularidad histórica donde siempre se produce un exceso al sujeto histórico definido, institucionalizado o policial; es decir, una exclusión que reivindica su introducción en el sistema de reparto (RANCIÈRE, 1996, pág. 146). Tal es la definición de *pueblo* que establece Rancière y que comparte Laclau, pero en la que también encajaría el concepto de *multitud* de Hardt y Negri como «nuevo proletariado».

2.- Que el sujeto político es producto de un proceso de construcción discursiva, de una articulación. Ello significa que deben tenerse presentes ciertas cosas:

En primer lugar, que no es un elemento dado, sino permanentemente construido, y por tanto, cambiante a los nuevos tiempos, por lo que se excluirían las identidades políticas basadas en condiciones objetivas, como las categorizaciones sociológicas como el *cognitariado* o el *precariado*. En este sentido, el

*proletariado* o la *multitud* solo responden a las circunstancias objetivas concretas de una época específica, por lo que no encajarían tampoco en este requisito.

En segundo lugar, que en tanto que es articulado, nunca llega a definirse del todo. Esto se explica por el hecho de que, en tanto que el sujeto aspira a ser universal, pretende ser homogéneo, transparente y definido. Sin embargo, si se acepta la imposibilidad de la plenitud, será imposible la construcción del sujeto en su fase más terminada y delimitada. Como resultado, el sujeto adopta el carácter de significante vacío con el que toda la población se sienta identificada, como es el caso de *nación* o *pueblo*.

En tercer lugar, que dicho proceso de construcción del sujeto está estrechamente relacionado con la definición del discurso que pretende interpelar a la población a través de dicho sujeto; es decir, que el discurso atribuye al sujeto un significado concreto. Por tanto, dicho relato, atribuye un papel al sujeto a partir de la construcción de un relato, unas causas y un horizonte concreto. Hardt y Negri lo hacen efectivo a través de su *multitud*. De igual forma, la apelación a las denominaciones clásicas del marxismo implicaría reincidir en sus limitaciones, ya que el recurso a «la clase obrera» o «al proletariado» no solo están desbordados de significado —y por tanto están estrechamente asociados a una ideología y a unos símbolos concretos—, sino que además se alejan de las identificaciones políticas mayoritarias de hoy en día.

En cuarto lugar, que dicho significado establece a su vez una exclusión, es decir, quién no forma parte de dicho sujeto, en señalar a los «culpables», al enemigo. De esta manera, el sujeto define la línea de antagonismo, el «ellos» contra «nosotros». La cuestión entonces estriba en definir cuál es dicha línea antagónica. En este sentido, conceptos como *multitud*, *pueblo* o *nación* parecen sumamente atractivos, si bien es cierto que el concepto de *nación* es problemático en este sentido, ya que al erigirse un discurso como representante de toda una comunidad política, corre el riesgo de adoptar derivas totalizadoras que pretendan excluir de la comunidad a sus supuestos enemigos, adoptando de este modo una lógica despolitizadora.

En vista de todos estos aspectos, el concepto de *pueblo* cumple con todas estas expectativas, pero nos encontramos con el problema que se había planteado al principio. Como ya se ha señalado, el concepto de *pueblo* no constituye necesariamente el nombre

del sujeto al que atiende el discurso en cuestión, sino una concepción concreta del sujeto político que, como ya se ha visto, se contrapone al de otras concepciones apriorísticas. *Pueblo* significa que el sujeto político es construido en torno a un significante vacío flexible, capaz de despertar una identificación emocional en los interpelados, cuya nomenclatura es irrelevante mientras cumpla con tales requisitos. A modo de ejemplo, en las protestas contra las políticas neoliberales de 2011 se recurrió a «el 99% contra el 1%»; una de las múltiples fórmulas que define la dicotomía propia del populismo laclausiano, el pueblo contra las élites. En este sentido, dependerá de cada discurso a quién definirá por *pueblo* y a quién por *élites*. Para ello, tal y como se ha analizado con el concepto de *nación*, el empleo del sujeto como significante vacío suele estar «llenado» por un significado, al menos parcialmente, que al señalar quiénes son los culpables o los adversarios, se amplía o se estrecha su grado de significación. Lo relevante no es, como afirma Meiksins-Wood, que se interpele a un sujeto con la denominación específica de clase, como puede ser «proletariado» o «clase obrera»; sino que el discurso niegue a la clase obrera como sujeto político su potencial revolucionario (2013, pág. 336). Jameson sugeriría un «reajuste semántico» similar (1996, pág. 94). Este aspecto clave se fundamenta en el hecho de reconocer la existencia misma del antagonismo de clase. De este modo, un discurso de clase podría afirmar que «la verdadera nación son los trabajadores que levantan el país».

Cosa bien distinta sería suponer qué repercusiones tiene para Laclau la superación de la clase obrera como sujeto político. Si se entiende que debe ser cambiada su nominación por otra cuya significación sea más flotante y amplia, pero cuyo carácter no pierde la centralidad que para Meiksins-Wood posee si estamos hablando de un discurso de clase, no existiría *a priori* ningún problema de compatibilidad. De esta manera, el carácter de clase no lo define el sujeto a quien nominalmente se interpela, sino a quien se le interpela a través de su contenido. De igual forma, si se entiende que la superación del sujeto de clase implica negar discursivamente la existencia de la lucha de clases, en efecto se trataría de un discurso interclasista.

Una alternativa podría ser una propuesta ecléctica de multitud y pueblo, adoptando las premisas de Hardt y Negri que dan pie a dicho sujeto a partir de unas condiciones materiales determinadas, pero asumiendo también el hecho de que debe ser articulado a través de una serie de significantes vacíos con carácter de clase, de acuerdo con las premisas laclausiana de *pueblo*. Para ello debe construirse teniendo en cuenta las

circunstancias concretas en las que se desarrolla dicho sujeto, es decir, tecnológicas, económicas, sociales, culturales, sin perder el horizonte político en cuestión pero sin secuestrarlo a la necesidad histórica. Marx señala lo siguiente:

Las condiciones económicas transformaron primero a la masa de la población del país en trabajadores. La dominación del capital ha creado a esta masa una situación común, intereses comunes. Así, pues, esta masa es ya una clase con respecto al capital, pero aún no es una clase para sí. En la lucha, de la que no hemos señalado más que algunas fases, esta masa se une, se constituye como clase para sí. Los intereses que defiende se convierten en intereses de clase. Pero la lucha de clase contra clase es una lucha política. (MARX, 2021, pág. 91)

En esta pugna permanente entre ser conscientes de la naturaleza intrínsecamente de clase que posee una sociedad capitalista, y mantener el contacto permanente con las profundas y constantes transformaciones sociales que genera, lleva inevitablemente a formular la siguiente pregunta: Si el sujeto político de la clase obrera –clase para sí- ha sido disuelto en el no menos ambiguo término de la clase media, la cual ahora se ve sumida en una crisis existencial al ver amenazado su estilo de vida por el avance y desarrollo de las lógicas del capitalismo turboglobalizado, ¿No es acaso una oportunidad para interpelar a quienes se autodefinen en estos estratos que, a fin de cuentas y en términos marxistas, son en su amplia mayoría clase trabajadora –clase en sí-? El problema no reside pues en que existan obreros que consideren que no están explotados, o que aun sintiéndose como tal, se identifiquen con el voto conservador, movidos por otras cuestiones no estrictamente económicas. El problema reside en que para aquellos obreros que en efecto se sienten explotados y que se identifican de alguna manera con un proyecto político calificado de izquierdas, no vean, ante la palabra «socialismo», un proyecto político viable<sup>80</sup>. El socialismo ha quedado representado simbólicamente por unas motivaciones aparentemente inexistentes -la clase obrera fabril- y por una materialización política aparentemente distópica -el estalinismo, el culto a la personalidad, el modelo de partido único, los gulags, etcétera-, lo cual lleva a adoptar comúnmente la conclusión de que cualquier pretensión utopista no puede más que llevar irremediablemente a la distopía.

---

<sup>80</sup> En este sentido, Meiksins Wood señala cómo Gareth Stedman Jones, quien defendía la tesis de que no existía una relación entre las ideas y las condiciones sociales de los cartistas con el fin de justificar la separación actual entre lo económico y lo político en la esfera del discurso, sin embargo se verá obligado a reconocer que debe existir una cierta afinidad entre el lenguaje político que se emplea y las circunstancias políticas a las que se encuentran condicionados los interpelados discursivamente (MEIKSINS-WOOD, 2013, pág. 198). Como puede intuirse, este punto será compartido tanto por marxistas como Meiksins-Wood como por Laclau y Mouffe.

En su lugar, no se trata tanto de conservar en formol categorías que hoy día generen falta de identificación, especial aversión o ciertas reticencias a aceptarlas, sino de mantener vivo el propósito esencial, mediante nuevas fórmulas de identificación. Teniendo presente esto, tal vez sea posible entonces elaborar un discurso de clase cuya nomenclatura del sujeto político sea diferente. Tal y como señalan Laclau y Mouffe, «no necesariamente debe haber una separación entre identidad política e identidad económica» (2001, pág. 163), pero es precisamente por ello por lo que la identidad económica –la de clase- está tan estrechamente ligada a la identidad política, obligándonos a recordar que los procesos de construcción de identidades están condicionadas por las circunstancias materiales –no solo económicas- de cada momento. Por todo ello, solo sería capaz de abrir la brecha de clase en las circunstancias actuales si la articulación del discurso se orienta hacia esta dirección, es decir, realizando una interpelación mediante un significante vacío que pudiera convertirse en una identidad política sinónima de las clases populares, que posibilitara la construcción de un universal atravesado por el antagonismo de clase, además de otras luchas. Un ejemplo de esta identificación es cómo Hugo Chávez recurriría al término «patria» para asimilarla al antiimperialismo, el socialismo y las clases populares. Con ello no solamente se estaba estableciendo una identificación de clase con un significante sumamente amplio válido en su contexto, sino que además era útil a la hora de establecer un exterior constitutivo. De este modo, acabaría señalando que los antipatriotas eran los enemigos de Venezuela, es decir, los Estados Unidos, sus aliados, la oposición venezolana y los defensores del libre mercado. Por tanto, no se trata solo de construir una nueva identidad política capaz de trascender los viejos esquemas simbólicos, sino también de recoger las demandas sociales en una dirección netamente anticapitalista, capaz de superar viejos tópicos y prejuicios, tal vez mediante el abandono de ciertos símbolos y conceptos clave, pero sin perder de vista el horizonte político.

Capítulo 11  
La propuesta populista. Un análisis de sus fundamentos IV:  
El campo de la discursividad

El campo de la discursividad: ¿Un «cajón de sastre» de las determinaciones del discurso?

Reconocer la validez de la propuesta articuladorio-discursiva de Laclau y Mouffe supone la aceptación, en primer lugar, de una pluralidad de luchas, antagonismos, «microdiscursos» y demandas excluidas de la institucionalidad que pugnan por ser satisfechos; en segundo lugar, con el fin de que sean escuchadas y atendidas, dichas demandas pugnarán entre ellas por la hegemonía del universal en el seno de un discurso.

Respecto al primer punto, y en una formulación un poco más simplificada, pero más precisa, la propuesta política populista de Laclau versa sobre una articulación que supondría la «agregación de un conjunto de demandas que no han sido satisfechas» a través de la vida propiamente policial (2018, pág. 173). En términos rancieranos, se trata de una articulación de aquellas demandas que son excluidas de la lógica de reparto definida de acuerdo con los cánones hegemónicos. De este modo, Laclau propone un discurso de «la parte de los sin parte», porque tales demandas no son absorbidas por ninguno de los mecanismos institucionales que operan de acuerdo con los criterios del discurso hegemónico. De este modo, el populismo laclausiano, a través de la articulación, se convierte en una lógica política capaz de establecer una relación entre las diferentes demandas particulares y una causa común a todas ellas –la insatisfacción política en sus múltiples formas-, el cual parte de las propias exclusiones que genera el propio discurso dominante, es decir, desde su predominio en las esferas de poder político.

En este sentido, Chantal Mouffe advierte de las amenazas políticas que podrían poner en riesgo, no solo la hegemonía del discurso neoliberal, sino todo el marco democrático

sobre el que se constituye la vida política (1999, pág. 18). Una acumulación de contradicciones, de demandas políticas frustradas o insatisfechas, podría deslegitimar la eficacia de las instituciones políticas. De este modo, la potencial amenaza del ascenso de fuerzas antidemocráticas se apoya precisamente en el mismo instrumento que Mouffe califica como una alternativa democrática canalizadora de las demandas; la articulación del discurso (2016, pág. 128).

Con ello se plantea un doble antagonismo: por una parte, una oposición entre lo político o lo situado en los márgenes de la institucionalidad; y lo policial, o el reparto propio de lo institucionalizado; por otra parte, entre la política, es decir, entre el agonismo dentro de un marco institucional común dado, y lo político, o el cuestionamiento mismo del marco. Ambas oposiciones dicotómicas no son excluyentes; no existe una correspondencia concreta entre ambas, sino que más bien son dos esferas que pertenecen a ámbitos antagónicos diferentes. Sin embargo, la propuesta de articulación populista se concreta a través de la recogida de las demandas de los excluidos de las instituciones, es decir, de lo político frente a lo policial, si entendemos este último como lo integrado dentro del sistema, de lo ya integrado institucionalmente. La articulación de un discurso conformado a partir de dichas demandas puede desarrollarse a través de los cauces institucionales, respetando las reglas de juego –la política-, pero también cuestionando la propia legitimidad de dichas reglas de juego, o estableciendo fórmulas paralelas de participación política que evidencien la insuficiencia institucional -lo político-. En este sentido, podemos encontrar una gran amplitud de ejemplos de la más variopinta ideología. En el discurso de *Podemos*, que jugaba con las reglas de juego institucionales, el cuestionamiento del marco político consistió en poner en cuestión todo el relato construido en torno al consenso de la Transición española, lo que acabaría por denominarse como «el Régimen del 78» (MANETTO, 2014). Con ello se ponía en entredicho no solo el relato predominante que hasta entonces legitimaba las instituciones políticas españolas, sino que además desafiaba al discurso hegemónico soportado por los dos grandes partidos, el *Partido Popular* y el *Partido Socialista Obrero Español*. Al mismo tiempo, el partido griego *Syriza* evidenció las limitaciones de la Unión Europea como organización supranacional, al mostrar su incapacidad para poner solución a los problemas económicos de Grecia, lo cual llevaría a poner sobre la mesa todo el marco institucional sobre el que estaba construido y replantearse su soberanía y encaje como estado miembro de la UE. Por otra parte, el 15M fue capaz de demostrar fórmulas de

participación ciudadana paralelas a las efectivamente existentes en el sistema institucional, demostrando su insuficiencia para dar respuesta a las demandas y necesidades de la población.

Por tanto puede entenderse que la dualidad entre ambas dicotomías encuentra encaje en la fórmula laclausiana como un proceso de introducción en la normalidad institucional de lo ubicado en sus márgenes, de lo excluido, no representado o, simplemente, ignorado. Sin embargo, tal y como exponen Laclau y Mouffe, la articulación del discurso puede servir también como instrumento aglutinador de demandas que faciliten la politización mediante la «absorción diferencial de reivindicaciones» (2001, págs. 173-174). Partiendo del ejemplo al que recurren de cómo Disraeli operó frente a sus adversarios políticos mediante la absorción parcial de sus demandas, se expone la idea de que un discurso hegemónico puede ser capaz de absorber aquellas demandas que en principio se encontraban en los márgenes de lo oficial para ser finalmente recogidas por la institucionalidad política, precisamente para evitar procesos de repolitización (LACLAU & MOUFFE, 2001, págs. 173-174). Lo mismo señalan Laclau y Mouffe cuando el *Welfare State* absorbe las demandas sociales: el poder absorbe las demandas para evitar la sobredeterminación (A) de contradicciones en favor de otro discurso. Al recoger tales demandas, el discurso dominante desacredita cualquier potencial subversión que deslegitime su hegemonía, reintegrándolos de nuevo al orden del sistema.

En consecuencia, el exterior constitutivo que motiva la agregación de demandas que se unen contra algo o alguien, acaban desarrollando una lógica de la diferencia que termina por disolver toda articulación en el momento en que el denominado «enemigo» o causa común, ha desaparecido. En todo caso, la institucionalidad está satisfaciendo o al menos, representando, tales demandas, y por tanto, el discurso cuya articulación se ha fundado en la falta de legitimidad de las instituciones, se ha visto desacreditada. Es aquí donde se muestra la permanente conexión entre el discurso y cómo le afectan las influencias procedentes de otros discursos o circunstancias materiales: lo que Laclau denomina *campo de la discursividad*. Como resultado, la propuesta de articulación del discurso populista de Laclau y Mouffe, puede resumirse en un proceso de sobredeterminación (A) de una pluralidad de demandas, cuyo nexo común —es decir, su universalidad—, se verá afectado en todo momento por las circunstancias sociopolíticas. Como señala Gramsci, la vida política se divide entre momentos de estabilidad y momentos de crisis política (1980, págs. 52-54). Pero es precisamente en los momentos de crisis política donde los



nuevos discursos tienen la posibilidad excepcional de institucionalizar su discurso, en la medida en que no solo depende de la capacidad del discurso por recoger las demandas insatisfechas, sino también la incapacidad de satisfacerlas de manera efectiva por parte del discurso institucionalizado o hegemónico. Por tanto no solo depende de la capacidad intrínseca del discurso articulado, sino también de aquellos factores exógenos que escapan a su propio control, los que posibilitarán o no su politización discursiva. A lo largo de la obra de Ernesto Laclau puede observarse cómo el autor argentino tiene presente la existencia de elementos que interactúan con el discurso:

Un terremoto o la caída de un ladrillo son hechos de cuya existencia no dudamos porque ocurren aquí y ahora, independientemente de mi voluntad. Pero, que su especificidad como objetos se construya en términos de “fenómenos naturales” o de “expresión de la ira de Dios”, depende de la estructuración de un campo discursivo. (LACLAU & MOUFFE, 2001, págs. 146-147)

Así, a lo largo tanto de su obra como en la de Chantal Mouffe, se intuye cómo atienden a diversos factores exógenos a la propia articulación del discurso, pero solo recurren a ellos como argumento explicativo de fenómenos concretos, sin dotarles de una relevancia debida en la configuración misma del discurso. Sin embargo, si bien suelen hacerse algunas especificaciones acerca del concepto relativo al campo de la discursividad, su falta de concreción y límites pueden deberse a varios motivos:

En primer lugar, a los propios problemas que plantea la definición del concepto de discurso que propone Laclau. En la medida en que excluye la posibilidad de considerar la diferenciación entre lo discursivo y lo extradiscursivo ya que, como se analizó en apartados anteriores, nada escapa a la interpretación humana y, por tanto, todo es susceptible de ser parte constitutiva del discurso, a su vez supone un problema definir qué elementos afectan a la propia existencia y eficacia del discurso sin caer, precisamente, en construir para ello un discurso propio. No obstante, esto genera un problema teórico. Al negar la separación entre el mundo discursivo y extradiscursivo, con el fin de mantener una cierta coherencia teórica, no es posible identificar qué aspectos del campo de la discursividad afectan a la propia existencia, difusión y mutaciones del discurso, ya que tales aspectos serían considerados a su vez como parte del marco narrativo del discurso. Esta cuestión llevaría a caer en un movimiento circular que es probable que tanto Laclau como Mouffe pretendieran evitar, ya que su definición implicaría frustrar de algún modo sus propias bases posfundacionalistas contra el establecimiento de un nuevo marco

normativo mediante la definición de determinantes, y al mismo tiempo, a evitar cualquier pretensión de establecer un orden o totalidad en un afán mínimamente estructuralista del cual pretendían escapar. Tal y como señala Laclau,

¿la unidad de los aparatos del Estado, no requiere ese cemento mismo de la ideología que ellos pretenden explicar? [...] ¿no requiere la recomposición constante de su articulación, de modo tal que tenemos necesariamente que apelar a un medio discursivo que destruye la propia distinción entre lo ideológico y lo no ideológico? (LACLAU, 1996, pág. 10)

En consecuencia, la falta de concreción del concepto del campo de la discursividad le permite convertirse en una especie de «cajón de sastre» donde cada discurso encontraría las motivaciones de sus propias afecciones, perjuicios, límites y ventajas. De esta manera, podría deducirse que el campo de la discursividad se convierte no solo en el campo donde operan e interactúan los discursos, sino también la realidad a partir de la cual suelen articularse. Foucault era perfectamente consciente de este hecho:

Por más que en apariencia el discurso sea poca cosa, las prohibiciones que recaen sobre él revelan muy pronto, rápidamente, su vinculación con el deseo y el poder. [...] el discurso –el psicoanálisis nos lo ha mostrado– no es simplemente lo que manifiesta (o encubre) el deseo; es también el objeto de deseo; pues –la historia no deja de enseñarnoslo– el discurso no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha, aquel poder del que quiere uno adueñarse. (FOUCAULT, 2020, pág. 15)

Dada la imposibilidad de esta separación entre lo discursivo y lo extradiscursivo, tal vez el autor francés recurriera a esta ficción teórica con el fin de poder identificar mejor los aspectos que afectan al discurso, fuera del control de su propio ámbito. Como se verá más adelante, recurriremos a esta hipotética separación para, a su vez, establecer un discurso acerca de cómo ciertos condicionantes afectan a la existencia del discurso.

En segundo lugar, el hecho de que Laclau se ha dedicado a aclarar, concretar y resolver los puntos más polémicos en lo que concierne especialmente a su propuesta de articulación del discurso podría haber limitado sustancialmente las posibilidades de dedicar su atención a aspectos aparentemente secundarios u auxiliares, como sería el caso que atañe a este punto. El motivo de esta suposición se debería al hecho de que Laclau no ignoraba en absoluto el papel de los medios de comunicación, del Estado o la geopolítica en el discurso, por ejemplo. Sin embargo, si bien sí lo hizo desde un punto de vista discursivo, mantenerse al margen de cualquier valoración acerca del carácter fundamental de este tipo de actores en su concepción más estrictamente material, podría suponer en

consecuencia la infravaloración de su capacidad a la hora de afectar y determinar el propio éxito de su propuesta articuladora.

Sin embargo, este «miedo a la búsqueda de condicionantes», materializado en el hecho de que se pretendiera evitar cualquier intento de establecer un orden estático, como ya se ha analizado con anterioridad, no implica aceptar pasivamente y con todas sus consecuencias el carácter contingente de la realidad, ya que no solo significaría renunciar a cualquier pretensión de dotar de sentido a la realidad misma a través de la articulación de un discurso, sino también de toda aspiración a hegemonizarlo al no comprender cómo la realidad afecta al discurso. Un buen ejemplo de cómo ayuda a comprenderse mejor la afección de los diferentes determinantes del discurso puede encontrarse en el hecho de que Estados Unidos ha podido implementar un modelo económico más flexible, tal y como exige la doctrina neoliberal, «gracias a su mayor ausencia de interferencia estatal [...], a una red más débil de amiguismo, a sindicatos más bien débiles y una opinión pública dispuesta a tolerar el cambio económico brusco [...]» (SENNETT, 2003, pág. 54).

Decía Gramsci que la hegemonía consistía en la conquista del «sentido común», es decir, en realizar un doble movimiento: por una parte, en erigirse como representante de ese mismo sentido común mediante la canalización de las demandas populares y, por otra, en convertir en hegemónico un discurso radicalmente nuevo. En este difícil equilibrio, Laclau y Mouffe sugieren la propuesta de articulación como un dispositivo capaz de recoger demandas políticas concretas, pero como señala Zizek, eso supondría caer en la trampa de pretender resolver los problemas que emergen a partir del discurso hegemónico sin cuestionar en ningún caso las raíces que los generan. De esta manera, el proyecto populista se limitaría a servir de refuerzo al discurso dominante, como reparador de las fugas de una embarcación. En consecuencia, en la propuesta teórica de Laclau hay un elefante en la sala, y es la posibilidad o no de la formación de hegemonía a partir de un mero juego de reformas políticas y sociales que supongan un avance en este sentido. Pero atendiendo precisamente al carácter relacional entre el discurso y las instituciones, el éxito del discurso dependerá del propio carácter de las instituciones y del entorno. Como afirma Marcuse,

Si los individuos están satisfechos hasta el punto de sentirse felices con los bienes y servicios que les entrega la administración, ¿Por qué han de insistir en instituciones diferentes para una producción diferente de bienes y servicios diferentes? (1986, pág. 80)

Laclau presta atención al individuo como fuente de toda decisión e identidad política, pero ignora, o al menos no le presta la debida atención, al hecho de que dicha identidad y las demandas se construyen de acuerdo a una cultura determinada, que condiciona y determina una moral concreta y construye una ética determinada, condicionados por otros factores. A este respecto, se encuentra una de las críticas más comunes lanzadas por los marxistas contra la propuesta de Laclau: el papel del Estado como instrumento al servicio de una clase o ideología dominante. El hecho de que Laclau y Mouffe observasen al Estado como una institución neutra –que puede ser tomada simple y llanamente mediante la toma del poder político mediante la eficaz articulación del discurso- supone incidir en el error cometido ya por otros líderes políticos que han pretendido continuar el mismo camino, como Salvador Allende, Hugo Chávez, Manuel Zelaya, o Evo Morales. En este sentido, la toma del poder, en su sentido más radical, supone estar en disposición de enfrentarse a los poderes no solo internos del Estado, sino también a los fácticos e incluso a los geopolíticos, con el fin de no verse derrocados «extrapolíticamente». Por ello es sumamente importante tener en cuenta la incidencia del campo de la discursividad, y entre los que deben incluirse esferas tales como el Estado, los medios de comunicación, el contexto geopolítico, la cultura, etcétera. Con el fin de comprender mejor cómo condicionan éstos a la hegemonía del discurso, pasemos a remarcar algunos de ellos<sup>81</sup>.

*Las instituciones públicas como actores discursivos*

El Estado como legislador y canalizador de discursos

El Estado tiene la capacidad de condicionar la hegemonía de un discurso de múltiples formas. Como advierte Hall, el poder del Estado no constituye un todo coherente y cohesionado, sino un conglomerado de contradicciones en cuyas brechas se encuentra la oportunidad de poder hegemonizarlo. Pero ello no implica obviar que quien ostenta el poder del Estado dedique sus recursos para garantizar y perpetuar su dominio discursivo (HALL, 2018, págs. 192-193). Una de ellas es mediante la aprobación de leyes. El ordenamiento jurídico de los Estados se conforma por una compleja combinación de fundamentos ideológicos, filosóficos, religiosos y/o morales que constituyen el alma de

---

<sup>81</sup> Con el fin de mantener una coherencia teórica al planteamiento que se lleva proponiendo a lo largo de este trabajo, no se pretende establecer fijamente, bajo ningún tipo de propósito mínimamente estructuralista, las categorías y elementos que a continuación se exponen. Éstos son analizados y establecidos a partir y de acuerdo con las coordenadas actuales, y cuyo carácter e influencia podrán verse afectados en los años venideros.

las leyes. La influencia del derecho romano, la moral cristiana o la codificación napoleónica han contribuido a la construcción de formas concretas de establecer un sistema legal, pero las leyes son también la expresión del discurso y tendencias ideológicas dominantes. La tendencia en la baja Edad Media a establecer por parte de las autoridades regias una legislación mercantil escrita y aprobada por el monarca, frente al uso y la costumbre propia de los comerciantes, obedecía a la tendencia dominante de la época a la centralización del poder real. La abolición de los aranceles o los gremios, propios de las formas del comercio del Antiguo Régimen, respondían a las lógicas ilustradas de pensamiento liberales que, a su vez, tendían al propio reforzamiento de su hegemonía en el plano político. Pero éstas cambian, son abolidas o creadas de acuerdo a las necesidades emergentes y discursos hegemónicos de cada época. Si la Revolución Industrial fue el motor impulsor del desarrollo del capitalismo moderno, el actor de arranque habría sido, entre otros factores, una incipiente legislación favorable a la acumulación de riqueza que estimulara el desarrollo mercantil y tecnológico, así como la observancia de las posibilidades de enriquecimiento que pudieran redundar en beneficio del Estado.

Así mismo, la aprobación y derogación de leyes aspiran a alcanzar un objetivo concreto, lo que suele denominarse el «espíritu de las leyes», pero éstas vienen igualmente motivadas por principios ideológicos que los promueven. Así pues, en España, la Ley de la Usura, de influencia católica, continua vigente hasta nuestros días, si bien en gran parte ha sido derogada<sup>82</sup>. Otros términos jurídicos que a día de hoy perduran con un sentido moral concreto son tales como «la diligencia propia del buen padre de familia»<sup>83</sup>, o el delito de omisión del deber de socorro<sup>84</sup>. De la misma manera, la Ley fundamental se erige como la norma suprema de la cual deriva el resto del ordenamiento jurídico; establece y desarrolla las bases y fundamentos institucionales del Estado, y detrás de él se esconde una serie de principios ideológicos que dan respaldo a cada uno de los artículos del texto constitucional (DWORKIN, 1989, págs. 349-371). La separación de poderes, la pluralidad de partidos, el reconocimiento de una serie de derechos y libertades civiles y políticos, etcétera, quedan plasmados en el mismo fruto de la fragua de un marco creado a instancias de un discurso hegemónico que permanecerá, al menos parcialmente,

---

<sup>82</sup> Ley de 23 de julio de 1908 sobre nulidad de los contratos de préstamos usurarios, también conocida como Ley Azcárate.

<sup>83</sup> Arts. 1.094, 1.104.2 y 1.903 del Código Civil español de 1889.

<sup>84</sup> Arts. 195 y 196 del Código Penal español de 1995.

inalterado e incuestionado, y por su carácter, su modificación exigirá un esfuerzo añadido –por ejemplo, seguir un complejo y sinuoso proceso institucional para su deliberación, introducción de enmiendas y aprobación-. Por ejemplo, en el caso español, se consagra la economía social de mercado, al elevar a nivel constitucional el modelo económico de Müller-Armack y Erhard<sup>85</sup>. Asimismo, la legislación opera no solo desde un punto de vista positivo –fomentando determinados discursos-, sino también negativo –entorpeciendo el desarrollo e implantación de otros-. Un caso paradigmático es el de la disolución de la *London Council* en los ochenta; un bastión laborista en pleno epicentro thatcherista que posibilitaba el desarrollo de algunas iniciativas sociales y comunitarias en pleno proceso de privatización y recortes presupuestarios. Algo similar tendría lugar con la centralización de competencias en el Estado británico en materia de vivienda o educación, lo cual hacía mucho más difícil que los ayuntamientos y colegios de mayoría laborista pudieran desarrollar políticas contrahegemónicas (HALL, 2018, pág. 147). En España, otros ejemplos más contemporáneos, como la implementación de políticas de restricción del gasto desde el gobierno central, o la introducción de leyes como la *Ley de Racionalización y Sostenibilidad de la Administración Local* –LRSAL-, posibilitaron «una reconcentración del poder en el gobierno central al tiempo que traslada responsabilidades hacia los municipios» (FORNÉ, 2020). El problema, por tanto, no se centra en el hecho de que en las leyes se sustancie un determinado discurso, sino en las consecuencias y dificultades a largo plazo que éstas despliegan a partir de su aprobación a la hora de ser revertidas en el futuro.

#### El discurso dentro del Estado

Las instituciones del Estado se convierten en mecanismos que sirven de protección y garantía de aquellas leyes y disposiciones que se encuentran amenazadas por otras. De esta manera, el Estado no solo se convierte en un sistema que permite canalizar las demandas sociales, sino también funciona como mecanismo de pesos y contrapesos a los cambiantes ciclos políticos. Las instituciones «moderadoras» de la voluntad popular, como las cámaras senatoriales de representación de élites o «de segunda lectura», la separación de poderes, o en el caso particular de Estados Unidos, el modelo de elección

---

<sup>85</sup> «Se reconoce la libertad de empresa en el marco de la economía de mercado. Los poderes públicos garantizan y protegen su ejercicio y la defensa de la productividad, de acuerdo con las exigencias de la economía general y, en su caso, de la planificación.» Art. 38 de la Constitución Española de 1978.

presidencial mediante un colegio electoral, representan algunos de los mecanismos de control que permiten funcionar de barrera a los deseos políticos de la mayoría social (GARGARELLA, 1997, pág. 28). Pero al mismo tiempo, estos mismos mecanismos podrían ser útiles como sistema de protección de derechos sociales y políticos, contra la implantación de legislaciones inspiradas en los principios ideológicos de los nuevos discursos (GARCÍA LINERA & ERREJÓN, 2019, pág. 111).

Otro aspecto fundamental en el papel de los Estados se encuentra en cómo se produce la interiorización del discurso en su propio funcionamiento y estructuras. Esto se sustancia en el ámbito de la administración pública con la aplicación de nuevas fórmulas como el *New Management* o la *Public Choice*, que representan teorías de gestión e implementación de políticas públicas que permiten a su vez interiorizar en el seno del Estado los esquemas racionalizadores propios del neoliberalismo, con premisas propias como la eficacia, la flexibilidad, la competitividad o los modelos de gestión público-privados. Por ejemplo, durante el *thatcherismo*, la introducción de leyes que limitaran las competencias de los ayuntamientos como meros contratistas de empresas privadas para proporcionar servicios públicos contribuiría a reforzar y solidificar una lógica de mercado difícil de deshacer (FERNÁNDEZ SÁNCHEZ, 1999, pág. 114).

#### Sistemas de elección representativa

Al mismo tiempo, la articulación institucional del Estado posibilita o dificulta el grado de introducción de los nuevos discursos políticos. Los modelos mayoritarios encuentran la complejidad de introducir nuevos discursos en los procesos de primarias internas que, una vez superadas, operan como representación de la totalidad de la formación política que se postula. Así pues, casos como el *trumpismo* en el *Partido Republicano* o el liderazgo de Corbyn en el *Partido Laborista* británico son algunos ejemplos de ello. Por otra parte, si bien es cierto que la explotación del protagonismo del líder de partido es prácticamente un hecho en cualquier modelo, lo cierto es que cobran especial protagonismo en los modelos presidenciales y en los sistemas electorales con circunscripción uninominal, ya que el voto va dirigido de directamente hacia una personalidad, y no hacia un partido o lista electoral que diluye el protagonismo de sus candidatos. De hecho, ésta es la razón de

ser de este tipo de candidaturas<sup>86</sup>. Como resultado, el populismo entendido como un discurso estrechamente articulado en torno a la figura del líder es especialmente relevante en modelos presidencialistas (MUDDE & ROVIRA KALTWASSER, 2019, pág. 107), sobre todo con deficientes mecanismos de control al poder ejecutivo, o cuando éste posee un amplio margen de discrecionalidad, que en ocasiones pueden derivar en hiperpresidencialismo (NINO, 1990). Tal vez por este motivo autores como Villacañas (2017) consideren que, para el populismo, el acceso al poder ejecutivo es central en su estrategia político-discursiva. Como Nino concluye, en aquellos modelos donde los mecanismos de control son más intensos, especialmente en los parlamentarios, su capacidad de hegemonía es mucho más limitada y con posibilidades de ser neutralizados (1990, pág. 55).

A diferencia de los modelos mayoritarios y presidenciales, que tienden a contener dichas fracturas ideológicas de manera interna en torno a dos grandes partidos, los sistemas parlamentarios tienden a una mayor fractura electoral en el arco parlamentario, pero los partidos políticos populistas suelen estar mucho más organizados (MUDDE & ROVIRA KALTWASSER, 2019, pág. 107), lo cual podría posibilitar una mayor estabilidad discursiva más allá de los liderazgos personalistas propios de los modelos presidencialistas, pero no necesariamente. Además, en el modelo parlamentarista, existe una mayor posibilidad de generar «cordones sanitarios» contra partidos emergentes, especialmente de extrema derecha, como ha sucedido como los *Demócratas Suecos* o con *Vlaams Belang* en Bélgica, lo que podría permitir contener, al menos por un tiempo, su crecimiento e influencia y, en muchos casos, su *visibilidad* política. En otros casos, sin embargo, su crecimiento no solamente es útil para presionar a los partidos tradicionales a que adopten posturas más radicales –absorbiendo parcialmente sus demandas desde las instituciones y, por tanto, corriendo el riesgo de verse neutralizados-, como es el caso del *Partido Popular Danés* desde el 2001, sino también para formar coaliciones de gobierno que les permitan ganar en visibilidad. En el caso de Italia, *La Lega* ha podido acceder a puestos clave del gobierno italiano a cambio de moderar su rumbo político compartiendo carteras ministeriales con el M5S. Algo similar ha sucedido en España con la coalición entre el PSOE y *Unidas Podemos*, y a nivel autonómico, *Vox* se ha incorporado

---

<sup>86</sup> Cabe recordar que el modelo de circunscripción uninominal se debe a la concepción clásica de representación política, en la que el votante no vota al partido que más se aproxima a sus principios ideológicos, ni a un mero portavoz; elige quién considera que va a realizar mejor sus labores de representación de su circunscripción en el parlamento (MANIN, 2008, pág. 17).



recientemente al ejecutivo de Castilla y León. De hecho, la visibilidad contribuye a una mayor normalización de ciertos discursos anti-establishment en el seno de la vida política cotidiana, lo cual puede tener unos efectos políticos abrumadores. Tal ha sido el caso de la victoria del partido de Giorgia Meloni en las elecciones parlamentarias de 2022, el cual se ha beneficiado de la deriva moderada de Salvini para retomar un discurso de extrema derecha que había logrado afianzarse en los últimos años en la opinión pública.

Por otra parte, las elecciones presidenciales con segunda ronda, dada su naturaleza, también podrían representar un obstáculo adicional para el ascenso de nuevos discursos y formaciones políticas, ya que se da la oportunidad a los votantes de replantearse el voto entre las dos opciones electorales mayoritarias, lo que permite concentrar el voto reforzando la lógica del exterior constitutivo mediante el voto *contra*, en lugar del voto *a favor de*, –el denominado «desistimiento republicano» en Francia-. Esto permite concentrar el voto en torno a candidatos que, de entrada, podrían ser más débiles frente a su contrincante debido a la fragmentación. Cabe recordar cómo en las elecciones presidenciales francesas de 2017, mientras que Marine Le Pen había quedado en la primera ronda a menos de un millón de votos de su contrincante Emmanuel Macron, en la segunda ronda la diferencia de votos se había multiplicado por diez (FERNÁNDEZ-VÁZQUEZ, 2019, pág. 176). Esto también facilita una mejor lectura del comportamiento electoral de sus votantes, ya que permite conocer con más claridad desde y hacia dónde se producen las transferencias de voto y ayuda a las candidaturas a actuar en consecuencia. Volviendo al ejemplo de las presidenciales francesas, dada la naturaleza de estas elecciones –o bien x, o bien y-, permitió constatar que la transferencia de voto que permitió la victoria de Macron procedía paradójicamente de la derecha tradicional francesa. Ello permitió al equipo de Le Pen deducir que su discurso político, que en los últimos años había apostado por ampliar sus horizontes hacia el voto obrero, sin embargo no había logrado cautivar a sus votantes más potenciales. La decisión más inmediata sería adoptar un giro neoliberal y netamente conservador (FERNÁNDEZ-VÁZQUEZ, 2019, pág. 171). Con ello, se evita la derrota motivada por la fragmentación de una determinada tendencia, propia de modelos como el parlamentario.

Esto pone a prueba a su vez la capacidad del Estado en garantizar de forma efectiva sus instituciones democráticas (NINO, 1990). Mientras en el caso de Estados Unidos sus instituciones salieron indemnes de la administración Trump –si se salva el grave incidente de la toma al Capitolio tras su derrota en las elecciones de 2020-, otros países como

Polonia, Brasil o Hungría han experimentado una deriva hiperpresidencialista o iliberal. En otros casos, los intentos de transformar radicalmente las instituciones, bien mediante leyes, bien mediante reformas constitucionales, han generado crisis institucionales entre los diferentes órganos de representación, como ha sido el caso de Honduras en 2009, Venezuela en 2017 o Bolivia en 2020.

El poder judicial como arma político-mediática

En el ámbito del poder judicial, cuya función principal es la interpretación de las leyes, contribuye asimismo a fraguar un marco normativo orientado hacia un discurso concreto. Es cierto que el margen de interpretabilidad en muchas ocasiones es sumamente reducido, pero dicho margen puede asentar una jurisprudencia favorable a una interpretación de la ley más conservadora o más progresista en el futuro. A nivel constitucional, este hecho es más evidente, en tanto que el objeto de enjuiciamiento llega a ser la ley misma. Ello implica reconocer en su interpretación un papel fundamentalmente político, en cuyas labores se encuentra la demarcación de sus límites, así como la concreción de su significado y alcance. Solo por mencionar unos pocos ejemplos, cabe remarcar en este sentido cómo precisamente organismos tales como el Consejo General del Poder Judicial o el Tribunal Constitucional en España, son elegidos por el poder ejecutivo y el legislativo, o en países como Estados Unidos, los miembros de la Corte Suprema son elegidos por el Presidente<sup>87</sup>.

En otros casos, este hecho es más sutil, o al menos da pie a facilitar la hegemonización de otro tipo de discursos. Por ejemplo, en el caso de Estados Unidos, una sucesión de sentencias del Tribunal Supremo a finales de los setenta daría luz verde a la financiación ilimitada a los partidos políticos por parte de personas jurídicas que contribuiría a una creciente influencia de los lobbies económicos y empresariales en las campañas políticas a diferentes niveles, inclinando la balanza en favor de sus intereses (HARVEY, 2020, pág. 57).

---

<sup>87</sup> Cabe señalar cómo el papel de la Corte Suprema había sido capital a la hora de determinar quién había ganado los votos del colegio electoral de Florida en las elecciones presidenciales del año 2000, ya que su disputado resultado determinaría qué candidatura había ganado los comicios. La mayoría de miembros del tribunal, elegidos por presidentes republicanos, fallaron en favor del candidato republicano George W. Bush. (MARTÍNEZ DE RITUERTO, 2000)

Como extensión del empleo de la justicia con el fin de obtener beneficios políticos puede hablarse de la denominada judicialización de la política. El *lawfare*, se convierte en un instrumento político más, con el fin de lograr la imputación de un líder político –aunque éste sea posteriormente absuelto- ya que supone una victoria en la estrategia mediático-política de debilitamiento de la imagen del adversario, y por extensión, de su discurso (TIRADO SÁNCHEZ, 2021; ROMANO, 2019; BIELSA & PERETTI, 2019). En este sentido, no se trata sólo de lograr que el adversario político entre en prisión, sino también de conseguir algún beneficio a partir de su procesamiento judicial, sea éste de carácter económico, mediático o político-administrativo –por ejemplo, retrasar un trámite administrativo hasta que se resuelva en juicio, o hasta que finalice una legislatura-.

Un caso destacado ha sido el proceso iniciado en 2016 contra la por entonces presidenta de Brasil Dilma Rousseff, del *Partido dos Trabalhadores* -PT-, así como de su predecesor, el expresidente Lula da Silva (BORGES, 2016; BENIDELLI, GALARRAGA CORTÁZAR, & BENITES, 2019). A este respecto, cabe señalar cómo el proceso judicial se intersecta con el poder legislativo, que era quien daba inicio al proceso. El *impedimento* sería iniciado por una comisión formada por 65 diputados, aprobado posteriormente por la Cámara de Diputados y, por último, el Senado, todas ellas compuestas por una mayoría opositora al Gobierno. Las consecuencias políticas serían el completo descabezamiento del PT, así como el debilitamiento de su imagen, ya de por sí desgastada, de cara a las elecciones presidenciales de 2019. Esto daría lugar a un reequilibrio de fuerzas donde los candidatos presidenciales jugarían «en igualdad de condiciones», obteniendo las candidaturas de derecha más posibilidades de alcanzar la mayoría, tal y como fue el caso, con la victoria de Jair Bolsonaro.

Tal vez el caso más reseñable en España haya sido contra los líderes de *Podemos* Pablo Iglesias, Juan Carlos Monedero e Íñigo Errejón por múltiples cargos –financiación irregular, incumplimiento de las labores de investigación, etcétera- (VILLANUEVA, 2021). A pesar de que todos los casos habían sido posteriormente archivados, ha contribuido a alimentar una imagen perjudicial que ha podido beneficiar a sus oponentes y desalentar el voto.

Por último, cabe señalar cómo la influencia de los discursos hegemónicos puede, al mismo tiempo, favorecer tendencias despolitizadoras y/o autoritarias. La propensión a la introducción de criterios propiamente neoliberales como la productividad o la eficiencia, en el que se estimula la rapidez y el número de resoluciones judiciales, pueden dar como

resultado unos potenciales efectos devastadores en la eficacia del poder judicial en la resolución de conflictos, así como en su confianza por parte de la población (GRANGEIA, 2009). Como resultado, ello podría generar una mayor reticencia a recurrir a la intermediación del poder judicial para la resolución de conflictos en el futuro, y hacia una mayor resolución de los conflictos por vías extrajudiciales.

*Geopolítica e instituciones supranacionales*

En el último siglo, las organizaciones supranacionales han asumido una cierta capacidad no solo de influencia, sino también legislativa sobre sus Estados miembros y que, en ciertos casos, tienen la capacidad de obligarlos a comprometerse de múltiples formas y fines. Como señala Harvey, un ejemplo del cambio de hegemonía de este tipo de instituciones y de cómo ha sido instrumentalizado por los nuevos discursos, puede encontrarse en el «giro ideológico» del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (2020, pág. 103). Ambos creados en el contexto de la posguerra de la Segunda Guerra Mundial y los acuerdos de *Bretton Woods*, fueron fruto de la tendencia regulacionista propia de un keynesianismo dominante, cuyo objetivo era mantener «bajo control» la economía internacional, con el fin de estabilizarla y evitar nuevos desequilibrios macroeconómicos. Otro ejemplo: en 1973 sería creada por parte de Japón, Estados Unidos y la Comunidad Económica Europea la Comisión Internacional para la Paz y la Prosperidad, más conocida como Comisión Trilateral, con el fin de compartir una estrategia común acerca de cómo facilitar una mayor *governabilidad* mediante la implementación de políticas neoliberales ante una supuesta crisis de la democracia y el colapso del keynesianismo (MONEDERO, 2012, pág. 295 ).

De esta manera, la utilidad de este tipo de organismos y acuerdos internacionales trasciende la autoridad hasta entonces circunscrita a los Estados. Los Estados se comprometían mediante este tipo de organizaciones a actuar de acuerdo con sus directrices y recomendaciones bajo el canon keynesiano. Sin embargo, será para finales de los sesenta cuando el neoliberalismo prácticamente había desterrado a las tesis keynesianas clásicas de los pasillos de ambas instituciones, logrando hegemonizar sus teorías, en connivencia con el departamento del Tesoro de los Estados Unidos (HARVEY, 2020, pág. 103).

En primer lugar, cabe remarcar las repercusiones normativas de este tipo de vínculos mediante tratados internacionales y organismos supranacionales. El modelo supranacional del control de la economía, en todas sus vertientes y modalidades, desde el *Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio* –GATT- o la *Organización Mundial del Comercio* –OMC- hasta el más reciente *Transatlantic Trade and Investment Partnership* –TTIP-, está constituido a partir de un conjunto de tratados y convenios internacionales que contraen sus respectivos países miembros, algunos como un elevado carácter vinculante, que les obliga a interiorizar dichos compromisos en sus respectivos ordenamientos jurídicos. Sin ir más lejos, la membresía a organizaciones como el FMI o la OMC tiene como *conditio sine qua non* la apertura de los mercados al capital (HARVEY, 2020, pág. 81).

Lo mismo sucede con el valor normativo de algunas organizaciones supranacionales. En el caso de la Unión Europea, la directiva obliga a los Estados a su cumplimiento mediante la creación de leyes a nivel estatal<sup>88</sup>, donde ni siquiera en este sentido es útil la norma fundamental como mecanismo protector frente al acuerdo internacional. En el caso de España, la CE de 1978, en su art. 95.1, requiere que el texto constitucional sea adaptado a los tratados y convenios internacionales que sean contraídos por el Estado; y al mismo tiempo, en su art. 96.1 declara que, una vez válidamente contraídos por el Estado, «formarán parte del ordenamiento interno». En este sentido, las Cortes Españolas se vieron obligadas a modificar dos veces el texto constitucional para adaptarse a los requerimientos de la Unión Europea, entre las que cabe destacar la reforma constitucional introducida en 2011, en su art. 135. En su primer apartado, introduce el «principio de estabilidad presupuestaria», consagrándose constitucionalmente la prevalencia del principio monetarista de austeridad económica en las Administraciones Públicas españolas frente a la garantía de los derechos sociales. Además, en los apartados siguientes del mismo artículo, se reconoce la autoridad de la Unión Europea en cuanto al establecimiento de límites en el déficit estructural máximo permitido -art. 135.2-, y en el volumen de deuda pública -art. 135.3- que pueda contraer el Estado, con repercusiones y limitaciones en cuanto al sostenimiento –o de incluso una futura ampliación- del Estado de Bienestar.

---

<sup>88</sup> Art. 288 del Tratado de Funcionamiento de la Unión Europea

El compromiso surgido de la firma de tratados internacionales, así como de las normativas derivadas de organismos supranacionales, pueden llegar a alcanzar la suficiente fuerza normativa como para que los Estados estén no solo comprometidos, sino obligados a desarrollarlos en su legislación interna, por lo que el Estado desplaza su soberanía hacia entidades supraestatales. Cabe recordar que la Unión Europea posee competencias exclusivas que han sido arrebatadas a los Estados miembros<sup>89</sup>, claves además para el eficaz desarrollo de un marco económico europeo orientado hacia el mercado. Un clarividente ejemplo de las paradojas que se derivan de la concesión de competencias del Estado hacia entidades supranacionales y neoliberalismo lo podemos encontrar en el marco instaurado por el *Tratado de Maastricht* (HARVEY, 2020, pág. 99). En el caso de Suecia, la convergencia europeísta había permitido apropiarse de aquellas competencias clave que, hasta la fecha, servían como cortafuegos a la introducción de medidas económicas de corte monetarista, tales como las relativas al control del desempleo o el salario social, desplazando el neoliberalismo a un nivel que se encontraba ya fuera del debate político doméstico (HARVEY, 2020, pág. 125). En el caso de España, la *Ley de Autonomía del Banco de España* creada en 1994, de acuerdo con el mandato establecido a partir del *Tratado de Maastricht*, y siguiendo el sendero neoliberal de desvincular el Banco nacional del Estado, mientras en el art. 1.1 declaraba su autonomía con el fin de que el Tesoro Público «no pueda incurrir en descubiertos en su cuenta en el Banco de España, ni adquirir directamente del Tesoro valores emitidos por éste»<sup>90</sup>, al mismo tiempo establece, en el apartado 3 del mismo artículo, su sometimiento al Sistema Europeo de Bancos Centrales, a sus estatutos, y a las disposiciones del Tratado de Maastricht.

Adicionalmente, debe mencionarse el factor económico. Ya en tiempos de la posguerra, la financiación internacional de las grandes potencias se había convertido en un importante instrumento de control ideológico. Un ejemplo paradigmático de este hecho puede encontrarse en la llamada Crisis de la Exclusión de 1947. Tras la Segunda Guerra Mundial, la amenaza de que los partidos comunistas europeos pudieran llegar al gobierno se había convertido en una realidad palpable, especialmente en el caso de los partidos comunistas francés e italiano, los cuales fueron expulsados de sendos gobiernos de coalición con el fin de garantizar la financiación del *Plan Marshall* por parte de Estados

---

<sup>89</sup> Véanse los arts. 3 y 4 del Tratado de Funcionamiento de la Unión Europea, donde establece que la Unión Europea se arroga la competencia exclusiva en materia aduanera, mercado interior, política monetaria, pesquera y comercial común; así como una serie de competencias compartidas con los Estados miembros.

<sup>90</sup> Exposición de motivos de la Ley 13/1994, de Autonomía del Banco de España.

Unidos (DESCHAMPS, 2021, pág. 3). Según Harvey (2020), la fórmula para mantener la estabilidad del mercado será siempre la misma: la concesión de préstamos y la refinanciación de deudas a cambio de un compromiso por parte de los Estados a corregir sus políticas económicas mediante la introducción de políticas de ajuste presupuestario y fiscal de corte neoliberal que «garantizaran» la devolución de la deuda. El *Fondo Monetario Internacional* exige una serie de recomendaciones a cambio de préstamos, lo que ha sido útil a la hora de implementar medidas hacia la liberalización de la economía de países como Yugoslavia o Perú durante el velasquismo. Así pues, en el caso de México en 1982, a pesar de que la política para aplacar la crisis del anterior presidente José López Portillo se había orientado hacia la nacionalización de la banca y las grandes empresas en riesgo de quiebra, su sucesor Miguel de la Madrid accedería posteriormente a una inyección de capital por parte del Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y el departamento del Tesoro de los Estados Unidos para introducir políticas de recorte presupuestario, privatizaciones y desregulación tanto laboral como financiera y comercial (HARVEY, 2020, págs. 109-112). Pueden mencionarse dos casos de cómo la presión económica ha alterado, tan forzosa como sutilmente, la hegemonía del discurso en contextos particulares, al margen de la fuerza y empuje de los movimientos sociales y populares. Uno de ellos es el caso de la revolución socialista en Mozambique. Tal y como explicita Harvey, si por una parte Estados Unidos habría alentado el estallido de una guerra civil para evitar el afianzamiento en el poder por parte del *Frente de Libertação de Moçambique* –FRELIMO–, por otra, el creciente endeudamiento convirtieron al país en una presa potencial de las políticas económicas del FMI a cambio de introducir medidas de corte neoliberal (2020, pág. 129). El segundo caso es el del movimiento anti-apartheid en Sudáfrica. La lucha contra el régimen se convertiría en un referente del período de «nuevas luchas» frente al modelo soviético identificado con el totalitarismo, por una parte, y el modelo capitalista, cuyos países habían colaborado con el régimen, por otro. La articulación del discurso del *African National Congress* en torno a una «lucha contra la desigualdad» en todas las esferas constituía un referente del planteamiento laclausiano. Sin embargo, tras la victoria de la lucha anti-Apartheid, la necesidad de integrarse en el mercado global obligaría al gobierno a adoptar medidas procedentes de las directrices del FMI y el BM (HARVEY, 2020, pág. 127). De igual manera, el recurso a medidas como la sanción económica o el bloqueo comercial suele ser un instrumento sumamente recurrente a la hora de reforzar posiciones geoestratégicas o deslegitimar determinados discursos o gobiernos de una manera sutil. Tal vez el caso más

paradigmático a este respecto sea la célebre *Ley Helms-Burton* de 1994, la cual oficializa y da continuidad al bloqueo económico y comercial sobre Cuba con el fin de limitar sus potencialidades económicas dada su proximidad con el país vecino.

En tercer lugar, cabe mencionar aquellos organismos internacionales, acuerdos o alianzas que carecen de poder vinculante. Aunque no poseen *a priori* una capacidad efectiva de imponer sus criterios y resoluciones a sus países miembros, sí que pueden ser útiles a nivel mediático y reputacional. Organismos como los destinados a la defensa de los Derechos Humanos elaboran informes que pueden ser empleados para condenar el comportamiento de ciertas prácticas contrarias a ciertos principios o dar respaldo legitimador que justifique acciones más drásticas que poseen un poder más efectivo, bien por parte de Estados, bien por parte de otras organizaciones internacionales de carácter económico o militar. La presencia de organismos internacionales especializados, los cuales se presentan ideológicamente neutros, suelen emitir informes que justifican y dota de respaldo político a las acciones de cada Estado, o bien son útiles para ejercer presión en determinadas direcciones, fines e intereses. En este sentido, organizaciones como la OCDE, el Consejo de Europa, la OTAN, y por supuesto, la Unión Europea, representan casos paradigmáticos de cómo las instituciones internacionales han contribuido a establecer una articulación discursiva que permitiera identificar los derechos humanos y la libertad con el libre mercado y el capitalismo financiero. Todos ellos creados en el contexto de la guerra fría, sirvieron cada uno a un propósito diferente con el fin de estabilizar y afianzar lo que a día de hoy se ha fraguado en torno a la hegemonía neoliberal. El Consejo de Europa, constituida en 1950 como fórmula para garantizar la cohesión de los países del bloque capitalista y evitar aproximaciones potenciales hacia el bloque soviético<sup>91</sup>, desarrollaría la *Carta Europea de Derechos Humanos*. Lejos de juzgar los buenos propósitos de la misma, sin embargo, se convertiría en un instrumento legitimador de un discurso capitalista que, mediante la defensa de derechos y libertades civiles, sería muy útil a la hora de deslegitimar al bloque socialista, sobre todo ante acontecimientos tales como las revueltas en Hungría de 1956, y la invasión de Checoslovaquia en 1968. De esta manera, sus declaraciones en contra de la represión le otorgarían un cierto «status» legitimador que contribuiría a desprestigiar al enemigo. Sin embargo, el aspecto más notable de esta carta puede encontrarse en la disposición

---

<sup>91</sup> Sobre todo por parte de países como Italia o Francia, donde los comunistas tenían más posibilidades de ganar las elecciones.



adicional de 1952, por el que se garantizaba el derecho de propiedad -art. 1- y, al mismo tiempo, el reconocimiento a elecciones libres y justas -art. 3-. Es decir, comprometía a todos los países miembros a reconocer en su ordenamiento jurídico el derecho de propiedad como parte intrínseca del listado de derechos y libertades por el que se identificaba a un Estado como libre y democrático. De esta manera, aquella autoridad o Estado que no se comprometiera a garantizar tal derecho, podría ser tachado de totalitario, obligando así a reforzar y aniquilar los compromisos de aquellos países miembros con lógicas más intermedias o mixtas, en un contexto bipolar.

Así mismo debe recordarse que la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico –OCDE- se proclama sucesora de la Organización Europea para la Cooperación Económica –OECE-, organismo formado para gestionar el reparto de las aportaciones del *Plan Marshall* procedentes de Estados Unidos. Los principales objetivos de la OECE se centrarían en la creación de un área económica europea que eliminara las restricciones comerciales propias del mercado interestatal, como las tarifas aduaneras, la convertibilidad monetaria, la promoción del comercio multilateral, etcétera (OCDE, 2021) a la par que se propondría promover y mantener una disciplina monetaria y presupuestaria de corte antiinflacionista. Así pues, si por una parte la adhesión a un organismo como la OCDE generaba una serie de ventajas económicas para el país adherente, este sin embargo se haría al precio de aplicar internamente medidas de corte neoliberal, como fue el caso de Corea del Sur a finales de los noventa (HARVEY, 2020, pág. 121).

En este mismo sentido, otros organismos o reuniones internacionales de carácter no oficial, como el Foro Económico Mundial o las cumbres del G8 contribuyen a un fortalecimiento de los compromisos y consensos neoliberales mediante el contacto continuo entre Estados, personalidades de gran influencia política y económica, otros organismos internacionales y empresas multinacionales de todo el mundo.

Esta combinación de control de las políticas económicas a llevar a cabo y el fomento del libre mercado guardaría ciertas similitudes con la concepción ordoliberal de una estrecha relación mercado-Estado, con la salvedad de que la creación de un mercado común transnacional que contribuyera al desarrollo de dichas lógicas sobrepasaba las expectativas de gran parte de sus teóricos. En este sentido, el compromiso de creación de un mercado de libre comercio europeo contribuirá a asentar las bases de la posterior experiencia de construcción de la Comunidad Económica Europea, resultado de una

confluencia de interacciones y objetivos que han implicado progresivamente una mayor ampliación de sus compromisos, pero que siempre ha tenido al mercado como columna vertebral de su proceso de cohesión. Por poner varios ejemplos, la firma del *Acta Única Europea* supuso, entre otros tantos derechos, el reconocimiento del derecho *social* a la libre circulación de personas, el cual posee a su vez una cara *económica*, puesto que garantiza el reconocimiento a la libre circulación de capital humano y, por tanto, contribuye a una mayor competitividad del mercado laboral. Al mismo tiempo, tanto la OCDE y UE se han comprometido con el fomento de la educación, si bien es cierto que incidirán en fomentar el «espíritu emprendedor» del cual se impregna toda la retórica neoliberal (LAVAL & DARDOT, 2013, pág. 156). Incluso la UNESCO contaría con el precedente del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual, donde tendría lugar el famoso Coloquio Lippmann. Más recientemente, el dictamen de la Organización de Estados Americanos fue decisivo a la hora de deslegitimar la elección de Evo Morales como presidente de Bolivia en 2019 (KURMANAEV & TRIGO, 2020).

En otras palabras, los derechos civiles y políticos se intersectan con intereses geopolíticos e ideológicos, *formando parte de una cadena de equivalencias que contribuyen a articular un discurso*, en este caso, favorable al neoliberalismo, quien tras el nombre de la democracia y los derechos humanos se esconde la implementación de políticas económicas de corte monetarista. De una manera más abrupta, cabe señalar cómo las intervenciones militares en nombre de la democracia y los derechos humanos, sobre todo bajo la iniciativa de Estados Unidos, suelen ir acompañados a su vez de la implementación de políticas económicas de corte neoliberal, como ha sido el caso de Irak a partir de 2003 (HARVEY, 2020, pág. 12).

Por otra parte, el encaje del Estado en los juegos de la geopolítica obligan a los actores internacionales a presionar por evitar acontecimientos sociales o políticos que alteren el equilibrio de fuerzas ideológico e internacional. Por supuesto, el caso más remarcable ha sido el de la Guerra Fría. La instrumentalización de las revoluciones y golpes de Estado, o bien a la hora de financiar partidos políticos, no solo buscaba la afirmación de los apoyos políticos a uno u otro bloque, sino que además la ideología constituía un objeto de pugna determinante. Aparte de los golpes de Estado y dictaduras que la CIA había promovido a lo largo del siglo XX en toda América Latina con el fin de contrarrestar la financiación de las organizaciones revolucionarias por parte del bloque soviético, cabe señalar también el viraje ideológico de ciertas organizaciones políticas que tenían en sus

manos un peso social suficiente que podía poner en riesgo el equilibrio de fuerzas internacional. Cabe señalar por ejemplo cómo el SPD alemán acabaría abrazando el neoliberalismo en detrimento de las tesis marxistas, en un contexto en el que geoestratégicamente no tenía sentido propugnar por un modelo socialista en el lado capitalista del muro de Berlín (FOUCAULT, 2016, pág. 100).

Al mismo tiempo, y por las propias lógicas que desarrolla el neoliberalismo, cada vez se hace más difícil poder introducir en el plano político institucional estatal alternativas que aspiren a desafiar su hegemonía, en la medida en que el Estado ha desarrollado una cada vez mayor red de interdependencias económicas y normativas que limitan su capacidad de acción. Tal vez el ejemplo más destacado haya sido el caso de Alexis Tsipras, líder de *Syriza*, al gobierno de Grecia en 2015. A pesar de que la población había expresado dos veces su rechazo a las políticas de austeridad exigidas por la Unión Europea, el FMI y el Banco Central Europeo a cambio de un rescate financiero –una en las elecciones de enero de 2015, mediante el rotundo rechazo a los dos partidos tradicionales, el PASOK y *Nueva Democracia*; y otra en el referéndum celebrado en julio del mismo año, con casi un 62% votando en contra-, Tsipras acabaría sometiéndose a las exigencias de la *Troika* (PIQUER, 2015). No se trataba meramente de una relación de dependencia legal, sino que en ésta se encontraba intersectada una muy grave dependencia económica. Es por ello que Laval y Dardot califican a esta compleja interacción de relaciones económicas, geopolíticas e institucionales como un *sistema disciplinario mundial* (2013, pág. 155).

#### *Las estructuras de partido*

Un aspecto esencial en cuanto a los procesos articulador-discursivos pasa por el modo en que se organizan los partidos políticos como agentes centrales de transmisión, difusión y cohesión interna. En este sentido, dependiendo de cómo estén constituidas las estructuras internas de las formaciones políticas que sustentan el discurso, así como la forma en que están establecidos sus mecanismos de legitimación de poder internos, en correspondencia con la cultura política de la formación, el proceso de articulación será más o menos favorable. Ello, por tanto, también puede convertirse en su principal obstáculo, especialmente si se atiende a la relación entre el contenido del discurso y la coherencia respecto a sus formas de organización política. En tiempos donde Arendt ya señaló una crisis del modelo clásico de partido hacia un modelo de partido de masas

(2004, pág. 374), Lenin llegaría a proponer el modelo del «partido de nuevo tipo» como fórmula para salvar las interferencias estructurales entre las bases y la dirección con el fin de ganar eficacia organizativa. No obstante, en tiempos de crisis del marxismo, y en plena efervescencia del pensamiento antijerárquico, se observaría de nuevo una crisis del modelo de partido (CAPELLA, 2005, pág. 25), en el que se criticaría el centralismo democrático como fórmula organizativa en pos del surgimiento de modelos horizontales de estructura, como el asambleario. Así pues, si en las organizaciones progresistas tienden por lo general a superar los modelos tradicionales de organización para proponer otras fórmulas alternativas de participación, el pragmatismo se interpone muchas veces a los principios, y ello puede ser fuente de numerosos conflictos internos. Como señala Riechmann, la emergencia de la vida política dificultaría los procesos asamblearios de toma de decisiones, los cuales en muchas ocasiones no estaban preparados para afrontar cuestiones excesivamente técnicas. Así pues, la aventura de *Die Grünen* en Alemania desvelaría cómo el modelo asambleario era incompatible con la vida política institucional cotidiana. En consecuencia, la formación verde se vería obligada finalmente a alterar el modelo asambleario por una estructura de partido de masas, el progresivo abandono de la limitación de los sueldos parlamentarios, el cuestionamiento del principio de separación de cargos y la aceptación progresiva de su profesionalización, con el fin de agilizar la actividad política y de afrontar más eficazmente la realidad de la vida parlamentaria (RIECHMANN, 1991, págs. 106, 199-210). Una experiencia similar ha sufrido recientemente la estructura organizativa de *Podemos*, cuyo énfasis por el sistema asambleario de círculos sería progresivamente reemplazado por un modelo federal (GIL, 2020).

Al mismo tiempo, otras fórmulas de organización política, como las coaliciones electorales y las alianzas entre partidos, que podrían interpretarse como la materialización de ese proceso de articulación de las diferentes particularidades diferenciales, suelen estar condicionadas por cuestiones tan terrenales como la financiación, las relaciones de poder, los acuerdos y roces que se producen en las decisiones internas del partido, por lo que sus relaciones pueden llegar a ser extremadamente inestables y conflictivas. Aquí nos adentramos en un terreno de pura incertidumbre, donde no puede asegurarse lo que afirma Laclau de que la identidad popular se construye a partir de los movimientos hegemónicos internos. Todo dependerá de cómo esté construido dicho discurso, y de cómo éste se ciñe a la materialidad de la realidad política de los partidos. Althusser insistió con vehemencia

en que una articulación no puede traducirse en una mera coalición de partidos, sino que debe surgir de un proceso de identificación común entre sus militantes, sin mediaciones que condicionen dicha identidad (1978, pág. 96). Por tanto, las coaliciones políticas poseen un problema añadido que deben superar a través de este proceso de coalición: la superación de la identidad originaria para trasladarla hacia una identidad más trascendental. Es por ello que es tan importante que estas coaliciones reciban el pleno apoyo de su militancia. Pero al mismo tiempo, las coaliciones son entendidas -sobre todo al principio y si no se reciben buenos resultados que contribuyan a aumentar la cohesión- como meras sumas de particularidades políticas. Si los resultados son positivos, la proclividad a superar la identidad de la particularidad política por una superior es mayor. El ejemplo más evidente de ello es el del PSUV o el de PAIS en Ecuador. Pero también puede constituir una experiencia negativa, y por tanto favorecedora de la lógica de la diferencia. Tal ha sido el caso del proceso de confluencias de diferentes partidos en distintos contextos geográficos en el caso de España, cuyas luchas intestinas agravaron su deterioro electoral. La estabilidad simbólica propia del márketing electoral, que en muchas ocasiones ha exigido un afán de protagonismo propio dentro de las fórmulas de coalición política, ha desembocado en numerosas ocasiones desde sopas de siglas incomprensibles a diferentes nomenclaturas para una misma alianza política dependiendo del lugar en que se votara o a la convocatoria electoral a la que se asistiera. Al mismo tiempo, la conformación de la estructura y los procesos de organización internos pueden contribuir al consenso o al predominio absoluto de una mayoría sobre el resto, lo cual también puede suscitar el grandes tensiones y quiebres por parte de las posturas minoritarias internas, o que las decisiones sean vistas como un acuerdo elaborado desde las élites políticas de la organización, sin consultar con sus militantes (ALTHUSSER L., 1978, págs. 93-94). Sin embargo, en una era donde confluyen una mayor influencia de las redes sociales y un menor compromiso político, militante e ideológico, ha tenido lugar el surgimiento del partido-movimiento o partido-plataforma como nueva alternativa a la canalización de las demandas sociales (MARTÍN, 2015). Como apunta Subirats, este tipo de partidos les posibilita una mayor flexibilidad y adaptación a las nuevas circunstancias sociales y políticas, una mayor pluralidad de militancias y compromisos por parte de sus miembros, quienes tienen la posibilidad de decidir el grado de participación sin limitarse a la clásica figura del militante, pero también genera muchas más incertezas y desconcierto en cuanto a su futuro (SUBIRATS, 2017). Los círculos de *Podemos* habían aspirado a emular las asambleas del 15M con el fin de tomar el pulso de la población en

un período de profunda crisis política. Sin embargo, tan pronto como la organización fue concretando su programa –y por tanto, los dispares posicionamientos ideológicos fueron disipándose- y la ilusión popular fue alcanzando unos niveles más moderados, la participación interna fue descendiendo a paso acelerado, lo cual convertía a *Podemos* en una organización vulnerable ante los momentos de «calma política».

Un problema adicional puede encontrarse cuando emergen contradicciones entre la estrategia política de la dirección y los procesos decisorios surgidos de la militancia, como por ejemplo, la elección de los candidatos. Además, en determinados contextos discursivos, las demostraciones internas de autoridad no suelen ser bien vistas, sobre todo por parte de los opositores internos, ya que al asimilar de una forma más natural el disenso, cualquier proceso de decisión interna que no sea mínimamente democrático suele ser sumamente criticado desde dentro. A su vez, las manifestaciones de disenso interno, si son comúnmente exteriorizadas, suele ser también más perjudiciales de cara a los medios, ya que podrían generar inseguridad en el votante.

Sin embargo, para aquellos discursos donde prima más la efectividad frente los principios democráticos, donde el orden y el respeto a las jerarquías forman parte del propio ideario político, no necesitan enfrentarse a este tipo de contradicciones a nivel organizativo (STANLEY, 2019, págs. 79-90). A pesar de su carácter antidemocrático, este tipo de estructuras ser más beneficioso para el funcionamiento de sus organizaciones, ya que genera una sensación de estabilidad y continuidad, al tiempo que la dirección, mediante la cooptación de sus líderes y representantes, puede elegir quién posee más opciones de ganar al margen de la voluntad de sus militantes y de las críticas internas o externas. En consecuencia, la imagen de unidad y cohesión es mucho mayor, lo que redundará en una mayor efectividad discursiva sobre el escenario de la política basada en la estética. Ejemplo de esta transformación puede verse en *La Lega*, y en como ha pasado de ser una confederación de partidos a ser uno homogéneo y centralizado (FORTI, *La Liga de Salvini ¿Un objeto político aún no identificado?*, 2019, pág. 96).

#### *Poderes fácticos del Estado y grupos de presión*

Cuando en 1970 Salvador Allende obtuvo la victoria en las elecciones presidenciales de Chile, se abrió una nueva posibilidad para los movimientos de emancipación política contrarios al imperialismo estadounidense y al capitalismo. La vía chilena al socialismo

reforzaba la idea de que alcanzar un sistema económico socialista mediante la democracia era posible. Sin embargo, el golpe de Estado del 11 de Septiembre de 1973 demostró una lección que Marx ya había extraído cien años antes (La Guerra Civil en Francia; 18 de Brumario de Luis Bonaparte), y es que el Estado nunca es neutral; no es una *cosa* que sea fácilmente obtenible y moldeable, sino que el nuevo ostentador del poder político no solo debe enfrentarse a las reticencias de los mecanismos internos de control del Estado; también a numerosos poderes fácticos que afectan a su propio sostenimiento en el poder, y que aprovecharán su posición, bien para fomentar, bien para impedir, el avance de nuevos discursos que pudieran desafiar su poder. A este respecto, Althusser ya haría una clasificación similar, bien como parte de los Aparatos Represivos del Estado –ARE-, bien como Aparatos Ideológicos del Estado –AIE- (1988, págs. 23-25). Sin embargo, la diferencia que aquí se pretende remarcar no es tanto que éstos se limiten a ser reproductores y garantes del sistema capitalista como señala Althusser. Más bien se expone una formulación más amplia, en la que los diferentes organismos obedecen a intereses particulares y discursos diferentes, en ocasiones incluso contrapuestos (RUBIO NÚÑEZ, 2017, págs. 399-400), cuyo grado de influencia varía atendiendo al contexto y al período histórico. De acuerdo con esta línea, y con el fin de abordarlo desde este enfoque, tal vez sea más apropiado abordarlo a estos sectores de influencia como grupos de interés, grupos de presión o *lobbies*, dado su amplia variedad tanto en su capacidad de influencia como en el carácter jurídico que éstos adoptan –desde empresas o multinacionales hasta ONG, sindicatos, asociaciones o *think tanks*, entre otros-, cuyo principal objetivo es influir y controlar los procesos de toma de decisiones del Ejecutivo, así como en la introducción de propuestas y demandas en la agenda política, al margen de los cauces ordinarios de representación democrática (RUBIO NÚÑEZ, 2017, pág. 401).

En primer lugar, cabe resaltar a este respecto el poder económico. A modo de ejemplo, existen registrados más de 12.000 lobbies y casi 50.000 lobbistas que se dedican a influir diariamente en los procesos de toma de decisiones de Bruselas (European Transparency Register, 2021). En ellos, se encuentran desde representantes de la sociedad civil hasta asociaciones de intereses muy específicos. Sin embargo, los que más peso con diferencia poseen son las grandes multinacionales y las asociaciones profesionales, de entre los que cabe destacar *Google*, *Shell*, *Volkswagen* o *Philip Morris*, entre otros. Además, la proporción en cuanto a accesos al Parlamento frente a las organizaciones de

representación de la sociedad civil es de un 60% más (LUNDY, 2018, págs. 10-13). De igual manera, la financiación destinada a ejercer presión en las instituciones europeas por parte de este tipo de organizaciones es 30 veces mayor, llegando a superar los 12 millones de euros anuales (LUNDY, 2018, págs. 10-16). De entre los sectores empresariales con más influencia, cabe destacar el sector financiero, la industria petro-química, el sector tecnológico y de las telecomunicaciones y el alimentario. Además, cabe señalar cómo las consultorías lobistas y los lobbies multisectoriales contribuyen a favorecer los intereses privados. De entre ellos, la gran patronal europea *BusinessEurope* y la *European Round Table of Industrialists* –ERT- representan «un papel clave en la promoción del mantra reformista neoliberal y la agenda de austeridad de la UE» (LUNDY, 2018, págs. 10-16).

En lo relativo al poder religioso, podría señalarse a este respecto el ejemplo de la Iglesia Católica como uno de las más importantes instituciones de control ideológico de toda la historia. Por otra parte, algunas interpretaciones del ordoliberalismo temprano veían en el Estado fuerte un dispositivo que garantizase no solo jurídicamente la implantación de una lógica de mercado. La salvaguarda cultural y religiosa ante «la crisis moral de las sociedades modernas» (BAN, 2016, págs. 108-110) constituía un valioso instrumento para la implementación de políticas neoliberales. Röpke defendió cómo «la crisis social y moral de Occidente» sería fruto del intervencionismo estatal (LAVAL & DARDOT, 2013, pág. 126). Hayek llegaría a poner en valor el papel de la religión como dispositivo para generar obediencia, ya que constituiría la base moral sobre la que se construye «el hombre nuevo» neoliberal (MORETON, 2021). Autores como Moreton sostienen que organizaciones religiosas como el *Opus Dei* se han convertido en útiles vehículos para la implantación de políticas neoliberales (2021, pág. 100), en la medida en que se encuadra dentro de las líneas rojas marcadas por la Doctrina Social de la Iglesia –«ni liberalismo, ni socialismo»- que se habían establecido en la Encíclica *Rerum Novarum* y *Quadragesimo Anno*, márgenes entre los que también se habrían encontrado desde los modelos corporativistas propios del fascismo hasta la democracia cristiana de influencia keynesiana (MORETON, 2021, pág. 106). De hecho, ésta última, tras la Segunda Guerra Mundial, iría experimentando un precoz viraje hacia el neoliberalismo de la mano de economistas como Ludwig Erhard o de otrora convencidos del «socialismo cristiano» como Oswald Nell-Breuning (FOUCAULT, 2016, pág. 96).

En el caso de España, tales afinidades entre religión y neoliberalismo se hicieron visibles con la llegada de los llamados «tecnócratas» al gobierno franquista, conocidos por su



pertenencia al *Opus Dei* y a la denominada *Escuela de Navarra*, impulsores del Plan de Estabilización de 1959<sup>92</sup>. A partir de los años sesenta, el discurso franquista acabaría articulando un discurso desarrollista a la par que reproducía la idea de España como «la reserva espiritual de Occidente»<sup>93</sup>. Por tanto, a pesar de que los austroamericanos conciben al mercado como un sistema de intercambio aséptico a los contenidos morales y religiosos, lo cierto es que la religión ha sido ampliamente empleado como parte de un proceso de articulación discursiva, muy útil a la hora de enfrentarse a las denominadas fuerzas disgregadoras de la sociedad tradicional, como el socialismo, el ateísmo, el estatismo, etcétera. El neoconservadurismo impulsado por Ronald Reagan y Margaret Thatcher, y potenciado posteriormente por George Bush, profundizarían en el estrechamiento de los lazos que unen la ampliación de las lógicas de mercado, la construcción de un Estado fuerte y los valores morales, tradicionales y religiosos como instrumento canalizador del discurso neoliberal. Como se verá más adelante, la emergencia de nuevos discursos de extrema derecha que claman por la conservación de valores tradicionales y religiosos no constituyen *per se* una amenaza al neoliberalismo, sino todo lo contrario. De hecho, la llegada de Bolsonaro a la presidencia de Brasil es uno de los ejemplos que representa la culminación de un largo proceso de inculcación de lógicas de mercado iniciadas con la irrupción del cristianismo evangélico en Latinoamérica con el respaldo de la CIA (JAMESON, 1996, pág. 314), y que supondría una «vía religiosa» para derrocar discursos revolucionarios o izquierdistas, estrechamente relacionados con la católica Teología de la Liberación durante las décadas de los sesenta, setenta y ochenta. Sin embargo, parece que la influencia de la religión está experimentando un profundo declive de su influencia en las últimas décadas, especialmente en los países del mundo occidental. Según el último informe de la *Agenzia Fides* (2021), en Europa el número de sacerdotes, así como el número de fieles continúa en descenso desde 2015 en pos de África, donde se experimenta principalmente un mayor incremento de su influencia en las últimas décadas.

Por otra parte, en lo relativo a los *think tanks*, cabe destacar el importante despliegue de medios con los que cuentan los discursos hegemónicos, intrínsecamente inseparables de

---

<sup>92</sup> Cabe destacar a Alberto Ullastres, Ministro de comercio en 1956 y miembro numerario del Opus Dei (MORETON, 2021).

<sup>93</sup> Cabe decir que tal articulación entre valores tradicionales y neoliberalismo explicaría por qué el partido de extrema derecha *Vox*, a diferencia de partidos afines ideológicamente en otros contextos, como el FN o DS, no defiende fórmulas neocorporativistas del neoliberalismo, sino más bien un modelo próximo al neoliberalismo puro.

un importante respaldo financiero. Según Daniel Stedman Jones, el neoliberalismo se ha apoyado para su difusión en la creación de numerosos *think tanks* en diferentes períodos y a ambos lados del Atlántico con el fin de ocupar e influir en los diferentes órganos institucionales tanto a nivel nacional como supranacional. El *Mont Pelerin Society*, el *American Enterprise Institute*, la *Foundation for Economic Education*, el *Institute of Economic Affairs*, el *Hoover Institute*, el *Centre for the Study of American Business*, el *Adam Smith Institute*, la *Heritage Foundation*, el *Centre for Policy Studies*, el *Cato Institute*, o el *National Bureau of Economic Research* son algunos ejemplos, muchos de ellos instituciones que influirían en las administraciones de Reagan y Thatcher (STEDMAN JONES, 2012, pág. 134; HARVEY, 2020, pág. 52). Si en un primer lugar su actividad se centraría en círculos académicos, posteriormente su actividad se extendería a la difusión del discurso neoliberal a través de revistas económicas tanto especializadas como dirigidas al público general, lo cual asimismo generaría un creciente debate a diferentes niveles que no solo impulsaría su propagación, sino también facilitaría su desarrollo teórico de una manera cada vez más afinada acerca de los diferentes contextos donde introducir tales políticas (STEDMAN JONES, 2012, pág. 135). Esto sin duda daría como resultado una nutrida red intelectual y de difusión bastante potente y muy bien financiada que terminaría por penetrar en esferas clave de la élite política y económica, tales como algunos consejos de administración, de gobierno y organizaciones como el FMI o el BM.

La derecha radical populista goza igualmente de buena salud a este respecto. Mientras la hermana de la líder de *Rassemblement National* Marion Marechal Le Pen ha desplegado en España el *Instituto Superior de Sociología, Economía y Política* -ISSEP-, Steve Bannon, uno de los más destacados asesores ideológicos de Donald Trump, acabaría fundando el *Instituto para la Dignidad Humana* como una «academia de populistas» en un monasterio en Roma. Al mismo tiempo, destacados multimillonarios como Charles Gave, en Francia, declaran abiertamente haber financiado la candidatura del ultraderechista Éric Zemmour (LEFILLIÂTRE & BERTELTOOT, 2021). En el caso de España, fundaciones de corte ultraderechista como *CitizenGo* o *Hazte Oír*, que a la sazón dan soporte a organizaciones políticas como *Vox*, cuentan entre sus benefactores a altos directivos de empresas como *El Corte Inglés*, FCC, OHL o *Eulen* (BAYO, 2021). En otros casos, cuentan incluso con un bagaje histórico más alargado. La *Individual Rights Foundation*, que emergería a partir de la *Young America's Foundation*, se convertiría en

un importante órgano de difusión de ideas de extrema derecha (STANLEY, 2019, pág. 45). La *Student's Academic Foundation* tenía como objetivo principal la contratación de profesores de ideología conservadora (STANLEY, 2019, pág. 45), e instituciones como la *Pope Center for Higher Education Policy* –posteriormente conocida como *James G. Martin Center for Academic Renewal*- o la *Charles Koch Foundation*, han sido claves para desempeñar una lucha ideológica en el ámbito académico e intelectual. Asimismo, la *David Horowitz Freedom Center* mantendría relaciones con la administración de Donald Trump durante su mandato presidencial (STANLEY, 2019, pág. 46). Esta compleja red de financiación y soporte ideológico ha dado lugar a lo que ha venido denominándose como una «internacional de extrema derecha».

Por otra parte, los lobbies no gubernamentales no solo son útiles a la hora de influir en la toma de decisiones del ejecutivo, sino también para generar presión y deslegitimar ciertos comportamientos. Éste es el caso de ONG medioambientalistas o pro-derechos humanos, cuya labor mediante la elaboración de informes anuales suele ser ciertamente similar a las de las instituciones supranacionales, es decir, la de ejercer una «presión moral» sobre el ejecutivo al tiempo que dota de visibilidad una problemática ante la opinión pública, e incluso, ante la comunidad internacional.

En otro orden de cosas, dentro de lo que Althusser denominaría ARE, como ya se ha señalado al inicio del apartado, constituyen uno de los casos más extremos y sin embargo ejemplares para la limitación del avance del poder político de discursos contrarios al que ocupa el poder institucional mediante el aprovechamiento de poder coercitivo. Cabe resaltar como casos más recientes el golpe de Estado ejecutado por un reducido grupo de militares de élite contra el presidente de Honduras Manuel Zelaya en 2009 (IBARZ, Golpe militar contra el presidente de Honduras, 2009 a); la crisis política de Ecuador en 2010, a manos de un sector de la Policía Nacional (GUALDONI, 2010), o el pronunciamiento del jefe del Ejército boliviano Williams Kaliman exigiendo la dimisión del ejecutivo de Evo Morales en 2019 (MOLINA F. , 2019).

Sin embargo, la capacidad de este tipo de poderes fácticos de carácter coactivo no se limita a la ejecución de golpes de Estado contra un gobierno constitucionalmente legítimo, sino también de manera preventiva mediante operaciones de terrorismo de Estado o de desarticulación de organizaciones consideradas como una potencial amenaza a la estabilidad institucional. Solo por mencionar un par de ejemplos, cabe destacar en el caso de Argentina el terrorismo de Estado durante el período conocido como «Proceso de

Reorganización Nacional», o en el caso de España, los denominados Grupos Antiterroristas de Liberación –GAL- contra el terrorismo de ETA. En último lugar, en muchos casos ha tenido lugar una reunión de intereses de diferentes poderes fácticos que han intervenido de manera combinada en dificultar el avance de discursos contrahegemónicos. Solo por mencionar algunos de los ejemplos más relativamente recientes en este sentido, en el caso de Venezuela en 2002 el golpe de Estado había sido apoyado por la patronal *Fedecámaras* (CARMONA, 2019), el golpe de Honduras de 2009 había sido respaldado por poderes fácticos como la Conferencia Episcopal o la patronal (IBARZ, 2009 b).

Los medios de comunicación del discurso

El medio es el mensaje: los medios de comunicación como constructores, transmisores y amplificadores del discurso

Con el fin de ejemplificar el éxito de un proceso articulador del discurso, Laclau expone el caso del predicador milenarista Antonio Conselheiro, que solo obtiene la credibilidad de un pueblo en armas en el momento en que el gobierno brasileño se comporta autoritariamente (BUTLER, LACLAU, & ZIZEK, 2000, pág. 89). Aparte de que su relación discurso-realidad parecía la más coherente, debe tenerse en cuenta que se limitó al contexto del interior de Brasil, donde se dieron contados focos de resistencia. Si tal discurso además no hubiera poseído este carácter profético –el cual le confería un carácter místico que generaba una serie de emociones entre los receptores-, probablemente la transmisión de su discurso habría sido incluso mucho más limitado. Sin embargo este ejemplo solo es útil en la medida en que la labor de dicho predicador ha sido, en efecto, *predicar*. La difusión del mensaje ha sido fundamental a la hora de alcanzar a un mayor público. ¿En qué medida su labor podría haber contribuido a los acontecimientos políticos futuros de Brasil si su mensaje se hubiera limitado a los confines de su vivienda? Por ello la transmisibilidad es tan importante en esta cuestión.

No es nada nuevo considerar que los medios de comunicación tradicionales suelen difundir una determinada línea ideológica, en el sentido más puramente althusseriano, como AIE. Ello les permite determinar la imagen que pretenden proyectar de un discurso concreto, debilitándolo o fortaleciéndolo de acuerdo con el prisma político del emisor. Para ello, los editoriales de prensa, los presentadores de televisión y radio, expertos, colaboradores y columnistas, actúan como instrumentos potenciadores/debilitadores del

discurso. También en la propia elaboración de los titulares y en cómo suele enfocarse la información transmitida.

De la misma manera, esta función potenciadora/debilitadora de los discursos es fácilmente extrapolable a otro tipo de medios, sobre todo los destinados al entretenimiento, como el cine o las series de televisión. Ya en la primera mitad de siglo, el empleo del cine, el teatro, el arte, la literatura, la radio o la música con puros fines propagandísticos era un recurso ampliamente utilizado por organizaciones políticas y gobiernos de todo corte ideológico, y de la que maestros de la propaganda como Leni Riefenstahl, Serguei Eisenstein o Joseph Goebbels lograron explotar al máximo todo su potencial mediante el empleo de recursos que permitieran explotar las emociones del público. Por poner solo un par de ejemplos: En 1915, el supremacista D.W. Griffith, estrenó *The Birth of a Nation*, un largometraje de más de tres horas que narra lo acontecido durante la Guerra de Sucesión estadounidense, y cuyo final señala al *Ku Klux Klan* como unos verdaderos héroes del patriotismo americano. Como resultado, el *Ku Klux Klan* experimentaría en los años siguientes un crecimiento abrumador de miembros, logrando alcanzar relevancia social en la década de los años veinte y treinta del siglo pasado. El segundo ejemplo es el caso de los denominados «cine-trenes» de *agit-prop*, en la primera década de la revolución bolchevique. Si bien sus promotores eran conscientes del potencial emancipador que podía significar ir expandiendo el mensaje revolucionario mediante la reproducción de películas, Aleksandr Medvedkin descubriría cómo la participación del pueblo en ellas permitiría además mejorar las condiciones laborales y productivas de los trabajadores, afianzando asimismo la confianza en las nuevas relaciones de producción socialistas (MATTELART, 2021, págs. 225-227). Por tanto, se hace evidente cómo la hegemonía del discurso requiere de difusión, y para que ésta sea en un sentido favorable, son necesarios los recursos económico-materiales apropiados para ello. En 2019, seis grandes conglomerados empresariales controlaban el 70% de los medios de comunicación de todo el mundo<sup>94</sup>. Tal y como señalan Adorno y Horkheimer, los medios de comunicación tradicionales están limitados y condicionados por quienes poseen capital suficiente como para poder transmitir un discurso concreto, es decir, las grandes corporaciones y las productoras audiovisuales (ADORNO & HORKHEIMER, 2016, pág. 176). Responder a la pregunta acerca de quién ostenta la propiedad de los

---

<sup>94</sup> Estos seis conglomerados eran: *Time Warner*, *Disney*, *NewsCorp-21st Century Fox*, *NBC Universal*, *Viacom* y *CBS*, estos últimos fusionados en 2019, por lo que actualmente serían cinco (PICAZO, 2019).

canales de comunicación es determinante a la hora de comprender qué discurso tendrá las posibilidades de ser hegemónico. Tal y como destaca Zizek (2004, pág. 18), Hollywood llegó a un acuerdo millonario con el Ejército estadounidense para proporcionarle sus instalaciones y equipamiento a cambio de producir obras cinematográficas que promovieran una buena imagen de las fuerzas armadas estadounidenses. La comunicación, sobre todo del mundo occidental, se define por su carácter publicitario (ADORNO & HORKHEIMER, 2016, pág. 176) los cuales llevan aparejados intereses ideológicos que aspiran a la continuidad de su sostén económico.

Este hecho implica una intensa descompensación de lo que Gramsci denominaba «guerra de posiciones»: la lucha por la hegemonía no puede sostenerse por la mera eficacia del discurso, sino por su capacidad para ser transmitida y reproducida. En este sentido, la «potencia de fuego» de los grandes medios de comunicación frente a los discursos alternativos es incomparable (BERARDI, 2007, pág. 247). Cuanto mayor sea esta capacidad, mayores serán las posibilidades de hegemonizar un discurso concreto: «*el medio es el mensaje*» (Mc LUHAN, FIORE, & AGEL, 1987). Así pues, el respaldo material hacia tales medios de comunicación implicará mayores posibilidades de desacreditar discursos rivales. Por este motivo, el discurso hegemónico, así como los reaccionarios, gozan de una gran ventaja. La proliferación de una amplia red de revistas y medios que dan soporte ideológico en la conformación y solidificación de este tipo de discursos, gozan de un amplio respaldo financiero (STANLEY, 2019, págs. 31-41).

No obstante, la aparición de nuevas plataformas y medios de comunicación, como *Facebook, Youtube, Twitch, Twitter, Whatsapp, Telegram o Instagram*, han permitido una mayor democratización de la difusión de información alternativa, ya que no es necesario invertir grandes cantidades de dinero en la transmisión de datos que sirvan como contrapeso a la información hegemónica. Además, su carácter horizontal –en la medida en que todos los difusores de información son tratados en igualdad de condiciones, más allá del número de seguidores- permite establecer un mayor equilibrio en el contraste de información recibida. Sin embargo, como se verá más adelante, esto conllevará asimismo otros problemas.

Los medios de comunicación como constructores del «sentido común»

Una de las frases más célebres de Gramsci tal vez sea que la hegemonía consiste en «la conquista del sentido común». Sin embargo, ¿Qué alimenta el carácter común de dicho sentido? Lo que se entiende por sentido común va más allá del mero convencimiento de unas ideas concretas; se trata de una manera de pensar, algo que el neoliberalismo ha logrado hacer de una manera extraordinaria. Para lograr adoptar un sentido común concreto, la operación misma de tejer un discurso a partir de elementos aparentemente dispersos implica aceptar una serie de premisas que *ya son hegemónicas*, dado que se recogen las demandas y anhelos de la población de un contexto cultural concreto, en unas circunstancias sociales concretas, con unos valores hegemónicos concretos dados.

Si bien hasta después de la Segunda Guerra Mundial el contenido político de los mensajes se caracterizaba por propaganda dura, frontal y que incitaba más bien al convencimiento racional que a la seducción, será a lo largo del período de la guerra fría ésta irá experimentando una evolución cada vez más sutil de su carácter y contenido. En mitad de una intervención pública, el presidente Eisenhower llegó a afirmar lo siguiente:

Nuestro objetivo es más sutil, más penetrante, más completo. Estamos intentando, por medios pacíficos, que el mundo crea la verdad. La verdad es que los americanos queremos un mundo de paz, un mundo en el que todas las personas tengan oportunidad del máximo desarrollo individual. A los medios que vamos a emplear para extender esta verdad se les suele llamar guerra psicológica [...] La guerra psicológica es la lucha por ganar las mentes y voluntades de los hombres. (CONTRERAS, 2008, pág. 87)

La «guerra psicológica», o *soft power*, representará, tanto a un lado del *Telón de Acero* como al otro, una estrategia fundamental que perdura hasta hoy. A través del cine, de la televisión, y de la literatura, pero también a través de la música, la moda, hábitos de consumo, etcétera, suelen reproducirse imaginarios de sociedad que permiten instaurar idealizaciones de un esquema de vida deseable, el establecimiento de cánones de pensamiento de lo que será considerado como «normal» -y por ende, la crítica, la denostación e incluso humillación de aquello que se sitúa sobre dichos márgenes-, así como la reproducción de imaginarios ubicados dentro de lo socialmente deseable y atractivo que los espectadores terminan por interiorizar (ADORNO & HORKHEIMER, 2016, pág. 181). Mediante la continua reproducción de tópicos no solo acaba fraguando en la mente del espectador un ideal de vida que se convierte en referencia, sino también la negatividad de aquello que se desvía de este marco ejemplar. El ideal tantas veces

reproducido en las superproducciones de Hollywood, como el chalé unifamiliar ajardinado, ubicado en las afueras de la ciudad, con automóvil y empleos de éxito, termina por normalizarse al introducirse con frecuencia que representan el estándar de vida *de clase media*. Ello marca el término normalizado de quiénes cumplen con este nivel y quiénes no, frustrando a éstos últimos en su afán por conformarse con su vida para, en su lugar, impulsarles a mejorar su estatus. Una mención especial merece el cine de los años ochenta, en plena era Reagan. En *Regreso al Futuro*, la película gira en torno al principio moral de la responsabilidad del individuo; en cómo dependiendo de la actitud de sus personajes –en especial si se tiene iniciativa, espíritu emprendedor, etcétera-, su vida puede mejorar o empeorar, independientemente de sus condiciones económico-materiales. La frase «Si te lo propones, puedes conseguirlo todo» persigue al espectador a lo largo de todo el filme, como el eje central que determina una vida de éxito o fracaso.

Por otra parte, en la película *Todo en un día*, el protagonista caracterizado por Matthew Broderick representa la encarnación del ideal neoliberal: siguiendo con la narrativa que menciono más arriba, el protagonista siempre consigue lo que se propone, lo cual significa en muchos casos oponerse a las autoridades establecidas –representado por los padres, el instituto, la policía de Nueva York-. La rebeldía, en tanto que es representada como algo necesario para ello, pero también como algo morboso y deseable, implica asumir riesgos y peligros, pero ello forma también parte de la diversión, de una historia que, salga bien o salga mal, merecerá ser contada. Además, el filme descaradamente reproduce una vez más los anhelos propios del consumismo neoliberal, como conducir un vehículo lujoso, una buena vivienda, dinero, mujeres y éxito, y que además son encumbrados como la máxima representación de *la buena vida*, frente al «anticuado» ideal de dotar de sentido a la vida por una causa más trascendental.

Como contraparte, encontramos casos de series como *Shameless*, *Aída*, *Me Llamo Earl* o *Trailer Park Boys*, entre tantos otros programas, donde reproducen a su vez el ideal antagónico de lo deseable. En ellos, los protagonistas son representados como antihéroes pertenecientes a grupos sociales inferiores, que tienden a reproducir tópicos tales como el embarazo prematuro, la drogadicción, la delincuencia, el alcoholismo y el analfabetismo, problemas todos ellos asociados al carácter irresponsable de sus personajes, y no a las circunstancias materiales en las que viven (JONES, 2013, págs. 137-140). Pero los problemas que sus personajes suelen padecer nunca son planteados como un problema estructural, sino intrínseco a los propios personajes, responsabilizando



a ellos de su propio destino. Por otra parte, el ideal del fracasado o *looser*, que en tantas ocasiones suelen ser reproducidas en cine y televisión, es un fantasma con el que se persigue a quienes aspiran a mejorar sus condiciones y no lo consiguen. El personaje de Gil Gunderson, de *Los Simpsons*, constituye la perfecta representación del fracasado: divorciado, sin hijos, con empleos precarios, desesperado, con deudas, etcétera. Por último, sorprende la abrumadora cantidad de programas de televisión «enlatados», que suelen emitirse como contenido de entretenimiento, pero que terminan reproduciendo de una manera u otra estos ideales de vida, a veces de una manera muy obvia, otras veces más sutilmente. Estos programas reproducen el esquema mediante la emisión del estilo de vida de los estratos sociales más acomodados, especialmente de alto *standing*, como *Keeping Up with the Kardashians*, con el fin de despertar el morbo necesario entre el público mediante la demostración del lujo y la ostentación que todos deben anhelar. Pero también los medios explotan la exposición de grupos sociales desfavorecidos que no se ajustan a este ideal, como personas con problemas financieros, sociales o estéticos. De hecho, en lo que respecta a los grupos desfavorecidos, la función de este tipo de *realities* es similar a la concepción que el neoliberalismo posee de los excluidos de la sociedad: un gesto excepcional –la financiación de una operación, de la reforma de una vivienda o un vehículo, la percepción de gesto caritativo, etcétera- con el fin de reincorporarlos a la «normalidad de la clase media» que acabe con su «vergonzosa situación».

Del mismo modo, el recurso constante a alusiones, referencias, chascarrillos, chistes, clichés y parodias referentes a discursos, culturas, religiones o personalidades tienden a contribuir a fortalecer parte de este acervo colectivo. La constante representación de países como Rusia, China o Corea como los «malos de la película», la reproducción de clichés tales como el funcionario ineficiente y perezoso, o la figura del rebelde sin causa, suelen ser absorbidos por el público y que posteriormente se traducirán en preferencias políticas. En definitiva, la reproducción de estos ideales obliga al espectador a interiorizar mediante símbolos, representaciones e idealizaciones, consciente o inconscientemente, un esquema de pensamiento neoliberal. Por tanto, no se trata solo del medio que transmite un discurso concreto, sino de los imaginarios y representaciones que se generan a través de dichos medios. Un caso ejemplar de este hecho es el fenómeno *Beatle* en los sesenta. Las reticencias de algunos Estados a permitir su difusión, sobre todo en el bloque socialista, los acabaría convirtiendo en un símbolo de libertad y rebeldía. Algo similar sucedería con obras como *Doctor Zhivago* en la URSS, *Lolita* en Francia y Reino Unido,

*La Vida de Brian* en Noruega, o las canciones de David Hasselhoff en la República Democrática Alemana. De hecho, la entrada en el mundo soviético de marcas, multinacionales, el cine y los grupos de música occidentales, formaban parte de una sobredeterminación –en su concepción althusseriana- de elementos que acabarían siendo identificados con una articulación discursiva concreta: el fin del dominio soviético sería identificado con el fin de la censura y la prohibición, y por tanto, con la libertad de acceder a contenidos prohibidos, no solo literarios, musicales y cinematográficos, sino también de consumo. De este modo, la libertad de expresión se hacía extensible a la libertad de mercado. La occidentalización y norteamericanización del bloque soviético había sido articulado, como un símbolo de libertad. Tal vez el ejemplo que resuma a la perfección esta articulación la encontremos en el célebre anuncio de *Pizza Hut*, emitido en los noventa en Rusia, donde aparece Gorbachov entrando en uno de sus restaurantes, donde ofrece una pizza a una niña vestida de rojo que va con él (¡!). En el anuncio, ante su presencia, dos clientes discuten sobre qué les ha traído Gorbachov. Mientras el joven defiende que le ha traído libertad y esperanza, el mayor argumenta la confusión económica a la que les ha llevado –atención a cómo el anuncio representa la libertad con juventud y el argumentario de estabilidad económica con lo viejo-. Finalmente, aparece la abuela respondiendo que, al margen de las cosas buenas o malas, Gorbachov ha traído el *Pizza Hut*, consiguiendo que todos se pongan en pie y brinden por él. Si bien el anuncio no deja de ser una simplificación interesada de la realidad social de la época, lo cierto es cómo acaba por remarcar lo positivo que ha sido la entrada de la multinacional en el país como símbolo de libertad. En otras palabras, es irrelevante la inestabilidad económica o la desigualdad social, lo importante es que ahora Rusia tiene libertad *porque tiene libre mercado*. De esta manera, al establecer esta correlación, y dado que nadie se opone a la libertad, lo que la señora mayor del anuncio pretende expresar es que, al margen de las discrepancias, lo importante es que ahora la multinacional puede acceder al país, y por tanto, el libre mercado debe permanecer al margen de la discusión política.

Sin embargo, y volviendo a la industria del entretenimiento, nos encontramos ante un problema cuando éste se convierte en la única fuente de información del espectador al respecto. En un contexto de autoexigencia y competitividad constantes, cabe preguntarse cómo puede aumentar la participación democrática si el ciudadano, tras muchas horas de trabajo precario, solo quiere distraerse. Pero en ese momento de ocio y distracción también opera la labor propagandística y la guerra por la hegemonía de los discursos. Se

produce una cierta confusión entre información y comunicación, donde los productos de entretenimiento acaban por convertirse en la principal –y a veces única- fuente de información o *infotainment* (CHOMSKY & RAMONET, 1997, pág. 90), atribuyendo a las productoras un papel fundamental a la hora de reproducir tópicos de cierto sesgo ideológico que quedan interiorizados en el ojo del espectador como hechos históricos. Un ejemplo lo podemos encontrar en la serie *Chernobyl*, y en cómo acaba por concluir que el desastre nuclear se debe a la irresponsabilidad del régimen soviético. En este sentido, los videojuegos también poseen un papel central a la hora de perpetuar clichés políticos de forma reiterada, o a la hora de incluir o excluir a determinados colectivos. Al contrario de la concepción de Adorno y Horkheimer de que el entretenimiento aliena o simplifica el conocimiento, más bien el entretenimiento representa una dedicación de tiempo que no se dirige a la adquisición de conocimientos procedentes de fuentes alternativas de información que puedan dar lugar a una ciudadanía bien informada, crítica y políticamente activa. Es precisamente a través de la industria del entretenimiento donde la población busca una mayor relajación en cuanto al ejercicio mental de toma de decisiones. Y sin embargo, éste a su vez toma parte activa en el afianzamiento de cierta cultura, valores, conocimientos e ideología. No debemos desdeñar el alto impacto cultural e ideológico que ofrece el cine o los videojuegos, sobre todo para quienes representan su principal fuente de información respecto a disciplinas como la ciencia, la historia o la política. Por ejemplo, en lo que respecta a la historia, la televisión, el cine o los videojuegos no solo constituyen meras plataformas de transmisión de información, sino que tienden a reproducir idealizaciones o deformaciones, muchas veces extremadamente parcializadas de «lo que fue». La idealización del pasado contribuye a reproducir tópicos comunes que contribuyen a formar símbolos que posteriormente serán recurrentes en el ámbito discursivo-político. La grandeza de un imperio, la perfección de un sistema político o social, o el estilo de vida tan envidiable de otras épocas, son algunos ejemplos de relatos mitificados que sirven de imaginario o referencia en muchas ocasiones para propuestas políticas de carácter reaccionario (STANLEY, 2019, págs. 13-29). El recurso a la nostalgia, a la figuración de que «cualquier tiempo pasado fue mejor», o a la idealización de sus personajes, son puntales útiles a la hora de construir un imaginario solidificado y hegemónico, en muchos casos contraproducente a la hora de realizar nuevas propuestas políticas. No es casualidad que, en el célebre debate mantenido entre Norman Geras y Ernesto Laclau, una de las conclusiones que podrían sacarse es que Laclau pretendía desligarse del marxismo no por su contenido, sino por lo que *representaba*.

Pero este juego de imaginarios del pasado, donde se unen la idealización y los hechos históricos, realidad y ficción, no puede sino responder a la falta de imaginación de nuevas utopías y mundos posibles. Žižek ha señalado cómo los medios de entretenimiento han contribuido a esta labor mediante el reflejo constante de un fingido «horror distópico» que sin embargo no es capaz de proponer un sistema económico alternativo, sino en cualquier caso su reconstrucción y repetición: «la implicación política real de las fantasías postapocalípticas es que no hay salida a la dinámica capitalista» (2020, pág. 166).

El papel de los medios de comunicación para visibilizar demandas y situar el objeto de debate

Como hemos visto en el apartado anterior, los medios de comunicación transmiten la información con el prisma, la visibilidad, y el ángulo propios de su línea ideológica. Sin embargo, es a través de la difusión de información que poseen además un poder adicional, la visibilidad de los acontecimientos que tienen lugar -políticos, sociales, medioambientales, etc. Son los medios de comunicación quienes no solo tienen la capacidad de *posicionar* en un lugar destacado aquellos temas y preocupaciones sociales que estimen oportunos, sino que también omiten otros de acuerdo con su línea editorial, al contar con unos márgenes de recursos y tiempo limitados. Así, las demandas están estrechamente sujetas a los acontecimientos que se nos informan mediáticamente, de modo que no se trata simplemente de una cuestión de *manipulación* o de información sesgada, sino que las demandas políticas están sujetas a una pura cuestión de importancia mediática, de *gestión de la visibilidad* (THOMPSON, 1998, pág. 107): qué polémicas dan más protagonismo, o qué posibles soluciones se sitúan sobre las mesas de debate, son determinantes a la hora de fijar una opinión pública que posteriormente permitirán generar reivindicaciones políticas. La visibilidad es primordial a la hora de amplificar un determinado punto de vista. Si es visible un determinado discurso, demanda o solución política, ésta obtiene más posibilidades de ser a su vez transmitida y amplificada a un mayor número de población, y por tanto a amplificar la preocupación en cuestión. En realidad así funciona la lógica de la *agenda setting*, de modo que la agenda política queda condicionada por la relevancia pública que goza una determinada demanda o polémica en los medios de comunicación. Recordemos que la opinión pública funciona de acuerdo al establecimiento de una serie de normas de prioridad (MARCUSE, 1986, pág. 36). Un ejemplo lo encontramos en la polémica que tuvo lugar en 2017 con el barco *Aquarius* y

la crisis de los refugiados sirios, cuya preocupación por la inmigración en las encuestas del CIS pasó de un 3,5% al 11,1%, a pesar de que España solamente se había comprometido a acoger a 16.000 refugiados, una cifra muy inferior a la de países como Francia, Italia o Alemania (CEAR, 2019). Otro ejemplo de ello puede encontrarse en cómo los contenidos facilitados por los medios de comunicación son capaces de transmitir miedos, sensaciones e inseguridades a los espectadores, siendo más permeables a este respecto hacia la construcción de determinadas demandas sociales. Varios estudios (DURANTE, PINOTTI, & TESEI, 2019; MASTROCOCO & MINALE, 2018) han demostrado cómo en Italia los espectadores con una mayor exposición a los canales de televisión de *Mediaset* tenían una percepción mayor de unas altas tasas de criminalidad.

Por tanto, no solo se trata de una pugna por la hegemonía del discurso, sino también por la visibilidad de los diferentes antagonismos y demandas sociales, estrechamente ligados con los acontecimientos del día a día. El caso más reciente ha sido, sin duda, el de la pandemia de la COVID-19, pero también otras cuestiones se han colocado en la palestra pública condicionando el debate social. El caso de *La Manada* generó todo un debate público acerca del endurecimiento de las penas de prisión a los delitos de abuso sexual; la crisis económica comprometió seriamente a todo el *stablishment* económico y político que perdura hasta hoy; el *fenómeno Thunberg* colocó sobre la mesa de debate el cambio climático; la pandemia del COVID-19 ha puesto el foco en el carácter público de la sanidad colectiva frente a la libertad individual, etcétera. De ahí que parte del éxito de un discurso concreto resida en que las preocupaciones a las que dan respuesta a través de su programa aparezcan reflejadas en los medios de comunicación. Además, la cada vez más estrecha interacción entre redes y medios convencionales ha posibilitado el empleo de recursos que dificultan la honestidad de sus intenciones, como el *astroturfing*. Esta práctica, promovida por organizaciones políticas y mediáticas con el fin de viralizar un vídeo aparentemente espontáneo, esconde sin embargo una intencionalidad de influir en la opinión pública. El éxito comienza por la *visibilidad*, y esto no solamente se extiende hacia el antagonismo concreto, sino también al discurso en sí. Ignacio Ramonet expresa muy bien esta idea al afirmar que los medios han contribuido a dar la impresión de que cada vez parece más descabellado proponer una alternativa al capitalismo (CHOMSKY & RAMONET, 1997, pág. 56).

De este modo, en el momento en que Laclau presta atención a las luchas contingentes, a pesar de su carácter pasajero, cabe hacer una diferenciación entre luchas destacadas que

se encuentran en el debate público y luchas que han pasado a un segundo plano o que, directamente, se han difuminado. Dicho de otra manera, no solo existe una pugna entre discursos por conseguir la hegemonía; también existe una pugna por lograr que la lucha en sí sea objeto de debate social, en dar o no visibilidad a un antagonismo social concreto<sup>95</sup>. Es aquí donde encontramos cada cierto tiempo cómo vuelven temas clásicos a la discusión pública, como el feminismo, la lucha LGTBI, el ecologismo, el pacifismo o el antirracismo, condicionados por los acontecimientos políticos y sociales que tienen lugar diariamente<sup>96</sup>. La repercusión mediática que pueden recibir tales sucesos, a veces terriblemente dramáticos como un atentado terrorista, un caso de corrupción, el aumento de los precios de la vivienda o un nuevo caso de violencia de género puede poner sobre la mesa un debate donde entran en juego diferentes discursos. Cada debate en el plano de la opinión pública es una batalla que acaba materializándose en la victoria de un discurso concreto.

Por este motivo, podemos observar la relevancia tan destacada de los medios de comunicación, no en su papel como aparato ideológico del Estado, sino más bien como espacio de visibilidad y disputa de varios discursos y luchas. Los medios de comunicación son quienes transmiten el acto contingente, el suceso o acontecimiento que da pie al antagonismo entre discursos.

Con internet, plataformas como *Twitter* o *Facebook* se han convertido en nuevos espacios de visibilidad y disputa de discursos y demandas. Sin embargo, el objeto de debate está permanentemente sujeto a los sucesos contingentes, es decir, a noticias. Dado que la gran mayoría de éstas suelen ser informadas por medios de comunicación masivos, los debates de las redes sociales quedan en gran medida sujetas o mediadas por los acontecimientos que los medios tradicionales suelen transmitir<sup>97</sup>. Sin embargo, cada vez es mayor la

---

<sup>95</sup> Un ejemplo de cómo de forma intencionada pretenden evitarse ciertos temas que podrían dar pie a debates públicos de mayor envergadura lo podemos encontrar en el contenido de las encuestas del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), cuya dirección decidió omitir las encuestas relacionadas con la popularidad de la Corona española (ROMERO, 2021). Otro caso similar puede encontrarse en cómo el Instituto Nacional de Estadística ha decidido omitir cuántas viviendas vacías hay en España (PLAZA, 2021).

<sup>96</sup> Préstese atención cómo no se menciona la lucha obrera o laboral. Éstas suelen ser siempre silenciadas o minimizadas, al ser enfocadas como una mera lucha sectorial mediada por el Estado y sus órganos corporativos –patronal y sindicatos–.

<sup>97</sup> Cabe decir que no siempre es así. Las redes sociales y los *smart phones* nos han proporcionado una fuente de información que, en múltiples ocasiones, suele adelantar a los grandes medios en la información sobre determinados sucesos. Del mismo modo, los medios de comunicación suelen soportar algunas de sus noticias a partir de la información que obtienen de las redes sociales, asistiendo a un sistema híbrido de medios de comunicación (CHADWICK, 2017).

influencia de estas vías de comunicación alternativas a los medios de tradicionales, hasta el punto de que son éstos últimos quienes recogen la información a partir de estas nuevas plataformas. De hecho, en los años más recientes este tipo de plataformas han sido instrumentos útiles para lanzar primicias que posteriormente serán recogidas por los medios tradicionales, desde declaraciones realizadas por políticos como Donald Trump, Pablo Iglesias, Nicolás Maduro o Matteo Salvini a grabaciones en vídeo de desastres naturales recogidos por ciudadanos de a pie. No obstante, a día de hoy los medios de comunicación tradicionales continúan poseyendo una gran poder mediático de difusión en los que las redes sociales únicamente se convierten en meros soportes auxiliares, pero no parece que sea así durante mucho más tiempo. Sin embargo, la contracara de estas plataformas muestra una guerra por la visibilidad condicionada por los algoritmos. Tanto *Facebook* como *Twitter* han sido objeto de una extensa red de perfiles falsos o *bots*, cuya principal función es influir en la opinión de los usuarios y condicionar el debate público mediante la reproducción y posicionamiento de determinados contenidos de corte político. Tal ha sido el caso de la proliferación de información manipulada sobre el COVID-19 (BLANCO, 2020) o la interferencia de *bots* en elecciones presidenciales como las estadounidenses de 2020 (DEL CASTILLO, 2020), o las de Ecuador en 2021 (LUQUE, MACÍAS, & CASADO, 2021), cuya eficacia desinformativa reside en una mayor prolijidad de sus difusiones que de los que quienes publican información veraz (SABY, y otros, 2021).

El papel que ejercen los medios de comunicación en nuestro modo de interactuar con el mundo

Las formas de transmisión discursivas han evolucionado a lo largo de los años, las cuales han alentado a su vez a transformar la percepción de cómo se percibe la realidad. El arte y la arquitectura instrumentalizados políticamente ha sido una constante a lo largo de la Historia. Tras el influjo del racionalismo, la invención de la radio o el cinematógrafo, así como la aparición de la cartelería, la fotografía, y el arte de la propaganda en general, iniciaron todo un proceso de desarrollo de explotación de las emociones que desvirtuaron en gran medida la clásica percepción ilustrada del debate racional y sosegado. Sin duda el modelo propagandístico ha estado presente en todos los regímenes políticos, pero en concreto, en el sistema de partidos políticos de masas, los índices de audiencia no solo se convirtieron en un instrumento al servicio de las campañas electorales, sino del inicio del

fin de la política basada en principios y programas políticos de base racionalista. La expansión del *márketing* al campo de la política, haría extensible el reemplazo de los mecanismos de argumentación racional por los de seducción propios de la sociedad de consumo (LIPOVETSKY, 1987, pág. 18).

Manin constata cómo la transformación de las formas de interacción política, condicionadas por los medios de comunicación, daría lugar a la *democracia de audiencia* (2008, págs. 267-286). Ésta, resultado de todo un proceso de adaptación a sus nuevos condicionantes en plena sociedad del espectáculo, daría como resultado la profesionalización de la política, donde el ideólogo es desplazado por el especialista en *márketing* electoral y el partido político se convierte en toda una maquinaria de captación de votos. Se produce una inversión en el proceso de construcción de mayorías políticas: si la concepción decimonónica de representación política se caracterizaba por la exposición racional de un programa electoral que resultara convincente para los votantes, la mediatización de la política y la perenne sujeción a las encuestas ha obligado a las formaciones políticas a adaptarse continuamente a las demandas y tendencias de la opinión pública. De esta manera, el reemplazo del convencimiento mediante la exposición racional de ideas por la seducción y la explotación de emociones como fórmula de cautivación del votante, ha motivado la potenciación en los últimos años del acto performativo y de lo visualmente estético, la renovación de la imagen y de los símbolos por contenidos –aparentemente- asépticos de contenido ideológico con el fin de desligarse de ideologías y símbolos desbordados de significado, tal y como argumenta Laclau. Ya Lipovetsky apuntaba cómo el PCF –pero también el PCI y el PCE-, se subiría al carro del eurocomunismo para darse una imagen remozada del socialismo desligándose del legado del estalinismo y de todos los compromisos –simbólicos o no- con el bloque soviético (LIPOVETSKY, 1987, pág. 28).

Más recientemente, no debemos olvidar cómo aquellas formaciones políticas totalmente desconectadas de los lazos políticos institucionalizados del momento, tuvieron como objetivo central la captación de votos mediante la captación de la «emoción política». *Podemos* siempre ha enfatizado su aspiración por «devolver la ilusión» a sus votantes, y formaciones políticas como *Ciudadanos*, experimentaron la culminación de su carrera política cuando en las elecciones catalanas de 2017 lograron abanderar la representación del unitarismo españolista frente al independentismo. El mitin de Hospitalet de Llobregat, además, se había desarrollado como si de una *charla TED* se tratara: un escenario en el



centro, sin atriles y con los líderes desplazándose alrededor con un micrófono adaptado en la cabeza. El objetivo central no se trataba de realizar una somera exposición del programa electoral, sino de explotar emociones, a través recursos tecnológicos y de márketing, que permitieran reafirmar y cohesionar en torno a un símbolo o significante vacío, la adhesión a dicha formación política. Adorno y Horkheimer señalan cómo el reemplazo del convencimiento racional por la seducción ha llevado al predominio de la preservación de lo estético hasta las últimas consecuencias (2016, pág. 178), como el recurrente empleo del eufemismo; la expresión de la opinión dirigida no a expresar una realidad, sino a cautivar al receptor; la entera vida del candidato, que se convierte en un acto performativo permanente: la ejemplaridad del buen padre de familia, que hace deporte, campechano con el pueblo llano y afable con las altas esferas. Toda declaración es oportuna y a la altura de las circunstancias. En definitiva, la campaña política se convierte en una continua labor publicitaria donde se simplifican los contenidos. Por tanto, la explotación de los afectos desde el ámbito de la política, es algo que lleva tiempo desarrollándose, sobre todo desde la propia política institucional. Ya Ronald Reagan había logrado convertirse en el candidato que generaba una identificación entre los votantes que transgredía lo meramente programático o ideológico; la campaña presidencial de Obama en 2009 es el otro ejemplo que representa la personificación de la ilusión política y la encarnación de un espíritu ideológico frente a la candidatura de Hillary Clinton (CAMPS, 2020, pág. 279).

Desde el punto de vista del márketing político, la venta de una marca implica apostar por lo estético a costa de la dilución de la ideología, ya que ésta comienza a concebirse como una rémora para la máxima captación posible de votantes potenciales. Precisamente ésta es la función del partido atrápalo-todo (*catch-all*): atraer al máximo número de votantes posible hacia un producto electoral ambiguo. Ello supone crear ciertas artificialidades políticas: la imagen del candidato perfecto, atractivo, bien formado, ejemplar y con sensibilidad social; la viva representación de la virtud ciudadana. En cuanto a la formulación del discurso, éste acaba por construirse atendiendo a una amplia pluralidad de colectivos o comunidades que el propio sistema económico ha generado (CAMPS, 2020, pág. 279). Es aquí donde reside la centralidad de la concepción laclausiana del discurso: en eliminar las barreras simbólicas del discurso que impiden ampliar nuevos apoyos electorales. Por supuesto, esta tendencia también ha sido adoptada en el ámbito estrictamente retórico, si bien es cierto que su relevancia nunca ha cesado como forma

inherente a los modos del parlamentarismo representativo. Sin embargo, como se verá más adelante, la corrección en los usos del lenguaje serán identificados con la corrección política, concepto en el que se incorpora a él un contenido ideológico concreto.

Sin embargo, la llegada de internet ha transformado no solo la plataforma en la que se transmite la información, sino también la percepción sobre ella y cómo nos llega el discurso. Según Van Reybrouck, internet ha generado una transformación en el modo en que los ciudadanos se conciben a sí mismos en el campo de la política. De la misma manera que ha cambiado la manera de interactuar con el mundo a partir de la llegada de internet y las redes sociales, el ciudadano ha pasado de ser un mero espectador a reivindicar una participación activa en el debate social (2017, pág. 113). Ello ha evidenciado una cierta incompatibilidad entre la realidad sociológica e institucional, sobre todo cuando las instituciones políticas tradicionales no son capaces de recoger eficazmente las demandas sociales. La oleada de primaveras árabes de 2011, así como otros movimientos ciudadanos como el 15M u *Occupy Wall Street*, constituyen algunos de los ejemplos más destacados de cómo habían sido movimientos articulados a través de redes sociales como *Twitter*, y entre cuyas reivindicaciones se encontraban las de una mayor participación en el debate público.

Precisamente los movimientos políticos que surgieron a la luz de aquellas protestas tuvieron sumamente presente la tecnología como el factor fundamental que contribuyera a la mejora y el incremento de la participación política. Formaciones políticas como *Podemos* intentaron adaptarse a la nueva realidad política, donde un electorado individualizado y poco comprometido políticamente pudiera participar activamente mediante *apps* como *Appgree* o plataformas y foros como *Reddit* (VAN REYBROUCK, 2017, págs. 40-41; GUTIÉRREZ-RUBÍ, *Tecnopolítica. El uso y la concepción de las nuevas herramientas tecnológicas para la comunicación, la organización y la acción política colectivas*, 2014, pág. 20). De esta manera, la concepción clásica del militante de partido ha dado paso a la del activista o adepto a un partido-movimiento, cuyo modelo se concibe como una plataforma de recogida de demandas políticas sin marco ideológico concreto (MARTÍN, 2015; GUTIÉRREZ-RUBÍ, 2017; SUBIRATS, 2017). Por supuesto, ello comporta numerosos riesgos, como una alta volatilidad de los participantes, o un exceso de ambigüedad ideológica que dé lugar a graves enfrentamientos en el seno del movimiento. Pero también los órdenes más institucionalizados observaron en la introducción de estos canales una vía *legitimadora* del discurso, mediante técnicas de

gamificación que despertara el interés de los votantes y animara al ciudadano a participar en las instituciones democráticas, como *EU Time Machine* o *Box your EP*, impulsadas por la Unión Europea, o *Track the Election* en las elecciones de Obama, todas ellas con el fin de educar y concienciar, pero también motivar el voto, sobre todo el de los jóvenes (GUTIÉRREZ-RUBÍ, *Tecnopolítica. El uso y la concepción de las nuevas herramientas tecnológicas para la comunicación, la organización y la acción política colectivas*, 2014, págs. 31-33, 40). En definitiva, la creciente interacción entre las redes sociales, internet y la política ha contribuido a construir lo que algunos autores han terminado por definir como *tecnopolítica* (KURBAN, PEÑA-LÓPEZ, & HABERER, 2017; GUTIÉRREZ-RUBÍ, 2014).

Además, en la era de las redes sociales, observamos cómo la aceleración también afecta a los flujos de información y recepción, en la medida en que rápidamente se suceden y actualizan hechos, declaraciones, eventos. A este respecto, la aparición del *meme* en el contexto de internet ha adquirido un papel sumamente relevante, en la medida en que es capaz de transmitir gran cantidad de información con poco contenido, es universal –dos personas de diferente cultura y lengua pueden entender un mismo contenido–, son creativos y por tanto atractivos, son participativos –cualquiera puede hacerlos– y, por ende, son virales, disparando su carácter espontáneo e inmediato (GUTIÉRREZ-RUBÍ, *Tecnopolítica. El uso y la concepción de las nuevas herramientas tecnológicas para la comunicación, la organización y la acción política colectivas*, 2014, págs. 22-25). Pero al mismo tiempo, al generar un entorno favorable a la simplificación de contenidos, dificulta la transmisión de ideas complejas, profundas y mínimamente elaboradas, por lo que la crítica político-social podría correr el riesgo de quedarse cada vez más en la superficie, a la vez que dificulta el debate sosegado y racional. Por este motivo y en mitad de este contexto, formular una propuesta politizadora del discurso supone realizar una suerte de cuadratura del círculo: desintelectualizar el mensaje (CAMPS, 2020, pág. 285) y, al mismo tiempo, explicitar las razones por la que es tan pertinente cuestionar los postulados discursivos hegemónicos de una manera razonada.

Asimismo, la rápida difusión de la información ha solidificado una cultura de la fascinación por el corto plazo que contribuye a desterrar de una vez por todas cualquier horizonte político que aspire a una profunda transformación de la sociedad. La aceleración afecta también a la vida política, y por tanto, los discursos no pueden permitirse proponer soluciones con una visión de horizonte que vaya más allá de la

próxima convocatoria electoral. En su lugar, las demandas políticas se construyen en torno a la satisfacción inmediata de intereses concretos y parciales, imposibilitando de cualquier forma grandes constructos narrativos que puedan ejercer una profunda crítica al sistema. El entrelazamiento de la aceleración comunicacional con la permanente explotación de las emociones impide la crítica sosegada y racional, que posibilita el desarrollo de nuevas estructuras ideológicas:

[...] la aceleración de la comunicación favorece su *emocionalización*, ya que la racionalidad *es más lenta* que la emocionalidad. (HAN, 2014, pág. 72)

Ello posibilita a su vez la canalización de emociones a través de discursos cuyo marco discursivo ya se encuentra instituido, beneficiando a aquellos cuyas respuestas son inmediatas y sencillas de comprender. En este sentido, los discursos de extrema derecha son los mayores beneficiarios. Como afirmó Bannon en una entrevista ante la victoria de Trump en las elecciones presidenciales de 2016, «nos eligieron por nuestra campaña de ataque a la corrupción, por querer encerrar a Hillary Clinton, construir el muro... Por pura rabia. La rabia y el miedo hacen que la gente salga a votar» (STANLEY, 2019, pág. 59). Ante este punto, ¿Es posible explotar emociones para redirigirlos con la misma facilidad hacia otro tipo de discursos basados en la compasión, la solidaridad, la empatía, etcétera? Según Camps, no:

Es más difícil suscitar emociones favorables y empatía con propuestas o relatos revulsivos y rompedores. Por eso la publicidad es conservadora: porque el público mayormente lo es y se identifica con los aspectos más conservadores de la realidad. (CAMPS, 2020, pág. 288)

Ello no significa que no sea posible, sino que no pueden explotarse los mismos recursos emotivos desde una óptica conservadora que desde una progresista, dado que es mucho más fácil desde la primera que desde la segunda, ya que tales emociones encuentran su arraigo en prejuicios y creencias heredados. Su cuestionamiento o ruptura implica un ejercicio adicional de razonamiento que suponga desafiar toda una estructura de creencias con las que hemos crecido. Por este motivo, Camps argumenta que la explotación de las emociones por parte de la izquierda encuentra su lugar en la coherencia y la integridad del candidato, ya que sus propuestas aspiran por romper con las lógicas de pensamiento dominantes (2020, pág. 290). Ello implica generar un plus de confianza entre los votantes, un aspecto sumamente volátil cuando se trata de formular una crítica al discurso hegemónico.

Por otra parte, Rendueles desmonta un mito en torno a las TIC. Internet no necesariamente tiene por qué suponer automáticamente la emancipación política de la ciudadanía, ya que contribuye a una mayor individualización y las posibilidades asociativas y de interacción humana presencial se reducen (2013, págs. 115-117). En este sentido, las dinámicas de funcionamiento de redes sociales como *Facebook, Twitter o Instagram* fomentan en el usuario una tendencia al protagonismo a cambio de aumentar el número de seguidores y *likes* mediante el incremento de la actividad en ellas con el fin de continuar ganando visibilidad. En muchos casos, el intercambio de información, así como el debate político que se produce en ellos tiende más bien a reafirmar las posiciones de sus partidarios que a aspirar a la búsqueda de un debate constructivo. Además, las redes sociales se han convertido en foros de debate donde descargar las frustraciones políticas y aliviar el descontento social, en el que en no pocas ocasiones la expresión de opiniones poco aceptadas socialmente acaban encontrando el calor de quienes comparten las mismas frustraciones. Sin duda, esto genera un lugar propicio para las opiniones de odio y violencia. En consecuencia, se nos presenta un escenario donde conceptos como solidaridad, fraternidad o caridad cada vez se vuelven más incomprensibles, y en su lugar, sea mucho más fácil aceptar las reglas de juego de mercado e individualización.

La radicalización de las posiciones políticas es posible por cuatro motivos. En primer lugar, por el anonimato que proporciona internet. Gracias a él, muchos usuarios pueden expresar con absoluta libertad sus opiniones políticas sin temor a represalias. Pero al mismo tiempo, ello posibilita expresar incluso las opiniones más crudas que vuelvan inconmensurable la posibilidad de construir un entorno político sano.

En segundo lugar, la intermediación de la pantalla como contacto con el mundo impide el contacto real con el Otro, ya que dificulta la existencia de poder comunicarse con el adversario a través del *cara a cara*, mirándole a los ojos. La pantalla facilita la expresión, pero precisamente por ello, dificulta la empatía.

En tercer lugar, por la proximidad que generan las redes sociales. Dada la popularidad de éstas, muchas celebridades y personalidades políticas, deportivas o intelectuales se han apuntado a estas redes. Si bien a modo de anécdota cabe mencionar el hecho de que Nicolás Maduro disponga de una cuenta en *Tik Tok*, o que el presidente de El Salvador Nayib Bukele sea un *youtuber* que apuesta por los *Bitcoins*, la gran mayoría suelen recurrir a *Instagram* o *Twitter* como principales canales de comunicación. En cualquier caso, la posibilidad de contactar con el ciudadano medio implica también asumir faltas

de respeto y enfrentamientos desagradables, lo que suele contribuir a una mayor degradación de la imagen política de los líderes, y en definitiva, al incremento de la polarización política con el fin de dar marcar la agenda política mediante la visibilidad de sus propuestas. Como afirma Han, el respeto exige distancia, y una sociedad sin respeto, conduce al escándalo, a los *shitstorms*. De esta manera, domina la opinión pública quien domina a los *shitstorms* (2014, pág. 13). En este sentido, cabe destacar el papel tan relevante que los partidos populistas tanto de izquierda como de derecha han ejercido en las redes sociales, y que Donald Trump ha sido uno de sus máximos exponentes<sup>98</sup>.

En cuarto lugar, por el sentimiento de comunidad. Como señala Castells, los lazos que podemos establecer a través de internet son infinitas, de modo que podemos encontrar con mayor facilidad personas o colectivos que compartan nuestras creencias, valores y opiniones, por muy descabelladas y extrañas que sean (2000, págs. 424-432). De este modo, nos encontramos ante una situación paradójica. Internet nos genera una mayor individualidad, pero al mismo tiempo, nos permite adoptar opiniones socialmente reprochables al sentir que no estamos solos si nos sentimos parte de un colectivo que también las comparte. Puede sospecharse que los efectos políticos más inmediatos pudieran generar una mayor insensibilidad hacia el Otro, tal y como afirma Žizek (2004, pág. 16). La pantalla del ordenador puede representar una pantalla de protección contra lo horrible de lo Real, pero a consecuencia de ello puede deshumanizarnos al perder el contacto con el Otro. Del mismo modo, las redes sociales ofrecen la posibilidad de aproximar el contacto entre representante y representado, aunque este contacto solamente sea *a priori* superficial. La ruptura de distancia humaniza al representante y lo desmitifica, de modo que desmonta toda su artificialidad (HAN, 2014, págs. 13-19), pero al hacerlo, se descubre y se hace cada vez más evidente una distancia de identificación entre representante y representado.

Sin duda internet ha generado una puerta de acceso a nuevas alternativas a los medios tradicionales al ofrecernos la posibilidad de una mayor democratización informativa, donde no pudiera existir el filtro editorial de los principales medios de comunicación<sup>99</sup>.

---

<sup>98</sup> Cabe destacar hasta qué punto Donald Trump conseguiría influir en la opinión de sus seguidores mediante la polémica. Tras difundir en reiteradas ocasiones algunos bulos acerca del COVID-19, y cuestionando la legitimidad de los resultados de las elecciones presidenciales de 2020 en EEUU, fue expulsado de *Twitter* a principios de 2021.

<sup>99</sup> Como casos ejemplares de las posibilidades que podía ofrecer internet como alternativa a las fuentes de información oficial nos encontramos con *Anonymous* y *Wikileaks*, cuyos cables podían comprometer seriamente la estabilidad y seguridad de gobiernos de todo el mundo.

A este respecto, cabe destacar cómo el Partido Social Liberal, el partido populista de extrema derecha liderado por Jair Bolsonaro, a pesar de que en las elecciones de 2018 solo contaba con 8 segundos de publicidad electoral en los medios convencionales, ha logrado alcanzar la presidencia en parte gracias al papel de *Whatsapp* como medio paralelo de difusión y promoción de la candidatura. Otro ejemplo puede encontrarse en *Telegram*. Creada por los hermanos Nikolái y Pável Dúrov, por dos disidentes políticos rusos con el fin de crear una plataforma de comunicación que lograra escapar del control estatal. Recientemente, en el contexto de las protestas tras las elecciones presidenciales de 2020 en Bielorrusia, el presidente Lukashenko reconoció que no podía controlar las comunicaciones de la disidencia a través de *Telegram*, por donde es capaz de coordinarse para protestar (PÉREZ COLOMÉ, 2021). Al cabo de unos meses, el gobierno ha iniciado un proceso de reforma constitucional que ha llevado a Lukashenko a declarar su retiro de la política al cabo del mandato (ESPADAS, 2020).

No obstante, lejos de proporcionar un contrapeso informativo a los gigantes mediáticos, o de estar más cerca de una sociedad transparente, democrática y bien informada, tal y como Habermas (2005, pág. 375) establecía en su idealización comunicacional, nos encontramos con un panorama bien diferente. El acceso a la información libre de intermediarios editoriales, si bien supone una democratización del acceso a la información, también lo es de los emisores. La calidad de la información transmitida descende en la medida en que cualquiera puede transmitir unos datos a través de redes sociales, blogs, medios de comunicación alternativos o plataformas *online*, por lo que los consumidores de este tipo de medios son más vulnerables al consumo de *fake news*<sup>100</sup>. La multiplicación de fuentes y medios que transmiten noticias o información de dudosa calidad y fiabilidad informativa dificultan sobremanera saber diferenciar cuándo la noticia es veraz y cuándo no.

A este respecto, si la presencia de las redes sociales e internet ha aumentado en nuestras vidas exponencialmente, la información que nos llega es cada vez mayor, múltiple,

---

<sup>100</sup> Asimismo, la respuesta a esta lógica de falseamiento informativo, donde prima más el primer impacto emocional que genera en el espectador una noticia que la veracidad de la misma, no es en absoluto halagüeña. La tendencia al *fact-checking* comete un triple error: en primer lugar, contribuye al principal propósito de una *fake news*, que es su viralidad y difusión. En segundo, lugar, entra en el *frame* que ha enmarcado el oponente discursivo, mediante la proporción de sesudos datos que aspiran a desmentir el bulo, alimentando la polémica y posicionando el antagonismo en cuestión en el debate público (LAKOFF, 2007); y en tercer lugar, el *fact-checking* aspira a erigirse en depositario de la verdad objetiva, cuando son siempre político-discursivas (CARRERA, 2020; LACLAU, 1996), algo que suele reafirmar precisamente las tesis de los discursos anti-*stablishment* en lucha contra las élites, también comunicacionales.

acelerada y por tanto, la capacidad de contraste y de reflexión es más difícil, por lo que nos encontramos ante una formidable pluralidad de medios que sin embargo nos conduce a un estadio de *saturación informativa* (MARCUSE, 1986, pág. 102; SIERRA, 2019). La primera consecuencia política de este hecho prima en el desbordamiento de nuestra capacidad crítica; en una suerte de alienación posmoderna (MAYOS, 2008, págs. 31-32). Señala Bifo Berardi:

La invasión de la infoesfera por parte de los flujos mediáticos emitidos por el poder es sofocante, omnipresente e ineludible. Miles de impulsos microinformativos nos alcanzan cada día, someten nuestro cuerpo-mente a un estrés de atención constante y superan nuestras defensas conscientes mediante la acumulación, la redundancia, la insistencia y la vulgaridad. La cantidad de estímulos informativos y publicitarios produce efectos sobre nuestro comportamiento incluso sin necesidad de pasar a través de la criba de la atención consciente. El principal efecto del flujo mediático no tiene que ver con sus contenidos, no actúa sobre nuestra mente consciente, sino que trata de influir subliminalmente modelando nuestras reacciones cognitivas, conformando hábitos mentales, sometiendo nuestra atención a un estrés que reduce la capacidad de atención crítica, sobrecargando el sistema nervioso de estímulos. (BERARDI, 2007, págs. 247-248)

El «estrés informativo» provocado por la saturación de fuentes, datos y noticias, combinado con la permanente exposición a estímulos emocionales y la aceleración con la que todos ellos se transmiten, genera en el espectador la formulación de opiniones políticas casi de forma impulsiva, «secuestrados por la amígdala»<sup>101</sup>, sin capacidad para digerirlo con la tranquilidad que la reflexión y el debate sosegado requieren. Como resultado a la permanente exposición a la sensación de riesgo, peligro e inseguridad, solo caben las respuestas inmediatas, también en política: «*Danger, react. Danger, protect. Danger, attack*» (HAMILTON, 2015).

Una segunda consecuencia política es la pasividad. Marcuse resume muy bien este hecho al afirmar que, cuanto más información recibamos, menos informados estaremos (1986, pág. 102). Esta paradójica situación nos lleva a observar cómo en el período de mayor pluralidad, variedad y accesibilidad a fuentes informativas es también la época de un menor interés por conocer, y por tanto, de adquirir conciencia política. La uniformidad no es reemplazada por la pluralidad de información, sino por el ruido, lo que genera

---

<sup>101</sup> Del original «the amygdala hijack» de Daniel Goleman, con el fin de referirse a aquellas situaciones límite a las que somos expuestos en las que desaparece nuestra capacidad de tomar decisiones complejas. (HAMILTON, 2015)



desmovilización. En consecuencia, como señala Mayos, la denominada «sociedad del conocimiento» constituye también la «sociedad de la incultura» (2008, pág. 31).

Con el fin de tomar control ante la avalancha de información, tendemos a simplificar la información a través de la recepción puramente superficial de noticias (lecturas «en diagonal», ceñirse a los titulares, a la visualización de fragmentos de vídeo, etcétera). En este contexto tiene lugar el *cherrypicking*, el cual es utilizado por ciertos portavoces discursivos como fórmula de selección de la información que más se adapte al discurso político en cuestión, obviando otros datos complementarios a los recogidos que tal vez pudieran comprometer al discurso en sí. Por ello, la práctica del *cherrypicking* es criticado como una fórmula de omisión de los datos a conveniencia, o de transmitir «medias verdades».

Dada la naturaleza del soporte a través del que se transmite la información, las noticias suelen enfrentarse a una continua competición por la visibilidad en el que el *márketing* digital entra en juego a la hora de lograr que determinados medios de difusión de noticias logren ser posicionados en los primeros puestos de búsqueda en internet. Para ello, el *márketing* digital, como disciplina experimentada en aumentar el número de visitas a un determinado perfil, canal o cuenta de cualquier plataforma, recurre precisamente al denominado *clickbait*, animando al receptor a abrir un enlace a partir de un titular llamativo. Sin embargo, esta técnica suele recurrir en ocasiones a titulares engañosos que suelen deformar la información que contiene o, simplemente, no tiene nada que ver con su contenido. Importa más el impacto emotivo que genera un titular que el verdadero contenido de la noticias. De hecho, en ocasiones el titular ni siquiera ayuda a proporcionarnos la noticia. Por ello no resulta extraño que los medios y noticias más consumidos sean, precisamente, aquellos que proporcionan los contenidos más polémicos o morbosos. Es en esta tormenta informativa donde los relatos más estrambóticos adquieren protagonismo y son más susceptibles para su consumo, como las teorías de la conspiración o las pseudociencias, ya que no cuentan con la intermediación mediática de un experto o una autoridad que certifique o invalide el contenido de la información, sino que son datos que median directamente entre el emisor y el receptor. En este contexto, el debate político en redes sociales suele producirse en un ambiente sumamente enrarecido, donde la argumentación racional y constructiva suele salir perdiendo en la medida en que accede al marco establecido por el adversario al pretender desmentir sus polémicas con sesudos estudios y estadísticas (LAKOFF, 2007, págs. 41, 50).

En los últimos años, la proliferación de *fake news* precisamente ha tenido, en muchos casos, la difusión de contenidos políticos de carácter polémico con el fin de dotar de visibilidad el bulo en cuestión a costa de sus detractores, en lo que se conoce como *efecto Streisand*: la pretensión de censurar, ocultar o criticar un asunto en cuestión logra el efecto contrario. Por tanto, el objetivo no es informar, sino de reforzar ideológicamente un discurso concreto, bien de cara a sus seguidores, bien mediante la captación de seguidores potenciales a través de titulares llamativos. Como señala Arendt,

Lo que convence a las masas no son los hechos, ni siquiera los hechos inventados, sino solo la consistencia del sistema del que son presumiblemente parte [...]. La propaganda totalitaria establece un mundo apto para competir con el real. (ARENDR, 1998, pág. 287)

Es por ello que las pretensiones en los últimos años de ciertas agencias de información por pretender desmentir bulos informativos representa un verdadero fracaso, ya que terminan por difundirlos aún más, sobre todo entre quienes desconfían, precisamente, de los medios de comunicación oficiales.

De igual forma, tendemos a limitar las fuentes y a acomodar a nuestro marco mental - *frame*, según Lakoff (2007)- aquellas fuentes de información que concebimos como válidos. Como resultado, somos más susceptibles de desarrollar prejuicios a partir de determinados datos que podamos recibir respecto a un determinado discurso, hasta el punto de orientar nuestros juicios por quién los propone, defiende o quién está en contra, en lugar de poder desarrollar la capacidad de ejercer juicios críticos de forma independiente. En este punto, la figura del *influencer*, al igual que el del experto o el intelectual que participa en los medios de comunicación tradicionales, como su nombre indica, posee la capacidad de influir en el esquema de pensamiento de sus seguidores. Sobre todo en el caso de los más jóvenes, cuya ventana de acceso a la actualidad ya no se encuentra tanto en los medios de comunicación convencionales, sino en plataformas como *Youtube* o *Twitch*. Pero además esta capacidad no se limita a la expresión de unas ideas concretas, sino al modo en que se transmiten. Como apuntan Cabanas e Illouz, el *streamer* o *youtuber* está dispuesto a cosificarse como un producto mediante el desarrollo de una «marca personal» basado en la búsqueda de una individualidad diferenciadora que le permitiera sobresalir en el mercado del *streaming*, en la que él mismo se convierte en el producto con el fin por el que otras marcas recurren para incrementar sus ventas (2019, pág. 140). Al mismo tiempo, los espectadores terminan asimilando estos comportamientos a través de su normalización y emulación.

Esta tendencia nos lleva a observar otra cuestión. La dinámica de funcionamiento que ofrecen las redes sociales, en tanto que son flujos de información que seleccionamos y que personalizamos, también se pueden convertir en transmisores discursivos personalizados. Dichos transmisores no solo se posicionan de acuerdo a las preocupaciones sociales generalizadas, sino de acuerdo a las preferencias personales de cada uno de nosotros que hemos ido seleccionando voluntariamente, bien mediante la elección de a qué perfil queremos seguir y cuál no, bien mediante el bloqueo de a quienes no queremos leer o ver. De este modo, establecemos unos *filtros burbuja* con los que elegimos a quién queremos prestar atención y a quién queremos invisibilizar, limitando nuestras fuentes de información a aquellas que *queremos* recibir. Si lo polémico genera visibilidad, con el fin de ganar seguidores, la tendencia de usuarios de redes sociales como *Twitter* es generar contenido político que tienda a reafirmar el sistema de creencias de sus seguidores, y no de tender puentes de entendimiento con el adversario. No hay duda de que ello podría empujarnos a la construcción de nuestra propia realidad, a una *echo chamber* –cámara de eco- personalizada con la que se diluyen las posibilidades de interactuar/visibilizar/humanizar al Otro y a su vez se construyen y refuerzan narrativas cada vez más inconmensurables con el sujeto antagónico. Por ello, cómo recibimos y seleccionamos la información generará prioridades en cuanto a nuestras preocupaciones y demandas, de modo que la selección de información por parte de los receptores será de acuerdo a las que más se acomoden a sus respectivos sistemas de creencias y que más refuercen su base moral y simpatías políticas. Este efecto es importante, puesto que puede llegar a desplegar la misma función que Laclau propone: la agrupación de una variedad de receptores de información que reúnen como motivación común a un enemigo construido. Sin embargo ello no solo contribuye a su vez a una mayor inconmensurabilidad de los debates políticos y, en definitiva, a una mayor polarización. Más aún, cuando los medios de comunicación ya no se limitan a ser meros transmisores de información o de discurso, sino también a ser recopiladores de nuestros datos –aquellos que conscientemente hemos proporcionado- como *metadatos* –aquella información que hemos proporcionado a través de nuestro comportamiento a través de diferentes plataformas, *apps* y webs-, lo cual podría generar resultados inquietantes. En redes sociales, la información personalizada que proporcionamos podrían incrementar las posibilidades de condicionar nuestras opiniones y de reconducir nuestras preferencias (AGUDO & MATUTE, 2021). Uno de los más destacados y graves es el caso de *Cambridge Analytica* e *IQConsulting*, agencias que emplearon los datos de los usuarios

de *Facebook* para fomentar el voto a favor del *Brexit* mediante el impacto de contenidos favorables a esta preferencia política.

*La tecnología*

Cabe señalar que Laclau, a este respecto, era sumamente consciente del papel discursivo de la tecnología *per se*. El desarrollo tecnológico no solo es capaz de generar nuevas percepciones de la realidad, como por ejemplo, una concepción más pequeña del mundo a través de internet –la aldea global-, sino también el papel político que posee cualquier avance en este campo. Remarcaba Íñigo Errejón en este sentido cómo el teleférico construido en La Paz no solo favorecía un determinado discurso, sino que *forma parte* del discurso (GARCÍA LINERA & ERREJÓN, 2019, pág. 69). Con ello muestra cómo la facilidad con la que un medio de transporte logra conectar dos puntos tan radicalmente distantes y diferentes de una misma ciudad no solo generaba la percepción de una mayor proximidad, sino que además favorecía la difuminación de las diferencias de clase existentes entre ambos barrios, bien a través de una mayor impregnación cultural fruto de su mutua influencia, bien mediante una mayor democratización del acceso a dichos barrios. Este fenómeno genera una transformación directa no ya en la manera de favorecer discursos ya construidos, sino en la manera de percibir la realidad que permitiera construir nuevos discursos o rearticular los ya existentes. Según Manuel Sacristán, Marx era consciente de este potencial, en casos como la implantación del ferrocarril en los entornos rurales. Según el autor, Marx sabía que sus efectos serían positivos para la población campesina, porque serían testigos de los grandes avances tecnológicos que el capitalismo era capaz de desarrollar, aunque ellos fueran incapaces de acceder a este medio de transporte (SACRISTÁN, *Pacifismo, ecología y política alternativa*, 1987, págs. 110, 127). El impacto que genera la tecnología, por tanto, no se limita pues a evidenciar quién o qué ha favorecido tales avances, sino qué fenómenos posibilitan la existencia o desarrollo de determinados discursos, dando lugar asimismo al despliegue de nuevos acontecimientos y novedades en el campo de la discursividad. Así pues, el desarrollo del *Ford T* como un automóvil económico y accesible para una gran parte de la sociedad, favorecería el discurso de que el capitalismo generaba desigualdades sociales, pero también su desarrollo permitía una mayor democratización del acceso a sus bienes y servicios, lo cual permitía legitimar un relato que permitiera legitimar la existencia de la desigualdad. Algo similar, pero en un sentido inverso, puede encontrarse en la clásica

analogía que señala Lenin al indicar que el socialismo era «el poder de los soviets más la electricidad», en tanto que solo era posible el desarrollo del socialismo mediante el desarrollo de la industria y, por tanto, de su desarrollo tecnológico previo.

Como ya se ha observado con anterioridad al analizar la implementación del neoliberalismo, el proceso de globalización posibilitó el deterioro de las tesis keynesianas centradas en una economía autocentrada y endógena; pero dicho proceso ha sido posible a su vez mediante el estrechamiento de las relaciones internacionales, favorecidas por el progresivo desarrollo de los medios de comunicación y transporte<sup>102</sup>. En resumidas palabras, puede afirmarse que el desarrollo de la tecnología permite alterar la manera en que la realidad es percibida, lo cual permite reforzar o debilitar ciertos discursos, así como dar lugar a otros nuevos, o a obligar a su evolución. Como señala Jameson, el vídeo constituye un fiel reflejo del carácter dinámico, cambiante y mutable de nuestra percepción de la realidad posmoderna, frente al carácter estático e inmanente de la escultura, la obra pictórica o la palabra escrita que había reproducido discursos de éste carácter durante siglos (1996, pág. 16). Así mismo, internet eleva al siguiente nivel la forma en que percibimos y nos relacionamos al respecto, posibilitando a su vez el desarrollo de nuevas tecnologías y concepciones que posibilitan o refuerzan ciertos discursos. La transformación de los dispositivos móviles con cámaras y grabadoras de audio, junto con la aparición de plataformas como *Whatsapp*, *Telegram* o *Signal*, posibilitaron una concepción del espacio y del tiempo mucho más reducida e inmediata, afianzando y fortaleciendo la cultura de la fascinación por el corto plazo. La generalización del teletrabajo, sobre todo en circunstancias tan excepcionales como la pandemia de la COVID-19, ha sido posible gracias al desarrollo de internet, pero también ha generado nuevas formas de relacionarse con el entorno laboral que permite un mayor aislamiento de los trabajadores, generando una mayor individualización, una menor tendencia gregaria, y por ende, una reducción de las acciones colectivas. Además, el control es más invisible, pero más directo. Como vaticinaba Sennett en 1998, «el teletrabajo es la última isla del nuevo régimen» (2003, pág. 61). Por supuesto, ello también nos muestra cómo la tecnología contribuye a un mayor control de la ciudadanía de una manera cada vez más sucinta y, sin embargo, voluntaria. El hecho de que los

---

<sup>102</sup> Como anécdota reseñable, cabe destacar cómo la necesidad de mantener la comunicación entre diferentes localizaciones del mundo favorecerían la creación de las primeras asociaciones internacionales de carácter permanente, especialmente la Unión Telegráfica Internacional, en 1865; o la Unión Postal Universal, en 1874.

usuarios de una *app* faciliten información personal de manera voluntaria o arrojen metadatos que posteriormente podrán ser trasladados a la Agencia de Seguridad Nacional estadounidense, es fruto asimismo de cómo la cultura egocentrista dominante ha contribuido al desarrollo de la foucaultiana «tecnología del yo» (FOUCAULT, 1990, pág. 61), reemplazando asimismo su concepción biopolítica por lo que Stiegler denominaría una «psicotecnología del psicopoder» o una «psicopolítica» por parte de Han (2014, pág. 43). Según el autor surcoreano, la empresa de datos *Acxiom*, al reunir información de más de 300 millones de estadounidenses, posee más información que el propio FBI (HAN, 2014, pág. 99). En otras palabras, la cultura del individualismo por una parte a la disolución de la vida colectiva y a un mayor despliegue de los significantes neoliberales –competitividad, individualidad, flexibilidad, inmediatez, etcétera-. Por otra, ha contribuido a que seamos nosotros mismos, en un afán por alimentar nuestro yo, quienes contribuyamos voluntariamente a ser controlados a través de las redes sociales, pero también a la información que arrojamamos a partir de nuestra relación de dependencia para realizar labores cotidianas –trabajo, compras, búsquedas, entretenimiento, etcétera-.

En el mismo sentido, las *apps* y las plataformas *online* han contribuido a la creación de la denominada «economía colaborativa» o «uberización» de la economía, que han favorecido una mayor flexibilización de las relaciones laborales, lo que ha generado, en última instancia, una precarización de éstas, contribuyendo asimismo a la normalización de los postulados del neoliberalismo. El mero hecho de poder registrarse en una aplicación para ofrecer servicios por horas en el momento en que los usuarios prefieran, ha contribuido al fomento de la flexibilización y la inmediatez propias del mercado, a cambio del socavamiento de sus garantías laborales mediante la contratación del régimen de autónomos<sup>103</sup>. Empresas como *Glovo* o *Deliveroo* han constituido la máxima representación de la precariedad laboral. Debido a las lagunas legales existentes en lo que respectaba a este nuevo modelo de negocio, sus empleados han sido contratados de manera fraudulenta en régimen de autónomos, bajo el pretexto de «ser jefes de sí mismos» en condiciones de explotación y asumiendo los costes de contratación de la empresa

---

<sup>103</sup> No debe olvidarse que, para el neoliberalismo, la contratación laboral, en tanto que es un contrato establecido «libremente» entre dos personas, propugna por que permanezca en el ámbito estrictamente civil o mercantil. En los últimos años, la tendencia a contratar a personas físicas sometidas al régimen de autónomos ha ido creciendo, ya que al atribuir al contratado la responsabilidad de pagar impuestos y seguros sociales, los costes de contratación son más bajos para las empresas, hecho que ha sido agravado con el surgimiento de las economías de plataforma. Según un informe elaborado por la OIT, este modelo ha contribuido al incremento de unas relaciones laborales más precarias, de peor calidad y garantías sociales más reducidas. (BALLIESTER & ELSHEIKHI, 2018)

(OLÍAS, 2021). Como resultado, la ayuda mutua propia de los grupos de trabajadores contratados en masa ha sido reemplazada por la «competencia mutua», en la medida en que deben competir entre ellos para obtener más beneficio dentro de unas condiciones muy limitadas. Este es el modo de funcionamiento de *Glovo*, el cual premia a los empleados con mayor disponibilidad, colocándoles como preferentes a la hora de recibir encargos por parte de los clientes. De este modo, los empleados se obligan a ser más «competitivos» que el resto al dedicarle más horas laborables, creando ambientes poco propicios a la cooperación. De la misma manera, empresas como *Uber* o *Cabify* han trastocado el mundo del transporte del taxi al escapar de los sistemas de controles de precios mediante la adopción de la figura de los vehículos con conductor –VTC–, prevista hasta entonces por las legislaciones a transportes como limusinas (MONTERO, 2022). De esta manera, esquivan el tradicional régimen de taxis para ofrecer servicios similares a precios más competitivos, generando una profunda controversia en lo que respecta a la liberalización del sector del transporte público. Bajo la excusa de la modernización tecnológica, muchas administraciones se han abierto a la liberalización del mundo del taxi para acoger este nuevo modelo de negocio, una práctica sumamente favorable al discurso neoliberal. Como bien señala Harvey, bajo el pretexto de que la legislación va siempre a rebufo de la tecnología, algunas empresas *hi-tech* operan permanentemente desafiando la legalidad, contribuyendo asimismo a «remodelar el sentido común» en una dirección favorable al discurso neoliberal, normalizando prácticas hasta entonces impensables sin ese tipo de soporte tecnológico (HARVEY, 2020, pág. 78).

Por otra parte, la progresiva precarización de las condiciones de existencia ha dado como resultado una continua adaptación a éstas que permite un aún mayor empobrecimiento. Algunos sociólogos han calificado esta nueva realidad como «*sociedad de bajo coste*» (GAGGI & NARDUZZI, 2006): las cada vez peores condiciones laborales y salariales posibilitan la existencia de negocios *low cost* ofreciendo servicios que se adaptan al bolsillo de consumidores con pocos recursos. Pero paradójicamente ello exige al mismo tiempo una mayor precariedad para los empleados que prestan tales servicios con el fin de reducir costes. El efecto de plataformas como *Airbnb*, que fomentan la gentrificación de barrios enteros mediante la elevación de los precios al alquiler, contribuye al reemplazo de la vida social y comunitaria del barrio por un conglomerado de espacios comerciales, dedicados al consumidor. De esta manera, se reemplaza al habitante por el turista *low cost*, reproduciendo asimismo la lógica benjaminiana de la asistencia a la

propia autodestrucción a través del goce estético: mientras el habitante se ve obligado a desplazarse a las afueras para poder pagar los elevados precios del alquiler provocados por el efecto *Airbnb*, la precariedad económica le obliga a hacer turismo *low cost* contratando sus servicios, contribuyendo a su vez a elevar los precios al alquiler del lugar que visita (MENDES, 2020; OLMEDO NERI, 2020). Del mismo modo, la mediación de la tecnología podría ampliar la brecha entre las relaciones sociales. La creciente introducción de sistemas automatizados en la prestación de servicios sin que las partes hayan tenido contacto directo, genera una mayor proclividad a desatender aquellas necesidades que escapan al acuerdo económico, como la empatía o la compasión, y por ende, a una mayor deshumanización. Por ejemplo, ya se han implantado sistemas de arrendamiento completamente automatizados –los *invitation homes*–, los cuales también efectúan de manera automática los procesos de desahucio de sus inquilinos (ROBINSON, 2020).

Por otra parte, el desarrollo de novedades tecnológicas a partir del *blockchain*, como las criptomonedas y los NFT, dado su carácter abstracto, posibilita un mayor despliegue de ciertas concepciones favorables a la especulación y a la descentralización del poder económico en nombre de una mayor democratización, pero también por ello a una mayor financiarización de la economía y de la tendencia a distanciarse de aquellos mecanismos de control estatales y supraestatales destinados a garantizar los derechos de consumidores, usuarios y trabajadores. Ello tiende a reforzar, casi de manera inercial, la creencia neoliberal de que la economía *de hecho* debe escapar de la esfera de la política (CANCELA, 2022). Toda esta numeración de ejemplos derriba a su vez la consabida falta de neutralidad de la tecnología. Ya autores tan dispares como Herbert Marcuse (1986, pág. 26) o Carl Schmitt (2014, pág. 126), como ya se ha mencionado con anterioridad, realizaban afirmaciones muy similares. Bajo la apariencia de neutralidad, el desarrollo de la tecnología se convierte en un fin en sí mismo, pero posee una funcionalidad ideológica concreta en los tiempos de la despolitización. Sus utilidades pueden ser favorables hacia un sentido más social o más privativo, más progresista o conservador, más bélico o pacífico, tendiendo a su vez a reforzar ciertas hegemonías discursivas bajo una aparente asepticidad ideológica. Como señaló Marx,

Si bien la maquinaria es el medio más poderoso de incrementar la productividad del trabajo, esto es, de reducir el tiempo de trabajo necesario para producir la mercancía, en las industrias de las cuales se apodera directamente se convierte, en cuanto portadora del



capital, en primer término, en el medio más poderoso de prolongar la jornada por encima de todo límite natural. (MARX, 1990, pág. 372)

Como consecuencia, se le proporciona a la tecnología un poder ideológico irrefrenable que permite reforzar el discurso neoliberal. Así pues, volviendo a las *apps* de «economía colaborativa», que ponen en entredicho los sistemas de protección legal que evitan abusos frente a consumidores y trabajadores, son mostrados como una oposición entre el avance tecnológico y modelos de negocio ya reglamentados o regidos por un sistema de licencias, que son presentados como anticuados. El argumento «nadie puede oponerse al desarrollo de la tecnología» posibilita la identificación entre neoliberalismo y progreso tecnológico, y la oposición a sus efectos como una resistencia cuasi-luddista. La tecnología actúa como el velo que «oculta la reproducción de la desigualdad y la esclavitud» (MARCUSE, 1986, pág. 62).

El campo de la discursividad: más allá de lo contingente

Con ello se evidencia que existe una dificultad adicional a la materialización de aquellas propuestas políticas orientadas a satisfacer las acuciantes demandas de la población. No se trata solo de acceder al poder político para hegemonizar un nuevo discurso mediante la satisfacción de las demandas de los excluidos, sino también de quienes de hecho ostentan el poder por otras vías –ideológico, económico, moral, cultural, coactivo, etcétera.- A modo de conclusión, puede afirmarse lo siguiente:

- Las condiciones de éxito de un discurso no se deben solamente al nivel de cohesión y coherencia propias de una buena articulación. De la misma manera que el discurso se construye a partir de la realidad material que describe e interpreta, y que esa misma realidad material puede reforzar dicho discurso, también puede debilitar y condicionar su propia existencia. El discurso queda condicionado no solo por su capacidad de articulación, sino además por su capacidad de transmisión y reproducción, es decir, por su visibilidad. Si además se acepta que dicha transmisibilidad será siempre mediada -deformada, distorsionada-.
- Si existe una excesiva dependencia del significante vacío hacia un objeto sometido a los vaivenes de la opinión pública, el discurso puede verse seriamente afectado. Lo mismo sucede si el significante está representado exclusivamente por una persona dependiente de su imagen pública.

- Si el discurso se articula únicamente de forma pasiva, es decir, a partir de demandas ya preexistentes, el discurso en cuestión no está politizando el discurso, sino que solo está canalizando las demandas excluidas para su incorporación en el mismo, ya que tales demandas no emergen desde una exigencia externa al propio discurso dominante, o de un cuestionamiento profundo del sistema que exija su propia destrucción/superación, sino que éstas emergen a consecuencia de los efectos que se despliegan de él. Por tanto, las demandas particulares, en tanto que son puntuales, concretas y a corto plazo, su existencia como tal solo depende de su propia satisfacción.
- Téngase en cuenta que las demandas particulares surgen a partir de una realidad social concreta, pero esta realidad es transmitida, descrita y condicionada por los medios de comunicación, que son quienes ponen sobre la mesa el objeto de debate, generan preocupaciones, etcétera.
- Por tanto, el corto plazo y la creciente individualización dificulta en gran medida la articulación de grandes constructos narrativos, así como de grandes proyectos políticos de profunda transformación social.

Sin embargo, lo más preocupante es el efecto que genera la pauperización de la calidad del debate público y cómo es recogido políticamente. Si no existe una ciudadanía informada y crítica, el discurso político, es más fácil cautivar a las masas cuanto más emotivo, simple e inmediato sea. Ello puede llevar a la conclusión de que en este contexto también será más difícil de elaborar una alternativa política capaz de desafiar al discurso hegemónico. Sin embargo, autores como Lakoff señalan que no necesariamente tiene por qué ser así. Es cierto que es difícil construir una teoría crítica cuando la mayoría poblacional ha bebido de una propaganda cultural favorable al neoliberalismo y dentro de unas dinámicas poco favorables a articular un discurso cohesionado y lo suficientemente profundo y radical como para poder disputar la hegemonía, pero es precisamente a través de la utilización de símbolos y mitos capaces de interpelar hacia un marco ideológico concreto por cómo puede darse el primer paso hacia un cambio de paradigma (LAKOFF, 2007, págs. 39-50). Por otra parte, de este análisis se desprenden dos líneas que no deben menospreciarse ni oponerse:

- a) Que en el ámbito de la lucha por la hegemonía del discurso, en tanto que discurso, éste se construye a partir de una realidad material que a su vez forma parte del

mismo, pero por este mismo motivo, también se debe a ella para su misma transmisibilidad, capacidad de difusión, de posicionamiento de las luchas y antagonismos, de «normalización» de ciertos hábitos, mentalidades, imaginarios y estereotipos. Ello implica que el discurso nunca debe abstraerse de la realidad, sino que debe tener en cuenta que el discurso depende de la realidad misma para sobrevivir. Deben invertirse ingentes recursos económicos, materiales e institucionales para su difusión; es un aspecto que nunca debe ser ignorado.

- b) Que el reconocimiento de la capacidad decisiva de las instituciones a influir, positiva o negativamente en la hegemonía de ciertos discursos no merece como respuesta la mera negación de su existencia, puesto que ello supondría situarse fuera de la lógica de lo político. No se trata de evadirse de la realidad política en la que nos encontramos, sino más bien de hegemonizar todos y cada uno de los núcleos de poder institucional -estatal y supranacional-, aunque sus lógicas internas y de base vayan a la contra de los principios nucleares del discurso. Este comportamiento es tan contradictorio como realista: por ejemplo, la presencia de partidos euroescépticos en el seno de la Unión Europea va en incremento (!) y sin embargo están logrando influir en los procesos de toma de decisiones del mismo. Si tal y como se ha observado con la experiencia griega en 2015, es sumamente difícil emprender una alternativa económica a nivel estatal sin comprometer la autoridad de la Unión Europea; solo queda o bien influir a nivel supranacional en las decisiones hacia una dirección más bien social/con mayor soberanía de los Estados, como bien parece que pretenden aquellos países dominados por euroescépticos como Polonia, Hungría o Austria, o bien el abandono directo de dichas instituciones, con todas sus traumáticas consecuencias, como ha sido el caso de Reino Unido.

Por ende, nos encontramos ante una lucha no solo por la hegemonía del discurso como afirmarían Laclau, sino también en una lucha por la visibilidad de demandas sociales y antagonismos que pretenden ser resueltos en el seno de un discurso que permanece indiscutido, y ante el cual la ciudadanía menos politizada y desmovilizada es más susceptible. Es previsible que, como consumidores habituales de los medios tradicionales y plataformas online, a través de los cuales absorbemos y compartimos información, tendencias, y en definitiva, compartimos una cultura común, terminemos dando prioridad a ciertas demandas o cuestiones *a partir de* ella. Y por ende, nuestras prioridades están

condicionadas a las que los medios de comunicación nos señalan y que posteriormente son reproducidas en otros medios como las redes sociales, o viceversa. Al mismo tiempo, las redes sociales representan una buena alternativa capaz de situar en el centro del debate público cuestiones que no serían posibles en los medios de comunicación convencionales, pero también son útiles para dar voz a discursos despolitizadores y reaccionarios, así como a generar dinámicas que dificulten la articulación de un nuevo discurso alternativo.

Pero no debe olvidarse que, además, el grado de permeabilidad ante estos temas debatidos a través de las redes sociales dependerá en muchos casos de una cuestión generacional y cultural; sobre todo en aquellos segmentos poblacionales, aún mayoritarios, cuya fuente principal de información continúa siendo la televisión o la radio. En resumen, el discurso no solo se construye a partir de la realidad, sino que además, la realidad condiciona el discurso ya articulado, de modo que la articulación discursiva de las demandas ya existentes no es suficiente para aspirar a la hegemonía. Como afirma Žižek, reconocer llanamente las demandas sociales que tienen lugar en el capitalismo significaría aceptar las reglas del campo en el que operan, sin cuestionar la causa que motiva dichas demandas (BUTLER, LACLAU, & ŽIZEK, 2000, págs. 105-106, 119). Asimismo, esta interrelación de determinantes que se han analizado, posibilita asimismo condicionar la capacidad de absorción o rechazo de aquellas demandas sociales por parte del capitalismo (MARCUSE, 1986, pág. 27).

Ello comporta asimismo que, para poder influir en cualquier nivel político de toma de decisiones, o posicionar nuevos debates en las diferentes esferas públicas, el discurso debe poseer un carácter *positivo* que permita introducir soluciones con una orientación y horizonte concretos -y no limitarse a recoger las luchas ya existentes dando respuestas cortoplacistas sin ningún fin mediato-. Esto implicaría que, si se pretende cuestionar la hegemonía del discurso dominante, el horizonte que se marca el discurso debe cuestionar frontalmente las lógicas de pensamiento hegemónicas. Por este motivo, pasemos a analizar cómo operan otras fórmulas populistas frente a la crisis, al menos aparente, del neoliberalismo, con el fin de localizar qué aspectos ponen en cuestión, qué luchas aspiran a dotar de visibilidad, y si, en definitiva, sus propuestas aspiran a cuestionar dichas lógicas de pensamiento propias de la racionalidad neoliberal.

Tal vez por este motivo, la definición más convincente del populismo sea la que proporciona Ernesto Laclau como una lógica política. En la medida en que el populismo se caracteriza, precisamente, por escapar de los esquemas que acotan y delimitan

cualquier ideología concreta, podemos afirmar que ésta se constituye como una especie de *anti-ideología*, en la medida en que se presenta como una reacción a las ideologías ya constituidas, al tiempo que escapa de la delimitación de éstas, su indefinición constituye el principal atractivo frente a los votantes despolitizados, decepcionados con el resto de fuerzas políticas y discursos, etcétera. No obstante, tanto los postulados que defiende el discurso populista, como las prácticas políticas concretas que emergen a partir del mismo, pueden acabar fraguando en una ideología concreta, generalmente centrada en torno a un líder político. Tales han sido los casos paradigmáticos del peronismo, el kemalismo, el gaullismo o el chavismo.

Zizek postula que articular un discurso a partir de la resolución de las demandas políticas contingentes derivará en protofascismo (2006, pág. 557). Ante la experiencia de las últimas décadas, aunque no necesariamente el populismo ha experimentado este resultado, lo cierto es que la falta de positividad propia -es decir, de un principio moral que desafíe la lógica del discurso hegemónico- implica que dichas demandas sean atendidas de acuerdo con la aceptación de las lógicas hegemónicas. Dicho de otra manera: el populismo entendido como mera «agregación de demandas» implica no desafiar el discurso hegemónico, sino reformularlo. Un ejemplo de ello lo podemos encontrar en la candidatura de Ross Perot. Su *Partido de la Reforma* se propuso recoger el descontento social derivado de la -a su juicio- insuficiente seguridad ciudadana proporcionada por los dos partidos hegemónicos. Su propuesta política no implicaba un verdadero desafío a los principios que ya portaba el *Partido Republicano*, sino una profundización de ellos. El resultado fue la práctica desaparición del partido en cuanto los índices de criminalidad comenzaron a reducirse y el *Partido Republicano* fue hegemonizado en su seno por uno de los sectores neoconservadores del partido, el liderado por George Bush.

Por este motivo, Zizek rechaza el discurso populista como válido para desplegar algún tipo de potencial revolucionario, en la medida en que al dar por sentado un núcleo de principios ya hegemónico no supone un verdadero cuestionamiento del discurso predominante. Es por ello que afirma que el papel del discurso populista es más bien un neutralizador del discurso revolucionario, en tanto que recoge las demandas de la población cuando «aún no está lo suficientemente enfadada» como para cuestionarse los problemas estructurales del sistema (ZIZEK, 2006, pág. 194). Gorz señala algo similar cuando afirma que «La reivindicación en nombre de las necesidades *inmediatas*, si aún necesaria, no conduce a un cuestionamiento radical de la sociedad» (2008, pág. 54).

Este hecho queda aún más evidente cuando hemos de tener en cuenta otro de los aspectos analizados en este punto, y es el complejo de instituciones y condicionantes que actúan como barrera de seguridad ante potenciales cambios discursivos orientados hacia el cuestionamiento del neoliberalismo. Como ya se ha señalado, Laclau y Mouffe olvidan cómo el carácter de las instituciones no es nunca neutral, sino que actúa en favor de unos intereses ya predominantes, a partir de los cuales se conforman el discurso hegemónico. Como señala Harvey, el proceso de «acumulación por desposesión» no obedece meramente a un proceso de actuación de quienes se encuentran en el poder del Estado en un momento dado, sino cuando éste se produce a partir de la interrelación de compromisos, competencias, presiones, etcétera, procedente de instancias tanto extraestatales –organizaciones supranacionales- como intraestatales –lobbies, partidos políticos, instituciones financieras, poderes fácticos, etcétera- (HARVEY, 2020, pág. 175).

Sin embargo, cabe preguntarse: ¿Y si el populismo puede convertirse en el instrumento para la introducción de un discurso revolucionario? Procedamos a conocer sus dinámicas para averiguarlo.

## Capítulo 12

### La derecha radical populista

En este capítulo se plantea una pregunta primordial: ¿Constituye el populismo, en su vertiente de extrema derecha, una verdadera politización al discurso hegemónico dominado por la racionalidad neoliberal? Para proceder a averiguarlo, en primer lugar analizaremos las causas concretas que han motivado su auge, con el fin de comprender el entorno «extradiscursivo» en el que se mueve y del que se nutre. En segundo lugar, analizaremos cómo se ha articulado su discurso y en base a qué fundamentos. De este modo detectaremos los elementos capitales que permitirán conocer en qué se identifican y en qué medida se diferencian del discurso neoliberal.

#### Causas concretas

Los motivos que han llevado a un crecimiento del voto a los partidos de extrema derecha podemos señalar que son los siguientes:

- Contexto de políticas de austeridad económica, precarización generalizada, escasez o situación *de relativa privación económica* (HERNÁNDEZ-CARR, 2011, pág. 151). De hecho, el crecimiento de los partidos de extrema derecha se ha producido a la luz de las tensiones sociales producidas por la incapacidad estructural de absorber a las masas migratorias. En Francia, donde los descendientes de inmigrantes continúan manteniendo el estigma como «inmigrantes de segunda generación», han visto como unas políticas sociales de integración muy limitadas han fracasado estrepitosamente.

El resultado ha sido el malogrado intento de absorción de toda una población sin

empleo, en condiciones muy precarias y de extrema pobreza, que les ha empujado a vivir de la delincuencia y el tráfico de drogas en las denominadas ZUS<sup>104</sup>. El recrudecimiento de las condiciones de vida tras la crisis de 2007, así como el incremento del fundamentalismo islámico como respuesta a los problemas sociales de los creyentes musulmanes, ha alimentado las tensiones sociales. Uno de los casos más paradigmáticos es el de los *Quartiers Nord* de Marsella, compuesto en su mayoría de inmigrantes magrebíes, donde el candidato de extrema derecha Stéphane Ravier obtuvo la victoria en los comicios municipales de 2014 por parte de los votantes autóctonos de los distritos 13 y 14. Su solución no pasa por mejorar las condiciones económicas y sociales de la ciudad, sino en limitar y reducir los permisos de residencia de los inmigrantes hasta un 90% (HERNÁNDEZ VELASCO, 2017). Tras el increíble repunte de inmigrantes procedentes de África y Oriente Medio, sobre todo tras la crisis de refugiados de 2015, Suecia ha vivido una experiencia similar a la de Francia. La política de vivienda próxima a zonas rurales ha favorecido una mayor dispersión y desamparo de estos grupos de población, quienes en muchos casos, ante la falta de oportunidades laborales, se han visto abocados a la delincuencia.

Uno de los momentos más representativos de este hecho fue la crisis migratoria de refugiados sirios. El suceso había tenido lugar en un momento económicamente delicado para los países miembros de la Unión Europea. Mientras la mayoría se debatía acerca de cuántos podrían acoger sin ver afectadas sus economías, países como Hungría o Polonia decidieron cerrar sus fronteras. A pesar de la polémica suscitada, sin duda el caso más destacado no tuvo lugar en Europa central, sino en Italia. Matteo Salvini, del partido de extrema derecha italiana *La Lega*, en calidad de Ministro del Interior, rechazó en reiteradas ocasiones la acogida de inmigrantes del Mediterráneo central. El caso más sonado fue el del *Aquarius*, en el que iban a bordo 630 inmigrantes, refiriéndose a ellos como «carga de seres humanos» y «carne humana» (GÓMEZ FUENTE, 2018). En España, el caso de los menores extranjeros no acompañados, difíciles circunstancias les han llevado a ser acogidos en centros de menores donde no siempre cuentan con los recursos adecuados para garantizarles una asistencia adecuada. Ello genera en muchos casos situaciones conflictivas, sobre todo en el caso de aquellos con edades

---

<sup>104</sup> Zona Urbana Sensible.



próximas a la mayoría de edad. *Vox* ha instrumentalizado a este colectivo para identificar a los inmigrantes como fuente de delincuencia. Pero sin duda, el caso más paradigmático es el del Muro en la frontera de México que Donald Trump prometió construir para frenar la inmigración.

- Incremento de los flujos migratorios en contextos geográficos poco habituados a ello, tales como los países escandinavos, e incluso que durante décadas han sido más bien emisores que receptores, como los países del grupo de Visegrado, se caracterizan por una homogeneidad étnico-cultural que ante momentos de crisis migratorias son más susceptibles de percibir estos movimientos como una amenaza a su integridad cultural.
- Las grandes diferencias culturales entre receptores e inmigrantes. Las diferencias en el idioma, en las creencias religiosas y hábitos sociales condicionan el día a día de sus ciudadanos, generando desconfianza e inseguridad, así como problemas comunicacionales. Además, el estigma del islam, estrechamente asociado con el terrorismo yihadista, sobre todo en la primera década del 2000, ha contribuido a generar desconfianza hacia la migración procedente del Magreb y, por extensión, a todos los países de religión musulmana, en aquellos países que se habían convertido en foco de recepción, como Países Bajos, Bélgica o Suiza. Además, la crisis migratoria de 2015, en muchos casos, supondría en muchos países un repentino choque cultural tanto para nativos como inmigrantes, como fue el caso de Suecia. Los nativos se encontraron en la tesitura de recibir a una masa migratoria que no hablaba su idioma ni compartía sus creencias, valores ni tradiciones. Un ejemplo de ello ha sido el número de conflictos derivados por diferencias religiosas o morales, tales como increpar a mujeres por la forma de vestir o los frecuentes conflictos con la comunidad judía.
- Una creciente ruptura entre la mano de obra digital y la mano de obra analógica, de manera que se acrecienta la brecha social más allá de las diferencias económicas, las cuales acaban permaneciendo estrechamente asociadas a las diferencias a nivel sociocultural.
- Como consecuencia de que las fuerzas políticas otrora socialdemócratas habían comenzado a asimilar la nueva racionalidad económica como indiscutible, las políticas de redistribución habían perdido el protagonismo del debate social y el centro de divergencia entre las fuerzas políticas conservadoras y progresistas se había desplazado hacia el ámbito cultural, las *identity politics* y las políticas de

reconocimiento. De entre todas ellas cabe destacar lo que Jones denomina *políticas de integración*. La pretensión de tales políticas ha sido evitar la exclusión de cualquier tipo de particularidad dado que *las únicas desigualdades debatidas por políticos y medios de comunicación eran las raciales* (JONES, 2013, pág. 17). De esta manera, mientras que la desigualdad social en términos de clase había sido disuelta por el discurso neoliberal del esfuerzo individual, había provocado que las desigualdades sociales se dejaran de plantear como un hecho económico estructural para hacerlo en términos culturales (JONES, 2013, pág. 143). En consecuencia, cuando la crisis financiera de 2008 comenzó a generar desigualdades y tensiones sociales, muchas organizaciones de derecha radical populista comenzaron a interpretarlo también en términos culturales. Como señala Zizek, al exceso de objetividad le sigue un exceso de subjetividad, y en este caso, la reivindicación por parte de fuerzas de extrema derecha de derechos para los blancos representa una reacción al exceso de atención a los particularismos (2009, págs. 38-39). En este sentido, Guilluy interpreta que la atención al particularismo ha contribuido a minar la universalidad en términos de comunidad política (2019, pág. 154).

Al mismo tiempo, la falta de alternativas a la precarización por parte del *stablishment* les ha llevado a aceptar discursos xenófobos que no cuestionan las bases de la racionalidad neoliberal, sino su ejecución en términos globalistas.

#### Articulación del discurso

Cabe resaltar que el populismo de derecha surge fruto de unas nuevas condiciones económicas y sociales que no responden con la noción clásica de extrema derecha o de «tradición fascista». Es por ello que suele ser definido como una especie de «extrema derecha posindustrial», o como lo califica Mudde (2007), *derecha radical populista*.

En la denominada ola populista de derecha, originada en la segunda mitad de la década del 2000, cobrarían protagonismo figuras políticas como Geert Wilders en Países Bajos, Jean Marie Le Pen en Francia o el fallecido Jörg Haider en Austria, quienes constituirían un referente para la construcción de este nuevo discurso. Su aparición se vería motivada por los acontecimientos derivados del 11S, la Guerra de Afganistán y la denominada lucha contra el terrorismo yihadista (FERNÁNDEZ-VÁZQUEZ, 2019, pág. 52). Sin

embargo, el hecho más destacable al respecto tiene lugar tras la crisis económica de 2008, cuyo crecimiento del voto a partidos de corte ultraderechista y xenófobo ha dado lugar a una segunda ola del populismo de extrema derecha. Uno de los aspectos más llamativos es la lógica populista de su discurso, ya que presentan medidas cortoplacistas y concretas (HERNÁNDEZ-CARR, 2011, pág. 151) que le proporcionan una mayor flexibilidad ideológica, lo cual no sólo le permite adaptarse a las circunstancias particulares de cada país, sino también a estar a la altura de cada momento político. *La Lega* de Salvini, por ejemplo, ha pasado de reivindicar la independencia de la Padania a erigirse como uno de los grandes adalides de la unidad y el patriotismo italiano. En el caso de los *Demócratas Suecos*, el partido ha moderado su posición respecto a la salida de organizaciones supranacionales como la OTAN.

Es por ello que suele distinguirse por un programa ideológico muy ambiguo y caracterizado por el pragmatismo, en el que el discurso anti-extranjeros es el auténtico motor de la movilización (HERNÁNDEZ-CARR, 2011, pág. 148). Por tanto, nos encontramos con un universal discursivo marcado por un antagonismo fundamentalmente cultural. El discurso populista de extrema derecha introduce el nacionalismo nativista como centro articulador de todo el discurso, en el que la competitividad del país pasa por la mejora de las condiciones de vida de los nacionales a costa de la exclusión de los extranjeros. Es por ello que los efectos sociales fruto de la era posindustrial, tales como la descomposición de la comunidad política –la *asociación*–, el creciente individualismo, la precarización económica y social generalizada, etcétera, son interpretadas como un producto de la globalización. Es decir, de una forma concreta de relacionarse el Estado-nación con el resto del mundo a todos los niveles –económico, político, cultural, social, etcétera–. Por ende, la extrema derecha se identifica como particularidad *blanca* –«los olvidados» por la élite gobernante, «los desposeídos, los perdedores de la globalización»– pero al mismo tiempo se erigen como los representantes de una universalidad amenazada que pretenden recuperar o restaurar –la nación, la comunidad, la cultura–. Para ello, ven como solución la exclusión de la particularidad *per se*, de quien no forma parte de la comunidad, en un doble juego de victimización que al mismo tiempo señala a nuevas víctimas como sus culpables (FRANK, 2008, pág. Nota editorial).

De este modo, ante el exterior constitutivo que el populismo de derecha construye en torno a la globalización y sus defensores –los globalistas–, el sujeto político de su discurso

vendrá a definirse en torno a la cultura nacional. Así pues, el concepto de cultura nacional adopta brillantemente la función de significante vacío, por varias razones:

En primer lugar, debe destacarse que la xenofobia cultural-nacional viene a desplazar al racismo biológico (HERNÁNDEZ-CARR, 2011, pág. 145), en lo que se ha venido a identificar como «*un etno-nacionalismo basado en el “racismo cultural”*» o «racismo diferencialista» (ANTÓN-MELLÓN & HERNÁNDEZ-CARR, 2016, pág. 23). Extensamente empleado por los partidos de extrema derecha tradicionales y de corte fascista, el racismo biológico habría entrado en declive tras la Segunda Guerra Mundial y el progresivo declive de los discursos supremacistas basados en ciertas teorías de aire científicista. Es por ello que los nuevos partidos de este corte ideológico han reemplazando como elemento de identidad política el concepto de raza por el de cultura, conceptualmente mucho más amplio, ambiguo y retóricamente menos agresivo, intentando mantener al mismo tiempo a los sectores más radicales. La lucha permanente por la invisibilización de los elementos nazis dentro de los *Demócratas de Suecia* o el proceso de *desdemonización*<sup>105</sup> del lepenismo en Francia representan ejemplos de cómo las cúpulas intentan invisibilizar a los sectores internos más extremistas con el fin de proporcionar una imagen de moderación que le está dando resultado entre capas de población más moderadas (POYATOS, 2018). Al mismo tiempo, continúan manteniendo estrechas relaciones con los elementos más radicales. Este es el caso de *Fratelli d'Italia*, cuyas raíces históricas proceden del partido neofascista *Movimento Sociale Italiano* de Giorgio Almirante, o *La Lega* con la organización neonazi *CasaPound Italia* (FORTI, La Liga de Salvini ¿Un objeto político aún no identificado?, 2019, pág. 96), o de los supremacistas de los *Proud Boys* con Donald Trump.

En segundo lugar, a diferencia de la defensa de la raza, que estipula la superioridad e inferioridad de unas sobre otras, el discurso de la cultura se adapta más bien a las lógicas propias de las políticas de la identidad y el multiculturalismo. De este modo, sus reivindicaciones no son tratadas como una cuestión de supremacía racial, sino de *diferencia* cultural. En este caso, el populismo de extrema derecha no pretende reivindicar la integración de una comunidad concreta de inmigrantes extranjeros, sino preservar la

---

<sup>105</sup> La palabra original en francés, *dédiabolisation*, que comenzaría a emplearse a partir de 2012 a raíz del proceso de renovación del *Front National* iniciado con el relevo de Jean Marie Le Pen por parte de su hija Marine. Dicho proceso supondría una transformación tanto de la estrategia discursiva hacia una ampliación de las esferas que vendría a ocupar, más allá de la inmigración, así como de la imagen del partido, que culminaría en su *rebranding*, *Reassablement National*.

integridad de la comunidad autóctona, estableciendo así la línea de separación del eje antagónico-discursivo, el «ellos» frente al «nosotros», en el lugar de procedencia. Esta inconmensurabilidad entre la comunidad política receptora y la comunidad inmigrante es construida en torno al relato de una supuesta incompatibilidad entre culturas, cuyo «respeto» por la diversidad cultural pasa por la separación y exclusión a través de políticas xenófobas. Como señala Hernández-Carr, «la nación es identificada con una identidad cultural que se construye alrededor de elementos relacionados con su pasado, mientras que la población inmigrada es abordada a través de su (diferente) pertenencia cultural y, por lo tanto, ubicada en un espacio simbólico ajeno al cuerpo nacional» (HERNÁNDEZ-CARR, 2011, pág. 145). Las justificaciones que respaldan esta idea de incompatibilidad cultural radica en fenómenos sociales supuestamente cotidianos como el deterioro y saturación de los servicios públicos, la inseguridad ciudadana y la delincuencia, o *la degradación de los barrios de las grandes ciudades*, las cuales son sumamente capitalizadas por este tipo de discursos en provecho propio (HERNÁNDEZ-CARR, 2011, pág. 147).

En tercer lugar, la cultura nacional concebida como un conjunto de valores comunitarios en declive, supuestamente amenazados por el avance de los efectos de la globalización y la falta de atención política a las clases medias precarizadas<sup>106</sup>. Este aspecto es muy importante tenerlo en cuenta, ya que no se trata de una clase social tradicionalmente oprimida con una cultura común diferente a la hegemónica, ni de una mera cuestión de pobres contra ricos. Se trata de aquellos estratos sociales que habían asimilado el discurso hegemónico neoliberal, que confiaban en la prosperidad económica a través del esfuerzo individual y de la irrompibilidad del ascensor social porque ellos mismos habían disfrutado de ello. Sin embargo, la crisis financiera de 2008 ha frustrado el *American o European Way of Life* (MANZA & CROWLEY, 2017). El deterioro de las condiciones de vida de la otrora clase media, habría significado el derrumbe de los cimientos sobre los que se había apuntalado no solo un sistema de creencias, deseos y aspiraciones que el neoliberalismo había alimentado, sino además el desplazamiento dentro de una clase media que era protagonista al convertirse en referente cultural. Para Guilluy, ser referente cultural radica en

---

<sup>106</sup> Esta no afecta por igual a todos los países. En países como España, son sobre todo las clases medias precarizadas las más permeables a este tipo de discursos (GARZÓN, 2019).

el sentimiento de ser portador de valores mayoritarios y de ser parte activa de un movimiento económico, social y cultural iniciado por las clases dominantes. Es la situación que dominaba en los Treinta Gloriosos, período en el que la mayor parte de los estratos sociales, desde el obrero al ejecutivo, tenían el sentimiento de estar integrados y de beneficiarse de las grandes mutaciones económicas y sociales de la época. (GUILLUY, 2019, pág. 71)

La pérdida de este estatus significaría, por tanto, el sentimiento de abandono y falta de identificación con los valores dominantes. En las últimas décadas se estaba produciendo, en palabras de Marcel Gauchet, una *fractura social* que paulatinamente se ha ido agrandando entre los beneficiarios y los «perdedores de la globalización» (GUILLUY, 2019, pág. 23). En definitiva, no se trata de un grupo social que aspira a integrarse en la sociedad, sino de una parte de la sociedad que se siente excluida y que busca recuperar el estatus de referente social perdido. Como señala Bennich-Björkman, la extrema derecha sueca está ganando terreno «especialmente en aquellos sectores de la población más afectados por los cambios que la globalización y otros factores están ocasionando en el mercado laboral» (PIVETAL, 2018).

Es por todo ello que el votante de extrema derecha responde a un perfil muy concreto: hombre, joven, blanco, de clase media y despolitizado, que no posee una «tradición de voto» y por tanto está dispuesto a votar opciones políticas nuevas o diferentes a las institucionales (MANZA & CROWLEY, 2017, pág. 12). Además, para los sectores más desmovilizados políticamente o menos ideologizados, la apelación al sentido común es un arma potente, ya que apela a lógicas de mercado ya asumidas para orientarlas hacia políticas nativistas. Por ejemplo, la relación equivalencial entre «negro», «pobre» y «degradación», ciertamente extendida en los Estados Unidos por algunos sectores poblacionales, incluidos inmigrantes, propiciaba su incompreensión sobre la preocupación por parte de los estratos sociales superiores hacia este colectivo. De este modo, las preocupaciones relativas a las luchas por el reconocimiento –en este caso, raciales-, eran identificadas con dar la espalda a los trabajadores (SENNETT, 2003, pág. 67).

En definitiva, el voto no solo se encuentra entre quienes tradicionalmente habían sido considerados «los perdedores de la globalización» (GUILLUY, 2019; RAMA & CORDERO, 2018, pág. 29), sino también –y esta es la novedad- entre quienes fervientemente han interiorizado el relato neoliberal de clase media y ven cómo éste se

derrumba. No se trata por tanto de gente calificada como clase trabajadora<sup>107</sup>, sino de clase media que ha visto cómo su vida se ha precarizado o se encuentra bajo amenaza y aspira a recuperarla o a mantenerla (WILLIAMS, 2016). No es casualidad que los más proclives a la ideología de extrema derecha sean pequeños y medianos empresarios, estratos intermedios y sectores sociales acomodados que habrían experimentado un acusado deterioro de sus condiciones (GARZÓN, 2019; MANZA & CROWLEY, 2017; FERNÁNDEZ-VÁZQUEZ, 2019, págs. 104-106; RAMA & CORDERO, 2018, pág. 29). Además, la transferencia de voto procede de otras fuerzas políticas de tendencia conservadora. Por este motivo, por lo general el voto al populismo de derecha radical no procede de la izquierda ni, como se ha insinuado en algunas ocasiones, porque la izquierda no satisfaga los intereses de los trabajadores. Sin embargo ello no supone una respuesta del todo convincente. Aunque no se produzca una transferencia del voto izquierda a derecha, sí es posible que se produzca generacionalmente. Este parece ser el caso vivido con el RN en Francia, donde en la cuenca del Loira y el noreste de Francia, el voto obrero ha ido variando de la izquierda hacia el RN con el paso de los años y las décadas. El *Rust Belt* estadounidense, el este de Alemania, el norte de Inglaterra o de Italia han sufrido transformaciones similares. De hecho, éste ha sido uno de los principales objetivos de las fuerzas políticas de derecha radical: erigirse como representante del voto obrero víctima de los efectos de la desindustrialización. De hecho, Marine Le Pen se lo propuso como meta en las presidenciales de 2017, moderando su discurso y dotándole de un contenido más social. Sin embargo, su discurso no es lo que reflejan las encuestas. Aunque en Francia RN cuenta con un importante porcentaje del voto trabajador no demuestra que este voto proceda de la izquierda, sino más bien que el voto de clase se ha vuelto mucho más transversal ideológicamente. La tesis más plausible es que se trate de un voto conservador que, dadas las circunstancias de precariedad económica y social, encuentre las respuestas en un partido radicalizado.

---

<sup>107</sup> Si bien cabe remarcar la denominada «excepción francesa», donde al parecer hasta el 44% del voto obrero tenía intención de voto por Le Pen (FERNÁNDEZ-VÁZQUEZ, 2019, págs. 104-106), también cabe manejar con cuidado las categorizaciones desde las que en las diferentes encuestas y estudios se realizan los análisis electorales a partir de la propia autocalificación de pertenencia social del encuestado. Según Williams, en el caso estadounidense, cabe señalar cómo en muchos casos, a pesar de obtener unas rentas ciertamente elevadas, los encuestados se consideraban «clase trabajadora» (WILLIAMS, 2016), lo cual podría generar cuestiones acerca de cómo el sentimiento de pertenencia de clase puede despertar una grave frustración política que no necesariamente se corresponde con una conciencia de clase (Véase *La correspondencia entre identidad discursiva y clase*).

Al mismo tiempo, las consecuencias de este proceso habría sido el avance de la individualización y la descomposición de la sociedad –*asociudad*–, lo que ha venido a traducirse políticamente como el reemplazo progresivo de una conciencia de comunidad nacional, basada en la búsqueda del interés común, por una basada en la búsqueda del interés particular, en el que los diferentes grupos sociales y colectivos miran por la satisfacción de sus propios intereses y por la mejora de las condiciones particulares de la comunidad a la que pertenecen. Esta lógica se ha extrapolado a los nuevos inmigrantes que, al encerrarse en sus propias comunidades culturales, supuestamente son incapaces de integrarse en la comunidad receptora. En los *Quartiers Nord* de Marsella, donde más del 60% de la población es musulmana, los índices de abstención son sumamente altos. El interés por la política nacional es nula, en tanto que la pobreza y el desempleo genera una sensación de abandono y de falta de identificación con los representantes políticos (HERNÁNDEZ VELASCO, 2017). En su lugar, estas comunidades encuentran su consuelo en el fundamentalismo religioso, alimentando al mismo tiempo los prejuicios y desconfianza que genera entre los nativos franceses. Es por ello que ha llegado incluso a desarrollarse una cierta aversión entre nuevos y viejos inmigrantes (GUILLUY, 2019, págs. 196-197), quienes han logrado integrarse en la sociedad receptora interiorizando no solo sus tradiciones y valores, sino también el discurso hegemónico, y que ahora ven cómo su estatus social se encuentra bajo amenaza. En el caso de Suecia, son los denominados «suecos no étnicos» –inmigrantes viejos, o de 2º generación– que viven en los suburbios los que sienten más resentimiento con los nuevos inmigrantes (HAKIM, 2016). Otro ejemplo es el llamativo incremento del voto latino a Trump en 2020 respecto de 2016, sobre todo en aquellas zonas con mayor presión migratoria, como la frontera de Texas, Ohio o Florida (MEDINA, 2021).

Como resultado, la combinación de la *inseguridad social* –ligada a las transformaciones económicas– con la *inseguridad cultural* –ligadas a los efectos del multiculturalismo– ha sido, según Guilluy, la detonante del auge de este tipo de discursos<sup>108</sup>. Según Wendy Brown, de este modo se produce una aversión de clase inconsciente e incluso negada que se superpone con la aversión cultural (2021, pág. 161). Así pues, el trabajador del noreste de Francia, el empresario medio estadounidense, o la del pequeño comerciante en España, pero también la figura del *chav* o del *redneck*, que sufren el desamparo de las instituciones

---

<sup>108</sup> Según argumenta Guilluy, los sectores que sentían inseguridad cultural pero no económica votaron por Fillon, no por Le Pen, en 2012 (GUILLUY, 2019, pág. 26).



neoliberales, concentran en el inmigrante la figura de la doble exclusión que no está cubierta por otros discursos salvo por el del populismo de derecha radical.

En cuarto lugar, la protección de la cultura nacional puede dar como resultado una extensa cadena de equivalencias que va desde la preservación de una comunidad política homogénea a la defensa de valores tradicionales y religiosos, situando como adversario a los movimientos sociales que promueven la defensa del feminismo, el antirracismo, el movimiento LGTBI o el ecologismo, en pos de un reforzamiento de medidas de corte autoritario. Para ello, como señala Stanley, en plena era del fin de las utopías, el pasado representa el nuevo mito en torno al cual se construye el discurso. Esto por supuesto beneficia principalmente a los discursos ultraconservadores (2019, pág. 15). El «*Make America Great Again*» de Donald Trump tal vez sea el mejor ejemplo que resume este ideal.

Las reacciones islamófobas de partidos como el PVV de Geert Wilders en Países Bajos, o la prohibición de los minaretes en Suiza tras el polémico referéndum de 2009, habían asentado un precedente de lo que podría constituir la percepción de «amenaza cultural». Un ejemplo de ello lo podemos encontrar en Suecia. La delincuencia y conflictos derivados de las diferencias económicas, religiosas y culturales entre suecos e inmigrantes, sobre todo tras la crisis migratoria de 2015, ha generado una sensación de inseguridad entre la población sueca que Jimmie Åkesson, líder del partido de extrema derecha *Demócratas Suecos* ha sabido capitalizar. Además, el surgimiento de una sociedad paralela ha contribuido a polarizar la situación (HAKIM, 2016). El DS ha logrado articular un discurso con el que asociar los «buenos tiempos» del Estado de Bienestar con una cultura propiamente sueca, homogénea tanto religiosa como étnicamente (GARCÍA GRANADO, 2020). Ello ha posibilitado la difusión de un «etnocentrismo cultural» basado en significantes comunes de «lealtad, identidad, lengua y cultura» (GARCÍA OLASCOAGA, 2018, págs. 838-840), en torno a los cuales se establece una cadena equivalencial entre decadencia económica y decadencia identitaria. Esta concepción es indisociable de una cultura sueca que va más allá de las tradiciones; son un conjunto de «valores suecos», asociados a la pertenencia a una comunidad nacional que asume y respeta una serie de tradiciones y normas sociales (SMITH, 2018). Tras las elecciones generales de 2022, el partido de extrema derecha ha logrado situarse como segunda fuerza política.

En el caso de Dinamarca, la crisis migratoria llevó al *Partido Popular Danés*, de extrema derecha, a ser la segunda fuerza política en el *Folketing*. Con el fin de evitar las tensiones sociales de casos como Suecia o Francia, la apelación a los «valores daneses» se había convertido en el gran significante vacío con el que se delimitaron los criterios de inclusión y exclusión de los inmigrantes. Así pues, bajo este concepto se han sancionado comportamientos tales como el uso de velo en público y se han establecido ceremonias de integración a la comunidad danesa para aquellos inmigrantes que adquirieran la nacionalidad (MESAS, 2018). También se han introducido a los hijos de inmigrantes en clases sobre valores daneses, cuya negativa de los padres podría suponerles la negación de las ayudas sociales (HERRANZ, 2019). En Polonia, el partido de extrema derecha *Ley y Justicia* de Kaczyński ha demostrado en reiteradas ocasiones su rechazo a políticas culturalmente progresistas, a las que considera producto de «una ideología perversa», tales como la legalización de la eutanasia (VALERO, 2020). De hecho, después de que el Tribunal Constitucional polaco, previa renovación de sus miembros por parte del PiS, hubiera declarado inconstitucional el aborto incluso en caso de malformación del feto, el gobierno declaró su prohibición (ROS, 2021). No obstante, el caso más llamativo ha sido la iniciativa de algunos de sus simpatizantes de zonas «libres de ideología LGBTI» por todo el país con el respaldo de las autoridades (VALERO, 2020). De hecho, las políticas antiinmigración, junto a la lucha contra el feminismo o el movimiento LGBTI, son interpretados como parte de una cruzada en defensa de la familia tradicional propias de la identidad católica polaca (VALERO, 2020). En términos similares se ha expresado el discurso de Bolsonaro, quien ha reivindicado «valorizar la familia, la religión y tradiciones judeocristianas, así como la conservación de los valores» de Brasil (TEJERO, 2018).

Pero si el discurso anti-*stablishment* va más allá de la crítica a las élites que promueven políticas en favor de la globalización, lo cierto es que han sido las propias élites quienes han contribuido a establecer dicha cadena de equivalencias. Ante el auge de los votos a la extrema derecha y sus reivindicaciones de control de la inmigración y de la adopción de medidas proteccionistas, en lugar de absorber sus demandas, la respuesta del grueso de los partidos políticos neoliberales ha sido tratar con displicencia a sus votantes. En una ocasión, la candidata demócrata a la presidencia Hillary Clinton se refirió a los votantes de Trump como «un cesto de deplorables», seguido de una retahíla de adjetivos: «racistas, sexistas, homófobos, xenófobos, islamófobos, ¡hay de todo!» (GUILLUY, 2019, pág. 21).

Pero en este desprecio no reside una mera cuestión ideológica o cultural, sino también clasismo. Cuando el Presidente francés François Hollande se refirió a los votantes del *Front National* como «desdentados», resumió con un descalificativo no solo todo aquello que para la izquierda neoliberal representaban los votantes de extrema derecha, sino lo que representaban todos aquellos que no comulgaban con las reglas de juego neoliberales: inadaptados, ignorantes, vagos, intolerantes, reaccionarios, incapaces de subirse a la ola del progreso y del inexorable desarrollo económico de la era globalizada. En una palabra, *petit blancs, canis, chavs, rednecks, bogans, white trash...*<sup>109</sup> Otro ejemplo: El caso *Bigotgate*, en el que el *premier* laborista británico David Cameron se refirió a uno de sus votantes como *bigot* –«fanático» en inglés- demuestra el distanciamiento del *Nuevo Laborismo* respecto de las clases populares mientras se preocupaba por las políticas de integración cultural (JONES, 2013, pág. 119). El resultado de estas políticas ha sido, cuanto menos, paradójico. Los denominados viejos inmigrantes que habían logrado asimilar no solo la cultura nacional, sino también las reglas de juego neoliberales, y que habían logrado ascender socialmente, en muchos casos han acabado por reproducir este mismo desprecio, no solo respecto a quienes tienen ideología de extrema derecha, sino también a los denominados «perdedores de la globalización»<sup>110</sup>. Como reacción al paternalismo clasista de las élites políticas, los discursos de extrema derecha suelen erigirse como «los verdaderos representantes del pueblo» (ANTÓN-MELLÓN & HERNÁNDEZ-CARR, 2016), sin máscaras ni maquillajes, donde la incorrección política representa un símbolo de autenticidad frente al excesivo esteticismo de la política tradicional. Con ello, la extrema derecha consigue dos objetivos: por una parte, captar la atención de votantes potenciales; por otra, sus imposturas se convierten en su bandera frente a lo que ellos denominan «el marxismo cultural» o la «ideología de género» (TEJERO, 2018) con el que, dicen, se sienten oprimidos y perseguidos. En este punto, Stanley señala cómo irónicamente la extrema derecha ataca a las minorías mediante una campaña de victimismo por parte de los grupos dominantes (2019, pág. 93). Una frase que resume a la perfección esta idea es la que expresó el líder de *Vox* Santiago Abascal a

---

<sup>109</sup> Resulta especialmente llamativo la amplia variedad de apelativos en el mundo anglosajón para referirse despectivamente a un colectivo social muy concreto y definido.

<sup>110</sup> Afirma la periodista británico-ugandesa Yasmin Alibhai-Brown lo siguiente: «A nosotros [los inmigrantes] se nos desprecia porque no dejamos escapar las oportunidades que esos vagos desechan» [en referencia a los *chavs*][...] (JONES, 2013, pág. 145)

través de las redes sociales: «La dictadura progre es una amenaza para la libertad, la cultura y la civilización»<sup>111</sup>.

Un aspecto crucial a tener en cuenta es cómo la extrema derecha ha señalado como «productos universitarios» a todos estos colectivos y luchas, incidiendo de esta manera en la desconfianza hacia quienes poseen estudios superiores. Por ejemplo, Williams (2016) expone en qué medida el perfil del votante medio trumpista desconfiaba o estaba harto del paternalismo de los titulados universitarios. Esta sensación de paternalismo se extiende desde el médico que abronca a los pacientes por fumar, hasta el científico que se ríe de la ignorancia del público que defiende teorías como el creacionismo. Dentro de este espectro se encontrarían también el feminismo o el ecologismo, los cuales son considerados como preocupaciones propias de una élite acomodada. Lo mismo sucede con el racismo o la xenofobia, que se convierten para estos discursos en diques de contención para reprimir la libertad de expresión bajo «una dictadura de lo progre». Además, su carácter aleccionador genera aversión entre este tipo de discursos, ya que les señalan, responsabilizan y les hacen sentir mal por su comportamiento. En este sentido, suelen señalar como objeto de influencia marxista los contenidos científicos o académicos que no suelen responder a los intereses ideológicos de este tipo de discursos. En el caso de Hungría, la educación ha sufrido un proceso de centralización de competencias en torno al gobierno bajo el pretexto de ser considerados como centros bajo el «influjo izquierdista» (STANLEY, 2019, pág. 55).

En su lugar, en un alarde de reivindicar la libertad individual en su máxima expresión, suelen enarbolar la bandera del «piensa por ti mismo». De acuerdo con esta lógica puede explicarse la propensión de un cierto público de extrema derecha hacia lo espiritual<sup>112</sup> y hacia las teorías de la conspiración, fundada principalmente en la desconfianza hacia lo institucionalizado –sea político, científico, económico, etcétera-. Cabe destacar el negacionismo climático entre este tipo de discursos, el cual además encaja a la perfección con los intereses de la industria tradicional. De hecho, han sido los principales representantes del discurso de extrema derecha quienes han avivado este tipo de teorías

---

<sup>111</sup> ABASCAL, S. [@Santi\_ABASCAL]. (8 de julio de 2020). *Como siempre, la izquierda caviar se asusta de las aberraciones que ella misma ha engendrado. La dictadura progre es una amenaza para la libertad, la cultura y la civilización.* [Tweet] [Artículo adjunto]. Twitter. Recuperado de [https://twitter.com/Santi\\_ABASCAL/status/1280839926892965888](https://twitter.com/Santi_ABASCAL/status/1280839926892965888)

<sup>112</sup> Por ejemplo, el presidente de Brasil Jair Bolsonaro ha mostrado simpatías por las doctrinas filosóficas de Olavo de Carvalho, inspiradas en una mezcla de anticomunismo, espiritualidad y desconfianza al cientificismo.

conspirativas, sobre todo durante la pandemia de la COVID-19. El presidente de Brasil Jair Bolsonaro, quien minimizó los efectos del virus refiriéndose a él como *uma gripezinha* –gripecita en portugués-, ha sido sumamente reticente a la hora de adoptar medidas de prevención bajo el argumento de que tenían que dejar de ser «un país de maricas» (GALARRAGA GORTÁZAR, 2020), al tiempo que ha expresado desconfianza con las vacunas (ROYO GUAL, 2020). En este punto, Trump destaca por sus polémicas manifestaciones al respecto. Ya en la campaña presidencial de 2016, había contado con el apoyo del destacado antivacunas Andrew Wakefield, célebre por la publicación en *The Lancet* de un artículo que relacionaba las vacunas con el autismo (BOSELEY, 2018). En 2017, el activista antivacunas Robert Kennedy Jr. se había reunido con el presidente Trump para explorar la posibilidad de crear una comisión que investigara la relación entre las vacunas y el autismo (PINTO, 2017). Además de afirmar que había visto «evidencias» de que el coronavirus procedía de un laboratorio chino (COHEN, MARQUARDT, ATWOOD, & ACOSTA, 2020), al margen de la recomendación de los expertos sanitarios, había planteado incluso la posibilidad de paliar la enfermedad a través de la inyección de desinfectantes o mediante la aplicación de luz solar (NAVARRO, 2020). Como resultado de esta permanente desconfianza respecto a las recomendaciones de los científicos y expertos, avalados por el *stablishment*, una vez más la población los ha acabado ubicando en la misma esfera de intereses que las élites políticas universitarias. Es a partir de aquí donde comienzan las afinidades entre el discurso de extrema derecha y las teorías de la conspiración. El *pizzagate*, que relaciona a Hillary Clinton con una red de pedofilia, o el movimiento *QAnon*, que denuncia la existencia de un *deep state* controlado por una élite anti-Trump. Cabe aclarar que ello no significa que los votantes de extrema derecha sean unos conspiranoicos, pero sí existe una cierta tendencia de desconfianza a lo institucionalizado que genera una mayor permeabilidad a este tipo de teorías (STANLEY, 2019, pág. 62). De hecho, según una encuesta del *Washington Post*, aunque tales teorías eran más conocidas por el voto demócrata que por el republicano, entre estos últimos, muchos de los que los desconocían estaban de acuerdo o compartían algunos de sus puntos<sup>113</sup>. Tal vez sea en este aspecto donde se hace más evidente cómo el discurso populista de extrema derecha ha sabido explotar eficazmente las *fake news* en su favor. Ante una mayor proclividad hacia las teorías de la conspiración, existe una mayor permeabilidad ante la difusión de cualquier información sin ningún tipo de

---

<sup>113</sup> Por ejemplo, hasta un 50% de los republicanos no partidarios de Trump estaban de acuerdo en que los líderes demócratas estaban envueltos en círculos de pedofilia (BUMP, 2020).

fundamentación, pero sumamente eficaz a la hora de extender en su favor ciertos discursos (STANLEY, 2019, pág. 61).

Sin embargo, cabe hacer un matiz. Aunque la crítica es vertida contra todas aquellas luchas que interpretan alineadas con el globalismo –feminismo, lucha LGTBI, ecologismo, etcétera-, en muchos casos incluso han recogido tales demandas en su propio favor. Ha sido el caso de Frauke Petry, de AfD (FERNÁNDEZ-VÁZQUEZ, 2019, pág. 35), o de Marine Le Pen, que ha llegado a reivindicar su rol como «mujer moderna» al frente del partido (RAMAS, 2019, pág. 80). Además, muchos de ellos se han distanciado del discurso homófobo. Ya en 2002, el neerlandés Pim Fortuyn, quien llegó a asentar un importante precedente de populismo de extrema derecha, era abiertamente homosexual. En Francia, en el período que media entre 2012 y 2017, el FN había logrado aglutinar a un nutrido número de votantes homosexuales<sup>114</sup>, mientras se erigía como defensora de la naturaleza y los derechos de los animales (FERNÁNDEZ-VÁZQUEZ, 2019, pág. 36). En esta misma línea se han manifestado otras formaciones como AfD, el PPD y los *Demócratas Suecos*, en la medida en que conciben el respeto por la naturaleza como una forma de proteger a la patria<sup>115</sup>. Sin embargo, la defensa de estas posiciones no se traduce, a su juicio, en una identificación con la defensa del feminismo, la lucha LGTBI o el ecologismo, luchas que a su juicio propugnan por la alteración del orden social<sup>116</sup>. Además, estas demandas sociales son recogidas para ser reconducidas hacia la defensa de la cultura nacional. Así pues, la igualdad de entre hombres y mujeres o la libertad sexual constituirían aspectos que se encontrarían amenazados por la inmigración. En definitiva, desarrollando esta cadena de equivalencias, la derecha radical populista reúne como exterior constitutivo a un conjunto de enemigos comunes que, desde su punto de vista, han pervertido a las élites políticas distanciándose del pueblo al no preocuparse por «lo verdaderamente importante», es decir, el bienestar económico, mientras ponen en peligro los valores e integridad nacionales a través de la amenaza migratoria y la introducción en la agenda nacional de políticas procedentes de las élites y lobbies globalistas.

---

<sup>114</sup> De hecho, una de las críticas vertidas hacia Marine Le Pen por parte de la línea dura de RN, así como de su padre, ha sido precisamente el hecho de estar rodeada de «una corte de heteróforos» (FERNÁNDEZ-VÁZQUEZ, 2019, pág. 54)

<sup>115</sup> Lo cual contrasta con la política de Bolsonaro de aniquilación sistemática del Amazonas en pos del progreso económico, cabe decir.

<sup>116</sup> Así pues, el feminismo sería (mal)interpretado como una especie de supremacismo para las mujeres contra la que hay que luchar en pos de una “verdadera igualdad” entre hombres y mujeres, por ejemplo.

En quinto lugar, el discurso de extrema derecha populista argumenta que la cultura nacional, en un contexto globalista, es insostenible materialmente. De esta manera, la presión migratoria habría vuelto insostenibles estos modelos, alterando las estructuras económico-sociales tradicionales y empeorando las condiciones de vida de la población. Es por ello que sus políticas económicas están orientadas hacia la recuperación de la soberanía económica. Esta interpretación, ciertamente amplia, se caracteriza por su gran adaptabilidad a los diferentes contextos económicos y particularidades culturales, en lo que Ramas ha venido a diferenciar entre *social-identitarios* y *neoliberales autoritarios*<sup>117</sup>.

Por lo general, estos discursos tienden a señalar a los inmigrantes como sectores poblacionales que contribuyen a la saturación y empeoramiento de los servicios públicos como la sanidad, la educación o los subsidios. Es aquí donde comienzan las medidas de corte xenófobo tales como la política de «los nacionales primero», en lo que se ha venido denominando *chauvinismo de bienestar* (HERNÁNDEZ-CARR, 2011, pág. 147). Un ejemplo sumamente representativo de esta equivalencia entre modelo económico y cultura lo podemos advertir en el *folkhemmet* sueco. Inspirado en una concepción de sociedad basada en la familia, se caracteriza por una economía de libre mercado con una fuerte presencia del Estado como protector económico y social. El líder de los *Demócratas Suecos* Jimmie Åkesson se ha apoyado en esta concepción, tan característica del Estado de Bienestar escandinavo, para proponer su recuperación y reforzamiento mediante medidas proteccionistas y de control de la inmigración (RICÓN, 2018; SÁNCHEZ R. , 2018). De hecho, la promesa de garantizar derechos sociales universales al precio de aplicar políticas xenófobas ha constituido uno de los principales atractivos para las clases medias precarizadas<sup>118</sup>.

Así pues, la preservación de la cultura nacional, que trasciende más allá de las clases sociales, supone también la preservación de las estructuras económicas nacionales frente

---

<sup>117</sup> Para Clara Ramas (2019), los social-identitarios defienden el modelo de Estado de Bienestar, mientras que los liberales autoritarios propugnan por el avance en políticas de desregulación y liberalización económica. Mientras los primeros son propios de países con una fuerte implantación del Estado de Bienestar, como RN en Francia, AfD en Alemania o SD en Suecia, los segundos son comunes en países donde este modelo es mucho más débil, como el trumpismo en Estados Unidos, Bolsonaro en Brasil, Vox en España, el PiS en Polonia, Fidesz en Hungría o el PVV en Países Bajos. Sin embargo, tras la dimisión de Phillipot como asesor de Marine Le Pen, el RN se dirige hacia posicionamientos más proclives al neoliberalismo autoritario.

<sup>118</sup> Owen Jones es meridianamente claro al respecto cuando cita a Brendan Duffield, un representante sindical de Dagenham, al reconocer que desde que gobierna el BNP en su ayuntamiento, es la primera vez que observa en su barrio nuevas viviendas de protección oficial desde los tiempos de Thatcher. (JONES, 2013, pág. 274)

a los efectos de la globalización. Como podemos ver, el núcleo común de los discursos populistas de extrema derecha reside en señalar causas culturales como motivo principal del deterioro de las condiciones socioeconómicas, al tiempo que permanecen otras cuestiones, como las lógicas y modos de gestión económicas desplazadas del debate público y fuera de todo cuestionamiento. A su vez, estos discursos contribuyen a reforzar una concepción de la economía propia de la lógica de mercado, en la que lo que está en cuestión no es la falta de recursos destinados a los servicios públicos, sino a quién se destinan dichos recursos limitados.

Aunque estos partidos, sobre todo los de corte social-identitario, suelen establecer una equivalencia entre neoliberalismo y globalismo para criticar el modelo económico de los partidos políticos tradicionales<sup>119</sup>, cabe resaltar cómo tales programas económicos no aspiran a revertir el proceso de reducción de presencia del Estado en la economía, ni mucho menos a desafiar las lógicas económicas de mercado, sino más bien a reacomodar las condiciones económicas nacionales a su nuevo encaje en el contexto globalizado<sup>120</sup>. Como ya se analizó en capítulos previos, la superposición de planos –uno estatal, otro supraestatal o transnacional- permite a los Estados combinar diferentes formas de implantación del modelo neoliberal definidos por Jessop, y al mismo tiempo constituyen una *doble malla jurídica* que, de acuerdo con los postulados ordoliberales, sirven de garantía para el sostenimiento del orden económico (AHEDO & TELLERÍA, 2020, pág. 409). En realidad, el programa económico del populismo de derecha radical constituye un freno de emergencia contra algunos de los efectos del neoliberalismo. Si bien suelen aceptar los fundamentos del capitalismo y el libre mercado, defienden un diferente papel del Estado que garantice el bienestar de la población, pero al mismo tiempo, el correcto funcionamiento del mercado evitando en la medida de lo posible las injerencias estatales en esta esfera. Esta es la posición del SVP suizo, pero también la de otros partidos como el FPÖ, cuyo líder Georg Haider defendía un modelo de *fair market* frente al *free market* del neoliberalismo globalista y el socialismo (MUDDE, 2007, págs. 122-124). Es por ello que muchos de estos discursos han reivindicado un *nuevo capitalismo renano* o la recuperación de la *economía social de mercado* (MUDDE, 2007, págs. 124-125) que,

---

<sup>119</sup> Marine Le Pen criticó a Macron su defensa de la política de reducción del Estado, erigiéndose ella como defensora de lo público (RAMAS, 2019)

<sup>120</sup> De hecho, Jean-Marie Le Pen llegó a afirmar, a principios de los ochenta, que se consideraba un reaganista *«avant la lettre»*, ya que, según él, había desarrollado el programa económico del Expresidente dos años antes que él. (MUDDE, *Populist Radical Right Parties in Europe*, 2007, pág. 122)



como ya hemos analizado, son reminiscencias del ordoliberalismo y de la democracia cristiana originarios.

Lo que Marine Le Pen ha denominado «proteccionismo inteligente»<sup>121</sup> no representa más que la adopción de medidas proteccionistas en aquellos aspectos que contribuyan a generar un entorno económico favorable a la producción nacional frente al extranjero con el fin de ser más competitivos. Además, tras la derrota en las elecciones presidenciales de 2017, es bastante plausible que el partido de Le Pen vire de nuevo hacia postulados más estrictamente neoliberales. Uno de los ejemplos más notorios de este hecho ha sido el del rechazo de Trump al *Transatlantic Trade and Investment Partnership* (TTIP), o el marcado euroescepticismo de fuerzas políticas como *Demócratas Suecos*, *Reassemblent National*, *La Lega* o *Fratelli D'Italia*. De igual forma, el partido polaco *Ley y Justicia* ha promovido y reivindicado medidas proteccionistas como la implantación de nuevos impuestos a la banca y a las grandes superficies, así como «una adquisición gradual de las entidades de propiedad extranjera por parte de instituciones financieras polacas con capacidad» (TEMIÑO, 2015). En este punto, la reivindicación central de los partidos de derecha radical populista se encuentra en la recuperación de los mecanismos de protección estatales que habían sido cedidos o comprometidos a organizaciones y tratados internacionales con el fin de tener una mayor flexibilidad y adaptabilidad para hacer frente a los vaivenes del mercado globalizado.

Así, nos encontramos de nuevo con el argumento de la incompatibilidad cultural y la justificación de políticas xenófobas como «fórmulas de protección» de la economía nacional. La libertad de desplazamiento, garantizados en entornos supranacionales como el Espacio Schengen, han sido interpretados por estos discursos como un pretexto para fomentar el denominado «dumping social»<sup>122</sup>, un argumento que está resultando sumamente convincente entre los sectores de población más precarizados. Como señala Mudde, la extrema derecha populista sostiene una visión positiva del libre mercado dentro del marco del Estado-nación, sin embargo desconfía de los mercados internacionales, ya que vician el normal funcionamiento del bienestar social y del mercado interno a través de los flujos migratorios (MUDDE, 2007, pág. 125). Es por ello que la mayoría de partidos de derecha radical populista suelen reivindicar la recuperación o reforzamiento

---

<sup>121</sup> Punto 35 del programa electoral de Marine Le Pen a las elecciones presidenciales de 2017.

<sup>122</sup> Así es como se refiere Guilluy a la interpretación que realizan los sectores de extrema derecha al abaratamiento de la competencia entre trabajadores (GUILLUY, 2019, pág. 47)

del control fronterizo mediante medidas como la salida del Espacio Schengen, o condicionar la libertad de desplazamiento con la aplicación de un impuesto adicional a los trabajadores procedentes del extranjero<sup>123</sup>.

No obstante, en su afán de atraer al mayor espectro posible de estratos sociales, lo cierto es que, para la extrema derecha, elaborar un programa económico interclasista ha sido sumamente problemático. Si bien es cierto que su discurso se nutre del voto de clase media precarizado y desencantado, uno de sus principales objetivos ha sido ampliar la base social hacia el voto obrero, lo que suele generar numerosas contradicciones de intereses. Mientras que el voto obrero demanda la mejora de los servicios sociales, lo cual implica una mayor presencia del Estado social, los estratos sociales medios y altos se muestran más favorables a una reducción de la presencia del Estado en la economía (HERNÁNDEZ-CARR, 2011, pág. 149). Un caso paradigmático de esta contradicción es el vivido en el seno del ejecutivo brasileño entre Jair Bolsonaro y Paulo Guedes, cuyas políticas de austeridad han suscitado algún problema interno, ya que podrían comprometer seriamente sus –escasos– apoyos electorales más populares (NOVAES, 2020). Es por ello que, tal y como señala Hernández-Carr, las propuestas políticas de este tipo de discursos no suelen mostrar excesiva atención a la economía, ya que lo que les resulta más rentable electoralmente suele ser el debate en la esfera sociocultural (2011, pág. 153).

Por lo general, además de adoptar medidas proteccionistas, sus políticas económicas se han caracterizado por su defensa de la reducción de impuestos (MUDDE, 2007, pág. 122), sobre todo a las pequeñas empresas, así como a las clases medias y altas<sup>124</sup>. En el caso de Trump, por ejemplo, medidas tales como la bajada de impuestos y las ayudas a las pequeñas empresas ha beneficiado a las clases inmigrantes medio-altas en estados como Florida o Texas. De hecho, la identificación de la bajada de impuestos con una mayor seguridad económica ha sido uno de los principales motivos del trasvase de votos del *Partido Demócrata* al partido de Trump (MEDINA, 2021). En Brasil, el equipo económico de Bolsonaro, encabezado por el neoliberal Paulo Guedes, además de proseguir con el proceso de privatizaciones ya iniciado por Michel Temer (FARIZA, 2020), ha recortado la ayuda *Bolsa Família*, una herencia social de los tiempos de Lula

---

<sup>123</sup> Puntos 24 y 38 del programa electoral de Marine Le Pen para las elecciones presidenciales de 2017.

<sup>124</sup> Salvini, por ejemplo, llegó a afirmar en un coloquio organizado por *Corriere della Sera* que estaría dispuesto a dimitir si no podía bajar hasta al menos 10.000 millones de euros en impuestos (CREMONESI, 2021).

da Silva, así como ha reducido drásticamente el número de nuevas concesiones (ROSSI & BENITES, 2020). Incluso en entornos de mayor arraigo del Estado de Bienestar, como Suecia o Francia, las políticas económicas han estribado en una reducción de la carga fiscal, como la abolición del impuesto de nómina a las pequeñas empresas, o la reducción del pago por enfermedad (SÁNCHEZ R. , 2018). Sin embargo, para especialistas en la materia como Mudde, estos indicadores no justifican la presencia de un «núcleo neoliberal» en este tipo de discursos, ya que no existe un criterio homogéneo y claro al respecto. A su juicio, cada formación política reivindica la desregulación de ciertos aspectos y la regulación de otros, sin seguir un esquema preciso propio de una «doctrina» neoliberal (2007, pág. 128). No obstante, y a colación de otras diferenciaciones que establece el autor al respecto, estos discursos no escapan –ni mucho menos, desafían- a dichas lógicas, sino que más bien constituyen un nuevo discurso que, sin embargo, están encajados dentro de la racionalidad neoliberal, al igual que la Tercera Vía<sup>125</sup>. De hecho, algunas organizaciones como la *Atlas Network Foundation* reúnen entre sus propósitos y fundamentos ambos aspectos –neoliberalismo y extrema derecha-. Es por ello que el núcleo de las críticas de estos discursos no se encuentra en el cuestionamiento de las dinámicas del neoliberalismo, tales como la competitividad o la libre empresa, sino más bien los asume e interioriza como propios. De hecho, se alimenta de estas mismas lógicas para construir y articular su discurso.

La derecha radical populista como extensión autoritaria de la racionalidad neoliberal

Bien es cierto que el populismo de extrema derecha se diferencia de la extrema derecha tradicional, en gran parte, por la aceptación –al menos, de entrada- de las reglas de juego del marco democrático y de sus mecanismos institucionales, lo cual podría explicar la adopción de lógicas políticas de carácter populista para alcanzar el poder político (ANTÓN-MELLÓN & HERNÁNDEZ-CARR, 2016, pág. 21). De hecho, en muchos casos, sus líderes llevan años desenvolviéndose en la vida democrático-institucional como peces en el agua. Es el caso de líderes como José Antonio Kast en Chile, Jaroslaw Kaczynski en Polonia, Víktor Orbán en Hungría, Nikola Gruevski en Macedonia, Santiago Abascal en España, Giorgia Meloni y Matteo Salvini en Italia, Heinz-Christian

---

<sup>125</sup> Entre estas diferenciaciones podemos encontrar cómo el propio autor diferencia el neoliberalismo de la Tercera Vía –que la define como liberalismo social- la cual, por otra parte, interpreta que mantiene escasas diferencias con la Democracia Cristiana.

Strache en Austria, o Tom Van Grieken en Bélgica. De hecho, los dos primeros ejemplos además forman actualmente parte del *stablishment* de su sistema institucional, que al albur de los acontecimientos han experimentado una radicalización ideológica. Sin embargo, ello no obsta para concebir que este tipo de discursos contribuyan a socavar la legitimidad de los mecanismos democrático-institucionales (HERNÁNDEZ-CARR, 2011, pág. 144), y de hecho, así ha sido. En Hungría, *Fidesz* ha aprovechado su mayoría parlamentaria para realizar numerosas modificaciones constitucionales y legislativas, reformas electorales, prácticas de *gerrymandering*<sup>126</sup> y la renovación de puestos clave de control político –incluidos los medios de comunicación públicos- con personas afines a su partido que le permitieran afianzar su poder (KREKÓ & ENYEDI, 2018, págs. 40-42). En el caso de Donald Trump, las acusaciones de utilización fraudulenta de las redes sociales en la campaña presidencial de 2016, el cuestionamiento de los mecanismos de recuento de las urnas durante las elecciones presidenciales de 2020, y las acusaciones de promover un intento de asalto al Capitolio, le han valido tener que someterse a dos procesos de *impeachment*, algo inédito en la historia de los Estados Unidos. Así mismo, tales comportamientos han sido replicados por los bolsonaristas en Brasil un año después mediante la ocupación de la Congreso Nacional, la sede de la presidencia y el Tribunal Supremo Federal exigiendo un golpe de Estado militar. Las sospechas alimentadas por los medios bolsonaristas de que las elecciones habían sido manipuladas han generado entre los partidarios del expresidente una creciente desconfianza en las instituciones democráticas.

Es por todo ello que la relación entre este tipo de discursos y la autoridad del Estado es ciertamente contradictoria. Mientras que, por una parte, se erigen como los verdaderos representantes del pueblo contra las élites y el poder establecido, por otra reivindican una mayor autoridad del Estado, el cual conciben como blando y débil (MUDDE, 2007, págs. 145-146). Para Mudde, el fundamento clave para alegar el autoritarismo es la falta de seguridad; la lucha contra la delincuencia (2007, págs. 145-146). Como afirma Lipovetsky,

[...]tal como demostró Tocqueville, a medida que los hombres se retiran en su esfera privada y no se preocupan más que de sí mismos, reclaman al Estado para que les asegure una protección más vigilante, más constante de su existencia [...] El Estado moderno ha

---

<sup>126</sup> Práctica política consistente en trazar circunscripciones electorales de tal manera que dividan el voto de los adversarios y refuercen el voto propio.

creado un individuo apartado socialmente de sus semejantes, pero éste a su vez genera su aislamiento, su ausencia de belicosidad, y su miedo de la violencia, las condiciones constantes del aumento de la fuerza pública. Cuanto más los individuos se sienten libres de sí mismos, mayor es la demanda de una protección regular, segura, por parte de los órganos estatales [...] (LIPOVETSKY, 1987, pág. 194)

Para ello, suelen reivindicar un mayor fortalecimiento de la independencia del poder judicial y de las fuerzas de seguridad, así como de una transformación del sistema penitenciario –hacia un empeoramiento de las condiciones de los presos en pos de una reducción del gasto público por reo-, e incluso la reivindicación del derecho a la posesión de armas (MUDDE, 2007, pág. 146)<sup>127</sup>. En consecuencia, justifican así la adopción de medidas drásticas que supongan la limitación de derechos y libertades de los ciudadanos con el fin de garantizar la seguridad y la propiedad privada, así como la ilegalización de aquellas organizaciones políticas y religiosas bajo el pretexto de ser consideradas inmorales, «poco deseables», o una amenaza para la seguridad nacional. Es por ello por lo que el núcleo ideológico de este tipo de discursos podría resumirse, en palabras de Antón Mellón, «en nacionalismo, populismo y autoritarismo» (ANTÓN-MELLÓN & HERNÁNDEZ-CARR, 2016, pág. 21), ya que el fundamento que justifica el crecimiento de este tipo de discursos en un entorno de inestabilidad generalizada es el de la búsqueda de *seguridad*: seguridad en las calles, unos servicios públicos garantizados, estabilidad económica y laboral, preservación de los valores y tradiciones, etcétera. Como resultado, la aspiración de estos discursos por un Estado autoritario o iliberal con soberanía propia y conducido por un líder fuerte está justificado a través de la seguridad que promete (KREKÓ & ENYEDI, 2018, pág. 44).

Como ya se ha analizado previamente<sup>128</sup>, el neoliberalismo no es incompatible con modelos antidemocráticos. De hecho, el autoritarismo se erige en un entorno propicio para ello, como mutación cualitativa de la pospolítica neoliberal: el neoliberalismo genera un ambiente económico inestable, pero la sensación de inseguridad es compensada con más medidas de control, seguridad y reforzamiento de la propiedad privada en detrimento de los derechos sociales, civiles y políticos. La rotundidad de medidas como el cierre de

---

<sup>127</sup> La derecha populista suiza lo ha defendido acérrimamente, a niveles similares a la derecha estadounidense. El BNP lo hizo en 2005 reivindicando *un pueblo armado como la última protección contra toda invasión o tiranía*. En Italia, la *Liga Norte* impulsó una controvertida ley en 2006 que garantizaba el derecho a la autodefensa contra los intrusos, y algo similar habría hecho *Vlaams Belang* en Bélgica (MUDDE, 2007, pág. 147). El caso más reciente ha sido el de Bolsonaro en Brasil.

<sup>128</sup> Véase *Neoliberalismo, democracia y religión*

fronteras o el levantamiento de un muro entre México y Estados Unidos generan un impacto discursivo que va más allá de lo puramente mediático: representan la materialización –en el caso del muro, incluso visible- de medidas concretas y a corto plazo que pretenden cortar de raíz con los problemas económicos y sociales supuestamente derivados del globalismo. En otras palabras, la esfera cultural se convierte en el campo de batalla donde tienen lugar la coacción y cercenamiento de derechos civiles y políticos a costa de mantener intactos los esquemas de la racionalidad neoliberal. De hecho, los programas económicos de la derecha radical populista constituyen una prolongación nativista de las lógicas de mercado, como efecto de un clima creado por el propio neoliberalismo. La progresiva reducción de las inversiones públicas en servicios sociales exige priorizar su atención hacia los más vulnerables, lo cual en un contexto globalizado, sus receptores han sido en gran mayoría inmigrantes. Ello ha constituido el caldo de cultivo perfecto para el incremento de los apoyos de la extrema derecha por parte de los nativos precarizados. Tal vez uno de los ejemplos más flagrantes de ello lo podemos encontrar en un caso reciente. El primer ministro de los Países Bajos Mark Rutte se vio obligado a dimitir tras acusar injustificadamente de fraude a entre 26.000 y 30.000 padres beneficiarios de ayudas sociales destinados al cuidado de los hijos (RACHIDI, 2021). La administración llegó a exigir la devolución de sumas desorbitadas –de hasta 100.000 euros- a familias en situación de precariedad, las cuales en muchos casos se vieron obligadas a vender sus propiedades para abonar dichas cantidades. El centro de la polémica se encontró tras haberse descubierto que la Agencia Tributaria neerlandesa había anotado en cada caso el país de origen –en su mayoría turcos y marroquíes-, considerando que la doble nacionalidad suponía *un riesgo de comisión de fraude* (RACHIDI, 2021). A pesar de que Rutte asumió toda la responsabilidad, el daño ya estaba hecho: se había alimentado, una vez más, la idea de que las ayudas sociales estaban siendo destinadas principalmente a los inmigrantes. Independientemente de si las pretensiones de la administración de Rutte eran o no con un propósito de carácter xenófobo, la finalidad de la gestión era reducir el número de concesiones y «racionalizar» el presupuesto. Algo similar tuvo lugar en España. En 2012, el Presidente del Gobierno Mariano Rajoy, con el fin de reducir el gasto público destinado a sanidad, aprobó mediante Decreto Ley la restricción del acceso a la sanidad pública a los inmigrantes indocumentados (PRATS & DE BENITO, 2012). Con ello no solo se contribuye a una mayor reducción de lo público, sino que también se fomenta una cultura de mercado, donde solo recibe el que aporta, frente a la cultura de solidaridad. Pero por eso mismo no resulta sorprendente que, en un

contexto de escasez, las clases medias depauperadas consideren a los inmigrantes como una amenaza que se aprovecha de los servicios públicos «sin aportar nada a cambio»... aunque esto sea un mito. Como concluye Stanley, «la política fascista es mucho más eficaz en una situación de marcada desigualdad económica» (2019, pág. 161). Por otra parte, la lucha cultural se encuentra precisamente en el cuestionamiento mismo de la cultura, en su politización o despolitización, en la medida en que los discursos de derecha radical populista postulan por mantener los valores «de toda la vida» mientras se presta atención a «lo que de verdad importa», a saber, mejorar las condiciones económicas del empresariado nacional con el fin de que acabe redundando en la generación de nuevos puestos de trabajo para trabajadores nacionales, lo cual no deja de ser una prolongación nativista de la *teoría del goteo*.

En este caso, podría concluirse que los votantes del populismo de derecha radical son producto de una racionalidad dominante que se ve en contradicción con los efectos de dicha racionalidad, y que demanda una mayor seguridad sin cuestionar tales esquemas. En este sentido, el combate actual del populismo de derecha radical reside en lograr re- hegemonizar una cultura en peligro. Dicha cultura, como significante vacío, es interpretada de múltiples maneras, entre las que se encuentran los valores, tradiciones, relaciones económicas y sociales, la comunidad política e incluso la etnia –en su vertiente más radical y disimulada-. Así, el populismo de derecha radical reivindicaría la soberanía del Estado como valedor del orden social, con el fin de poder devolver eficazmente la seguridad perdida y salvaguardar la cultura tradicional contra los efectos del globalismo, sus defensores –las élites económico-culturales- y beneficiarios –los inmigrantes-. Para ello llevará a cabo medidas proteccionistas, iliberales e incluso autoritarias, las cuales conducirían hacia fórmulas próximas al modelo neocorporativista que expone Jessop, pero también a un modelo político menos democrático. Pero este tipo de medidas xenóforas siempre encierran un desprecio de clase. No es el empresario extranjero el que es despreciado, sino el trabajador. En una especie de prolongación *in extremis* de la teoría del goteo, cuyos efectos de la globalización pretenden desvincularse de la práctica neoliberal. Como señalan Laval y Dardot, la mundialización de la economía ha dado lugar a una nueva concepción del libre cambio, en el que

los Estados se ven llevados a sustituir el proteccionismo tarifario por un proteccionismo estratégico, el proteccionismo de productos mediante una lógica de subvención a los factores de producción. (LAVAL & DARDOT, 2013, pág. 286)

De este modo, el proteccionismo no representa sino una de las manifestaciones de la recuperación de una soberanía perdida, condicionada por los tratados internacionales de comercio y las organizaciones supranacionales como la Unión Europea, que les impiden un mayor margen de maniobra a la hora de resolver los problemas económicos nacionales.

Sin embargo, todos estos discursos populistas de derecha reúnen un rasgo común compartido: la deshumanización del inmigrante en su concepción de «capital social». En la misma medida en que el liberalismo defiende la libre circulación de personas, en consecuencia, también lo hace la libre competencia entre trabajadores, los cuales son sometidos por las empresas privadas a criterios de coste-beneficio. No resulta sorprendente pues que las tensiones con inmigrantes emerjan en contextos de escasez; de crisis económica y social. Desde una perspectiva xenófoba, el inmigrante es percibido, al mismo tiempo, como «vagos que viven de las ayudas sociales» y como «personas que vienen a quitar el trabajo», en un alarde de representación de todos los males de la sociedad actual. Con este tipo de expresiones se perpetúan dos creencias que van de la mano. Por una parte, la del «perezoso» que no quiere someterse a la lógica de mercado y que por tanto merece ser despreciado. Es la misma idea del *chav* o *redneck* con la que estos colectivos, que habían sido menospreciados por la sociedad neoliberal, ahora pueden permitirse señalar al inmigrante con el mismo desprecio a la que ellos son sometidos. Como afirma Errejón, es la lógica del «penúltimo contra el último». Además, perpetúan las mismas lógicas inherentes a este desprecio de clase, ya que también reproduce la idea de un Estado paternalista y benevolente —o «buenista»— que se dedica a cuidarlos injustamente, haciendo uso de una retórica similar a la que suelen referirse los neoliberales de clase media respecto a los *chavs* o *rednecks*: El Estado debe repartir poco, pero debe repartir hacia los grupos «adecuados».

Por otra parte, la de una idea competitiva del trabajo al someterse a sueldos inferiores. El empresario nunca es señalado como el culpable, guiado por la lógica de mercado, sino el inmigrante asalariado que ocupa el puesto que podría ocupar un trabajador nacional. El centro del debate social no se encuentra en la precariedad laboral fruto del modelo económico capitalista, sino de los efectos de la globalización de dicho modelo. Es por ello que la respuesta que suele ofrecerse no pasa por un modelo de producción alternativo, sino por un reacondicionamiento nativista de dicho modelo de producción, con el fin de sobrevivir en un mercado global cada vez más competitivo. En otras palabras, el populismo de derecha representa la lógica de mercado llevada hasta sus últimas



consecuencias, donde el proteccionismo del Estado se convierte en un freno de emergencia ante las contradicciones que ha suscitado los efectos del neoliberalismo globalizado, pero cuyo ámbito de competencias no se extiende más allá de lo que debe suponer el «espacio natural» hobbesiano: protección de la propiedad privada y represión tanto de los enemigos internos –la divergencia política a las concepciones tradicionales– como externos –la inmigración y efectos de la globalización–. Por motivos como este, no resulta tan descabellado ni tan contradictorio que el populismo de derecha radical sea capaz de interpelar a identidades políticas tan dispares como los libertarios, los ultraconservadores y algunos sectores abiertamente fascistas o simpatizantes del Ku-Klux-Klan.

## Capítulo 13

### El populismo: un «recipiente vacío»

Tras analizar los aspectos teóricos centrales de la propuesta populista de Ernesto Laclau, así como su traslación en la práctica política por parte de la derecha radical, se hace evidente la gran utilidad del populismo como instrumento canalizador del descontento social. Sin embargo, de la misma forma que el populismo laclausiano no constituye el terreno exclusivo de una ideología concreta, tampoco lo son necesariamente sus resultados políticos, ya que la práctica populista puede ser utilizada ampliamente incluso por discursos y fuerzas políticas que aspiran a reforzar el *statu quo* vigente.

A modo de ejemplo, el neoliberalismo de Thatcher había irrumpido en la política británica a través del uso de lógicas populistas (HALL, 2018, pág. 72). De hecho, algunos autores han llegado a calificar la existencia de un «populismo de centro» (GREPPI, 2021; MOLINA I. , 2021; FERNÁNDEZ-VÁZQUEZ, 2019, pág. 107) en aquellos discursos cuya aparente neutralidad ideológica en ocasiones les ha caracterizado de un cierto aire tecnocrático que, en muchos casos, ha posibilitado la supervivencia de fórmulas políticas hegemónicas. En Francia, tal vez el caso más paradigmático haya sido el gaullismo, y más recientemente, la candidatura *En Marche!* de Emmanuel Macron. Surgido como un movimiento político ubicado al margen de los partidos institucionales y en cuyo centro se sitúa la figura del líder –recordemos que las siglas de *En Marche!* coinciden con las iniciales de Macron (FERNÁNDEZ-VÁZQUEZ, 2019, pág. 110)-, el macronismo ha representado la fórmula idónea de mantener el *stablishment* a través del populismo. De este modo, el potencial discursivo del populismo, caracterizado por una aparente ambigüedad ideológica que escapa de las etiquetas tradicionales, puede jugar en favor de

aquellos discursos que son presentados como «no-ideología», como el neoliberalismo. En contextos como el italiano, Mario Draghi, una de las controvertidas personificaciones de los mandatos de la *Troika* al ser el presidente de BCE entre el 2011 y el 2019, ha logrado incorporarse como primer ministro en la legislatura de gobierno italiana de 2020 bajo el revestimiento del populismo, en lo que se ha llegado a definir como «tecnopopulismo» (DE LA TORRE, 2013), entendido éste como la explotación de fórmulas populistas por parte de discursos y liderazgos de carácter tecnocrático<sup>129</sup>. Asimismo, el *Movimiento 5 Estrellas*, que nacería en el fragor de las protestas de 2011 como un movimiento ciudadano «sin adscripción ideológica» y que aspiraba a recoger el descontento social generalizado de la sociedad en su lucha contra los excesos de la *Troika* y del *stablishment* en los últimos tiempos, bajo el liderazgo de Giuseppe Conte ha experimentado una deriva ideológica hacia el «neoliberalismo verde»<sup>130</sup>. En España, los usos del populismo en esta dirección han sido tan amplios como variados. Por ejemplo, el *Partido Popular* en la Comunidad de Madrid ha logrado aglutinar el voto de derecha en torno a la figura de Isabel Díaz Ayuso mediante el frecuente uso de recursos retóricos –la hipérbole, sinécdoque, epítetos, etc.– que le han procurado un papel protagónico en los medios de comunicación. Ello le ha permitido mantener una línea política continuista adoptando sin embargo fórmulas centradas en la representación de lo que verdaderamente desea «el pueblo madrileño», el cual es reflejado como una especie de reducto de resistencia frente a sus adversarios ideológicos. Otras formaciones políticas como *Ciudadanos*, cuyo discurso se había fraguado en 2006 a partir de un sentimiento de exclusión por parte de un cierto sector castellanoparlante en Cataluña, en 2017 lograría aglutinar a votantes de todo corte ideológico contra el independentismo, al tiempo que defendía una mayor profundización en la introducción de medidas de corte neoliberal en la economía. Así mismo, tras 2008, la reivindicación de una soberanía perdida se había convertido en uno de los principales ejes antagónico-discursivos del debate político, y que será ampliamente utilizado por el populismo dada su utilidad a la hora de señalar a una élite foránea responsable de los males sufridos por una mayoría popular. Tal vez el caso más destacado a este respecto haya sido el del movimiento en favor del *Brexit* en Reino Unido. Si bien en un principio dicha propuesta había sido tradicionalmente promovida por movimientos

---

<sup>129</sup> No debe confundirse con la concepción de tecnopopulismo elaborada por Arthur Lipow y Patrick Seyd, la cual el desarrollo tecnológico favorecería nuevas fórmulas de participación ciudadana de carácter directo (LIPOW & SEYD, 1995)

<sup>130</sup> En sus estatutos del 11 de marzo de 2022, el partido reivindica la defensa de una «economía eco-social de mercado» -art. 2.1.a.5-.

euroescépticos de extrema derecha populista como el *UK Independence Party* –UKIP-, se había convertido en una opción factible dentro de las filas del *Partido Conservador* tan pronto como se había hecho cada vez más palpable la tensión social derivada de la crisis económica de 2008. En torno a la reivindicación del *Brexit* se han construido ciertas formulaciones populistas, ya que pretendía dar solución al creciente descontento social mediante una fórmula anti-*stablishment* «desde el propio *stablishment*», al desafiar no solo los esquemas europeístas imperantes hasta entonces, sino también el *statu quo* del neoliberalismo globalizado. Incluso en el *Partido Laborista*, el viejo laborismo había vuelto a la dirección del partido encabezado por un euroescéptico Jeremy Corbyn. Por otra parte, la llegada de Boris Johnson al liderazgo del *Partido Conservador* representa un elemento añadido dado su carácter polémico y controvertido.

Por otra parte, el auge del nacionalismo en los últimos años ha evidenciado que se ha convertido en una de las «grandes respuestas» a la crisis del neoliberalismo. La creciente proliferación de una variedad de movimientos independentistas está motivada por un relato antielitista muy similar. El discurso del independentismo escocés, fundado en unos *cleavages* históricos y culturales a los que se añade los económicos y políticos más recientes. Mientras que los escoceses tenían una tradición europeísta y socialdemócrata, el gobierno británico, presidido por los conservadores, además de su creciente euroescépticismo, era proclive a las políticas de austeridad presupuestaria que especialmente acabarían afectando a los escoceses (FRESNEDA, 2015). La culminación de dicho movimiento tendría lugar con el referéndum de independencia de 2014, que acabaría con una sensible mayoría en favor de la permanencia en el Reino Unido (OPPENHEIMER, 2014). Si bien cabe mencionar el auge de otros movimientos independentistas, como el resurgimiento del independentismo de Quebec en Canadá, la profundización del autonomismo del norte italiano, que se materializaría en 2017 con sendos referéndums para una mayor descentralización administrativa en favor de las regiones de Lombardía y Véneto; la victoria del partido nacionalista *Pè a Corsica* en las elecciones regionales de Córcega en 2017, el protagonismo del partido nacionalista flamenco N-VA como el más votado en las elecciones generales de Bélgica en 2010 y 2014, o el anecdótico movimiento por la independencia del estado de California en EEUU, sin duda cabe dedicar especial atención al movimiento independentista catalán. En primer lugar, es necesario señalar cómo el independentismo catalán, si bien es un movimiento que ha sido latente durante décadas, a partir de la década de 2010 sería

especialmente promovido desde la propia institucionalidad catalana. Salvo el paréntesis de siete años en la oposición desde 2003 a 2010, el partido *Convergència i Unió* llevaría gobernando la autonomía catalana de manera ininterrumpida desde 1978. A pesar de su vuelta a la *Generalitat* en 2010 bajo el liderazgo de Artur Mas, el descontento social generalizado a partir de la crisis de 2008, el fracaso de las negociaciones con el gobierno central por una mayor autonomía fiscal de Cataluña, sumado a las impopulares políticas de recorte presupuestario que amenazarían con un crecimiento de las fuerzas de tendencia progresista e independentista, como *Esquerra Republicana de Catalunya* –ERC- y las *Candidatures d’Unitat Popular* –CUP-, llevarían a la formación conservadora a una intensificación del discurso independentista (ROGER, 2012). El *procés*, conocido así al período de reivindicaciones emprendidas por varias organizaciones políticas y culturales en favor de la independencia de Cataluña, situaría como causa del malestar social las limitaciones impuestas desde el gobierno central. Dado que este movimiento estaba políticamente impulsado por partidos que ocupaban puestos de poder político – especialmente de CiU, que presidía la *Generalitat*-, podría considerarse que el independentismo ha sido instrumentalizado como parte de un discurso anti-*stablishment* desde la propia institucionalidad.

Un caso remarcable de cómo el independentismo ha constituido el eje antagónico central de un discurso populista ideológicamente amplio y transversal puede encontrarse en la candidatura de *Junts pel Sí* de 2015, donde se aglutinaba a organizaciones culturales – *Òmnium Cultural* y *Asamblea Nacional Catalana*-, así como a fuerzas políticas de diversa índole y sensibilidad ideológica en torno a la reivindicación del derecho a la autodeterminación de Cataluña. Posteriormente, la formación PDeCAT –más tarde denominada *Junts per Catalunya*- liderada por Carles Puigdemont, aspiraría, al igual que ERC, a ampliar el espectro de representación hacia una mayor variedad de sensibilidades políticas. Mientras que la formación de Puigdemont se erigía llanamente como representante de todo un movimiento independentista desde la transversalidad ideológica, ERC intentaría ampliar su base electoral entre discursos contrahegemónicos y de moderación institucional en lo respectivo al proceso soberanista. Asimismo, y a modo de reacción a dicho auge, el nacionalismo español ha experimentado un repunte que ha sido instrumentalizado por *Ciudadanos* primero, y por *Vox* después. En otros contextos, el nacionalismo ha sido principalmente instrumentalizado por el populismo de derecha

radical, si bien algunos partidos y discursos institucionales han logrado absorber también este eje antagónico para afianzar su predominio.

Ello lleva a una serie de conclusiones. En primer lugar, como ya se afirmó al inicio, que el populismo entendido como lógica política, no constituye *per se* una fórmula politizadora en la esfera del discurso, sino que también puede servir de refuerzo para los discursos hegemónicos. El antiinstitucionalismo de los discursos populistas puede desarrollarse, paradójicamente, en el seno de las instituciones políticas, ya que esta lógica puede ser empleada por cualquier discurso. En segundo lugar, que el nacionalismo, al igual que el fundamentalismo, no necesariamente constituyen discursos populistas, sino que éstos pueden ser instrumentalizados como ejes antagónicos para trazar a la postre un discurso populista hacia una dirección ideológica concreta. En tercer lugar, es cierto que el nacionalismo puede constituir un obstáculo para ciertas concepciones del neoliberalismo, especialmente de aquellas que apuestan por una mayor apertura de los mercados. Si la globalización ha estado acompañada por el avance del neoliberalismo o viceversa, las reticencias a un mayor afianzamiento de los mercados internacionales han estado en parte motivadas por el influjo nacionalista. Tal vez el caso más clásico al respecto haya sido el de MERCOSUR, cuyas limitaciones hacia la integración económica responden a las reservas de Brasil y Argentina a la cesión de competencias al respecto (HARVEY, 2020, pág. 95). Sin embargo, ello no implica asumir que el nacionalismo sea *per se* una amenaza para el neoliberalismo. Tal y como se acaba de observar, su instrumentalización como eje antagónico es útil tanto para reforzarlo discursivamente como para debilitarlo. A este respecto, cabe señalar cómo Thatcher había explotado el espíritu nacionalista británico en la Guerra de las Malvinas, lo cual le habría servido para desviar la atención de los conflictos sociales derivados de sus políticas monetaristas al tiempo que incrementaba su popularidad (HALL, 2018, págs. 123-132). En el caso de Estados Unidos, la explotación del nacionalismo a través de la guerra ha sido una constante durante décadas. Como afirma Harvey, «el Estado neoliberal necesita de cierto nacionalismo para sobrevivir» (2020, pág. 95), ya que además contribuye a desplazar la atención hacia ejes antagónicos más convenientes para el neoliberalismo.

Así pues, el populismo laclausiano posee un profundo potencial politizador, pero también adolece de múltiples debilidades que, de no ser atajadas, pueden volverse en su contra y reforzar tendencias despolitizadoras. El objeto mismo del populismo como práctica política no es suficiente para politizar el discurso, en la medida en que el propio discurso

hegemónico puede emplearlo en provecho propio para reforzar, afianzar y renovar su predominio. No en vano Geras llegaría a concluir por ello que la propuesta de Laclau y Mouffe constituye «un recipiente vacío» que puede ser llenado por cualquier ideología (1987, págs. 77-79).

Sin embargo, a la luz de los acontecimientos políticos de la última década, no debe desdeñarse el potencial politizador de la propuesta populista de Laclau-Mouffe. Su propuesta articuladora representa una nueva fórmula desde la que desafiar al neoliberalismo, pero ello no significa que *toda* fórmula populista contribuya o favorezca dicha politización. En primer lugar, el populismo como lógica política está siendo especialmente útil a la extrema derecha, en parte porque se asienta sobre un esquema de pensamiento que emerge de la propia racionalidad neoliberal hacia valores más conservadores a través de medidas políticas que cuestionen una concepción concreta del neoliberalismo, cuya base radica en el proceso de globalización, y que se acompaña del multiculturalismo, los derechos civiles y políticos, etcétera. De este modo, las propuestas de la extrema derecha están orientadas a mejorar las condiciones económicas en el seno del capitalismo poniendo en duda aquellos valores culturales dominantes que, a su juicio, impiden su correcto funcionamiento, generando un descontento social a partir de sus insuficiencias. Si Zizek sospecha que el populismo constituye la antesala del fascismo, es debido a que aquellas concepciones populistas que no son capaces de cuestionar las bases mismas del neoliberalismo acaban contribuyendo a su reforzamiento, lo cual favorecería la agudización de un descontento subsiguiente proclive a un mayor autoritarismo, un mayor control, y más medidas de limitación de derechos y libertades (2006, pág. 557). Pero esta afirmación es un tanto apresurada en la medida en que Zizek imagina el populismo como un constructo discursivo concreto y no como una práctica política más amplia, tal y como lo define Laclau. El mecanismo populista laclausiano es más útil a la extrema derecha en tanto que sirve de refuerzo a las dinámicas del capitalismo, es decir, si el discurso es construido a partir de las lógicas hegemónicas del capitalismo no para debilitarlas, sino para reforzarlas en su vertiente más autoritaria.

Del mismo modo, a través del análisis del populismo de derecha radical, se ha observado cómo logran proliferar con éxito este tipo de discursos, lo cual es sumamente útil e ilustrativo. Puede concluirse que el potencial del discurso populista se encuentra en su capacidad politizadora a partir de la recolección de demandas emergentes. Sin embargo, es necesario que el discurso sepa reconocer y detectar sus condicionantes y limitaciones

-Estado, organizaciones supranacionales, económicas, comunicacionales, etcétera- para poder salvarlos y ser consciente de cuándo las demandas son construidas a partir del orden hegemónico y cuando éstas pueden ser reconducidas a la hegemonía. En segundo lugar, la hegemonía pasa por el mantenimiento de una cierta estabilidad discursiva, lo cual pasa por lograr una cierta cohesión interna, cuyo fondo y forma es *conditio sine qua non* del universal. Kant habla en términos muy similares acerca de dicha pertinencia:

Por todas partes vemos una cadena de efectos y causas, de fines y medios, de regularidad en el nacer o perecer, y como nada hay que se haya puesto a sí mismo en el estado en que se encuentra, todo apunta siempre más allá hacia otra cosa que sea su causa, la cual hace precisamente necesaria esta pregunta ulterior, y de ahí que el todo entero tendría que precipitarse en el abismo de la nada si no se supusiera algo que, existiendo por sí mismo originaria e independientemente, fuera de ese contingente finito, lo sostuviera y al propio tiempo, como causa de su origen, le garantizara su perduración. (KANT, 1984, págs. 409-410)

De este fragmento puede extraerse la inevitabilidad propia de una causa originaria propia de la tradición ilustrada, como señalan Laclau y Mouffe. Pero también cabe señalar cómo advierte de su desaparición para observar la inexistencia de discurso alguno. Si el universal que proponen Laclau y Mouffe posee de una excesiva dependencia de lo contingente, es lógico considerar que el universal es sumamente vulnerable a observar el fin de su razón de ser y, por tanto, a la desaparición de la cadena de equivalencias.

En tercer lugar, aceptar que para la cohesión y la estabilidad del discurso es pertinente para que el universal posea un elemento común de carácter normativo, capaz de ser el impulsor de un horizonte discursivo. Es decir, se establece una cadena de equivalencias, un relato, unos culpables y un objetivo contra dichos adversarios.

Sin embargo, cabe entonces formularse la siguiente pregunta. En la medida en que el populismo puede convertirse en un instrumento político apto para todas las prácticas y discursos existentes, incluso para aquellos cuya hegemonía puede encontrarse en peligro, el potencial politizador del populismo no se encuentra solamente en su forma, sino también en su contenido. No se trata solamente de hacer uso de una fórmula capaz de recoger aquellas demandas populares que están siendo excluidas por parte de la institucionalidad, puesto que los propios discursos institucionales son capaces de experimentar una «fase populista» que permitiera absorberlas con el fin de mantenerse predominantes. Se trata además de aprovechar tal insuficiencia institucional para



canalizar dichas demandas hacia una dirección ideológica concreta; un horizonte discursivo diferente al neoliberalismo.

## Capítulo 14

### Conclusiones

Aunque el populismo puede ser entendido como una práctica política propia del contexto social que actualmente vivimos, la ruptura de las tradiciones filosóficas y discursivas de otros períodos, si bien puede ser comprensible desde un punto de vista estratégico con el fin de liberarse de aquellos lastres teóricos que pudieran limitar las posibilidades de hegemonizar una alternativa ideológica, puede suponer sin embargo un reforzamiento potencial de la despolitización neoliberal, en tanto que prescinde no solo de la experiencia revolucionaria recogida durante décadas –dando lugar a un cierto adanismo político–, sino también impide comprender con profundidad cómo se establecen las relaciones sociales que fundamentan discursivamente cuál es la raíz de las causas que exige una transformación social. En otras palabras, el abandono de la epistemología marxista entendida como totalidad inmanente del discurso –y no como *parte* constitutiva y cambiante del mismo– cercena toda su radicalidad como constructo ideológico verdaderamente politizador.

Es cierto que una concepción concreta del marxismo, la cual ha sido hegemónica en gran parte de las décadas del siglo XX, ha generado a juicio de Laclau y Mouffe más problemas y limitaciones que posibilidades a la hora de proporcionar una alternativa viable al capitalismo. Sin embargo, como ya se ha mostrado, una mirada alternativa del pensamiento de Marx y Engels no solo abre posibilidades a un planteamiento exitoso de un proyecto político que sea capaz de cubrir el gran vacío que se hace evidente en el presente desierto ideológico, especialmente desde el punto de vista de la economía. Se ha observado que desde la óptica de un «marxismo abierto», las posibilidades de articulación

discursiva del populismo de Laclau y Mouffe no solo son compatibles, sino necesarias a la hora de cubrir las debilidades de cada propuesta teórica. Sin embargo, la siempre latente tendencia hacia el dogmatismo que el marxismo puede adolecer una vez analizados desde la óptica flexible de una epistemología flexible del marxismo, puede verse mitigado desde el punto de vista discursivo por la fórmula populista. Al mismo tiempo, la necesidad por parte del populismo de izquierda de un horizonte discursivo verdaderamente politizador precisa de una tradición marxista que sea capaz de cubrir las debilidades prácticas a las que debe enfrentarse de nuevo el populismo: el exceso de inestabilidad discursiva que propicie en cualquier momento la ruptura de las particularidades internas, la tendencia del líder a convertirse en el único significativo aglutinador del discurso, la pérdida de vista de los objetivos politizadores iniciales, el potencial carácter superfluo del discurso, el «olvido» de aquellos factores externos que afectan a la existencia del mismo, etcétera.

Además, como ha podido analizarse en los capítulos 9 y 10, el populismo, al no ser territorio exclusivo de la izquierda, no se convierte *per se* en un instrumento útil para la politización, ya que también puede contribuir al reforzamiento de las tesis neoliberales por vías alternativas. De igual forma, las fórmulas populistas nacionalistas, fundamentalistas, «de centro» o de extrema derecha parten con una ventaja adicional que no cuentan aquellas otras que buscan un cuestionamiento radical de la racionalidad neoliberal. A diferencia del populismo anticapitalista, que se propone reemplazar una racionalidad por otra, precisamente parten de la racionalidad hegemónica para la consecución de sus objetivos. Lejos de concebir a los discursos populistas de extrema derecha como una amenaza al neoliberalismo, se ha visto cómo sus postulados parten de una profundización *in extremis* de un sistema de creencias ya implementado, con el fin de retornar a las bases originarias del ordoliberalismo mediante el incremento del autoritarismo y la recuperación de la comunidad tradicional como sostén social ante los efectos negativos de la lógica de mercado.

Además, estas fórmulas populistas cuentan con unas estructuras materiales de las que la izquierda anticapitalista carece. A pesar de la brecha informativa que ha suscitado las redes sociales, el amplio soporte económico, comunicacional e intelectual es infinitamente mayor que la del populismo contrario al neoliberalismo, el cual es testimonial y a veces anecdótico, y que, al carecer de fuentes de financiación privadas, suele encontrarse en muchos casos únicamente al amparo de las instituciones públicas una vez alcanzan ciertas cuotas de representación política.

Ello implica pues que ambos sean capaces de retroalimentarse y debatirse, entre el pragmatismo y el idealismo, con el fin de no perder en ningún momento de vista su objetivo de politización. Esto se ha observado especialmente en la problematización referente al sujeto político. Las limitaciones discursivas que pudiera proporcionar el hecho de interpelar explícitamente a la clase obrera contrastan con el discurso interclasista que pudiera proporcionar el populismo de Laclau y Mouffe. La pertinencia de una alternativa anticapitalista pasa por la superación del empleo de términos que no se ajustan a la realidad ideológica actual, pero no al abandono de un discurso de clase.

Con todo ello, es necesario pues recoger las observaciones indicadas para poder dar, al menos como primer paso, una propuesta de re-politización, es decir, de recuperación de lo político.

BLOQUE IV  
¿Re-politización del discurso?



Analizadas tanto las potencialidades como las debilidades del populismo laclausiano, y observadas las conclusiones acerca de cómo sería viable un discurso politizador en el contexto particular de la hegemonía neoliberal, en el presente bloque se exponen de qué manera podría ser posible la articulación de un discurso populista con la experiencia y la riqueza teórica del marxismo.

Así, en el Capítulo 15 se expone una motivación de la necesidad de un horizonte discursivo con el fin de mantener una estabilidad relativa en su relación entre la universalidad y sus diversas y cambiantes particularidades, con el fin de evitar algunos de los problemas que ha sufrido el populismo de Laclau y Mouffe en la práctica.

En el Capítulo 16, por otra parte, se pretenderá aclarar de qué manera será posible configurar un nuevo horizonte, despejando con anticipación ciertos conflictos y malentendidos teóricos que podrían surgir en su concreción, especialmente en la clásica dicotomía entre redistribución y reconocimiento. En el Capítulo 17, se especificará cómo el horizonte discursivo podrá concretarse a través de la configuración de un universal cultivado a partir de la articulación de un *ethos*, explorando ciertas posibilidades acerca de en torno a qué criterio ético puede articularse, aclarando a su vez ciertos aspectos sobre los que podrían llevarse a conclusiones erróneas, como el aparente conflicto entre moral y marxismo, las posibilidades politizadoras de aquellas propuestas normativas acerca de un criterio ético o de justicia y de cómo podría entrar en confrontación con ciertos postulados posfundacionales, etcétera. En último lugar, en el Capítulo 18, a partir de todas las conclusiones y observaciones anteriormente apuntadas a lo largo del trabajo, se formulará una propuesta discursiva que ya está en marcha; en la que es posible una formulación populista de corte marxista. A su vez, en ella se concretarán, a título meramente exploratorio, algunas de las propuestas políticas que harían posible tal articulación, evidenciando a su vez las debilidades que aun así deberá enfrentarse esta nueva articulación en el futuro.





## Capítulo 15

### Recuperar lo político: La construcción de un nuevo horizonte discursivo

Para defender un marco capaz de garantizar lo político, Mouffe criticaría cómo el carácter normativo de las propuestas éticas de diferentes pensadores -Rawls, comunitaristas, marxistas, Habermas, etcétera-, representaban una variedad de propuestas de totalidad social, cuyo carácter normativo es incompatible con una convivencia entre ellas –ya que ello implicaría aceptar la imposibilidad de alcanzar la totalidad social que ellos mismos proponen-. Es decir, Mouffe no concibe la posibilidad de que tales planteamientos normativos constituyan concepciones de sociedad de los que a su vez sean conscientes de que actúan insertos en el juego de la hegemonía discursiva, y que pugnan por ella. En su lugar, al formular su visión ontológica como una totalidad, representaría a su juicio una amenaza potencial de totalización que implicaría necesariamente la negación del otro (MOUFFE, 1999, págs. 27-29).

Por este motivo, Mouffe argumenta que solo es posible instaurar un marco universal mediante el reconocimiento de la divergencia como uno de sus rasgos identificativos (1999, pág. 153), lo cual no deja de ser una traslación de las dinámicas internas de su propuesta discursiva al ámbito del Estado. La tensión entre el universal y las diferentes particularidades reside, asimismo, en el modo en que las particularidades mantienen su identificación con el universal como lugar común, así como sus puntos de ruptura. Para ello, Mouffe concluye que uno de los aspectos esenciales de esta tensión se encuentra en *cómo se garantiza* este equilibrio mediante el establecimiento de mecanismos de participación, que permitan garantizar, por una parte, el disenso en el seno del marco

político; y por otra, para evitar la multiplicación de puntos de ruptura que posibiliten el quiebre de lo político (MOUFFE, 2016, págs. 125-128).

Sin embargo Mouffe se ve obligada a mantenerse al margen de establecer fórmulas de corte normativo con el fin de mantener una coherencia teórica en lo respectivo a su propuesta posfundacional. Si su propuesta reside en garantizar un marco que permita la mayor fluidez posible por la lucha por la hegemonía del marco político, observa con reservas proponer normativamente un discurso capaz de aspirar asimismo a su hegemonización. Según señala Jameson, Laclau y Mouffe confunden su miedo a la totalidad con el miedo a la totalización (1996, págs. 285, 323), de manera que al rechazar la posibilidad de alcanzar una sociedad suturada, extienden este rechazo hacia cualquier pretensión de imaginar idealizaciones de sociedad o utopías que aspiran a alcanzarse a través del juego de la hegemonía discursiva. Sin embargo, el problema no se encuentra en el grado en que un discurso concreto aspire a implantar su concepción concreta de sociedad; ni siquiera el problema reside en que tales discursos presenten concepciones cerradas de una realidad dada -De hecho, ambos casos ya lo estamos experimentando actualmente a través de la hegemonía neoliberal-. El problema, en cualquier caso, se encontraría en la idea misma de abolir o debilitar el marco que posibilita la fluidez de dichos procesos de hegemonización discursiva, el disenso y el debate, y este también es uno de los problemas que enfrentamos ante la hegemonía neoliberal.

Por tanto, es necesaria la articulación de un discurso capaz de reivindicar lo político como fórmula diferenciadora de las formas hegemónicas de racionalidad, así como mecanismo para atender las demandas sociales en todas las esferas posibles, incluso en la económica. Para ello, es pertinente reivindicar la multiplicación de esferas de participación que permitan una mayor permeabilidad de las demandas sociales por parte de las instituciones, así como un mayor control y fiscalización no solo del resto de dispositivos institucionales, sino también de aquellas leyes y medidas que pretendan socavar los intereses de la mayoría social. Pero estas demandas no solo deben reducirse a la esfera del reconocimiento, sino que también deben atender a las necesidades sociales de corte económico, mediante una democratización de la economía. Como se ha observado, la sujeción del discurso a las condiciones sociales y políticas de cada época implica a su vez ser capaz de dar respuesta a las diferentes demandas sociales emergentes, de manera que el discurso no puede reducirse a un mera letanía o dogma, cuyas categorías cada vez se distancian más de la realidad que pretende describir. Por ello, como se ha concluido en

capítulos anteriores, la crisis del marxismo se ha debido a la falta de fundamentos que justificaran la revolución social en una época donde no había motivos materiales – «condiciones objetivas apropiadas»- para ello, pero sí otro tipo de demandas y preocupaciones sociales útiles a la de solidificar, renovar o fortalecer un nuevo discurso alternativo. Las políticas de reconocimiento, así como los Nuevos Movimientos Sociales, representan esta nueva oleada de preocupaciones políticas que emergen en el contexto de la era posindustrial, a la par que el neoliberalismo ha ido barriendo las conquistas del movimiento obrero. Es por este motivo que se ha podido observar cómo el populismo sería una buena opción para politizar el discurso, dado que es sumamente efectivo a la hora de politizar esferas e introducir nuevos antagonismos sociales que habían permanecido despolitizados, así como ofrece la posibilidad de que nuevas fuerzas políticas se conviertan verdaderamente en alternativas de gobierno.

Pero ello no necesariamente implica ni garantiza el hecho de que un nuevo discurso sea hegemónico. Como se ha ido observando a lo largo de los bloques anteriores, la hegemonía constituiría el paso subsiguiente al de la toma del poder político, una labor ya de por sí extremadamente difícil y laboriosa si se tienen en cuenta todos los obstáculos y dificultades ante los que el discurso debe enfrentarse para su propia supervivencia. Plantear además no ya la hegemonía de un discurso, sino el asentamiento de una nueva cultura en el contexto actual, es prácticamente un planteamiento similar a cualquier formulación utópica. Los momentos de efervescencia social indudablemente son oportunidades para encumbrar nuevas opciones electorales, pero no aseguran la generalización de una nueva mentalidad, algo que requiere de mucho más tiempo. Lo relevante no es aquello que obedece a los movimientos pendulares de la política, sino aquello que permanece constante y ajeno a ellos. Es por ello necesario diferenciar entre aquellas políticas opuestas al neoliberalismo y que dichas políticas logren *questionar* la hegemonía neoliberal. La diferencia entre ambas estriba en su capacidad por aspirar a ser hegemónico, entre lo coyuntural y lo orgánico (GRAMSCI, 1980, pág. 53). Ante ello cabe preguntarse entonces si aquellos discursos que han logrado implementar programas políticos y económicos opuestos al neoliberalismo lograron, sin embargo, hegemonizar el discurso. En países como Venezuela, Ecuador, Bolivia, Nicaragua, Brasil o Argentina, donde han logrado acceder al poder político discursos populistas de izquierda, sin embargo cuentan con una oposición radicalmente neoliberal. En el caso de Chile, ya se ha visto cómo el populismo de izquierda contaba como adversario de la segunda ronda

de las elecciones presidenciales con un candidato que navegaba entre las aguas de la extrema derecha y el libertarismo (ALENDA, 2021).

Por ello es fundamental que el discurso que aspira a la hegemonía no solo sea capaz de recoger eficazmente el descontento social, sino además que éste sea capaz de adaptarse a las diferentes circunstancias políticas –tanto de crisis social generalizada, como de estabilidad institucional-, y para su supervivencia es necesaria la existencia de un mínimo de estabilidad, cohesión y coherencia en el discurso. En otras palabras, el horizonte político no puede construirse mágicamente a partir del proceso articulador de un discurso conformado por diferentes intereses particulares, sino que es el horizonte, el listado de significantes vacíos orientados hacia un fin concreto y que conforma el universal discursivo lo que logra interpelar a las diferentes particularidades. Además, como ya se ha concluido en el bloque anterior, la elaboración de un horizonte político no solo ayudaría a salvar sus problemáticas potenciales, sino que contribuiría a formular un primer paso hacia la construcción de una nueva mentalidad.

El problema que suscita la propuesta de elaborar un horizonte político es que genera el riesgo de secuestrar de nuevo a todas las particularidades a un programa político concreto y estático. No obstante, teniendo en cuenta las premisas de Laclau, este hecho solo tendría lugar en la medida en que una de las particularidades ha ocupado el espacio de la universalidad de manera definitiva. Es decir, solo se correría el riesgo de una esencialización del discurso si se estuviera concibiendo al horizonte discursivo como la solidificación de un programa político o de la hegemonía permanente de una particularidad concreta en el seno de un discurso. Sin embargo, si se concibe al horizonte como la extensión misma del universal, en la medida en que el universal se construye a partir de una cadena equivalencial de significantes, también contribuye a articular un horizonte político que permite concretar cuáles son los objetivos globales del discurso. No hay que olvidar que el universal constituye el relato, que señala cuáles son las causas y los culpables de las demandas insatisfechas, y a partir de las cuales se formulan propuestas políticas concretas. El horizonte discursivo constituye el alcance mismo de dichas propuestas. ¿Hacia dónde se dirige el discurso? ¿Qué se pretende cambiar? ¿Qué es lo que se propone construir y qué abolir?

No se trata solamente de articular una amplia pluralidad de demandas en torno a un enemigo común, sino también de aglutinarlos en la lucha en favor de algo. De hecho, el mismo Laclau llegaría a reconocer la necesidad de una estrategia a largo plazo (2016,

pág. últimas). Dado el contexto actual de la primacía de lo inmediato, es cierto que este paso es esencial, pero una fórmula discursiva verdaderamente politizadora no puede reducirse a la satisfacción de demandas inmediatas. Sin embargo el neoliberalismo sí cuenta con una estrategia a largo plazo, que es el progresivo desmantelamiento del Estado en las esferas económicas y de la sociedad civil, a través de la implementación de pequeñas reformas de corto alcance, que sin embargo contribuyen a construir, solidificar y hacer irreversibles sus políticas a largo plazo. Juan Carlos Monedero, uno de los principales teóricos de *Podemos*, llegaría a concluir que *Podemos* debía salir de «las trampas de la urgencia del día a día para repensar de nuevo la organización y armar el «corpus de ciudadanía democrática del siglo XXI»» (PALOMERA, 2020). Para Laclau, sin embargo, el horizonte se construye mediante el propio avance de la articulación. Es en el juego de la ambigüedad ideológica, donde no es posible etiquetar apropiadamente las características que reúne el discurso, donde aparece una nueva calificación ideológica: el peronismo, el kemalismo, etcétera. Siendo así, la concepción laclausiana del discurso constituye una extensión de su concepción ontológica, es decir, de un mero juego de hegemonías, en este caso, intradiscursivas. Ello en realidad no excluye la concepción laclausiana de que la realidad nunca se presenta transparente, pero el discurso, al configurarse como una descripción concreta de ella, siempre se presentará como normativa en la medida en que proporciona un relato, y en consecuencia, constituirá una propuesta política. De acuerdo con Laclau, la positividad propia del discurso sería el resultado de este juego de hegemonías. Sin embargo, al desproveer al discurso de todo planteamiento normativo, Laclau estaría promoviendo, paradójicamente, no una suerte de «nihilismo ideológico» como le acusaría Geras, sino de una disparidad de proyectos políticos incoherentes e inconciliables que son reunidos en torno a un grupo de significantes compartidos (1987, págs. 77-79).

Por otra parte, Laclau señala que cabe diferenciar entre recoger las demandas y dar una respuesta política a tales demandas (BUTLER, LACLAU, & ZIZEK, 2000, pág. 199). Es precisamente aquí donde se encuentra la clave de la propuesta que se pretende formular en este trabajo. Como se ha ido deduciendo, la aparente desconexión entre el continente del discurso –la fórmula populista laclausiana– y el contenido –dado que puede ser llenado por cualquier discurso–, llevan a Laclau y Mouffe a deducir que el problema de la crisis de los movimientos políticos de izquierda se limita a un problema de articulación, y no al contenido de sus propuestas. Cabe entonces preguntarse cuál es la dirección que tomará

dicho discurso; qué posición adoptará frente a cada antagonismo, cómo será el relato que justifique dicha posición, y de acuerdo a qué criterios de justicia se construye dicha posición. Ante esta situación, Laclau señala, igualmente, que el resultado podría ser el del permanente ejercicio combinatorio entre diversas particularidades ante una postura política concreta:

Postura ante el antagonismo A: Es hegemonizada la posición de la particularidad x e y.

Postura ante el antagonismo B: Es hegemonizada la posición de la particularidad x y z.

Postura ante el antagonismo C: Es hegemonizada la posición de la particularidad y y z.

Sin embargo, este juego permanente de posicionamientos parciales implica un mínimo de compatibilidades entre las particularidades que va más allá de la mera conjunción de particularidades en torno a un listado de significantes vacíos, ya que en caso contrario las tendencias disgregadoras harían insoportable la tensión entre universalidad y particularidad. La reunión de una lista de significantes implica que cada significante compromete al resto (LACLAU, 2006, pág. 108). No es solo en el establecimiento de una cadena equivalencial de significantes vacíos donde se encuentra la clave para la cohesión de un discurso articulado, sino también en la definición de las políticas concretas donde se solidifican y marcan los límites del mismo. Es a través de su concreción donde las diferentes particularidades se ven identificadas o excluidas del discurso. Ello implica de nuevo reconocer que el discurso debe poseer una positividad propia con el fin de llevar a efecto una articulación que vaya más allá de la mera satisfacción de demandas particulares, algo que el propio Laclau reconoce no haber conseguido (BUTLER, LACLAU, & ZIZEK, 2000, págs. 203, 291).

Ante las acusaciones de nihilismo por parte de Geras, cabe resaltar cómo Laclau pasa a definir su pensamiento como «humanista» para acto seguido concretar éste desde un plano netamente negativo: «Yo lucho *contra* toda opresión» (1993, pág. 133). Retomando los ejemplos que Laclau ha expuesto a lo largo de su obra, si algo tienen en común movimientos como la lucha antiapartheid, el sindicato *Solidaridad* o el movimiento peronista contra la dictadura, es que no solo habían logrado aglutinar a una amplia variedad de demandas contra un enemigo común, sino que *también* estaban a favor de otros modelos de sociedad. Lo que caracteriza a los discursos es la positividad propia en su aspiración por hegemonizar un relato –su irreprimible deseo de dominación–, no solo en dar salida a un conjunto de una pluralidad de demandas. La fortaleza del argumento

de Laclau en todos los ejemplos anteriormente expuestos es que su lucha «contra algo» era eficaz mientras ese enemigo o adversario común existiera. Pero una vez el *Apartheid*, el régimen de Pilsudski o la dictadura militar hubieran caído, se produjo una fragmentación de sus respectivos movimientos. De esta manera, la utilización del discurso «contra algo» solo tendrá vigencia mientras el enemigo común exista, o hasta que el antagonismo socialmente relevante –mediado por las circunstancias de cada momento, o posicionado por los medios de comunicación, por ejemplo- deje de serlo y sea reemplazado por otro. Además, dependiendo de cómo se da salida a dichas demandas determinará en qué medida se pretende cuestionar la hegemonía del discurso dominante.

Si las demandas que pretenden recogerse no han sido atendidas simplemente porque no han recibido la atención de los discursos institucionalizados, pero la respuesta política que proporcionan los nuevos articulantes discursivos no compromete en absoluto las lógicas de los discursos hegemónicos, ésta podría ser fácilmente absorbida por éstos últimos. El carácter relacional de las identidades implica aceptar pasivamente la captación de aquellas demandas populares «realmente existentes», pero también descartar aquellas otras que han dejado de ser relevantes. Laclau llegó a afirmarlo en este sentido respecto a la existencia del socialismo. Si no existe un sentimiento de explotación, si no existe una concepción de lucha de clases, si no existe un anhelo de cambiar el sistema económico, no tiene sentido hablar de socialismo y por tanto deben abordarse otras problemáticas (LACLAU, 1993). Regresando al ejemplo expuesto en el bloque anterior<sup>131</sup>, al concluir de esta forma, Laclau estaría atribuyendo al discurso articulado un carácter pasivo, tal y como señala a Aletta Norval al indicarle que un discurso debe representar a aquellas demandas que *ya* son hegemónicas, no aquello que se propone hegemonizar (1993, págs. 166-173). Es decir, el discurso no solo debe recoger demandas políticas, sino que también debe influir políticamente en la opinión pública mediante la visibilización de nuevas demandas alternativas y soluciones a los problemas sociales ya existentes.

Por tanto, no se trata solamente de una cuestión de recoger demandas populares excluidas por la institucionalidad, sino también de *influir* en el campo de la discursividad –en las instituciones, en los medios de comunicación, en el ámbito académico, en otros discursos, etc.- ofreciendo una respuesta política alternativa a la que proporcionan ineficazmente los discursos institucionalizados o hegemónicos. Como señala Sennett, de la misma manera

---

<sup>131</sup> Véase *Problema 4: La necesidad de un horizonte discursivo*

que el nuevo capitalismo pugna por mantener su rentabilidad mediante la permanente producción de novedades para ser consumidas, este fenómeno se hace extensible al campo de la política bajo el consenso neoliberal mediante la insistencia en las diferencias políticas, y esto solo es posible mediante la introducción de nuevos antagonismos que, sin embargo, no alteren la naturaleza de la propia plataforma neoliberal (SENNETT, 2007, pág. 141). El neoliberalismo posee la capacidad de absorber todo tipo de demandas sociales de carácter cultural, en muchos casos incluso opuestas –desde las demandas de género o raciales hasta las de tipo nacionalista o identitario-, e incluso el pacifismo o el ecologismo y todo lo contrario (HARVEY, 2020, pág. 196).

Debe entenderse que el neoliberalismo, al igual que sucedió con el liberalismo clásico, con el keynesianismo o el marxismo, es que se encuentra en crisis en el momento en que su discurso es incapaz de ofrecer una respuesta plausible a aquellas demandas sociales que emergen de su propio desarrollo, es decir, *que atenten contra su propia naturaleza*. La crisis de 2008 ha expuesto al neoliberalismo al filo del abismo, y sin embargo ha sabido reconducirse no solo por su propia capacidad de canalizar el descontento social, sino también por cómo han reaccionado sus adversarios mediante políticas que se limitaban a aspirar a un retorno a «los buenos tiempos del capitalismo» y cómo se han enfrentado a todos los dispositivos propios del campo de la discursividad. Es aquí donde tiene lugar lo que Nancy Fraser califica como el «problema del desplazamiento» (FRASER & HONNETH, 2018, pág. 87), con el que el neoliberalismo progresista desplaza el elemento diferencial respecto de las fuerzas conservadoras hacia un ámbito identitario o cultural (MEHTA, 2018).

Por este motivo, el populismo podría representar *per se* una amenaza al poder institucionalizado, pero no necesariamente al discurso hegemónico, ni mucho menos, a los esquemas de pensamiento neoliberales, y por tanto, no a una politización del discurso. Es más, puede convertirse en un instrumento eficaz para su fortalecimiento mediante la integración de este tipo de nuevas demandas políticas en el orden institucional, ya que, recordemos, dado su carácter transversal, el populismo puede llegar a ser adoptado incluso por formaciones políticas y discursos hegemónicos o institucionalizados.

Pero es precisamente a través de la percepción social de que las soluciones políticas que se están aportando desde las instituciones no están siendo válidas cuando otras propuestas a una misma demanda se convierten en plausibles. Un ejemplo de este hecho puede observarse en los acontecimientos más recientes de la política chilena. El incremento de



las demandas relativas a la mejora de las pensiones, la sanidad o la educación, generaron un clima de descontento social generalizado al que se unían la delincuencia y una percepción de desigualdad generalizada (MONTES, 2021). Si bien estas preocupaciones habían sido una constante desde 1990, la preocupación social al respecto se había incrementado en los últimos años, algo que los discursos institucionalizados habían intentado dar solución sin conseguirlo. El resultado sería una conjunción de protestas a lo largo de 2019 y 2020 que acabarían desembocando en una crisis institucional y la apertura de un proceso constitucional de corte mucho más social y desafiante al neoliberalismo.

En definitiva, la capacidad politizadora de un discurso depende del contenido y alcance del discurso que aspira a disputar la hegemonía. En este sentido, el populismo puede ser útil como mecanismo para una verdadera politización del discurso si éste es capaz de desafiar al neoliberalismo desde sus propias raíces teórico-políticas, es decir, desde los propios fundamentos económicos, sino también culturales, mediante el cuestionamiento de su racionalidad. Por último, y no por ello menos importante, no debe olvidarse que el propósito principal de este trabajo no consiste en politizar la esfera discursiva para reemplazar la racionalidad neoliberal por otra racionalidad con el fin de nuevo de ser despolitizada y despolitizadora, sino precisamente, de lo que se trata es de implementar su reverso: posibilitar una racionalidad capaz de ser hegemónica, pero asimismo politizadora, que sea capaz de alimentar en la medida de lo posible la vida de lo político.

## Capítulo 16

### Desempolvando viejos debates: Redistribución vs. Reconocimiento

Si se acepta el hecho de que entonces no solo se trata solamente de dar respuesta a las demandas que no son satisfechas, sino del alcance de su *contenido*, y de que para desafiar la hegemonía del neoliberalismo es central plantear una alternativa económica, debe tenerse en cuenta en qué situación nos encontramos al respecto. Como ya se ha visto con anterioridad, plantear las problemáticas sociales desde una óptica economicista sería insuficiente para atender adecuadamente las demandas políticas actuales, ya que como señala Fraser, existen problemas, demandas y antagonismos sociales que deben ser abordables además desde una esfera del reconocimiento y viceversa (FRASER & HONNETH, 2018, págs. 87-88). A priori, esto parecería llevar implícitamente a despolitizar el neoliberalismo, ya que de nuevo se estaría enfatizando las diferencias desde una óptica predominantemente cultural. En este sentido, tras el fin de la hegemonía del colectivismo, la condición distintiva entre los discursos progresistas de corte neoliberal respecto de los conservadores ha permanecido principalmente en la esfera cultural o del reconocimiento. Si bien es cierto que existen ciertas diferencias en cuanto a las posturas defendibles en materia de subsidios sociales, el incremento o la reducción de impuestos, del salario mínimo interprofesional, o de la inversión en servicios públicos, todas ellas no suelen escapar del marco prefijado por las reglas de mercado neoliberales.

En contraste, la falta de alternativas económicas ha supuesto un callejón sin salida para aquellos discursos no alineados con la doctrina neoliberal (HARVEY, 2020, pág. 125), que han visto como la estrategia por un retorno al estatismo, en mayor o menor medida,

suelen ser identificadas como medidas políticas obsoletas o, al menos, como tácticas puramente defensivas frente al avance de la privatización del Estado. Como el propio Laclau reconoció a finales de los noventa, existe un serio problema a la hora de elaborar un discurso que supiera abordar las demandas de carácter económico, más allá de la regularidad institucional que ofrecía el neoliberalismo hegemónico con el fin de evitar las tensiones sociales (BUTLER, LACLAU, & ZIZEK, 2000, pág. 208). Además, la crisis de 2008 no solo evidenció las debilidades del capitalismo neoliberal, sino también las de la izquierda anticapitalista. La traducción política de los movimientos como el 15M u *Occupy Wall Street* en programas meramente socialdemócratas evidenciaban el hecho de que lo que se proponían dichos movimientos no era cambiar de paradigma discursivo y cultural, sino de devolver el bienestar perdido por las antiguas clases medias que habían asimilado y absorbido las lógicas de la racionalidad neoliberal –o, en cualquier caso, a estar dispuesto a cambiar de paradigma con el fin de volver a la situación previa de bienestar-. Además, muchas de las propuestas proporcionadas por este tipo de formaciones –nacionalización de los sectores estratégicos, expropiación de la tierra, etcétera- eran recibidas con cierta reticencia por parte de la población, quienes identificaban –con toda su carga simbólica negativa- el intervencionismo estatal incluso con el totalitarismo soviético. Las limitaciones que ofrece este punto han contribuido, tanto por parte de los movimientos sociales como de los discursos institucionalizados de corte progresista, a poner énfasis al ámbito de la cultura y el reconocimiento que en gran parte suelen ser absorbidos por los partidos progresistas neoliberales. Sin embargo, el contexto de crisis post-2008 plantearía un escenario tan complejo como interesante: si el surgimiento de las preocupaciones posmateriales habían sido consecuencia una mejora de las condiciones materiales durante los tiempos boyantes del Estado de Bienestar, el posterior deterioro del nivel de vida de las últimas décadas ha propiciado un cierto resurgimiento de las demandas sociales de carácter económico que, sin embargo, ahora conviven con las preocupaciones sociales de corte posmaterial.

Como respuesta, los movimientos populistas de derecha radical han dirigido su atención precisamente a este tipo de luchas como la causa de la crisis del neoliberalismo. Los efectos de la globalización y las políticas de integración y la diversidad, a su juicio, han contribuido a la desintegración de los lazos comunitarios y al deterioro de las condiciones económicas y sociales de las esferas de población más vulnerables, lo cual es sumamente útil para desplazar el centro del debate público a cuestiones estrictamente pertenecientes a la esfera cultural y del reconocimiento, mientras se mantiene la esfera económica

despolitizada. Pero a su vez, esta táctica ha resultado ciertamente tentadora para un sector muy concreto de la izquierda, el cual ha tendido a señalar esta exclusiva atención al reconocimiento como la causa del «callejón sin salida» en el que viven los movimientos anticapitalistas ante la falta de una alternativa económica discursivamente creíble, y proponiendo en su lugar un retorno a la esfera de la economía y la redistribución como criterio explicativo central de las problemáticas sociales, desdeñando así otras preocupaciones sociales emergentes, ya sean del ámbito del feminismo, la lucha antirracista, el movimiento LGTBI, el ecologismo o el pacifismo.

Sin embargo, ello supondría volver a incidir en los mismos problemas que habían propiciado la crisis del marxismo a finales de los sesenta. La incapacidad por integrar nuevas luchas durante aquellas décadas contrasta con la creencia actual de un supuesto «exceso de integración» de nuevas luchas en lugar de dedicar los esfuerzos a una crítica predominantemente económica. En definitiva, en su lucha contra la fragmentación y la pluralidad de identidades, reivindica la identidad de clase; una identidad más que se ha convertido en un fetiche para el disfrute exclusivo de quienes ya se sienten identificados con el imaginario y el folklore de la clase obrera, y no para interpelar a aquellos que lo consideran como un símbolo de otros tiempos. Con ello se reintroduciría el antagonismo de clase como *conditio sine qua non* para atender las diferentes demandas, y adoptaría una posición de preeminencia que pondría en riesgo la relación con el resto de antagonismos, incidiendo una vez más en los errores del marxismo ortodoxo. Además, la despiadada crítica a la esfera del reconocimiento por parte de una supuesta izquierda «antiposmoderna» podría generar unos efectos políticos sumamente peligrosos. La clase trabajadora, la cual es identificada con la nación, la comunidad, las clases populares, las tradiciones, la familia, etcétera, se encontraría bajo la amenaza de las *identity politics*, un «invento» procedente de las élites universitarias estadounidenses, de corte liberal y capitalista, individualista y globalista –obsérvese la lógica de oposiciones entre ambos extremos-. Boltanski destaca cómo esta cadena equivalencial de anticapitalismo, moralismo y xenofobia, impregnada de un espíritu republicano mal entendido, ha convergido en un «neoconservadurismo a la francesa» del que se ha nutrido la extrema derecha (FRASER, BOLTANSKI, & CORCUFF, 2019, págs. 84-85). Esta concepción engarza a su vez con una cierta nostalgia por una identidad de clase propia de los tiempos modernos (JAMESON, 1996, págs. 87-88). Sin embargo, la cruzada contra «las luchas posmodernas» guardan estrechas similitudes con lo que en la extrema derecha ha

denominado curiosamente como «marxismo cultural», En este mismo sentido, en las elecciones presidenciales de 2017, Marine Le Pen adaptó su discurso a través de una lógica equivalencial similar con el fin de captar sectores obreros, obteniendo unos muy buenos resultados (FERNÁNDEZ-VÁZQUEZ, 2019).

Frente a este tipo de estrategias, no se trataría de focalizar todas las luchas a través del proletariado, sino de atender las diferentes demandas sociales de tal manera que acaben redundando en beneficio de la mayoría social mediante políticas de clase. Un ejemplo inverso de esto puede verse en cómo el neoliberalismo, en nombre de la transversalidad social y el beneficio individual, tiende a aplicar políticas económicas perjudiciales para las clases trabajadoras (HARVEY, 2020, págs. 16-26). A este respecto, cabe remarcar que no se trata de apostar por un retorno al economicismo. Como señalan tanto Fraser como Honneth, hablar de políticas antirracistas, feministas, LGBTI, multiculturales, pacifistas, ecologistas, etcétera, es hablar *también* de políticas redistributivas y de clase (FRASER & HONNETH, 2018). Es lógico pues asumir las conclusiones de Nancy Fraser: decidirse entre la redistribución o el reconocimiento constituye una falsa dicotomía (FRASER & HONNETH, 2018, pág. 39). En el caso de la propuesta laclausiana, sin embargo, el problema intrínseco que ofrece es diferente. Al limitarse a recoger las demandas emergentes a partir del contexto neoliberal, las demandas económicas pueden verse barradas por los propios límites que ofrece el discurso hegemónico: los movimientos sociales reivindican reformas económicas de corto alcance porque no es posible imaginar nada más allá de los límites que proporciona la propia hegemonía neoliberal, incidiendo así en el «problema del desplazamiento» de los partidos institucionales. En definitiva, «no puede haber hegemonía sin «el núcleo decisivo de lo económico». Pero tampoco puede caerse en la trampa del viejo economicismo mecánico» (HALL, 2018, pág. 270).

En su lugar, el discurso debe articularse desde una perspectiva integrada, tanto económica como culturalmente, por las dos razones que tanto Honneth como Fraser proporcionan: Para Honneth, porque las reivindicaciones tanto económicas como culturales, tienen como punto de partida la necesidad de reconocimiento (FRASER & HONNETH, 2018, pág. 93). Esta interpretación sugiere que el reconocimiento no obedece solo a las demandas y preocupaciones pertenecientes a la esfera cultural, sino también a la económica, por lo que esta perspectiva podría extrapolarse a la de otras interpretaciones como la de Fraser. Según Fraser, porque de la misma manera que las reivindicaciones

culturales poseen un componente económico, muchas reivindicaciones económicas poseen un componente cultural (FRASER & HONNETH, 2018, pág. 53 y ss.). Sin embargo, en ese caso, el problema no se encuentra en cómo se relacionan dichas esferas, sino en el alcance de sus propuestas y qué horizonte se propone: si reformar el capitalismo o superarlo. Aquí nos obliga a volver a la cuestión tratada en el capítulo anterior, acerca del carácter relacional de las identidades y de la supuesta falta de pertinencia del socialismo en tiempos de bonanza económica capitalista. Laclau realiza tales afirmaciones en un contexto comprensible, pero paradójicamente la formula en unos términos categoriales muy poco relacionales. No reconoce en ningún momento, al menos de manera explícita, la posibilidad de que, mientras el capitalismo exista, las contradicciones de clase pudieran existir, al menos de manera potencial, y que ello solo puede derivar en un antagonismo de clase -a su juicio ahora desaparecido- a través de una efectiva labor discursiva, sin duda por otras vías, otras fórmulas, otras nomenclaturas y símbolos. Eso sí, deberá hacerse mediante la satisfacción de aquellas demandas que surgiesen de tal contexto, y sin embargo no sería menos pertinente que llegado el momento tales respuestas políticas tuvieran un horizonte anticapitalista<sup>132</sup>. Cabe destacar cómo Marx se esforzó en demostrar cómo la lógica del capitalismo genera tensiones sociales de clase. Sin embargo ello no significa que dichas tensiones tuvieran una automática traducción política en términos de socialismo, tal y como Laclau pretende atribuir al marxismo *in toto* a partir de una lectura de los ortodoxos.

Sin embargo, el principal problema de aquellos discursos que aspiran a desafiar al neoliberalismo no se encuentra en la falta de razones para derrocarlo, sino en la ausencia de alternativas que sean, al menos aparentemente, viables, razonables y verdaderamente capaces de articular una nueva racionalidad económica. De esta manera, el antagonismo *sui generis* vuelve a formar parte de nuevo del debate público compartido gracias a la acción del populismo.

---

<sup>132</sup> Recordemos cómo incluso desde los discursos más institucionales, en pleno contexto de la crisis de 2008, algunos líderes europeos como Nicolas Sarkozy llegaron a sugerir un «capitalismo de rostro humano» frente al neoliberalismo.

## Capítulo 17

### ¿Un nuevo «ethos igualitario» como significativo vacío?

Aunque es sumamente importante conocer qué modelo alternativo a la economía neoliberal pudiera servir de orientación para construir un nuevo horizonte político, no debe obviarse que en las bases del neoliberalismo se encuentran unos fundamentos que actúan no como un dogma inquebrantable al uso marxista ortodoxo o como una exposición de motivaciones que justifican la pertinencia del control de la economía capitalista como hizo la socialdemocracia keynesiana, sino como un esquema de pensamiento que permite la articulación de un discurso en favor de las lógicas de mercado capaces de adaptarse a cada contexto y circunstancias. No existe la herejía bajo el calificativo de «revisionista» u «oportunista» que legitime la exclusión de quienes no comparten punto por punto la línea oficial, sino una forma de razonamiento que posibilita llegar a una amplia pluralidad de posturas para alcanzar un mismo fin. La lógica de mercado, una vez interiorizada y asimilada, permite desarrollar conclusiones tan variopintas y dispares que van desde el liberalismo clásico a formas autoritarias de neoliberalismo, pasando por el ordoliberalismo, la *Escuela de Chicago* o la *Tercera Vía*. Si se acepta al neoliberalismo como un «macrodiscurso» sustentado por un esquema propio de razonamiento, es en este ámbito de pluralidad de posiciones donde actúa el juego de la hegemonía intradiscursiva, posibilitando el desplazamiento y modificación de sus posiciones políticas a medida que se desarrollan nuevas circunstancias; pero también da pie a la despolitización de una lógica de pensamiento –que se presenta como neutral-, y cuyo objeto de disputa política se centra en los rasgos diferenciales a la hora de profundizar en el horizonte neoliberal. Por el mismo motivo, el neoliberalismo ha logrado hegemonizarse con una amplia variedad de grados de implementación y características en diferentes lugares del mundo; desde Estados Unidos a Tailandia, pasando por países

como México, Alemania, Rusia o China (HARVEY, 2020). La racionalidad de mercado constituye una base de pensamiento que, de ser aceptada ya de inicio, permite ser desarrollada autónomamente, como un árbol que se ramifica y complejiza a medida que va creciendo.

En contraste, las ideologías anticapitalistas o colectivistas vigentes carecen de algo similar. Ya en los años ochenta, Hall reprocharía al partido laborista de no haberlo desarrollado nunca:

el laborismo no tiene agenda moral propia, excepto una conservadora y heredada. En consecuencia, no es una fuerza que esté modelando activamente la cultura y educando el deseo. (HALL, 2018, pág. 432)

Como ya se ha observado, el neoliberalismo tiene el mérito de no fundamentar sus teorías en una «memoria de causas» o *poiesis*, ya que no se apoya en circunstancias históricas concretas para justificar la implementación de sus políticas económicas, sino que se legitima por sí misma como sistema de intercambio *-praxis-* (GORZ, 2008, pág. 105). Sus fallas nunca son achacables a problemas *intrínsecos* a la economía de mercado, sino a sus «malos usos», de manera que se traslada la responsabilidad a elementos *extrínsecos* a él, como los individuos, o las limitaciones que proporciona la interferencia estatal. De ahí la destacada importancia del papel formativo del mercado. El mercado es un fin en sí mismo que enseña a adaptarse a sus reglas. Esta falta se asemeja ciertamente a lo que Enzo Traverso denomina como «melancolía de izquierda»: no se trata de tener como principal motivación del discurso la experiencia vivida, sino de mantener vivos los principios que motivaron la construcción de dichas experiencias sociales (2019, págs. 77-78). Este hecho no dista en absoluto de la conclusión a la que se ha llegado más arriba: para la construcción de una nueva identidad política, la articulación del discurso no debe depender solamente de un líder, de la agrupación de demandas inmediatas o de un exterior constitutivo circunstancial, sino de una positividad discursiva propia que permita continuar avanzando hacia un horizonte político concreto. Como señala Fisher, «limitarnos a combatir de manera reactiva una agenda establecida por la derecha nos mantendrá en desventaja por siempre» (2018, pág. 105). Pero para construir un horizonte político activo es necesario establecer una serie de principios o marcos de identificación. Como señala Charles Taylor,

Mi identidad se define por los compromisos e identificaciones que proporcionan el marco u horizonte dentro del cual yo intento determinar, caso a caso, lo que es bueno, valioso, lo



que se debe hacer, lo que apruebo o a lo que me opongo. En otras palabras, es el horizonte dentro del cual puedo adoptar una postura. (TAYLOR, 1989, pág. 27)

Si toda propuesta política e ideológica está basada en concepciones concretas de justicia y de moral, la política que propone la atención de tales demandas también estará respaldada por dichos principios. Los motivos que hay detrás son teorías económico-políticas, inspiradas en concepciones morales y subjetivas de lo que se entiende por justicia, libertad, igualdad, etcétera. Tal y como afirma Damasio, el juicio moral posee un componente cultural que ha sido absorbido a través del proceso de socialización y educación (2006, pág. 286), de modo que también forma parte constitutiva de la identidad política.

Es aquí donde entran en juego las justificaciones morales de lo justo e injusto, las cuales se acomodan a nuestros denominados marcos mentales *-frames-*. Lakoff afirma precisamente esto cuando los define como «estructuras mentales que conforman nuestro modo de ver el mundo» (2007, pág. 17). Tales estructuras no solamente están configuradas a partir de los marcadores somáticos que hemos visto con anterioridad, sino que además definen nuestro proceso de razonamiento. Por ello, la proposición racionalista de pretender convencer al opuesto es sumamente próxima a una idealización. Como afirma Mouffe, aceptar que el que posee una ideología opuesta posee razón no implica meramente un cambio de opinión, sino prácticamente una *conversión* (2016, pág. 115).

La respuesta más inmediata podría ser que dichos principios deban regir el universal discursivo, y sin embargo Laclau no lo especifica como tal. Más bien los significantes vacíos son una mezcla de consignas genéricas cuya fortaleza es su propia ambigüedad, que permite la divergencia sobre un mismo concepto. En un cierto punto, Laclau y Mouffe critican la confusión de E.P. Thompson al identificar la negación de un cierto esencialismo humanista con la privación al humanismo de toda validez histórica. Como señalan Laclau y Mouffe, lo que ellos niegan, al igual que Althusser, es que el humanismo adquiera un carácter de esencia, y no que constituya como parte de un discurso que es producido socialmente (2001, págs. 157-158). La cuestión primordial se encuentra no en el hecho de que se deban dichos principios a una «esencia histórica» inmutable y transparente sobre el que fundamentar todo el discurso, sino en la capacidad del discurso de demostrar su validez por sí misma. Sin embargo, al equiparar los principios con esencias, Laclau y Mouffe estarían implícitamente asumiendo que el discurso debe poseer un contenido ideológicamente aséptico, donde se pretendan dar

respuesta a demandas tan variadas como contradictorias, en la medida en que el discurso no debe asumir como propios ciertos principios, valores o esencias, sino que más bien se adapta a las que van emergiendo en cada momento histórico.

Pero la propia configuración –y no otra- de dichos significantes son precisamente el producto de unos criterios de justicia y de moralidad concretos. El propio significante «defensa del libre mercado» ya constituye de por sí un criterio concreto de moralidad, que se va entretejiendo y complejizando a medida que se suman otros significantes -por ejemplo, defensa de la familia, la nación, etcétera.-. No se trata solamente de construir una nueva ética o relato a partir de una cadena de significantes, sino de qué criterio ha sido empleado para introducir tales significantes en la cadena, y no otros, lo que presupone la existencia de una ética o principio que precede a la propia articulación discursiva.

El establecimiento de un significante lo suficientemente amplio como para cubrir a una amplia capa de la sociedad implicaría entonces, por una parte, la asunción/despolitización de varias luchas o criterios de justicia y moralidad contrapuestos, cuya incompatibilidad puede sustanciarse tan pronto como la propuesta de políticas concretas se materializan en base a un criterio moral y no a otro, que también pretende cubrir. Es evidente que la constitución del universal a través de significantes implica la negación de ciertos antagonismos y la asunción de -y posicionamiento respecto a- otros. Y esto es perfectamente compatible con la concordancia del discurso, en la medida en que un mismo criterio moral es interpretado de varias maneras. No se puede ser machista y feminista al mismo tiempo, pero sí se puede entender el feminismo de muchas formas.

En síntesis, con el fin de politizar eficazmente la esfera del discurso, cabe en primer lugar oponer a la racionalidad de mercado una nueva racionalidad; un esquema de pensamiento opuesto a las lógicas del neoliberalismo. En este sentido, Laval y Dardot han sido muy ilustrativos a la hora de justificar la pertinencia de proponer una «racionalidad de lo común» (2013, pág. 409). Foucault, sin embargo, ha sido mucho más pesimista al señalar que cualquier ideología capaz de cuestionar el neoliberalismo, como el socialismo, es incapaz de poseer una razón gubernamental propia, entendida ésta como el reverso negativo de la razón gubernamental liberal, en todos sus aspectos, tanto a nivel económico, estatal, social, etcétera. A su juicio, la crítica anticapitalista representa un compromiso ético compuesto de fragmentos de otros discursos y tradiciones que no se erige como una alternativa al liberalismo, sino como un esquema de pensamiento que

*contrarresta* sus efectos perjudiciales, en una «simbiosis desafortunada» (FOUCAULT, 2016, pág. 104). En cualquier caso, la lectura foucaultiana del socialismo como contrapeso del liberalismo, y no como alternativa, requeriría igualmente de una lógica de pensamiento opuesta para, al menos, mitigar sus efectos, aunque ello pudiera sugerir una proyección mucho más limitada del horizonte discursivo. En cualquier caso, esta racionalidad debe tener como base un conjunto de principios morales o de una ética capaz de atraer nuevas formas de comprensión de la economía. Como afirma Rodrik,

Los resultados obtenidos a partir de la economía formal deben ser combinados con valores, juicios y evaluaciones de naturaleza ética, política o práctica que, si bien poco tienen que ver con la disciplina económica, tienen todo que ver con la realidad. (RODRIK, 2021, págs. 162-163)

Si se acepta que las reivindicaciones y demandas populares emergen de la frustración social, sin duda el deseo de volver a ser parte de una comunidad, podría constituir un «anhelo de reconocimiento», tal y como señala Honneth (FRASER & HONNETH, 2018, pág. 137). Es precisamente partiendo de las relaciones intersubjetivas como podemos definir qué es lo justo o equitativo, cuándo establecemos que estamos siendo socialmente considerados y cuándo no (FRASER & HONNETH, 2018, págs. 141-142). A modo de ejemplo, cuando el neoliberalismo define al comercio como parte inherente de la naturaleza humana, está afirmando que cualquier tipo de control por parte del Estado supone un intento de desnaturalización del ser humano. Otro ejemplo es el mencionado acerca del sentimiento de estatus por parte de quienes asimilan e interiorizan el discurso neoliberal, cuando consideran que la única vía para acceder al éxito es aceptando sus reglas de juego. En este mismo sentido habla Honneth al señalar que una de las variables del reconocimiento es la del estatus, estrechamente ligada a la moral social dominante (FRASER & HONNETH, 2018, págs. 141-142). Es aquí donde cabe reivindicar el valor de la ética como elemento fundamental del discurso. A modo de orientación, el proyecto del PCI desarrollado por Palmiro Togliatti había posibilitado la articulación de un discurso comunista que había posibilitado la adhesión de una amplia masa social de diferentes sensibilidades e intereses. En *La Razón Populista*, el ejemplo del PCI es el único cuyo error no se encontraba, a juicio de Laclau, en sus formas internas de articulación, sino en las limitaciones ideológico-burocráticas que se le presentaban desde el PCUS. A este respecto, como el propio Laclau señala, la «vía italiana al socialismo» había logrado crear una identidad política amplia y parcialmente ambigua que estribaba entre el seguimiento de las directrices de Moscú y una línea independiente (2018, pág.

230), pero que representaba un compromiso ideológico claro respecto a la defensa de los intereses de la clase obrera.

A este respecto, cabe adelantarse a decir unas palabras. El manido temor por parte de cierto sector del marxismo a concebir el discurso socialista o comunista como un mero constructo idealista de aspiraciones éticas y morales supone no reconocer a su vez la inexistencia de un discurso científico ideológicamente aséptico, y de igual forma, a minusvalorar su potencial. Como señala Adolfo Sánchez Vázquez,

Vemos, pues, que si la moral es inseparable de la actividad práctica del hombre –material y espiritual-, la ética no puede dejar de tener nunca como fondo la concepción filosófica del hombre que nos da una visión total de éste como ser social, histórico y creador. Toda una serie de conceptos que la ética maneja de un modo específico, como los de libertad, necesidad, valor, conciencia, socialidad, etc. presuponen un esclarecimiento filosófico previo. (SÁNCHEZ VÁZQUEZ, 1984, pág. 30)

Basta realizar una rápida lectura de los textos de Marx y Engels para encontrar fácilmente juicios de valor en lo que respecta a sus análisis, que servirían asimismo para articular su discurso. Conceptos como «explotación», «desigualdad», «represión», «falta de libertad», etcétera, constituyen valoraciones éticas que han fundamentado el discurso marxista. Más abiertamente Marx, en el *Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores de Europa y los Estados Unidos*, señala lo siguiente:

[...] reivindicar las sencillas leyes de la moral y de la justicia, que deben presidir las relaciones entre los individuos, sean las leyes supremas de las relaciones entre las naciones. (MARX, 1970, pág. 22)

Si aceptamos lo apuntado anteriormente, es decir, al carácter determinante del contenido del discurso, y por extensión, qué dirección se pretende emprender a partir del tipo de respuesta política que se pretende dar a las diferentes demandas populares; cómo se le da respuesta a una misma demanda política dependerá de los fundamentos éticos que den soporte a dicha respuesta política. Ante la demanda popular «Queremos precios a la vivienda más bajos» puede dársele una variedad de respuestas tales como reducir impuestos y dar facilidades a las inmobiliarias para construir más viviendas, aumentar la oferta y reducir los precios-, o bien estableciendo un control de precios máximo, o bien estimulando la construcción de viviendas de protección oficial por parte del Estado para reducir la demanda, etcétera. Todas estas respuestas pertenecen a un relato construido, con una fundamentación ética que permite justificar unos determinados posicionamientos y excluir otros, y es precisamente en este juego de reconocimiento y exclusión donde

tiene lugar el juego político, donde se despolitizan unas esferas y se politizan otras. Significantes vacíos como justicia, libertad, igualdad o explotación, son llenados por significados sustentados en concepciones ético-morales concretas, las cuales, dada su sustantiva carga emocional, tienden a interpelar a aquellos ciudadanos que se sienten identificados con ellos. Qué se considera explotación o emancipación, bueno o malo, positivo o negativo, posible o imposible, de los que se derivan dichos juicios de valor, sin embargo, no son producto de un mero proceso racional de toma de decisiones:

[...] las ideas morales solo tienen verdaderamente sentido si contienen una crítica racionalmente justificada de la realidad con que se enfrentan, si su contenido significa futura realidad previsible, y si se insertan en el marco de una concepción del mundo que, sobre una base científica, sea capaz de explicar primero y organizar después la realización de aquellos contenidos. (SACRISTÁN, 1984, págs. 26-27)

Podemos partir de este fragmento para deducir que, la «crítica racionalmente justificada de la realidad a la que se enfrentan» de las ideas morales constituyen el discurso que se construye a partir de ellas, en sintonía con la realidad que se propone describir, para, en última instancia, proponer una estrategia política consecuente con dichos principios. De aquí cabe hacer una consideración, y es que este principio ético o moral no debe constituir una guía de comportamiento individualista que rija a sus seguidores, al uso de una religión, de los libros de autoayuda o del *coaching*, ya que ello supondría favorecer un retorno a la despolitización. Es en este sentido en el que Marx y Engels afirmarán que «los comunistas no predicaban absolutamente ninguna moral» (1974, pág. 287), puesto que ello, en primer lugar, llevaría al discurso a ser un dogma de fe, y en segundo lugar, a reducir la transformación de la sociedad a una mera prédica, sin lograr comprender el *porqué* del egoísmo del ser humano en unas condiciones materiales dadas. En su lugar, se trataría más bien de articular un discurso en base a un conjunto de criterios basados en una ética común; es decir, el discurso no posee el afán de transformar a sus seguidores mediante la inculcación de una serie de valores que deban ser asimilados individualmente -«¡amaos los unos a los otros!, ¡no seáis egoístas!» (MARX & ENGELS, 1974, pág. 287), sino más bien de aspirar a transformar la sociedad con el fin de transformar el individuo: «el ser social determina la conciencia».

Tal vez deba tenerse de referencia el ejemplo del neoliberalismo para obtener una idea concreta de cómo un discurso no solo está constituido por una pluralidad de tendencias, sino que al mismo tiempo es constructor de una cultura compartida. Ya se ha analizado

previamente cómo una amplia pluralidad de tendencias que van desde la socialdemocracia de tercera vía hasta el populismo de extrema derecha, asimilan e interiorizan sus parámetros de forma muy variada. De igual manera, también se han señalado sus diferencias en cuanto al grado de aplicabilidad de sus medidas en cada localización y cultura, así como a su gran pragmatismo a la hora de introducir nuevas políticas. En consecuencia, todo ello permite no solo una mayor perdurabilidad y estabilidad de su discurso a lo largo del tiempo, sino también una gran capacidad de adaptación y renovación a los diferentes contextos históricos y geográficos. A pesar de su aparente neutralidad, sus cánones ideológicos logran aglutinar una conjunción de principios o valores, más o menos laxos, que sirven de orientación ideológico-política y que posibilitan los movimientos pendulares de la política. A modo de orientación, puede ser útil cómo Lakoff establece dos figuras metafóricas de criterios éticos opuestos: la del padre estricto, próximo a los principios liberal-conservadores, y la del padre protector, próximo a los principios socialdemócratas o liberal-sociales (2007, págs. 26-27). Sin embargo, dentro de cada uno de estos partidos existe una amplia variedad de especificidades y particularidades que reivindican concepciones concretas de dichos marcos mentales los cuales, como el propio Laclau afirma, se encuentran detrás de cada subjetividad sobredeterminada.

No cabe duda de que existen ciertas similitudes entre el análisis de Lakoff y la lógica del populismo laclausiano, sobre todo a la hora de proponer una cadena de equivalencias progresista en contraposición a la conservadora. Es cierto que aunque Lakoff tiene presente la potencia emotiva de las palabras, a la hora de emplearlas para construir un discurso progresista su debilidad se hace patente frente a la contundencia de los significantes manejados por el conservadurismo (ZIZEK, 2006, pág. 561). Pero a pesar de las debilidades que pudieran observarse, los dos esquemas orientadores o *frames* que describe siguen en gran medida lo que se pretende exponer aquí: constituyen marcos de pensamiento *generales* a partir de los cuales surgen una amplia pluralidad de tendencias y percepciones que, sin embargo, comparten una concepción de sociedad bastante similar. De esta manera, no se trata de estrechar el cerco de los significantes estableciendo una ética concreta, sino de *establecer una ética como significante vacío*.

¿Acaso no sería posible la construcción de un discurso cuyo universal vacío se construya en torno a una serie de criterios morales de justicia e igualdad concretos? ¿De acuerdo a qué criterio establecer la concreción de un principio moral? Si se atiende a Laclau, este

significante no puede nunca ser definitivamente pleno, ya que ello conllevaría a un despliegue subsiguiente de la lógica de la diferencia. Sin embargo, las fórmulas normativas de una concepción concreta de moral podrían dar lugar a la detección de elementos comunes que den pie a una fórmula universalizante. El debate interno siempre será la concreción de dicha universalidad por parte de una amplia variedad de interpretaciones particularizadas.

A modo de orientación, Badiou propondría a Laclau formular una ética capaz de reunir aquellos intereses sociales que fueran perjudicados por la ética neoliberal (2016, págs. 67-99). Gerald Cohen (2001) sugeriría un *ethos igualitario* basado en una conjunción de principios éticos basados en la redistribución económica. Sin embargo, aunque el autor señala cómo el capitalismo condiciona el comportamiento social anti-igualitario, la paradoja de Gerald Cohen y su «*marxism without bullshit*» es que ha prescindido de todo el aura ideológico esencial para la construcción de un discurso con el fin de profundizar por un sendero cientificista que, a nivel político, constituiría un callejón sin salida, para luego volver a él en forma de *ethos*. En este viaje de ida y vuelta, pierde de vista los *fundamentos políticos* que empujarían a Marx y Engels a elaborar un discurso a partir del estudio de las condiciones de vida de los obreros y las relaciones capitalistas que motivasen no solo la construcción de un modo de producción alternativo, sino además que ayudasen a comprender de qué manera es posible su ruptura. En su lugar, elabora una crítica muy similar a la de Laclau y Mouffe al argumentar que el marxismo propugnaba por un proceso de transformación del capitalismo al socialismo no desde la acción discursiva, sino desde un cierto evolucionismo economicista (COHEN G. A., 2001, pág. 78). Como consecuencia, el propio Cohen reconoce haber sufrido una especie de salto desde la economía hacia la moral (COHEN G. A., 2001, pág. 17), cuya lectura basada intrínsecamente en criterios de justicia acaba reduciendo la pertinencia del socialismo a una mera cuestión ética. La sociedad cambiará hacia una más justa en el momento en que se establezca un modelo redistributivo más igualitario, pero no se plantea en cualquier caso cómo observar una transición posible desde la situación actual. En otras palabras, genera la inevitable sospecha de que incide en el mismo problema en el que Meiksins-Wood observa que incurren Laclau y Mouffe, en un Nuevo Socialismo Verdadero. Según Foucault, la tendencia a preguntarnos si las experiencias vividas bajo el Estado de Bienestar o el «socialismo real» eran verdadero socialismo, presupone cuestionar si realmente existía

una lógica de pensamiento *verdaderamente* diferente respecto del liberalismo predominante (2016, págs. 103-104). Evidentemente, ante la absoluta ausencia de una verdadera alternativa económico-política que resulte convincente a ojos de la opinión pública, es lógico limitarse a proporcionar meras soluciones socialdemócratas que no supongan una amenaza para las élites y que sean digeribles para una masa de votantes descontentos que, sin embargo, observan con reticencia cualquier propuesta con espíritu utopista. Pero llegado el caso, y pasada la efervescencia popular de la indignación y la desesperanza sociales, aquellas formaciones populistas con propuestas de corte reformista, acaban siendo absorbidos prácticamente en su totalidad por la normalidad institucional, en una suerte de «traición del espíritu anti-stablishment».

Sin embargo, la concepción que se propone en este trabajo es diferente. No se trata de convertir una ética en el fin último de un discurso, sino en el punto de partida de una racionalidad capaz de articular permanentemente un discurso orientado hacia un horizonte concreto. Las concepciones concretas son irrelevantes mientras éstas se den dentro de un marco discursivo orientado por una serie de principios comunes, en todo caso adverso, contrario, antagónico, al principio de la lógica de mercado y a todos los efectos despolitizadores que éste despliega. Oponer una ética basada en los ideales de comunidad, fraternidad o solidaridad frente al individualismo, el egoísmo o la competitividad sirven de base para la concreción de un horizonte político. Como Manuel Sacristán llegó a afirmar hablando del concepto moral de igualdad,

Igualdad no es para el marxismo un postulado abstracto independiente de la realidad, sino la postulación de algo con positiva viabilidad histórica y con un contenido determinado por ella, a saber, la supresión de las clases sociales. (SACRISTÁN, 1984, págs. 26-27)

Aquí ya puede vislumbrarse en qué medida los principios ético-morales condicionan el horizonte del propio discurso: en este fragmento de Sacristán, puede observarse cómo una concepción concreta de la igualdad –la supresión de las clases sociales–, condiciona el objetivo final del discurso marxista. En esta línea, Nancy Fraser sugiere como criterio normativo y procedimental la formulación del principio de igualdad participativa, por el que pretende fusionarse el eje redistribución-reconocimiento como partes inescindibles de un mismo proceso, mediante la reivindicación de igualdad en la participación de todas las esferas (FRASER & HONNETH, 2018, pág. 88). Sin embargo, al menos aparentemente, el problema de este principio es que al sugerir una igualdad entre planos antagónicos -mujeres y hombres, blancos y racializados, heteropatriarcado y movimiento



LGTBI, etcétera-, esta lógica no es funcional desde un antagonismo de clase, ya que ello buscaría no la superación del antagonismo en sí, como en efecto sucedería con el resto de antagonismos, sino el mantenimiento de dos clases contradictorias en un plano de igualdad de trato y participación, lo cual solo puede desembocar en un retorno a la socialdemocracia, a ese punto irresoluble de finales de los sesenta donde solo puede resolverse la crisis económica bien mediante políticas que superen los intereses económicos de la clase dominante, bien implementando políticas monetaristas que favorezcan el sostenimiento del *statu quo* social (HARVEY, 2020). Llegados a este punto, cabe sospechar que la reimplementación de las fórmulas socialdemócratas más clásicas en un contexto incuestionadamente capitalista sólo podría conducir de nuevo a la mejora de las condiciones sociales a unos niveles lo suficientemente altos como para hacer de nuevo creíble un discurso legitimador de las desigualdades sociales, reproduciendo así el inacabable mito de Sísifo.

Si algo puede enseñarnos el neoliberalismo es que su carácter procedimental viene precedido de un fundamento esencialista de la existencia humana –la búsqueda del beneficio individual- que posibilita su despliegue hasta las últimas consecuencias. No se trata de una racionalidad cuyas bases ideológicas vayan a rebufo de los efectos negativos del discurso hegemónico, sino que parte de un fundamento ideológico sobre el que desarrollar su sistema de creencias, luchando contra todos aquellos elementos que amenacen este esquema.

Tal vez una alternativa, que no se desvía mucho de la propuesta de Fraser, y que tiene sin embargo un punto de partida de cierto arraigo marxista y a su vez es coherente con el espíritu de Laclau y Mouffe, sea el de plantear que la razón de la existencia del ser humano no está predefinida por ninguna naturaleza intrínseca. En su lugar cabe señalar que el comportamiento humano está condicionado por su entorno, por sus condicionantes. No se trata de aceptar con resignación un modelo económico concreto regido por una supuesta esencia humana determinista que nos obliga a ser «emprendedores». De lo que se trata es de garantizar la libertad de decidir de qué manera vivir reduciendo para ello lo máximo posible la influencia de aquellos condicionantes que limiten nuestra existencia, sin menoscabar a su vez la existencia de los demás. Para ello, es esencial la abolición de aquellos condicionantes que limitan nuestra autonomía y libertad, una propuesta tan clásica como flexible. Tomar consciencia de los condicionantes que limitan y condicionan nuestra existencia, la cual vive constreñida por ellos y que oprimen nuestra propia

realización y desarrollo como seres humanos, podría ser un punto de partida interesante para formular una racionalidad diferente. Algunos de estos condicionantes son éticos, como el hecho de que la lógica de mercado acabe deteriorando de una manera acusada las condiciones de existencia de quienes tienen menos recursos; pero también existen factores limitantes –como ya se ha analizado en el bloque III–, entre los que se encuentran los intereses de clase, los cuales se oponen a aquellas alternativas económicas que pudieran perjudicar el beneficio privado, sea en favor de los colectivos sociales excluidos de la sociedad o con el fin de resolver amenazas globales como el cambio climático o la guerra nuclear. Un resumen muy apropiado de esta contraposición de ópticas y del fundamento del que debe partir esta racionalidad alternativa puede encontrarse en Marx:

La riqueza real de la sociedad y la posibilidad real de ampliar constantemente el proceso de su reproducción no dependen de la duración del plustrabajo, pues, sino de la productividad y de las condiciones más o menos fecundas de producción en que aquél se lleva a cabo. De hecho, *el reino de la libertad sólo comienza allí donde cesa el trabajo determinado por la necesidad y la adecuación a finalidades exteriores*; con arreglo a la naturaleza de las cosas, por consiguiente, está más allá de la esfera de la producción material propiamente dicha. Así como el salvaje debe bregar con la naturaleza para satisfacer sus necesidades, para conservar y reproducir su vida, también debe hacerlo el civilizado, y lo debe hacer en todas las formas de sociedad y bajo todos los modos de producción posibles. Con su desarrollo se amplía este reino de la necesidad natural, porque se amplían sus necesidades; pero al propio tiempo se amplían las fuerzas productivas que las satisfacen. La libertad en este terreno solo puede consistir en que el hombre socializado, los productores asociados, regulen racionalmente ese metabolismo suyo con la naturaleza poniéndolo bajo su control colectivo, en vez de ser dominados por él como un poder ciego; que lo lleven a cabo con el mínimo empleo de fuerzas y bajo las condiciones más dignas y adecuadas a su naturaleza humana. Pero éste siempre sigue siendo un reino de la necesidad. Allende el mismo empieza el desarrollo de las fuerzas humanas, considerado como un fin en sí mismo, el verdadero reino de la libertad, que sin embargo solo puede florecer sobre aquél reino de la necesidad como su base. *La reducción de la jornada laboral es la condición básica.* (MARX, 2009, pág. 1044)<sup>133</sup>

Del mismo modo, la concreción de tales principios en torno a significantes vacíos no excluye la propuesta laclausiana *per se*, más bien al contrario. El grado de variedad de significados a los que se puede atribuir a un significante se reducen en la medida en que éste es puesto en conexión con otros, de manera que cuanto más larga sea la cadena de equivalencias establecida entre significantes, el grado de ambigüedad será menor, así

---

<sup>133</sup> Las cursivas son mías.

como su alcance (LACLAU & MOUFFE, 2001, pág. 174). No obstante, la concreción parcial de los significantes a través de la definición de una ética compartida supone, por una parte, la exclusión de quienes representarían particularidades lo suficientemente antagónicas que pudieran comprometer la cohesión del discurso y, al mismo tiempo, el establecimiento de una cadena de equivalencias implicaría una mayor concreción, pero también un mayor reforzamiento de la cohesión discursiva, así como de una mayor capacidad para adaptarse a los diferentes contextos y, en definitiva, de una mayor estabilidad. Aquí es donde puede observarse la función cohesionadora de los principios compartidos, no como objeto de veneración que sirva para excluir a quienes diverjan mínimamente de su totalidad, sino como objeto de cohesión que sirva para unir, precisamente, a quienes divergen. En realidad, no se está proponiendo ninguna innovación: lo que se señala es que si el populismo laclausiano es un instrumento útil para la politización del discurso es porque la lógica populista puede ser adaptada a cualquier tradición política, no porque ésta sea reemplazada por aquella.

## Capítulo 18

### ¿Un «populismo marxista»?

Cabe recordar que entre los motivos por los que Laclau proponía la superación del marxismo se debía a la dicotomía que él mismo había establecido: la lógica de la necesidad frente a la lógica de lo contingente, los cuales se manifestaban a través de otras dos dicotomías, a saber, determinismo frente a acción política; y organización de la clase obrera frente al espontaneísmo. En definitiva, si Laclau justificaba la superación del marxismo por sus limitaciones a la hora de recoger las nuevas demandas sociales, lo hacía al precio de aproximarse a una micropolítica incapaz de cuestionar al neoliberalismo. Solamente aquellos discursos populistas que habían recogido el testigo de otras organizaciones políticas tradicionales de izquierda, como el chavismo, habían logrado, al menos durante un tiempo, recoger las demandas sociales emergentes mediante la reconducción de éstas a través de la introducción de medidas económicas que desafiaban los esquemas del neoliberalismo. Cabe destacar cómo el éxito de algunos de estos movimientos populistas no se ha limitado a la búsqueda de soluciones de carácter espontaneísta, por una parte, ni a esperar la llegada del sujeto revolucionario por las propias lógicas del capitalismo. Al contrario que Laclau, han abandonado tal lógica de oposiciones y han asimilado la pertinencia de ambos: el espontaneísmo es la señal de algo que no marcha bien, y cabe recoger dichas demandas –acción política- para reconducirlas hacia un horizonte más amplio –consciencia- fundamentado en las fallas de sus determinaciones más básicas y esenciales –determinismo-. Las fallas del capitalismo no generarían automáticamente ninguna revolución social, sino que crea las condiciones sociales propicias para que una articulación discursiva eficaz sea capaz de construir una nueva hegemonía.

Volviendo al punto inicial de este apartado, la lógica de oposiciones –o determinismo o acción política- encierra una simplificación de la problemática del debate. Una de las problemáticas de Laclau que plantea la funcionalidad del planteamiento de sus determinaciones. El análisis de las determinaciones no implica necesariamente presuponer ni anticipar cuál será su futuro, sino en cualquier caso establece una relación de causalidad que no necesariamente implique prever cuál será su evolución subsiguiente. Una vez definidos estos aspectos, entonces cabe diferenciar entre el establecimiento de un relato fundamentado en datos, razonamientos, determinaciones, justificaciones, etcétera, y la propuesta política que la motiva. El relato es precisamente fruto de los juegos intradiscursivos de la hegemonía. Ambos aspectos, en suma, encajan dentro de los parámetros de lo que Laclau entiende por discurso.

Por este motivo, el establecimiento de una perspectiva histórica a través de la óptica hegeliana, en la que se establecen continuamente nuevas afirmaciones de la experiencia del pasado que se corrigen a medida que se recogen nuevas experiencias, no solo ayuda a establecer una amplia multiplicidad de determinaciones sino que también ayuda a concretar el alcance del discurso y a perfeccionar su aplicabilidad. Cada solución se apoya en una fundamentación moral como punto de partida, pero las motivaciones y datos que justifican dicha solución depende del alcance de las mismas. Si los motivos que excusan una solución concreta hacen referencia a causas inmediatas, las soluciones también lo serán. Cuanto más profundas sean las causas, más profundos serán los cambios. Un ejemplo muy común puede encontrarse cuando los medios suelen hacer referencia a los problemas económicos que adolecen los regímenes socialistas como Cuba. Mientras que sus apologetas suelen aludir a una causa inmediata –el bloqueo económico impuesto por Estados Unidos mediante la *Ley Helms-Burton* de 1994-, sus opositores suelen aludir a determinaciones más profundas como el propio sistema económico socialista, tildado de generador de pobreza. Sin embargo, aunque la perspectiva hegeliana contribuye a alimentar la proyección del discurso, no ayuda a resolver sus tendencias inmanentistas si no se asimila el concepto de hegemonía política en el contexto político actual. Un buen resumen al respecto lo proporciona Harvey:

La exploración de alternativas tiene que efectuarse, por lo tanto, al margen del marco de referencia definido por este poder de clase y por la ética del mercado pero sin dejar de permanecer firmemente amarrada a las realidades de nuestro tiempo y lugar concretos. (HARVEY, 2020, pág. 207)

Es aquí donde el papel de la articulación del discurso adquiere todo su protagonismo: el reconocimiento del carácter relacional de las categorías objeto de análisis, así como de la permanente rearticulación de las particularidades y demandas emergentes, no excluiría el reconocimiento de sus determinaciones históricas –y tampoco, por tanto, de su horizonte político- si el marxismo adopta la lógica populista.

Una crítica potencial a este planteamiento podría ser que, en la medida en que se estableciera un criterio o principio moral positivo que orientase toda la universalidad del discurso, se pretendiera inculcar –que no recoger- este conjunto de principios en la sociedad, cuando el potencial discursivo laclausiano reside en que el discurso recoge este espíritu a partir de la sociedad. En su lugar, la construcción del conjunto de principios éticos sobre los que se sustentaría esta nueva racionalidad debe partir de la insuficiencia que proporcionan, en términos de Rancière, los criterios de reparto propios del neoliberalismo. En otras palabras, debe articularse una nueva ética discursiva a partir de los sentimientos de injusticia que afloran a causa de los efectos de un discurso hegemónico concreto. En realidad este planteamiento no dista tanto del hecho circunstancial que Marx observaba con la posibilidad de que hubiera una revolución solo cuando aún perdurasen las contradicciones del orden precedente, pero no una vez éstas ya hubieran sido asimiladas por la nueva cultura capitalista. Ahora es pertinente recoger el descontento social propiciado por el deterioro progresivo de las condiciones materiales para construir un nuevo discurso que no solo se limite a recuperar el bienestar perdido, sino que además sea capaz de ir «más allá».

«Salir del barro» de la ideología hegemónica

Por este motivo, y bajo una aspiración mucho más ambiciosa, la pretensión de hegemonizar no solo implica aprobar leyes y decretos, sino que estos sean capaces de impregnar a la sociedad mediante la generación de *una nueva cultura*. Como se señalaba al principio del Segundo Bloque, la respuesta a los procesos políticos, económicos, sociales y culturales no puede reducirse a una burda crítica moralizante, sino que debe captar la comprensión del comportamiento social a partir de sus determinantes. Además, la aportación del populismo como práctica política es útil para captar las insuficiencias y demandas sociales para traducirlas en un nuevo discurso. Pero además, la implementación de una nueva racionalidad supone, en cualquier caso, que ésta no debe reducirse a la

imposición de un nuevo marco político por decreto, sino a la puesta en marcha de una serie de políticas cuyo alcance sea mucho más profundo que la inmediatez, capaz de desarrollar, parafraseando a Marx, «conexiones objetivas que surgen naturalmente» (2007, pág. 89). El primer reto entonces es cómo propiciar un discurso transformador a partir del estado de cosas existente. Como señala Gorz,

La cuestión esencial será, pues, saber en qué necesidades se enraíza la necesidad del socialismo cuando la urgencia nacida de la miseria se halla bloqueada; y en qué condiciones estas necesidades pueden tomar consciencia de ellas mismas como necesidades de transformación radical de la sociedad. (GORZ, 2008, págs. 54-55)

La posibilidad que se abre aquí es la proporcionada por la práctica populista, si bien atendiendo a las deficiencias que ésta padece, a través de la recolección de demandas insatisfechas, pero siendo a su vez reconducidas hacia un horizonte político concreto destinado a implantar una nueva racionalidad que, en ningún caso ha sido conocido previamente (GORZ, 2008, pág. 112). De su concreción depende tanto el espíritu politizador del discurso como su cohesión discursiva. De la frustración política recogida, la población asume, explícita o implícitamente, muchos de los postulados propios de la racionalidad neoliberal, pero sabe que algo no funciona correctamente (SENNETT, 2003, pág. 27). Por otra parte, Marcuse señala cómo la carga de la culpa instalada cada vez más firmemente en las mentes de la ciudadanía, llegue a ser tan grande que sea insoportable (1986, pág. 106).

La cuestión, por tanto, es doble. Por una parte, se trata de señalar qué o quiénes son «los responsables» de la frustración sufrida, cuyos criterios dependerán de los criterios morales normativos que se apliquen. La proposición de un programa político capaz de recoger la frustración social mediante criterios morales que desafíen a la racionalidad hegemónica comienza por el establecimiento de relaciones de equivalencia discursivos. Según explica Lakoff, los discursos conservadores son capaces de ganar la batalla discursiva porque introducen soluciones políticas de «pendiente resbaladiza» (2007, págs. 56-58). En otras palabras, se trata de políticas que si bien han sido implementadas para satisfacer una demanda concreta, preparan el terreno para generar nuevas demandas que impliquen a su vez más medidas políticas en una dirección política concreta, práctica muy común en el proceso de implementación del neoliberalismo.

Por otra, que tales propuestas solo pueden ser reconducidas a partir de la insatisfacción social, lo cual implica, en primer lugar, depender de la incapacidad del discurso

hegemónico por absorber las demandas políticas de la población; y en segundo lugar, de las situaciones de estabilidad y crisis social, ya que en estos momentos es cuando más evidente se hace la insuficiencia del poder hegemónico, y por tanto constituyen ventanas de oportunidad para primer paso hacia el cambio de racionalidad. De manera muy ilustrativa, Marcuse se preguntaba lo siguiente: «¿Se puede entender un cambio tan fundamental en la conciencia sin asumir un cambio correspondiente en la “existencia social”?» (1986, pág. 60).

Como ya se ha analizado, la posición de sujeto se ve condicionada, por una serie de condicionantes discursivos hegemónicos, pero también de la experiencia misma, de una sensación que florece a partir de la percepción de una frustración. Sin embargo, en la distancia que media entre la frustración puntual canalizada por un discurso politizador y la radicalidad en la implementación de un nuevo paradigma discursivo, pueden emerger fantasmas regresivos que más bien podrían contribuir al afianzamiento del discurso ya hegemónico (MARCUSE, 1986, pág. 106).

El segundo reto es cómo hacer aflorar una nueva racionalidad a partir de otra ya hegemónica. Pretender dar respuesta a un reto como el formulado implica correr el riesgo de caer en la trampa de presuponer que es mínimamente posible introducir un discurso con un núcleo ético inmaculado, absolutamente ajeno a las influencias de la sociedad de la cual él mismo nace, como si hubiera sido traído por una entidad divina o extraterrestre. Precisamente el potencial de la creencia de los marxistas ortodoxos por el auge del proletariado a partir de la crisis intrínsecamente sistémica del capitalismo partía de esta premisa: la denominada revolución social no tendría lugar por una iluminación repentina por parte de las masas oprimidas, sino porque la evidencia de los hechos que causa el capitalismo llevaría a los obreros a la conclusión de que los marxistas estaban en lo cierto. Nuestra cultura se construye de acuerdo al hecho de que formamos parte de las lógicas de producción capitalista, de modo que solo es posible salir de esta dinámica en la medida en que tenemos motivos para sentir rechazo del dicho modo. Por ello es tan relevante un fenómeno como el populismo, en la medida en que es resultado del capitalismo, que aspira al corto plazo y que puede ser una opción a salir de esta dinámica. Aquí es donde la tesis de Laclau es válida en la medida en que es necesaria la articulación de un discurso capaz de recoger el descontento social para traducirlo en un nuevo paradigma hegemónico. Cabría plantearse la posibilidad asimismo de analizar los límites de significación de ciertos significantes. ¿Es posible resignificar conceptos tan utilizados por



el neoliberalismo como «flexibilidad» o «eficiencia» en beneficio del discurso anticapitalista? O bien ya plantearse dicha posibilidad significa aceptar el marco en el que se mueve el neoliberalismo? A modo de ejemplo de esta problemática, cabe exponer una alternativa muy interesante, pero también sumamente arriesgada –por su facilidad por terminar adoptando las dinámicas opuestas a las que aquí se proponen-, ya que implicaría jugar con las reglas de juego del neoliberalismo para oponerse a ellas. Siguiendo el ejemplo de China, la introducción de un discurso favorable a la nacionalización de sectores como la banca o la electricidad bajo el pretexto de generar un mayor margen de beneficio para las pequeñas y medianas empresas podría ser sumamente atractivo para la clase empresarial, un amplio sector de la clase media, y altamente beneficioso para las clases más desfavorecidas. Sin embargo, estos casos no producen un «quiebre» de dicha racionalidad neoliberal, sino más bien una redirección de sus presupuestos. En este sentido, Lakoff señalaría una aceptación del *frame* neoliberal, no de su cuestionamiento, dado que se están realizando propuestas no desde conceptos opuestos a dicha racionalidad, sino a partir de los mismos que emplea. Por otra parte, es posible que este tipo de medidas tiendan a debilitar los antagonismos sociales, pero no por ello se neutralizan por sí mismas las tendencias despolitizadoras de la lógica de mercado. El hecho de que una empresa posea un estilo propio de organización o consumo no implica que ésta sea automáticamente capaz de repercutir en la transformación de las relaciones de mercado, salvo que existieran una serie de determinantes que motivaran su transformación mediante el favorecimiento, al menos inicialmente, de unas lógicas económicas diametralmente opuestas. De hecho, en la gran mayoría de cooperativas, al tratarse de empresas pequeñas y aisladas, suelen suponer *raras avis* que apenas tienen un impacto en el normal funcionamiento de la economía global (WRIGHT, 2020, pág. 95).

Sennett se preguntaba «¿Cómo pueden perseguirse objetivos a largo plazo en una sociedad a corto plazo?» (2003, pág. 25). Dicha propuesta debe implicar, por tanto, la articulación de un discurso marcado por un horizonte político que vaya más allá del cortoplacismo, pero al mismo tiempo, debe empezar por el corto plazo para poder establecer un horizonte político. Marx ya hablaba de un esquema de pensamiento similar en la *Crítica al Programa de Gotha*, cuando afirmaba que era necesario introducir el principio de «A cada cual según su capacidad, a cada cual según su trabajo», más próximo a la mentalidad capitalista imperante, como paso previo a la instauración de un orden social donde reinara el principio de «A cada cual según su capacidad, a cada cual según

su necesidad». Ante este contexto, cabe pensar, al menos provisionalmente, dar respuesta a las demandas sociales mediante la introducción de medidas políticas que no se limiten solamente a actuar defensivamente ante los efectos negativos del neoliberalismo, ni que se fijen solamente como objetivo la introducción de medidas puntuales con el bienintencionado fin de «mejorar las condiciones de vida de la población» en el contexto capitalista.

Tal vez sea posible responder a la pregunta de Sennett tomando el auge del neoliberalismo como referencia. Como ya se ha observado, el Estado de Bienestar contribuyó a construir una nueva cultura *a partir de* la neutralización de la lucha de clases y de la mejora sustancial de las condiciones de vida y los hábitos de consumo, así como una transformación en el pensamiento en la esfera cultural que alimentaría una concepción favorable a la libertad del individuo frente a lo colectivo, y que sería hábilmente recogido por el neoliberalismo. Pero éste no tendría lugar fruto de un proceso natural, sino que sería resultado de la articulación de un discurso que había sido capaz de recoger una amplia pluralidad de insatisfacciones sociales. La crisis económica de 1973 había propiciado el incremento del desempleo y la inflación, pero también el declive de la industrialización, el aumento la inseguridad ciudadana y la inmigración, o la crisis de identidad del patriotismo (HALL, 2018, pág. 126). Todo ello se convertiría en parte fundamental para la implementación inexorable de una nueva concepción ético-política que estaba dispuesta a dar salida a tales insuficiencias mediante un cambio de paradigma económico a través de la introducción de medidas cortoplacistas pero de largo alcance e irreversibles. Hacia esta misma dirección se dirige Nancy Fraser, quien sugiere la integración de políticas económicas que no solo aspiren a la reparación o alivio de las desigualdades sociales, sino que también sean capaces de dar la vuelta al sistema de relaciones sociales, es decir, a que tales políticas no sean concebidas como una prestación de la que se beneficie una minoría que no logra encajar en los esquemas de competitividad neoliberal, sino que sean, al contrario, capaces de desarrollar dinámicas de solidaridad social (FRASER & HONNETH, 2018, págs. 71-76). Sin embargo, por añadido, cabe introducir tales dinámicas no solo mediante la implementación de políticas de corte universalista como sugiere la autora, sino que además éstas deben ser capaces de alterar la propia manera de concebir la realidad. Para ello es necesario introducir lo que autores como Gorz (2008) o Fraser definen como «reformas no reformistas», es decir, que sean capaces de modificar las propias bases y dinámicas del capitalismo mediante pequeñas

reformas de largo alcance, ya que solo a través de la alteración de las relaciones de producción capitalistas será posible la resolución de los antagonismos afectados por la redistribución (FRASER & HONNETH, 2018, pág. 77). En otras palabras, pequeños cambios en el seno de la estructura que «obliguen» a una transformación de toda la estructura en la dirección deseada. Se trata, por tanto, de dar respuesta a tales demandas políticas no solo mediante medidas políticas *meramente diferentes* al hegemónico, sino que además éstas alimenten una nueva forma de pensar las relaciones económicas y sociales; una *ética de lo común* a partir del cual desarrollar un nuevo relato que permita impulsar un programa estratégico capaz de introducir medidas políticas que generen un efecto *spill-over* contra la racionalidad neoliberal. Pero si el neoliberalismo contaba con la ventaja de que el Estado de bienestar había generado una cultura propicia para el desarrollo del neoliberalismo, no parece que la deriva actual esté generando el caldo de cultivo de una nueva racionalidad económica, sino más bien el despliegue cultural del neoliberalismo hacia su extremo más autoritario y antidemocrático.

A partir de este punto, solo queda la especulación. Uno de los problemas ante el que se encuentra la formulación de una nueva propuesta discursiva sería, fundamentalmente, el desarrollo de una alternativa económica capaz de hacer frente a las lógicas del capitalismo. Mientras no exista este núcleo esencial, el discurso populista de izquierda será incapaz de contribuir a la politización del discurso, y en cualquier caso, tenderá a reforzar las dinámicas del neoliberalismo, en la medida en que solo le quedará como refugio distintivo las políticas posmateriales -perfectamente adaptables al sistema neoliberal- o políticas de redistribución que sirvan de «freno» contra las lógicas salvajes del capitalismo. A lo sumo, puede adoptar una estrategia defensiva *contra* el capitalismo, pero ello no garantiza la construcción de una verdadera alternativa discursiva politizadora, sino más bien de dotar de un sentido social al capitalismo. Es cierto que la estatalización de la economía escapa a las lógicas del mercado en la medida en que pone por encima la garantía de los derechos sociales a los de la lógica de mercado, pero como se ha observado en el pasado, tanto en el caso de las economías mixtas como en las economías de planificación centralizada, la desembocadura ha sido la misma en mayor o menor grado.

Para ello, en primer lugar, debe abordarse urgentemente cuál será el papel del Estado en esta nueva propuesta discursiva. Por ejemplo, cabe plantearse qué posición adoptar en el debate entre la rutina y la flexibilidad. ¿La libertad humana es proporcionada por el

comportamiento flexible o por el establecimiento de mecanismos de seguridad para salvaguardar su protección? A lo largo del siglo XX, en el campo de la teoría crítica, autores como Marcuse o Gorz han sugerido que la liberación de la burocracia y la racionalización de la vida representaban uno de los primeros pasos hacia la emancipación humana. Sin embargo, bajo la hegemonía neoliberal, parece que es su falta lo que representa un dispositivo de opresión. Como señala Sennett,

[...] las insatisfacciones del trabajo, incluso aquellas tan profundas que vacían el trabajo de toda satisfacción, no conducen a los trabajadores a la rebelión: la resistencia a la rutina no provoca la revolución. (SENNETT, 2003, pág. 48)

La inestabilidad y la precariedad generan frustración, cuyo apaciguamiento dependerá de la acción o inacción de los dispositivos de control institucional, económicos, culturales, tecnológicos, etcétera. Además, la progresiva reimplantación de la concepción divisora «sociedad civil vs. Estado», al contribuir a reforzar la tendencia despolitizadora de identificar lo primero con las relaciones privadas, y al Estado como un ente ajeno a la sociedad, ha posibilitado la instauración de una «democracia de espectadores»: el ciudadano se observa como un mero «consumidor» de servicios públicos, a los que él contribuye económicamente, pero del que no se siente parte. Esto se traduce políticamente en una actitud pasiva, donde la acción colectiva y la participación ciudadana son sustituidas por indolentes quejas y reclamaciones sobre su funcionamiento, de la misma manera que se realizan sobre la recepción de cualquier producto o servicio (HAN, 2014, págs. 23-24). La recurrente frase que suele utilizarse contra los empleados públicos «soy un ciudadano honrado; pago mis impuestos; pago tu sueldo», es un buen ejemplo de esta concepción. El buen trato que merecen no se debe tanto a su propia calidad de ciudadano que, como tal, merece un buen trato por parte de los empleados públicos, sino por el hecho de realizar una aportación económica. Sin embargo, la reintroducción del Estado de Bienestar no parece garantizar automáticamente la revitalización de la vida colectiva. De hecho, tal y como se ha analizado previamente, más bien parece que el Estado de Bienestar ha contribuido, al menos en parte, a allanar el camino al neoliberalismo al estimular el desarrollo de una cultura del individualismo mediante el despliegue de políticas sociales que favorecían una mayor autonomía, pero que no contribuían al reforzamiento del tejido comunitario. Como señala Bauman, la aspiración a construir una sociedad estable paradójicamente ha contribuido a una precarización de las relaciones sociales (2002, págs. 170-175).

En su lugar, es necesaria la multiplicación de los espacios de participación ciudadana que sirvan de contrapeso a los diferentes órganos e instituciones políticas, a la sazón fruto de dicha participación civil, como señala Mouffe (1999). Sin embargo, ésta no deja de ser una demanda vacía si no se observan otros aspectos que tiendan a reforzar el espíritu democrático. Los niveles de interés y participación política se han demostrado en numerosos estudios que están aparejados por su creencia en la efectividad en las instituciones -es decir, quienes más creen en el sistema, más participarán, por tanto no deja de tener un efecto espiral en el que los excluidos del sistema serán los menos participativos- y, al mismo tiempo, podrán preocuparse por la política quienes puedan dedicarlo a la política. En definitiva, una mayor democracia requiere una mayor democratización de la economía. Tal y como concluye Carol Pateman (2014), la participación política está estrechamente ligada a un modelo productivo que impide desarrollar preocupaciones más elaboradas por la política. La explotación laboral deviene en reducción en la atención a la política, que solo viene por destellos -noticias y titulares llamativos-. Por tanto, si aceptamos que para garantizar lo político es necesario ampliar y afianzar los cauces institucionales de participación ciudadana, asimismo será necesario asegurar las bases económicas que permitan acrecentar el interés por lo común. En pocas palabras, establecer una identificación entre libertad y comunidad. Pero solo es posible el desarrollo del interés por lo común cuando las dinámicas sociales -la racionalidad dominante, si se quiere- empujan a los individuos a comportarse en esa dirección. Como señala Marx, «en la libre competencia no se pone como libres a los individuos, sino que se pone como libre al capital» (2007, pág. 167). En esta misma línea, Han apunta que «el aislamiento total al que nos conduce el régimen liberal no nos hace realmente libres» (2014, pág. 13). Sennett llega a conclusiones similares:

El lugar es geografía, una localización de la política; la comunidad evoca las dimensiones sociales y personales del lugar. Un lugar se vuelve comunidad cuando la gente utiliza el pronombre «nosotros». Hablar así requiere un apego personal, no geográfico; una nación puede construir una comunidad *cuando la gente traduce las creencias compartidas y los valores en prácticas concretas y cotidianas*. [...] la política depende del «nosotros» comunal. Una de las consecuencias no deliberadas del capitalismo moderno es que ha reforzado el valor del lugar y ha despertado un deseo de comunidad<sup>134</sup>. (SENNETT, 2003, págs. 144-145)

---

<sup>134</sup> La cursiva es mía.

Este anhelo de comunidad, por supuesto, puede desembocar en numerosos universales discursivos donde se delimita la exclusión –el inmigrante, el enemigo del Estado, el divergente, el perturbador de las tradiciones, etcétera-. Pero también puede proponerse una relación equivalencial en el que la democracia solo es posible garantizando la pluralidad política, la cual a su vez solo es posible promoviendo unas nuevas bases económicas que favorezcan la participación ciudadana, el tejido comunitario, etcétera. La cuestión radica en la motivación de dicho cambio de base económica: ¿Es posible –y si lo es, cómo- reemplazar el interés individual por la solidaridad? Siguiendo la estela de Laclau y Mouffe, si se acepta la premisa de reconocer que implantando mecanismos de participación se generarán unas instituciones más permeables a las demandas sociales, «el sendero» hacia una mayor democratización de la economía implicará a su vez unos mayores lazos sociales y un mayor sentido de comunidad. Para ello también es necesario reivindicar que la ciudadanía pueda participar y controlar lo más directamente posible en qué se gastan sus impuestos. Podría ser posible entonces despertar, al menos inicialmente, el sentimiento de comunidad –interesarse por lo que es de todos- a través de este sentimiento de propiedad –por el que alguien aporta algo propio a la comunidad-; por el que el Estado deja de verse como una institución ajena a la vida social de la ciudadanía.

Por otra parte, si se acepta una concepción desmitificada de la democracia –esto es, aceptar que el pueblo no es sabio, pero reconocer su poder para decidir abiertamente sin tuteladas ni mediaciones-, será fácil aceptar que

La igualdad no solo produce disfuncionamientos, obliga al sistema político y económico a moverse, a «racionalizarse», a innovar, es un factor de desequilibrio pero también de invención histórica. Así pueden adivinarse nuevas políticas sociales que deberían llevar no al «Estado mínimo» sino a una redefinición de la solidaridad social. (LIPOVETSKY, 1987, pág. 133)

Si como se ha analizado con anterioridad, la democracia sin límites es opuesta al neoliberalismo por su temor a la sensibilidad por las demandas sociales, podemos apercibirnos cómo una mayor democratización de las instituciones supone una mayor sensibilidad social, una mayor democratización de la economía y, tal vez, un mayor sentimiento de comunidad. Del mismo modo, una mayor democratización de la economía supondría, asimismo, una mayor participación política. Si el neoliberalismo lleva a más neoliberalismo, la democracia lleva a más democracia, y por tanto, a una mayor garantía de la vida política. Afirma Sennett:

El vínculo social surge básicamente de una sensación de dependencia mutua. Todos los dogmas del nuevo orden tratan la dependencia como una condición vergonzosa: el ataque a la rígida jerarquía burocrática tiende a liberar estructuralmente a la gente de la dependencia [...]. (SENNETT, 2003, pág. 146)

Pero como el mismo autor reconoce, estas relaciones de necesidad mutua solo emergen en momentos de crisis aguda, es decir, cuando existe un exterior constitutivo que articula la comunidad. Pero el temor a que el «retorno a la normalidad» permita una vuelta a las lógicas de mercado lleva a formular la siguiente pregunta: ¿Cómo desarrollar una nueva lógica económica sin la pertinencia de un exterior constitutivo y con la base del recuerdo de su legitimidad? ¿Es posible hacer de la solidaridad algo cotidiano?

El problema entonces se encuentra en si bajo las condiciones sociales vigentes, la participación política está justificada. Si como señala Pateman, la desigualdad de condiciones supone una disminución de la participación política (2014, pág. 177), reivindicar una mayor democratización de las instituciones puede convertirse en una palabra hueca en plena era de la individualización y la falta de tiempo. Gorz sugiere que la construcción de comunidad requiere de tiempo libre, o dicho de otra manera, es necesario implantar una política del tiempo que haga posible un mayor margen a tejer redes comunitarias, y menos al tiempo destinado al lucro personal (2008, pág. 114). En otras palabras, es necesario adoptar una estrategia política cuyo objetivo fundamental resida en cuestionar los puntos clave de la lógica neoliberal, para su derribo y posterior enraizamiento de otros esquemas y racionalidades. Precisamente ésta fue la práctica que siguió el neoliberalismo a la hora de introducir sus políticas económicas. Su atentado contra leyes e instituciones pilares del Estado de Bienestar posibilitaron no solo su derribo progresivo con mayor facilidad, sino que además fueron la sal que imposibilitó su posterior resurgimiento.

La izquierda tradicional ha acabado por identificar el colectivismo con el estatismo, en oposición al individualismo, identificado con lo privado. De este modo, no se concibe ya una sociedad colectiva al margen del Estado. Pero, ¿esto es positivo o negativo? ¿Debe la izquierda independizarse del estatismo? ¿O necesita agarrarse a él como mecanismo de emergencia del colectivismo? Según Nancy Fraser, cabe reformular un planteamiento de izquierdas capaz de independizarse de la concepción colectivista estrechamente ligada al Estado (FRASER, BOLTANSKI, & CORCUFF, 2019). Cabe recordar, a su vez, cómo la tradición marxista ha reivindicado desde sus orígenes la instrumentalización del Estado

para su propia destrucción. Sin embargo, el rumbo tomado bajo la experiencia del socialismo real ha sido diferente. No obstante, da la sensación de que esta propuesta supone más bien un «salto hacia adelante» en un contexto donde fuera de los límites del Estado solo se encuentra actualmente las leyes del mercado. En términos similares a Fraser habla Hall, cuando insiste en señalar que «lo público no puede equivaler al Estado» (2018, pág. 357). Sin embargo esta afirmación y el sentido en que lo hace es mucho más interesante, ya que aunque la cuestión radica en extender una cultura de lo público que vaya más allá de los confines del Estado –esto es, que no se limite a hacer una defensa de lo que hoy conocemos como «sector público»-, en efecto el Estado podría servir de catalizador para hacer extensible una «cultura de lo público» en otras esferas más allá de las instituciones públicas mediante la cesión de espacios a la sociedad civil y el fomento de su libre iniciativa. Esta diferenciación es fundamental, ya que sus efectos serán diferentes atendiendo a su papel. La concepción colectivista que atribuía al Estado la responsabilidad de cuidar de sus ciudadanos contribuiría a una mayor autonomía personal, pero también a un mayor individualismo y a una tendencia debilitadora de los lazos comunitarios, lo cual como se ha analizado previamente, serviría como caldo de cultivo para el florecimiento de la cultura neoliberal. En cambio, un Estado proclive a generar un clima favorable al desarrollo autónomo de la vida comunitaria podría ser mucho más enriquecedor en este sentido. No se trata pues de limitarse a proporcionar un programa ideológico que sugiera un retorno al Estado benefactor –puesto que ello implicaría repetir de nuevo los errores del pasado-, sino de proponer ir más allá proporcionando nuevas vías que favorezcan la vida asociativa y comunitaria más allá del Estado.

Ante las limitaciones anteriormente expuestas, cabe señalar las denominadas «economías sociales» o solidarias (WRIGHT, 2020, pág. 98). Aunque es cierto que su lógica rompe el esquema de intercambio mercantilista propio de la lógica de mercado, ya que el cliente puede participar activamente en el desarrollo mismo del proyecto, el servicio que se ofrece debe, a su vez, poseer un sustento que vaya más allá del altruismo comunitarista. Por mencionar un ejemplo, la lógica de las cooperativas de consumo del siglo XIX se sustentaba en el hecho de que los precios que ofrecían a sus socios eran mucho más económicos que los ofertados en otros negocios (BRAZDA & SCHEDIWY, 2003, pág. 109). De esta manera, esta dinámica facilitaba que el modelo de negocio fuera mucho más fácilmente extensible a otros ámbitos. En cambio, las alternativas como los huertos



y comedores comunitarios, las monedas locales, el intercambio de cuidados, etcétera, corren el riesgo de convertirse en iniciativas puntuales de escaso alcance si éstas no representan, como ya se ha señalado previamente, una fórmula más conveniente que la actual. Teniendo en cuenta estos factores, un ejemplo de viabilidad *como primer paso* hacia esta evolución económica podría ser el modelo de cooperativas. Bajo este régimen, donde se neutralizarían los antagonismos de clase de una manera más inmediata a nivel microeconómico, la ausencia de accionistas no solo impediría su compra o control por parte de otras empresas, como ha sido el caso de *Huawei*, sino que además le permite mantenerse al margen de la especulación bursátil, lo cual los hace más resistentes a las crisis económicas (BIRCHALL & KETILSON, 2009). Además, su compromiso social acaba redundando en el beneficio colectivo, tanto de los empleados como de los clientes. De hecho, el modelo de participación democrática de sus socios cooperativistas, sobre todo en el caso de las cooperativas de consumo, tienden a ser no solo más sensibles a las demandas de sus clientes, sino también a ser más rentables y responsables en sus inversiones (COBA-MOLINA, DÍAZ-CÓRDOVA, TAPIA-PANCHI, & MANSILLA SEPÚLVEDA, 2019, pág. 17; RUSIÑOL, 2014). De igual manera, esta estrecha relación entre clientes-socios y cooperativa contribuye a un mayor nivel de compromiso y lealtad de los primeros, lo cual posibilita a su vez que las cooperativas suelen ser más competitivas frente a otros modelos empresariales menos democráticos y equitativos (BRUQUE, HERNÁNDEZ, VARGAS, & MOYANO, 2002, pág. 152).

De este modo, no solo existe detrás de este modelo un mero compromiso ético, sino que también muestra un modelo de economía mucho más viable y conveniente tanto para productores como para consumidores y usuarios. Por otra parte, una alternativa interesante podría ser la democratización de las empresas capitalistas. Mediante el modelo de cogestión, donde a partir de cierto número de empleados los trabajadores pueden elegir a una parte determinada del consejo de dirección de la empresa, podría alterarse la naturaleza del comportamiento de la empresa hacia una dirección diferente a las propias del capitalismo vigente en beneficio de los propios trabajadores (WRIGHT, 2020, págs. 99-100).

Sin embargo, la propuesta de una Renta Básica Universal se ha convertido en el punto de inicio para una alternativa palpable contra el neoliberalismo, en tanto que cada vez es más difícil medir temporalmente e individualizar el trabajo productivo, reproductivo e improductivo (HARDT & NEGRI, 2005, pág. 422). No solo podría garantizar unas

condiciones mínimamente dignas para todo ser humano, sino también a liberarle de una sustancial presión que le permitiría una mayor autonomía en una amplia multiplicidad de esferas (ARCARONS, RAVENTÓS, & TORRENS, 2018, págs. 22-23). Ello liberaría al ser humano del «chantaje social» de trabajar en condiciones precarias so pena de carecer de sustento para (sobre)vivir, reequilibrando el peso en las negociaciones entre trabajador y empresario, pero también contribuyendo a una mayor independencia de la mujer respecto del hombre, por ejemplo (ARCARONS, RAVENTÓS, & TORRENS, 2018, pág. 159). André Gorz, quien en los primeros años se mostraba sumamente reticente a esta medida, acabaría saludándola en tanto que había observado una cierta viabilidad en cuanto a las posibilidades de una mayor emancipación del ser humano (VALDIVIELSO, 2008, págs. 28-29). Por el mismo motivo, una medida de este tipo podría trastocar la lógica de mercado, ya que desafía la narrativa propia del neoliberalismo del esfuerzo continuo, la competitividad, la conversión de la vida del individuo en una vida empresarial, la constante adaptación a los cambios y a la precariedad, etcétera. Como afirma Eric Olin Wright, «La RBU crea en consecuencia una potencial alianza entre cultivadores del campo y de la poesía» (2020, pág. 92), en la medida en que se produce una mixtificación de la actividad humana que va más allá de limitar el fin de la existencia del ser humano a la mera producción económica. Además, su funcionalidad haría posible la viabilidad de otros modelos económicos anteriormente mencionados, no ya desde una óptica puramente altruista, sino como un servicio realizado desde la propia realización personal del individuo. Asimismo, ello posibilitaría tener más tiempo para la participación política y el compromiso social, lo que facilitaría la reconstrucción del tejido comunitario y la revitalización de lo político. En la misma dirección apuntan otras medidas complementarias como la semana laboral de cuatro días, la cual se ha convertido en una realidad bastante plausible, especialmente en Europa de manera reciente.

Asimismo, el calentamiento global está poniendo en una encrucijada las lógicas productivas del capitalismo, ya que la degradación del medio natural y el peligro patente de todo rastro de vida sobre el planeta empuja a los gobiernos del mundo y a las grandes empresas a autolimitar sus propios esquemas de producción. La creciente preocupación por el calentamiento global ha propiciado el surgimiento del *New Green Deal* en el seno del neoliberalismo, lo cual contribuye a reforzar la idea de que la necesidad de un cambio de sistema productivo es real, si bien esta perspectiva deja mucho que desear al no observar en el modelo capitalista su principal causa, sino que de nuevo la alternativa pasa por gestionar el capitalismo de otra manera. Sin embargo, la implantación misma de

medidas de control por parte del Estado a las dinámicas productivistas del mercado ya supondría de hecho un cuestionamiento directo al ideal autorregulador del mercado. Además, cada vez se hace más plausible y patente la posibilidad de que la única salida sea una producción más controlada y racional que posibilite en la medida de lo posible la implementación de medidas decrecentistas (GORZ, 2008, pág. 133), o al menos, de una mayor regulación sobre el modo de producción de libre mercado.

Asimismo, si Hardt y Negri afirman que el mayor desafío al neoliberalismo es la cooperación, que va en contra de la lógica competitiva, señalan que las nuevas tecnologías han generado no solo nuevas formas de comunicación y de modos de concebir el mundo, sino que también están desafiando las propias lógicas de la propiedad y la privacidad. A su juicio no estaríamos avanzando hacia la individualización, sino más bien a la colectivización de la vida, fomentando nuevas formas de solidaridad social: «la cooperación anula los títulos de propiedad» (HARDT & NEGRI, 2005, pág. 430).

Lejos de este optimismo determinista que plantean Hardt y Negri, sin embargo, pueden constituir las bases de un discurso capaz de desafiar a dichas lógicas. Uno de los ejemplos de este proceso de destrucción de las lógicas del neoliberalismo en este sentido puede observarse en el mundo académico, cuya creciente tendencia al *open access* por parte de las publicaciones evidencia cómo su fácil acceso favorece el desarrollo de avances científicos frente a los modelos de pago. Pero al mismo tiempo, dichas tendencias precisan de un sostenimiento que va más allá del pago por acceso: la publicidad, la captación de datos, etc. que también observamos en la «gratuidad» de las redes sociales. Por supuesto, todas estas plataformas precisan de un sostenimiento económico, pero la pregunta entonces es si éste debe hacerse a costa de su mercantilización. Casos como el de *Wikipedia* han demostrado cómo la construcción del conocimiento no necesariamente debe estar ligado al lucro. Algo similar sucede con la proliferación de plataformas como *Twitch*, los *podcasts* y algunos periódicos digitales, los cuales en muchos casos han fomentado un sistema de financiación mediante donaciones que debilita el esquema mercantilista de *pay per view*: el servicio es accesible para todo el mundo, y el público hace contribuciones según estime oportuno.

Sin embargo, hasta el momento solo se ha mencionado en este bloque cuáles son las posibilidades de articulación de un nuevo discurso y de qué manera pueden concretarse algunas de sus propuestas. Pero todo ello no es posible si no existe un soporte material que posibilite su difusión y sea capaz de librar eficazmente la batalla discursiva. La

multiplicación de medios de comunicación alternativos –entre los que caben los soportes más clásicos, a través de los cuáles acceden sobre todo los sectores poblacionales de edad más avanzada- es fundamental para ampliar la difusión al mayor público posible; *think-tanks* que provean continuamente de propuestas políticas innovadoras que hagan florecer de nuevo el desierto discursivo en el que se encuentran actualmente los movimientos de izquierda, dotándolos de nuevo de una coherencia y solidez discursiva que haga creíble su viabilidad. Evidentemente, para todo ello es necesaria la financiación de quienes carecen los críticos del capitalismo. Pero es a través del cultivo de los lazos solidarios anteriormente mencionados, promovidos a través de diferentes plataformas, que a su vez tienden a colaborar entre ellas, donde puede encontrarse esperanza. Donaciones, *crowdfundings*, colaboraciones, acciones colectivas, etcétera, proporcionadas por individuos, sindicatos, organizaciones y cooperativas pueden contribuir al robustecimiento de una red que contribuya a articular, solidificar y difundir un nuevo discurso que a su vez pueda beneficiar de manera indirecta a sus contribuyentes – mediante medidas políticas que fomenten la economía social, por ejemplo-.

## Capítulo 19

### Conclusiones

Es en este bloque donde se hace más evidente la necesidad de recuperar o elaborar una nueva racionalidad que suponga un serio desafío a la lógica de mercado. Como se ha evidenciado, este propósito no es en absoluto fácil y es preciso un estudio más pormenorizado acerca de cuáles son los principios sobre los que debería asentarse esta nueva racionalidad. Esto lleva a un punto de partida, y es la pertinencia de aceptar el hecho de que toda fórmula discursiva requiere de un proyecto político –para el caso que nos concierne, de un horizonte político- y por tanto necesariamente de carácter positivo. Como se ha analizado, la positividad propia de los discursos no depende solo de los movimientos hegemónicos que tienen lugar en su seno como confían Laclau y Mouffe, sino que además sus particularidades, en tanto que están condicionadas por el universal discursivo, es éste el que define los límites de dichos movimientos, sino además el sentido de sus políticas. Ello requiere, en primer lugar, de un *ethos* compartido cuya cadena de significantes constituiría el nuevo marco de un proyecto político. Por supuesto, la propuesta de un *ethos* como fórmula normativa no es una novedad, pero escasamente ha sido llevado a la práctica con atención, bien porque éstos han sido diluidos entre proyectos políticos que han sido subsumidos en el neoliberalismo progresista, bien porque se reduce a un proyecto político de corte socialdemócrata clásico. Las limitaciones del discurso pasan por sus propias aspiraciones éticas, y en el grado de radicalidad que implican. Es por ello que, siguiendo las lecciones recogidas por el neoliberalismo, la práctica exitosa de la hegemonía discursiva consiste en el desarrollo de un discurso cuyas políticas posibiliten el despliegue de un efecto *spill-over*, de un efecto pendiente que impulse

inexorablemente a la implementación de nuevas políticas en la misma dirección: reformas no reformistas.

Un futuro menos halagüeño si cabe puede encontrarse en las propuestas concretas de esta racionalidad de lo común. En primer lugar, en lo propiamente relativo a la implementación de un nuevo *ethos*, de un nuevo sentido de la existencia. Si para la racionalidad de mercado el sentido de la existencia del ser humano es la búsqueda del interés individual para mejorar sus propias condiciones, para la racionalidad de lo común se deja constancia de que ésta no es posible a costa de la explotación y deterioro de las condiciones de vida de otras personas, ni mucho menos reducir las opciones de vida del ser humano para obligarlo a comportarse de una manera concreta y determinada –esto es, la adopción de la mentalidad de mercado-. Ello implica aceptar que la economía posee un carácter ciertamente relevante, pero en absoluto único o preeminente. La interrelación entre políticas de reconocimiento y redistribución no deben ser consideradas como excluyentes, sino como diferentes perspectivas de una misma problemática, la libertad humana a través de la igualdad. Es precisamente desde esta óptica desde donde puede plantearse un sentido de la existencia basado en la concepción de emancipación humana. Se trataría, por tanto, de ampliar en la medida de lo posible las opciones de la existencia del ser humano, que pueda elegir libremente qué hacer con su vida sin verse condicionado o limitado por condicionantes como la economía, la legislación o la ideología, sin oprimir al mismo tiempo la existencia del resto de seres humanos, mediante el incremento progresivo de derechos y garantías sociales. Es por ello que esta propuesta no se limitaría a cuestionar las lógicas del neoliberalismo o del capitalismo en general, ni a reducirse a ocupar su lugar para imponer de nuevo un sentido de la existencia concreto. Se trataría por tanto de aspirar a implementar un relato politizador en todos los sentidos, cuyo sistema de creencias se base en garantizar la libertad de decidir cuál es el sentido de la existencia de cada individuo, sin coerciones ni condicionamientos hacia otras personas. Ello por supuesto supone una amenaza directa a la lógica de mercado, en la medida en que la progresiva ampliación de tales derechos implica a su vez ponerlos por encima de los basados en el mero lucro económico, tales como la explotación, el empeoramiento de las condiciones materiales y sociales, o el autoritarismo en detrimento de los derechos civiles y políticos.

En segundo lugar, la sucinta exploración de las diferentes iniciativas económicas que ya hay en marcha sugiere una dispersión de los planteamientos que precisan de una coherente

articulación discursiva. A grandes rasgos, la recuperación de la clásica fórmula entre democracia económica y democracia política exige sin embargo la concreción de sus políticas. La ampliación de los canales de participación política implicaría sin duda una mayor sensibilidad social en la implementación de políticas públicas incluso en la esfera económica; al mismo tiempo, una mayor democratización de la economía podría implicar más tiempo para la participación y la deliberación ciudadana. Esta podría ser la primera dinámica de efecto *spill-over* que revertirían los efectos del neoliberalismo.

En tercer lugar, la demanda de una mayor democratización de la economía exige concretar mejor su programa de propuestas políticas. Como ya se ha observado con el análisis de las propuestas de Eric Olin Wright, una economía más democrática podría comenzar por una mayor democratización a nivel micro, a través de empresas con una mayor participación por parte de los trabajadores en los procesos de toma de decisiones, así como la proliferación de cooperativas donde sea posible la abolición de las contradicciones de clase. En este sentido, el papel del Estado es esencial para su promoción y garantía, que no debe limitarse a promover la nacionalización de sectores estratégicos como alternativa contrahegemónica si lo que se aspira es transformar el sentido común de la sociedad. Si el objetivo es fomentar una racionalidad de lo común, la interacción mutua entre los servicios públicos y la economía social podrían representar una buena alternativa para cultivar una mayor conciencia de responsabilidad colectiva, en el que el bienestar individual depende del bienestar de toda la sociedad.

## Conclusiones generales

En definitiva, el contexto discursivo actual exige adaptarse a sus características y condiciones concretas para poder lograr acabar con la despolitización del neoliberalismo como discurso hegemónico del capitalismo. Desde luego el populismo laclausiano ha generado un impacto indiscutiblemente sobresaliente en la política contemporánea, ya que ha sabido detectar el contexto político, económico, social y cultural en el que nos encontramos inmersos para hábilmente tomar el pulso a las nuevas preocupaciones e inquietudes procedentes de los movimientos populares y sociales. Sin embargo, cabe remarcar que muchos de los apuntes que se han realizado en este trabajo ya se encontraban insertos en una autocomplaciente tradición marxista que, sin embargo, no ha logrado resolver a través de la adquisición de un nuevo protagonismo en la esfera pública. Pero las experiencias más recientes del populismo demuestran algo más evidente aún, y es la incalculable pérdida que supone para la propuesta de Laclau y Mouffe la superación del marxismo como teoría política emancipadora y transformadora. A pesar de la noble pretensión de los posmarxistas por lograr un cambio de paradigma mediante la articulación de un discurso capaz de sobredeterminar la amplia pluralidad de movimientos sociales e identidades políticas emergentes, sus insuficiencias teóricas se han ido evidenciando en el plano práctico a través de un amplio abanico de manifestaciones, las cuales algunas de ellas han sido analizadas en este trabajo. De todas ellas, quizás la más destacable sea cómo la eficacia de la propuesta articuladorio-discursiva de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe no constituyan *per se* una fórmula ganadora contra el neoliberalismo, sino que ésta dependerá a su vez del carácter politizador de su contenido ideológico *respecto del* discurso hegemónico.

El propósito en ningún caso ha sido la crítica de su propuesta por un mero afán destructivo, ni con el fin de desacreditarla en su totalidad. Más bien se ha pretendido



observar, desde una óptica posibilista, cómo a pesar de las profundas diferencias existentes en los interminables debates entre marxistas y posmarxistas, han compartido una voluntad de disputar la hegemonía al neoliberalismo imperante, y cómo lejos de empobrecerse, la interacción de ambos en ciertos puntos esenciales puede ser incluso enriquecedora. Con ello, se pretende abrir una puerta a la posibilidad de formular una propuesta política que ya lleva años siendo latente en el campo de la práctica política – muchos más de los que parecen *a priori*-, y es el aprovechamiento de la novedad proporcionada por la articulación del discurso populista y la experiencia revolucionaria del marxismo. Esto se ha observado ampliamente en el contexto latinoamericano en repetidas ocasiones de manera exitosa.

Por añadidura, cabe resaltar la labor tan positiva que para este trabajo ha resultado conocer el esquema discursivo del neoliberalismo, así como los modos en los que ha actuado –y sigue actuando- la labor articuladora de los discursos de derecha radical. Sus ejemplos no solo ilustran las bases de su pensamiento, sino que también son útiles a la hora de tomar nota acerca de cómo han operado a la hora de pretender entrar en juego en el campo de la discursividad, de acceder al poder político y, en el caso del neoliberalismo, de convertirse en hegemónico. En esta labor se ha evidenciado precisamente una vieja conclusión eminentemente marxista: que las instituciones políticas no son en absoluto neutrales, que las determinaciones de carácter económico, y tecnológico –como es el caso de los *media* o del surgimiento de las *apps*- afectan al éxito del populismo. En definitiva, si se acepta entonces la conclusión de que es por el contenido del populismo –y no solo su forma- que se debe su capacidad para disputar la hegemonía al discurso predominante, también debe tenerse en cuenta que a través de él se plantean sus posibilidades de éxito. Ya se ha observado cómo las posibilidades de éxito son mayores en aquellas formas de populismo que contribuyen a reforzar el discurso dominante, bien ofreciendo otras formas de neoliberalismo, bien recogiendo demandas sociales excluidas por parte de candidaturas institucionalizadas. Sin embargo, ello no constituye un imposible para los discursos que aspiran a una nueva hegemonía. El éxito del populismo en la última década evidencia una crisis en la normalidad institucional presidida por el neoliberalismo, donde las tendencias hacia la polarización política y social contrastan con un creciente déficit en materia de derechos civiles, políticos y sociales. Pero el éxito creciente del populismo de derecha radical, o la persistencia en el sostenimiento de un neoliberalismo en crisis, solo reduce cada vez más sus alternativas para seguir existiendo, y al mismo tiempo, ofrece más

motivaciones, así como dificultades, para una nueva alternativa discursiva. Esta alternativa, por tanto, debe ser necesariamente normativa, ya que contrariamente de lo que Laclau y Mouffe consideran, la defensa de una nueva fórmula articulada no puede limitarse a recoger las demandas sociales que surgen como consecuencia de las insuficiencias del discurso dominante, sino que debe tejer un relato capaz de cuestionar de raíz las legitimidades y creencias del neoliberalismo. Ello solo es posible desde una positividad concreta, que por supuesto es compatible con los movimientos hegemónicos internos de dicho discurso, permeables a los cambios y contextos de cada momento. No obstante, el grado de ambición del espíritu politizador de un nuevo discurso debe ir más allá de una mera alternativa que aspire a ocupar el lugar del neoliberalismo. No se trata solamente de lograr cuestionar el discurso hegemónico, ni de reemplazar un sentido de la existencia concreto por otro. Ello supondría caer de nuevo en fórmulas despolitizadoras y todo este propósito sería contradictorio. De lo que se trata es de reemplazar un sentido de la existencia por una concepción que garantice la libertad de decidir qué hacer con nuestras vidas. Para ello es necesario tener presentes las limitaciones materiales y discursivas que es necesario salvar, y de las que el neoliberalismo y la extrema derecha cuentan con una gran ventaja. El respaldo económico, mediático, tecnológico, institucional, asociativo e intelectual son imprescindibles para trazar un mapa capaz de concretar con precisión cómo alcanzar este nuevo horizonte. Pero como se ha insistido a lo largo de todo este trabajo, ésta no vendrá caída del cielo. Representa una labor que está en manos de los diferentes actores sociales.

## Bibliografía

- ADORNO, T. W., & HORKHEIMER, M. (2016). *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid: Akal.
- AGUDO, U., & MATUTE, H. (2021). The influence of algorithms on political and dating decisions. *PLoS ONE*, 16(4), e0249454.
- AHEDO, I., & TELLERÍA, I. (2020). Neoliberalismo. En A. MELLÓN, & X. TORRENS, *Ideologías y movimientos políticos contemporáneos* (págs. 370-419). Madrid: Tecnos.
- ALENDIA, S. (15 de diciembre de 2021). El auge de la nueva derecha radical en Chile. *El País*. Obtenido de <https://elpais.com/internacional/2021-12-15/el-auge-de-la-nueva-derecha-radical-en-chile.html>
- ALTHUSSER, L. (1967). Contradicción y sobredeterminación (Notas para una investigación). En L. ALTHUSSER, *La revolución teórica de Marx* (págs. 71-95). México DF: Siglo XXI.
- ALTHUSSER, L. (1967). *La revolución teórica de Marx*. México D.F.: Siglo XXI.
- ALTHUSSER, L. (1978). *Lo que no puede durar en el Partido Comunista*. Madrid: Siglo XXI.
- ALTHUSSER, L. (1988). *Ideología y aparatos ideológicos del Estado. Freud y Lacan.* . Buenos Aires: Nueva Visión.
- ANDERSON, K. B. (2020). *Class, gender, race and colonialism. The 'intersectionality' of Marx*. Ottawa: Daraja Press.
- ANDERSON, P. (2004). *Tras las huellas del materialismo histórico*. México, D.F.: Siglo XXI.
- ANDERSON, P. (2017). *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. Madrid: Siglo XXI.
- ANTÓN-MELLÓN, J., & HERNÁNDEZ-CARR, A. (2016). El crecimiento electoral de la derecha radical populista en Europa: parámetros ideológicos y motivaciones sociales. *Política y Sociedad, Vol. 53, N°1*, 17-28.

- ARCARONS, J., RAVENTÓS, D., & TORRENS, L. (2018). *Renta básica incondicional. Una propuesta de financiación racional y justa*. Barcelona: Serbal.
- ARDITI, B. (2010). *La política en los bordes del liberalismo: diferencia, populismo, revolución, emancipación*. Barcelona: Gedisa.
- ARENDT, H. (1997). *Qué es la política*. Barcelona: Paidós.
- ARENDT, H. (1998). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Taurus.
- ARENDT, H. (2004). *Sobre la revolución*. Madrid: Alianza.
- ARIAS MALDONADO, M. (2020). Populismo. En A. MELLÓN, & X. TORRENS, *Ideologías y movimientos políticos contemporáneos* (págs. 339-369). Madrid: Tecnos.
- ARISTÓTELES. (1974). *La política*. Barcelona: Bruguera.
- BALIBAR, É. (1974). La rectification du "Manifeste Communiste". En *Cinq études du matérialisme historique* (págs. 65-102). París: François Maspero.
- BALIBAR, É. (2000). *La Filosofía de Marx*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- BALIBAR, É., & LACLAU, E. (2010). Entretien avec et entre Étienne Balibar et Ernesto Laclau. *Rue Descartes*, 1(67), 78-99.
- BALLIESTER, T., & ELSHEIKHI, A. (2018). *The Future of Work: A Literature Review*. OIT.
- BAN, C. (2016). *Ruling Ideas: How Global Neoliberalism Goes Local*. Oxford: Oxford University Press.
- BAUMAN, Z. (2002). *Modernidad líquida*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- BAUMAN, Z. (2017). *Retrotopía*. Barcelona: Paidós.
- BAYO, C. E. (5 de agosto de 2021). Grandes fortunas y altos ejecutivos españoles financiaron el nacimiento de Vox a partir del grupo ultracatólico Hazte Oír. *Público*. Obtenido de <https://www.publico.es/politica/exclusiva-wikileaks-grandes-fortunas-altos-ejecutivos-espanoles-financiaron-nacimiento-vox-partir-grupo-ultracatolico-hazte-oir.html>
- BENIDELLI, T., GALARRAGA CORTÁZAR, N., & BENITES, A. (9 de noviembre de 2019). El expresidente de Brasil Lula da Silva sale de prisión. *El País*. Obtenido de [https://elpais.com/internacional/2019/11/08/actualidad/1573232604\\_836089.html](https://elpais.com/internacional/2019/11/08/actualidad/1573232604_836089.html)
- BERARDI, F. (2007). *El sabio, el mercader y el guerrero. Del rechazo del trabajo al surgimiento del cognitariado*. Madrid: Antonio Machado.
- BERMAN, M. (1988). *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Madrid: Siglo XXI.

- BIELSA, R., & PERETTI, P. S. (2019). *Lawfare: guerra judicial-mediática. Desde el primer centenario hasta Cristina Fernández de Kirchner*. Buenos Aires: Ariel.
- BIRCHALL, J., & KETILSON, L. H. (2009). *Resilience of the Cooperative Business Model in Times of Crisis*. Ginebra: OIT.
- BLANCO, P. R. (4 de abril de 2020). Twitter detecta 1,5 millones de cuentas sospechosas de manipular información sobre el coronavirus. *El País*. Obtenido de [https://elpais.com/elpais/2020/04/03/hechos/1585918936\\_858077.html](https://elpais.com/elpais/2020/04/03/hechos/1585918936_858077.html)
- BORGES, R. (12 de mayo de 2016). Claves del proceso de destitución de Dilma Rousseff. *El País*. Obtenido de [https://elpais.com/internacional/2016/03/31/actualidad/1459453388\\_280149.html](https://elpais.com/internacional/2016/03/31/actualidad/1459453388_280149.html)
- BORÓN, A. A. (2006). Por el necesario (y demorado) retorno al marxismo. En A. A. BORÓN, J. AMADEO, & S. GONZÁLEZ, *La Teoría Marxista Hoy. Problemas y perspectivas*. (págs. 35-52). Buenos Aires: Colección Campus Virtual, CLACSO.
- BOSELEY, S. (18 de Jul de 2018). How disgraced anti-vaxxer Andrew Wakefield was embraced by Trump's America. *The Guardian*, págs. <https://www.theguardian.com/society/2018/jul/18/how-disgraced-anti-vaxxer-andrew-wakefield-was-embraced-by-trumps-america>.
- BRAZDA, J., & SCHEDIWY, R. (2003). Esbozo histórico de las cooperativas de consumo. *Revista de Economía Pública, Social y Cooperativa*, 105-136.
- BROUÉ, P. (1973). *El Partido Bolchevique*. Montevideo: Ayuso.
- BROWN, W. (2021). *En las ruinas del neoliberalismo. El ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente*. Madrid: Traficantes de sueños.
- BRUQUE, S., HERNÁNDEZ, M. J., VARGAS, A., & MOYANO, J. (noviembre de 2002). ¿Son más competitivas las sociedades cooperativas? Un análisis en el sector de la distribución. *CIRIEC-España, Revista de Economía Pública, Social y Cooperativa*(42), 131-157.
- BUMP, P. (20 de octubre de 2020). Even if they haven't heard of QAnon, most Trump voters believe its wild allegations. *The Washington Post*. Obtenido de <https://www.washingtonpost.com/politics/2020/10/20/even-if-they-havent-heard-qanon-most-trump-voters-believe-its-wild-allegations/>
- BUSTAMANTE KUSCHEL, G. (Agosto de 2012). Racionalidad populista versus democracia representativa. *Revista Cultura Económica*(83), 20-35.
- BUTLER, J., LACLAU, E., & ZIZEK, S. (2000). *Contingencia, Hegemonía, Universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- CABANAS, E., & ILLOUZ, E. (2019). *Happycracia. Cómo la ciencia y la industria de la felicidad controlan nuestras vidas*. Barcelona: Planeta.

- CAMPBELL, C. (2002). The cult, the cultic milieu and secularization. En J. S. KAPLAN, & H. LÖÖW, *The cultic milieu : oppositional subcultures in an age of globalization* (págs. 12-25). Oxford: Altamira Press.
- CAMPS, V. (2020). *El gobierno de las emociones*. Barcelona: Herder.
- CANCELA, E. (2022). Contra la ideología cripto: descentralización significa financiarización. *El Salto*.
- CAPELLA, J. R. (2005). *Los ciudadanos siervos*. Madrid: Trotta.
- CARMONA, J. (26 de enero de 2019). El 'Carmonazo' contra Chávez en 2002: cuando Aznar apoyó a los últimos golpistas venezolanos. *Público*. Obtenido de <https://www.publico.es/internacional/carmonazo-chavez-2002-aznar-apoyo.html>
- CARRERA, P. (2020). *Basado en hechos reales*. Madrid: Cátedra.
- CASTELLS, M. (2000). *La Sociedad Red*. Madrid: Alianza.
- CASTRO, E. (17 de septiembre de 2017). In memoriam Antoni Domènech (1952-2017). *Ernesto Castro*. Obtenido de <https://ernestocastro.com/biblioteca/in-memoriam-antoni-domenech-1952-2017/>
- CEAR. (2019). *Las personas refugiadas en España y Europa*. Madrid: CEAR.
- CHADWICK, A. (2017). *Hybrid Media System. Politics and power*. Oxford: Oxford University Press.
- CHOMSKY, N., & RAMONET, I. (1997). *Cómo nos venden la moto. Información, poder y concentración de medios*. . Barcelona: Icaria.
- COBA-MOLINA, E., DÍAZ-CÓRDOVA, J., TAPIA-PANCHI, É., & MANSILLA SEPÚLVEDA, J. (2019). El rendimiento financiero explicado a través de los principios cooperativos. Un estudio en las cooperativas de ahorro y crédito del Ecuador. *Contaduría y Administración*, 64(4), 1-21.
- COHEN, G. A. (2001). *Si eres igualitarista, ¿Cómo es que eres tan rico?* Barcelona: Paidós.
- COHEN, Z., MARQUARDT, A., ATWOOD, K., & ACOSTA, J. (1 de mayo de 2020). Trump contradicts US intel community by claiming he's seen evidence coronavirus originated in Chinese lab. *CNN News*. Obtenido de <https://edition.cnn.com/2020/04/30/politics/trump-intelligence-community-china-coronavirus-origins/index.html>
- CONTRERAS, M. Á. (2008). El proyecto neoconservador y el 11 de septiembre: en memoria de Norbert Lechner. *Cuadernos del Cendes*, N°67, 85-122.
- CREMONESI, M. (19 de junio de 2021). Salvini: «Giù le tasse o lascio il governo, servono almeno 10 miliardi». *Corriere della Sera*. Obtenido de [https://www.corriere.it/politica/19\\_giugno\\_21/giu-tasse-10-miliardio-saluto-me-ne-vado-67a47338-938d-11e9-ba7a-83e003df18c5.shtml](https://www.corriere.it/politica/19_giugno_21/giu-tasse-10-miliardio-saluto-me-ne-vado-67a47338-938d-11e9-ba7a-83e003df18c5.shtml)

- CUZZOCREA, A. (24 de febrero de 2021). M5S, Di Maio: “Sì a Conte. Ora siamo un Movimento moderato e liberale”. *La Repubblica*. Obtenido de [https://www.repubblica.it/politica/2021/02/24/news/m5s\\_luigi\\_di\\_maio\\_giusepp\\_e\\_conte-301052261/](https://www.repubblica.it/politica/2021/02/24/news/m5s_luigi_di_maio_giusepp_e_conte-301052261/)
- DAMASIO, A. (2006). *El error de Descartes. La emoción, la razón y el cerebro humano*. Barcelona: Crítica.
- DE LA TORRE, C. (2013). El tecnopopulismo de Rafael Correa ¿Es compatible el carisma con la tecnocracia? *Latin American Research Review*, 48(1), 24-43.
- DEL CASTILLO, C. (17 de septiembre de 2020). Partidarios de Trump pagan a adolescentes para que actúen como bots a su favor en sus redes sociales. *elDiario.es*. Obtenido de [https://www.eldiario.es/tecnologia/partidarios-trump-pagan-adolescentes-actuen-bots-favor-redes-sociales\\_1\\_6227441.html#click=https://t.co/6OO61b4fvK](https://www.eldiario.es/tecnologia/partidarios-trump-pagan-adolescentes-actuen-bots-favor-redes-sociales_1_6227441.html#click=https://t.co/6OO61b4fvK)
- DENORD, F. (april de 2001). The Origins of Neoliberalism in France. Louis Rougier and the 1938 Walter Lippmann Conference. *Le Mouvement Social*, 195(2), 9-34.
- DESCHAMPS, É. (2021). *The Marshall Plan and the establishment of the OEEC*. Luxemburgo: CVCE.
- DESPENTES, V. (2016). *Vernon Subutex, vol. 1*. Barcelona: Penguin Random House.
- DUNAYEVSKAYA, R. (2017). *Rosa Luxemburgo, la liberación femenina y la filosofía marxista de la revolución*. La Habana: filosofi@.cu.
- DURANTE, R., PINOTTI, P., & TESEI, A. (2019). The Political Legacy of Entertainment TV. *American Economic Review*, Vol. 109 (7), 2497-2530.
- DWORKIN, R. (1989). *Los derechos en serio*. Barcelona: Ariel.
- EAGLETON, T. (1997). *Las ilusiones del posmodernismo*. Buenos Aires: Paidós.
- ENGELS, F. (1968). *Anti-Dühring. La revolución de la ciencia por el señor Eugen Dühring*. Madrid: Ciencia Nueva.
- ENGELS, F. (1980). Carta de Engels a Konrad Schmidt en Berlín, 27 de octubre de 1890. En K. MARX, & F. ENGELS, *Obras Escogidas, vol. III* (págs. 276-279). Moscú: Progreso.
- ENGELS, F. (1980). Carta de Engels de Joseph Block en Königsberg, 21 de septiembre de 1890. En K. MARX, & F. ENGELS, *Obras Escogidas, Vol. III* (págs. 275-276). Moscú: Progreso.
- ENGELS, F. (1980). El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre. En K. MARX, & F. ENGELS, *Obras Escogidas, vol. III* (págs. 33-39). Moscú: Progreso.
- ENGELS, F. (1980). Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana. En K. MARX, & F. ENGELS, *Obras Escogidas, vol. III* (págs. 186-207). Moscú: Progreso.

- ESPADAS, J. (10 de agosto de 2020). Lukashenko gana con el 80% y Bielorrusia se alza: ¿es el fin del último dictador de Europa? *El Confidencial*. Obtenido de [https://www.elconfidencial.com/mundo/europa/2020-08-10/bielorrusia-lukashenko-elecciones-oposicion-protestas\\_2709967/](https://www.elconfidencial.com/mundo/europa/2020-08-10/bielorrusia-lukashenko-elecciones-oposicion-protestas_2709967/)
- ESTÉVEZ ARAUJO, J. A. (1989). *La crisis del Estado del Derecho liberal. Schmitt en Weimar*. . Barcelona: Ariel.
- European Transparency Register. (2021). *Transparency register: who is lobbying the EU?* Bruselas. Recuperado el 18 de junio de 2022, de <https://www.europarl.europa.eu/news/en/headlines/eu-affairs/20180108STO91215/transparency-register-who-is-lobbying-the-eu-infographic>
- FARIZA, I. (4 de enero de 2020). La ‘doctrina Guedes’ pone Brasil en venta. *El País*. Obtenido de [https://elpais.com/economia/2020/01/03/actualidad/1578045221\\_625850.html](https://elpais.com/economia/2020/01/03/actualidad/1578045221_625850.html)
- FERNÁNDEZ BUEY, F. J., & MUNTANER, C. (1995). Marxismos contra corriente. Sopesando la década de los ochenta. *Realidad: Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*(48), 1097-1118.
- FERNÁNDEZ SÁNCHEZ, J. F. (1999). *El thatcherismo. Historia y análisis de una época*. . Almería: Universidad de Almería.
- FERNÁNDEZ-VÁZQUEZ, G. (2019). *Qué hacer con la extrema derecha en Europa. El caso del Frente Nacional*. . Madrid: Lengua de Trapo.
- FIDES. (2021). *Las estadísticas de la Iglesia Católica*. Ciudad de El Vaticano: Agenzia Fides. Agenzia delle potificie opere missionarie.
- FISHER, M. (2018). *Los fantasmas de mi vida. Escritos sobre depresión, hauntología y futuros perdidos*. Buenos Aires: Caja Negra.
- FORMENTI, C. (24 de julio de 2020). Le ragioni del declino di Podemos. *La Repubblica*. Obtenido de <http://blog-micromega.blogautore.espresso.repubblica.it/?p=30110>
- FORNÉ, L. (2020). Public-Community Municipalism in Defence of Commons. *Passerelle, N°20* , 174-182.
- FORTI, S. (2019). La Liga de Salvini ¿Un objeto político aún no identificado? *Tiempo Devorado. Revista de Historia Actual. N°1, Julio-Agosto*, 92-100.
- FORTI, S. (2021). *Extrema derecha 2.0. Qué es y cómo combatirla*. Madrid: Siglo XXI.
- FOUCAULT, M. (1990). *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Barcelona: Paidós.
- FOUCAULT, M. (2007). *La Arqueología del Saber*. Madrid: Siglo XXI.
- FOUCAULT, M. (2016). *Nacimiento de la Biopolítica. Curso del Collège de France (1978-1979)*. Madrid: Akal.
- FOUCAULT, M. (2020). *El orden del discurso*. Barcelona: Austral.



- FRANK, T. (2008). *¿Qué pasa con Kansas? Cómo los ultraconservadores conquistaron el corazón de Estados Unidos*. Madrid: Antonio Machado.
- FRASER, N., & HONNETH, A. (2018). *¿Redistribución o reconocimiento? Un debate político-filosófico*. Madrid: Morata.
- FRASER, N., BOLTANSKI, L., & CORCUFF, P. (2019). *Contra la izquierda conservadora. Una crítica radical del capital sin nostalgia estatista*. Madrid: Clave intelectual.
- FRESNEDA, C. (30 de abril de 2015). La hora de la revancha de Escocia. *El Mundo*. Obtenido de <https://www.elmundo.es/internacional/2015/04/30/55412f4322601d94618b456c.html>
- FRIEDEMANN, S. (2013). La dialéctica en Gramsci. Filosofía, historia, política y educación. *Diaporías*, 11, 113-136.
- FUKUYAMA, F. (2015). ¿El fin de la historia? *Claves de Razón Práctica*(243), 28-59.
- GAGGI, M., & NARDUZZI, E. (2006). *El fin de la clase media y el nacimiento de la sociedad de bajo coste*. Madrid: Lengua de Trapo.
- GALARRAGA GORTÁZAR, N. (11 de noviembre de 2020). Jair Bolsonaro: “Tenemos que dejar de ser un país de maricas”. *El País*. Obtenido de <https://elpais.com/internacional/2020-11-11/jair-bolsonaro-tenemos-que-dejar-de-ser-un-pais-de-maricas.html>
- GARCÍA COTARELO, R. (1978). La crisis del marxismo I: El marxismo como teoría crítica o como ciencia de la legitimación. *Revista de Estudios Políticos*(5), 121-144.
- GARCÍA GRANADO, E. (21 de noviembre de 2020). Del ‘Folkhemmet’ a la escuela de Chicago: el gran volantazo de la socialdemocracia sueca. *El Salto*. Obtenido de <https://www.elsaltodiario.com/suecia/del-folkhemmet-a-la-escuela-de-chicago-el-gran-volantazo-de-la-socialdemocracia-sueca>
- GARCÍA LINERA, Á., & ERREJÓN, Í. (2019). *Qué horizonte. Hegemonía, Estado y revolución democrática*. Madrid: Lengua de Trapo.
- GARCÍA OLASCOAGA, O. (2018). El extremismo político en Escandinavia..., ¿ocaso de la socialdemocracia? *Foro Internacional*, LVIII, 4(234), 805-847.
- GARGARELLA, R. (1997). *Crisis de representación política*. México, D.F.: Fontamara.
- GARZÓN, A. (2019). ¿A quién vota la clase trabajadora en España? *La U*, <https://la-u.org/a-quien-vota-la-clase-trabajadora-en-espana/>.
- GERAS, N. (1987). Post-Marxism? *New Left Review*, 163(1), 40-82.
- GERAS, N. (1988). Ex-Marxism Without Substance: Being a Real Reply to Laclau and Mouffe. *New Left Review*, 169(1), 34-61.

- GIDDENS, A. (1999). *La tercera vía. La renovación de la socialdemocracia*. . Barcelona: Edicions 62.
- GIL, I. (2 de marzo de 2020). Podemos reglamentará los círculos y sus miembros deberán pagar cuota de militante. *El Confidencial*. Obtenido de [https://www.elconfidencial.com/espana/2020-03-02/podemos-circulos-pagar-cuota-militante\\_2477915/](https://www.elconfidencial.com/espana/2020-03-02/podemos-circulos-pagar-cuota-militante_2477915/)
- GÓMEZ FUENTE, Á. (21 de junio de 2018). Salvini vuelve a cerrar los puertos italianos a un barco con «carne humana». *ABC*. Obtenido de [https://www.abc.es/internacional/abci-salvini-vuelve-cerrar-puertos-italianos-barco-carne-humana-201806212159\\_noticia.html](https://www.abc.es/internacional/abci-salvini-vuelve-cerrar-puertos-italianos-barco-carne-humana-201806212159_noticia.html)
- GÓMEZ, P. (22 de mayo de 2022). Ayuso, en cinco discursos: del “socialismo o libertad” al “querer a Madrid es mi pasión eterna”. *La Razón*. Obtenido de <https://www.larazon.es/madrid/20220522/jar75vvvqzgylnatvwxghippm.html>
- GORZ, A. (2008). *Crítica de la razón productivista*. Madrid: Catarata.
- GRAMSCI, A. (1980). Análisis de las situaciones. Correlaciones de fuerza. . En A. GRAMSCI, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno* (págs. 51-61). Madrid: Nueva Visión .
- GRAMSCI, A. (1980). *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*. Madrid: Nueva Visión.
- GRAMSCI, A. (1980). Partidos políticos. En A. GRAMSCI, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno* (págs. 28-36). Madrid: Nueva Visión.
- GRAMSCI, A. (1981). Democracia obrera. En A. GRAMSCI, *Escritos políticos (1917-1933)* (págs. 88-91). México DF: Pasado y presente.
- GRAMSCI, A. (1981). La situación italiana y las tareas del PCI. En A. GRAMSCI, *Escritos políticos (1917-1933)* (págs. 224-258). México DF: Pasado y presente.
- GRAMSCI, A. (2013). *Antología*. Akal: Madrid.
- GRANGEIA, M. A. (2009). Fatores de Aceleração da Prestação Jurisdicional. *Revista da Escola da Magistratura do Estado de Rondônia*, 19, 27-81.
- GREPPI, A. (2021). Extremo centro o la anomalía popular-populista en la política española. *Teoría política*, 11, 133-145.
- GUALDONI, F. (1 de octubre de 2010). La policía se rebela contra Rafael Correa. *El País*. Obtenido de [https://elpais.com/diario/2010/10/01/internacional/1285884001\\_850215.html](https://elpais.com/diario/2010/10/01/internacional/1285884001_850215.html)
- GUILLUY, C. (2019). *No Society. El fin de la clase media occidental*. Barcelona: Taurus.
- GUTIÉRREZ-RUBÍ, A. (2014). *Tecnopolítica. El uso y la concepción de las nuevas herramientas tecnológicas para la comunicación, la organización y la acción política colectivas*. Barcelona: Antonio Gutiérrez-Rubí.

- GUTIÉRREZ-RUBÍ, A. (18 de mayo de 2017). El partido plataforma. *Contexto y Acción*. Recuperado el 5 de septiembre de 2017, de <http://ctxt.es/es/20170712/Politica/13844/politica-participacion-activismo-plataformas-modelos>
- GUZMÁN, C. (8 de 11 de 2014 b). Otro portavoz de Podemos vinculado a la extrema derecha. *El Plural*. Obtenido de [https://www.elplural.com/politica/espana/otro-portavoz-de-podemos-vinculado-a-la-extrema-derecha\\_33819102](https://www.elplural.com/politica/espana/otro-portavoz-de-podemos-vinculado-a-la-extrema-derecha_33819102)
- GUZMÁN, C. (6 de septiembre de 2014). El portavoz de Podemos en Estepona, un ultra, apasionado de José Antonio y La Falange. *El Plural*. Obtenido de [https://www.elplural.com/politica/espana/el-portavoz-de-podemos-en-estepona-un-ultra-apasionado-de-jose-antonio-y-la-falange\\_36662102](https://www.elplural.com/politica/espana/el-portavoz-de-podemos-en-estepona-un-ultra-apasionado-de-jose-antonio-y-la-falange_36662102)
- HABERMAS, J. (2005). *Facticidad y Validez*. Madrid: Trotta.
- HAKIM, Y. (16 de octubre de 2016). Cómo la pacífica Suecia se convirtió en un país exportador de yihadistas. *BBC News*. Obtenido de <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-37607321>
- HALL, S. (2018). *El largo camino a la renovación. El thatcherismo y la crisis de la izquierda*. Madrid: Lengua de trapo.
- HAMILTON, D. M. (22 de diciembre de 2015). Calming Your Brain During Conflict. *Harvard Business Review*. Obtenido de <https://hbr.org/2015/12/calming-your-brain-during-conflict>
- HAN, B. C. (2014). *En el Enjambre*. Barcelona: Herder.
- HAN, B. C. (2014). *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. Barcelona: Herder.
- HARDT, M., & NEGRI, A. (2005). *Imperio*. Barcelona: Paidós.
- HARVEY, D. (2020). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.
- HEGEL, G. W. (1997). *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*. Madrid: Alianza.
- HEGEL, G. W. (2000). *Rasgos fundamentales de la filosofía del Derecho o compendio de derecho natural y ciencia del Estado*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- HEGEL, G. W. (2014). *Fenomenología del Espíritu*. Barcelona: Gredos.
- HERMET, G. (2003). El populismo como concepto. *Revista de Ciencia Política*, XIII(1), 5-18.
- HERNÁNDEZ VELASCO, I. (28 de abril de 2017). En los guetos musulmanes de Marsella donde triunfa el Frente Nacional. *El Mundo*. Obtenido de <https://www.elmundo.es/internacional/2017/04/28/5902230e468aeb7e7d8b45c4.html>
- HERNÁNDEZ-CARR, A. (2011). La derecha radical populista en Europa: discurso, electorado y explicaciones. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, Nº146 octubre-diciembre, 141-160.

- HERRANZ, D. (27 de enero de 2019). Dinamarca entierra su solidaridad: guetos vecinales, aprendizaje de valores e islas desiertas para migrantes. *Público*. Obtenido de <https://www.publico.es/internacional/dinamarca-entierra-solidaridad-guetos-vecinales-aprendizaje-valores-e-islas-desiertas-migrantes.html>
- HOBBSAWM, E. J. (2010). *Revolucionarios*. Barcelona: Crítica.
- HOBBSAWM, E. J. (2018). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Planeta.
- HONNETH, A. (2018). Redistribución como reconocimiento: Respuesta a Nancy Fraser. En N. FRASER, & A. HONNETH, *¿Redistribución o reconocimiento? Un debate político-filosófico* (págs. 89-148). Madrid: Morata.
- HÜBSHER, E., SATTLER, T., & WAGNER, M. (2021). Does Austerity Cause Polarization? *SSRN*, N° 3541546.
- HUNTINGTON, S. P. (1994). *La Tercera Ola. La democratización a finales del siglo XX*. Barcelona: Paidós.
- HUYSEN, A. (2002). *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- IBARZ, J. (28 de junio de 2009 a). Golpe militar contra el presidente de Honduras. *La Vanguardia*. Obtenido de <https://www.lavanguardia.com/internacional/20090628/53734449887/golpe-militar-contr-el-presidente-de-honduras.html>
- IBARZ, J. (4 de julio de 2009 b). La Iglesia hondureña exhorta a Zelaya a que no regrese. *La Vanguardia*. Obtenido de <https://www.lavanguardia.com/internacional/20090704/53738612153/la-iglesia-hondurena-exhorta-a-zelaya-a-que-no-regrese.html>
- JAMESON, F. (1995). *La estética geopolítica. Cine y espacio en el sistema mundial*. Barcelona: Paidós.
- JAMESON, F. (1996). *Teoría de la postmodernidad*. Madrid: Trotta.
- JESSOP, R. (1997). Capitalism and its Future: Remarks on Regulation, Government and Governance. *Review of International Political Economy*, 4(3), 435-455.
- JONES, O. (2013). *Chavs. La demonización de la clase obrera*. Madrid: Capitán Swing.
- KANT, E. (1984). *Crítica de la razón pura* (Vol. II). Barcelona: Orbis.
- KOHAN, N. (2013). *Nuestro Marx*. Madrid: La Oveja Roja.
- KOMLOS, J. (2018). Reaganomics: Una línea divisoria. *tiempo&economía*, 6(1), 47-76.
- KOUVELAKIS, S. (2010). Lenin como lector de Hegel. En S. BUDGEN, S. KOUVELAKIS, & S. (. ZIZEK, *Lenin reactivado. Hacia una política de la verdad* (págs. 159-196). Madrid: Akal.
- KOVACS, A. (1973). Lukacs et Lénine. *La Nouvelle Critique*, n°65, 57-64.

- KREKÓ, P., & ENYEDI, Z. (2018). Explaining Eastern Europe: Orbán's Laboratory of Illiberalism. *Journal of Democracy*, Vol. 29, N°3, 39-51.
- KRUGMAN, P. (28 de 06 de 2009). La culpa la tiene Reagan. *El País*.
- KURBAN, C., PEÑA-LÓPEZ, I., & HABERER, M. (2017). ¿Qué es la tecnopolítica? Un esquema conceptual para entender la política en la era digital. *Revista de Internet, Derecho y Política*, N° 24, 3-20.
- KURMANAEV, A., & TRIGO, M. S. (7 de junio de 2020). A Bitter Election. Accusations of Fraud. And Now Second Thoughts. *The New York Times*. Obtenido de <https://www.nytimes.com/2020/06/07/world/americas/bolivia-election-evo-morales.html>
- LACLAU, E. (1986). *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- LACLAU, E. (1993). La imposibilidad de la sociedad. En E. LACLAU, *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* (págs. 103-106). Buenos Aires: Nueva Visión.
- LACLAU, E. (1993). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- LACLAU, E. (1996). *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires: Ariel.
- LACLAU, E. (2006). *Misticismo, retórica y política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- LACLAU, E. (2016). *Debates y combates. Por un nuevo horizonte de la política*. . Madrid: Fondo de Cultura Económica de España.
- LACLAU, E. (2018). *La Razón Populista*. Madrid: Fondo de Cultura Económica de España.
- LACLAU, E., & MOUFFE, C. (1993). Posmarxismo sin pedido de disculpas. En E. LACLAU, *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* (págs. 111-148). Buenos Aires: Nueva Visión.
- LACLAU, E., & MOUFFE, C. (2001). *Hegemonía y Estrategia Socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo XXI.
- LAKOFF, G. (2007). *No pienses en un elefante. Lenguaje y debate político*. Madrid: Editorial Complutense.
- LASKI, H. J. (2005). El panorama. En V. DE LA TORRE VELOZ, N. LÓPEZ SAAVEDRA, & M. A. GONZÁLEZ, *La revolución industrial y el pensamiento político y social en el capitalismo contemporáneo (Siglo XIX)* (págs. 23-52). México, D.F.: Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco.
- LAVAL, C., & DARDOT, P. (2013). *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. . Barcelona: Gedisa.

- LEESON, R. (2018). *Hayek: A Collaborative Biography. Part XII: Liberalism in the Classical Tradition, Austrian versus British*. Cham: Palgrave Macmillan.
- LEFILLIÂTRE, J., & BERTELTOOT, T. (5 de septiembre de 2021). Charles Gave, le financier d'extrême droite qui roule pour Zemmour. *Libération*.
- LEMON, J. (3 de febrero de 2020). Bernie Sanders Is a Democratic Socialist Not a Communist, Here's the Difference. *Newsweek*. Obtenido de <https://www.newsweek.com/bernie-sanders-democratic-socialist-not-communist-heres-difference-1485478>
- LENIN, V. I. (1981). *Obras Completas, Tomo VI*. Moscú: Progreso.
- LENIN, V. Í. (1986). Sobre el problema de la dialéctica. En V. Í. LENIN, *Obras Completas, Tomo XXIX* (págs. 321-328). Moscú: Progreso.
- LENIN, V. Í. (1987). Resumen del libro de Hegel "Ciencia de la Lógica". En V. Í. LENIN, *Obras completas, Tomo XXIX* (págs. 75-216). Moscú: Progreso.
- LEPSIUS, M. R. (1978). Estructura social y orden político en sociedades industriales avanzadas. En A. LÓPEZ PINA, *Poder y clases sociales*. Madrid: Tecnos.
- LIPOVETSKY, G. (1987). *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Anagrama.
- LIPOW, A., & SEYD, P. (1995). Political Parties and the Challenge to Democracy: From Steam Engines to Techno-Populism. *New Political Science*, 295-308.
- LIPPMANN, W. (1938). *The Good Society*. Boston: Little, Brown & Company.
- LÖWY, M. (1973). De la Grande Logique de Hegel á la gare finlandaise de Petrograd. En *Dialectique et Révolution*. París: Anthropos.
- LÖWY, M. (2016). Marx, Engels y las revoluciones de 1848. *Viento Sur*. Obtenido de <https://vientosur.info/marx-engels-y-las-revoluciones-de-1848/>
- LUHMANN, N. (1993). *Teoría política en el Estado de Bienestar*. Madrid: Alianza.
- LUKÁCS, G. (1985). *Historia y consciencia de clase, Vol. I*. Barcelona: Orbis.
- LUKÁCS, G. (2013). *Lenin. Un estudio sobre la unidad de su pensamiento*. El Alto: La Riel.
- LUNDY, D. (2018). *Lobby planet: Bruselas. Tu guía al turbio mundo del lobby en Bruselas*. Madrid: Corporate Europe Observatory.
- LUQUE, A., MACÍAS, J., & CASADO, F. (2021). *La democracia de los trolls y el asalto a la democracia. Análisis del proceso electoral en Ecuador y los elementos irradiadores que lo conforman a través de sus redes sociales*. Madrid: Ediciones UTM y Observatorio Euromediterráneo de Democracia y Espacio Público.
- LUXEMBURGO, R. (1974). *Huelga de Masas, Partido y Sindicatos*. Madrid: Siglo XXI.
- LUXEMBURGO, R. (2009). *Reforma o Revolución*. Barcelona: Sol90.

- LYON, D. (2009). *Postmodernidad*. Madrid: Alianza.
- LYOTARD, J.-F. (1987). *La condición posmoderna*. Madrid: Cátedra.
- MACÍAS VÁZQUEZ, A. (2017). *El colapso del capitalismo tecnológico*. Madrid: Escolar y Mayo.
- MÁIZ, R. (2010). La hazaña de la razón. La exclusión fundacional de las emociones en la teoría política moderna. *Revista de Estudios Políticos (nueva época)*(Núm. 149, julio-septiembre), 11-45.
- MALDONADO, L. G. (4 de abril de 2019). "Que sois unos hijos de puta...": Jesús Gil, el villano más querido de España, en 31 barbaridades. *El Español*. Obtenido de [https://www.lespanol.com/cultura/20190404/hijos-jesus-gil-villano-querido-espana-barbaridades/388462243\\_0.html](https://www.lespanol.com/cultura/20190404/hijos-jesus-gil-villano-querido-espana-barbaridades/388462243_0.html)
- MANETTO, F. (15 de noviembre de 2014). Pablo Iglesias promete acabar con el "régimen" de la Transición. *El País*. Obtenido de [https://elpais.com/politica/2014/11/15/actualidad/1416044494\\_928494.html](https://elpais.com/politica/2014/11/15/actualidad/1416044494_928494.html)
- MANIN, B. (2008). *Los principios del gobierno representativo*. Madrid: Alianza.
- MANZA, J., & CROWLEY, N. (2017). Working Class Hero? Interrogating the Social Bases of the Rise of Donald Trump. *The Forum N°15 (1)*, 3-28.
- MARCUSE, H. (1975). *El Marxismo Soviético*. Madrid: Alianza Editorial.
- MARCUSE, H. (1986). *El Hombre Unidimensional*. Barcelona: Planeta de Agostini.
- MARTÍN, I. (2015). Podemos y otros modelos de partido-movimiento. *Revista Española de Sociología*, 24, 107-114.
- MARTÍNEZ DE RITUERTO, R. (13 de diciembre de 2000). El Supremo de EE UU dio la victoria a Bush con una sentencia que marcó el fin del recuento manual. *El País*. Obtenido de [https://elpais.com/diario/2000/12/14/internacional/976748402\\_850215.html](https://elpais.com/diario/2000/12/14/internacional/976748402_850215.html)
- MARX, K. (1970). *La Guerra Civil en Francia*. Madrid: Ricardo Aguilera.
- MARX, K. (1971). *Crítica del Programa de Gotha*. Madrid: Ricardo Aguilera.
- MARX, K. (1973). Carta de Marx a Sorge, 27 de septiembre de 1877. En K. MARX, & F. ENGELS, *Correspondencia* (págs. 285-287). Buenos Aires: Cartago.
- MARX, K. (1975). Carta de Marx a Kugelmann, 6 de marzo de 1868. En K. MARX, *Cartas a Kugelmann* (págs. 87-88). La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- MARX, K. (1980). El Congreso de La Haya. En K. MARX, & F. ENGELS, *Obras Escogidas* (Vol. II, págs. 173-174). Moscú: Progreso.
- MARX, K. (1980). Prólogo a la Contribución a la Crítica de la Economía Política. En K. MARX, & F. ENGELS, *Obras Escogidas, vol I*. (págs. 169-171). Moscú: Progreso.

- MARX, K. (1980). *Teorías sobre la Plusvalía, vol. II*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- MARX, K. (1985). *18 de Brumario de Luis Bonaparte*. Madrid: Sarpe.
- MARX, K. (1990). *El Capital, Tomo I*. Moscú: Progreso.
- MARX, K. (1990). Prólogo a la edición alemana de 1872. En K. MARX, *El Capital, vol. I* (págs. 15-24). Moscú: Progreso.
- MARX, K. (2007). *Elementos fundamentales para la economía política (Grundrisse) 1857-1858, vol. I*. Madrid: Siglo XXI.
- MARX, K. (2007). *Elementos fundamentales para la economía política (Grundrisse) 1857-1858, vol. II*. Madrid: Siglo XXI.
- MARX, K. (2007). *Líneas fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858 (Vol. 1)*. Siglo XXI.
- MARX, K. (2009). *El Capital, Tomo III (Vol. 8)*. (F. ENGELS, Ed.) México D.F. : Siglo XXI.
- MARX, K. (2021). *La miseria de la filosofía*. Valencia: Edicions Internacionals Sedov.
- MARX, K., & ENGELS, F. (1974). *La Ideología Alemana*. Barcelona: Grijalbo.
- MARX, K., & ENGELS, F. (1980). La Insurrección de Berlín (Revolución y Contrarrevolución en Alemania). En K. MARX, & F. ENGELS, *Obras Escogidas (Vol. I, págs. 173-175)*. Moscú: Progreso.
- MARX, K., & ENGELS, F. (2009). *El Manifiesto Comunista*. Barcelona: Sol90.
- MASTROCOCO, N., & MINALE, L. (2018). News media and crime perceptions: Evidence from a natural experiment. *Journal of Public Economics, Vol. 165*, 230-255.
- MATTELART, A. (2021). *Comunicación, cultura y lucha de clases. Génesis de un campo de estudios*. Madrid: Siglo XXI.
- MAYOS, G. (2008). *L'alienació postmoderna*. Barcelona: De Barris.
- MAYOS, G. (2012). *Macrofilosofía de la globalización y del pensamiento único. Un macroanálisis para el «empoderamiento»*. Berlín: Editorial Académica Española.
- MAYOS, G. (2014). *Hegel. Dialéctica entre conflicto y razón*. Barcelona: Linkgua.
- MAYOS, G. (2014). Noves polititzacions: ¿Intermitents i informals? En G. MAYOS, J. MORRO, M. DOLTRA, X. FILELLA, D. GALCERÀ, R. GÓMEZ I VENTURA, . . . J. SUBIRATS, G. MAYOS, & J. MORRÓ (Edits.), *¿Hi ha una nova política?* (págs. 195-216). Barcelona: La Busca.
- MAYOS, G. (2020). Crisis neoliberal, políticas del desconcierto y autoritarismos populistas. *Clivatge(8)*, 194-237.



- Mc LUHAN, M., FIORE, Q., & AGEL, J. (1987). *El medio es el masaje*. Barcelona: Paidós.
- MEDINA, J. (5 de marzo de 2021). A Vexing Question for Democrats: What Drives Latino Men to Republicans? *The New York Times*. Obtenido de <https://www.nytimes.com/2021/03/05/us/politics/latino-voters-democrats.html>
- MEHTA, S. (2018). Can We Understand Populism Without Calling it Fascist? A Conversation with Nancy Fraser. *Economic & Political Weekly, Vol. 53 (22)*.
- MEIKSINS-WOOD, E. (2013). *¿Una política sin clases? El post-marxismo y su legado*. Buenos Aires: Ediciones ryr.
- MENDES, L. (2020). Bye bye Lisboa: Airbnb, gentrificación turística y crisis de la vivienda. *Crítica Urbana*(10), 14-17.
- MESAS, A. (24 de septiembre de 2018). Dinamarca: cuando las ideas de Viktor Orban calan en un Estado de bienestar. *El Salto*. Obtenido de <https://www.elsaltodiario.com/racismo/valores-daneses-xenofobia-cierre-fronteras-refugiados-dinamarca>
- MOLINA, F. (10 de noviembre de 2019). El Ejército obliga a Evo Morales a renunciar como presidente de Bolivia. *El País*. Obtenido de [https://elpais.com/internacional/2019/11/10/actualidad/1573386514\\_263233.html](https://elpais.com/internacional/2019/11/10/actualidad/1573386514_263233.html)
- MOLINA, I. (31 de enero de 2021). Populismo de centro. *Agenda Pública*. Obtenido de <https://agendapublica.elpais.com/noticia/17557/populismo-centro>
- MONEDERO, J. C. (2012). El programa de máximos del neoliberalismo: el Informe a la Trilateral en 1975. *Sociología Histórica, 1*, 289-310.
- MONEREO, M. (21 de julio de 2010). Podemos: una crisis de proyecto. *Cuarto Poder*. Obtenido de <https://www.cuartopoder.es/ideas/2020/07/21/podemos-una-crisis-de-proyecto/>
- MONTERO, H. (24 de septiembre de 2022). Se recrudece la guerra entre el taxi y los VTC. *La Razón*. Obtenido de <https://www.larazon.es/economia/20220924/fjadrvatcjendfe73rscfjdwi4.html>
- MONTES, R. (24 de abril de 2021). Chile, crónica de un país fracturado. *El País*. Obtenido de <https://elpais.com/internacional/2021-04-24/chile-cronica-de-un-pais-fracturado.html>
- MORETON, B. (2021). Our Lady of Mont Pelerin: The "Navarra School" of Catholic Neoliberalism. *Capitalism: A Journal of History and Economics, Vol. 2, N°1*, 88-153.
- MOUFFE, C. (1999). *El Retorno de lo Político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo y democracia radical*. Barcelona: Paidós.
- MOUFFE, C. (2016). *La Paradoja Democrática*. Barcelona: Gedisa.

- MUDDE, C. (2007). *Populist Radical Right Parties in Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.
- MUDDE, C., & ROVIRA KALTWASSER, C. (2019). *Populismo. Una breve introducción*. Madrid: Alianza.
- MUSTO, M. (2008). History, production and method in the 1857 'Introduction'. En M. MUSTO, *Karl Marx's Grundrisse. Foundations of the critique of political economy 150 years later* (págs. 3-32). Nueva York: Routledge.
- NAVARRO, B. (24 de abril de 2020). Trump sugiere inyectar desinfectante y luz a enfermos de la Covid-19 para matar al virus. *La Vanguardia*. Obtenido de <https://www.lavanguardia.com/internacional/20200424/48691995298/donald-trump-desinfectante-luz-enfermos-covid-19-coronavirus.html>
- NINO, C. S. (Septiembre/Octubre de 1990). El presidencialismo y la justificación, estabilidad y eficiencia de una democracia. *Propuesta y Control*, 39-56.
- NOVAES, M. (16 de septiembre de 2020). Jair Bolsonaro saca “tarjeta roja” a su equipo económico. *El País*. Obtenido de <https://elpais.com/economia/2020-09-16/jair-bolsonaro-saca-tarjeta-roja-a-su-equipo-economico.html>
- OCDE. (2021). *Organización Europea para la Cooperación Económica*. París: OCDE. Obtenido de <https://www.oecd.org/general/organisationforeuropeaneconomiccooperation.htm>
- OLÍAS, L. (10 de mayo de 2021). Seis años, 18.000 falsos autónomos detectados y casi 50 condenas después: llega la Ley Rider. *elDiario.es*. Obtenido de [https://www.eldiario.es/economia/seis-anos-18-000-despues-falsos-autonomos-detectados-50-condenas-llega-ley-rider\\_1\\_7919015.html](https://www.eldiario.es/economia/seis-anos-18-000-despues-falsos-autonomos-detectados-50-condenas-llega-ley-rider_1_7919015.html)
- OLMEDO NERI, R. A. (2020). La gentrificación turística de Airbnb: análisis socioespacial de dos monumentos en la Ciudad de México. *Persona & Sociedad*, 34(1), 45-70.
- OPPENHEIMER, W. (19 de septiembre de 2014). Escocia dice no a la independencia. *El País*. Obtenido de [https://elpais.com/internacional/2014/09/18/actualidad/1411032254\\_096549.html](https://elpais.com/internacional/2014/09/18/actualidad/1411032254_096549.html)
- PALOMERA, E. (17 de julio de 2020). Iglesias recurre a Monedero para impulsar una FAES de izquierdas y recuperar el espacio del errejonismo. *elDiario.es*. Obtenido de [https://www.eldiario.es/politica/iglesias-recurre-monedero-impulsar-faes-izquierdas-recuperar-espacio-errejonismo\\_1\\_6111265.html](https://www.eldiario.es/politica/iglesias-recurre-monedero-impulsar-faes-izquierdas-recuperar-espacio-errejonismo_1_6111265.html)
- PATEMAN, C. (2014). *Participación y teoría democrática*. Buenos Aires: Prometeo.
- PÉREZ COLOMÉ, J. (26 de mayo de 2021). Por qué Telegram es tan popular en las repúblicas exsoviéticas. *El País*. Obtenido de <https://elpais.com/tecnologia/2021-05-26/por-que-telegram-es-tan-popular-en-las-republicas-exsovieticas.html>

- PÉREZ, F. J. (11 de noviembre de 2019). Ciudadanos pierde en todas las provincias más de la mitad de los votos que obtuvo en abril. *El País*. Obtenido de [https://elpais.com/politica/2019/11/11/actualidad/1573487267\\_946148.html](https://elpais.com/politica/2019/11/11/actualidad/1573487267_946148.html)
- PICAZO, S. (5 de diciembre de 2019). Grandes medios de comunicación: de quién son y a quién se deben. *Opciones*. Obtenido de <https://opcions.org/es/consumo/grandes-medios-comunicacion/>
- PICAZO, S., & DE DELÀS, M. (24 de junio de 2015). Pablo Iglesias: "Que se queden con la bandera roja y nos dejen en paz. Yo quiero ganar. *Público*. Obtenido de <https://www.publico.es/politica/iglesias-quiero-ganar-dejen-paz.html>
- PINTO, T. (14 de enero de 2017). Donald Trump da alas al movimiento antivacunas. *elDiario.es*. Obtenido de [https://www.eldiario.es/sociedad/antivacunas-trump-salud\\_1\\_3647012.html](https://www.eldiario.es/sociedad/antivacunas-trump-salud_1_3647012.html)
- PIÑÓN GAYTÁN, F. (1992). El pensamiento filosófico-político de Antonio Labriola (una herencia para Gramsci). *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 37(150), 29-47.
- PIQUER, J. (2015). De la humillación a la irresponsabilidad. *Política Exterior*(167), 28-32.
- PIVETAL, G. (9 de septiembre de 2018). ¿Por qué se ha disparado la extrema derecha? Hablan los suecos. *El Confidencial*. Obtenido de [https://www.elconfidencial.com/mundo/2018-09-09/suecia-elecciones-extrema-derecha-sd\\_1613083/](https://www.elconfidencial.com/mundo/2018-09-09/suecia-elecciones-extrema-derecha-sd_1613083/)
- PLAZA, A. (12 de abril de 2021). El INE deja de medir cuántas viviendas vacías hay en España. *elDiario.es*. Obtenido de [https://www.eldiario.es/economia/ine-no-medira-viviendas-vacias-hay-proximo-censo\\_1\\_7797872.html](https://www.eldiario.es/economia/ine-no-medira-viviendas-vacias-hay-proximo-censo_1_7797872.html)
- PLEJÁNOV, G. (1975). *El materialismo histórico*. Madrid: Akal.
- POLANYI, K. (2007). *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*. Buenos Aires: Quipu.
- POLANYI, K. (2018). *Nuestra obsoleta mentalidad de mercado*. Barcelona: Virus.
- POULANTZAS, N. (1973). *Clases sociales y alianzas por el poder*. Madrid: Zero.
- POULANTZAS, N. (1976). *Las clases sociales en el capitalismo actual*. Madrid: Siglo XXI.
- POYATOS, P. G. (10 de septiembre de 2018). Jimmie Akesson: El lobo con piel de cordero de la nueva ultraderecha sueca. *La Razón*. Obtenido de <https://www.larazon.es/internacional/jimmie-akesson-el-lobo-con-piel-de-cordero-de-la-nueva-ultraderecha-sueca-HG19792656/>
- PRATS, J., & DE BENITO, E. (20 de abril de 2012). El Gobierno restringe el acceso a la sanidad a los inmigrantes irregulares. *El País*. Obtenido de [https://elpais.com/sociedad/2012/04/20/actualidad/1334935039\\_248897.html](https://elpais.com/sociedad/2012/04/20/actualidad/1334935039_248897.html)

- RACHIDI, I. (15 de enero de 2021). El Gobierno holandés dimite en bloque por un escándalo de ayudas sociales. *El Mundo*. Obtenido de <https://www.elmundo.es/internacional/2021/01/15/60018ed5fc6c8370328b466c.html>
- RAMA, J., & CORDERO, G. (2018). Who are the losers of the economic crisis? Explaining the vote for right-wing populist parties in Europe after the Great Recession. *Revista Española de Ciencia Política*, 48, 13-43.
- RAMAS, C. (2019). Social-identitarios y neoliberales autoritarios: dos corrientes en la nueva Internacional Reaccionaria. En A. GUAMÁN, A. ARAGONESES, & S. MARTÍN, *Neofascismo. La bestia neoliberal*. (págs. 73-88). Madrid: Siglo XXI.
- RAMOS, A. H. (2014). Democracia y conflicto en contextos pluralistas: entrevista con Chantal Mouffe. *História, Ciências, Saúde v.21, n.2, abr.-jun. , 749-763*.
- RANCIÈRE, J. (1996). *El Desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- RENDUELES, C. (2013). *Sociofobia. El cambio político en la era de la utopía digital*. Madrid: Capitán Swing.
- RETAMOZO, M. (noviembre de 2017). Laclau y la dialéctica. Notas sobre un desencuentro con Hegel (y con Marx). *Izquierdas*(36), 278-295.
- REVUELTAS, A. (1998). 1968: La Revolución de Mayo en Francia. *Sociológica*, 13(38), 119-162.
- RICÓN, M. (8 de septiembre de 2018). Cómo la socialdemocracia puede perder su mayor feudo en Europa. *El Confidencial*. Obtenido de [https://www.elconfidencial.com/mundo/2018-09-08/suecia-elecciones-socialdemocratas-europa\\_1613078/](https://www.elconfidencial.com/mundo/2018-09-08/suecia-elecciones-socialdemocratas-europa_1613078/)
- RIECHMANN, J. (1991). *¿Problemas con los frenos de emergencia? Movimientos ecologistas y partidos verdes en Holanda, Alemania y Francia*. Madrid: Revolución.
- RIECHMANN, J. (1994). Hacia un nuevo marco teórico para el estudio de los nuevos movimientos sociales. En F. F. BUEY, *Redes que dan libertad. Introducción a los nuevos movimientos sociales* (págs. 15-45). Barcelona: Paidós.
- RIVEIRO, A. (31 de octubre de 2014). Nace Somos, un sindicato en la estela de Podemos. *elDiario.es*. Obtenido de [https://www.eldiario.es/politica/nace-sindicato-estela-podemos\\_1\\_4547239.html](https://www.eldiario.es/politica/nace-sindicato-estela-podemos_1_4547239.html)
- ROBINSON, N. J. (2020). How billionaires see themselves. *Current Affairs*, Vol. 5 (5).
- RODRIK, D. (2021). *Las leyes de la economía. Aciertos y errores de una ciencia en entredicho*. Barcelona: Deusto.
- ROGER, M. (27 de diciembre de 2012). Los escuderos que llevaron a CiU al independentismo toman las riendas. *El País*. Obtenido de [https://elpais.com/politica/2012/12/27/actualidad/1356643593\\_462257.html](https://elpais.com/politica/2012/12/27/actualidad/1356643593_462257.html)

- ROMANO, S. M. (2019). *Lawfare. Guerra judicial y neoliberalismo en América Latina*. Sevilla: Mármol-Izquierdo.
- ROMERO, A. (2 de agosto de 2021). El CIS lleva más de seis años sin preguntar por la monarquía en sus encuestas. *Público*. Obtenido de <https://www.publico.es/politica/cis-lleva-seis-anos-preguntar-monarquia-encuestas.html>
- ROS, L. (1 de febrero de 2021). Polonia limita de forma casi total el aborto. *La Vanguardia*. Obtenido de <https://www.lavanguardia.com/vida/junior-report/20210201/6209063/polonia-limita-forma-total-aborto.html>
- ROSS, K. (2002). *May '68 and its afterlives*. Chicago/Londres: The University of Chicago Press.
- ROSSI, M., & BENITES, A. (2 de febrero de 2020). Bolsonaro cercena el programa Bolsa Familia que redujo la miseria en Brasil. *El País*. Obtenido de [https://elpais.com/internacional/2020/02/02/actualidad/1580671983\\_398960.html](https://elpais.com/internacional/2020/02/02/actualidad/1580671983_398960.html)
- ROYO GUAL, J. (18 de diciembre de 2020). Jair Bolsonaro contra las vacunas: "Si alguien se transforma en un caimán, es problema suyo". *El Mundo*. Obtenido de <https://www.elmundo.es/internacional/2020/12/18/5fdcaf5a21efa0ee778b4603.html>
- RUBIO LARA, M. (1991). *La formación del Estado social*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- RUBIO NÚÑEZ, R. (2017). La actividad de los grupos de presión ante el poder ejecutivo: una respuesta jurídica más allá del Registro. *Teoría y Realidad Constitucional*(40), 399-430.
- RUIZ-MARTÍNEZ, C. (2020). Problemáticas en la articulación del discurso en Ernesto Laclau y Chantal Mouffe. Amenazas y desafíos. *Oxímora*, 46.
- RUSIÑOL, P. (9 de julio de 2014). Un proyecto colectivo y muy rentable. *elDiario.es*. Obtenido de [https://www.eldiario.es/alternativaseconomicas/proyecto-colectivo-rentable\\_132\\_4766402.html](https://www.eldiario.es/alternativaseconomicas/proyecto-colectivo-rentable_132_4766402.html)
- SABY, D., PHILIPPE, O., BUSLÓN, N., DEL VALLE, J., PUIG, O., SALAVERRÍA, R., & REMENTERIA, M. J. (2021). Twitter Analysis of Covid-19 Misinformation in Spain. *Computational Data and Social Networks*, 267-278.
- SACRISTÁN, M. (1984). *Sobre Marx y el marxismo*. Barcelona: Icaria.
- SACRISTÁN, M. (1987). *Pacifismo, ecología y política alternativa*. Barcelona: Icaria.
- SÁNCHEZ VÁZQUEZ, A. (1984). *Ética*. Barcelona: Crítica.
- SÁNCHEZ, E. (5 de agosto de 2016). Los momentos más polémicos de Silvio Berlusconi. *AS*. Obtenido de [https://as.com/epik/2016/08/05/portada/1470410915\\_616653.html](https://as.com/epik/2016/08/05/portada/1470410915_616653.html)

- SÁNCHEZ, R. (11 de septiembre de 2018). Demócratas de Suecia: restringir la inmigración, consulta sobre la UE y no «discriminar» a los hombres. *ABC*. Obtenido de [https://www.abc.es/internacional/abci-democratas-suecia-restringir-inmigracion-consulta-sobre-y-no-discriminar-hombres-201809110328\\_noticia.html](https://www.abc.es/internacional/abci-democratas-suecia-restringir-inmigracion-consulta-sobre-y-no-discriminar-hombres-201809110328_noticia.html)
- SANZ, T. (22 de abril de 1995). Gil: "Al negro le corto la cabeza". *El País*. Obtenido de [https://elpais.com/diario/1995/04/24/deportes/798674401\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1995/04/24/deportes/798674401_850215.html)
- SCHMITT, C. (2002). *Sobre el parlamentarismo*. Madrid: Tecnos.
- SCHMITT, C. (2008). *El Leviatán en la doctrina del Estado de Thomas Hobbes*. México DF: Fontamara.
- SCHMITT, C. (2014). *El Concepto de lo Político*. Madrid: Alianza.
- SENNETT, R. (2003). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- SENNETT, R. (2007). *La cultura del nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- SIERRA, F. (2019). *El Modelo de Propaganda y el control de los medios*. Salamanca: Comunicación Social.
- SILVA, L. (2017). *La plusvalía ideológica*. Caracas: Fundación para la Cultura y las Artes.
- SMITH, R. (8 de septiembre de 2018). As Sweden flirts with the far right, Europe holds its breath. *CNN News*. Obtenido de <https://edition.cnn.com/2018/09/08/europe/sweden-election-akesson-solvesborg-intl/index.html>
- STANLEY, J. (2019). *Facha. Cómo funciona el fascismo y cómo ha entrado en tu vida*. Barcelona: Blackie Books.
- STEDMAN JONES, D. (2012). *Masters of the Universe. Hayek, Friedman and the birth of neoliberal politics*. Princeton: Princeton University Press.
- SUBIRATS, J. (6 de junio de 2017). ¿Movimientos o partidos? ¿Activismo o militancia? *Contexto y Acción*. Recuperado el 5 de septiembre de 2017, de <http://ctxt.es/es/20170531/Politica/12960/movimientos-nuevos-partidos-ctxt-activismo-joan-subirats.htm>
- TAFALLA, J. (2018). Para soldar el presente con el porvenir. En J. TAFALLA, *Allí donde la voluntad quiera y como la voluntad desee. Escritos sobre jacobinismo, bolchevismo, Lenin y la revolución rusa*. (págs. 13-63). Madrid: El Viejo Topo.
- TAYLOR, C. (1989). *Sources of the Self. The Making of Modern Identity*. Cambridge: Cambridge University Press.
- TEJERO, L. (30 de octubre de 2018). Siete claves para entender el triunfo de Jair Bolsonaro en Brasil. *El Mundo*. Obtenido de <https://www.elmundo.es/internacional/2018/10/29/5bd723ace2704e40738b4667.html>

- TEMIÑO, N. (22 de mayo de 2015). Liberalismo y proteccionismo enfrentan a candidatos presidenciales polacos. *La Vanguardia*. Obtenido de <https://www.lavanguardia.com/politica/20150522/54431803636/liberalismo-y-proteccionismo-enfrentan-a-candidatos-presidenciales-polacos.html>
- THOMPSON, J. (1998). *Los media y la modernidad. Una teoría de los medios de comunicación*. Barcelona: Paidós.
- TIRADO SÁNCHEZ, A. (2021). *Lawfare. Golpes de Estado en nombre de la ley*. Madrid: Akal.
- TOMLINSON, J. (1985). Corporatismo: una sociologización adicional al marxismo. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, N° 31, 105-117.
- TRAVERSO, E. (2019). *Melancolía de izquierda. Después de las utopías*. . Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- TUÑÓN DE LARA, M. (1984). *Metodología de la historia social de España*. Madrid: Siglo XXI.
- VACCA, G. (2020). *Vida y pensamiento de Antonio Gramsci, 1926-1937*. Madrid: Akal.
- VALDIVIELSO, J. (2008). Introducción. En A. GORZ, *Crítica de la razón productivista* (págs. 7-36). Madrid: Catarata.
- VALERO, C. (17 de septiembre de 2020). Polonia defiende las "zonas libres LGTBI" pese a las críticas de la UE. *El Mundo*. Obtenido de <https://www.elmundo.es/internacional/2020/09/17/5f6330cffdddf6068b4647.html>
- VAN REYBROUCK, D. (2017). *Contra las elecciones. Cómo salvar la democracia*. . Barcelona: Taurus.
- VÁZQUEZ, P., & SANTUCHO, M. (4 de diciembre de 2017). Errejón vuelve: la patria es el orden. *Revista Crisis*. Obtenido de <https://revistacrisis.com.ar/notas/erregon-vuelve-la-patria-es-el-orden>
- VILLACAÑAS, J. L. (2017). *Populismo*. Madrid: La Huerta Grande.
- VILLANUEVA, N. (31 de octubre de 2021). El Supremo ha archivado ya 29 querellas contra líderes de Podemos. *ABC*. Obtenido de [https://www.abc.es/espana/abci-supremo-archivado-29-querellas-contra-lideres-podemos-202110310255\\_noticia.html](https://www.abc.es/espana/abci-supremo-archivado-29-querellas-contra-lideres-podemos-202110310255_noticia.html)
- VON MISES, L. (1986). *La acción humana. Tratado de economía*. . Madrid: Unión Editorial.
- WILLIAMS, J. C. (2016). What So Many People Don't Get About the U.S. Working Class. *Harvard Business Review*, November, 2-7.
- WILLIAMSON, J. (2004). The Washington Consensus as Policy Prescription for Development. *Practitioners of Development* (págs. 3-11). Washington, D.C. : Institute for International Economics.

- WRIGHT, E. O. (2020). *Cómo ser anticapitalista en el siglo XXI*. Madrid: Akal.
- ZIZEK, S. (1993). *La permanencia en lo negativo*. Buenos Aires: Godot.
- ZIZEK, S. (18 de 3 de 1999). You may! Slavoj Žižek writes about the Post-Modern Superego. *London Review of Books*, 21(6), 3-6.
- ZIZEK, S. (2001). *El Espinoso Sujeto. El centro ausente de la ontología política*. Buenos Aires: Paidós.
- ZIZEK, S. (2004). *Bienvenidos al desierto de lo Real*. Barcelona: Akal.
- ZIZEK, S. (2006). Against the populist temptation. *Critical Enquiry*, 551-574.
- ZIZEK, S. (2006). Schlagend, abber nicht Treffend! *Critical Enquiry*, Vol. 33, N°1, 185-211.
- ZIZEK, S. (2009). *En defensa de la intolerancia*. Madrid: Sequitur.
- ZIZEK, S. (2018). *La vigencia de El Manifiesto Comunista*. Barcelona: Anagrama.
- ZIZEK, S. (2020). *El sexo y el fracaso de lo absoluto*. Barcelona: Paidós.